Joseph Goebbels

1926-1945

Discursos, artículos y más …



Notas

- Fuentes:

El canal de youtube IntJewWonwwII (cerrado).
El siguiente enlace: https://research.calvin.edu/german-propaganda-archive/goebmain.htm

- Los textos de este PDF han sido traducidos por Europa Nación, a excepción del siguiente discurso que ha sido tomado de la Editorial Kamerad.

https://editorialkamerad.wordpress.com

- Visite mis canales en Internet archive:

https://archive.org/details/@europa_naci_n

https://archive.org/details/@europa_naci_n_ii

Europa Nación - 2024

Índice

Discursos:

Artículos sobre Joseph Goebbels:

Discursos por el cumpleaños de Adolf Hitler:

Discursos de año nuevo:

Ensayos en el periódico berlinés “Der Angriff” fundado por Joseph Goebbels:

Joseph Goebbels sobre la propaganda:

Panfletos:

Selección de artículos:

Discursos

Joseph Goebbels - abran paso a la joven Alemania.

31 de julio de 1932

Mis conciudadanos.

Es realmente notable que yo, un prusiano, pueda hablar en la Baviera de Held y Stützel (políticos de la oposición). Estos caballeros se comportan como si Alemania terminara en el río Main. Afirman ser los defensores y proponentes de la nación y de la cultura cristiana, pero están del lado del marxismo prusiano de Severing, Braun y Grzesinski (políticos del partido socialdemócrata). Quieren que la gente crea que es mejor poner en sus manos el destino de la iglesia y de la patria, pero forman coaliciones con aquellos que niegan a Dios y traicionan a la patria. Se resisten al despertar de la nación alemana en forma de Nacional Socialismo. Estos señores deben darse cuenta de que sus días políticos están contados. Nos ocupamos de los políticos de la socialdemocracia en Prusia y haremos lo mismo con los del partido popular bávaro. Se acabaron los días en los que se podían trazar líneas en Alemania, cuando la nación se desgarraba, cuando éramos ante todo bávaros o prusianos, católicos o protestantes. El Nacional Socialismo ha llevado al pueblo alemán una vez más a una unidad interior que trasciende las clases, las ocupaciones o las confesiones.

Esa unidad es la mejor garantía del poder, la fuerza y el futuro del Reich. Quienes se beneficiaron de nuestros conflictos internos sienten que han llegado sus últimos días. Mientras nos peleáramos entre nosotros, ellos podrían continuar con sus cobardes asuntos políticos a nuestra costa, pero ahora su parasitaria vida política ha terminado. Ahora gritan que el socialismo o la iglesia están en peligro. No, los marxistas traidores fueron los que traicionaron al socialismo y la iglesia fue traicionada por aquellos que decían defender al cristianismo pero en realidad hicieron coaliciones con los ateos negacionistas de Dios, destruyendo así los cimientos de la moral nacional y cristiana. Tenemos dos partidos marxistas para los trabajadores. ¿Les va bien a los trabajadores?. Tenemos dos partidos católicos. ¿Se ha salvado el catolicismo?. No, al contrario. Desde que los partidos marxistas en Alemania comenzaron sus febriles juegos, los trabajadores han perdido sus trabajos y su prosperidad y desde que los partidos cristiano-católicos se unieron al marxismo, el ateísmo que niega a Dios ha realizado su trabajo sin obstáculos. Estos partidos son la causa de la miseria del pueblo alemán, lo mejor para Alemania es dar una patada al gordo trasero de este sistema.

Estos caballeros han probado recientemente lo que está por venir en Prusia. ¿Qué deben estar pensando Severing, Braun y Grzesinski?. Los buenos viejos tiempos en Aranjuez (el sitio del palacio real de España, esta es una referencia que no entiendo) se han ido. Estaban muy cómodos. Tuvieron 14 años para convertir en realidad su programa. Tomaron el poder como socialistas, como hombres del pueblo y las amplias masas les dieron el poder. Probablemente nunca hubo un sistema que comenzara con tanto apoyo como el que tuvo este nuevo Gobierno en 1918. Tenían poder, habían firmado un tratado de paz honorable, querían realizar el socialismo, traer una era de libertad, belleza y dignidad. “Perdimos la guerra, pero ganó el pueblo”, decían. Cuando el tratado de Versalles fue impuesto al pueblo dijeron que los ricos pagarían por él, pero el pueblo disfrutaría de progreso social. Escribieron una constitución en Weimar. Se suponía que daría a la gente libertad de creencias y libertad de opinión y gobernaron bajo esta constitución durante 14 años. Firmaron tratados que sabían que no podían cumplirse y en casa oprimieron a la nación con la fuerza bruta y mano de hierro. En 1927 el primer ministro prusiano Braun declaró que estaba decidido a erradicar el Nacional Socialismo. Lo único que fue erradicado fue el propio Braun. El ministro Severing declaró que el departamento de bomberos podría ocuparse del

Nacional Socialismo. Fingió ser fuerte y declaró que dejaría el cargo “solo por la fuerza”. Un teniente y 10 hombres fueron suficientes para perseguirlo por la puerta trasera. Höltermann declaró hace unas semanas que todo lo que tenía que hacer el “frente de hierro”, (una coalición de partidos que se oponía al NSDAP) era ponerse las chaquetas y el fantasma de las SA se desvanecería. Hace unos días en una entrevista con un corresponsal extranjero, dijo que las cosas han cambiado tan repentinamente en Prusia que no se podía hacer nada al respecto. Así es como van las cosas. Sucede lo inesperado y estos piratas políticos se sintieron demasiado seguros en sus cómodas posiciones. Hitler todavía esta por aquí, Grzesinski y Braun no. Los socialdemócratas parecen pensar que Dios fue el que les dio sus cargos ministeriales. El poder no solo tiene que ser tomado, tiene que ganarse y quien no lo merece al final tendrá que entregarlo. Grzesinski, el presidente de la policía de Berlín, habló hace unas semanas en Leipzig. Preguntó por qué nadie expulsó al extranjero Hitler fuera del país con un látigo para perros. Grzesinski es el que fue expulsado.

Puede que a este no lo hayan perseguido con un látigo para perros, pero que no pierda la esperanza, todavía puede suceder. Los piratas de este partido acusaron a los Nacional Socialistas de hacer promesas fáciles para hacerse populares, lo que explica su gran número de seguidores. Bueno, los Nacional Socialistas estamos preparados para hacer las cosas mejor, pero primero esta gente tendrá que salir de sus oficinas. Mientras estemos en la oposición, tenemos el derecho de criticar y ellos el de gobernar. El Señor dice que se puede criticar, pero solo con moderación. La crítica debe dirigirse contra los errores que deben ser criticados. Si los errores del Gobierno son menores, se pueden criticar con amabilidad, pero cuando los errores del Gobierno ponen en peligro a toda la nación, la oposición tiene que hacer más que abrir la boca, tiene que gritar. Si el Gobierno envidia nuestra cómoda posición en la oposición, son libres en cualquier momento de ceder las cargas de sus cargos por los placeres de la oposición. Solo necesitan renunciar a sus cargos. Sin embargo mientras se mantengan firmes, no podemos hacer otra cosa que criticarlos.

Dicen que queremos el poder. Ciertamente, por supuesto, queremos el poder para implementar nuestras ideas y mientras el poder esté en sus manos, tenemos que intentar ganarlo. El poder no les pertenece, le pertenece al pueblo. Ustedes son los sirvientes del pueblo y cuando usan mal el poder, el pueblo se lo quitará. Eso hay que dejarlo claro al pueblo cuando se critica al Gobierno y ciertamente lo hemos hecho. Los partidos del Gobierno dicen que podríamos unirnos a ellos, podríamos formar una coalición. Si queremos meternos nos deberán dejar espacio. Eso está fuera de toda discusión. Los Nacional Socialistas no tenemos ganas de sentarnos a su lado, queremos deshacernos de ustedes. Deben dejar paso a la joven Alemania. Los partidos gobernantes dicen que sería bueno que aprendiéramos el arte de gobernar. Por ejemplo están dispuestos a darnos el ministerio del bienestar y enseñarnos política. Pero la educación requiere de dos, uno que enseñe y otro que quiera aprender. Preguntan si queremos el poder total y decimos, sí. Preguntan si solo va a haber un solo partido y decimos, sí. No creemos que 30 partidos sean una ventaja para Alemania, sino mas bien su desgracia. Los partidos son los beneficiarios de nuestra división, usan la política solo para preservar sus propios intereses a través del control del Gobierno.

Han esparcido el hedor pestilente de sus coaliciones por Alemania y por eso estos partidos deben desaparecer. Han perdido su derecho a existir durante los últimos 14 años. Nacieron para ayudar al pueblo, pero se han convertido en el mayor enemigo del pueblo. De ellos se puede decir lo que dijo el inglés Cromwell al disolver el parlamento: “El pueblo le eligió para eliminar su miseria y usted se ha convertido en su mayor miseria, por lo tanto estamos poniendo fin a su charla. ¿Es una virtud que aún posee o un vicio que no posee?. Vino a ayudar al pueblo, pero le digo que nunca fue un Gobierno”. Señorías, les pregunto, ¿no se encuentra hoy Alemania en la misma situación?. ¿No es necesario eliminar estos partidos y poner fin a su inútil actividad?. No se irán felices, lo puedo entender, es agradable sostener y usar el poder. Están cómodos en sus oficinas. Han gobernado durante 14 años y están dispuestos a gobernar durante 14 más. Si fuera un Gobierno decente dirían: “Esto es lo que hemos hecho durante estos 14 años, si queréis que continuemos vota por nosotros. Si queréis que las cosas sean diferentes y si creen que otros podrían gobernar mejor que nosotros, vota por ellos”. Un gobierno real estaría demasiado orgulloso para decir que es un Gobierno real. Un Gobierno real hace algo. Federico el Grande hizo eso cuando dio tierras a cientos de miles de campesinos, confió la administración de su tierra a miles de soldados. Miles de funcionarios públicos dirigían su gobierno. Las finanzas eran

sólidas, la economía sana, la patria era fuerte, interna y externamente. Un rey así no necesita hablar sobre el futuro, podía señalar con orgullo lo que había logrado. Pero los hombres de este Gobierno solo pueden hablar de lo que quieren hacer. Dijeron que las condiciones eran más de las que podíamos manejar o que somos las infelices víctimas de la guerra que es la responsable de todo. Eso no es cierto, y aunque fuera cierto sería la peor condena de la socialdemocracia, porque fueron ellos los que quisieron perder la guerra. Fueron los traidores de 1918. Usaron el colapso externo para tomar el poder en casa, estaban dispuestos a vender a toda la nación como esclava para derribar un sistema que odiaban. Ya no pueden ocultar la verdad. Compararemos sus promesas con sus logros. Les recordaremos lo que dijeron al principio y lo que ha sucedido desde entonces. ¿Dónde están los trabajos, la prosperidad, la libertad, la belleza y la dignidad que prometieron?. ¿Dónde está el socialismo, donde está la paz internacional, donde está el desarme, donde está la economía en crecimiento, donde está la eliminación del desempleo, donde la reducción de impuestos?. Dicen que los Nacional Socialistas somos soñadores que ignoran los hechos. ¿Quién ignora los hechos, los que firmaron el tratado de Versalles y pensaron que se podía cumplir, o los que se opusieron a firmar el tratado aunque solo tuvieran a siete hombres?.

¿Quién ignora los hechos, Gustav Streseman, que vio el pacto Dawes como un rayo de esperanza en el horizonte, o Adolf Hitler que sentado en la prisión de Landberg lanzó la advertencia de que si se firmaba el tratado significaría una enorme miseria, desgracia, infelicidad y desempleo para Alemania?. Les pregunto señoras y señores, porque ciertamente no lo han olvidado: ¿quién ignora los hechos, los ministros que prometieron al pueblo en 1929 que el plan joven rescataría la economía, eliminaría el desempleo y reduciría los impuestos, o nosotros que nos opusimos al referéndum sobre el plan joven?. El Gobierno nos acusó de traidores y agitadores. Tuvimos que apretar los dientes cuando nuestros funcionarios públicos fueron expulsados de sus oficinas y les robaron su dignidad y sus medios de vida, mientras que nuestro Führer fue llevado a la corte y nuestros hombres de las SA enviados a la cárcel. ¿Era más fácil sentarse en una oficina ministerial y engordar mientras engañaba a la gente con ilusiones, o resistir?. ¿Era más fácil meter a camaradas muertos en sus tumbas o acusar al movimiento Nacional Socialista por radio de ser chusma, traidores y enemigos de los trabajadores?. Ahora vemos los resultados de sus políticas. Los resultados no surgen de la nada, los previmos y los predijimos.

Nuestras finanzas se han derrumbado, la economía está en ruinas, las chimeneas de las fábricas han dejado de humear y los hornos están fríos. Siete millones de desempleados están en la calle, la clase media está arruinada, el espectro de la guerra civil de se acerca, los agricultores son expulsados de sus tierras, el pueblo está dividido por clases y ocupaciones. Por todas partes suena el grito de guerra, católicos, protestantes, bávaros, prusianos, la clase media, los trabajadores. Uno casi se ve obligado a concluir que ya no hay alemanes en Alemania. Alemania está destrozada, un juguete en manos de fuerzas internacionales. Se ponen de pie sobre nuestras espaldas sangrantes. La nación necesita toda su fuerza a nivel nacional, ya no quiere ni puede dirigir su fuerza hacia afuera. Ese es el resultado de sus fallidas políticas. Han movilizado intereses, unos contra otros, han despertado instintos inferiores. Se han convertido en defensores del egoísmo y el placer, el resultado es que la nación está dividida y será eliminada de la lista de grandes naciones. Les pregunto: ¿creen que esto puede continuar sin hundir al pueblo en una terrible desgracia?, ¿creen que todo esto ha sucedido por casualidad?, ¿creen que la miseria ha salido de la nada y que puede desaparecer tal como vino?. Muchos se unirán a mí para responder, no.

Una nación no se derrumba por accidente. Todo colapso tiene sus causas y si se eliminan las causas se puede salvar a la nación del peligro. Los que provocaron esta situación no tienen ni la fuerza ni la voluntad para cambiarla. Cuando los hombres sumergen a la nación en la miseria y han tenido 14 años para hacer algo al respecto, pero no se sienten cómodos en ella, la nación debe concluir que la miseria solo puede aliviarse eliminando a quienes la causaron. Eliminaremos la miseria eliminando a los partidos y a los hombres que la causaron. Ese es el objetivo del movimiento Nacional Socialista. No nos sorprenden que los otros partidos se estén defendiendo. Los socialdemócratas ven que el final está cerca. Todavía intentan frenar al movimiento Nacional Socialista con mentiras y calumnias. Dicen que Hitler tolera a Papen y que los uniformes de las SA se pagan con los impuestos del decreto de emergencia. Si Hitler tuviera alguna intención de tolerar un gabinete, tomaría prestados los expertos de los socialdemócratas. Por supuesto ese

partido no puede entender que un hombre de la SA pague su propio uniforme. Hay que recordar que los piratas del partido socialdemócrata obtuvieron sus levitas de los Sklareks (judíos involucrados en un gran escándalo financiero). Estos caballeros parecen vivir todavía en el año 1918. Simplemente les gustaría olvidarse de los años intermedios, quieren hacernos responsables de sus desvergonzados actos, siguiendo la vieja práctica de acusar a otra persona de sus propios pecados. El asesino no es culpable, sino su víctima. Han usado sombreros de copa durante 14 años, ahora quieren volver a ponerse la gorra de trabajador. Durante 14 años se han olvidado de la gente. Los admiramos solo en las revistas ilustradas mientras engordaban y el pueblo pasaba hambre. Ahora de repente, quieren olvidarlo todo. Ahora incluso roban nuestros métodos. Hemos llevado la esvástica durante 12 años. Ahora están agitando esas flechas Sklarek (una referencia a las tres flechas paralelas, el símbolo del frente de hierro, la coalición antinazi). Nos saludamos durante 12 años con un “Heil Hitler”. Ahora extienden la mano y dicen: “libertad”. ¿Cómo debería uno tomar eso?, ¿es un deseo o una observación?. Hay que suponer que es una observación ya que es difícil imaginar que un partido que ha tenido el poder durante 14 años pueda querer algo más. Tuvieron 14 años para cumplir sus deseos, ¿porqué no los cumplieron, se vienen a dar cuenta ahora de la libertad?. Ahora fingen estar en la oposición.

Durante 14 años han hablado solo de la ley, el orden y la paz, pero ahora hablan de barricadas y levantamientos, resistencias, de solo ceder el poder por la fuerza y de quitarse las chaquetas. Cuando uno ha estado en el Gobierno durante 14 años, se olvida a qué huelen las masas. Las palabras de Schiller de “kabale und liebe” se aplican aquí: “se ha vuelto plano, Luise”. Ya nadie les cree. Suenan falsos, huecos y débiles, sobre todo teniendo en cuenta su lamentable historia. Hablan de sus grandes líderes en los artículos de los periódicos, se preguntan como se puede echar a un hombre tan inmaculado como Severing de una manera tan brutal y sin escrúpulos. Ya se lo hemos mostrado. Si Severing es uno de los impecables dirigentes de los socialdemócratas, uno puede imaginarse lo limpios que están los demás. Sus carteles proclaman: “los nazis mienten, los nazis mienten”. Los locos siempre piensan que los cuerdos están locos. Escriben que el 90% de los alemanes no tienen nada y que el 10% lo tiene todo. ¿Deberían las cosas seguir así?. Para cambiarlo tenemos que deshacernos de los piratas del partido que no ha hecho nada al respecto durante 14 años.

Preguntan si queremos hacerlo todo por nosotros mismos, sin ninguna ayuda de ellos. Los Nacional Socialistas esperamos encontrarles un “lugar”. Nos preguntan con rudeza, como si fueran un partido político decente: “bueno, ¿qué es lo que queréis?”. Lo que queremos no es de tu incumbencia, se lo diremos al pueblo, no a usted, aunque déjeme satisfacer algo su curiosidad. Queremos deshacernos de ustedes. Seguramente no esperan que yo, el representante de un movimiento de 15 millones de personas venga aquí y le pida su voto. No es mi objetivo engañarles, sino convencerles. Si alguien va a votar solo por un partido que le promete algo, yo le digo que no vote por nosotros, vote por otro. No vamos a prometerle un lecho de rosas. Creemos que el bien del individuo, depende del bien del conjunto, es la suma del bien de cada individuo. Alemania cayó en desgracia solo después de que el individuo creyó que debía perseguir sus intereses a costa del bienestar general. La miseria de Alemania terminará cuando el individuo vea el bienestar general como la mejor garantía para sí mismo. Hace 12 años aparecimos en público por primera vez. La gente se reía de nosotros, se burlaban y bromeaban a nuestra costa, nos llamaban utópicos y soñadores. Siete hombres fundaron este evangelio en 1919, en los 12 años transcurridos han crecido hasta un ejército de 15 millones.

Todos somos los portadores y los conquistadores, los testigos de este movimiento popular único. Dondequiera que miremos hoy vemos a un pueblo que se despierta, una joven generación de activistas de lucha que han derribado las viejas barreras. Son hombres que no son ante todo bávaros o prusianos, católicos o protestantes, de clase media o proletarios, sino que su primera lealtad es hacia su tierra, su pueblo, su nación. Creemos que se está cumpliendo el anhelo de una unidad interior de nuestro pueblo de 2.000 años. Hemos tirado el guante ante la lucha de clases y las líneas ocupacionales. Hemos sido calumniados, se han burlado de nosotros, hemos sido golpeados hasta sangrar y encarcelados. A pesar de eso, o digo, por eso, nuestro movimiento se ha fortalecido. Esta semilla debería crecer el 31 de julio. El 31 de julio mostrará si Alemania encontrará una nueva unidad interior que rompa las cadenas del marxismo, o si colapsará por completo atada a esas cadenas.

Joseph Goebbels - la mujer alemana.

18 de marzo de 1933

Mujeres alemanas, hombres alemanes.

Es una feliz casualidad que mi primer discurso desde que me hice cargo del Ministerio de ilustración pública y propaganda sea para las mujeres alemanas. Aunque estoy de acuerdo con Treitschke en que los hombres hacen historia, no olvido que las mujeres crian a los niños hasta la madurez. Sabéis que el movimiento Nacional Socialista es el único partido que mantiene a las mujeres fuera de la política diaria. Esto suscita amargas críticas y hostilidad de forma injustificada. Hemos mantenido a las mujeres fuera de las intrigas democráticas parlamentarias de los últimos 14 años en Alemania, no porque no las respetemos, sino porque las respetamos demasiado. No vemos a la mujer como inferior, sino teniendo una misión diferente, un valor diferente al del hombre. Por eso creíamos que la mujer alemana, que más que ninguna otra en el mundo es mujer, en el mejor sentido de la palabra, debería usar su fuerza y habilidades en otras áreas. La mujer siempre ha sido, no solo la compañera sexual del hombre, sino también su compañera de trabajo. Hace mucho tiempo hizo un trabajo pesado con el hombre en el campo. Ella se mudó con él a las ciudades, entró en las oficinas y las fábricas, haciendo su parte del trabajo para el que estaba mejor preparada. Hizo esto con todas sus habilidades, su lealtad, su devoción desinteresada y su disposición al sacrificio.

La mujer en la vida pública de hoy no es diferente a la del pasado. Nadie que entienda la edad moderna tendría la loca idea de sacar a las mujeres de la vida pública, del trabajo, de las profesiones y del ganar dinero. Pero también hay que decir que aquellas cosas que pertenecen al hombre deben seguir siendo suyas. Eso incluye la política y el ejército. Eso no es menospreciar a las mujeres, sino un reconocimiento de cómo pueden usar sus talentos y habilidades. Mirando hacia atrás, en los últimos años del declive de Alemania, llegamos a la aterradora conclusión de que cuanto menos los hombres alemanes estaban dispuestos a actuar como hombres en la vida pública, más mujeres sucumbían a la tentación de desempeñar el papel del hombre. La feminización de los hombres siempre conduce a la masculinización de las mujeres. Una época donde se ha olvidado toda gran idea de virtud, firmeza, dureza y determinación, no debe sorprendernos que el hombre pierda gradualmente su protagonismo en la vida, la política y el Gobierno en favor de la mujer.

Puede ser impopular decir esto a una audiencia de mujeres, pero hay que decirlo porque es cierto y porque ayudará a dejar en claro nuestra actitud hacia las mujeres. La edad moderna con todas sus vastas transformaciones revolucionarias en el Gobierno, la política, la economía y las relaciones sociales, no ha dejado intactas a las mujeres y su papel en la vida pública. Las cosas que creíamos imposibles hace varios años o décadas, ahora son una realidad cotidiana. Han sucedido cosas buenas, nobles y encomiables. Pero también cosas despreciables y humillantes. Estas transformaciones revolucionarias han quitado en gran medida a las mujeres las tareas que les correspondían. Sus ojos estaban puestos en direcciones que no eran apropiadas para ellas. El resultado fue una visión pública distorsionada de la feminidad alemana que no tenía nada que ver con los ideales anteriores. Es necesario un cambio fundamental. A riesgo de parecer reaccionario y anticuado, permítanme decir esto claramente: en primer lugar, el mejor y el más adecuado para la mujer es la familia y su deber más glorioso es dar hijos a su pueblo y a su nación, hijos que continúen la línea de generaciones y que garanticen la inmortalidad de la nación. La mujer es la maestra de la juventud y por lo tanto la edificadora de los futuros cimientos. Si la familia es la fuente de la fortaleza de la nación, la mujer es su núcleo y su centro. El mejor lugar para que la

mujer sirva a su pueblo, es el matrimonio, la familia y la maternidad. Esta es su misión más alta. Eso no significa que las mujeres que están empleadas o que no tengan hijos no tengan ningún papel en la maternidad del pueblo alemán. Usan su fuerza sus habilidades y su sentido de responsabilidad para con la nación de otras formas. Estamos convencidos sin embargo de que la primera tarea de una nación socialmente reformada debe ser dar nuevamente a la mujer la posibilidad de cumplir con su verdadera tarea, su misión en la familia y como madre. El Gobierno nacional revolucionario es todo menos reaccionario. No quiere detener el ritmo de nuestra era que avanza rápidamente. No tiene la intención de quedarse atrás en estos tiempos. Quiere ser el abanderado y el pionero del futuro. Conocemos las exigencias de la era moderna. Pero eso no nos impide ver que toda época tiene sus raíces en la maternidad, que no hay nada de mayor importancia que la madre de una familia de hijos al Estado. Las mujeres alemanas se han transformado en los últimos años. Están comenzando a ver que no son más felices como resultado de que les otorguen más derechos, sino menos deberes. Ahora se dan cuenta de que el hecho de ser elegidas para un cargo público a expensas del derecho a la vida, la maternidad y su pan de cada día no es un buen oficio. Una característica de la era moderna es la rápida disminución de la tasa de natalidad en nuestras grandes ciudades.

En 1.900 nacieron 2 millones de bebés en Alemania, ahora el número ha caído a 1 millón. Esta drástica disminución es más evidente en la capital de la nación. En los últimos 14 años la tasa de natalidad de Berlín se ha convertido en la más baja de todas las ciudades europeas. Para 1955, sin emigración, solo tendrá unos 3 millones de habitantes. El gobierno está decidido a detener este declive de la familia y el consiguiente empobrecimiento de nuestra sangre. Debe haber un cambio fundamental. La actitud liberal hacia la familia y el niño, es el responsable del rápido declive de Alemania. Hoy debemos empezar a preocuparnos por el envejecimiento de la población. En 1.900 habían 7 hijos por cada anciano, hoy son solo 4. Si continúan las tendencias actuales para 1988 la proporción será de 1:1. Estas estadísticas lo dicen todo. Son la mejor prueba de que si Alemania continúa por su camino actual terminará en el abismo a una velocidad impresionante. Casi podemos determinar la década en la que Alemania colapsa debido a la despoblación. No estamos dispuestos a quedarnos al margen y ver el colapso de nuestra vida nacional y la destrucción de la sangre que hemos heredado. El Gobierno nacional revolucionario tiene el deber de reconstruir la nación sobre sus cimientos originales, transformar la vida y obra de la mujer, para que, una vez más, sirva mejor al bien nacional.

Se pretende eliminar las desigualdades sociales para que una vez más esté asegurada la vida y el futuro de nuestro pueblo y la inmortalidad de nuestra sangre. Doy la bienvenida a esta exposición, cuyo objetivo es explicar, enseñar y reducir o eliminar el daño al individuo y al pueblo en su conjunto. Esto sirve a la nación y a la ilustración popular, y apoyar a este propósito es uno de los deberes más felices del nuevo Gobierno. Quizás esta exposición titulada “La mujer”, represente un punto de inflexión. Si el objetivo de la exposición es dar una impresión de la mujer en la sociedad contemporánea, lo hace en un momento en que la sociedad alemana esta experimentando los mayores cambios en generaciones. Soy consciente de lo difícil que es esto. Conozco los obstáculos que hubo que superar para darle a esta exposición una temática clara y una estructura firme. Debe mostrar el significado de la mujer para la familia, el pueblo y toda la nación. Las exhibiciones darán una impresión de la vida real de las mujeres de hoy y proporcionarán el conocimiento necesario para resolver las opiniones conflictivas de hoy, que no fueron principalmente el resultado del movimiento de mujeres contemporáneo.

Pero eso no es todo, el objetivo principal de la exposición “La mujer”, no es solo para mostrar como están las cosas, sino para hacer propuestas de mejoras. Tiene como objetivos mostrar nuevos caminos y nuevas oportunidades. Ejemplos claros y a menudo drásticos darán a miles de mujeres alemanas motivos para pensar y considerar algunas cosas. Nos complace particularmente a los hombres del nuevo Gobierno que se preste especial atención a las familias con muchos hijos, ya que queremos rescatar a la nación de su declive. Hay familias que no tienen padres y que dependen enteramente de la madre. En estas familias la mujer es la única responsable de los niños y debe darse cuenta de la responsabilidad que tiene para con su pueblo y su nación. No creemos que el destino del pueblo alemán esté destinado a declinar. Tenemos una confianza ciega en que Alemania todavía tiene una gran misión en el mundo. Tenemos fe de que no estamos al final de nuestra historia, sino que ahora comienza un nuevo, grande y honorable periodo de nuestra historia. Esta fe nos da la fuerza para trabajar y no desesperarnos. Nos permitió hacer grandes sacrificios durante los últimos 14 años. Dio a millones de mujeres

alemanas la fuerza para tener esperanza en Alemania y su futuro y para permitir que sus hijos se unieran al despertar de la nación. Esta fe fue con las mujeres valientes que perdieron a sus maridos y sostén de la familia en la guerra, con las que dieron a sus hijos en la batalla para renovar a su pueblo. Esta fe nos mantuvo de pie ante la necesidad y la desesperación de los últimos 14 años. Y esta fe hoy nos llena de una nueva esperanza de que Alemania vuelva a encontrar su lugar bajo el sol. Nada lo hace a uno más duro y decidido que luchar. Nada da más coraje que enfrentar la resistencia. Durante los años en los que Alemania parecía destinada a decaer, se desarrolló un nuevo tipo de feminidad bajo el confuso barniz de la civilización moderna. Dura, decidida, valiente y dispuesta a sacrificarse. Durante los cuatro años de la gran guerra y los catorce años que siguieron de colapso alemán, las mujeres y madres alemanas demostraron ser dignas compañeras de sus hombres. Han soportado toda la amargura, todas las privaciones y los peligros y no fallaron cuando fueron golpeadas por la desgracia, las preocupaciones y los problemas. Mientras una nación tenga una feminidad tan orgullosa y noble, no puede perecer. Estas mujeres son la base de nuestra raza, de su sangre y su futuro. Este es el comienzo de una nueva feminidad alemana. Si la nación vuelve a tener madres que eligen con orgullo y libertad la maternidad, no puede perecer.

Si la mujer está sana, el pueblo está sano. Hay de la nación que descuide de sus mujeres y madres, esta se condenará a sí misma. Esperamos que el concepto de la mujer alemana, vuelva a ganarse el honor y el respeto del mundo entero. La mujer alemana se enorgullecerá de su tierra y de su pueblo, de pensar en alemán y de sentirse alemana. El honor de su nación y su raza será lo más importante para ella. Solo una nación que no olvida su honor podrá garantizar su pan de cada día. La mujer alemana nunca debería olvidar eso. Declaro abierta esta exposición. Que revele todos los errores anteriores y muestre el camino hacia el futuro, entonces el mundo volverá a respetarnos y podremos afirmar las palabras de Walther von der Vogelweide, quien dijo esto sobre la mujer alemana en su famoso poema:

El que busca la virtud y el amor propio, debe venir a nuestra tierra.
Hay mucha alegría.
Que viva allí durante mucho tiempo.

Joseph Goebbels - la radio como el octavo gran poder.

18 de agosto de 1933

Compañeros del pueblo:

Napoleón habló de la prensa como el séptimo gran poder. Su importancia se hizo visible políticamente con el comienzo de la revolución francesa y mantuvo su posición durante todo el siglo XIX. La política del siglo estuvo determinada en gran medida por la prensa. Difícilmente se pueden imaginar o explicar los principales acontecimientos históricos entre 1.800 y 1.900 sin considerar la poderosa influencia del periodismo. La radio será para el siglo XX lo que fue la prensa para el XIX. Con el cambio apropiado se puede aplicar la frase de Napoleón a nuestra época, hablando de la radio como el octavo gran poder. Su descubrimiento y aplicación tienen un significado verdaderamente revolucionario para la vida comunitaria contemporánea. Las generaciones futuras pueden concluir que la radio tuvo un impacto intelectual y espiritual en las masas tan grande como la imprenta antes del comienzo de la reforma. El régimen de noviembre (la república de Weimar), no pudo comprender el significado completo de la radio. Incluso aquellos que afirmaban haber despertado a la gente y haberla involucrado en la política práctica estaban sin excepción casi ciegos a las posibilidades de este método moderno de influir en las masas.

En el mejor de los casos lo vieron como una manera fácil de distraer a las masas de las dificultades de nuestra vida nacional y social a través de juegos y entretenimiento. Solo a regañadientes pensaron en utilizar la radio con fines políticos. Como en todas las demás cosas vieron la radio a través del prisma de una objetividad ostensible. Dejaron la radio y su desarrollo a sus expertos técnicos y administrativos limitando su propio uso con fines partidistas a tiempos de crisis nacionales particulares. No hace falta decir que la revolución Nacional Socialista, que es moderna y decidida a la acción, así como la agitación popular que hemos liderado deben cambiar los métodos abstractos y sin vida de la radio. El antiguo régimen se contentaba simplemente con llenar oficinas vacías o cambiar las caras, sin cambiar sin embargo el espíritu y el contenido de la vida pública. Nosotros por otro lado, pretendemos una transformación de principios en la cosmovisión de toda nuestra sociedad, una revolución en la mayor medida posible que no dejará nada fuera de ella, cambiando la vida de nuestra nación en todos los aspectos.

Este proceso, que ha sido visible para el profano en los últimos seis meses, naturalmente no fue aleatorio. Fue preparado y organizado sistemáticamente. Hemos utilizado nuestro poder en los últimos seis meses para llevar a cabo esta transformación. Teníamos los mismos objetivos antes y después del 30 de enero. No nos hubiera sido posible tomar el poder o usarlo en la manera en que lo hacemos sin la radio y el avión. No es exagerado decir que la revolución alemana, al menos en la forma que tomó habría sido imposible sin la radio y el avión. De hecho es una revolución moderna y ha utilizado los métodos más modernos para ganar y usar el poder. Por lo tanto, no hace falta decir que el Gobierno resultante de esta revolución no puede ignorar la radio y sus posibilidades. Por el contrario, está resuelta a utilizarlos al máximo en la obra de construcción nacional que tenemos ante nosotros y para asegurar que esta revolución pueda resistir la prueba de la historia. Esto significa una serie de reformas importantes en la organización y el contenido de la radio. Por un lado, estas reformas asegurarán la continuidad orgánica de la radio y su mayor desarrollo tanto a corto como a largo plazo. También significarán una transformación de toda su naturaleza, poniéndola en sintonía con la comunidad moderna de nuestro pueblo. Como en todas las demás áreas los cambios son principalmente de naturaleza espiritual. La radio debe salir del obstinado vacío de sus limitaciones técnicas hacia los animados desarrollos espirituales de nuestra época. No es posible que la radio ignore los tiempos. Más que

cualquier otra forma de expresión pública, tiene el deber de satisfacer las necesidades y demandas de la época. Una radio que no busca ocuparse de los problemas de sus días no merece influir en las amplias masas. Pronto se convertirá en un patio de recreo vacío para técnicos y experimentadores intelectuales. Vivimos en la era de las masas, las masas exigen con razón participar en los grandes acontecimientos del día. La radio es el intermediario más influyente e importante entre un movimiento espiritual y la nación, entre la idea y el pueblo. Esto requiere un liderazgo que se exprese de forma clara. He hablado de esto a menudo con respecto a diversas áreas de nuestra vida espiritual, no puede haber falta de liderazgo, ni con las personas ni con las cosas. El valor moral o la falta del mismo, no depende de las palabras, sino del contenido. El liderazgo y el objetivo determinan si algo es bueno, inútil o incluso perjudicial para nuestro pueblo. Un gobierno que ha decidido unir a una nación para que vuelva a ser un centro de poder en la escala de los grandes acontecimientos mundiales, tiene no solo el derecho, sino el deber de subordinar todos los aspectos de la nación a sus objetivos, o al menos asegurarse de que le brinden su apoyo.

Esto también se aplica a la radio, cuanto más importante sea algo para influir en la voluntad de las grandes masas, mayor será su responsabilidad para con el futuro de la nación. Eso no significa que queramos convertir la radio en un servidor cobarde de nuestros intereses políticos partidistas. La nueva política alemana rechaza cualquier limitación partidista. Busca la totalidad del pueblo y de la nación y el trabajo constructivo que planea o que está en proceso incluye a todas las personas de buena voluntad. En el marco de todas las grandes tareas, la radio, si quiere seguir viva, debe mantener y promover todas sus leyes artísticas y espirituales. Así como sus métodos técnicos son modernos y distintos, también lo son sus capacidades artísticas. Solo tiene una relación lejana con el teatro y el cine. Rara vez es posible llevar a la radio una potente presentación teatral o cinematográfica sin cambios. Hay un estilo de hablar en la radio, un estilo de drama, de ópera, de programa de radio. La radio no es en modo alguno una rama del teatro o del cine, sino más bien una entidad independiente con sus propias reglas. Se enfrenta a demandas particulares de la época contemporánea. Trabaja con las tareas y necesidades del día. Su deber es dar a los acontecimientos inmediatos un significado duradero.

Su actualidad es a la vez su mayor peligro y su mayor fortaleza. Los días 21 de marzo y 1 de mayo dio pruebas impresionantes de su capacidad para llegar al pueblo con grandes acontecimientos históricos. El primer acontecimiento familiarizó a toda la nación con un acontecimiento político importante, el segundo con un acontecimiento de importancia sociopolítica. Ambos alcanzaron a toda la nación, sin importar clase, posición o religión. Esto se debió principalmente a la fuerte centralización, la buena información y la actualidad de la radio alemana. Estar al día nos acerca a la gente. Llamamos popular a nuestra revolución por una buena razón, surgió de lo más profundo del pueblo. Fue llevada a cabo por el pueblo y hecha para ellos. Destronó al individualismo y puso al pueblo nuevamente en el centro. Rompió con el cansado escepticismo de nuestro liderazgo intelectual, que al final resultó ser solo una fina capa de intelectualismo mórbido de las grandes ciudades que dejó solas a las masas en su desesperada miseria. Los problemas que enfrentamos hoy en el gobierno son los mismos problemas a los que se enfrenta el hombre de la calle. Los problemas que tratamos a través de las obras de teatro, discursos y dramas son problemas que conciernen directamente a las personas.

Cuanto mejor los reconozca la radio y los trate de manera fresca y variada, mejor cumplirá sus tareas y más se decidirá la gente a abordar estos problemas. Antes de afrontar esta situación ideal en nuestras políticas radiofónicas, hay una serie de preparativos y problemas que afrontar, estos son principalmente organizativos. Probablemente como resultado del periodo pasado, que ignoró las responsabilidades espirituales y políticas, el arte de la organización se desarrolló hasta un grado intolerable. Esta enfermedad de la época infectó también a las emisoras de radio. También aquí se organizaba, no lo que había que organizar, sino todo lo que se podía organizar. Cien cocineros estropean una sopa y cien burócratas estropean cualquier logro espiritual. Cuantos más comités de revisión, burócratas y altos cargos había en el sistema de radio alemán, menores eran sus logros políticos. Aquí, más que en ningún otro lugar, no habían personalidades que disfrutaran de la responsabilidad. La energía espiritual, la flexibilidad necesaria para llegar a la gente en tiempos de cambio, no puede ser responsabilidad de juntas, comisiones o comités. Estos solo estorban. También en este caso, más rápido de lo que generalmente se cree, introduciremos clara y resueltamente el principio de liderazgo. Una organización excesiva solo

puede obstaculizar la productividad. Cuantos más burócratas haya, más oscuras serán las estructuras internas y más fácil será para alguien ocultar su incapacidad o incompetencia detrás de algún comité o junta directiva. Y no solo eso, el exceso de organización es siempre el comienzo de la corrupción. Confunde la responsabilidad y por lo tanto, permite que aquellos de carácter débil se enriquezcan a expensas del público. Esto es lo que ocurría antiguamente en el sistema de radio alemán. Habían sueldos enormes que carecían de justificación alguna teniendo en cuenta lo logrado, cuentas de gastos escandalosas, pólizas de seguros generosas, en general inversamente relacionadas con los logros positivos. Hoy en día hay quienes afirman haber sido los "padres de la radio". Solo se les puede decir que no fueron ellos quienes desarrollaron la radio, sino que no hicieron ningún uso productivo de ella en tiempos difíciles. Solo supieron explotarla para su propio beneficio. Seguramente sería bueno para quienes realmente construyeron la radio alemana no tener que estar al lado de estos cazadores de fortunas con sus abultadas billeteras y sus conciencias vacías. Como dice el refrán: "dime quienes son tus amigos y te diré quien eres". No necesito decir que el gobierno de la revolución Nacional Socialista no se verá conmovido en su resolución de poner orden en estos asuntos. Eliminaremos el exceso de organización lo antes posible, reemplazándolo por simplicidad y economía espartanas.

También aumentaremos sistemáticamente la productividad en todos los ámbitos. Llevaremos a los micrófonos a los mejores elementos espirituales de la nación, haciendo de la radio el medio más multifacético y flexible para expresar los deseos, necesidades, anhelos y esperanzas de nuestra época. No pretendemos utilizar la radio sólo para nuestros fines partidistas, queremos espacio para el entretenimiento, las artes populares, los juegos, los chistes y la música. Pero todo debería tener una relación con nuestros días. Todo debería incluir el tema de nuestra gran labor reconstructiva, o al menos no interponerse en su camino. Sobre todo es necesario centralizar claramente todas las actividades de la radio, anteponer las tareas espirituales a las técnicas, introducir el principio de liderazgo, proporcionar una visión del mundo clara y presentar esta visión del mundo de manera flexible. Queremos una radio que llegue al pueblo, una radio que trabaje para el pueblo, una radio que sea intermediaria entre el gobierno y la nación, una radio que también traspase nuestras fronteras para darle al mundo una imagen de nuestro carácter, de nuestra vida y nuestro trabajo. El dinero producido por la radio debería, en general, volver a ella. (Los radioyentes alemanes tenían que pagar una tarifa por la licencia de radio). Si hay excedentes deberían usarse para servir a las necesidades espirituales y culturales de toda la nación.

Si los escenarios y las publicaciones sufren por el rápido crecimiento de la radio, utilizaremos los ingresos que la radio no necesita para mantener y fortalecer nuestra vida intelectual y artística. El propósito de la radio es enseñar, entretener y apoyar a la gente, no dañar gradualmente la vida intelectual y cultural de la nación. Una de mis principales tareas en un futuro próximo y más lejano será mantener un equilibrio razonable a este respecto. Estoy convencido de que tanto la radio como el teatro, la edición y el cine se beneficiarán. Con la inauguración de esta exposición comienza una campaña sistemática de publicidad de nuevos receptores de radio. Utilizaremos el conocimiento de propaganda que adquirimos en los últimos años. Nuestro objetivo es duplicar la audiencia de la radio alemana. Esto resultará en una base financiera que no sólo permitirá a la radio llevar a cabo su misión, sino que también apoyará toda la vida intelectual y cultural de la nación. Fortaleceremos el teatro, el cine, la música y la edición, proporcionando una base financiera firme. Con este espíritu se abre la exposición de la radio de este año. Su tema clave es el receptor del pueblo (un receptor de radio barato). Su bajo precio permitirá que las grandes masas se conviertan en oyentes de radio.

La ciencia y la industria han hecho lo que pudieron, ganándose el agradecimiento del gobierno y de toda la nación. Que la dirección de la radio haga ahora su parte. Entonces juntos lograremos nuestro objetivo. Si la ciencia, la industria y los líderes intelectuales trabajan de la mano y si sus esfuerzos comunes están respaldados por un firme sentido de la máxima responsabilidad política, entonces dejaremos atrás muchos errores y equivocaciones del pasado y abriremos una nueva era de la radio alemana, abrirá nuevos caminos no solo para la vida política alemana, sino también para el trabajo de la radio en todo el mundo. Esta exposición está a la sombra de esa gran tarea. Es un comienzo y una expresión del coraje alemán y de la confianza alemana. Nuestro más profundo deseo es que la ciencia, la industria y la dirección actual de la radio alemana sigan a partir de ahora un nuevo camino al final del cual se encuentra nuestro gran objetivo común. Un pueblo, un Reich y un futuro glorioso para Alemania. En este sentido declaro abierta la 10ª exposición de la radio alemana.

Joseph Goebbels - la cuestión racial y la propaganda mundial.

Discurso en Nüremberg 1933

La revolución Nacional Socialista es un producto típico alemán. Su escala y significado histórico sólo pueden compararse con otros grandes acontecimientos de la historia de la humanidad. Sería falso y engañoso comparar esta revolución con otras transformaciones de la historia europea reciente. Es cierto que comparte sus impulsos, su energía y quizás incluso sus métodos, con algunas excepciones. Pero sus fundamentos, causas y, por tanto, resultados son enteramente diferentes. No podría haber ocurrido sin la guerra y la Revuelta de Noviembre, al menos en su velocidad y poder. El tratado de no paz de Versalles se interpuso en su camino. La pobreza, el desempleo, la desesperación y la decadencia lo acompañaron en todos sus altibajos. Un parlamentarismo democrático demasiado refinado que hoy parece casi grotesco encontró su última y más alta expresión.

Proporcionó el escenario en el que el Nacional Socialismo llegó al poder. Le dijimos a nuestra oposición con bastante frecuencia que, aunque usábamos sus armas y reglas para nuestros propósitos, no teníamos nada intelectual o políticamente en común con ellos. Por el contrario, nuestro objetivo era utilizar estos medios para acabar con ellos y sus métodos, para eliminar finalmente sus teorías y políticas. Tanto en teoría como en la práctica, el Nacional Socialismo se opone al liberalismo. Así como el liberalismo después de la Revolución Francesa tuvo diversos efectos en cada nación y pueblo, dependiendo de su naturaleza y carácter, lo mismo ocurre hoy con las fuerzas que se le oponen. La democracia alemana siempre fue un campo de juego particular del liberalismo europeo. Su tendencia innata hacia el individualismo excesivo fue ajeno a nosotros, que perdió toda conexión con la vida política real después de la guerra. No tenía nada que ver con la gente.

No representó la totalidad de la nación, sino que se convirtió en una guerra perpetua entre intereses que gradualmente destruyó los fundamentos nacionales y sociales de la existencia de nuestro pueblo. El Nacional Socialismo pudo superar esta condición de continuas crisis espirituales, económicas y políticas sólo porque el propio pueblo alemán recuperó la compostura y encontró una idea política y una organización que correspondían al carácter de la nación alemana. El Nacional Socialismo es un fenómeno completamente alemán. Sólo puede entenderse en el marco de las condiciones y fuerzas alemanas. Como dijo una vez Mussolini sobre el fascismo, “no es para exportar”. Sin embargo, vemos la revolución Nacional Socialista como un acontecimiento que afecta al mundo entero. Además, la solución de la cuestión alemana no puede dejar de tener consecuencias para la futura constelación de Europa.

Es una advertencia para todo el mundo liberal que Alemania ha sustituido la democracia por un sistema autoritario, que el liberalismo se ha derrumbado bajo los golpes del levantamiento nacional, que el parlamentarismo y el sistema de partidos son conceptos obsoletos para nosotros. Los últimos tres años han demostrado que la fuerza de una nueva idea es más fuerte que los recursos de una visión del mundo obsoleta, incluso cuando se defiende con los instrumentos del Estado. Se ha establecido un nuevo tipo de autoridad en todos los ámbitos de la vida pública en Alemania. La loca creencia en la igualdad que encontró su expresión más burda en los partidos políticos ya no existe. El principio de personalidad ha sustituido a la noción de idiotez popular. Nació una nación alemana unida, a pesar de todos los dolores de parto. No sorprende que quienes se beneficiaron del parlamentarismo levantaran sus tiendas cuando vieron que el Nacional Socialismo estaba firmemente establecido. Decidieron retomar su actividad más allá de nuestras fronteras. Eso no significa que hayan renunciado a Alemania. Creen que su hora

tal vez no esté cerca, pero que eventualmente llegará. Hacen todo lo que pueden para causar al Reich dificultades nacionales e internacionales. Estos pacifistas de pies a cabeza ni siquiera dudan en instar a una guerra sangrienta contra Alemania en los periódicos extranjeros que aún no son lo suficientemente inteligentes como para negarles espacio. No se puede encontrar sentido a esta situación sin comprender el significado de la cuestión racial o judía. El gobierno Nacional Socialista tampoco puede ignorarlo. Nuestras leyes sufren críticas duras y a menudo injustificadas en el extranjero, sobre todo por parte de los propios judíos internacionales. Pero no hay que olvidar que abordar la cuestión judía por medios legales era el mejor enfoque. ¿O debería el gobierno haber seguido los principios de la democracia y el gobierno de la mayoría y dejar que el pueblo resolviera el problema? Nunca la historia ha tenido una revolución menos sangrienta, más disciplinada y más ordenada que la nuestra. Al intentar abordar la cuestión judía y abordar la cuestión legalmente por primera vez en la historia de Europa, sólo estamos siguiendo el espíritu de la época.

Defenderse del peligro judío es sólo una parte de nuestro plan. Cuando se convierte en el único tema, cuando se discute el Nacional Socialismo, es culpa de los judíos, no nuestra. Han intentado movilizar al mundo contra nosotros con la secreta esperanza de recuperar el territorio que han perdido. Esta esperanza no sólo es vana, sino que también conlleva una serie de peligros y dificultades para los propios judíos. No pueden evitar discusiones en todo el mundo no sólo contra nuestras políticas, sino también a favor de ellas. La discusión ha adquirido un alcance que, tanto en el futuro inmediato como en el lejano, podría tener consecuencias extraordinariamente desagradables para la raza judía. Richard Wagner llamó una vez a los judíos el “demonio plástico de la descomposición” y Theodor Mommsen quiso decir lo mismo cuando los vio como el “fermento de la descomposición”. Por el contrario, el ario se ve a sí mismo como una criatura creativa. Puede que haya cierta tragedia inherente a la naturaleza de los judíos, pero ¿es culpa nuestra que esta raza actúe de manera destructiva entre los pueblos y sea un peligro constante para su seguridad nacional e internacional?

Las diferencias fundamentales entre las dos razas fueron responsables de las repetidas explosiones durante los años [1918-1933]. Mientras los judíos permanecieron en el anonimato, estuvieron seguros. En el momento en que perdieron su anonimato, el problema racial se agudizó y requirió una solución adecuada. Ciertamente no culpamos únicamente a los judíos de la catástrofe espiritual y económica alemana. Todos conocemos las otras causas que llevaron al declive de nuestro pueblo. Sin embargo, tenemos el coraje de reconocer su papel en el proceso y nombrarlos por su nombre. Durante un tiempo fue difícil persuadir a la gente de esto, porque la opinión pública estaba enteramente en manos judías. En un escenario berlinés dirigido por judíos, un casco de acero con las palabras "¡Fuera la inmundicia!" fue arrastrado al barro. El judío Gumbel dijo que los muertos de la guerra habían “caído en el campo del deshonor”. El judío Lessing comparó a Hindenburg con el asesino en masa Haarmann. El judío Toller dijo que el heroísmo era “el ideal más estúpido”. El judío Arnold Zweig habló del pueblo alemán como una “horda que necesitaba ser desenmascarada”, como el “poder animal del eterno Boche” y como una “nación de lectores de periódicos, una manada de votantes, hombres de negocios, asesinos, manifestantes, amantes de la opereta y cadáveres burocráticos”.

¿Es sorprendente que la Revolución Alemana también rompiera este yugo insoportable? Si se considera más a fondo la alienación de la vida intelectual alemana por parte de los judíos internacionales, su corrupción de la justicia alemana que finalmente llevó al hecho de que sólo uno de cada cinco jueces fuera alemán, la toma de control de la medicina, su predominio entre los profesores universitarios, en resumen, el hecho de que casi todas las profesiones intelectuales estuvieran dominadas por los judíos, hay que admitir que ningún pueblo con cierta autoestima podría tolerar eso por mucho tiempo. Fue sólo un acto de renovación nacional cuando la revolución Nacional Socialista entró en acción en esta área. A menudo la gente en el extranjero desconoce las verdaderas causas de la legislación judía alemana. Las estadísticas son muy convincentes. Sin embargo, nos contuvimos al comienzo de nuestro trabajo. Teníamos que abordar una cuestión de este alcance. Es totalmente culpa de los judíos que las cosas hayan resultado diferentes. El boicot y la propaganda atroz que hicieron en otros países fue un intento de los judíos internacionales de lograr por medio de la opinión pública en otros países lo que había sido imposible por nuestra toma del poder en Alemania. Intentaron causar dificultades al renacimiento de Alemania mediante una campaña de boicot mundial y hacerla ineficaz. Finalmente recurrimos a un contraboicot durante ese período crítico. El hecho de que sus

camaradas raciales que todavía estaban en Alemania sufrieran pérdidas se debe a sus camaradas raciales más allá de nuestras fronteras, que intentaban causarnos dificultades. Sólo causaron dificultades económicas a su propia raza. Podemos predecir las consecuencias futuras para los judíos. No hemos hecho nada para animarlos, simplemente son producto de los tiempos. Muchos judíos inteligentes ya se han dado cuenta de lo que han hecho, sobre todo a los que se quedaron en Alemania, que fueron los más directamente afectados. Gritaron sus advertencias. Pero no pudieron vencer al ala radical y al final tuvieron que dejar que las cosas siguieran su curso, para bien o para mal. Esta ala radical ha asestado un golpe extraordinariamente duro a los judíos del mundo y sus aliados. Ponen a debate el problema judío, y cuando se debate, los resultados sólo pueden ser desagradables. La fuerza de los judíos está en su anonimato; si lo pierde, los resultados sólo pueden ser perjudiciales. La reciente Conferencia Sionista en París muestra la situación desesperada a la que ha sido empujada la judería mundial por su ala radical. Cuando uno de los diversos grupos judíos ya no está unido, cuando sólo hay debates infructuosos, es una señal de que el poder judío se encuentra en terreno inestable. Esto ya está empezando a tener consecuencias para los judíos.

Estos acontecimientos revelan el problema racial en toda su dificultad. No desaparecerá hasta que los pueblos de Europa lo resuelvan. Se solucionará cuando el pueblo, por su propio bien, haga lo necesario para su seguridad. Nuestro país todavía enfrenta un boicot mundial por parte de los judíos internacionales, incluso si no es tan abierto como lo era antes, y todavía estamos amenazados por una conspiración mundial inteligentemente pensada y sistemáticamente ejecutada. La lucha contra la joven Alemania es una lucha de la Segunda y la Tercera Internacionales contra nuestro Estado autoritario. Los países que lo toleran o promueven, a veces con la creencia errónea de que están reduciendo así la problemática competencia alemana en el mercado mundial, están atrayendo sobre sí mismos y su futuro un peligro que hemos superado. Ellos pueden hacer lo que quieran; Alemania ha superado el peligro. Ha tomado medidas radicales para expulsar al bolchevismo y su contenido ideológico junto con sus conceptos racialmente vinculados. Si nuestra batalla contra la anarquía tiene como resultado que el problema racial se convierta en un problema mundial, esa no era nuestra intención, pero nos parece bien. La conspiración que se está fraguando contra Alemania no conducirá a nuestra destrucción, pero inevitablemente abrirá los ojos de todos los pueblos del mundo.

Para terminar, permítaseme decir unas palabras sobre las medidas que estamos adoptando contra la propaganda mundial dirigida contra nosotros. Está claro que una campaña tan importante contra la paz y la seguridad de Alemania no puede quedar sin respuesta. La propaganda mundial contra nosotros será respondida con propaganda mundial a nuestro favor. Sabemos qué es la propaganda, su poder, sus métodos y medios. No lo aprendimos en la escuela, sino que lo dominamos mientras hacíamos trabajos prácticos. Nuestra incansable campaña educativa logró unir a católicos y protestantes, agricultores, clase media y trabajadores, bávaros y prusianos, en un pueblo alemán unificado. Unimos el poder de la persuasión con el poder de la idea. Dependíamos sólo de nosotros mismos, conquistando el Estado con el poder de la fe y el poder de la palabra. ¿Quién no puede creer que lograremos persuadir al mundo de la integridad de nuestras acciones? Una presentación tranquila de nuestro caso tal vez no gane el amor, pero al menos ganará un respeto cada vez mayor.

La verdad siempre es más fuerte que la mentira. La verdad sobre Alemania llegará a otras naciones, también en lo que respecta a la cuestión racial. Hemos hecho lo necesario y, por tanto, hemos cumplido con nuestro deber. No debemos temer el juicio del mundo. Se invita cordialmente al mundo a enviar a sus periodistas y representantes a Alemania para que puedan ver con sus propios ojos el coraje y la determinación del gobierno y el pueblo al eliminar los últimos restos de la guerra y la revuelta de Noviembre, e introducir un equilibrio de poder que garantizará a Alemania una existencia segura, un honor y su pan de cada día. Nadie que vea a esta nación en funcionamiento puede tener dudas sobre su futuro. Cuantos más extranjeros nos visiten, más amigos ganará la joven Alemania. Nuestra situación exterior hoy es idéntica a nuestra situación interior cuando empezamos. Quienes asistieron entonces a nuestras reuniones quedaron impresionados por el marcado contraste entre lo que los periódicos enemigos escribieron sobre nosotros y lo que realmente somos. Los visitantes actuales de Alemania tienen la misma experiencia. Sus experiencias serán el comienzo del respeto. Toda persona justa, pensante y objetiva, dondequiera que se encuentren y de donde venga, encontrará un pueblo y un gobierno que intentan superar las dificultades del período de posguerra por sus propias

fuerzas, y que están atacando los problemas que enfrentan con duro y varonil orgullo. Necesitamos mostrar al mundo lo que alguna vez mostramos a los otros partidos: nunca perdemos los nervios. Modestia, claridad, firmeza y decencia son las virtudes que nuestro pensamiento alemán quiere ver en el mundo. No hay nada que sea imposible. Lo que parece imposible puede hacerse posible gracias al poder del espíritu. Alemania no se hundirá ante la cuestión racial; al contrario, el futuro de nuestro pueblo depende de solucionarlo. Como en tantas otras áreas, aquí también seremos pioneros para el mundo. Nuestra revolución es de enorme importancia. Queremos que encuentre la clave de la historia mundial en la solución de la cuestión racial.

Joseph Goebbels - el comunismo sin máscara.

13 de septiembre de 1935

A principios de agosto de este año, uno de los periódicos ingleses más autorizados, publicó un artículo llamado “Dos Dictaduras”, en el que se hizo un intento ingenuo y equivocado de exponer ante los lectores ciertas supuestas similitudes entre el bolchevismo ruso y el Nacional Socialismo alemán. Este artículo dio lugar a una extraordinaria cantidad de acalorados debates en los centros internacionales, lo que fue sólo otra prueba del hecho de que existe un error sorprendente entre los círculos más prominentes de Europa occidental sobre el peligro que representa el comunismo para la vida del individuo, de la nación y de la humanidad. Estas personas todavía se aferran a su opinión ante las terribles y devastadoras experiencias de los últimos dieciocho años en Rusia. El autor del artículo afirma que los dos símbolos que hoy se oponen, a saber, el bolchevismo y el Nacional Socialismo representan regímenes que: “En su estructura esencial son similares y en muchas de sus leyes son idénticas. Además las similitudes están aumentando”. Continuó diciendo. “En ambos países se repiten las mismas censuras sobre el arte, la literatura y por supuesto la prensa, la misma guerra contra la intelectualidad, el ataque a la religión y el despliegue masivo de armas, ya sea en la Plaza Roja o en el Tempelhofer Feld”. “Lo extraño y terrible es que dos naciones que alguna vez fueron tan diferentes, hayan sido educadas y conducidas a patrones tan ridículamente similares”.

Se ve aquí mucha palabrería y poca comprensión. El autor anónimo de este artículo, obviamente no ha estudiado los principios esenciales y fundamentales ni del bolchevismo, ni del Nacional Socialismo. Considera sólo ciertos fenómenos superficiales y no ha tenido en cuenta lo que los periodistas serios han dicho sobre el tema en cuestión, ni ha comparado sus puntos de vista con sus declaraciones objetivas. Este juicio enteramente erróneo sobre el caso podría pasarse por alto con un encogimiento de hombros y considerarse simplemente como parte del orden cotidiano de las cosas, si no fuera por el hecho de que los dos problemas aquí discutidos, pertenecen en lo esencial a fenómenos políticos que son importantes para el futuro de Europa. Además este juicio sorprendentemente superficial sobre el problema, no es sorprendentemente un caso aislado, sino que debe tomarse en conjunto con un sector mucho más amplio e influyente de la opinión de Europa occidental. Por el contrario, intentaré analizar aquí el bolchevismo en sus elementos básicos y mostrarlo lo más claramente posible al público alemán y europeo. No es una tarea fácil en vista del hecho de que las instituciones propagandísticas de la internacional comunista están indudablemente bien organizadas y no han fracasado en presentar al público, fuera de las fronteras rusas, una imagen completamente falsa del bolchevismo.

Este cuadro es extraordinariamente peligroso por la tensión que naturalmente puede y debe provocar. Notemos también el profundo odio en los círculos liberales de todo el mundo hacia el Nacional Socialismo y su trabajo práctico y constructivo en Alemania. De ahí la posibilidad también en este caso de juicios erróneos como los ya mencionados. Pasan por alto lo esencial. El comunismo internacional eliminaría por completo todas las cualidades nacionales y raciales que se basan en la naturaleza humana misma. Ve en la propiedad la causa más primaria del colapso del comercio mundial en el sistema capitalista, en consecuencia explota esto a través de un sistema de acción extenso, cuidadosamente organizado y brutal, dejando de lado los valores personales y sacrificando al individuo a un vacío de masas que es sólo una parodia de la vida real misma. Al mismo tiempo ignora y destruye todos los esfuerzos idealistas y elevados de los hombres y las naciones, a través de sus propios principios materialistas burdos y vacíos. Por otro lado el Nacional Socialismo ve en todas estas cosas (en la propiedad, en los valores personales, en la nación, en la raza y los principios del idealismo) estas fuerzas que sustentan toda

civilización humana y determinan fundamentalmente su valor. El bolchevismo está explícitamente decidido a provocar una revolución en todas las naciones. En su propia esencia tiene una tendencia agresiva e internacional. Pero el Nacional Socialismo se limita a Alemania y no es un producto de exportación, ni en sus características abstractas ni en las prácticas. El bolchevismo niega la religión como principio fundamental por entero. Reconoce la religión solo como un "opio del pueblo". Sin embargo para ayudar y apoyar las creencias religiosas, el Nacional Socialismo coloca absolutamente en el primer plano de su programa la creencia en Dios y ese idealismo transcendental que ha sido destinado por la naturaleza a expresar el alma racial de una nación. El Nacional Socialismo tomaría la iniciativa en un nuevo concepto y configuración de la civilización europea. Pero los bolcheviques llevan a cabo una campaña, dirigida por los judíos, ante el hampa internacional, contra la cultura como tal. El bolchevismo no es simplemente antiburgués, va en contra de la propia civilización humana. En sus consecuencias finales significa la destrucción de todos los logros comerciales, sociales, políticos y culturales de la Europa occidental, en favor de una camarilla internacional desarraigada y nómada que ha encontrado su representación en el judaísmo.

Este enorme intento de derrocar el mundo civilizado tiene efectos mucho más peligrosos porque la internacional comunista, que es una maestra en el arte de la tergiversación ha sabido encontrar sus protectores y pioneros entre una gran parte de estos círculos intelectuales en Europa cuya destrucción física y espiritual será en gran medida el primer resultado de una revolución mundial bolchevique. El bolchevismo, que en realidad es un ataque al mundo del espíritu, pretende ser intelectual. Cuando las circunstancias lo exigen, se presenta como un lobo con piel de oveja. Por debajo de esta falsa máscara que aquí y allá asume, siempre están las fuerzas satánicas de la destrucción del mundo. Y donde ha tenido la oportunidad de practicar sus teorías ha creado ese "paraíso de los obreros y los campesinos" en forma de un terrible desierto de gente hambrienta. Si tomamos la palabra de su doctrina, entonces encontramos una terrible contradicción en su teoría y su práctica. Su teoría es brillante y grandiosa, pero lleva veneno en su atractivo brillo. Por el contrario lo que en realidad tenemos es terrible. Así lo demuestran los millones de sacrificios que se han hecho en su honor, mediante ejecuciones con la espada, el hacha, la cuerda del verdugo o el hambre.

Sus enseñanzas prometen "la patria de los trabajadores y campesinos" que no conocerá fronteras y un orden social sin clases que estará protegido contra la explotación a través del Estado y predica un principio económico en el que "todo pertenece a todos" y que de ese modo se iniciará una paz mundial real y universal. Millones de trabajadores con salarios de hambre como no se imaginan en la Europa occidental y millones de campesinos afligidos que han sido despojados de sus tierras, están siendo completamente arruinados por el estúpido experimento de un colectivismo paralizante, una hambruna que se cobra millones de víctimas año tras año en un país de tal extensión que podría servir de granero para toda Europa, la formación y el equipamiento de un ejército que, según afirman todos los dirigentes bolcheviques, se utilizará para llevar a cabo la revolución mundial, la dominación brutal y despiadada de este aparato de Estado y partido enloquecido a manos de una pequeña minoría terrorista que es en su mayoría judía. Todo esto habla otro idioma, un idioma que el mundo no puede escuchar permanentemente porque resuena con la historia del sufrimiento sin nombre y las dificultades indescriptibles que soporta una nación de ciento sesenta millones de personas.

El hecho de que para llevar a cabo sus objetivos, el bolchevismo utilice métodos propagandísticos que sólo son perceptibles para aquellos que tienen experiencia en tales cosas y que son totalmente aceptados de buena fe por el ciudadano medio, hace que esta internacional del terror sea extraordinariamente peligrosa para otros Estados y pueblos. Esta propaganda parte del principio de que el fin santifica los medios, que se puede y se debe utilizar la mentira y la calumnia, el terror del individuo y de las masas, los robos, los incendios, las huelgas y la insurrección, el espionaje y el sabotaje de los ejércitos, y que por lo tanto el objetivo de llevar a cabo una revolución mundial, es la única solución. Este método extraordinariamente pernicioso de influir sobre las masas populares no se detiene ante nada ni ante nadie. Sólo son competentes para enfrentarlo aquellos que ven sus fuerzas motrices secretas y son capaces de adoptar las contramedidas necesarias. Esta propaganda sabe adaptar cada instrumento a su finalidad. Adquiere una fórmula intelectual en los círculos intelectuales. Es burguesa con la burguesía y proletaria con el proletario. Es apacible y pasivo cuando esa actitud le conviene y belicoso cuando encuentra oposición que debe ser reprimida. El bolchevismo lleva a cabo su propaganda

internacional a través del Komintern. Hace unas semanas este aparato de destrucción mundial hizo pública a toda Europa su plan de campaña para el aniquilamiento de las naciones y de los Estados, todo dispuesto y expuesto en sus elementos tácticos y estratégicos. Sin embargo el mundo burgués, cuya extirpación fue anunciada abiertamente y sin reserva alguna, no hizo ninguna protesta pública de indignación, ni unió a todas las fuerzas a su disposición en una contramedida definitiva. Sólo aquellos Estados en los que el bolchevismo ha sido finalmente superado mediante la restauración de los principios nacionales lanzaron un grito de advertencia. Pero el mundo burgués amenazado se rió de este grito de advertencia y lo desestimó como una alarma exagerada. Alejada de enemigos internos y unida bajo el Nacional Socialismo, Alemania se colocó a la cabeza de los grupos reunidos en la lucha contra la bolchevización internacional del mundo. Con ello es plenamente consciente de que cumple una misión mundial que va más allá de todas las fronteras nacionales. Del éxito de esta misión depende el destino de nuestras naciones civilizadas. Como Nacional Socialistas hemos visto el bolchevismo de principio a fin. Lo reconocemos bajo todas sus máscaras y camuflajes. Está ante nosotros despojados de sus adornos, desnudo en toda su miserable impostura.

Sabemos cuáles son sus enseñanzas, pero también sabemos cuál es su práctica. Aquí daré un cuadro sin adornos, respaldado en todos sus detalles por hechos incontestables. Si queda una chispa de razón en el mundo y la facultad de pensar con claridad, entonces los Estados y los pueblos deben sentirse escandalizados ante la perspectiva e inducirlos a unirse para su defensa común contra este grave peligro. Dejo los métodos y prácticas de la propaganda y la teoría comunista dentro y fuera de Rusia para hablar a través de ejemplos que me parecen sintomáticos. Estos ejemplos podrían ser reemplazados y complementados por miles de otros, los cuales, tomados en conjunto, muestran el terrible aspecto de esta enfermedad mundial. El asesinato de personas, el asesinato de rehenes y los asesinatos en masa son los medios favoritos del bolchevismo para deshacerse de toda oposición a su propaganda. En Alemania 300 Nacional Socialista fueron víctimas del terror comunista practicado contra individuos. El 14 de enero de 1930, Horst Wessel recibió un disparo a través de la puerta entreabierta de su casa por el comunista Alberecht Hohler, llamado Alí, siendo sus cómplices los judíos Sally Eppestein y Else Cohn. El 9 de agosto de 1931, los capitanes de policía Anlauf y Lenck fueron abatidos en la Bülowplatz de Berlín.

Los dirigentes comunistas, Heinz Neumann y Kippenberger, fueron acusados de instigadores de los asesinatos. Poco después Heinz Neumann fue arrestado en Suiza por tener un pasaporte inválido, y una solicitud de extradición presentada por Alemania no fue aceptada alegando que se trataba de un “crimen político”. Estos son sólo algunos ejemplos del terror comunista infligido a individuos. Otros ejemplos de la sed de sangre y la crueldad que demuestran podemos citar los asesinatos de rehenes que tuvieron lugar en años anteriores. El 30 de abril de 1919, en el patio del gimnasio Luitpold de Múnich, diez rehenes, entre ellos una mujer fueron tiroteados por la espalda, sus cuerpos quedaron irreconocibles. Este acto se realizó por orden del terrorista comunista Eglhofer y bajo la responsabilidad de los comisarios judíos soviéticos Levien, Levien-Nissen y Axelrod. En 1919 durante el régimen bolchevique del judío Bela Kun, cuyo verdadero nombre era Aaron Cohn, en Budapest fueron asesinados 20 rehenes. Durante la revolución de octubre en España 8 prisioneros fueron fusilados en Oviedo, diecisiete en Turón y en el cuartel de Pelano, para protegerse de un ataque comunista treinta y ocho prisioneros fueron puestos al frente de los insurgentes y algunos de ellos fueron fusilados.

En el congreso del Komintern, el 31 de julio de 1935, el líder comunista Carcio declaró expresamente que esta revolución se llevó a cabo “bajo la dirección de los comunistas”. Esta lista de derramamiento de sangre se vuelve aún más aterradora y horrible cuando le sumamos el número aparentemente increíble de asesinatos en masa llevados a cabo por los comunistas. Como prototipo clásico de esto, tenemos la comuna de parís del año 1871, que fue celebrada apasionadamente por Karl Marx y hoy es aprobada por los soviéticos modernos como modelo de la revolución mundial bolchevique. Ya no se puede determinar el número de víctimas que cayeron en aquel terrible año 1871. El judío tschekista Bela Kun hizo un experimento que rivalizó con la comuna de París en derramamiento de sangre cuando ordenó la ejecución de entre 60.000 y 70.000 personas en Crimea. En su mayor parte estas ejecuciones se llevaron a cabo con ametralladoras. En el hospital municipal de Alupka, 272 enfermos y heridos fueron trasladados en camillas ante la puerta de la institución y allí fusilados. La verdad de esto ha sido confirmada oficialmente en el informe presentado a la Cruz Roja en Ginebra. Durante los 133 días de su

régimen de terror en Hungría el judío Bela Kun hizo asesinar a innumerables hombres. Los nombres de 570 de ellos aparecen en documentos oficiales. En noviembre de 1934, el mariscal chino Tschiangkaischek hizo pública la información de que en la provincia de Chiangsi, un millón de personas habían sido asesinadas por los comunistas y seis millones habían sido despojadas de todas sus posesiones. Todos estos sangrientos y horrorosos acontecimientos han alcanzado su clímax con los asesinatos en masa cometidos en toda la Rusia soviética. Según los datos proporcionados por los propios soviéticos y teniendo en cuenta fuentes fiables, el número de personas ejecutadas durante los primeros cinco años de dominio soviético deben cifrarse en alrededor de 1.860.000, en cifras redondas. De ellos 6.000 eran maestros y profesores, 8.800 doctores en medicina, 54.000 oficiales del ejército, 260.000 soldados, 105.000 policías, 49.000 gendarmes, 355.000 personas de clases altas, 192.000 trabajadores y 815.000 campesinos. El estadista soviético Oganowsky estima en 5.200.000 el número de personas que murieron de hambre en los años 1921 y 1922. El cardenal arzobispo austríaco, monseñor Innitzer, afirmó en su llamamiento de julio de 1934 que millones de personas morían de hambre en la Unión Soviética. Durante su discurso pronunciado ante la Cámara de los Lores el 25 de julio de 1934, el arzobispo de Canterbury, hablando sobre los informes relativos a las víctimas de la hambruna en la Rusia soviética en 1933 dijo que el número se acercaba más a seis que a tres millones.

Así pues tenemos ante nuestros ojos una imagen completa de este terrorífico y desgarrador terrorismo masivo que sólo tiene un paralelo con los ejemplos más espeluznantes de guerra o revoluciones registrados en la historia del mundo. Este es el actual sistema de derramamiento de sangre, terror y muerte que llevan a cabo maníacos políticos histéricos y criminales que quieren copiarlo en todos los países y entre todos los pueblos con las mismas prácticas terroríficas, en la medida en que encuentren la posibilidad de hacerlo. En vista de todo esto sería inútil presentar pruebas del espíritu de disciplina y generosa consideración que mostraron los Nacional Socialistas al llevar a cabo sus objetivos revolucionarios. Tal es “la extraña y terrible” semejanza entre los métodos seguidos por los dos regímenes que el autor del artículo en el periódico inglés alega que son similares en su “estructura esencial”. Pero los hechos a los que me he referido no completan el cuadro. Las revoluciones cuestan dinero. Es necesario financiar campañas de propaganda en todo el mundo. El bolchevismo se procura los medios para hacerlo a su manera. En el verano de 1907, Stalin dirigió el famoso atentado con bomba en Tiflis contra un transporte de dinero del banco estatal. Treinta personas fueron víctimas del ataque. Los 250.000 rublos robados del transporte fueron enviados a Lenin, que se encontraba entonces en Suiza.

Debían estar a su disposición para fines revolucionarios. El 17 de enero de 1908, el judío Wallack-Meer, que ahora se llama Litwinow y ha sido presidente del consejo de la Sociedad de Naciones fue arrestado en París en relación con el bombardeo y el robo del transporte en Tiflis. El partido comunista alemán organizó y dirigió allí las expediciones de saqueo y también el robo de explosivos de los depósitos oficiales. La lista de casos llevados ante los tribunales del Reich es muy larga. En esta lista hay treinta delitos descritos como casos mayores y extremos. A ellos hay que sumar los incendios y bombardeos organizados y perpetrados sin consideración alguna por la vida de las personas inocentes. El 16 de abril de 1925 se produjo una explosión en la catedral de Sofía organizada y llevada a cabo por los bolcheviques. En julio de 1927 los comunistas prendieron fuego al palacio de justicia en Viena. Para celebrar la fiesta de Lenin, el 22 de enero de 1930 se voló el monasterio Simonoff de Moscú, un edificio que databa del siglo XIV. En la noche del 27 al 28 de febrero de 1933, el Reichstag de Berlín fue incendiado como señal para el levantamiento comunista armado.

A través de huelgas, peleas callejeras y levantamientos armados se pretendía llevar a cabo la primera etapa preparatoria de la revolución bolchevique. Los métodos utilizados son los mismos en todos los países. Una larga serie de actos revolucionarios que podrían sumarse por todas partes proporcionan un testimonio sorprendente de esto. En una de sus publicaciones propagandísticas, el Komintern se jactaba de haber organizado casi todas las huelgas de los últimos años. Estos ataques encuentran su violenta secuela en las peleas callejeras. De la lucha callejera al levantamiento armado no hay más que un paso. En esta secuencia tuvieron lugar los siguientes levantamientos: octubre de 1917 en Rusia, enero de 1919 el levantamiento espartaquista de Alemania, en 1920 la revuelta de Max Hoelz en Volgtland y el ejército rojo en la región del Ruhr, 1921 en Alemania central, septiembre de 1923 en Hamburgo, diciembre de 1924 en Reval, 22 de febrero y 21 de marzo de 1927 en Shanghai, diciembre de 1927 en Cantón, octubre de 1934 en España, abril de 1935 en Cuba y mayo de 1935 en Filipinas.

La propaganda bolchevique asesta sus principales golpes contra las fuerzas armadas de un país, porque los bolcheviques saben que si adoptaran el principio de intento conseguir el apoyo de la mayoría del pueblo nunca podrían llevar a cabo sus planes. La fuerza por lo tanto es el único medio que les queda, pero en todo Estado bien ordenado esto encuentra la oposición del ejército. Por consiguiente los bolcheviques se sienten obligados a introducir su propaganda desintegradora en las filas del propio ejército. La idea es corromperlo desde dentro y así hacerlo ineficaz como baluarte contra la anarquía. Antes de la llegada al poder del Nacional Socialismo, en Alemania existía una estrecha cooperación entre el espionaje soviético y las organizaciones comunistas. Un departamento exterior de la O.G.P.U. operaba oficialmente en nuestro país, era el representante oficial y agente directivo del espionaje comunista. El objetivo de este espionaje era no sólo obtener secretos militares de forma traidora, sino también llevar a cabo un sistema de sabotaje entre la policía y el ejército. Parte del programa era introducir un espíritu de amotinamiento en la Reichswehr y mediante un trabajo cada vez mayor de instrucción revolucionaria, provocar una revuelta de los soldados y marineros de las fuerzas de defensa alemanas.

Desde julio de 1931 hasta diciembre de 1932, los tribunales alemanes trataron 111 casos de alta traición. Estos casos se originaron con las actividades del partido comunista. Además hubo un número extraordinario de casos de espionaje de carácter traicionero en las fábricas industriales. El ejemplo más grosero de la interferencia de los "diplomáticos soviéticos" con el fin de crear problemas políticos internos en otro país lo ofrece el embajador judío soviético, Joffe, que tuvo que abandonar Berlín el 6 de noviembre de 1918 porque había utilizado la valija diplomática para transportar materiales de sabotaje que se utilizarían para socavar al ejército alemán y así hacer posible la revolución. Los llamados "fondos de la revolución" fueron utilizados en gran parte por Liebknecht para la compra de armas para los comunistas alemanes y en parte también para la producción de material propagandístico para su uso entre el ejército. El 26 de diciembre de 1918, uno de los miembros socialistas del Reichstag, el judío Dr. Oskar Cohn, declaró que el 5 del mes anterior había recibido 4 millones de rublos de Joffe para la revolución alemana. Ahora podemos ver que todas estas actividades tenían como objetivo provocar la caída del Reich alemán mediante el debilitamiento y la corrupción del ejército alemán.

En medio de todos estos actos singulares de terror, de asesinatos de rehenes, asesinatos en masa, saqueos e incendios provocados, espionaje y sabotaje de ejércitos, vemos la propaganda comunista mundial mostrando su verdadero rostro. Una idea y un movimiento que ha utilizado medios tan cobardes y repugnantes para asegurarse el poder y mantenerlo sólo lo pueden retener mediante engaños, calumnias y falsedades. Estos son los métodos típicos utilizados por el bolchevismo en su propaganda y se aplican de diferentes maneras según la idoneidad de la situación. Así por ejemplo podemos entender cómo es que las crisis, catástrofes, etc, que ocurren en otros países fuera de la Unión Soviética son explotadas por la propaganda bolchevique, mientras que se nos dice que dentro de las fronteras soviéticas se está llevando a cabo una obra de construcción social que ha desterrado las dificultades económicas y ha creado un Estado en el que no hay desempleo. La verdad real es que existe una condición de desorden comercial en todo el país y un colapso industrial que desconcierta toda descripción. La "tierra sin desempleo" contiene cientos de miles, incluso millones de mendigos y niños sin hogar que abarrotan las calles de las grandes ciudades y cientos de miles que están condenados al destierro y al trabajo forzoso.

Mientras que en todos los demás países están en el poder supuestas dictaduras capitalistas y fascistas, Rusia ofrece un ejemplo de libertad y orden democrático. Así nos lo dicen. En realidad esta tierra se está marchitando bajo el gobierno de una fuerza judeo-marxista, que no se detendrá ante nada para mantener el poder. La pretendida libertad y derecho a la autodeterminación entre las nacionalidades que constituyen la Unión Soviética, resulta de hecho, ser un proceso de extirpación de las propias nacionalidades. La pretendida liberación de los pueblos coloniales y semicoloniales a través del proletariado internacional es, cuando se mira en su verdadera luz, un ejemplo despiadado y manchado de sangre del peor tipo de imperialismo soviético. En la propia Alemania antes de nuestra llegada al poder, los pronunciamientos del partido comunista variaban sin escrúpulos según las condiciones de la época. Al principio Alemania fue un "sacrificio semicolonial a las potencias de Versalles y fue reprimida a través de la Liga de Naciones". Pero cuando el movimiento Nacional Socialista comenzó a avanzar entre el público alemán, el partido comunista presentó un programa de "liberación social y nacional".

Luego proclamaron una confederación proletaria entre Berlín y Moscú y contra Versalles y la Sociedad de Naciones. Hoy se ha hecho un pacto militar con París y Praga y los soviéticos han entrado en la hasta ahora difamada Liga de las Naciones que antes se conocía como “Liga de los Ladrones”. La llama política de paz de la Unión Soviética se manifiesta en la práctica en las intrigas revolucionarias mundiales entre los demás países, en la provocación sin escrúpulos de conflictos entre los distintos Estados, mientras que al mismo tiempo se arma a un ritmo fantástico en preparación para un guerra de agresión. En los pueblos de los países de Europa occidental hablan de un orden social sin restricción de clases, pero en la propia Rusia existe una violenta diferenciación entre las clases privilegiadas y desposeídas. La propaganda soviética habla de “un paraíso de niños que contiene a los jóvenes más felices del mundo”. Sin embargo la situación real del caso nos muestra a millones de niños sin apoyo, la existencia de trabajo infantil e incluso la pena de muerte para los niños. La propaganda bolchevique habla engañosamente de la “emancipación de la mujer mediante el comunismo”. La verdad es que la institución del matrimonio ha sido completamente dejada de lado, que hay una terrible desintegración y abolición de la vida familiar, que hay una ausencia de empleo para las mujeres y un estado de prostitución que aumenta alarmantemente.

Un régimen así, en el que la teoría y la práctica están en flagrante contradicción, no puede mantener su posición excepto con la propagación de la falsedad y la hipocresía sin escrúpulos. Antes del 30 de enero de 1933, cada vez que un trabajador era asesinado por orden de los comunistas el crimen era imputado a los Nacional Socialistas. Hubo constantes informes falsos de motines entre las tropas de asalto y los trabajadores alemanes honestos fueron tildados de rompehuelgas. Cuando Horst Wessel fue asesinado, el horror público fue tan grande que los comunistas tuvieron que inclinarse ante él y para aclarar las dudas, expusieron la historia de que esta cobarde fechoría política surgió de un altercado entre pretendientes rivales de una amante. Cuando Norkus que era miembro de las juventudes Hitlerianas fue apuñalado por una asesinos comunistas, la “Rote Fahne” declaró descaradamente que Norkus fue asesinado por un espía nazi, de modo que alegaban que los nazis asesinaron a un miembro de su propio partido de diecisiete años con el fin de conseguir material para que la ley prohibiera al partido comunista alemán. Lo mismo ocurrió cuando fueron asesinados Maikowski y Gatschke.

Cuando el Nacional Socialismo mostró el trabajo del partido comunista en Alemania, la internacional comunista comenzó a publicar historias de atrocidades a través de la propaganda en contra del Nacional Socialismo. El simulacro de juicio de Londres tenía como objetivo absolver al partido comunista de cualquier culpa por haber quemado el Reichstag, alegando que había sido apoyado y aprobado por destacados Nacional Socialistas. El miembro fallecido del Reichstag no pudo negar lo que falsamente se le había atribuido. Más tarde sin embargo, personas que habían sido dirigentes comunistas confesaron que el memorando no contenía ni una sola palabra de verdad. Ellos admitieron que todo el asunto había sido falsificado en todos sus detalles con el fin de desacreditar al Nacional Socialismo ante el mundo. Juristas y periodistas de renombre e incluso un Lord inglés, descendieron al nivel de convertirse en marionetas en este simulacro de juicio en Londres. Desde entonces los comunistas han estado llevando a cabo un trabajo sistemático de propaganda mundial contra Alemania, porque reconocen y se dan cuenta que los Nacional Socialistas son sus enemigos más peligrosos.

Entre los temas eternamente recurrentes de esta agitación comunista están las historias de preparativos de guerra en interés del imperio alemán, preparativos de una revancha contra Francia, anexiones en Dinamarca, Holanda y Suiza, en los Países Bálticos y Ucrania, etc. También una cruzada alemana contra la Unión Soviética, las disensiones en el partido y en el gobierno, especialmente entre el partido y el ejército, el creciente descontento de las masas, los asesinatos de dirigentes en Alemania o los atentados contra sus vidas, los preparativos para una inflación, la llegada de un completo colapso de la economía, el asesinato y tortura de prisioneros, persecuciones religiosas y vandalismos culturales de todo tipo. Estas falsedades propagandísticas se difunden a través de miles de canales y de miles de maneras, el intelectualismo burgués -a veces inconscientemente, a veces conscientemente- se pone al servicio de esta campaña de difamación. En todas las capitales europeas hay grandes oficinas para la difusión de este veneno en todo el mundo y el Komintern proporciona grandes subvenciones para preparar y realizar los trabajos. Estas organizaciones son centros constantes de malestar entre las naciones. Nunca se cansan de provocar problemas en todas las formas posibles. Eso es la propaganda bolchevique. Esa es la forma en la que se viste y vive, usando

mentiras, calumnias y argucias para hacer que las naciones sospechen unas de otras y se odien, difundiendo así un espíritu general de malestar, porque los bolcheviques saben muy bien que nunca podrán hacer triunfar la idea comunista excepto en una época distraída y escéptica. En Alemania tenemos controversias religiosas que surgen de profundas cuestiones de conciencia, pero que no tienen nada que ver con la negación de la religión. Estas controversias son explotadas a veces por críticos inofensivos y a veces maliciosos y se establece un paralelismo entre ellas y el ateísmo absolutamente dogmático de la internacional bolchevique. Para darse cuenta de lo grotesco del paralelismo sólo es necesario señalar algunos ejemplos en la teoría y la práctica del comunismo. En el programa de la internacional comunista se declara abierta y libremente que la lucha contra todo tipo de religión debe llevarse a cabo de manera implacable y sistemática. Lenin declaró que "la religión es el opio del pueblo y es una especie de aceite de fusel". Estas declaraciones están publicadas en el cuarto volumen de sus "obras". En el segundo congreso de ateos, Bucharin declaró que la religión debía ser "destruida con la bayoneta". El judío Gubermann, que bajo el nombre de Jaroslawski es el líder de la asociación de ateos militantes en la Unión Soviética, ha hecho la siguiente declaración: "Es nuestro deber destruir todo concepto religioso del mundo… si fuera necesaria la destrucción de 10 millones de seres humanos como ocurrió en la última guerra, para el triunfo de una clase definida, entonces eso debe hacerse y se hará".

En su número del 6 de noviembre de 1930, "The Atheist", el periódico mensual que el órgano central de la asociación de ateos militantes escribió lo siguiente: "Quemaremos todas las iglesias del mundo y arrasaremos todas las prisiones". En todos los establecimientos educativos de la Unión Soviética está prohibida la instrucción religiosa y en su lugar se ha introducido un curso de instrucción sistemática sobre el ateísmo marxista. Los niños menores de 18 años tienen prohibido participar en servicios religiosos y oraciones. La ley eclesiástica del 8 de abril de 1929 ha establecido una situación en las que las comunidades espirituales y religiosas quedan privadas de todo derecho. Todo el clero y sus familias pertenecen a la clase desposeída de los ciudadanos soviéticos, por lo que pierden automáticamente su derecho a trabajar o a ganarse la vida y pueden ser expulsados de su domicilio en cualquier momento. Tal es la teoría y la concepción mundial de los principios jurídicos que subyacen al ateísmo bolchevique y en consecuencia tales principios se llevan a la práctica. Hasta 1930, 31 obispos, 1.600 clérigos y 7.000 monjes fueron asesinados bajo el régimen soviético.

Según las estadísticas disponibles para 1930, estaban entonces confinados en prisiones en condiciones de hambre, 48 obispos, 3.700 clérigos y 8.000 monjes y monjas. La "Liga Internacional Contra la Tercera Internacional" en Ginebra publicó estadísticas el 6 de agosto de 1935, que mostraban que en Rusia 40.000 sacerdotes, habían sido arrestados, desterrados o asesinados. Casi todas las iglesias y capillas ortodoxas, han sido destruidas o cerradas al culto religioso y convertidas en clubes, cines, graneros, etc. Antes de nuestra llegada al poder, la propaganda atea de los marxistas en Alemania cuyas fuerzas hemos derrocado, se pronunciaron a favor del terrible estado de cosas que he descrito. Sólo la "Liga de Librepensadores Alemanes" socialdemócrata tenía 600.000 miembros. Casi sin excepción los líderes intelectuales del ateísmo marxista en Alemania eran judíos, entre ellos Erich Weinert, Felix Abraham, el Dr. Levy-Lenz y otros. En reuniones periódicas, celebradas en presencia de un notario público se pedía a los miembros que registraran su declaración de retiro de su iglesia por un tarifa de 2 marcos.

Y así continuó la lucha por al ateísmo. Sólo entre 1918 y 1933, las salidas de las iglesias evangélicas alemanas ascendieron a 2.5 millones de personas. El programa que estas sociedades ateas establecieron en materia sexual se caracteriza ampliamente por las siguientes demandas expresadas públicamente en reuniones y distribuidas en folletos:

1). La derogación total de los párrafos de la ley que tratan del delito del aborto y el derecho a practicar el aborto gratuitamente en los hospitales del Estado.

2). No injerencia en la prostitución.

3). La derogación de todas las regulaciones capitalistas burguesas en materia de matrimonio y divorcio.

4). La inscripción oficial será opcional y los niños serán educados por la comunidad.

5). Derogación de todas las penas por perversiones sexuales y una amnistía que se concederá a todas las personas condenadas como delincuentes sexuales.

Verdaderamente, un caso de locura metódica, que tiene como objetivo la destrucción voluntaria de las naciones, la civilización y su sustitución por la barbarie como principio fundamental de la vida pública. ¿Dónde están los hombres detrás de la escena de este virulento movimiento mundial?, ¿Quiénes son los inventores de toda esta locura?. ¿Quién transplantó estas medidas en Rusia e intenta que se apliquen en otros países?. La respuesta a estas preguntas revela el secreto real de nuestra política antijudía y nuestra lucha intransigente contra los judíos, porque la internacional bolchevique es en realidad nada menos que una internacional judía. Fue el judío quien inventó el marxismo, es el judío quien durante décadas se ha esforzado por provocar revoluciones mundiales a través del marxismo. Es el judío quien está hoy a la cabeza del marxismo en todos los países del mundo, sólo el cerebro de un nómada sin nación, raza, ni patria podría haberse gestado este satanismo.

Y sólo alguien podrido por una malevolencia satánica podría lanzar este ataque revolucionario. Porque el bolchevismo es nada menos que un materialismo brutal que especula con los instintos más básicos de la humanidad. Y en su lucha contra la civilización de Europa occidental hace uso de las más bajas pasiones humanas en beneficio de la judería internacional. La teoría subyacente a este fanatismo político y económico fue expuesta por un judío llamado Karl Mordejai, alias Karl Marx, hijo de un rabino de Tréveris. Una variante de la misma teoría surgió del cerebro de otro judío llamado Ferdinand Lassalle. Era hijo del judío Jaim Wolfsohn de Loslau, quien cambió su nombre primero a Losslauer, luego a Lasel y finalmente a Lassalle. El ministro de trabajo de la comuna de París era el judío Leo Fraenkel. El terrorista judío Karl Cohen era amigo de Marx. El 7 de mayo de 1866 en Unter Den Linden, Berlín, este Cohen intentó asesinar a Bismarck disparándole dos veces. En los días antes de la guerra la redacción del "Vorwaerts", el órgano socialista alemán ya empleaba a 15 judíos, la mayoría de los cuales se convirtieron posteriormente en líderes del comunismo en Alemania. Entre ellos se encontraban Kurt Eisner, Rudolf Hilferding y Rosa Luxemburgo.

Durante la gran guerra los judíos polacos, Leo Joggisches y Rosa Luxenburgo, estuvieron a la cabeza de las fuerzas impulsoras que intentaban provocar la caída militar de Alemania y la posterior revolución mundial. Otro judío Hugo Hasse, posteriormente presidente del U.U.P.D. (Partido Socialista Alemán Independiente) exigió el rechazo de los créditos de guerra el 4 de agosto de 1914. El 10 de noviembre de 1918 se formó el "Consejo de los Seis Representantes del Pueblo" del que formaban parte los judíos Hasse y Landsberg. El 16 de diciembre de 1918 se celebró la primera reunión del "Congreso General del Sóviet de Trabajadores y Soldados de Alemania", en este congreso los judíos Cohen-Reuss y Hilferding, fueron los principales oradores. Las fuerzas armadas de Alemania estuvieron representadas por el judío Hodenberg para el VII ejército, el judío Levinsohn para el IV, el judío Siegfried Marck para el departamento de ejército A, Nathan Moses para el departamento B, el judío Jacob Riesenfeld representó al grupo de ejércitos de Kiev y el judío Otto Rosenberg representó al grupo de ejércitos de Kassel. El 31 de diciembre de 1918 se celebró en Berlín el primer congreso del partido comunista en el que fue elegida líder la judía Rosa Luxemburgo.

La conferencia del Reich del movimiento espartaquista celebrada el 29 de diciembre de 1918, fue inaugurada formalmente por el representante oficial de la Unión Soviética, un judío llamado Karl Radek Sobelsohn, mientras que Rosa Luxemburgo apareció como uno de los oradores principales. La noche del 6 al 7 de abril de 1919, tras la destitución del judío Eisner en Múnich, se proclamó allí la república soviética. En esto desempeñaron un papel destacado los judíos Landauer, Toller, Lipp, Erich Muehsam y Wadler. El 14 de abril de 1919 se formó en Múnich un segundo gobierno soviético encabezado por los judíos Leviné-Nissen, Levien y Toller. La prensa del partido alemán en Berlín estaba controlada por los judíos Meyer, Thalheimer, Scholem, Friedlaender, etc. Los abogados que actuaban en nombre del partido comunista alemán eran los judíos Litten, Rosenfeld, Joachim, Apfel, Landsberg, etc. El conocido judío bolchevique Raffes, escribe: "El odio del zarismo contra los judíos estaba justificado, porque a partir de los años sesenta en todos los partidos revolucionarios, el gobierno tuvo que tratar con los judíos como los miembros más activos". En el segundo congreso del partido obrero socialdemócrata de Rusia, en

1903, se produjo la escisión que dividió al partido en bolcheviques y mencheviques. Tanto en uno como en otro, los puestos de autoridad estaban en manos de judíos. Estos eran los siguientes: En los mencheviques: Martor (Zederbaum), Trotzki (Bronstein), Dan (Gurwitsch), Martynow, Liber (Goldmann), Abramowitsch (Rein), Goreff (Goldmann), etc. En los bolcheviques: Borodin (Grusenberg) -posteriormente líder del movimiento revolucionario bolchevique en China, actualmente comisario bolchevique en Mongolia- Frumkin, Hanecki (Fuerstenberg), Jaroslawski (Gubelmann), líder del movimiento ateo en la Unión Soviética y en todo el mundo, Kamenev (Rosenfeld), Laschéwitsch, Litwinow (Wallach), actualmente comisario soviético extranjero y expresidente de la Liga de las Naciones, Ljadow (Mandelstamm), Radek (Sobelsohn), Sinowjew -de 1919 a 1926 líder de la internacional comunista- Sokolnikow (Brilliant), amigo cercano de Swerdlow y colaborador de Lenin. A principios de agosto de 1917 se inauguró el VI congreso del partido bolchevique. El comité que lo presidía estaba formado por 3 rusos, 6 judíos y 1 georgiano. El 23 de octubre de 1917 tuvo lugar la histórica sesión del Z.K. (Comité Central). Aquí se decidió la revuelta armada. Con el fin de asumir la dirección de la revuelta se creo un buró político y un centro revolucionario de guerra. Estos centros políticos y militares de la revolución bolchevique estaban formados por 2 rusos, 6 judíos, 1 georgiano y 1 polaco.

En la “Colección de informes sobre el bolchevismo en Rusia” inglesa, que fue presentada al parlamento en abril de 1919, por orden de su Majestad, el informe nº 6 contiene un telegrama de ser M. Findlay al Sr. Balfour (recibido el 18 de septiembre de 1918): “El siguiente es el informe del ministro de los países Bajos en Petrogrado, el 6 de septiembre, recibido aquí hoy sobre la situación en Rusia, en particular en lo que respecta a los súbditos británicos y los intereses británicos bajo la protección del ministro: …”En Moscú tuve repetidas entrevistas con Chicherin y Karahan. Todo el gobierno soviético quedó reducido al nivel de una organización criminal. Los bolcheviques se dan cuenta de que su juego ha terminado y han iniciado una carrera de locura criminal”, continúa … “el peligro es ahora tan grande que considero mi deber llamar la atención de los gobiernos británicos y de todos los demás gobiernos sobre el hecho de que si no se pone fin inmediatamente al bolchevismo en Rusia, la civilización del mundo entero se verá amenazada. Considero que la supresión inmediata del bolchevismo es el mayor problema que ahora enfrenta al mundo, sin excluir siquiera la guerra que todavía está en pleno apogeo y, a menos que, como se indicó anteriormente, el bolchevismo sea cortado de raíz de forma inmediata, está destinado a extenderse en una forma u otra en Europa y el mundo entero.

El bolchevismo es obra de judíos que no tienen nacionalidad y cuyo único objetivo es destruir, para sus propios fines el orden de cosas existente. La única manera de evitar este peligro sería una acción colectiva por parte de todas las potencias”. El 13 de noviembre de 1934, el periódico “The Moment” que se publica en Varsovia y es una de las revistas judías más importantes de Europa del este, publicó un artículo (en el número 260B) titulado “Laser Moisséjewitsch Kaganowitsch” (diputado y mano derecha de Stalin). El artículo dice: “Es un gran hombre, Laser Moisséjewitsch algún día gobernará el país de los zares. Su hija que pronto cumplirá 21 años es ahora la esposa de Stalin y es bueno con los judíos. Es bueno tener un hombre en una de las posiciones clave”. De los funcionarios más autorizados del partido y del Estado en los más altos consejos de la U.R.S.S. encontramos que más de 20 son judíos y sólo hay 17 rusos, mientras que el porcentaje de judíos respecto a toda la población de la Unión Soviética es solo del 1.8%.

El comisario del pueblo para el interior (anteriormente Tscheka u O.G.P.U.) es el judío Jagoda. En la internacional comunista (el ”estado mayor de la revolución mundial”) el judío Pjatnitzki desempeña el papel más importante. La dirección del movimiento revolucionario bolchevique en todos los países estuvo y sigue estando en manos judías. En algunos países como Polonia y Hungría tienen el control exclusivo de este movimiento. En el juicio contra el comunista judío Schmelz en marzo de 1935, el comisario de la policía polaco Landébzrski declaró como testigo que el 98% de los detenidos en Polonia acusados de intrigas comunistas, eran judíos. El verdadero líder del movimiento por la bolchevización de China es el judío Borodin-Grusenberg. Con esto podemos cerrar la cuenta. Esa es su teoría, su práctica y su propaganda. He dado un relato sencillo y serio de hechos que han sido recopilados en su mayor parte de fuentes oficiales, pero este relato apunta a una situación que es tan terrible y repugnante en todos sus efectos que debe escandalizar al ser humano civilizado promedio. Este evangelio de “la emancipación del proletario del yugo del capitalismo” es el peor y más brutal tipo de capitalismo que pueda imaginarse. Ha sido pensado, puesto en marcha y dirigido bajo la inspiración del culto a Mammón y del pensamiento materialista que se encarna en el judaísmo internacional, disperso

por todos los países del mundo. No es ningún experimento social. No es más que un sistema gigantesco para la expropiación y el despojo de las clases directivas arias en todas las naciones y la sustitución de ellas por el inframundo judío. Quienes se presentan aquí como apóstoles de una nueva doctrina y libertadores de la humanidad son en realidad figuras que anuncian la anarquía y el caos para el mundo civilizado. Aquí ya no se trata de ninguna cuestión política. Esto no puede juzgarse ni estimarse mediante reglas o principios políticos, es iniquidad bajo una máscara política. No es algo que deba ser llevado ante un tribunal de la historia mundial, sino algo que debe ser abordado por la administración judicial de cada país. Hay que enfrentarlo con los mismos medios despiadados e incluso brutales con los que se esfuerza por usurpar el poder o mantenerlo en sus manos. Aquí no puede haber regateos, porque el peligro que amenaza a Europa es grave. De la noche a la mañana podría irrumpir entre las naciones civilizadas del mundo y propagar una catástrofe universal. Los Estados que hagan las paces con él pronto aprenderán por experiencia que no serán ellos los que domestiquen al bolchevismo, sino que será el bolchevismo los que les someterá bajo su bota. No se puede decir que el Komintern haya cambiado sus prácticas, es y sigue siendo lo que siempre fue, la máquina propagandística y revolucionaria que abiertamente pretende provocar la caída de occidente.

El bolchevismo es el enemigo declarado de todas las naciones, de todas las religiones y de toda la civilización humana. La revolución mundial es ahora, como siempre ha sido, su objetivo reconocido y proclamado. El propio Stalin ha dicho, como anunció triunfalmente el órgano de la comisaria de guerra “estrella roja”, en enero de 1935: “Bajo la bandera de Lenin, en la revolución proletaria, triunfaremos sobre el mundo entero”. Y el emigrante comunista Pieck dijo en el séptimo congreso mundial del Komintern, celebrado el 28 de julio de este año: “El triunfo del socialismo en la Rusia soviética prueba al mismo tiempo que el triunfo del socialismo en todo el mundo es inevitable”. El día antes de la celebración del congreso, “L´Humanité” (el órgano de los comunistas franceses) lo saludó con esta exclamación: “Viva el Komintern, el estado mayor de la revolución mundial”. El trato con el bolchevismo no es posible, ni sobre una base política ni sobre una base de principios de la vida. El reconocimiento de la Unión Soviética por parte de los Estados Unidos ha dado lugar a un aumento de la propaganda comunista, innumerables huelgas y malestar general en toda América.

El pacto militar entre Francia y la Unión Soviética provocó poco después un aumento de los votos comunistas en las elecciones municipales, en las que ganaron 43 mandatos, duplicando así el número de mandatos que antes tenían, mientras que todos los demás partidos perdieron. La alianza militar entre Checoslovaquia y la Unión Soviética provocó sabotajes en el ejército y un aumento inesperado de los votos comunistas en las siguientes elecciones. Quien haya hecho pactos con el bolchevismo tendrá motivos para lamentar ese acto. Nada podría estar más lejos de nuestras mentes que el deseo de prescribir a otras naciones y a sus gobiernos, o incluso aconsejarles. No nos mezclamos en sus asuntos internos. Sólo vemos los peligros que amenazan a Europa y alzamos la voz para advertir, para que se reconozca la magnitud de esos peligros. En lo que a nosotros respecta, hemos superado completamente esta amenaza. De hecho quizás fuera de su trabajo en Alemania, el mayor servicio que nuestro Führer ha prestado al mundo es que aquí en Alemania ha erigido una barrera contra el bolchevismo mundial contra la cual rompen en vano las olas de esta vil inundación asiático-judía. Nos ha enseñado no sólo a reconocer al bolchevismo como el mayor enemigo del mundo, sino también a enfrentarlo cara a cara y aplastarlo.

En lugar de esta enseñanza, ha proporcionado un ideal nuevo, mejor y más noble para la liberación de toda una nación. En el signo de esta idea hemos librado nuestras batallas y hemos llevado nuestros estandartes hasta la victoria. Este ideal nos ha permitido liberar a Alemania de la amenaza del bolchevismo y desterrarla de una vez por todas de la nación alemana. Hoy sabemos cómo hacer frente a estas fuerzas insidiosas. La nación se ha vuelto inmune al veneno de la anarquía roja. Ha repudiado los falsos y huecos lemas de la propaganda comunista mundial. Con seriedad, diligencia, paciencia y disciplina se ha entregado a la solución de los problemas que surgen de su propio destino. Un día la historia dará el debido crédito al Führer por haber salvado a Alemania del peligro más agudo y mortal al derrocar al bolchevismo y salvar así a toda la civilización occidental del abismo que se abría ante ella. Espero que no quede en manos de la posteridad reconocer la grandeza de esta misión histórica, sino que sea reconocida por nuestros contemporáneos y que decidan actuar según la verdad de sus enseñanzas. Como verdadera y

leal vieja guardia del Führer y del partido, nos regocijamos de estar bajo sus banderas en esta lucha, la más decisiva que haya experimentado la historia del mundo.

La siguiente nota se adjunta al final del discurso de Goebbels:

“En la primavera de hambruna que ahora se acerca se repetirán acontecimientos similares a los que tuvieron lugar en el año 1933 cuando innumerables inocentes murieron en Ucrania, la región del Volga, en el Cáucaso septentrional y en otras zonas. Las organizaciones abajo firmantes han asumido hasta ahora la posición de que las cuestiones de humanidad y de provisión de ayuda deben considerarse, independientemente de los intereses políticos y sociales. Consideran que es un deber de la más elemental naturaleza humana y puramente caritativa no guardar silencio sobre estas condiciones, sino dejar que hable la voz de la conciencia. Por el bien de los hambrientos y moribundos y para evitar una catástrofe como la de 1933, exigen que la situación quede completamente clara y que se garanticen las medidas de socorro necesarias. Las organizaciones abajo firmantes son:

El comité de ayuda interdenominacional e internacional para las zonas con hambruna de la Unión Soviética, la obra de ayuda Rusa e internacional de la sede europea para la acción de socorro de la iglesia y la ayuda judía rusa. Estas son las autoridades a las que se refiere el Dr. Goebbels al hablar de la hambruna existente en Rusia bajo el régimen bolchevique.

Joseph Goebbels - bolchevismo, en la teoría y en la práctica.

Discurso en el día del partido, Núremberg, 1936

Mi Führer, excelencias, distinguidos invitados, compañeros y compañeras del NSDAP.

El hecho de que el fenómeno del bolchevismo representado en la teoría de Marx y llevado a la práctica por el Estado ruso soviético esté llamando la atención de los círculos políticos de la Europa occidental como un fenómeno y una práctica política que los pueblos civilizados deben tomar en cuenta, tanto intelectual como políticamente, demuestra que existe una completa falta de visión interior en la naturaleza y en la estructura esencial del bolchevismo internacional. El llamado bolchevismo no tiene nada que ver con lo que nosotros llamamos o entendemos por ideas, o por concepción del mundo. No es nada más que una especie de locura patológica y criminal ideada por los judíos, como se puede demostrar, y dirigida por los mismos, que quieren la destrucción del mundo civilizado y la fundación de un imperio judío internacional que sometería a todas las naciones bajo su poder. El bolchevismo solo pudo tener su origen en la mente judía, y solamente el estéril asfalto de las grandes metrópolis hizo posible que creciese y se extendiese. Solo pudo encontrar acogida en una humanidad que había sido moral y económicamente destruida por la guerra y la crisis económica y era terreno abonado para tan criminal doctrina.

Es necesario repetir que nosotros los Nacional Socialistas, al luchar encarnizadamente contra este peligro mundial, como hicimos desde el primer momento de nuestra actividad política, no hemos defendido hasta el presente intereses capitalistas o anti socialistas. Nuestra lucha contra el bolchevismo no es en contra, sino a favor del socialismo. Nuestra actitud nació de la fuerte convicción de que un verdadero y genuino socialismo solo puede ser realizado, si el más ruin y degradado de sus vástagos, el judaísmo bolchevique, fuese completamente exterminado. La lucha contra el bolchevismo sólo puede ser llevada a cabo por un pueblo que haya encontrado una nueva estructura para su vida interna y que esté a la altura de los valores dinámicos del siglo XX: una estructura socialista en una forma nacional. La burguesía es impotente en todas las naciones para la lucha contra el bolchevismo y por lo tanto no sirve para luchar contra él. Ni siquiera tiene una visión clara de los principios que dirigen e inspiran al bolchevismo. Para combatirlo eficazmente le falta a la burguesía la fuerza filosófica y la decisión intelectual necesarias, así como la acendrada fe política y el vigor moral del carácter.

No es solo que carezca de comprensión, sino que cuando se le presenta la ocasión hace paces vergonzosas con el bolchevismo en virtud del erróneo principio del mal menor. Pero cualquier pacto que el mundo burgués tenga con el bolchevismo radical conducirá finalmente a una victoria del bolchevismo sobre la burguesía, obedeciendo a la ley natural de que el más fuerte siempre vence al más débil. El bolchevismo tiene una ventaja sobre todos los demás grupos que ejercen poderío político, exceptuando aquellos que le miran con la oposición más abierta y directa. Este moviliza a las clases más bajas de la humanidad, que existen entre los posos de las naciones corrompidas las cuales son opuestas al Estado y las ideas que sostienen. Es la organización de los instintos más degradados de un pueblo que inicia la destrucción de lo productivo y de los elementos valiosos de una raza. Generalmente se aprovechan de un grupo que tiene fuerza política, que está basado en una minoría corrompida, determinada a alcanzar sus fines con métodos criminales y sin escrúpulos de ninguna clase para alcanzar el poder absoluto. Su inclinación a acuerdos tácticos no debe sin embargo confundirse con su intención de acceder a concesiones de principios. El bolchevismo en principio no admite concesiones. Si llega a un acuerdo aparente es solo como un medio para alcanzar el poder absoluto. No tiene el menor escrúpulo en asesinar a aquellos que le han ayudado a conquistar el poder, una vez alcanzado.

No es una perspectiva halagüeña para esos políticos burgueses de algunos de los Estados del oeste de Europa que aún creen que se puede amansar al bolchevismo por medio del frente popular. El bolchevismo es una dictadura de los inferiores. Se apodera del poder por medio de mentiras y lo mantiene por la fuerza. Para combatirlo, hay que conocerlo a fondo y tiene uno que haber penetrado en sus secretos más íntimos. Todas las fuerzas superiores y morales de una nación tienen que ser movilizadas para aniquilarlo ya que es un organismo amorfo y anti-racial. En un solo terreno el bolchevismo es maestro: en el terreno de la propaganda negativa, de la agitación de los pueblos por medio de mentiras e hipocresía, método que tiende a dar al mundo, falseando la realidad, una imagen desfigurada de la esencia, y de la íntima naturaleza de esa locura política. Lenin, el padre de la revolución bolchevique dijo francamente, que la mentira no solo está justificada, sino que se ha mostrado que es el arma más eficaz de la lucha bolchevique. Schopenhauer dijo que los judíos son maestros en la mentira y por lo tanto no es nada extraño que el judaísmo y el bolchevismo hayan fraternizado.

El bolchevismo judío maneja la mentira con maestría. Se aprovecha de que al hombre de buena fe no le cabe en la cabeza que se pueda mentir tan descarada y cínicamente, tomándole desprevenido e incapaz de oponer resistencia alguna. Mintiendo, así es como el bolchevismo ha logrado atraer a muchos ingenuos y alcanzado éxitos sorprendentes. De acuerdo con la naturaleza del bolchevismo su propaganda es internacional y agresiva. Su único propósito es corromper todos los pueblos de la Tierra, predicando y practicando en ellos la anarquía y el bolchevismo. Tiene fondos inagotables a su disposición porque los dictadores bolcheviques, sin remordimiento alguno, matan de hambre al pueblo ruso para alcanzar este propósito. Esta clase de propaganda es especialmente peligrosa para otros pueblos, porque está ayudada por comunistas de países extraños, que son agentes extranjeros del Komintern. Con su ayuda, el bolchevismo trama conspiraciones en diversos países, difíciles de sofocar porque se arraigan en la vida política nacional de los respectivos Estados. Se debe considerar como la amenaza más grave para un Estado, la tolerancia de un partido que reciba órdenes de una potencia extranjera.

La experiencia enseña que los países donde existe un partido comunista potente están más o menos sujetos a las órdenes de Stalin, especialmente en cuanto a situación militar, económica y política interior y exterior del país. Ejemplo de esto es una de las potencias del oeste de Europa, que al firmar el pacto con Rusia tuvo que pedir a Moscú que ordenase al partido comunista de dicha potencia que se abstuviese de minar al ejército y de boicotear los créditos para fines militares. A las secciones comunistas de los diversos países les han ordenado preparar y realizar la revolución bolchevique. Están provistos de abundantes fondos para llevar a cabo esta misión y de una técnica de propaganda copiada de Moscú. Esta propaganda tiene como único propósito engañar a los pueblos sobre la verdadera naturaleza del bolchevismo y evitar que aparezcan informaciones verídicas de Rusia, o si salen, desfigurarlas de tal manera que no se les pueda dar crédito. La razón de esta política es que la Unión Soviética no puede permitir que la verdad de su situación interior sea conocida, especialmente en los países cultos del oeste de Europa. Si la teoría bolchevique puede ser un veneno tal vez atractivo y seductor, en cambio la práctica bolchevique es tanto más temible y horrorosa.

Su camino está marcado por un sinfín de cadáveres y por ríos de sangre y lágrimas. La vida humana ha perdido su valor. Terrorismo, asesinatos, bestialidad, estas son las características de toda revolución bolchevique, bien sea victoriosa como en Rusia, o vencida y aniquilada como en Hungría, Baviera, el Ruhr y Berlín, o en plena lucha por su supremacía como ocurre hoy en España. Cuando el bolchevismo ha detentado el poder, no se preocupa de contradicciones entre la teoría y la práctica, las carabinas y las ametralladoras tienen la palabra. Pero en otros países se emplea una propaganda diabólicamente refinada para engañar al mundo sobre su verdadera naturaleza. La Europa burguesa no tiene la menor idea del encadenamiento de los hechos. Evita toda decisión repitiendo la consabida frase: “no hay que inmiscuirse en cuestiones interiores de un país extranjero”. Pero lo que es una realidad en Rusia, por lo que se combate en España, y lo que fatalmente se está preparando como una amenaza inminente en otros Estados Europeos, eso es de palpitante interés mundial. No se trata aquí de ideas políticas más o menos peligrosas, sino de algo que atañe al porvenir inmediato de Europa y de lo que todos los estadistas deben preocuparse seriamente para combatirlo si no quieren más tarde cargar con la terrible responsabilidad de la ruina moral y material de Europa. Porque el problema del bolchevismo no es el problema de la vitalidad europea, y ahí no caben términos medios, hay que definirse en pro o en contra y obrar en consecuencia. Hay que resolver otro problema: la relación del judaísmo y

del bolchevismo. Solamente en Alemania puede ser públicamente discutido, pues sería peligroso en otros países -como también lo era en Alemania no hace muchos años- cuando ni aún siquiera se podía mencionar su nombre. No hay ninguna duda de que los judíos son los fundadores del bolchevismo y son ellos quienes lo representan. Las clases dirigentes de la antigua Rusia, han sido tan completamente aniquiladas, que hoy en día los judíos constituyen el único elemento directivo. Los conflictos dentro del bolchevismo no son otra cosa que la charla en familia entre judíos. Las recientes ejecuciones en Moscú y las matanzas de judíos por otros judíos, se explican sencillamente por la ambición ilimitada y su sed de venganza y destrucción. La creencia de que los judíos están en perfecta armonía entre sí es un completo error. Viven en armonía solamente cuando viven en una minoría que está vigilada y amenazada por una enorme mayoría nacional. Esto no es el caso de la Rusia de hoy. Si los judíos viven juntos y disfrutan ya del poder como ha pasado en Rusia, las antiguas rivalidades empiezan otra vez, después de haber estado contenidas por el peligro común.

La idea del bolchevismo, o sea, desintegración y destrucción de la moral y la cultura, diabólico propósito para aniquilar pueblos, sólo se les puede haber ocurrido a los judíos. La práctica del bolchevismo solo es concebible manejada por judíos. De acuerdo con su naturaleza no dan la cara, trabajan a escondidas en el oeste de Europa. Quieren ocultar que tienen una relación íntima con el bolchevismo. Este modo de proceder ha sido y será siempre empleado por los judíos. Pero les hemos descubierto, y aún más, somos los únicos que hemos tenido el valor de llamar la atención al mundo sobre estos maestros del crimen. No tememos ninguna de las consecuencias de llamarlos por su nombre. Hubo un tiempo en Alemania en que se castigaba al que llamase judío al judío, lo cual no nos amedrentaba para llamarles por su nombre. Hasta hoy en día hasta el mundo a veces protesta con noble reserva o con aparente indignación cuando a los judíos se les llama judíos y a los bolcheviques criminales. Pero estamos convencidos de que llegará el día en que abramos los ojos al mundo para hacerle ver el verdadero espíritu del judaísmo y del bolchevismo, lo mismo que ya logramos en Alemania y convencerlo a su vez del peligro de esa raza parasitaria.

Entre tanto, ante el espectáculo de las crisis espantosas por las que atraviesan tantos países y el peligro inminente que les amenaza, no cesaremos de dar el grito de alarma: “todo ello es culpa de los judíos”. Esta acusación será como un latigazo en la cara contraída de odio de los judíos. Tampoco les servirá si intentan adoptar la máscara de las formas democráticas. Este método es demasiado ingenuo para impresionar a gente inteligente. No es más que un truco para tranquilizar a los filisteos intelectuales. Se alegran de este subterfugio porque les permite evitar toda decisión. Esta supuesta democracia bolchevique como algunos periódicos ingleses y franceses han osado ofrecer como ejemplo frente a la llamada dictadura Nacional Socialista, es un conglomerado de fango, sangre y lágrimas. De cuando en cuando, los déspotas bolcheviques proclaman ese lema, ya apolillado, siempre que tienen la necesidad de recomendarse a Europa, después de un periodo de terrorismo brutal. Y de repente se publican carteles con propaganda comunista llenos de promesas vacías, anunciando para Rusia una nueva constitución y el sufragio universal secreto, etc, etc.

Pero todas estas promesas son mentiras, que especulan sobre la poca inteligencia y abulia de los filisteos. En realidad, el bolchevismo es el régimen más execrable de terror y sangre que el mundo jamás ha conocido. Los judíos lo han instituido a fin de atraerse el poder y conservarse en él fuertemente, de manera que sea imposible arrebatárselo. Nosotros los Nacional Socialistas, somos lo bastante sinceros para justificar y consolidar nuestro régimen, consultando al país una y otra vez, casi año tras año, por medio de plebiscitos secretos. El bolchevismo habla sin cesar del pueblo, del país, de los trabajadores y de los campesinos, pero en realidad su lema es violencia. Cada persona se forma por sí misma un concepto del bolchevismo, pero, en verdad, es la propaganda magistral de éste, lo que, a menudo, sugiere este concepto. Su manera de trabajar presenta el bolchevismo según exige la mentalidad de la persona, grupo de personas o nación a quien va dirigida. Todo ello es artificioso sin basarse en verdad alguna. Puede fácilmente pasar que los representantes de una gran potencia se entusiasmen ante un nuevo ferrocarril metropolitano en Moscú -progreso natural en otro país cualquiera- o al oír su propio himno nacional en una recepción oficial y que, entonces, se reconcilien repentinamente con el bolchevismo, y sin motivo alguno, arrojen por la borda sus convicciones anti-bolcheviques. Los judíos rojos moscovitas a cada cual como les conviene, se puede uno imaginar fácilmente cómo se burlarán y reirán entre sí de ese mundo burgués. Nos odian tanto porque les hemos

desenmascarado y estamos empeñados en destruir la idea y predominio bolcheviques en Europa. Su odio contra nosotros es ilimitado, y constituye nuestro título de gloria más preciado. Les arrancaremos la máscara y le mostraremos al mundo en su verdadero aspecto. Ya hemos dicho que la opinión que los individuos y los pueblos que forman el bolchevismo es muchas veces debida a la propaganda bolchevique. Ésta, es maestra en el arte del engaño. Se quiere hacer creer que el gobierno ruso no tiene nada que ver con el Komintern. Esto es lo más descarado y cínico que se puede uno imaginar; porque existe un habilísimo reparto de atribuciones entre el gobierno soviético y el Komintern. Pero creer que uno es diferente del otro es como creer que el gobierno Nacional Socialista no tiene nada que ver con el partido Nacional Socialista. La propaganda bolchevique trabaja sobre amplia base y sin restricciones. Su propósito es la destrucción. En los países extranjeros ayuda a la falsa concepción del bolchevismo, ingenua entre las ingenuas, pero que, como existe, constituye un peligro real. El bolchevismo en la práctica es una cosa totalmente diferente. Así pasa; y no se puede negar que deja tras sí ríos de sangre.

Su intención es llevar al mundo entero el caos en que están ellos sumergidos. Es la solapada intención del judaísmo, de alcanzar el predominio mundial. Por lo tanto, la lucha contra el judaísmo es, en el verdadero sentido de la palabra, la lucha universal. Empezó en Alemania y ha sido decidida en territorio alemán. Adolf Hitler es el caudillo histórico de esta campaña. Todos nosotros somos sus soldados de fila, y por lo tanto somos los cumplidores de esta universal misión. Nunca puede existir un acuerdo entre estos dos extremos. El bolchevismo tiene que desaparecer si Europa quiere recobrar su estado normal. Los judíos mismos bien saben que les ha llegado su hora. En uno de sus últimos esfuerzos han querido movilizar a todo el mundo en contra de Alemania. Quieren fortalecer su poder armándose febrilmente. En la Alemania Nacional Socialista ven un constante peligro para su existencia. En Rusia, el judaísmo ha levantado un baluarte que nunca creyó ver amenazado. Hasta un 98 % representan en la Rusia soviética la nueva burguesía compuesta por cobardes, arribistas, cínicos, intrigantes y frívolos. Estos judíos han obtenido los altos cargos y empleos, y pueden esclavizar a un pueblo de 160 millones de habitantes, cometiendo sus antiguas inmoralidades y ejerciendo una tiranía sanguinaria.

Hombres sin ideal, sólo anhelan el sufrimiento de los pueblos y son una plaga para la humanidad. Ya hemos dicho que la propaganda soviética es lo bastante astuta para poder adaptarse a la mentalidad de aquellos a quienes se dirigen. Puede ser moderada o radical según las circunstancias. Cuando el terrorista Dimitroff habla delante del Komintern, su actitud es completamente diferente a la que el judío Litvinoff adopta ante la Sociedad de Naciones. La propaganda puede ser religiosa o atea, según el ambiente. Carecen en absoluto de escrúpulos y para ella el fin justifica los medios. Por todo el mundo ha extendido esta propaganda la maquinaria de su organización compuesta por las secciones y células comunistas en las diversas naciones. Con sólo manejar una pequeña palanca, se pone en marcha toda esta terrible maquinaria que en todos los países que se activa, abierta o secretamente, según le conviene. ¡Ay del Estado que la tolere!. Un día será minado por la propaganda comunista, corrompido y aniquilado por no haber sabido prever y prevenir a tiempo. Nosotros los Nacional Socialistas estamos en tan privilegiada situación que no necesitamos emplear miramientos cuando hablamos de los bolcheviques. No empleamos el lenguaje diplomático.

Hablamos el lenguaje del pueblo y por lo tanto esperamos que los pueblos de las demás naciones nos entiendan. Tenemos la suerte de poder llamar a las cosas por su nombre, y nos encontramos obligados a hacerlo para que el mundo abra los ojos. No podemos ni debemos callarnos ante el peligro que amenaza a Europa. A cada nación le corresponde decidir su política, pero todo aquel a quien la suerte le haya permitido conocer la verdad y le haya dado medios para proclamarla, tiene el derecho y hasta el deber de anunciar muy alto y ante el mundo entero las catástrofes que se avecinan y los graves riesgos que se corren. El bolchevismo no es manjar que se come impunemente. Envenena y produce la muerte. Por esto, en este congreso Nacional Socialista damos el grito de alarma y prevenimos al mundo del peligro que le acecha. He tomado la determinación de enseñar lo que es hoy el bolchevismo en la práctica. Mostramos al mundo los procedimientos bolcheviques y arrancamos la careta a su doctrina, contribuyendo con ello a la mejor comprensión de la historia de nuestra época, que debe, más tarde, servir de enseñanza y no ser nunca olvidada. Entraré ahora en el fondo del discurso. El obrero de la Europa occidental considera a la Unión Soviética como un Estado del proletariado y, por lo tanto, su Estado. Cree que la clase obrera ha podido eliminar en Rusia a los capitalistas explotadores y ha establecido la

dictadura del proletariado. Cree también que el obrero libre ha erigido allí su Estado, la patria de los trabajadores. Judíos como David Ricardo o Marx-Mardochai han sido los organizadores del movimiento marxista; judíos como Lassalle-Wolfssohn, Adler, Liebknecht, Luxemburg, Levi, etc, etc, han organizado toda clase de movimientos obreros; desde las cómodas butacas de las redacciones, donde no corrían ningún riesgo, eran también judíos los que lanzaron a los obreros a las barricadas; judíos como Paul Singer, Schiff, Kahn, etc, etc, fueron los financiadores del marxismo bolchevique. El gobierno de los soviets ha sido y es hoy casi en su totalidad judío. Ni un trabajador forma parte del gobierno. Casi todos los jefes bolcheviques que han sido fusilados en Moscú eran judíos, ni un solo obrero entre ellos, el triunvirato victorioso de este conflicto interjudío que forma la dictadura de la Unión Soviética está compuesto de: Herschel-Jehuda (Jagoda), jefe de la G.P.U. (denominada posteriormente N.K.V.D.), Lazarus Mosessohn Kaganowitch, suegro de Stalin y comisario de comunicaciones, y Finkelstein-Litvinoff, comisario de Negocios Exteriores.

Todos los cuales son judíos salidos de la judería. El gobierno de la Unión Soviética no es el gobierno del proletariado, sino el del judaísmo que gobierna hoy la población entera de Rusia. La agitación política del bolchevismo corresponde a su demagogia en el terreno económico. Proclaman que en la U.R.S.S. el trabajador lleva una vida paradisíaca. Hasta el mes de abril de 1932 el periódico Rote Fahne reclamaba en su campaña electoral: "¡basta ya de reducir los salarios! ¡Hay que aumentarlos! ¡Exigimos la jornada de siete horas y la semana de cuarenta horas con jornal completo!". Veamos cómo se ha desenvuelto la Rusia Soviética. El precio del pan subió de 9 a 75 kopek por kilogramo desde 1928 hasta 1935. El salario mensual de un trabajador ruso ha caído al 78,5 % en relación al precio del pan. Si el trabajador ruso quiere bastante para vivir, tiene que trabajar según el sistema Stajanov, o sea, a destajo, en forma tal que la mayoría de los obreros no pueden jamás alcanzar tal exceso de trabajo. Consecuencia de esto son reducciones de salarios. En 1932, el periódico Rote Fahne, dio una información acerca del domicilio del cual disfrutaba un camarada en la Unión Soviética; según dicha información, disponía de dos grandes habitaciones con luz eléctrica, calefacción central, etc., etc. Veamos ahora lo que en realidad es.

Una obrera escribe en el diario comunista Leningradskaja Pravda: "Para mí, junto con mi hijo de año y medio, mi hermano y una hermana tuberculosa, sólo disponemos de un cuartucho sombrío. Nuestras quejas ante el comité comunista no han sido atendidas. Continuamos igual que antes". Aunque la comida de un obrero ruso se compone tan sólo de pan, sopa de coles y poleada, tiene que gastar en su manutención el 75 % de sus ingresos. Si quisiera alimentarse como el trabajador alemán habría de gastar por término medio el doble de su jornal. Una frase bien conocida del bolchevismo es aquella de la libertad del trabajo para todos. El 20 de junio de 1932, el periódico Rote Fahne escribía: "Mirad la situación en Moscú, en Bakú, en Nowosibirsk y juzgad. No se puede lograr trabajo, pan y libertad sin luchar siguiendo el ejemplo de los bolcheviques." Ahora bien, la manera de trabajar del obrero soviético podemos calificarla en justicia de trabajo de esclavo. Pero aún se ha llegado a más: le estaba reservado a la Unión Soviética el triste honor de restablecer la esclavitud en el verdadero sentido de la palabra. Unos 6 millones de seres humanos pasan tormentos infernales en los campamentos de trabajos forzados en la Unión Soviética. En trescientos de estos inmensos campamentos, el bolchevismo explota las fuerzas del obrero hasta límites increíbles.

A orillas del canal Stalin-Mar Blanco, construido de aquella manera, hay enterrados millares de aquellos desventurados. Los judíos jefes de la G.P.U. los forzaban a trabajar en esas obras con una intensidad mortal. He aquí los nombres de esos esbirros: Herschel Jagoda, Davidsohn, Kwasnitzki, Isaaksohn, Rottenberg, Ginsburg, Brodski, Berensohn, Dorfmann, Kagner, Angert y otros. La raza de Judá azota la patria del proletariado con el látigo bolchevique. La propaganda bolchevique pretende haber librado a los campesinos de las garras del capital explotador. Para atraerse a los campesinos, el bolchevismo ha fundado la internacional campesina en cuyo programa puede leerse: "Exigimos la supresión de cargas fiscales, la disminución de impuestos para los labradores modestos, la expropiación sin indemnización alguna de los latifundios y que la tierra sea distribuida gratuitamente a los hijos de los campesinos para que la cultiven". Ahora bien, ¿cuál es la realidad?. Las existencias de cereales en la Rusia soviética -que en otros tiempos casi sustentaron a la Europa occidental- no pueden hoy ni aún siquiera satisfacer las primordiales necesidades de la población rusa. La Rusia soviética cuenta hoy con millones de famélicos. Entre la institución terrorista G.P.U. y los campesinos se ha entablado una lucha

encarnizada. Los judíos Kaganowitch, Jagoda y Baumann han realizado el reparto de tierras, apelando a la más extrema violencia y aniquilando a más de 15 millones de campesinos con familias. El principal éxito de la política rural de los bolcheviques es la ley terrorista del 7 de agosto de 1932 que impone como únicas penas a los campesinos por cualquier falta cometida, la de muerte, la de diez años de reclusión o la de trabajos forzados. Para poder aplicar esta ley, el bolchevismo judío abusa hasta de los niños, a los que azuza contra sus propios padres. El Iswetija del 28 de mayo de 1934 cuenta que una chiquilla ha denunciado a su padre por haberse apropiado de trigo perteneciente a la colectividad. El padre fue condenado a la pena de muerte, según la ley terrorista antes citada, y la niña felicitada públicamente. Bajo el régimen liberal en Alemania, el partido comunista incluía en su famoso programa militar las exigencias siguientes: “art. 12: destitución de todas las autoridades y jefes no gratos. Art. 20: supresión de cuarteles y abolición del principio de ciega obediencia a los superiores, así como democratización del ejército.”

Sin embargo, en cuanto triunfó la dictadura bolchevique, se decretó la movilización general obligatoria de los trabajadores de todas las clases. Al que no se somete, se le fusila o se le encierra en los sótanos de la cheka. En lugar de las previstas milicias voluntarias, se establece la unidad de mando, la férrea disciplina del proletariado, el régimen de cuarteles en todo rigor y los consejos de guerra. Los camaradas-comandantes pasaron a ser tenientes, capitanes, en fin, todo el escalafón de la jerarquía militar hasta mariscal rojo. Y, entre tanto, el judío soviético Rabinowitch confiesa cínicamente que la pretendida democratización del ejército no era más que un pretexto para apoderarse del mismo. Otro de los tópicos bolcheviques, que a más incautos ha alucinado, es el de la emancipación de la mujer. Se la prometía librarla de los trabajos domésticos y colocarlas en pie de igualdad con los hombres. “La revolución será un fracaso en tanto que no arroje por la borda la idea de familia con sus lazos y deberes”, ha proclamado solemne y enfáticamente el Komintern en su asamblea de 1924. Pero, en la práctica, ¿qué se ha hecho de esta preconizada y preciada emancipación de la mujer?

Ahora, más que nunca, la mujer rusa está entregada a la voluntad omnímoda del hombre. Debe atender a su subsistencia dedicándose a los trabajos más penosos. Hasta en los tristemente célebres campamentos de trabajo forzoso se encuentran más de un millón de mujeres. Otra de las promesas de la propaganda bolchevique es que la mujer no tendrá que ocuparse en absoluto de sus hijos, por ocuparse de ellos el Estado. Pero, al mismo tiempo, la prensa del partido se ve obligada a confesar que el número de niños vagabundos aumenta sin cesar y que la delincuencia infantil adquiere magnitudes insospechadas y angustiosas. Uno de los medios más eficaces de la propaganda soviética ha sido la campaña contra las leyes que condenaban el aborto. Hace ya dieciocho años que se practica el aborto con tal descaro y frecuencia que ahora los soviets se ven en la necesidad de rectificarse prohibiendo el aborto a causa de las consecuencias desastrosas ya experimentadas. El colmo de la hipocresía lo constituye la pretensión de la propaganda feminista en el país de los soviets de considerar la prostitución como un mal necesario de origen burgués que el comunismo haría desaparecer definitivamente. Y sin embargo, en ningún país del mundo se exhibe la prostitución con tanto descaro como en el paraíso soviético.

¡Cuántas desdichadas hay que, para no perder su empleo, tienen que doblegarse a los caprichos de sus jefes!. Este paraíso de las mujeres no es otra cosa que un coto de caza reservado a las bajas pasiones de los caciques judíos de la república soviética. El grado de ingenuidad que puede alcanzar un político del occidente liberal nos lo muestra claramente el viaje de estudio que, durante el año del hambre de 1933, realizó Sr. Herriot. He aquí los comentarios que dicho viaje sugirió al Forward, diario judío de New York, no sospechoso de coqueterías con los nazis alemanes: “la víspera del día en que debía llegar la delegación se moviliza a la población en masa de Kiev para limpiar las calles y adornar los edificios. Diez mil personas se afanan en trabajar, esforzándose en dar a la ciudad -abandonada, sucia y repugnante- el aspecto de ciudad europea. Las oficinas de distribución de víveres se cierran, se prohíben las largas colas delante de las tiendas, las manadas de chiquillos abandonados, los mendigos y los pobres famélicos desaparecen de las calles como por ensalmo. En las bocacalles, los caballos de los milicianos caracolean luciendo flamantes arreos y crines adornadas con cintas blancas: “un espectáculo como Kiev no había visto jamás y como no volverá a ver.” El gran camelo de la propaganda soviética es la supresión de los ejércitos, el desarme absoluto y universal. A redobles de tambor y bajo el lema nunca más guerra, abajo la guerra y guerra a los armamentos, el partido comunista

alemán reclamó, hace algunos años, un plebiscito en que se proponía lo siguiente: “Se prohíbe la construcción de acorazados y cruceros de todas clases.” Y, en febrero de 1932, el judío Finkelstein-Litvinoff, se aprovechó de una de las numerosas asambleas de Ginebra sobre el problema del desarme para proclamar su lema de desarme integral. Y, hasta hoy, estos procedimientos falaces no han variado, como lo prueban las palabras del mismo Litvinoff cuando, en julio último pretendía que tan sólo el desarme integral era la verdadera garantía suprema de la paz. Así dice la propaganda bolchevique. Y ¿cuál es la realidad?. Los efectivos del ejército rojo se elevan -en tiempos de paz, a causa de la disminución de la edad para entrar en filas- a 2 millones de soldados a los que pueden agregarse, como reserva instruida militarmente, de 9 a 10 millones de hombres. En caso de guerra, podrán movilizar pues, cerca de 11 millones de combatientes, y en tiempo, más o menos próximo, hasta 14 millones. En caso de guerra, el ejército rojo podría disponer, desde el primer momento, de 160 a 180 regimientos de infantería y 25 divisiones de caballería. Si concedemos crédito al mariscal rojo Tuchatchevski, el número de carros de asalto habría aumentado en un 2475 %.

La flota aérea cuenta con 6.000 aviones. Los aviones de primera línea son 3.100 de bombardeo pesado y ligero y aviones de reconocimiento, así 1.500 de caza. Ante el número desproporcionado de estos aviones de bombardeo, ya no es posible abrigar duda alguna acerca del carácter francamente agresivo de la flota aérea bolchevique. Los aviones de bombardeo están destinados a lanzarse sobre el enemigo con la rapidez del rayo y aniquilarlo antes de que haya tenido tiempo de preparar su defensa. Porque, según los estrategas soviéticos, la próxima guerra estallará sin previa declaración. Tampoco sabe todo el mundo que la Unión Soviética dispone ya de la flota submarina más grande que existe. El espíritu agresivo del ejército rojo corresponde a la estrategia agresiva de sus jefes. Tuchatchewski estima, en efecto, que, en caso de victoria, la revolución bolchevique se extenderá con todo derecho por el mundo entero. “Se esforzará, dice, con una fuerza aplastante de elementos desencadenados a apoderarse del universo, actuando de manera directa sobre todos los países limítrofes”. Su principal instrumento será, como es natural, su potencia militar. Pero el colmo es que, a pesar de estos potentes armamentos imperialistas, la propaganda bolchevique pretende todavía hoy hacer creer que practica una política de paz. “La Unión Soviética, que no ambiciona ningún territorio extranjero, no rehúsa nunca su ayuda incondicional cuando se trata de asegurar la paz universal”, y éste es el embuste, que Litvinoff lanza a la faz del mundo.

Y el jefe comunista francés, Thorez, escribe en el diario L´Humanité: “hemos probado que la causa de la paz y de la Unión Soviética son la misma cosa.” Pero, esta propaganda de falsedades constituye un vivo contraste con la política provocativa que se revela en los pactos militares que, bajo el pretexto de seguridad colectiva han sido firmados el 2 de mayo de 1935 entre Moscú y París y el 16 de mayo entre Moscú y Praga. Jacques Doriot, alcalde de St. Denis, antiguo comunista, hoy uno de los jefes del partido popular francés, juzgaba hace pocas semanas el pacto militar entre París y Moscú en los términos siguientes: “y, cuando, un día, hayan alcanzado su propósito, Cachin, presidente de la República, Thorez, presidente del Consejo, Péri en el Ministerio de Negocios Extranjeros, encontrarán un pretexto cualquiera para atacar violentamente a Alemania probando así su obediencia a la Unión Soviética, que de este modo quedaría libre de preocupaciones en su frontera occidental”. Lo mismo ocurre con el pacto militar Moscú-Praga.

Un aviador ruso, miembro del partido comunista, hizo el 15 de diciembre de 1935 al corresponsal del periódico francés Gringoire las declaraciones siguientes: “La instalación de nuestra base aérea delante y detrás de Praga, sería magnífica. Desde ahí podríamos reducir por lo menos a la mitad el número de horas de vuelo, y por lo tanto de combustible, lo que nos permitiría cargar tres toneladas más de explosivos”. Entretanto se han establecido en Checoslovaquia gran número de estos aeropuertos rojos. Últimamente se han elevado al número de treinta y seis. El periódico Slovenski Dennik de Pressburg, órgano, como se sabe muy bien, del presidente del Consejo checoslovaco, se expresó con sorprendente ingenuidad sobre las citadas bases de aviación, diciendo: “si estos aeródromos son necesarios para la defensa del país, no se los establece para que paste en ellos el ganado. Estarán a disposición de cuantos amigos vengan a prestarnos su ayuda.” Lo que, hablando en plata, quiere decir es que esos treinta y seis aeropuertos serán punto de partida para los aviones de bombardeo rojos en sus empresas agresivas contra Europa. Nos daremos exacta cuenta de lo inminente de este peligro comprobando que se podrá llegar a los puntos estratégicos más importantes de Europa central y

aniquilarlos en menos de una hora. Como ejemplos de la rapidez con que desde estas bases aéreas rojas se podrá llegar a las ciudades estratégicas, sólo diremos que: a Dresde en veinte minutos, a Chemnitz en once minutos, a la cuenca industrial de Silesia en nueve minutos, a Berlín en cuarenta y dos minutos, a Viena en nueve minutos, a las fábricas de armas de Steyr en diecisiete minutos, a la cuenca industrial de Styrie en veintisiete minutos, en fin, a Budapest en seis minutos. Y tras estos breves minutos de vuelo podrán los aeroplanos reducir todo a escombros. Este cuadro aterrador es la fiel imagen de la paz bolchevique. Cuando el año pasado, y en este mismo lugar, di cuenta fidelísima del número de religiosos asesinados en Rusia y expresé mi temor de que pudieran repetirse tales hechos execrables en algún otro país, tuve el sentimiento de ver cómo, hasta en círculos religiosos del extranjero, habían prestado poca atención a mis advertencias y llegado a creer con ingenuidad infantil en una posible evolución de la mentalidad rusa y en que pudiera lograrse la libertad absoluta para todas las confesiones.

Los trágicos sucesos de España han venido a confirmar, por desgracia, mis vaticinios. “En todos los territorios que todavía están en poder de las fuerzas gubernamentales no hay ni una sola iglesia en que se ejerza el culto”, según dice el periódico Diario de la Marina. Y ya la Iglesia Católica ha confirmado que en Barcelona se han asesinado a doscientos cincuenta sacerdotes y destruido todas las iglesias. Así practica el bolchevismo la libertad de confesiones. A fin de hacerse pasar, a ojos de las democracias occidentales, por personas inofensivas y burguesas, los diplomáticos bolcheviques adoptaron, muy a su pesar, maneras y actitudes de personas moderadas. Nosotros, que conocemos a fondo la táctica bolchevique, nos reímos al ver cómo cierto estadista de la Europa occidental, y que por cierto no parecía tonto, cree firmemente que el bolchevismo ha abandonado sus propósitos de revolución universal tan sólo porque sus representantes diplomáticos se presentan en ocasiones de etiqueta y con elegancia burguesa. Sin embargo, este disfraz no les parece bastante a los judíos que detentan el poder en la Unión Soviética. Para aducir una prueba definitiva de inofensividad, el bolchevismo se ha elaborado una constitución.

En ella se proclama la instrucción obligatoria, y esto ante un pueblo que cuenta con un 40 % de analfabetos. También preconiza la libertad de prensa y de opinión, y esto en un país en que se castiga con pena de muerte toda opinión contraria a la de sus dictadores judíos, como acaba de ocurrir en el proceso contra los amigos de Trotzki. Y este régimen tiene la osadía de proclamar la inviolabilidad personal y de domicilio y de la correspondencia aunque a diario la cheka encarcela, deporta o fusila a millares de desgraciados. En Francia, el frente popular, organizados por los comunistas, combate según las instrucciones de su jefe Thorez por la defensa de las libertades democráticas, su mantenimiento y propagación. En España, el frente popular se ha apoderado del poder. Las preconizadas libertades democráticas consisten tan sólo en que las cárceles de Madrid y Barcelona están atestadas, y que se detiene y fusila a cuantos no son comunistas. En Madrid mismo se han asesinado sin formación de causa a más de 7.000 personas. El tópico de la libertad y derechos del hombre, es uno de los favoritos de la propaganda comunista, y hasta figura en el himno de la revolución bolchevique. Pero, lo que en realidad debemos entender por libertad y derechos del hombre en la Unión Soviética, vamos a verlo en algunos párrafos de cartas llegadas de Rusia: “Entonces, como ganado, se amontonan a estos desdichados, privados de todo derecho, en vagones sin asientos ni calefacción para transportarlos a Siberia o las regiones del Mar Blanco.

Lo que nos aseguraba un jefe comunista, se realizará: “¡Acabaréis por reventar! ¡No podemos remataros a todos, pero sin embargo reventaréis!”. (carta del 10 de agosto de 1935) “Parece que se acerca una nueva crisis. Esperemos, a pesar de ello, que no se repitan los años 1932 y 33 en los que casi un 80 % de los deportados perecieron miserablemente”. (carta del 7 de junio de 1936) “El 16 de noviembre de 1917, Lenin prometió la autonomía a las regiones del antiguo Imperio de los zares en la Declaración de los derechos de las nacionalidades. ¿Y cuál fue, en verdad, la libertad reservada a estos pueblos?. El 27 de abril de 1920, el ejército rojo invadió por sorpresa el Azerbeidjan. En noviembre del mismo año, Ucrania sufrió la misma suerte, el 3 de diciembre Armenia, y el 25 de febrero de 1921 la joven república de Georgia, cuya independencia había sido reconocida por Moscú en un tratado el año anterior”. En Ingermanland se exterminan sistemáticamente los elementos finlandeses. De 1929 a 1931, se deportaron a Siberia a 18.000 finlandeses; en la primavera de 1935, a 9.000 y, hace dos meses el gobierno soviético resolvió expulsar del país a otros 28.000 de esos desgraciados. En las regiones de la frontera polaca se enviaron a otros distritos a 18.000 campesinos de raza alemana. En realidad, donde los llevaron

fue deportados a Siberia y amontonados como bestias, ochenta o noventa en cada vagón de los destinados al ganado. En Carelia, 4.000 personas tuvieron que marchar al Asia central el año pasado, 3.000 fueron desterradas a los Urales, donde más del 50 % perecieron miserablemente a consecuencia de una vida y condiciones de trabajo realmente inhumanas. En agosto del año 1927, la propaganda comunista conmovía al mundo entero con sus violentas y sentimentales protestas contra la ejecución de los anarquistas. Por medio de hojas volantes y de periódicos repartidos por millones de ejemplares, el comunismo agita los países capitalistas para lograr la abolición de la pena de muerte. Y ¿qué ocurre en la Unión Soviética?. Sólo en un artículo del código penal, en el 58, encontramos ¡catorce casos que se castigan con la pena capital! ¡Hasta a los niños se les aplica la pena de muerte según la ley del 7 de abril de 1935!. En un establecimiento educativo sufrieron la pena de muerte varios niños que se morían de hambre, por haber dicho que se encontraban muy contentos antes de entrar en dicho establecimiento. Se les juzgó según el artículo 58, y diez de estos niños fueron fusilados por la G.P.U. en presencia de sus pequeños camaradas.

En un artículo de periódico, el fiscal superior del Estado soviético, Wischinsky conmemora con corazón alegre y satisfecho el primer aniversario de la institución que sanciona los asesinatos de niños. Todo lo dicho, son hechos, nada más que hechos incontrovertibles, entresacados de documentos irrecusables, a menudo de origen soviético. Cuando el año pasado tomé la palabra en la asamblea del partido en Núremberg para poner en guardia contra los posibles resultados de la VII asamblea del Komintern, que se había reunido del 25 de julio al 21 de agosto de 1935, el mundo entero se cerró en un mutismo absoluto y mis palabras no encontraron eco alguno. Los egoístas miopes creían que nuestros pronósticos eran exagerados y que podían desatenderse sin peligro. Voy a permitirme repetir brevemente las proposiciones que se hicieron y los proyectos bosquejados en dicha asamblea para, después, mostrarles a ustedes las consecuencias que tuvieron en varios países. Dimitroff, encargado por la dictadura soviética de desencadenar la revolución mundial, ha declarado textualmente: “Con Stalin al frente, nuestro ejército político, que consta de millones de hombres, puede y tiene que vencer toda las dificultades, derribar con osadía cuantos obstáculos se le interpongan, destruir los baluartes del capitalismo y alcanzar por fin la victoria del socialismo en el mundo entero.”

A continuación dice: “El proletariado es el verdadero dueño del mundo, el dominador del porvenir. Y es necesario que entre en posesión de sus derechos históricos y tome en sus manos las riendas del gobierno en cada país, en el universo entero. No hay esfuerzo que valga... la rueda de la historia no rodará hacia atrás. No. Rueda y rodará sin cesar en la dirección progresiva de la unión mundial de las Repúblicas Socialistas Soviéticas hasta lograr el triunfo total y definitivo del socialismo en el mundo”. Ahí tienen ustedes el programa que este terrorista búlgaro había imaginado para revolucionar el mundo. Ahora, los hechos bastarán para probar cómo la teoría pasa a la práctica. Después de dicha asamblea ha habido más de un centenar de levantamientos comunistas en las diferentes partes del mundo, entre otros en Brest y Tolón, que registraron muertos en 1935; en Lemberg, el 18 de abril de 1936, en que murieron diez personas. En Salónica, el 10 de mayo de 1936 sucumbieron más de cien. Tres levantamientos armados preparados larga y cuidadosamente conmovieron durante semanas a países enteros: los levantamientos de Pernambuco, en noviembre de 1935, el de Buenos Aires, en enero de 1936 y el de España, en marzo de 1936.

Se lograron sofocar en su origen seis intentos de levantamientos, entre ellos el de diciembre de 1935 en Uruguay y los de febrero de 1936 en Paraguay y Chile. Ocurrieron sesenta y dos grandes incendios intencionados, de los cuales el de Lants-chau (China) produjo 1.000 víctimas. Se contaron cincuenta y cuatro asaltos a mano armada y se descubrieron setenta y ocho depósitos clandestinos de explosivos. En total, estos actos de los bolcheviques costaron la vida a 3.041 seres humanos. Voy a dar algunos detalles interesantes. En la sesión del 30 de julio de 1935 de la asamblea comunista mundial, el camarada Dsordsos, delegado de Grecia, tomó la palabra para desenvolver un plan de acción. Y, un año después, el 5 de agosto de 1936, Grecia sufrió las dolorosas consecuencias de una huelga general que tomó desde el primer momento las dimensiones de una insurrección armada. El atrevido propósito de los camaradas Dimitroff y Dsordsos fracasó gracias a la fulminante y enérgica intervención del general Metaxas que evitó que Grecia se precipitase en el pavoroso caos bolchevique. En cuanto a las sublevaciones en las colonias, Dimitroff se expresa del siguiente modo: “Hoy en día, los indígenas de las colonias y países semicoloniales no consideran ya el problema de su liberación como un ideal irrealizable.

Por el contrario, a cada momento, mantienen sus reivindicaciones con energía creciente contra sus imperiales opresores". A los seis meses escasos, estallaba en Siria una insurrección en la que la sangre corrió a torrentes. Y, a pesar de la renovada y cordial amistad franco-rusa, no renunció Moscú a la ejecución de sus planes demoledores en los territorios de protectorado de su fiel aliada. Pocos meses después, era Palestina el teatro de las maquinaciones bolcheviques, ocurriendo disturbios durante los cuales pudo incautarse la policía inglesa de infinidad de hojas comunistas y disolver reuniones clandestinas de funcionarios comunistas. Marques, delegado de Brasil en la asamblea mundial, declaraba lo siguiente en julio de 1935: "El país avanza a pasos agigantados hacia la lucha decisiva que producirá el derrumbamiento del gobierno... y la instauración de otro revolucionario". Tres meses más tarde, un levantamiento comunista produjo en Natal y Recife ciento cincuenta muertos y cuatrocientos heridos. Y Luis Carlos Prestes, el judío Ewert y el ministro plenipotenciario soviético en Montevideo, el judío y ex-comerciante de pieles Minkin eran desenmascarados como agentes de la alianza.

Veamos ahora qué pasa en Francia: Dimitroff decía: "El partido comunista francés da el ejemplo a todas las secciones de la Internacional comunista de cómo se ha de realizar la táctica del frente común". Y Thorez, jefe del partido comunista francés, añadía: "La revolución no alcanza nunca el triunfo porque sí. Hay que prepararlo. Estamos decididos a seguir el ejemplo de los bolcheviques rusos. Estamos... por la potencia soviética". El partido comunista francés ha estado a la altura de los elogios que le prodigó Dimitroff. De enero a marzo de 1936, el número de miembros pasó de 87.000 a 100.000. En junio llegó a 187.000 y en agosto a más de 225.000. Entretanto, las juventudes comunistas se cuadriplicaban. El número de electores saltaba de 790.000 a 1.500.000, de cuyo aumento corresponde nada menos que 1/3 a la demarcación de la ciudad de París. Los diputados comunistas pasaron de diez a setenta y tres, y la tirada de L´Humanité, que en 1933 era de 154 ejemplares, llego en algunos días de 1936 nada menos que a 750.000. En las elecciones legislativas de este año la propaganda comunista repartió 27 millones de impresos. Después de su adhesión al frente popular comunista, los sindicatos, que constaban de 800.000 miembros en mayo de 1936 alcanzaron en agosto la elevada cifra de 4.300.000. Francia sigue el mismo camino del frente popular español. Dimitroff, nuevo caballo de Troya, se encuentra entre los muros de París.

Pero, no hay lección de hechos más provechosa, no hay demostración más palpable y convincente de la gravedad de las resoluciones de la VII asamblea mundial que los actuales acontecimientos de España, sangrientos y angustiosos. Estos acontecimientos constituyen la realización, al pie de la letra, de las órdenes emanadas de dicha asamblea. Representan el santo y seña del frente popular que en Francia se encuentra en estado embrionario mientras que en España alcanza su trágico apogeo. Dimitroff había dicho, en efecto, "Que bajo un gobierno del frente común, había que aprovecharse hábilmente de la actuación de tal gobierno para la estructuración revolucionaria de las masas, armarse para la revolución social, y que sólo el gobierno soviético puede salvarnos." Ventura, el delegado español, había indicado el programa que se debía seguir en los términos siguientes: "El proletariado español y nuestro partido acabarán de una vez y definitivamente con el fascismo y al mismo tiempo con los odiados privilegios burgueses, asegurando así el triunfo de la revolución de obreros y campesinos. Marchamos seguros a la victoria y con orgullo enarbolamos la bandera de Lenin y Stalin". Ya, antes del cobarde asesinato del jefe monárquico Calvo Sotelo (el 13 de julio de 1936) habían caído doscientas sesenta y nueve personas víctimas del furor revolucionario.

El periodista francés Armijon da cuenta de los hechos siguientes: "En Murcia, el populacho se apoderó de dos jóvenes a los que se acusaba de fascistas, maltratándolos brutalmente, en medio de la calle, y, por último una mujerzuela los decapitó a hachazos. Esto ocurrió el 16 de marzo y las víctimas se llamaban Pedro Cutillas y Antonio Martínez". La prensa mundial no ha podido menos que saciar la curiosidad de sus lectores con relatos de las frecuentes y odiosas atrocidades cometidas por los marxistas españoles al dictado de sus dirigentes extranjeros. No es posible dar cifras, ni aún siquiera aproximadas, que concuerden con la triste realidad. El 19 de agosto se hizo público, y por conducto semioficial, que sólo en Madrid y sus suburbios se habían asesinado a más de 6.000 personas de las cuales 1.400 en el conocido parque de la Casa de Campo. En la Cárcel Modelo, la más grande de Madrid, había entonces 3.000 detenidos, y en la de San Antonio 1.146, en total, 6.000 prisioneros en Madrid. El informe que tengo ante la vista, de un testigo ocular que tenía su domicilio frente a la Casa de Campo, da cifras muy diferentes a las anteriores. Había podido comprobar que, hasta el 30 de agosto, unas 6.000 personas habían sido

pasadas por las armas. El mismo testigo puede también asegurar que en otros lugares de la ciudad, en las calles y en las casas se han exterminado a otras 20.000 personas (información del alemán Heinrichs). Otros testigos oculares que han podido presenciar las prácticas cotidianas de los bolcheviques nos refieren centenares de asesinatos diarios. Un joven extranjero ha visto con sus propios ojos cómo en la noche del 20 de agosto fueron asesinados unos doscientos funcionarios de la Cárcel Modelo, y al día siguiente se ejecutaron en el patio de un cuartel a doscientos cincuenta miembros del partido fascista. El mismo testigo, presenció el 15 de agosto la llegada a Madrid de una conducción de doscientas cincuenta personas procedentes de Almería y que fueron entregadas a la policía por las milicias revolucionarias. Estos colocaron a doscientos cuarenta de estos desdichados junto al muro de la estación fusilándolos en el acto y sin formación de causa. Después acompañaron a los diez supervivientes a la cárcel para cumplir su misión. Poco después asesinaron a los jefes nacionales Ruiz de Alda, Fernando Primo de Rivera, Cuesta y Valdés. El pueblo alemán deplora con unánime dolor la pérdida de siete compatriotas inmolados al furor de las hordas rojas y en las condiciones más espantosas que puedan imaginarse.

Cuando intentaban dirigirse a Hamburgo, al Congreso del Recreo y el Descanso cuatro camaradas y miembros del partido: Gaetje, Dato, Hofmeister y Treiz fueron detenidos por una banda de bolcheviques. Tras largo interrogatorio dos de ellos fueron conducidos detrás de una fábrica, los otros dos un poco más lejos, contra un muro, y los cuatro fusilados. Como se pudo comprobar después, los bandidos habían cometido el asesinato a perdigonadas. Hofmeister y Treiz estaban desfigurados hasta tal punto que sólo con gran trabajo y por las características de sus rostros pudieron ser identificados. Otros alemanes han sido también víctimas de este furor rojo, bien en sus personas o en sus bienes. Hans Hahner, miembro del partido, ha sido muerto precisamente cuando se dirigía a ofrecer sus humanitarios servicios a la Cruz Roja. Su casa ha sido saqueada y su viuda ha quedado en la miseria. No sólo en Madrid, sino en toda España las hazañas de los rojos son innumerables. En Lora del Río murieron asesinadas ciento ochenta y siete personas, y doscientas cincuenta en Constantina. (Diario de Noticias) En Cartagena, seiscientos oficiales y soldados han sido arrojados al mar con una piedra al cuello. (Germania) En el convento de Baena, los comunistas asesinaron a ciento ochenta personas valiéndose de hachas y navajas de afeitar: entre las víctimas se encontraban el párroco de Santa María la Mayor, mujeres y niños.

Las mujeres aparecían con el vientre destrozado. (Seculo) Dos campesinos de Málaga cuentan que se han asesinado a más de cuatrocientas personas, arrojando unas a pozos con pesos en los pies, atando otras a la cola de caballos que las arrastraban por las calles de la ciudad (Seculo) El agente consular italiano, Solaverani, asegura que una muchacha de dieciséis años ha sido la que primero disparó sobre un prisionero. (Die Front, Zúrich) En Rosal de la Frontera, los comunistas quemaron vivas a cuarenta personas acorraladas en una iglesia. (Journal de Genève) En Ronda, asesinato de cuatrocientos habitantes, de los cuales doscientos fueron precipitados al tajo. (Times) En San Sebastián se fusilaron a cincuenta y un rehenes. (Evening Standard) En Almendralejo, las tropas nacionalistas encontraron cadáveres de prisioneros crucificados cabeza abajo en los muros de la prisión, de ellos unos ochenta quemados vivos. (Seculo) En Cartagena, cincuenta guardias civiles, encadenados unos a otros por el cuello y provistos de barras de hierro fueron arrojados al mar desde el pontón Sil en que estaban prisioneros. (Daily Mail) El Sr. Emile Condroyer, corresponsal especial de Le Journal comunica que en El Arahal los bolcheviques encerraron en una prisión a treinta personas, hombres, mujeres y niños, arrojaron por una ventana petróleo y luego cerillas encendidas. (Daily Mail)

Es difícil formarse idea exacta de los detalles espantosos que llegan hasta nosotros relativos a ejecuciones de sacerdotes y atentados vergonzosos contra religiosas. He aquí algunos casos: el arzobispo de Tarragona y el obispo de Lérida, asesinados. (Journal de Genève) Un americano, Henry Harris, afirma haber sido testigo en Barcelona del asesinato de ciento cincuenta miembros de órdenes religiosas. (Matin) En Piedralves, fue muerto, Don Dimas Madariaga, jefe de los sindicatos católicos de obreros. (Journal de Genève) Se fusilan en Tarragona a ocho sacerdotes y a un fraile, este último después de haber sido pisoteado bárbaramente. (noticias del Sr. Hausmann) Constantemente se oye de sacerdotes arrastrados por las calles después de haber sido decapitados. En Valencia, se fusilan por series a las religiosas, quemando después sus restos. Los curas de Adrero, de Las Casas y de Torres, perecen en circunstancias horrorosas. (Germania) La narración de excesos tales se podría proseguir durante largo tiempo. Don Rafael

Oriol, de La Habana, cuenta haber visto en Barcelona que entre las bandas de asesinos figuraban golfillos de menos de quince años. (Diario de la Marina) Obras de arte inestimables han sido destruidas, y asesinada la flor de la intelectualidad española. Entre ellos: Benavente, premio Nobel de Literatura, los populares autores dramáticos hermanos Álvarez-Quintero, así como el genial pintor Ignacio Zuloaga. (noticias éstas traducidas, con reservas, del Daily Mail) Según el profesor Walter S. Cook, la catedral de Barcelona y todas las iglesias de dicha ciudad, con una sola excepción, han sido incendiadas. Los célebres retablos de Bermejo, retablos que datan del siglo XV, han quedado destruidos, sufriendo la misma suerte la iglesia de Santa María del Mar, también del siglo XV. Del santuario de San Pedro de las Puellas, que se remontaba al siglo IX, no quedan más que cuatro paredes. Los célebres conventos de Barcelona y el palacio arzobispal pertenecen ya al mundo de los recuerdos. Este es el verdadero aspecto del ateísmo bolchevique que todavía se atreve, en algunos países a colaborar con las iglesias. Pero, los cadáveres de las religiosas sacadas de sus ataúdes constituyen un exponente de las profanaciones de que es capaz el bolchevismo.

Y cuando uno de los principales instigadores del bolchevismo en España, Andrés Nin, ex-secretario del bolchevique Tomsky declara: “hemos resuelto el problema religioso de la manera más sencilla, o sea, destruyendo todas las iglesias”, no podemos menos que comprobar que nos encontramos ante la personificación del ateísmo. Esta es la verdadera efigie del bolchevismo. En España, como en la Rusia de 1917 y en todos los demás países son judíos sin patria los maquinadores que provocan y dirigen las revoluciones bolcheviques. Y en cuanto a los que no son judíos, no cabe duda de que han perdido toda noción de espíritu nacional. Y ahora, ¿quién es el verdadero responsable, teórica y prácticamente, de cuanto ocurre en España? Todo lo que sucede no es otra cosa que la realización de las decisiones tomadas en Moscú. Con este fin, Moscú ha enviado a España judíos bolcheviques como Bela Khun, el verdugo de Hungría, como Neumann, que en España lleva el nombre de Enrique Fischer Neumann, como Kolzow-Ginsburg, disfrazado de corresponsal del Pravda de Moscú y, finalmente, como el rojo diplomático de la Sociedad de Naciones, el judío Rosenberg. Estos son los jefes de todos los terroristas de la Rusia soviética que, con pasaportes falsos muy a menudo, cosa extraña de origen francés, se dedican en España a su sangrienta profesión.

Nada es tan delator de los propósitos y la responsabilidad de Moscú como su manifiesta voluntad de convertir la guerra civil desencadenada en España por el bolchevismo en un conflicto internacional. El judío Chvernik, presidente de los sindicatos en la Rusia soviética, confiesa abiertamente la intención de ingerencia. Dice: “El comité central invita a todos los trabajadores y masas populares de la Unión Soviética a prestar su ayuda material a los combatientes españoles que, arma en mano, defienden la república democrática.” (Iswetija) El Iswetija mismo declara que el primer secretario de las federaciones sindicales de Rusia ha enviado a los bolcheviques españoles la suma de 12 millones de rublos, o sea, 36 millones de francos. El presidente de la república española, Manuel Azaña, ha expresado su agradecimiento al judío soviético Kolzow-Ginsburg en los siguientes términos: “Decid al pueblo ruso que su compasión y eficaz ayuda nos emocionan profundamente. He tenido siempre la convicción de que la gran democracia de los soviets se haría en todo momento solidaria con la democracia española.” (Börsen Zeitung) Moscú se afana, por mediación de sus secciones del Komintern, en impeler a otros gobiernos extranjeros a ayudar a los rojos.

La prensa francesa de derechas constantemente da entregas de aeroplanos y material de guerra en general al gobierno de Madrid. Con despreocupación inaudita, el Socorro Rojo de Moscú organiza en todos los países suscripciones a favor de los bolcheviques de España. El secretario de la C.G.T. francesa, órgano sindical del frente popular, Jouhaux, André Malraux, etc, son los agentes de enlace entre los marxistas franceses y españoles. El Sr. Giral, presidente del Consejo, agradeció a Kolzow-Ginsburg la brillante iniciativa de las organizaciones francesas y de las personas que ayudan tan eficazmente en su lucha al gobierno español, cita especialmente a Jouhaux, a Malraux y al judío J.B. Bloch y termina reiterando su reconocimiento al pueblo hermano, al pueblo soviético. (Pravda) ¿Cómo es posible que el gobierno del frente popular español agradezca a un judío soviético el apoyo prestado por los comunistas franceses?. Muy sencillo. Este gobierno demuestra con ello que los jefes de los partidos comunistas, tanto francés como español se inspiran en Moscú y le obedecen. Es indiscutible que los actos en España han sido cometidos, o por lo menos provocados, por los agentes del Komintern, y que la Rusia soviética ayuda a los bolcheviques españoles financiera, política y materialmente. También es ya

de dominio público que, tanto en el terreno de las ideas como en la práctica, el último congreso del Komintern celebrado en Moscú tomó el acuerdo de introducir en España el bolchevismo y que Moscú se esfuerza en llevar a la práctica su propósito. Que Moscú se propone, con voluntad férrea, desencadenar la revolución mundial, nos lo confirma el ejemplo de España. Quien cierre los ojos ante verdad tan incontestable, que no se queje más tarde de las consecuencias de tal ceguera. Esto es el bolchevismo en la teoría y en la práctica; una peste universal e infernal que todo hombre responsable debe esforzarse en que desaparezca. No es por pura retórica por lo que nosotros, los alemanes, invitamos a todos los pueblos del mundo a coaligarse, todos a una, contra el peligro común. En caso de no hacerlo, todos los pueblos se verán arrastrados por este torbellino arrollador y sufrirán las terribles e incalculables consecuencias. Alemania es quien ha dado el grito de alarma para esta lucha mundial. Nosotros, los Nacional Socialistas, hemos sido y somos los protagonistas de esta cruzada. Durante catorce años, y en filas de la oposición, hemos combatido el bolchevismo en todas sus formas y aspectos; lo hemos hecho bajo gobiernos que, siendo esencial y típicamente burgueses, no tenían la menor idea de la naturaleza y consecuencias del bolchevismo y detenían nuestro brazo siempre que intentábamos dar un golpe decisivo.

Hoy, nos parece casi un milagro que, a pesar de todo, hayamos podido acabar con el bolchevismo en Alemania. Es también, tal vez, un milagro en el plano más elevado de un orden de cosas supremo, que no podía admitir que pueblos y civilizaciones milenarias fueran aniquilados por la voluntad destructora del judaísmo bolchevique internacional. Hemos podido vencer al bolchevismo porque teníamos un verdadero ideal y una fe acendrada que poner frente a él, y en nuestras personas era la nación entera la que se levantaba contra el judaísmo y sus viles aliados de raza inferior; porque representábamos un ideario que, al contrario de la doctrina bolchevique, es bueno, noble e idealista, porque para nuestra lucha, nos apoyábamos en el pueblo mismo y no, como los partidos burgueses, en la propiedad y la cultura intelectual, porque uníamos la fuerza de nuestro ideal al vigor de nuestra fe y al fervor político de una nación que despierta, porque teníamos un Führer que nos mostraba el camino que se debía seguir para salir de la época más triste de nuestra vida nacional y llegar a la luz radiante y pura de un halagüeño porvenir.

El gran mérito del Führer ante la Historia -mérito ya reconocido, en verdad, por el mundo entero- es haber levantado ante el asalto del bolchevismo a las fronteras orientales de Alemania, un firme baluarte, convirtiéndose con esto, en un verdadero caudillo moral de la Europa consciente en sus luchas decisivas contras las fuerzas subversivas de la destrucción y la anarquía. Como un caballero andante del ideal, como el caballero sin miedo y sin tacha ha enarbolado con potente diestra la bandera de la cultura, la humanidad y la civilización, y, con digna apostura, se enfrenta con el amenazador ataque de la revolución mundial. Nos ha enseñado a reprimir y despreciar todo temor e inspirado el culto del honor, restaurando así los antiguos ideales y virtudes de nuestro pueblo. Esta actitud debiera servir de ejemplo y acicate al mundo entero. El caso de Alemania es un ejemplo sugestivo, y, por cierto, en condiciones de lo más desfavorables, de cómo es posible acabar con el bolchevismo cuando se tiene la inquebrantable voluntad de aplastarlo, cuando se ponen a contribución los medios adecuados y cuando se adopta la firme decisión de luchar con toda la fuerza y el valor de que el hombre es capaz. El pueblo alemán ha logrado así su felicidad. También pueden lograrla otros pueblos que tengan la suerte de encontrar caudillos providenciales con el ánimo indispensable para entablar la lucha.

Si miran con ojos bien abiertos, podrán convencerse de que el judaísmo infame una vez descubierto y desenmascarado no es ni inteligente ni peligroso. El mundo ya tiene un ejemplo que seguir; el de Alemania. Es verdad que el Nacional Socialismo no es artículo de exportación y que no es indispensable que se inculque a otros pueblos y aún menos que se les impongan. Pero el Nacional Socialismo sí puede constituir una provechosa lección: su manera de proceder puede incitar a otros pueblos a seguir su ejemplo, salvándose así de crisis gravísimas. Y los que estén en este caso, que se den prisa antes de que sea tarde, porque la demora pudiera encerrar grave peligro. Nosotros, los Nacional Socialistas alemanes nos sentimos orgullosos de haber llevado a cabo esta empresa por Alemania, pero también por Europa. Adolf Hitler, que se ha erigido en jefe indiscutible de esta lucha entablada por el Reich, se ha revelado con ello como un valor europeo de la más alta categoría. Ha indicado a este continente, tan quebrantado, el camino que ha de seguir para vencer su crisis más peligrosa y con ello ha proporcionado a los pueblos de Europa ocasión de instruirse y orientarse. Porque el enemigo rojo de la cultura se infiltra y pulula por

doquier y constituye una amenaza universal. Ya no es posible vacilar. No hay otro remedio que armarse para poder afrontar la lucha decisiva. El este rojo amenaza. El Führer vela. Alemania, vanguardia de la cultura europea está ya en su puesto de honor y decidida a barrer de su frontera este peligro cueste lo que cueste. En Alemania hemos extirpado radicalmente el cáncer bolchevique y no queda de él ni el menor rastro. Ya no puede encontrar ocasión para infectarnos de nuevo de ninguna manera ni en momento alguno. Los últimos microbios de esta repugnante enfermedad que nos minaba han sido aniquilados. Los que en tiempos fueron en Alemania caudillos y portavoces de esta funesta doctrina se han escapado a tiempo cruzando las fronteras o los hemos puesto a buen recaudo. Pero sus antiguos partidarios han encontrado, en su mayor parte, acogida en la nueva y gran comunidad del pueblo alemán. Si intentase de nuevo Moscú reanimar el bolchevismo entre nosotros, sea donde sea, reprimiríamos esa tentativa tan implacablemente que Moscú mismo quedaría embargado de estupor.

¡Nada ni nadie podría contenernos! Y esta es la firmísima voluntad del pueblo alemán y lo que de nosotros exige. Ya restablecida la paz en el interior del país, el pueblo alemán vive feliz, y está firmemente decidido a que no sea perturbado ni por nada ni por nadie. El partido, protagonista de la lucha anti-bolchevique, vela por la seguridad del Estado alemán, protege al pueblo y a la nación en el interior, pero el ejército, encarnación de nuestra voluntad de resistencia y defensa nacional y racial, protege a Alemania en sus fronteras. Ambos son los baluartes de nuestra seguridad, los cimientos del pueblo y del Estado. Bajo su fuerte protección, la nación no tiene nada que temer. Entre tanto, la anarquía roja moscovita aumenta sus fuerzas militares febril y desenfrenadamente. Sus armamentos tienen un carácter agresivo, porque todo regimiento rojo está animado de un ardiente espíritu de revolución mundial. Todo aeroplano bolchevique, todo cañón bolchevique se construye para lanzar a Europa en el caos. Las medidas que otros pueblos tomen para conjurar este peligro no son de nuestra incumbencia. No está en nuestra mano obligarles a prepararse razonable y oportunamente. Pero lo que nosotros hacemos, no está inspirado por una blanda y vana política de contemporización con la Sociedad de Naciones o por tener en cuenta las simpatías más o menos ciegas que se sienten en otros países por el ideal soviético o por esos indecisos y frágiles esfuerzos de colectividad que envuelven Europa en una tupida red. No.

Nosotros no hacemos otra cosa que obedecer los imperativos de nuestro deber y de la conciencia de nuestra responsabilidad para con Alemania y Europa. El Kremlin rojo ampliando las obligaciones militares ha aumentado los efectivos del ejército bolchevique. La réplica del Führer no se ha hecho esperar: la ley del servicio militar obligatorio durante dos años ha devuelto a Alemania la seguridad que le es necesaria para preservarse de la anarquía roja. Si otros Estados y gobiernos se esfuerzan sin ningún tipo de reflexión, en considerar como cosa baladí el peligro de Moscú, no por eso nos llevaremos nosotros a engaño. Lo que los judíos moscovitas digan, sí que es para nosotros cosa baladí, pero lo que hacen, eso, lo consideramos de importancia capital. Los conocemos a fondo y obramos como se merecen, en consecuencia: con lógica y precisión absolutas. Toma y daca. Ojo por ojo y diente por diente. El pueblo alemán puede estar ya tranquilo y dedicarse al trabajo en plena paz felizmente restablecida. El Reich no está indefenso, tiene la debida protección y la ola roja que avanza por el este se deshará en espuma contra el dique del Nacional Socialismo. Sobre la nación se alza el Führer como genio protector de su pueblo, que vela por él los días de peligro y angustia, y cuyo espíritu anhela con voluntad fanática que Alemania vuelva a ser feliz, rica y respetada. El partido vela por nuestra seguridad interior, el ejército por nuestra seguridad exterior. Ambos, empero, obedecen alegres y decididos, la voluntad del hombre que marcha al frente de todos nosotros como centinela de su propio pueblo y promotor de una nueva Europa, más verdadera, más noble y más generosa.

Joseph Goebbels - la Europa venidera.

14 de septiembre de 1940

Joseph Goebbels habla a artistas y periodistas checos de visita en Berlín:

Agradezco la oportunidad de hablar con ustedes sobre una serie de cuestiones que, en mi opinión, deben discutirse abiertamente si se quieren mejorar las relaciones entre el Reich y el protectorado. Creo que es necesario hacerlo ahora, a pesar de la guerra. Me temo que una vez que termine la guerra no podremos discutir estos asuntos con la calma con la que podemos hacerlo ahora. Como personas inteligentes, saben que ahora están teniendo lugar los mayores acontecimientos de la historia de Europa. Estoy firmemente convencido, como no podría ser de otra manera, que las cosas saldrán a nuestro favor. Cuando Inglaterra caiga, tendremos la oportunidad de reorganizar Europa de una manera que se ajuste a las posibilidades sociales, económicas y técnicas del siglo XX. Nuestro Reich alemán pasó por un proceso similar hace unos cien años. Se dividió en entidades más grandes y más pequeñas, tal como Europa está dividida hoy. Esta colección de estados pequeños era posible siempre que el sistema de transporte fuera tal que llevara un tiempo considerable viajar de un pequeño principado a otro. Sin embargo, la invención de la máquina de vapor hizo que esta situación fuera insostenible. Antes del desarrollo del ferrocarril, se necesitaban 24 horas para ir de un lugar a otro, pero a partir de entonces sólo fueron necesarias tres o cuatro horas. Antes de la máquina de vapor, uno podía viajar 24 horas antes de llegar a una frontera aduanera, pero incluso los defensores más fanáticos del federalismo lo encontraban intolerable ya que tomaba cinco horas, luego tres, luego dos y finalmente sólo media hora.

En aquel entonces también habían fuerzas en el Reich que intentaban remediar la situación mediante la negociación. La historia demostró que su camino era falso. La historia sigue leyes más duras que las que suelen prevalecer en la mesa de negociaciones. Quizás recuerden las palabras de Bismarck de aquellos años. Dijo que la unidad alemana no se lograría a través de discursos y decisiones, sino a través de sangre y hierro. Esto fue controvertido en su momento, pero la historia demostró que era correcto. La unidad del Reich se estableció mediante batallas. Se superaron muchas de las peculiaridades de cada zona, así como sus prejuicios, estrecheces de miras y horizontes limitados. Había que superarlos, ya que de lo contrario el Reich no habría podido competir con las demás potencias europeas. Nuestra unificación fue la base de nuestra capacidad para superar estos problemas. Naturalmente, había bávaros, sajones, wurtembergers, gente de Baden o Schaumberg-Lippe que estaban descontentos con los acontecimientos, pero al final sus prejuicios desaparecieron y su atención se centró en el objetivo mayor, el nuevo Reich. Por supuesto, el bávaro siguió siendo bávaro, el sajón, un sajón, el prusiano, un prusiano. Pero vieron más allá de sus orígenes provinciales, vieron una comunidad más grande y en el transcurso de las décadas, aprendieron que toda una serie de problemas económicos, financieros, exteriores y militares podían resolverse a través de la comunidad.

La grandeza del Reich fue el resultado de este proceso, un proceso que hoy nos parece obvio, pero que muchos en aquel entonces no podían o no querían entender. Eran prisioneros de sus prejuicios y carecían de la fuerza para superarlos e imaginar un mundo mejor. Sólo unos pocos podían mirar más allá de su propia época. El ferrocarril ya no es el medio de transporte más moderno, ha sido sustituido por el avión. Un avión moderno recorre en una hora o en una hora y media una distancia en la que un tren necesita doce horas. La tecnología ha acercado no sólo a las tribus, sino también a los pueblos más de lo que se podía imaginar en el pasado. Antes se necesitaban 24 horas para hablar de Berlín a Praga a través de un periódico. Hoy sólo necesito

un segundo. Ante este micrófono se puede escuchar simultáneamente en Praga, Eslovaquia, Varsovia, Bruselas y La Haya. Una vez necesité doce horas para viajar de Berlín a Praga en tren. Ahora puedo volar en una hora. La tecnología ha vuelto a acercar a las personas. No es casualidad que esta tecnología se haya desarrollado recientemente. La población de Europa ha crecido, lo que plantea a Europa problemas nuevos en agricultura, economía, finanzas y ejército. Y los continentes también se han acercado gracias a las nuevas tecnologías. Los europeos se están dando cuenta cada vez más de que nuestras diferencias son sólo disputas familiares cuando se comparan con los vastos problemas que los continentes deben resolver. Estoy convencido de que, así como nosotros miramos hacia atrás con cierta diversión a los estrechos conflictos entre las provincias alemanas en las décadas de 1840 y 1850, nuestra posteridad dentro de cincuenta años mirará hacia atrás con similar diversión a lo que está sucediendo hoy en Europa. Verán las “dramáticas batallas entre naciones” de los pequeños estados europeos como disputas familiares.

Estoy convencido de que dentro de cincuenta años ya no pensaremos en términos de naciones, sino de continentes, y que a Europa le preocuparán problemas completamente diferentes, y quizás mucho mayores. No crean que, cuando logremos un cierto orden en Europa, lo haremos para dañar a naciones individuales. La libertad de cada país debe armonizarse con las condiciones del presente y con simples cuestiones prácticas. Así como un miembro de una familia no tiene derecho a perturbar la paz de los demás, una nación individual no tiene derecho a resistir el orden mayor. Nunca hemos tenido la intención de promover este proceso de ordenamiento o reordenamiento por la fuerza. Aunque seamos alemanes, no queremos dañar las características económicas, culturales o sociales de los bávaros o los sajones. Ya no nos interesa perjudicar a los checos, por ejemplo. Sin embargo, los dos pueblos deben entenderse. Debemos ser amigos o enemigos.

Como creo que ustedes saben bien por la historia, los alemanes pueden ser enemigos terribles o buenos amigos. Podemos extender la mano a un amigo y trabajar con él. También podemos destruir a un enemigo. Los pueblos que se han sumado a este proceso de ordenamiento, o que se unirán a él, tienen que decidir si participarán de todo corazón y lealmente, o si lo resistirán. Eso no cambiará los hechos. Pueden estar seguros de que una vez que las potencias del Eje hayan derrotado a Inglaterra, no permitirán cambios políticos, económicos o sociales importantes en la Europa reorganizada. Si Inglaterra no puede detenerlo, tampoco puede hacerlo el pueblo checo. Si han comprendido la historia reciente, sabrán que la situación actual del poder político no puede ser alterada ni será alterada. Por eso, señores, hablo con realismo, sin apelar al sentimentalismo. No importa si gusta o no. Si lo aplaudimos, los hechos siguen siendo los mismos. Creo que cuando uno no puede cambiar una situación y debe aceptar ciertas desventajas a causa de ella, sería una tontería no aceptar también sus ventajas. Puesto que ustedes han pasado a formar parte del Reich, no veo por qué el pueblo checo preferiría oponerse al Reich en lugar de aceptar sus ventajas. Han tenido que aceptar una serie de cambios políticos. Sé que no fueron agradables.

Nadie lo sabe mejor que yo. Sé que han tenido que renunciar a cosas que disfrutaban en el pasado y sé que uno no se adapta a esa situación de la noche a la mañana. Hay ciertas cuestiones que son mucho más desagradables de lo que parecen desde la perspectiva del Reich. Sin embargo, si hay que aceptar las desventajas, creo que también se deben aceptar las ventajas. Déjenme dar un ejemplo. En 1933 nos enfrentamos a la cuestión judía. Todo el mundo sabía que nos oponíamos a los judíos. Descubrimos las desventajas del antisemitismo, pero también obtuvimos sus beneficios. Tuvimos que aceptar el hecho de que fuimos calumniados y atacados en todo el mundo. También obtuvimos las ventajas, excluir a los judíos del teatro, el cine, la vida pública y el gobierno. Cuando más tarde fuimos atacados como enemigos de los judíos, al menos pudimos decir: valió la pena. Tenemos algo para ello. Señores, ustedes han tenido la oportunidad de visitar el Reich. Me aseguré de que lo hubieran hecho antes de hablar con ustedes. Habéis visto el Reich en plena guerra y podrán imaginar cómo será en paz. Nuestro bien poblado Reich e Italia liderarán Europa. Eso pasará. No hay forma de cambiarlo. Para ustedes, esto significa que forman parte de un gran Reich que dará un nuevo orden a Europa. Pondrá fin a una situación que claramente no puede satisfacer a la gente. Se trata de una obra de reforma que estoy seguro será un capítulo importante en la historia europea. ¿Se imaginan la importancia del Reich después de la guerra?. Saben que hemos hecho esfuerzos enérgicos no sólo en la política, sino también en el ámbito cultural y económico. Saben que queremos que el

pueblo se sume a estas medidas y a sus resultados. Permítanme poner un ejemplo: antiguamente las películas alemanas tenían una audiencia de 86 millones. En el futuro, la audiencia será mucho mayor. Depende de ustedes si desean participar o mantenerse al margen. Pueden estar seguros de que en este último caso tenemos los medios para eliminar las películas checas. No queremos hacer eso. Preferiríamos que se uniera a nosotros. Tampoco queremos suprimir su vida cultural. Al contrario, queremos un intercambio cultural animado. Pero eso sólo puede suceder sobre la base de la lealtad. Deben aceptar la situación presente sin dejar una puerta trasera abierta y pensando que si las cosas van mal tendrán una salida. Tomemos como ejemplo la historia del movimiento Nacional Socialista. Algunos miembros de nuestro grupo llevan una insignia especial con una corona de oro alrededor. Dice: “Yo era Nacional Socialista cuando no tenía ninguna ventaja. Luché por este movimiento antes de que llegara al poder”. Afirmaron el movimiento en un momento en que su victoria no era del todo segura. Afirmar una causa cuando ha ganado no requiere gran inteligencia. Pero si anuncian su lealtad antes de obtener la victoria, señores, nos dará plena confianza en su lealtad. Creo que hay que resolver este asunto. Yo mismo he hecho lo mismo. Últimamente he leído bastantes libros checos y visto bastantes películas checas. He leído numerosos informes sobre la actividad cultural checa.

Realmente lamento no poder recomendar al pueblo alemán la mayoría de los productos de su vida cultural. Primero hay que limpiar las cosas. Por ejemplo, me gustaría que los alemanes vieran algunas películas checas. ¿Quiere estar satisfecho con el mercado checo o quiere que sus películas se proyecten en todo el Reich? ¿No les llena de orgullo ir a Hamburgo y decir: “Ése es mi puerto”?. ¿No les gustaría mirar a la flota alemana y decir: “Esa es la flota que nos protege”, o ver al heroico ejército alemán y decir: “Ese es el ejército que también protege a nuestro pueblo con fuerza de hierro?”. Creo que eso es más beneficioso que decir: “¡Bueno, supongo que tenemos que seguir adelante!”, pero sólo a medias. Ustedes y el pueblo checo tendrán que tomar una decisión. No me digan que el pueblo checo quiere esto o aquello. Creo que sé algo sobre liderazgo. Un pueblo piensa del modo en que su intelectualidad le enseña a pensar. Tiene las ideas de sus líderes intelectuales. Es su deber intelectual dejar claro al pueblo checo la decisión que debe tomar. ¿No deberíamos decirles que los checos han elegido el lado correcto? Han visto Rotterdam. Esto debería permitirle evaluar adecuadamente la decisión que tomó su presidente [de aceptar la ocupación alemana]. Nadie debería decir: "Bueno, tal vez se podría haber evitado eso". No actuamos según nuestro capricho. Nosotros también somos servidores del destino y no podemos actuar de manera diferente a como lo hacemos. Somos sólo los instrumentos de la historia. No se debería decir: “Sin los Nacional Socialistas, habría paz en Europa”. No, habrían habido otros que habían actuado en nuestro lugar.

Cuando llegue el momento, las cosas deben suceder, tal como una manzana cae del árbol cuando está madura. No podemos detener el destino; pasaría sobre nosotros. En otras palabras, tienen la opción de aclarar estos hechos a su gente, de darles una perspectiva más amplia que la que tenían anteriormente. Creo que si miramos hacia atrás y analizamos el desarrollo de la guerra hasta el momento, concluiremos: “Hemos elegido el mejor bando. Las cosas no podían continuar como estaban. Eso sólo habría sido posible manteniendo a Alemania bajo control, lo cual es impensable”. Hoy tienen la oportunidad de aceptar todas las ventajas que ofrece el Reich alemán. Tienen nuestra protección. Nadie puede atacarles. Tienen la oportunidad de contarle a toda Alemania sus virtudes. Tienes la oportunidad de enviar a Alemania su música, sus películas, su literatura, su prensa, su radio. Ustedes saben que el pueblo alemán tiene un gran interés por la cultura. No podemos ni queremos cambiar eso. No somos dictadores, sino instrumentos de la voluntad de nuestro pueblo.

Como dije, les ofrecemos cooperación. Les he ofrecido aquí una base para la comprensión. No les pedimos nada deshonroso, ni que se conviertan en advenedizos, lacayos, o lo que sea. Eso no produce ningún placer a largo plazo. Pero no creo que sea pedir demasiado que, en este momento dramático de la historia europea que conducirá a nuevas formas de comunidad humana, lleguemos a un entendimiento sobre estas cuestiones para crear claridad y decidir si seremos amigos o enemigos. Queremos saber si somos amigos o enemigos de la intelectualidad de otro pueblo. En los últimos años, hemos demostrado nuestras habilidades como enemigos. Si demuestran una lealtad positiva y activa, verán qué clase de amigos podemos ser. El resultado será la amistad entre los pueblos alemán y checo. Mi tarea hoy ha sido dejarles esto claro. Creo que podríamos trabajar juntos y que lo haremos. Estoy firmemente convencido de que si ustedes están dispuestos a mostrarse leales, nos harán un gran favor a nosotros y a su pueblo checo. No

podemos guiarnos por lo que la gente dice hoy. El hombre medio no ve muy lejos. La tarea de la intelectualidad es ayudarle a ver más allá, ayudarle a imaginar lo que será. El papel de la intelectualidad es abrir el camino a los acontecimientos venideros, no ser servidores ciegos del presente. Por eso les insto a que hablen de estos asuntos con el pueblo checo. Si lo hiciéramos nosotros, el pueblo checo no nos creería. Somos Nacional Socialistas y podrían pensar que hablamos de manera egoísta, aunque nuestro único objetivo es establecer relaciones claras entre dos pueblos que deben llevarse bien. Ustedes viven allí, nosotros vivimos aquí. Sólo una gran catástrofe natural que destruyó a nuestro pueblo podría cambiar la situación actual. Como eso no es probable, tendremos que llevarnos bien. Si nos gustamos o no, es irrelevante. Lo relevante es que queremos dar a millones de europeos una base común y un ideal común. Inglaterra hasta ahora se ha resistido a este ideal. Inglaterra ha intentado mantener a Europa en desorden, ya que lo consideraba la mejor defensa de su existencia insular. Pero está sufriendo los gigantescos golpes de nuestro ejército. Una vez caiga, tendremos la oportunidad de llevar la paz a Europa. Están cordialmente invitados a unirse a nosotros.

Joseph Goebbels - la juventud y la guerra.

29 de septiembre de 1940

Este domingo por la tarde se inaugura el Festival de Cine Juvenil para el invierno de 1940/41, que se celebra en colaboración con las Juventudes Hitlerianas, la Liga de Chicas Alemanas y la Oficina de Propaganda del Reich del NSDAP. Como ocurrió el año pasado, tendrá un papel extraordinariamente importante en el trabajo con jóvenes. El Festival de Cine Juvenil comenzó en 1934/35. Incluyó 371 eventos con un total de 217.354 visitantes. El evento creció hasta 1939/40, cuando 8.244 eventos atrajeron a 3.538.224 visitantes. Entre 1934 y 1940, un total de 19.694 eventos atrajeron un total de 9.411.318. Este impresionante resultado, como todo lo que ha logrado el Nacional Socialismo, comenzó siendo pequeño y creció gradualmente. El primer festival de cine juvenil se celebró en Colonia en 1934. Gracias a las experiencias vividas allí, la segunda temporada se extendió a todo el Reich. El Festival de Cine Juvenil fue creciendo año tras año, tanto en alcance como en importancia, hasta llegar a pueblos pequeños e incluso a zonas sin sala de cine. Desde el principio, el objetivo fue utilizar la película alemana como una forma de educar sistemáticamente a la juventud alemana.

El objetivo también era ofrecer a los jóvenes otro método de entretenimiento y educación. Durante la temporada, este importante festival debería ofrecer a los jóvenes una visión general de todos los ámbitos del cine alemán. Se proyectan películas de entretenimiento y culturales, además de aquellas con mayor significado político. Las películas juveniles son organizadas por la Oficina de Prensa y Propaganda de la Dirección Juvenil del Reich junto con la Oficina de Propaganda del Reich del Departamento de Cine del NSDAP. Cada oficina de Gau tiene un funcionario de las Juventudes Hitlerianas directamente responsable de organizar el festival de cine juvenil. Esta es una manera importante de satisfacer las necesidades de la juventud, especialmente durante la guerra. El problema de la juventud es especialmente difícil en tiempos como estos. La guerra plantea serias exigencias a toda la nación, incluida la juventud. Necesitan mostrar el carácter necesario para superar las dificultades resultantes y ayudar a quienes tienen autoridad a afrontarlas también. A menudo, los padres están en el campo o realizando otros trabajos importantes para la guerra y no pueden prestar a la educación de sus hijos la atención que normalmente prestarían en tiempos de paz.

La madre al mismo tiempo está sobrecargada de trabajo y problemas. A menudo ella también participa en la producción de guerra, trabajando para garantizar que nuestros soldados tengan las municiones que necesitan, o trabajando con la Cruz Roja, Asistencia a la Madre, la Organización Nacional Socialista de Bienestar Social o la Ayuda de Invierno. La educación de la juventud no sigue su curso normal. La HJ y la BDM tienen el doble deber de intervenir para aliviar a los padres de cargas que, dadas las circunstancias, no pueden manejar. Las actividades educativas y de otro tipo de HJ y BDM se ven obstaculizadas durante la guerra por miles de dificultades desconocidas en tiempos de paz. Faltan las salas de reuniones necesarias. El ejército se ha apoderado de ellos o los ha utilizado como almacén. Las normas sobre bloqueos de luz hacen que las actividades nocturnas, que son muy importantes, sean imposibles en la medida normal. En algunas partes del Reich, el riesgo de ataques aéreos simplemente hace imposible el trabajo educativo sistemático. Además de sus tareas habituales, el HJ y el BDM tienen responsabilidades para con el Führer, la nación y los padres. Educar a los jóvenes durante la guerra sólo puede lograrse con éxito trabajando estrechamente con los propios jóvenes. La juventud no es sólo el objeto, sino también el sujeto de su propia educación. Mucho de lo que normalmente se hace en casa o en la escuela durante la paz es claramente imposible durante la guerra. Por su actitud y estilo de vida, los jóvenes deben hacer superflua gran parte del trabajo educativo que realizan las organizaciones relevantes durante la paz. La guerra no es sólo un gran

igualador, es un gran educador. Sólo lo esencial puede sobrevivir a sus duras leyes. Transforma todos los valores. Cosas que considerábamos importantes o incluso esenciales durante la paz, las renunciamos con gusto durante la guerra para servir a la causa común. Antaño la guerra involucraba sólo a una pequeña parte de la población, mientras que hoy requiere un trabajo heroico de todos. Dado que nuestro enemigo está librando la guerra incluso contra los niños, los niños también deben desempeñar su papel. Durante la Guerra Mundial, el bloqueo inglés se dirigió especialmente contra las mujeres y los niños alemanes y tuvo un papel importante en el hecho de que en el momento crítico ya no tuviéramos fuerzas para resistir la amenaza inglesa y francesa. Nuestro enemigo pretendía utilizar la misma arma en esta guerra y esperaba obtener el mismo resultado. Sin embargo, los dirigentes alemanes habían tomado las precauciones necesarias para hacer ineficaz el bloqueo inglés. Sin embargo, la guerra está dirigida en última instancia a la próxima generación alemana y, por lo tanto, es más que simbólico que hayan seguido la bandera para defender la causa alemana en el campo de batalla.

La opinión pública conoce las estadísticas sobre el número de caídos y heridos, en particular los dirigentes del HJ. No es necesario repetirlos. Son pruebas contundentes que los jóvenes han hecho de esta guerra su causa. La próxima generación debe librar la guerra en casa. Son partícipes de ello. Deben mostrar carácter fuerte y buen comportamiento. Cuando una nación lucha por su futuro, que al fin y al cabo es el futuro de sus hijos, los jóvenes tienen que implicarse, tienen que apoyar la batalla con toda su energía. Deben demostrar mediante disciplina, orden, laboriosidad y actitud que son dignos de su época y de los hombres que arriesgan sus vidas. Los engreídos sabelotodo o los fanfarrones bocazas sólo parecen estúpidos. Particularmente en medio de una guerra en la que millones de hombres están arriesgando sus vidas por la nación, los jóvenes deben aprender nuevamente a respetar la virilidad sacrificada. También deben aprender a honrar a las mujeres y madres que luchan por la continuidad de su nación. Deben ser obedientes y modestos y, sobre todo, cumplir con su deber. Eso no significa que tengan que actuar según el proverbio: “recorre la tierra con sombrero en mano”. Esa fue una idea del pasado que hemos dejado atrás.

La modestia no es lo mismo que la sujeción, y un muchacho bien educado, disciplinado y de buen carácter no necesita ser un marica. Millones de soldados hoy siguen órdenes y cumplen con su deber. Han estado dispuestos a renunciar a su propia independencia para servir a la Patria en la comunidad del ejército. ¡Cuánto más deberíamos esperar de los niños y niñas alemanes durante la guerra! Se convertirán en personas adultas y maduras de nuestra gran y orgullosa nación, y muchos de ellos más adelante en la vida darán órdenes a otros. Por eso deben aprender a obedecer ahora, especialmente en una época en la que todo depende de que todos cumplamos con nuestro deber obedientemente. El HJ y el BDM están ahí para ayudar a los padres a educar a sus hijos, ya que hoy en día los padres a menudo están en condiciones de hacer ellos mismos sólo una parte del trabajo. Todo padre en el campo y toda madre en casa o en el trabajo debe saber que su querido hijo está en buenas manos con el HJ o el BDM. Deben tener confianza en que los niños y las niñas están siendo educados para ser hombres y mujeres decentes. La época en la que vivimos es única. Nos exige cada vez más a todos, incluidos los jóvenes. Uno u otro puede en ocasiones inclinarse a sobreestimar las exigencias de la época. Pero más tarde, cuando la guerra termine, coronada por una orgullosa victoria, todos recordaremos los deberes y obligaciones que tenemos ahora con alegría y satisfacción. Olvidaremos nuestros problemas actuales.

Los meses que ahora soportamos con fe y valentía serán, en retrospectiva, gloriosos. Lo mismo ocurrió cuando el movimiento Nacional Socialista luchaba por el poder. Tan pronto como terminó la batalla y el Führer estuvo en el poder, los viejos combatientes recordaron con añoranza la época en la que habían luchado por el poder. Los tiempos en los que trabajábamos para el movimiento, a veces arriesgando nuestras vidas, parecían maravillosos. ¿Quién de nosotros, incluidos muchos que se unieron a nosotros a los 14, 15 o 16 años, querría ahora haberse perdido la lucha del movimiento Nacional Socialista por el poder? ¡Qué maravilloso es para los niños y niñas de esa época mirar hacia atrás y recordar lo que vivieron, y de una manera que demostró su valía! Es hoy su recuerdo más preciado. Lo mismo ocurrirá algún día con esta guerra. Cuando termine y nos regocijemos con la victoria, recordaremos con orgullo todo lo que estamos pasando ahora. Recordaremos cómo trabajamos por la victoria con todo nuestro ser. Es bueno para la juventud alemana vivir plenamente estos grandes días. Deberían hacer todo lo posible por la guerra, aportando su coraje, su idealismo y su fe. El próximo festival de cine juvenil

debería servir a estos fines. La juventud alemana se reúne en todo el Reich para el primer programa del año 1940/41. Estos programas se realizarán a intervalos regulares y mostrarán a los jóvenes alemanes lo mejor de la industria cinematográfica alemana. Durante el próximo invierno, serán entretenidos, enseñados y formados. Una y otra vez los niños y niñas alemanes encontrarán un nuevo entusiasmo. No somos como los plutócratas ingleses que enseñan a sus hijos pequeños a usar levitas y sombreros de copa. Cualquiera que necesite hacerlo más tarde podrá aprender cómo hacerlo más tarde. Estamos enseñando a nuestros jóvenes lo que es difícil de aprender más adelante, es decir, la actitud y el carácter. Las bases deben sentarse a una edad temprana. Siguiendo las enseñanzas del Führer, estamos estableciendo un nuevo ideal para la educación de nuestra juventud. Las Juventudes Hitlerianas han tomado su nombre. Es la única organización del Reich que lleva su nombre. Eso le impone una gran responsabilidad. Sobre todo, impone a los jóvenes la obligación de imitar al hombre cuyo nombre llevan y seguirlo. El Führer es el ejemplo brillante para la juventud alemana. Exige que durante la guerra muestren la actitud, carácter, obediencia y disciplina adecuadas. En este sentido y según sus órdenes, la juventud alemana debe vivir, trabajar y crear. Saludo cordialmente a toda la juventud alemana, que hoy se reúne en las salas de cine de todo el Reich, y declaro iniciado el Festival de Cine Juvenil de 1940/41.

Joseph Goebbels - retransmisión de radio.

24 de diciembre de 1941.

Mientras hablo en la víspera de navidad por la radio al pueblo alemán, soy el portavoz de la patria para todos nuestros soldados que están lejos de casa durante esta navidad de guerra de 1941. Sé que innumerables personas envidian mi capacidad para hablar a millones de alemanes en otras tierras y continentes. Cuántos hombres y mujeres, padres, hijos e hijas desearían poder estar en mi lugar y saludar a sus hijos, esposos, hermanos o padres. Cuántos soldados alemanes en el extranjero desean poder tomar el micrófono y hablar con sus madres, padres, hijos o hermanos y hermanas. Hoy debo hablar por todos ellos, debo extender los saludos y los más profundos deseos hacia todas las direcciones. Hablaré poco de política esta noche. Todos sabemos lo que los alemanes tenemos que decir sobre las condiciones mundiales y el futuro. Todo el mundo sabe que debemos resistir las tormentas de la época hasta que la victoria sea nuestra. Eso ha quedado claro en los últimos años y no necesito decir nada al respecto. En cambio debo hablar de los pensamientos y sentimientos que nos conmueven a todos en esta Nochebuena. Hablaré durante media hora como si tuviera delante a otra persona. Consideraremos las dificultades del siglo en el que nos encontramos y miraremos tanto hacia atrás como hacia adelante.

Hay pocos regalos debajo del árbol de navidad este año, los efectos de la guerra también son evidentes aquí. Hemos enviado nuestras velas navideñas al frente oriental, donde nuestros soldado las necesitan más que nosotros. En lugar de producir muñecas, castillos, soldados de plomo y pistolas de juguete, nuestras fábricas han estado produciendo cosas esenciales para el esfuerzo bélico. Nuestras tropas son la primera prioridad. Pero de todos modos los regalos no son lo más importante de la navidad. Dado que ya no podemos celebrar la navidad con tanta generosidad y despilfarro como en el pasado, quizás recordemos aún más su naturaleza espiritual. En lugar de dar obsequios externos a nuestra familia, amigos y comunidad, hoy expresaremos nuestro amor mutuo y nuestra fe en todo lo que nos mantiene unidos. Anhelamos un puente dorado que se extienda a todos aquellos a quienes amamos a través de los confines, países, océanos y continentes distantes. Todos los ojos miran a la patria, nuestros soldados y los alemanes en el extranjero, sobre todo, han aprendido lo hermoso que fue el año pasado. Quizás por eso han luchado con tanta valentía y lealtad. Querían proteger a la patria de los horrores de la guerra. Todo lo que dejaron atrás cuando atendieron a la llamada del deber, lo esperan encontrar a su regreso tal como estaba cuando se fueron. La guerra se ha convertido en una escuela que ha aumentado el amor que todos tenemos por la patria.

Cualesquiera que sean las dificultades de hoy o de mañana, el individuo encuentra allí el significado de su devoción, su sacrificio y su valentía. Esta tercera navidad bélica, la celebramos de forma más espartana y modesta que antes, pero estamos protegidos y resguardados de las amenazas de nuestros enemigos. Debemos agradecer a quienes nos defienden, nuestros hijos, padres, hermanos, que solo en tierras lejanas entre pueblos extranjeros han aprendido lo queridos que son su patria y pueblo. La gran tarea exige de nosotros el mismo sacrificio, las demandas más duras son para nuestros soldados. Pasarán su tercera navidad fuera. La patria es el centro alrededor del cual giran todos sus pensamientos y deseos, su mayor orgullo debe ser que están defendiendo la patria y protegiéndola del furor de la guerra. Han aprendido los terrores de la guerra moderna que los rodea a diario. Seguramente valen la pena sus grandes y valientes esfuerzos para asegurarse de que su aldea y su patria no corran el mismo destino que innumerables aldeas y ciudades en países enemigos. Piensan en lo que habría sido de sus padres, sus esposas y sus hijos si no hubieran defendido la patria. Cada soldado alemán debería

recordar eso. La patria solo puede ser como ellos imaginan y como esperan encontrarla a su regreso, si millones de sus padres e hijos la defienden. Lo mismo ocurre con todos los alemanes en el extranjero. A menudo viven en un mundo completamente extraño y hostil. No debería sorprendernos que no siempre seamos amados mientras defendemos nuestro derecho a la vida. La envidia y la desconfianza, el odio y la persecución rodean a menudo a nuestros compatriotas. Lo leemos de vez en cuando en los periódicos, pero lo experimentan todos los días. Son el objetivo de una pequeña minoría a través de la propaganda hostil a Alemania. Se burlan de ellos, se les acosa, se registran sus casas y se les encarcela. ¿Por qué si no soportarían todo esto con orgullo y dignidad?. Aman a la patria incluso más profundamente que nosotros y le dan toda su devoción. Para nosotros, hablar alemán es algo natural, pero a ellos se les escupió por esto. Leemos los periódicos alemanes todos los días, ellos los reciben meses después y se los pasan de mano en mano como un mensaje de la amada patria. Escuchamos la radio alemana todas las noches, ellos juguetean durante horas con sus aparatos para conseguir unas palabras de la patria. Vemos nuestras películas y noticiarios alemanes siempre que queremos, pero ellos tienen que reunirse en secreto para ver una copia de una película como “La campaña del oeste”, de la que prácticamente nos hemos olvidado.

Ellos también preferirían estar en casa que en el extranjero, pero se quedan en su puesto para servir a la patria. No están desgastados por el odio y la sospecha, son los pioneros alemanes en el mundo. No quieren conquistar el mundo como dicen nuestros enemigos, sino defender su origen étnico. Esta Nochebuena pensamos tanto en ellos como en nuestros soldados, porque sabemos que la Navidad es una festividad profundamente alemana que nos une a todos. Quizás piensan que hoy, aunque sus tareas son difíciles, todavía lo tienen más fácil de lo que lo tienen los alemanes en el extranjero durante la guerra mundial, durante la cual a menudo no aprendieron nada de la patria más de lo que nuestros enemigos querían que escucharan. Hoy al menos están conectados con nosotros por la radio. Reciben nuestras noticias y discursos, escuchan música y canciones alemanas, se enteran de las heroicas batallas de nuestras tropas. En resumen, su imaginación tiene un puente que cada día los lleva a casa. Y pueden estar tranquilos. No experimentarán la vergüenza de 1918, cuando el colapso del pueblo alemán los golpeó con un efecto paralizante. Hoy la patria sabe lo que se espera de ella y se esfuerza al máximo. No nos han abandonado y nosotros no los abandonaremos.

La patria no valdría el sacrificio que millones están haciendo por ella si no se esforzara por ser digna de ellos. Ciertamente no es fácil. Debe renunciar a muchos hábitos familiares y aceptar mil y una privaciones. Quienes viven en áreas atacadas desde el aire tienen mucho que soportar y merecen los mayores elogios y el más cálido reconocimiento. Toda la nación es digna de la época en la que vivimos. Sin embargo, todas las cargas de la patria son solo una fracción de los sacrificios, las cargas y las privaciones, las acciones y los peligros que soportan nuestros soldados, o las persecuciones que los alemanes en el exterior soportan constantemente. En casa, Dios lo sabe, no tenemos motivos para quejarnos. Tenemos que aceptar las demandas de la guerra. La guerra solo nos ha hecho más duros. Debemos ser valientes y estar siempre listos. No se nos regalará la victoria, tenemos que ganarla. Todos deben hacer su parte, incluso en esta Nochebuena este deber es el centro de nuestros pensamientos. Llegará el momento en que las exigencias de la guerra hayan pasado. En una Navidad posterior recordaremos esta Nochebuena. A la luz del cariño de la memoria ninguno de nosotros deseará haberlo perdido.

Todos los muertos de la guerra permanecerán como brillantes héroes ante nuestros ojos, aquellos que dieron sus vidas para que su nación tenga una vida mejor. Probablemente no haya nadie entre nosotros que en esta hora no mire al cielo. La guerra nos ha enseñado, no solo a ser fuertes contra nuestros enemigos, sino también a aceptar nuestro destino y la voluntad de su piadoso Gobierno. Agradecemos al Todopoderoso por las orgullosas victorias que nuevamente nos ha dado. Seguiremos luchando hasta que la victoria total sea nuestra. Nuestros soldados se sientan juntos y hablan de su hogar. En casa pensamos solo en ellos y hablamos con ellos en espíritu. Los alemanes en el extranjero piensan una vez más en el gran Reich de los alemanes, entonces todos volvemos a los problemas y dificultades, cargas, sacrificios y privaciones de la vida cotidiana. Es posible que nunca olvidemos que todos tenemos la responsabilidad, cada uno a su manera, de trabajar y luchar por una rápida victoria. Mantenemos la vista fija en ella, no lo dudamos ni un minuto. Al pensar en el Führer que también esta noche está en todas partes donde se reúnen los alemanes nos acordamos de la patria. Será más grande, más hermosa y más próspera después de que termine la guerra. Será una patria libre y orgullosa para todos

nosotros. Queremos agradecérselo al Führer. Depende de su pueblo, en casa, en el frente y en todo el mundo. Él nos guía, nosotros le seguimos. Sin lugar a dudas lo seguimos portando la bandera y el Reich. La bandera y el Reich estarán puros y sin mancha cuando llegue la gran hora de la victoria. Os saludo desde lo más hondo de mi corazón. Antes cantamos la paz en la tierra en nuestras canciones. Ahora ha llegado el momento de, luchar por ello. Paz a través de la victoria, este es nuestro lema. Que mis palabras traigan un aroma de la patria lejana a oriente y occidente, desde el frente contra el bolchevismo, a los desiertos al norte de África, a los mares donde navegan nuestros submarinos y buques de guerra, a las naciones y continentes más distantes y al rincón más lejano de la tierra donde todavía late un corazón alemán, pero también a la propia patria, a las ciudades y al campo, a cada choza y a cada hogar.

Joseph Goebbels - discurso en el Sportpalast.

30 de enero de 1943

Este discurso lo podrá encontrar con audio, aquí:
https://archive.org/details/JosephGoebbelsDiscursoEnElSportpalast30Enero1943COMPLETO

Abro la reunión en el Palacio de los Deportes de Berlín, para celebrar la toma del poder por el Führer, tal día como hoy hace 10 años. El líder de distrito Dr. Goebbels nos habla.

Mis compatriotas alemanes, camaradas del partido.

Desde la toma del poder el 30 de enero de 1933, el Führer nos ha hablado personalmente cada año, principalmente aquí en el Palacio de los Deportes al pueblo alemán y les ha dado el eslogan para el siguiente año de lucha. El Führer me ha pedido que les informe que era su deseo el hablar hoy a la nación alemana. Él está muy dolido por tener que romper esta tradición, pero las duras necesidades de la dirección de la guerra no le permiten abandonar la sede donde dirige las batallas en la defensa del frente del este. Se dirigirá al pueblo en una proclamación, en vez de en un discurso. Leeré esta proclamación en nombre del Führer más adelante. Permítanme dar una introducción con lagunas explicaciones sobre la situación actual. No es la primera vez que tomo la palabra en este lugar ante el pueblo alemán en un momento difícil de nuestra vida nacional. En el Palacio de los Deportes de Berlín hemos vivido durante los últimos 15 años todos los altibajos en la política y en el progreso militar de la guerra. Los objetivos que amenazaron nuestra nación en esta agitada década y media fueron explicados ante el pueblo alemán, pero también aquí se proclamaron las decisiones para su rectificación.

Esta estancia jamás vio desaliento o desesperanza. Hemos recibido muchos ataques de nuestros enemigos durante 15 años, pero siempre hemos respondido a sus ataques con contraataques. Quien no recuerda las numerosas ocasiones en que el partido o el Estado Nacional Socialista se involucró en una crisis mas o menos importante en la que sus enemigos pensaron que podían triunfar definitivamente. Siempre lo celebraron antes de tiempo. Hombres y fuerzas enemigas se han desvanecido por completo de nuestra memoria, sus nombres y descripciones que apenas podemos recordar, se nos opusieron durante estos 15 años. Su tiempo pasó. Sin embargo nosotros hemos permanecido. Nos hemos enfrentado a todo tipo de peligros y crisis. Y así como lo fue en el pasado, así lo será en el presente y en el futuro. Los Nacional Socialistas nunca nos hemos permitido minimizar o negar los problemas que amenazan al pueblo. Por el contrario siempre fue un signo de nuestro inquebrantable sentido del poder, el explicar todos los peligros a nuestros seguidores y a todo el pueblo alemán para que nuestro partido y nuestro pueblo pudieran prepararse. Un pueblo debe afrontar las dificultades que en un principio parecen abrumadoras, con autoconfianza y determinación feroz.

Si estos están listos y dispuestos para usar toda su fuerza interna contra este peligro entonces siempre triunfarán. Si capitulan ante los peligros, perecerán. Para nosotros siempre ha sido un principio seguro e irrevocable el que la palabra “capitulación” no existe en nuestro vocabulario. Estamos y estaremos siempre aferrados a este principio. Tal como lo fue ayer, lo es hoy. Los tiempos han cambiado, pero los Nacional Socialistas hemos permanecido igual. Cuando os hablo en este conmovedor momento en el décimo aniversario de la toma del poder por el Führer desde la tribuna del palacio de los deportes de Berlín, me llena de profunda emoción hablar a través de las ondas de radio para todo el pueblo alemán. Estoy de nuevo en este podio donde se ha hecho

historia. Al entrar a esta amplia y espaciosa sala por primera vez se abrió un campo de batalla donde los siguientes tiempos se decidieron enfrentamientos decisivos por el poder en Alemania. No sé cuantos cientos de veces el Führer y nosotros sus ayudantes cercanos hemos hablado en este lugar al movimiento Nacional Socialista en Berlín, a la nación alemana y al extranjero, tanto en los buenos como en los malos momentos. Aquí la lucha por el poder en la capital de la nación vio su expresión más llamativa. Aquí vivimos los fantásticos momentos del entusiasmo Nacional Socialista por la lucha, aunque también la feroz resolución ante los peligros y dificultades. Aquí nos reunimos en momentos en los que teníamos que tener mucha fuerza de voluntad y donde tuvimos que reafirmarnos cuando nuestros enemigos nos golpeaban duramente o nos infligían una severa derrota. Tal como lo fue ayer, lo es hoy. Desde este podio las extintas consignas políticas que unieron y fusionaron a la nación en una fanática voluntad de lucha, llegaron al pueblo. El pueblo alemán se encuentra de nuevo en medio de una dura lucha por su destino. Sus tradicionales enemigos a los que tantas veces nos enfrentamos hasta 1933, a veces bajo desesperadas circunstancias, aunque eventualmente triunfábamos, nos han vuelto otra vez a reunir.

La vieja coalición enemiga que ya conocemos se ha levantado de nuevo, pero esta lucha gigantesca por nuestra vida, ha tomado ahora la forma de una lucha extracontinental. La lucha fue el eslogan de entonces del movimiento Nacional Socialista y esta lucha sigue siendo hoy nuestro lema. Antes no recibíamos nada regalado, hoy tampoco. Tenemos que conquistar y trabajar por nosotros mismos. En este momento de dura lucha en el este, el enemigo piensa que puede triunfar sobre nosotros. Los periódicos ingleses y norteamericanos narran con complaciente certeza que a las plutocracias y al bolchevismo les queda poco para alcanzar sus metas. La judería internacional se regodea como lo hace a menudo. Los periódicos de nuestros enemigos mienten, dicen que en Alemania se ha proclamado el Estado de excepción y que la nación se está desmoronando, etc. Puedo exponer hechos bien establecidos contra esto: en Alemania solo prevalece un Estado, y es la voluntad de nuestro pueblo para concentrar las fuerzas en una sola voluntad y determinación para obtener la victoria en esta guerra. Todo el pueblo está unido en esta determinación feroz y fanática. Desde el norte hasta el sur, el grito de nuestra nación en su esfuerzo de guerra más total penetra en nuestros oídos.

Así como antes del 30 de enero de 1933 dedicamos todas las fuerzas en la toma del poder, hoy tenemos la firme intención de dedicar todas nuestras fuerzas de la nación en obtener la victoria. Y estamos firmemente convencidos de que lo lograremos más rápido de lo que algunos puedan pensar. En cuanto a la lucha contra el bolchevismo, hemos luchado contra esta idea terrorista judía de conquista del mundo en nuestro propio país durante 14 años en las circunstancias más desfavorables. En esos 14 años hubo altos y bajos, algunas veces pensamos que era imposible continuar, pero al final llegó la victoria. Hoy nuestra lucha es idéntica contra el bolchevismo soviético en el campo militar. Nadie piensa en minimizar las dificultades de esta lucha internacional. Es extremadamente dura y demanda esfuerzos sobrehumanos a nuestras tropas y liderazgo. Sin embargo como en aquel entonces, hoy también sabemos lo que nos estamos jugando. Luchamos en oriente no solo contra una forma de pensar, sino también contra la más violenta amenaza a nuestra vida nacional e individual. Cuando nuestro enemigo se refiere a las victorias militares en este invierno, solo podemos responder que ello fue el resultado de nuestra relajación y comodidad.

Ahora el pueblo alemán toma su posición. A partir de este momento solo quiere luchar y trabajar por la victoria. Desde Londres dicen que no disponemos de más reservas. Estas reservas las conocerán antes de lo que esperan y desean. En el último año nuestros enemigos han puesto sus esperanzas en una derrota militar de los poderes del eje. A este respecto hemos sufrido serias derrotas, pero acaba de llegar la primavera y se acerca el verano, el ejército alemán ha repuesto sus pérdidas y ha vuelto a empujar al enemigo hacia el este. Así como en Polonia, toda la nación alemana está resuelta a superar rápidamente todas las dificultades que conlleva este invierno. A partir de ahora queremos hacer cualquier cosa que podamos imaginar para acelerar la victoria, no importa si nuestros enemigos no toman en serio nuestra determinación. Ser subestimado por el enemigo es bueno en la guerra. Antes de lo que piensa, nuestro enemigo conocerá nuestro trabajo. Así como en la lucha por el poder doméstico, los judíos nos atacan desde ambos lados de esta gigantesca lucha. El bolchevismo envía a su ejército de masas por delante, mientras que las plutocracias envían un fuerte aluvión de mentiras y propaganda calumniosa que cae cual lluvia sobre nosotros. La lucha por nuestra vida se acerca a un punto dramático culminante. No es solo

una lucha por la libertad y seguridad de la nación alemana, sino un gigantesco choque sobre el futuro destino de Europa y el civilizado mundo occidental. En este contexto se produce el 30 de enero de 1943 el décimo aniversario de la toma del poder del Nacional Socialismo. Hace 20 años, el 9 de noviembre de 1923, el partido sufrió su desastre más terrible. ¿Quién habla hoy de sus consecuencias?. A través de él, se ha recuperado y se ha obtenido la victoria más maravillosa de nuestra historia nacional. Hoy estamos en los campos de batalla luchando por el destino de nuestro pueblo. Es de una importancia realmente simbólica que el joven Estado Nacional Socialista en su décimo aniversario esté sujeto a esta dura carga actual. Es obvio el porqué nuestros enemigos luchan contra la nueva nación desde todos los frentes como si su vida dependiera de ello. No quieren tolerar en Alemania un Estado que defienda a su pueblo. Esa es la única razón por la que la plutocracia y el bolchevismo nos han obligado a ir a esta guerra. La república democrática que surgió del tratado de paz de Versalles no fue atacada por los eternos enemigos y sus lacayos en la nación. Era débil y deshonrosa. Nos convertimos en un pueblo de helotas, sin voluntad de resistir, indefensos a merced de los intentos de pillaje de nuestros enemigos. El Nacional Socialismo ha logrado un cambio.

Tiene que defender militarmente en el escenario internacional, las cosas que creó internamente. Esta lucha por la existencia o inexistencia, no es la lucha por un tipo de Estado, sino de nuestra vida nacional. Todavía podemos elegir entre ser esclavos o ser libres en la comunidad de un Estado socialista. Esta guerra nos sitúa ante la misión histórica de confirmar en materia militar y de relaciones exteriores lo que hemos asegurado nacionalmente desde hace 10 años. No necesito hablar más sobre nuestra determinación fanática de emplear y exaltar desde ahora toda la energía del pueblo alemán en esta lucha de exterminio contra el bolchevismo. La gigantesca segunda batalla de invierno en el este, es para toda la nación alemana la señal de la guerra total. La Unión Soviética se ha estado preparando militarmente desde hace 25 años para esta guerra. El bolchevismo hizo de la gente robots para la guerra. En 1936 pronunciamos el lema: “primero los cañones y después la mantequilla”, por otra parte el bolchevismo lo ha llevado a otro nivel durante 25 años usando el lema: “miseria social y hambre para las masas”, angustia, pero por encima de todo armas y cañones.

Frente a esta anormal amenaza militar tenemos que defendernos con toda nuestra energía nacional si no queremos perder nuestra libertad y nuestra vida nacional. En medio del gigante despliegue de Stalin entró la espada alemana. Hoy nuestras tropas luchan en la profundidad del espacio enemigo. Un continente entero está amenazadoramente ante nosotros. Hemos tomado el control de una parte importante de él con las triunfantes victorias de los últimos dos veranos. Como en el pasado invierno, ahora tenemos que defender el territorio conquistado en este segundo invierno de una manera flexible y bajo pruebas sobrehumanas. No necesito hablar sobre esto, el pueblo alemán lo sabe. Así que por segunda vez los soldados alemanes se encuentran en cuanto a su poder de resistencia y su heroísmo en equilibrio con la diosa del destino. La confianza en nuestros soldados no conoce límites. La confianza en nuestro Führer no puede ser superada. Nuestras tropas eran y son, se lo puedo asegurar, superiores a las de nuestro enemigo bolchevique. Defienden una mejor causa, con una fe más profunda. Ya han demostrado su superioridad de una manera más que convincente en el último invierno. En este invierno participan en una nueva acción defensiva de una violencia inimaginable. Las cargas sobrehumanas y los peligros a los que están expuestos se han considerado, y desde la madre patria se han tomado las debidas decisiones.

No hay nadie que no esté imbuido de esta fanática voluntad de ser digno frente a esta lucha heroica a través de su trabajo y su fe en la victoria. La dirección alemana ha presentado abiertamente la dureza y la gravedad de esta lucha al pueblo y al mundo. No tenemos nada que ocultar. La patria responde con la firme voluntad del compromiso. Todos en casa solo preguntan qué pueden hacer para ayudar a nuestros soldados, para proteger a la nación y para asegurar la victoria. En numerosas cartas de todas las clases de nuestro pueblo, el clamor por el esfuerzo de guerra más total penetra en los oídos de nuestro liderazgo. Nuestras energías están listas para alimentar al gigantesco procedimiento de guerra de nuestra vida civil. Lo que se requiere ahora es que estas energías se movilicen. Si el enemigo pensaba poder disuadirnos con un par de ataques, estaban muy equivocados. Estos ataques fueron y son una señal de alarma para retomar una guerra total, una guerra con la que estamos comprometidos. La gente en Alemania ya no habla de las comodidades pasadas que eran, al menos en un par de cosas una carga para la paz. Nuestro pueblo se sacrifica con alegría para transformar la ya mencionada fuerza en

tanques, armas, municiones y resistencia nacional. Somos más que una comunidad de trabajo y de lucha que presta su apoyo a la guerra y que ahora anhela que el Führer con nuestras nuevas armas pueda dar la orden de ataque a sus tropas. Muchos han hablado hasta ahora solo de la guerra popular, ahora lo haremos como nación. El esfuerzo de guerra total exige renunciar a todos los cómodos hábitos burgueses. Una completa preparación para la acción llena a todo nuestro pueblo. El partido y el Estado liderarán el camino de forma ejemplar en la preparación de la guerra total. Se han tomado y se seguirán adoptando medidas en los próximos días, que en la práctica deberían organizar el despliegue de la guerra total. La situación exige que actuemos rápida y despiadadamente. La historia de nuestro partido Nacional Socialista es la prueba única de que nosotros los Nacional Socialistas podemos reunir las energías necesarias. El partido será siempre importante en los momentos cruciales de la vida nacional y el motor de este magnífico cambio en la vida y el trabajo de nuestra patria. Su vigor revolucionario determinará el ritmo en este proceso. El liderazgo espera de todo el pueblo, no solo que las órdenes y las leyes sean respetadas, también que todos se pongan a disposición de cualquier trabajo que sea necesario para la guerra, ya que es el Führer quien lo pide.

Las leyes de la guerra son naturalmente vinculantes para todos. No se pueden hacer excepciones. Ya sean de clase alta o baja, ricos o pobres, en la lucha por la vida del pueblo alemán nadie es demasiado bueno como para no poner toda su energía y lo que posee a disposición de la patria. Contra los saboteadores de nuestro liderazgo en la guerra hemos tomado duras medidas y las seguiremos tomando en el futuro. Sin embargo merecen que la denuncia pública sea pequeña. Solo necesitamos apelar al fanatismo y la respetabilidad del pueblo alemán y en esto seguimos a toda la nación. El 30 de enero cuando damos un paso ante el mundo, en el décimo aniversario de la revolución y expresamos la determinación de continuar esta lucha con todos los medios necesarios hasta la victoria, el mundo debe saber que detrás de nuestras palabras están nuestras acciones. Nos encontramos en medio de esta dramática decisión en este choque histórico del siglo XX. Nuestros soldados han realizado hazañas increíbles. Todavía tienen que hacer hazañas increíbles. Bajo la inimaginable carga de un segundo invierno en la guerra del este, nuestra heroicas tropas luchan valiente, tenaz y obstinadamente a través de peligros y dificultades sobrehumanas.

La Unión Soviética les lanzan masas de personas y materiales que parecen no tener fin. Tenemos que afirmarnos en esta lucha, si el pueblo alemán no quiere perder su vida. Por otra parte esta gigantesca lucha está expuesta a muchas desventajas y acontecimientos fortuitos. Esto lo sabemos ya que pasamos por ellos durante el tiempo de antes de la toma del poder, aunque a una escala más pequeña. Ciertamente sabemos que si un pueblo de hombres y mujeres están dispuestos a ponerse de pie y luchar por su gran objetivo, al final lo lograrán. Crisis y fluctuaciones van y vienen, pero una nación si lucha con valentía y sin temor, pueden seguir adelante. Hoy nos enfrentamos de nuevo a los mismos enemigos que antes. Utilizan los mismos métodos para burlarse y luchar contra nosotros. Las mismas crisis y temores con las que nos abrumaron, aunque al final un día triunfaremos, al igual que lo hicimos antes. Esta guerra es una guerra de resistencia nacional. Nos ha sido impuesta por nuestros enemigos. Quieren derrotarnos para reducirnos al nivel de un pueblo esclavo. Solo hay un medio para contrarrestarlo, no ser pusilánime, sino resistir con un espíritu de hierro. La lucha tiene que ser y será superada. Al final nosotros creemos firmemente que la victoria nos sonreirá. Este invierno también acabará. El Führer lidera la gigantesca batalla defensiva del este.

Aunque esta se ejecuta en circunstancias extremadamente difíciles, ponemos nuestra firme confianza en su liderazgo y en la validez histórica de nuestros soldados. De la misma manera que frecuentemente hemos logrado superar las cargas más duras, así igualmente tendremos éxito esta vez y de nuevo las palabras del filósofo demostrarán estar bien fundadas: “lo que no te mata, te hace más fuerte”. Ahora el Führer, en esta conmemoración histórica hace una proclamación al pueblo alemán. Desde su sede dirige su llamamiento a la nación. En este memorable momento es para mí un orgullo el ser capaz de leer la proclamación del Führer ante todo el pueblo alemán.

Esta dice lo siguiente:

Desde el gran norte hasta el desierto africano, desde el océano Atlántico hasta las extensiones en el este, desde el mar Egeo hasta Stalingrado, resuena una canción épica que durará miles de años. Que la patria permanezca igual a la de estos últimos años, especialmente este. Las hazañas difíciles han sido muestra de su honor. Aunque hasta ahora han hecho una contribución a la realización de esta lucha en las ciudades y en el campo, hay que aumentar todo el trabajo de la nación. La épica lucha de nuestros soldados en el Volga, debe ser para todos un recordatorio de que hay que hacer todo lo posible en la lucha por la libertad de Alemania y por el futuro de nuestro pueblo, y al mismo tiempo en el sentido más amplio, por la preservación de nuestro continente. El partido Nacional Socialista tiene la obligación, así como sus miembros en todos los brazos de servicio de nuestro ejército de estar los unos con los otros con valentía ejemplar para ser los líderes de la patria. Era la intención de nuestros enemigos amenazar nuestras pacíficas ciudades y pueblos a través de una terrible destrucción. Sin embargo se ha demostrado que han destruido casas y aniquilado a personas, pero no han sido capaces de romper el espíritu, al revés, solo lo han fortalecido.

Lo que al comienzo de esta guerra, lo que muchos hombres y mujeres alemanes desconocían, ahora se ha vuelto evidente para ellos. La lucha que los enemigos nos han impuesto, como en 1914, es una lucha que decidirá la existencia o aniquilación de nuestro pueblo. El Todopoderoso será un juez justo. Sin embargo nuestra misión es cumplir nuestra obligación para que podamos seguir viviendo de acuerdo con la ley de la supervivencia dada por él como creador de todos los mundos, de modo que, sin desanimarnos nunca, no hay que escatimar vida ni trabajo para que nuestro pueblo pueda tener una vida futura. En esta lucha, un día llegará la hora crucial donde nuestro pueblo será liberado de enemigos extranjeros. Desde el sacrificio de los muertos y las ruinas de nuestras ciudades y aldeas florecerá una nueva vida para seguir formando el Estado en el que creemos, por el que luchamos y trabajamos, el Estado alemán de la nación alemana, como la patria misma y eterna de todos los hombres y mujeres de nuestro pueblo. La gran nación alemana Nacional Socialista, sin embargo estará presente en todo momento con la energía necesaria para proteger el futuro de la familia europea de los pueblos contra los peligros del este.

La nación alemana y sus naciones aliadas también tendrán que asegurar esas esferas de influencia que son esenciales para el mantenimiento de su existencia material.

Desde el cuartel general del Führer, a 30 de enero de 1943, firmado: Adolf Hitler.

Esta ha sido la proclamación del Führer. Contiene todo lo que debemos saber en este momento y las órdenes que el pueblo alemán ha estado esperando impacientemente. Aquí están los eslóganes de la lucha y de la fiera resolución que calienta y fortalece nuestros corazones. El pueblo alemán sabe qué hacer. Estar listo para pelear cuando la gente vuelva a su lugar de lucha o trabajo. Como siempre estamos comprometidos con el Führer, especialmente en estos fatídicos momentos. Hace poco tiempo un periodista inglés preguntó de dónde los Nacional Socialistas sacábamos la energía una y otra vez para creer el la certeza de la victoria de una manera tan fuerte e inamovible durante todos los altibajos de la guerra. Daré al entrevistador nuestra respuesta Nacional Socialista: nosotros los Nacional Socialistas creemos en la victoria porque conocemos al pueblo del cual venimos. Creemos en la victoria porque estamos convencidos de que este pueblo será capaz de superar cualquier peligro y cualquier carga con el liderazgo político correcto.

Creemos en la victoria porque sabemos de la inagotable ayuda material, emocional y de las reservas de este pueblo que nosotros mismos hemos despertado, construido y organizado. Creemos en la victoria porque nuestros enemigos no nos son desconocidos, porque sabemos con certeza cuales son sus amenazas y lo que en realidad pretenden. Creemos en la victoria porque ya nos hemos enfrentado a estos enemigos. En esos momentos a veces teníamos la impresión de que nuestra causa estaba perdida, pero al final veíamos que éramos más fuertes de lo que creíamos cuando usábamos nuestra energía y teníamos una confiada lealtad en el Führer. Creemos en la victoria, especialmente porque la nación alemana esta vez sabe de que va esta guerra. Esta prueba endurece a la nación, su carácter político y militar en contra de todas las

insinuaciones y tentaciones enemigas, estas no alcanzan su corazón de hierro. Estamos decididos a ser duros, a trabajar y a luchar con determinación hasta que la victoria esté en nuestras manos. ¿Todavía es necesario que los alemanes y sobre todo entre los Nacional Socialistas demos la última y más convincente razón de nuestra inquebrantable fe en la victoria?. Creemos en la victoria porque tenemos al Führer. Ha liderado a los Nacional Socialistas desde 1919 hasta este momento. ¿Cuántos peligros hemos pasado y aún así al final salimos victoriosos al final de todos los golpes que recibimos en la lucha por una nueva Alemania?, y también, ¿cuántos golpes hemos devuelto?. La orgullosa cadena de nuestros históricos éxitos desde 1919 hasta este momento es una evidencia convincente de la profunda legitimidad de nuestra fe inquebrantable en la victoria del pueblo alemán y sus aliados sobre la tiranía de la plutocracia internacional y de las desnudas amenazas del bolchevismo judío. Cuando miramos al Führer vemos en él la garantía segura de la victoria final. ¿Qué importancia tienen para su fenómeno histórico las aventuras políticas de Churchill, Roosevelt o Stalin?. Sabemos con certeza que el choque decisivo de esta guerra en el mundo tendrá lugar entre nuestra nación Nacional Socialista y la Unión Soviética bolchevique.

También fue así en la lucha por el poder. Hemos tenido que luchar contra el comunismo hasta el día de la toma del poder, sí, hace ya mucho tiempo. Fue una lucha enorme, pero luego llegó la hora de la ardiente felicidad esperada, donde la diosa de la historia nos entregó los laureles de la victoria por todos nuestros esfuerzos, por todo el valor demostrado y los peligros superados. Quién sabe cuándo y donde nos llamará la última misión en esta guerra. Cuanto más creemos en su victorioso resultado y cuanto más fanáticamente luchamos y trabajamos, más al alcance de la mano estará. Nacional Socialistas. En este día nos reunimos alrededor de nuestro Führer con una confianza total. Ante todo, su vieja guardia de pelea le presenta hoy con el corazón emocionado los sentimientos más profundos de admiración, su ciega confianza y también su enérgica e indeleble gratitud. Él nos ha conducido a través de los peligros de esta tempestuosa época llena de acontecimientos. Ha elevado a la nación a un gran poder, esta estaría aplastada en el suelo si no hubiera venido a llevarnos en volandas. Con él hoy, caminando delante de nosotros vemos claramente el camino de la victoria. Así que queremos pedirle al Todopoderoso un solo favor en el décimo aniversario de nuestra revolución, en esta dramática hora de nuestra gigantesca lucha contra nuestros viejos enemigos, en memoria de nuestro levantamiento nacional pedimos que mantenga al Führer sano, lleno de energía y que tenga firmeza.

Sabemos que en el pasado superamos todos los peligros y que finalmente se logró la victoria y la paz. La fe mueve montañas. Esta fe tiene que llenarnos a todos. Esta nos impulsa a trabajar y a luchar por nuestro pueblo y nación. En el lugar en el que estoy de pie ahora, el Führer habló a los alemanes, habló a su vieja guardia en difíciles y complicados momentos, sus discursos nos han acompañado hasta ahora fielmente todos estos años. Hoy en día siguen siendo válidos como exhortación sobre nosotros y nuestros seguidores. Una vez más ha llegado un tiempo de carga y de mayor compromiso para la nación. Más que nunca es necesario dirigir la mirada de la nación hacia el hombre que es para nosotros la personificación de nuestra fanática determinación, de nuestra lucha inquebrantable y de nuestra confianza. Así que hablo al Führer en nombre de todo el pueblo alemán en el décimo aniversario del levantamiento nacional a través de nuestra revolución por la lucha más difícil por nuestra libertad internacional, nuestros viejo eslogan como confirmación de que estamos preparados: EL FÜHRER NOS LIDERA, NOSOTROS LE SEGUIMOS.

Nos levantamos de nuestros asientos. Con nosotros todo el pueblo alemán, y en profundo respeto a sus héroes saluda al Führer en este momento de fanática lucha con nuestro viejo saludo:

Adolf Hitler, Sieg Heil, Sieg Heil, Sieg Heil.

Joseph Goebbels - discurso en el Sporpalast, Berlín.
Guerra Total.

18 de febrero de 1943

Este discurso lo podrá encontrar con audio aquí:
https://archive.org/details/JosephGoebbelsDiscursoGUERRATOTALCompleto

Compatriotas y camaradas del partido.

Hace apenas tres semanas estuve en este lugar por última vez, para hablarles a ustedes y al pueblo alemán con ocasión de la lectura de la proclamación del Führer en el décimo aniversario de la toma del poder. La crisis, en la que se encuentra actualmente el frente del este, estaba entonces en su punto álgido. El 30 de enero, nos reunimos, marcados por la gran tragedia en que la batalleante nación se encontraba alrededor del Volga, para hacer una demostración de unidad, de solidaridad, pero también de firme fuerza de voluntad para superar las dificultades que esta guerra ha acumulado en sus más de tres años. Fue para mí, y seguro que para todos ustedes también, una experiencia conmovedora enterarnos, días más tarde, que los últimos heroicos luchadores en Stalingrado, unidos a nosotros a través de las ondas de radio, habían tomado parte en nuestro mitin inspirador en el palacio de los deportes. En su último comunicado nos dijeron por radio que habían oído la proclamación del Führer, y quizás, por última vez en sus vidas, entonaron, junto a todos nosotros, el himno nacional, brazo en alto. ¡Qué gran ejemplo los soldados alemanes han creado en esta gran era!, ¡qué gran obligación nos pone a todos, especialmente a toda la patria alemana! Stalingrado fue y es el gran grito de alarma del destino a la nación alemana. Un pueblo que posee la fuerza para soportar y sobreponerse a tal desgracia, y aún para derivar de ella una fuerza supletoria, es invencible.

El recuerdo a los héroes de Stalingrado debe hoy también ser obligatorio, para mí y para nosotros, en mi discurso ante ustedes y el pueblo alemán. No sé cuantos millones de personas, unidas a través de las ondas, en casa y en el frente, están participando en este mitin y me escuchan esta noche. Os hablo al corazón desde lo más profundo del mío. Creo que al pueblo alemán le interesa con pasión lo que tengo que decir esta noche. Ello me obliga a que tengan mis palabras la solemne gravedad de la franqueza que impone la presente hora. El pueblo alemán criado, educado y disciplinado por el Nacional Socialismo, puede soportar toda la verdad. Conoce la gravedad de la situación en que el Reich se encuentra, y sus líderes pueden por tanto requerir, por la gravedad de la situación, las duras medidas necesarias, sí, incluso las más duras. Nosotros los alemanes estamos inmunizados contra la debilidad y el abatimiento, y así, las adversidades de la guerra sólo contribuirán a incrementar nuestra fuerza y resolución, y a darnos una actividad combativa que nos permita superar todas las dificultades y obstáculos con ímpetu revolucionario.

No es el momento de preguntarse cómo han sucedido los últimos desgraciados acontecimientos en el este. Esto queda reservado a una futura rendición de cuentas, que tendrá lugar públicamente ante la nación alemana, y mostrará al pueblo alemán y al mundo entero que la desgracia que nos ha ocurrido, en las últimas semanas, posee su profundo y fatal significado. Los heroicos sacrificios de nuestros soldados en Stalingrado han tenido una importancia histórica inmensa para el frente del este. Estos sacrificios no fueron en vano. El futuro demostrará el

porqué. Si dirijo la mirada del pasado más inmediato hacia adelante, lo hago con toda intención. La hora apremia y no permite más tiempo para debates infructuosos. Debemos actuar, inmediatamente, profundamente y con decisión, como ha sido, de siempre, la manera Nacional Socialista. Desde el principio el movimiento ha actuado de ese modo en las muchas crisis a las que tuvo que enfrentarse y superar. Y también, el Estado Nacional Socialista, cuando se le apareció un peligro, se lanzó con resolución y fuerza de voluntad. No somos como el avestruz que esconde la cabeza en la arena para no ver el peligro. Somos lo suficientemente valientes como para mirar al peligro a los ojos, como para calibrarlo tranquila e implacablemente, y luego, enfrentarnos a él con la cabeza alta, y decisión firme. Tanto como movimiento, como nación, siempre hemos desarrollado nuestras mayores virtudes, a saber, una voluntad fiera y decidida para vencer y eliminar el peligro, una fortaleza de carácter que supera todos los obstáculos, terca tenacidad en la persecución de nuestros conocidos objetivos, y un corazón férreo inmunizado contra todas las batallas internas y externas. Así debe ser hoy.

Tengo la misión de ofreceros una imagen sin tapujos de la situación, y de deducir de ella las duras consecuencias para la actuación de los dirigentes alemanes, pero también para la actuación del pueblo alemán. Sufrimos en estos momentos en el este una dura prueba militar. El problema es en este momento muy grande, similar pero no idéntico en muchas aspectos al del pasado invierno. Más tarde hablaremos de las causas. Hoy, no nos queda otra que estudiar la situación, y revisar y aplicar los medios para superarla. No tiene sentido dudar de la seriedad de la situación. Me niego a daros una impresión falsa de la situación que pudiera llevar a falsas conclusiones, e incluso a dar al pueblo alemán una falsa sensación de seguridad que es del todo impropia de la situación presente. El asalto de la estepa contra nuestro venerable continente ha sido desencadenado, este invierno, con una dureza que excede de cuanto puede representarse la imaginación humana e histórica. El ejército alemán con sus aliados constituye el único valladar capaz de contenerlo. En su proclamación del 30 de enero el Führer planteó con palabra grave, la pregunta de: ¿cuál sería la suerte de Alemania y de Europa si, el 30 de enero de 1933, en lugar del movimiento Nacional Socialista, un régimen burgués o democrático hubiese tomado el poder?. ¿Qué peligros habrían seguido, más deprisa de lo que incluso podríamos entonces haber sospechado?, y ¿qué defensas habríamos tenido para enfrentarnos con ellos?. Diez años de Nacional Socialismo han sido suficientes para dejar claro al pueblo alemán la seriedad del peligro planteado por el bolchevismo desde el este.

Ahora uno puede entender porqué hablábamos tan a menudo de la lucha contra el bolchevismo en nuestros mítines del partido en Núremberg. Alzamos nuestra voz para avisar al pueblo alemán y al mundo, esperando despertar a occidente de la parálisis de voluntad y espíritu en la que había caído. Intentamos abrir sus ojos ante el peligro terrible del bolchevismo del este, que había sometido a una nación de casi 200 millones de habitantes al terror de los judíos, y que estaba preparando un ataque ofensivo contra Europa. Cuando el 22 de junio el Führer ordenó al ejército alemán atacar en el este, los Nacional Socialistas teníamos claro que con ello empezaba la batalla decisiva de esta guerra mundial. Sabíamos que peligros y dificultades nos traería consigo. Sin embargo, nos constaba que los peligros y dificultades crecen con la espera, nunca podrían disminuir. Faltaban dos minutos para la medianoche. Esperar más hubiera conducido al aniquilamiento del Reich y a la bolchevización de Europa entera. Sin embargo, es comprensible que, dados los procedimientos de engaño y cautela habituales del régimen bolchevique, no apreciáramos exactamente entonces el potencial bélico de la Unión Soviética, que ahora se nos revela en sus proporciones reales.

La lucha que nuestros soldados llevan a cabo en el este rebasa, por su dureza, dificultades y peligros, toda representación posible. Ello exige que apelemos a toda nuestra potencia nacional. Existe una amenaza para el Reich y para todo el continente europeo, que relega a la penumbra cuantos peligros se cernieron jamás sobre occidente. Si falláramos en esta lucha, dejaríamos escapar nuestra misión histórica. Todo cuanto hicimos y creamos hasta el presente, palidece ante la misión gigantesca que ahora tienen ante sí el ejército alemán, de manera directa, y el pueblo alemán, de manera indirecta. Me dirijo en primer término a la opinión mundial, y proclamo frente a ella tres tesis de nuestra lucha contra el peligro comunista. La primera de estas tres tesis es: si el ejército alemán no estuviera en situación de conjurar el peligro que amenaza desde el este, el Reich, y con él, en breve tiempo, toda Europa, serían presa del bolchevismo. La segunda de estas tres tesis es: el ejército y el pueblo alemán, ayudados por sus aliados, constituyen la única fuerza capaz de salvar a Europa de esta amenaza.

La tercera de estas tres tesis es: el peligro acecha, es preciso obrar rápidamente y a fondo, sino será demasiado tarde. Tengo que abordar detalladamente la primera tesis. El bolchevismo siempre ha proclamado abiertamente su propósito de llevar la revolución, no solamente a Europa, sino al mundo entero, y de precipitar a éste en el caos bolchevique. Desde la fundación de la Unión Soviética, este objetivo ha sido defendido ideológicamente, y prácticamente propugnado por el Kremlin. Es natural que Stalin y sus secuaces, conforme crean acercarse más a la realización de sus propósitos, más empeño pongan en ocultarlos y disimularlos. Eso no nos puede inducir a error a nosotros, los Nacional Socialistas. No pertenecemos a aquellos espíritus timoratos y pusilánimes que, cual conejos hipnotizados, permanecen mirando inmóviles a la serpiente hasta que son devorados por ésta. Queremos reconocer oportunamente el peligro, y hacerle frente, también oportunamente, con los medios adecuados. Conocemos bien no sólo la ideología bolchevique, sino también sus métodos, pues tuvimos gran éxito contra ellos en nuestras luchas domésticas. El Kremlin no puede engañarnos.

Tuvimos catorce años antes de nuestra toma del poder, y diez años después de la toma del poder, para desenmascarar sus intenciones y sus viles engaños. El objetivo del bolchevismo es la revolución judía en el mundo. Quiere traer caos al Reich y a Europa, valiéndose de la resultante desesperanza y desesperación de los pueblos para establecer una tiranía capitalista e internacional en la que se esconde el bolchevismo. No hace falta que explique más lo que eso significaría para el pueblo alemán. Con la bolchevización del Reich vendría la liquidación de nuestra intelectualidad y gobernantes, y la caída de nuestros trabajadores en la esclavitud bolchevique-judía. Ese es su objetivo. En Moscú, buscan trabajadores para los batallones de trabajo forzado en la tundra siberiana, como el Führer dijo en su proclamación del 30 de enero. La revuelta de las estepas se está preparando en el frente, y la tormenta del este que rompe contra nuestras líneas diariamente con cada vez más fuerza, no es otra cosa que una repetición de la devastación histórica que tan a menudo en el pasado ha puesto en peligro nuestro continente.

Esto es una amenaza directa no sólo a nuestra existencia, sino también a cada una de las potencias europeas. Nadie debe creer que el bolchevismo, si resultara victorioso, pararía en las fronteras del Reich, por un tratado sobre papel. Realiza una política de agresión, y una guerra de agresión que pretende la bolchevización de todas las naciones y de todos los pueblos. Ante tales intenciones que no se pueden negar, las declaraciones sobre el papel, hechas por el Kremlin, o en forma de garantías dadas por Londres o Washington contra estos propósitos soviéticos, irrevocables, no nos impresionan. Sabemos que en el este tenemos que luchar contra una potencia demoníaca e infernal que no reconoce ni respeta las relaciones habituales entre los Estados y entre los hombres. Cuando por ejemplo, Lord Beaverbrook declara que Europa debía poner la dirección del continente en manos de los soviets, o cuando el periodista Brown, un judío norteamericano, afirma cínicamente que la bolchevización de Europa significaría la solución de nuestros problemas continentales, sabemos muy bien lo que los judíos quieren decir con esto. Las potencias europeas se encuentran ante una cuestión vital y decisiva. Occidente está en peligro. El que gobiernos y determinados sectores intelectuales de algunos pueblos europeos lo vean o no así, es secundario.

Más el pueblo alemán no está dispuesto en ningún caso a abandonarse a este peligro, ni aún a título de ensayo. Detrás de las arrolladoras divisiones soviéticas están los pelotones de ejecución judíos, y con ellos, el terror, el espectro del hambre para millones de seres y la anarquía más absoluta. En esto se demuestra otra vez que la judería internacional es el fermento de descomposición demoniaco que encuentra una cínica satisfacción en sumir al mundo en el caos más absoluto y en destruir culturas milenarias en cuya construcción no jugó ningún papel. Por ello conocemos ante qué misión histórica nos encontramos. Toda la obra constructiva realizada por la humanidad occidental durante dos milenios, está en peligro. Este peligro nunca es tan grande como uno cree. Pero es curioso que cuando uno lo cuenta como es, la judería internacional protesta a viva voz en todo el mundo. Las cosas han llegado a tal punto en Europa, que uno no puede decir que un peligro es un peligro cuando es causado por los judíos. Eso no nos impide, a los Nacional Socialistas, sacar las conclusiones necesarias. Nunca hemos tenido miedo a los judíos, y hoy menos que nunca. Eso es lo que hicimos en nuestras anteriores batallas domésticas, cuando la judería comunista se valía de la judería democrática del Berliner Tagesblatt y del Vossische Zeitung para minimizar y restar importancia a un peligro en aumento, para, de esta manera, conducir a una falsa sensación de seguridad a la parte de la población amenazada por ellos, y adormecer su capacidad de resistir. Si el peligro no se supera, vemos surgir el

espectro del hambre, la miseria, y el trabajo forzado para el pueblo alemán; vemos derrumbarse nuestro venerable continente, y vemos, bajo sus ruinas, enterrarse la herencia histórica de occidente. Ese es el problema ante el que nos encontramos. Mi segunda tesis anuncia: sólo el Reich alemán con sus aliados están en situación de resistir este peligro que acabo de describir. Los Estados europeos, incluida Inglaterra, afirman ser lo suficientemente fuertes para poder hacer frente, a tiempo y con la eficacia necesaria, a la bolchevización del continente europeo, caso de que ésta llegara a tener efectividad. Tal afirmación es perfectamente infantil, y no merece ni ser refutada. Si la potencia militar más fuerte del mundo, el Reich alemán, no pudiera quebrar la amenaza del bolchevismo, ¿quién iba a poder hacerlo?. Las naciones europeas neutrales no tienen ni el potencial, ni los medios militares, ni la fuerza espiritual de sus pueblos como para ofrecer la más mínima resistencia al bolchevismo. Las divisiones autómatas del bolchevismo los arrollarían en pocos días.

En las capitales de los Estados europeos medianos y pequeños, se consuelan con la idea de que uno debe estar intelectualmente armado contra el peligro bolchevique. Eso nos recuerda, con tristeza, las declaraciones de los partidos burgueses de 1932 que creían que podrían luchar y ganar la batalla contra el comunismo con armas intelectuales. Esa afirmación nos era entonces demasiado estúpida para que valiera la pena refutarla. El bolchevismo oriental no es sólo una doctrina teórica, sino además, una práctica terrorista. Persigue sus propósitos y objetivos con tenacidad demoníaca, hasta agotar todo su potencial interno, y sin consideración alguna a la paz, bienestar y felicidad de los pueblos que somete a su yugo. ¿Qué harían Inglaterra y Norteamérica si el continente europeo cayera, para su desgracia, en los brazos del bolchevismo?. ¿Convencerá Londres acaso al bolchevismo para que se detenga en el Canal de la Mancha?. Ya dije una vez que el bolchevismo tiene distribuidas sus legiones extranjeras, representadas por los respectivos grupos comunistas, por todos los Estados democráticos, ninguno de estos Estados puede afirmar que está inmunizado contra una bolchevización procedente del interior. En una reciente elección parcial para la Casa de los Comunes, el candidato independiente, es decir, comunista, obtuvo 10.741 de los 22.371 votos emitidos.

Esto fue en un distrito que anteriormente fue un baluarte conservador, esto quiere decir que los partidos de la derecha perdieron, en esta sola elección, en poco tiempo, 10.000 votantes, casi la mitad, en favor de los comunistas. Esto es prueba de que el peligro bolchevique existe en Inglaterra también, y de que no desaparecerá simplemente porque se le ignore. Todos los compromisos y obligaciones territoriales que la Unión Soviética suscriba carecen a nuestros ojos de valor efectivo. El bolchevismo no sólo pretende trazar sus fronteras militarmente, sino también ideológicamente, y en ello justamente reside su peligro, un peligro que se salta las fronteras de los pueblos. El mundo ya no puede elegir entre volver a su antigua fragmentación o aceptar un nuevo orden para Europa bajo el liderazgo del eje. La única elección ahora es entre vivir bajo la protección del eje o en una Europa bolchevique. Estoy firmemente convencido de que los lores y arzobispos que se lamentan en Londres, no tienen la intención de oponerse prácticamente al peligro bolchevique que existiría para Europa en el caso de un mayor avance de los ejércitos soviéticos. El judaísmo ha penetrado tan profundamente en el terreno espiritual y político de los anglosajones, que ya no son capaces de percibir claramente el peligro bolchevique que sobre ellos se cierne.

De la misma manera que se oculta como bolchevismo en la Unión Soviética, se oculta como capitalismo plutocrático en los Estados anglosajones. La raza judía es una experta en los métodos de la mímica. Lo sabemos por nuestra experiencia. Desde siempre operan adormeciendo a sus pueblos huéspedes, para de esta manera paralizar su capacidad de defenderse contra las amenazas mortales y graves que surgen de ellos. Nuestra comprensión de esta cuestión nos hizo ver pronto que la cooperación entre la plutocracia internacional y el bolchevismo internacional no era la contradicción que aparenta a primera vista, sino que tiene un profundo y común sentido. Sobre nuestra patria se dan la mano el pseudo-civilizado judaísmo occidental y el que puebla los guetos del este europeo. Europa está en peligro de muerte, aunque los ingleses no quieran admitirlo. No me vanaglorio, con esta exposición, de poder alarmar a la opinión pública de los países neutrales o enemigos. Esto no es mi intención ni mi propósito, porque me dirijo al pueblo alemán, no al mundo entero. Sé que la prensa inglesa mañana me atacará con gran estrépito con la excusa de que, dados nuestros problemas en el frente del este, he realizado los primeros sondeos con vistas a la paz. De eso ni hablar. En Alemania, hoy nadie piensa en un compromiso cobarde, el pueblo entero sólo piensa en librar una guerra. Sin

embargo, como portavoz responsable de la nación líder de este continente, me permito el derecho de llamar a un peligro por su nombre, cuando amenaza no sólo a nuestra propia nación, sino a nuestro continente entero. Como Nacional Socialistas, tenemos la obligación de hacer sonar la alarma contra el intento de la judería internacional de sumir en el caos al continente europeo y que se ha creado en el bolchevismo una potencia militar terrorista cuyo exacto peligro no se puede calcular. La tercera tesis, que quiero explicar en detalle, es que el peligro es inmediato. La parálisis de las democracias europeas occidentales ante su más mortal enemigo es aterrador. La judería internacional lo alienta con todas sus fuerzas. De la misma manera que los periódicos judíos intentaron esconder la resistencia contra el comunismo en nuestra lucha por el poder en Alemania, hasta que el Nacional Socialismo despertó a la gente, lo mismo ocurre hoy en otras naciones.

La judería una vez más se revela como la encarnación del mal, como el demonio creador de la ruina, y como el portador de un caos internacional destructor de las culturas. Sólo por mencionarlo, en este contexto, uno podrá entender también nuestras consistentes políticas hacia los judíos, incluso cuando los judíos pueden aún hacer intervenir a su vieja guardia de seguidores en Berlín. Vemos en la judería una amenaza directa a todas las naciones. Como otras naciones se protegen contra este peligro nos da igual. Como nosotros nos protegemos contra ello es nuestro asunto, y no toleraremos protestas de nadie. El judaísmo tiene una apariencia infecciosa que es contagiosa. Si en el extranjero enemigo se protesta hipócritamente contra nuestra política anti-judía, y se vierten enormes lágrimas de cocodrilo por nuestras medidas contra el judaísmo, esto no puede impedirnos hacer lo que es necesario. Alemania, en cualquier caso, no tiene intención de someterse a este peligro judío, sino más bien combatirlo en el momento adecuado, y si es necesario, con las medidas más totales y radicales.

En el centro de todas estas reflexiones está el reto militar para el Reich en el este. La guerra de los autómatas mecánicos contra Alemania y Europa ha alcanzado su punto álgido. El pueblo alemán junto con sus aliados del eje cumple una misión en el más puro sentido de la palabra, cuando se enfrenta con las armas a este inmediato y grave peligro para sus vidas. No cejaremos en esta valiente y justa continuación de esta gigante batalla contra esta peste mundial, a pesar del clamor de la judería internacional en todo el mundo. Puede y debe sólo acabar en victoria. La batalla de Stalingrado se convirtió en su trágico desarrollo en un símbolo de esta resistencia heroica y varonil contra la revolución de la estepa. Tuvo, por ello, para el pueblo alemán un significado no sólo militar sino también espiritual de efectos extraordinarios. Aquí, por primera vez, nuestros ojos se han abierto completamente a la verdadera problemática que surge de esta guerra. No queremos oír más de falsas esperanzas e ilusiones. Queremos enfrentarnos a los hechos de frente, por duros y crueles que éstos sean. Porque la historia de nuestro partido y de nuestro Estado ha demostrado que un peligro reconocido es un peligro medio vencido. Nuestras duras batallas futuras en el frente del este estarán marcadas por esta resistencia heroica. Requieren esfuerzos hasta ahora nunca conocidos por nuestros soldados y por nuestras armas en todas las campañas militares anteriores.

En el este ruge una guerra sin clemencia que el Führer caracterizó con exactitud al declarar que de ella no saldrán vencedores y vencidos, sino solamente supervivientes y muertos. El pueblo alemán se ha dado cuenta exacta de ello. Con su sano instinto ha abierto a su manera un camino a través del bosque de cotidianas dificultades intelectuales y espirituales. Hoy sabemos que la guerra relámpago de Polonia y toda la campaña del oeste no tienen sino un valor secundario en relación con la empresa que hemos de superar en nuestro frente oriental. Aquí, la nación alemana lucha por cuanto posee. Hemos llegado a reconocer en esta batalla que el pueblo alemán aquí tiene que defender sus bienes más sagrados, sus familias, sus mujeres y sus hijos, la belleza y pureza de sus paisajes, sus ciudades y sus pueblos, y la herencia dos veces milenaria de su cultura, en fin, todo lo que hace que la vida merezca la pena. Para todos estos tesoros de nuestro rico folclore, no tiene el bolchevismo la menor comprensión, y tampoco tendría la menor consideración si se apropiase de ellos. No lo tiene ni siquiera hacia su propio pueblo. La Unión Soviética durante los últimos veinticinco años ha aumentado el potencial militar bolchevique hasta un nivel que no nos podíamos imaginar y que, por lo tanto, evaluamos incorrectamente. La judería terrorista ha puesto a su servicio a 200 millones de personas en Rusia, mezclando sus cínicos métodos y prácticas con la dureza inquebrantable del pueblo ruso, lo cual supone un peligro aún más grande para la civilización europea. En el este un pueblo entero es obligado a guerrear. Hombres, mujeres e incluso niños son empleados a la fuerza no sólo en las empresas

de armamentos, sino en la propia guerra. Nos enfrentamos a 200 millones que viven, o bien bajo el terror de la G.P.U., o bien cautivos de una cosmovisión diabólica, con una estupidez absoluta. Las masas de tanques que nuestro frente del este se encontró este invierno, son el resultado de veinticinco años de desgracia social y de miseria del pueblo bolchevique. Contra ellas debemos utilizar contramedidas apropiadas, si no queremos darnos por vencidos. Tengo la firme convicción de que, a la larga, sólo podemos vencer al peligro bolchevique si nos enfrentamos a él, aunque no con los mismos métodos, sí con métodos equivalentes. La nación alemana se enfrenta a la mayor exigencia de la guerra, concretamente, encontrar la determinación para jugárselo todo, para proteger todo lo que tiene, y para obtener todo lo que necesitará en el futuro.

Ya no puede tratarse de mantener un alto nivel de vida a costa de debilitar nuestra capacidad defensiva en el este, ahora se trata de incrementar ésta a costa de un alto nivel de vida que ya no estaría en armonía con el momento. Esto no significa que estemos imitando métodos bolcheviques. Usamos métodos diferentes antes en nuestra lucha contra el partido comunista que las que usamos contra los partidos de las clases medias. Nos enfrentábamos a un oponente al que había que tratar de manera diferente. Se valió del terror para luchar contra el movimiento Nacional Socialista. El terror se contrarresta no con argumentos intelectuales, sino más bien sólo con contra-terror. La amenaza intelectual del bolchevismo es bien conocida. En el extranjero no lo niegan. Pero nosotros y Europa nos enfrentamos ahora a una amenaza militar directa que va más allá de la amenaza intelectual. Responder a ella con sólo argumentos intelectuales haría probablemente reír a los gobernantes en el Kremlin. No somos tan estúpidos o cortos de miras como para incluso intentar luchar contra el bolchevismo con métodos tan inadecuados. Tampoco estamos dispuestos, como dice el proverbio, a elegir a nuestro propio carnicero. Estamos decididos a defender nuestras vidas con toda nuestras fuerzas, sin importarnos si el resto del mundo ve la necesidad de esta batalla o no.

La guerra total es, por lo tanto, la orden de la hora presente. Hay que poner punto final a la mojigatería burguesa que en esta batalla de nuestro destino quiere vivir según la frase: “lávame la piel, pero no me mojes”. El peligro al que nos enfrentamos es enorme. Enormes deben ser también los esfuerzos con que le hacemos frente. Ha llegado, por lo tanto, el momento de quitarse los guantes de seda. Ahora debemos vendarnos los puños. Ya no se trata de utilizar el rico potencial de guerra en casa y en partes importantes de Europa que están a nuestra disposición de manera parcial y superficial. Debemos emplear todas nuestras reservas, tan rápidamente e intensamente cómo sea posible en cuanto a la organización y a la práctica. Las consideraciones innecesarias no vienen a cuento aquí. El porvenir de Europa depende de nuestra lucha en el este. Estamos dispuestos a defenderla. La nación alemana ofrece su sangre preciosa en esta lucha. El resto de Europa debería ofrecer por los menos su trabajo.

Son muchas las voces serias en otros países que ya ven esta obligación imperativa. Otros todavía la niegan. Sin embargo, para nosotros eso no decide nada. Si el peligro existiera para ellos solos, uno podría juzgar sus omisiones como una absurdez literaria que no tiene ningún sentido. Pero el peligro existe para todos nosotros, por ello, debemos defendernos contra ello. Quien hoy en el resto de Europa no comprenda todavía el significado de esta lucha, mañana nos agradecerá de rodillas que la hayamos tomado con valor y firmeza. No nos importa que ahora diga el enemigo que las medidas que tomamos para organizar la guerra total son semejantes a las adoptadas por los bolcheviques. Afirman hipócritamente que esto significa que no hay necesidad de luchar contra el bolchevismo, pues nosotros mismos somos bolcheviques. No interesan ahora los métodos que hayan de emplearse para derrotar al bolchevismo, sino solamente el objetivo, esto es, la eliminación del peligro.

No se trata de si los métodos que usamos son buenos o malos, sino de si tienen éxito. En todo caso, como dirigentes Nacional Socialistas del pueblo, estamos dispuestos a todo. Actuamos sin consideraciones a protestas de este o aquél. No estamos dispuestos a debilitar el potencial de guerra de Alemania mediante medidas que mantienen un alto nivel de vida para cierta clase social, casi como en la paz, poniendo en peligro de esta manera nuestros esfuerzos para la guerra. Al contrario, renunciamos voluntariamente a una parte importante de ese nivel de vida, con el objeto de incrementar nuestro esfuerzo para la guerra tan rápidamente y tan intensamente como sea posible. Esto no es un fin en sí mismo, sino un medio para alcanzar un objetivo. Todavía mayor será el nivel de vida de nuestro pueblo tras la victoria. No necesitamos por ello imitar los métodos bolcheviques, porque poseemos un pueblo y dirigentes mejores, y con ello

una gran ventaja. Pero como se ha demostrado, debemos hacer mucho más de lo que hasta ahora hemos hecho, para dar un giro decisivo a la guerra en el este a nuestro favor.
Por cierto, como innumerables cartas de la patria y comunicados del frente han mostrado, en todo el pueblo alemán impera una sola opinión. Todo alemán sabe que si esta guerra se perdiera, nos aniquilarían. Por ello, el pueblo con sus gobernantes están dispuestos, ahora más que nunca, a tomar las medidas más radicales.

La amplia masa de los trabajadores de nuestro pueblo no recriminan al gobierno que es demasiado desconsiderado, sino, si acaso, que es demasiado considerado. Preguntad a cualquiera en Alemania, y os dirá: “Lo más radical no es suficientemente radical, y lo más total no es suficientemente total para ganar la guerra”. Por ello, la conducción de la guerra total es un asunto de todo el pueblo alemán. Nadie tiene ningún derecho a ignorar sus demandas. Cuando proclamé la guerra total desde este lugar el 30 de enero, fui recibido con un huracán de aprobación desde el público reunido a mi alrededor. Puedo constatar que las medidas de nuestros gobernantes están en concordancia perfecta con todo el pueblo alemán en la patria y en el frente. El pueblo está dispuesto a cargar con las cargas más pesadas, y está dispuesto a hacer cualquier sacrificio, si con ello, se sirve al gran objetivo de la victoria. El supuesto necesario para llevar a cabo la guerra total es, naturalmente, que las cargas y dificultades de la misma se distribuyan equitativamente. No se debe tolerar que todo el peso de la guerra gravite sobre la mayor parte del pueblo, mientras un reducido sector procura eludir las cargas y responsabilidades del pueblo. Por eso, las medidas que hemos adoptado y las que en lo sucesivo adoptaremos estarán impregnadas del espíritu de justicia Nacional Socialista. No tenemos en consideración ni la clase social ni la profesión. Pobre y rico, superior o inferior deben compartir las cargas por igual.

Todo el mundo debe cumplir con su obligación ante la nación en esta hora tan crítica de nuestro destino, si es necesario de manera obligada. Sabemos que al tomar aquellas medidas interpretamos la voluntad unánime de la nación. Preferimos emplear demasiada energía antes que poca para la obtención de la victoria. Nunca jamás en la historia de los pueblos se perdió una guerra porque los gobernantes tenían demasiados soldados y armas. Muchas, sin embargo, se perdieron porque ocurrió lo contrario. Ya he dicho en público que la tarea crítica del momento es ofrecer al Führer, a través de las medidas que tomamos en casa, reservas operativas que necesitará, para las tan deseadas ofensivas de la próxima primavera y el próximo verano. Cuanto más demos al Führer, más mortal será el golpe. Ya no es apropiado soñar con la paz. El pueblo alemán sólo debe pensar en la guerra. Esto no prolongará la guerra, sino que más bien, la acortará: la guerra más total y más radical es también la más corta. Es necesario que en el este recobremos la iniciativa y para ello es indispensable que movilicemos las fuerzas precisas, existentes aún en grandes proporciones en el país.

Debemos movilizarlas, y no sólo de una manera organizada y burocrática, sino que debemos también improvisar. Seguir los canales burocráticos lleva mucho tiempo. Pero la hora apremia y la rapidez es un imperativo. En la temprana lucha del movimiento Nacional Socialista contra el Estado democrático no siempre seguimos un plan exacto. A menudo vivíamos al día, siguiendo una estrategia política de improvisación. Una vez más debe ser así. Es hora de poner a trabajar a los perezosos. Hay que sacarlos de su cómoda tranquilidad. No podemos esperar a que se den cuentan ellos mismos, y que quizás sea entonces demasiado tarde. Tiene que ser como si una alarma sonara por toda la nación. Millones de brazos deben ponerse a trabajar a lo largo de la nación. Las medidas que hemos tomado, y las que están todavía por tomarse, y de las que hablaré más adelante en este discurso, son críticas para toda nuestra vida pública y privada. Los sacrificios que el ciudadano de a pie tiene que hacer son pesados a veces, pero son pocos comparados con los sacrificios que él tendría que hacer si se negara a ello, y con ello se abatiera sobre nuestro pueblo la mayor desgracia nacional. Es mejor hacer un corte a tiempo, que esperar a dejar que la enfermedad arraigue. Uno no debe quejarse al cirujano que hace el corte, o denunciarlo por lesiones físicas. Él no corta para matar, sino para salvar la vida del paciente. De nuevo tengo que acentuar aquí que, cuanto más grandes son los sacrificios que el pueblo alemán tiene que hacer, tanto más urgente debe ser la exigencia de que sean repartidos de manera justa. El pueblo quiere eso también. Nadie se opone a las cargas más pesadas de la guerra. Pero, debe molestar a la gente cuando algunos siempre intentan escaquearse. El gobierno Nacional Socialista tiene la obligación moral, pero también política, de oponerse firmemente a tales tentativas, y si hace falta, con castigos draconianos. La indulgencia aquí está fuera de lugar, y

llevaría con el tiempo a una confusión en las emociones y opiniones del pueblo, lo cual pondría en peligro nuestra moral de guerra. Por lo tanto, nos vemos obligados a tomar una serie de medidas que no son esenciales, en sí, para el esfuerzo bélico, pero parecen necesarias para mantener la moral entre nosotros, y en el frente. La óptica de la guerra, es decir, como se ve la dirección de la guerra, es de importancia decisiva en este cuarto año de guerra. En vista de los sacrificios sobrehumanos que el frente realiza cada día, el frente tiene derecho a que ni una sola persona se crea con el derecho de eludir sus obligaciones en tiempos de guerra. Pero no sólo el frente lo pide, sino también la abrumadora parte decente de la patria.

El trabajador tiene el derecho a esperar que, si él trabaja diez o doce o, a veces, catorce horas al día, un ocioso no racanee junto a él mientras considera a los otros como tontos o poco refinados. La patria tiene que permanecer pura e intacta en su totalidad. Nada debe enturbiar su imagen en tiempos de guerra. Por ello se han tomado una serie de medidas que tienen en cuenta esta nueva óptica de la guerra. Por ejemplo, hemos ordenado el cierre de bares y locales nocturnos. No me puedo imaginar que haya hoy todavía gente que cumpla con sus obligaciones de la guerra mientras, al mismo tiempo, otros rondan por locales de diversión nocturnos. Debo deducir de ello, que no se toman seriamente sus obligaciones en tiempos de guerra. Hemos cerrado estos locales de diversión, porque empezaban a ofendernos y a enturbiar la imagen de la guerra, y porque no representa al pueblo alemán. No tenemos nada en contra de estas diversiones. Después de la guerra no nos importará vivir según la frase: “vive y dejar vivir.” Pero, durante la guerra, el lema debe ser: “lucha y deja luchar”. También los restaurantes de lujo, cuyos gastos no compensan el efecto obtenido, han sido cerrados. Puede ser que alguno que otro, durante la guerra, piense que el cuidado del estómago es una misión importante. No podemos prestarle ninguna atención. Si en el frente nuestras tropas, desde el soldado raso al general, comen de la cocina de campo, yo creo, que no es pedir mucho, si en nuestra patria obligamos a todos a tener en consideración las reglas más fundamentales de la convivencia. Ya tendremos tiempo de volver a ser gourmets después de la guerra.

Hoy tenemos cosas más importantes que hacer que cuidar el estómago. También innumerables tiendas de lujo han sido cerradas por el momento. A menudo ofendían a la gente. Generalmente no había apenas nada que comprar, a menos que en lugar de con dinero, uno pagara con mantequilla o con huevos. ¿De qué sirven las tiendas que ya no tienen nada que vender, excepto para gastar electricidad, calefacción y emplear mano de obra que nos hace tanta falta en otras partes, sobre todo, en la producción de armamento?. No es una excusa afirmar que mantener algunas de estas tiendas abiertas impresiona a los turistas. Al extranjero sólo le impresiona una victoria alemana. Durante la lucha por el poder, éramos nazis pobres. Una vez que ganamos, todo el mundo quería nuestra amistad. Cuando hayamos ganado, todo el mundo querrá ser nuestro amigo. Sin embargo, si perdiéramos, podríamos contar nuestros amigos con los dedos de una mano. Por eso, hemos puesto fin a esas ilusiones equivocadas que empañan la imagen de la guerra.

Proporcionaremos a aquellos que se encuentran sin hacer nada en las tiendas vacías, una actividad útil en la industria armamentística. Este proceso ya está en marcha, y estará completado para el 15 de marzo. Representa, sin duda, una gran transformación de toda nuestra vida económica. Se verán afectados cientos de miles de personas. No estamos actuando sin un plan, ni tampoco presos de los miedos. No queremos acusar a nadie injustamente, ni hacer reproches a diestra y siniestra. Sólo hacemos lo que es necesario. Pero lo estamos haciendo con rapidez e intensidad. Preferimos llevar ropa remendada durante unos años, a crear una situación en la que nuestro pueblo deba llevar andrajos durante varios siglos. ¿De qué sirven los salones de moda que gastan luz, calefacción y emplean trabajadores?. Podrán reabrir después de la guerra, si tenemos tiempo y ganas para ello. ¿Para qué queremos las instituciones de belleza, en las que se rinde culto a lo bello, y que requieren tiempo y mano de obra, lo cual para la paz está muy bien, pero que para la guerra es superfluo?. Nuestras mujeres y muchachas no deben preocuparse, un día gustarán a los soldados victoriosos que vuelven a su patria, incluso sin las finas prendas o el maquillaje de los tiempos de la paz. En las oficinas públicas, en el futuro, se trabajará más rápido y menos burocráticamente. No da buena impresión cuando se retiran los documentos y se cierra exactamente después de ocho horas de trabajo. El pueblo no está para servir a los funcionarios, sino que los funcionarios están para servir al pueblo. Se trabaja hasta que el trabajo esté terminado. Es una exigencia de la guerra. Si el Führer puede hacerlo, también pueden hacerlo los empleados del Estado. Si no hay bastante trabajo para una jornada más larga,

entonces, se transfiere el 10 ó 20 ó 30 % de los trabajadores a la importante economía de guerra y se libera un número igual de hombres para el frente. ¡Eso es lo que tiene que hacerse!
Esto es válido para todas las oficinas de la patria, civiles o militares. Quizás, así, el trabajo en las oficinas se hará con mayor rapidez y facilidad. Debemos aprender en la guerra a actuar no sólo a fondo, sino también con rapidez. El soldado en el frente no tiene semanas para pensar en una acción, para pasárselo a otro o dejarlo tomar polvo en un archivo. Debe actuar con inmediatez porque, si no, pierde su vida.

Si bien nosotros, en la patria, no perdemos nuestra propia vida por actuar lentamente, sin embargo, ponemos en peligro a la larga la vida de nuestro pueblo. También las actividades inútiles, que no tienen nada que ver con la guerra deben ser detenidas. Las cosas bonitas y que merecen la pena en tiempos de paz pueden convertirse en ridículas, como poco, en tiempos de guerra. Por ejemplo, he oído que varias oficinas en Berlín se pasan semanas discutiendo si la palabra acumulador debería ser sustituida por la palabra colector. De ello han resultado gruesos informes. Me parece, y creo que el pueblo alemán está de acuerdo conmigo, que la gente que pasa su propio tiempo en tales tonterías durante la guerra no están bien empleadas, y sería mejor mandarlas a una fábrica de armas o al frente. Aquellos que trabajan para el pueblo deben constantemente dar al pueblo un buen ejemplo en todo lo que hacen. Las cuestiones triviales pueden, a veces, causar malestar público. Por ejemplo, es ofensivo que muchachos y muchachas cabalguen en el Tiergarten en Berlín a las nueve de la mañana. Podrían encontrarse con una trabajadora que regresara de un turno nocturno de diez horas, y que vuelve a casa a cuidar a cuatro o cinco hijos. La visión de un grupo de cabalgantes de paseo, como si estuviesen en tiempos de paz, sólo podría desanimar a esta excelente trabajadora. Por ello, he prohibido la equitación en todas las calles y parques públicos de la capital del Reich mientras dure la guerra.

Creo que, al hacer así, estoy teniendo en cuenta las demandas psicológicas de la guerra, y mostrando verdadero respeto por el frente. Un soldado de permiso en Berlín, por pocos días, del frente del este, por ejemplo, que vea tal cosa tendrá una impresión completamente equivocada de la capital del Reich. No verá las fábricas de armas, donde cientos de miles de personas respetables y trabajadoras trabajan doce, catorce, y a veces, dieciséis horas al día, sino, más bien, un club de equitación alegre e indolente. ¿Qué tipo de imagen de la patria se llevará de vuelta al frente?. Todo el mundo debe aprender a tomar en cuenta la moral de la guerra, y a prestar atención a las justas demandas de la gente que combate y trabaja. No somos aguafiestas, pero tampoco toleraremos a aquellos que obstaculizan nuestros esfuerzos. Cuando, por ejemplo, ciertos hombres y mujeres están durante semanas en los balnearios para charlar, quitando el sitio a los soldados heridos, o a los trabajadores que tienen derecho a unas vacaciones después de uno o dos años de duro trabajo. Eso es intolerable y ha sido eliminado. La guerra no es el tiempo adecuado para la gente festiva.

Nuestra alegría hasta el final es el trabajo y la lucha, en eso encontramos nuestra satisfacción interior profunda. A quien no lo entienda por sí solo se le debe enseñar a entenderlo, e incluso obligarlo si es necesario. En esto, sólo las medidas más drásticas sirven. No causa una buena impresión, por ejemplo, si cuando con gran propaganda anunciamos el lema: “¡Las ruedas deben rodar para la victoria!”, con el resultado de que la gente no emprenda ningún viaje innecesario, para luego ver que los desempleados que viajan por placer encuentran más sitio en los trenes. El ferrocarril sirve para los transportes importantes de la guerra y los viajes de negocios necesarios para la guerra. Sólo tiene derecho a unas vacaciones, aquel que necesite descansar del duro trabajo. El Führer no se ha tomado un día de vacaciones desde el inicio de la guerra e incluso mucho antes. Si el principal hombre del Estado se toma su obligación tan en serio y tan responsablemente, entonces, eso debe ser, para cada ciudadano y ciudadana, una invitación silenciosa, pero clara, a comportarse de la misma manera. El gobierno, por su parte, hace, sin embargo, cuanto está en su mano para que en estos momentos difíciles no carezca el pueblo que trabaja de las necesarias posibilidades de recreo y esparcimiento. Los teatros, los cines y las salas de conciertos permanecerán en plena actividad. La radio está trabajando para ampliar y mejorar su programación. No tenemos ninguna intención de infligir en nuestro pueblo un estado de ánimo propio de un invierno gris. Aquello que sirve al pueblo, mantiene, fortifica y multiplica su energía para la lucha y el trabajo, es bueno y esencial para el esfuerzo bélico. Lo contrario debe ser suprimido. Por lo tanto, y como compensación de aquellas medidas de rigor que impone la guerra, yo, en cooperación con el camarada de partido Ley, he ordenado que los espectáculos y lugares donde el pueblo puede gozar unas horas de recreo no disminuyan, sino que aumenten.

Lo mismo se ha hecho con los centros e instalaciones deportivas. El deporte no es hoy una cosa de círculos privilegiados, sino del pueblo entero. Las exenciones militares son totalmente insensatas en el campo deportivo. El deporte tiene la misión de incrementar la fuerza física con el claro fin de ponerlo en uso, al menos, en el momento de mayor necesidad del pueblo.
Todo eso lo quiere el frente también. Demanda con clamorosa unanimidad que el pueblo alemán en la patria se solidarice.

No queremos oír más de actividades insignificantes para la guerra ni de pomposidades. No queremos perder más tiempo ni dinero en ello. No queremos oír más de largos cuestionarios ceremoniosos para cualquier tontería. No queremos perdernos en mil pequeñeces que eran quizás importantes en tiempos de paz, pero que no poseen ninguna importancia en tiempos de guerra. Sabemos lo que tenemos que hacer. El pueblo alemán quiere una vida espartana para todos, para el de arriba y para el de abajo, para el rico y para el pobre. De la misma manera que el Führer da el ejemplo, todo el pueblo, en todos sus estratos, debe seguir su ejemplo. Cuando él sólo conoce trabajo y preocupaciones, no le queremos dejar a él sólo el trabajo y las preocupaciones, sino que nos encargamos de la parte de que le podemos aliviar. Los tiempos que hoy vivimos tienen una extraordinaria semejanza, para todos los Nacional Socialistas auténticos, con el periodo de la lucha por el poder. Siempre hemos actuado de la misma manera. Siempre hemos estado con el pueblo en los buenos y en los malos momentos, y por eso el pueblo nos ha seguido a todas partes. Siempre hemos llevado todas las cargas junto al pueblo, y por eso, no nos parecieron pesadas, sino livianas. El pueblo quiere ser guiado. Nunca hubo un ejemplo en el que, en un momento crítico de la historia nacional, el pueblo no haya seguido a unos gobernantes valientes y decididos.

Quisiera, en este contexto, decir también unas palabras sobre algunas medidas prácticas de la guerra total que ya hemos tomado. El problema actual se reduce a lo siguiente: a obtener soldados para el frente, y obreros y obreras para las industrias de guerra. A estos dos objetivos deben supeditarse todas las demás necesidades, incluso a cuenta de nuestro nivel de vida durante la guerra. Esto no significa un declive definitivo de nuestro nivel de vida, sino que es válido sólo como medio para la obtención del objetivo, es decir: una victoria total. En este contexto, cientos de miles de exenciones militares han sido revocadas. Hasta ahora estas exoneraciones eran necesarias porque no teníamos suficiente mano de obra experta que pudiera ocupar los puestos dejados libres al revocar las exoneraciones. La razón de las medidas tomadas y aún por tomar, es movilizar los trabajadores necesarios. Por eso, dirigimos nuestro llamamiento a los hombres que no trabajan en la economía de guerra, y a las mujeres que hasta ahora no se han incorporado al trabajo. No querrán ignorar nuestro llamamiento, y no podrán hacerlo. La obligación de trabajar para las mujeres es amplia, lo cual no significa que sólo deban trabajar aquellas que están incluidas en la ley.

Cualquiera es bienvenida, y cuantas más se pongan a la disposición del esfuerzo bélico, tantos más soldados podemos liberar para el frente, y más fuerte podrá golpear el Führer el próximo verano. Afirman nuestros enemigos que la mujer alemana no está en situación de sustituir al hombre en la economía de guerra. Eso puede ser verdad para ciertos trabajos corporales pesados de nuestra fabricación de guerra. Además, yo estoy, sin embargo, convencido de que la mujer alemana está firmemente decidida a ocupar el puesto que el hombre deja vacante por marchar al frente, y a capacitarse perfectamente para reemplazarle en corto plazo. No necesitamos referirnos aquí al ejemplo bolchevique. También en la economía de guerra alemana millones de las mejores mujeres alemanas trabajan ya, con el mayor éxito, desde hace años, y esperan con impaciencia que sus filas aumenten y se completen con nuevas incorporaciones lo antes posible. Todas las mujeres que se ofrezcan voluntariamente para desempeñar estos puestos que quedarán libres, no harán, con su acción, sino cumplir un deber de gratitud para con el frente. Cientos de miles se han ofrecido ya, y otras tantas vendrán en breve. En nada de tiempo esperamos tener a disposición ejércitos de trabajadores que, a su vez, harán posible ejércitos de combatientes para el frente. Tendría que equivocarme mucho con las mujeres alemanas, si yo pensara que no quisieran escuchar el llamamiento que aquí les hago. No se acogerán a la ley en su sentido estricto, ni intentarán escaquearse a través de algún resquicio legal. No me lo creo. No me lo puedo imaginar. Por cierto, las pocas que tuvieran esas intenciones, no lo conseguirían. No se aceptarán informes médicos para evitar el llamamiento al trabajo. También, la excusa de un trabajo que uno consigue con el marido o con el cuñado o con un buen conocido, para poder evitar el trabajo de manera desapercibida, será correspondida por nuestra parte con las

contramedidas correspondientes. Los pocos que intenten tales planes, sólo conseguirán perder el respeto de la gente a su alrededor. No les olvidaremos, nos acordaremos de ellos cuando acabe la guerra. El pueblo les tributará el mayor desprecio. Nadie pide que una mujer que no reúne las condiciones físicas necesarias trabaje en la pesada producción de una fábrica de tanques. Hay, sin embargo, muchísimos trabajos en la producción de guerra que pueden hacerse sin un esfuerzo físico demasiado fuerte, y para los cuales, una mujer, aunque proceda de círculos privilegiados, puede tranquilamente ofrecerse.

Nadie es demasiado bueno para ello, y sólo podemos elegir entre darlo todo, o perderlo todo. Sería apropiado que las mujeres con servicio doméstico sometan también esta cuestión a examen. Uno puede perfectamente atender la casa y cuidar de los niños, y dejar libre a la criada, o bien dejar la casa y los niños al cuidado de la criada o de la N.S.V., y ofrecerse para trabajar. Sin duda, la vida entonces no es tan agradable como en tiempos de paz; cuando papá llega a casa, mamá puede no tener la cena lista. Pero no vivimos en tiempos de paz, sino de guerra. Ya podremos ponernos cómodos cuando tengamos la victoria en las manos. Ahora tenemos que luchar por la victoria sacrificando ampliamente nuestra comodidad. Ahora debemos sacrificar la comodidad para alcanzar la victoria. Sin duda las mujeres de los soldados lo entienden. Ellas considerarán como un deber supremo apoyar a sus maridos, fuera en el frente, al ponerse a disposición para un trabajo importante para la guerra. Esto concierne sobre todo a la agricultura. Las mujeres de los agricultores tienen que dar aquí un buen ejemplo. Vale para todos los hombres y mujeres la premisa de que no es apropiado que nadie haga incluso menos en tiempos de guerra que de paz. El trabajo tiene que ser aumentado en todos los sectores.

Por cierto, no se debe cometer el error de dejarle al Gobierno todo lo que es ahora necesario. El Gobierno sólo puede promulgar las leyes directrices. Dar vida y contenido a estas directrices, es una labor del pueblo trabajador, y debe ocurrir con el continuo estímulo de la dirección del partido. Actuar con rapidez es esencial. Así que más allá de la obligación legal, el lema ahora es: “voluntarios, ¡adelante!”. Hago un llamamiento aquí, especialmente como Gauleiter de Berlín, a mis vecinas berlinesas. Ellas ya han dado en el transcurso de esta guerra tantos nobles ejemplos de una actitud valiente ante la vida, que no se abochornarán ante este reto. Se han granjeado un buen nombre en el mundo entero gracias a su estilo de vida práctico, así como su buen humor incluso durante la guerra. Esta buena reputación debe ser mantenida y reforzada con una gran obra. Cuando apelo a mis conciudadanas berlinesas para ofrecerse para un trabajo importante para la guerra rápidamente, inmediatamente y sin muchas objeciones, yo sé que todas seguirán este llamamiento. Ahora no debemos quejarnos de las dificultades diarias, o ponernos de malas caras, sino comportarnos no sólo como lo hacen los berlineses sino también el resto de los alemanes: poniéndonos a trabajar, actuando, tomando la iniciativa, haciendo algo, y no dejando todo a los demás para que lo hagan ellos.

¿Qué mujer alemana se atrevería a no escuchar tal llamamiento en beneficio de los combatientes en el frente?. ¿Quién querría ahora anteponer una comodidad personal a la llamada del deber nacional?. ¿Quién querría, aún todavía, pensar en sus propias necesidades egoístas ante la gran amenaza a la que estamos expuestos, y no en las necesidades de la guerra que están por encima de todo?. Rechazo con desprecio la acusación que nos dirigen nuestros enemigos, según los cuales todo esto no es más que una imitación del bolchevismo. Nosotros no queremos imitar al bolchevismo, sino vencerle, como hicimos en nuestra lucha por el poder. La mujer alemana es la primera en comprender esto, porque hace ya tiempo que ha reconocido que la guerra que hoy sostienen nuestros hombres es, ante todo, una guerra por la salvación de sus hijos. Su posesión más sagrada es defendida en esta guerra con la valiosa sangre de nuestro pueblo. Con esta lucha de los hombres debe la mujer alemana proclamar su propia solidaridad. Ella debe unirse, mejor hoy que pasado mañana, a los millones de trabajadores, para aumentar con su propia persona el ejército de la patria trabajadora. Debe atravesar el pueblo alemán como un río de buena disposición. Espero que ahora se presenten, en las oficinas de trabajo, innumerables mujeres y, sobre todo, también hombres que no hacían hasta ahora, todavía, ningún trabajo importante para la guerra. Quien da rápido, da el doble. Al mismo tiempo se están realizando amplias fusiones, como ya ha informado la prensa con más detalle. Atañe, sobre todo, a la banca y a las aseguradoras, al fisco, a los periódicos y revistas que no son esenciales para la guerra; atañe a las empresas del partido y de administración prescindibles para la guerra, pero todavía hace falta una mayor simplificación de la manera de vida de nuestro pueblo. Yo sé que, para ello, grandes partes de nuestro pueblo tienen que hacer grandes sacrificios. Comprendo estos

sacrificios, y el Gobierno procura limitarlos al mínimo. Pero, algo quedará y deberá soportarse. Después de la guerra, aquello que eliminamos, lo reconstruiremos más grande y más bonito que nunca, y para ello, el Estado prestara su mano amiga. En esta relación, me opongo enérgicamente a la afirmación de que con nuestras medidas se pretende la eliminación de la clase media o una monopolización de la economía.

Después de la guerra la clase media se reinstalará de inmediato en gran medida social y económicamente. Las medidas actuales son exclusivamente medidas de emergencia para cubrir los objetivos y necesidades de la guerra. No pretenden una reestructuración de la economía, sino que tienen sólo como objeto ayudar a conseguir la victoria de forma tan rápida y total como sea posible. No discuto que todavía tenemos por delante semanas angustiosas en lo que se refiere a la realización de las medidas que acabo de describir; pero nos darán un respiro. Estamos poniendo los cimientos para el próximo verano, y nos ponemos a trabajar sin prestar atención alguna a las amenazas y fanfarronadas del enemigo. Me alegra poder presentar este programa para la victoria al pueblo alemán que no sólo, de buena gana, hace suyas estas medidas, sino que las pide con incluso más apremio que durante el curso de la guerra. El pueblo quiere que se actúe de forma rápida y radical. Ya es la hora. Debemos aprovechar el momento para protegernos de futuras sorpresas. Me dirijo con este llamamiento a todo el pueblo alemán, especialmente, sin embargo, al partido, como guía designada para la conducción interna de la guerra. No se encuentra por primera vez ante una misión tan gigante. Llevará a su fin esta misión con su característico brío revolucionario.

Acabará lo antes posible con la inercia e indolencia que se muestren aquí y allá. El Estado ha promulgado sus leyes marco y promulgará más en los próximos días y semanas. Las trivialidades que no son atendidas en estas leyes marco, deben ser realizadas por el propio pueblo bajo el liderazgo del partido. Por encima de todo lo que ahora emprendemos, es aplicable a todos el deber moral de no hacer nada que perjudique a la guerra, y hacer todo lo que ayude a la victoria. Durante los últimos años nos hemos referido, a menudo, en nuestros periódicos y discursos al ejemplo de Federico el Grande. No teníamos ningún derecho a hacerlo. Federico II, durante la tercera guerra de Silesia, durante un tiempo, tuvo 5 millones de prusianos, según Schlieffen, frente a 90 millones de europeos; y en el segundo de siete años infernales, sufrió una derrota que sacudió Prusia hasta en los cimientos. Nunca tuvo suficientes soldados y armas, como para atacar sin gran riesgo. Su estrategia era siempre la de la improvisación. Pero siguió el principio: atacar al enemigo allí donde se le presentara la oportunidad, allí donde se le apareciera. Que él sufriera derrotas, no fue lo que lo decidió todo. Lo que lo decidió todo fue, más bien, que el gran rey en todos los golpes del destino permaneció entero, que sobrellevó imperturbable la oscilante fortuna de la guerra, y que su fuerte corazón supero todos los peligros.

Después de siete años, él, un anciano de cincuenta y un años, desdentado, enfermo de gota, y atormentado por mil dolores, quedó como vencedor en el devastado campo de batalla. ¿Con qué debemos compararnos a él?. A lo sumo, igualarnos a él en la voluntad y la decisión, cuando lo pida el momento, como él, permanecer imperturbable en todos los cambios del destino, cómo él, conseguir la victoria incluso bajo las circunstancias más desfavorables, y nunca dudar de la gran causa que defendemos. Estoy convencido de que la nación alemana ha sido iluminada por el trágico golpe de Stalingrado. Ha visto la cara trágica y despiadada de la guerra. Conoce ahora la verdad cruel y está dispuesta a seguir al Führer en los buenos y en los malos momentos. Tenemos valientes y leales aliados a nuestro lado. El pueblo italiano, bajo la dirección de su gran Duce, continuará a nuestro lado, recorriendo el camino hacia la victoria. La doctrina fascista lo ha preparado para las grandes pruebas del destino. Además, en el Asia oriental, el valeroso pueblo japonés, asesta golpe tras golpe a las potencias anglosajonas. Así, pues, estas tres grandes potencias proseguirán con sus aliados la lucha contra la tiranía plutocrática y contra la amenaza bolchevique. ¿Qué puede ocurrirnos si nos enfrentamos a las duras pruebas de la guerra con firme determinación?. Nadie, entre nosotros, duda que la victoria será nuestra. Mientras que en el frente del este continúan nuestras tropas conteniendo en terribles batallas defensivas el ataque de la estepa, prosiguen nuestros submarinos su acción eficaz en todos los mares del mundo, y causan pérdidas al tonelaje enemigo que no pueden ser compensadas ni remotamente con las nuevas construcciones. Y el próximo verano, el enemigo conocerá nuestra potencia ofensiva. El pueblo alemán está decidido a utilizar todas sus fuerzas para ofrecerle al Führer los recursos necesarios para realizarla. Esa es la obligación de este momento. Me estoy acercando al final. La prensa inglesa y norteamericana se ocupa en estos días, extensamente, de la actitud del pueblo

alemán. Como se sabe, los ingleses conocen al pueblo alemán mucho mejor que nosotros, sus propios gobernantes. Ellos nos dan hipócritamente consejos sobre que deberíamos hacer o no hacer, siempre con la idea equivocada de que el pueblo alemán de hoy es igual al pueblo alemán de noviembre de 1918 cuando se dejó seducir por sus engaños. No necesito mostrar las pruebas contra esta afirmación. Las pruebas las ofrece cada día el pueblo alemán, luchador y trabajador. Para llegar a la pura verdad, camaradas alemanes y alemanas, quisiera dirigiros una serie de preguntas que debéis responderme según vuestro mejor conocimiento y conciencia. Cuando el público me mostró espontáneamente su aprobación acerca de mis peticiones del 30 de enero, la prensa inglesa, es decir, los judíos, afirmó al día siguiente que había sido un espectáculo propagandístico, y que no corresponde de ninguna manera con la verdadera opinión del pueblo alemán, que los judíos la conocen mejor que nosotros. Hoy he invitado a esta reunión a una muestra representativa de todo el pueblo alemán. Delante de mí están sentados filas de heridos del frente del este, con piernas y brazos amputados, con heridas de bala, que han perdido la vista, que han venido con las enfermeras de la Cruz Roja, hombres en su plena juventud que, ante sí, tienen sus muletas.

Entre todos ellos, cuento cincuenta que han recibido la Hoja de Roble y la Cruz de Hierro; unos excelentes representantes de nuestro frente combativo. Detrás de ellos destaca un grupo de trabajadores y trabajadoras de las empresas de tanques en Berlín. Más atrás, se sientan hombres de la organización del partido, soldados del guerrero ejército alemán, doctores, economistas, artistas, ingenieros y arquitectos, profesores, funcionarios y empleados de oficinas, una orgullosa representación de nuestra vida intelectual en todas sus capas, a quienes, justo ahora en la guerra, el Reich debe gran inventiva y genio humano. Repartidos por todo lo redondo del Palacio de los Deportes, veo miles de mujeres alemanas, la juventud está aquí representada y los ancianos. Ninguna clase social, ninguna profesión y ninguna edad quedó fuera de la invitación, bueno, los judíos no están aquí representados. Por lo tanto, puedo decir con derecho y acertadamente que delante de mí se encuentra una muestra representativa del pueblo alemán en el frente y en la patria. ¿Es verdad?, ¿sí o no?. (Sí, grita el público)

Por lo tanto, vosotros, público mío, representáis en este momento a la nación; y, a vosotros, quisiera dirigir diez preguntas que vosotros me debéis responder, junto al pueblo alemán, ante el mundo entero, especialmente ante nuestros enemigos que también nos oyen por la radio. ¿Queréis?.

Primera: afirman los ingleses que el pueblo alemán ha perdido la fe en la victoria. Yo os pregunto: ¿creéis con el Führer y con nosotros en la victoria total y definitiva de las armas alemanas?. ¿Estáis decididos a seguir al Führer en la lucha por la victoria, en los buenos y en los malos momentos, y no obstante las más duras pruebas personales a que seáis sometidos?.

Segunda: aseguran los ingleses que el pueblo alemán está cansado de luchar.
Yo os pregunto: ¿estáis dispuestos, junto al Führer como falange de la patria, apoyando al ejército combatiente, a continuar esta lucha con decisión inquebrantable, a través de todas las vicisitudes del destino, hasta que la victoria esté en nuestras manos?.

Tercera: afirman los ingleses que el pueblo alemán ya no quiere aceptar las crecientes demandas de la guerra que de él exige el Gobierno. Yo os pregunto: ¿soldados, trabajadores y trabajadoras, estáis, y está el pueblo alemán decidido, si el Führer así lo ordenara, a trabajar diariamente diez, doce y si fuera preciso, catorce o hasta dieciséis horas, y darlo todo por la victoria?.

Cuarta: aseguran los ingleses que el pueblo alemán se defiende contra las medidas de guerra total del gobierno, que no desea la guerra, sino la capitulación (el público responde con gritos de: "¡Nunca! ¡Nunca! ¡Nunca!") Yo os pregunto: ¿queréis vosotros la guerra total?. (Sí, clama el público) ¿La deseáis, si fuera preciso, en forma aún más radical y total de lo que hoy nos podemos incluso imaginar?.

Quinta: sostienen los ingleses que el pueblo alemán ha perdido la fe en el Führer. Yo os pregunto: ¿confiáis en el Führer? (el público clama: "¡Sí!"). ¿Es vuestra confianza en el Führer más grande, más fiel e inquebrantable que nunca? ¿Es vuestra disposición a seguirle allá donde vaya, y a hacer todo lo que sea necesario para culminar la guerra en un final victorioso, una disposición absoluta e incondicional?.

Yo os pregunto como la sexta: ¿estáis dispuestos a, de ahora en adelante, contribuir con todas vuestras fuerzas para proporcionar al frente, a nuestros padres y hermanos, los hombres y armas que necesite para derrotar al bolchevismo?, ¿estáis preparados para eso?.

Yo os pregunto como la séptima: ¿prometéis solemnemente al frente que la patria le respaldará siempre con moral firme y que le dará todo lo que necesita para alcanzar la victoria?.

Yo os pregunto como la octava: ¿queréis todos, y especialmente vosotras, las mujeres, que el gobierno se encargue de que también la mujer alemana ofrezca su energía para la guerra, y que intervenga, sobre todo allí donde sea posible, para dejar disponibles hombres para el frente, y así, ayudar a vuestros maridos en el frente?, ¿queréis eso?.

Yo os pregunto como la novena: ¿aprobáis, cuando sea necesario, la adopción de las más radicales medidas contra un pequeño grupo de reacios y especuladores que en medio de la guerra actúan como en tiempos de paz, y que pretenden aprovecharse en propio beneficio de las necesidades del pueblo?, ¿estáis conformes con que aquel que cometa un delito contra la guerra pierda la cabeza?.

Yo os pregunto como la décima y última: ¿queréis, como el programa del partido Nacional Socialista alemán de los trabajadores propugna, que existan en la guerra los mismos derechos y las mismas obligaciones para todos, que la patria, solidariamente, cargue sobre sus hombros con las cargas más pesadas, y que las distribuya por igual entre los que están arriba y los que están abajo, entre los pobres y los ricos?, ¿queréis eso?.

Os he preguntado y me habéis dado vuestras respuestas. Sois parte del pueblo y por vuestra boca ha hablado y definido su actitud el pueblo alemán. Les habéis dicho a nuestros enemigos lo que deben saber para que no se hagan ilusiones o falsas ideas. De esta manera, como en las primeras horas de nuestro gobierno y durante los diez años que siguieron, estamos firmemente unidos en hermandad con el pueblo alemán. El más poderoso aliado en la Tierra, el pueblo mismo, nos respalda y está decidido a luchar, con el Führer, cueste lo que cueste, aceptando incluso los mayores sacrificios hasta alcanzar la victoria. ¿Qué potencia internacional podría ahora evitar que realicemos y cumplamos el objetivo que nos hemos puesto?. Ahora lo conseguiremos, y debemos conseguirlo. Yo me encuentro ante vosotros no sólo como el portavoz del Gobierno, sino como el portavoz del pueblo. Alrededor mío, se sientan viejos amigos del partido que ejercen altos cargos en la dirección del pueblo y del Estado.

Junto a mí, está el camarada del partido Speer, quien ha recibido del Führer la misión histórica de movilizar la industria de armamento, y de proveer al frente todas las armas que necesite. Junto a mí, está el camarada Ley, quien ha recibido del Führer la misión de dirigir la mano de obra alemana, y adiestrarla e instruirla en su infatigable trabajo para cumplir con sus obligaciones frente a la guerra. Nos sentimos profundamente agradecidos al camarada Sauckel, que ha recibido del Führer la misión de traer al Reich innumerables centenares de miles de trabajadores para respaldar nuestra economía nacional, una cosa que el enemigo no puede hacer.
Además, están con nosotros todos los jefes del partido, del ejército y del gobierno.
Todos nosotros, hijos del pueblo, ligados con el pueblo en el más solemne momento de nuestro destino histórico, os prometemos, prometemos al frente, y prometemos al Führer que, en la patria, forjaremos una voluntad de hierro en la que el Führer y sus aguerridos soldados pueden en todo momento confiar ciegamente. Nos comprometemos, en nuestra vida y trabajo, a hacer todo lo necesario para la victoria.

Queremos llenar nuestros corazones con la anterior pasión histórica que siempre nos consumió, como un fuego imperecedero, en las grandes batallas del partido y del Estado. No queremos, en esta guerra, caer presa del anterior falso e hipócrita objetivismo al que debe nuestra nación alemana tanta desgracia en su historia. Cuando esta guerra comenzó, sólo dirigimos nuestros ojos a nuestra nación. Lo que os sirve a vosotros y a vuestras vidas, es bueno, y debe ser mantenido y apoyado. Lo que os perjudica a vosotros y a vuestras vidas, es malo, y debe ser apartado y eliminado. Con el corazón encendido y la cabeza fría queremos tratar los grandes problemas de este momento de la guerra. Estamos en el camino de la victoria final. La victoria descansa en nuestra fe en el Führer. En esta noche, otra vez, presento ante los ojos de la nación sus grandes obligaciones. El Führer espera de nosotros un rendimiento que empequeñezca todo

lo que hasta ahora se ha hecho. Nosotros no queremos fallarle. De la misma manera que nosotros estamos orgullosos de él, él debe poder estarlo de nosotros. En las grandes crisis y conmociones de la vida nacional, se demuestra quienes son los verdaderos hombres, y, también, las verdaderas mujeres. En esto, no se tiene el derecho de hablar del sexo débil, aquí ambos sexos demuestran la misma capacidad para la lucha, y fortaleza espiritual. La nación está preparada para todo. El Führer ha ordenado, nosotros le obedeceremos. Si alguna vez hemos creído, leal e inquebrantablemente, en la victoria, es, entonces, en este momento de reflexión nacional y ánimo. La tenemos a mano, sólo tenemos que agarrarla. Debemos sólo sacar la fuerza de decisión, para subordinar todo lo demás a su servicio. Esa es la orden en este momento, y por eso, la consigna a partir de ahora es: “compatriotas, ¡levantaos y que se desate la tormenta!”.

Joseph Goebbels - la crisis invernal ha terminado.

5 de junio de 1943

La crisis invernal ha terminado. Puede que a veces, durante los grises meses anteriores, hayamos mirado la situación con expresión sombría, pero nunca nos resignamos a los golpes del destino. Al contrario, con esfuerzos sin precedentes, la dirección y el pueblo lucharon contra ellos. En silencio y sin más, se han logrado grandes cosas. La guerra de nervios del enemigo no tiene ningún efecto sobre nosotros. En noviembre de 1918, el pueblo alemán fue víctima de las artimañas de su enemigo. Aprendimos de los duros resultados de nuestro fracaso moral. Nuestro oponente luego nos prometió paz, libertad, felicidad y prosperidad. Nos dijeron que ellos también habían izado banderas rojas sobre sus barcos y trincheras. Mientras el pueblo alemán seguía los consejos de los criminales judíos y arriaba sus banderas, el entonces Primer Ministro británico Lloyd George dijo cínicamente: “Ahora los tenemos, podemos hacer con ellos lo que queramos”. Una tragedia así ocurrió una vez en la historia de Alemania.

No volverá a pasar. Esta vez no sucederá porque sabemos lo que está pasando y tenemos en nuestras manos todos los elementos para una victoria verdaderamente decisiva. No pueden derrotarnos con mentiras y promesas. Eso sólo fue posible a través de la fuerza. Ahora estamos usando fuerza contra fuerza. La dirección, el pueblo y el frente comparten una misma opinión. ¡No tenemos trabajadores que quieran hacer huelga y, sobre todo, ningún agitador judío que pueda inducirles a hacerlo! Somos un pueblo en armas, decidido a defender nuestro honor y nuestro territorio hasta el último aliento. No hay ningún grupo en Alemania que esté dispuesto a trabajar con el enemigo. Si un individuo tiene tales intenciones criminales, quedará neutralizado tan pronto como sea descubierto.

Tenemos obligaciones tanto con los muertos como con los vivos, con los soldados en el frente y también con ustedes, los trabajadores de la patria. Quien amenace la seguridad de la nación alemana arriesgará su propia vida. Las leyes de la guerra son duras. Millones de soldados alemanes hoy tienen que estar dispuestos a morir en el campo de batalla por su pueblo. No mereceríamos liderar esta nación si toleráramos en cualquier grado cualquier amenaza a la patria. Nuestro pueblo está cumpliendo con sus deberes de guerra como era de esperar. Naturalmente, la guerra es más dura en su cuarto año que en el primero. Por cierto, nadie en Alemania quería ni acogía con agrado la guerra. Eso no está en juego. Lo que los filisteos llaman estado de ánimo no es un factor militar decisivo. Las heridas infligidas a todos los pueblos combatientes en este drama de las naciones son a veces muy dolorosas. La flor de nuestra juventud está en la batalla.

Deben hacer el mayor sacrificio de sangre, al igual que quienes viven en las zonas que sufren los bombardeos. A través de sus métodos brutales y cínicos, el enemigo nos está dando un anticipo de lo que tiene preparado para nosotros en caso de que resultemos débiles. Incluso en Inglaterra han cesado los comentarios tontos sobre una “guerra apasionante”, y uno prefiere que no se lo recuerden. Ante la angustia que esta lucha mundial ha traído a todas las naciones, incluso a las que no están involucradas, ¡quién se atreve a hablar de un patriotismo superficial! El estado de ánimo pertenece a una reunión familiar o a una excursión de primavera. La guerra exige de cada nación una actitud varonil. Los soldados muestran esta actitud. Están en el cuarto año de condiciones difíciles, o casi en el tercer año en el Oriente bárbaro, cumpliendo con su arduo deber, arriesgando sus vidas mil veces cuando la situación lo exige. Han renunciado a las vacaciones, a la vida normal, a la comodidad y a la tranquilidad del hogar para defender la vida y la libertad de la nación. También los trabajadores y agricultores muestran la actitud correcta. No piensan en escapar de los duros deberes de la guerra. Millones de mujeres y madres lo exhiben.

Protegen y cuidan a sus familias y liberan a sus hombres para el frente colocándose junto a la máquina o detrás del arado. No se quejan, ni siquiera dan a luz hijos en medio de todo esto para garantizar la vida de su nación. Todo eso exige más que el estado de ánimo, que es cambiante. Una cosa es hoy y otra diferente mañana. ¡Qué puedo decir para elogiar a la población de las zonas afectadas por la guerra aérea, que ha sufrido duras pruebas! Resisten los efectos del terrorismo criminal enemigo con bombardeos con un heroísmo sin precedentes. De la noche a la mañana, las familias pierden todo lo que tienen, a veces al padre, a veces a la madre, a veces a sus hijos en crecimiento. Están ante las ruinas humeantes de su casa o apartamento por el que han trabajado y salvado toda su vida. ¿Cómo pueden consolarse con la idea de que su gran sacrificio es necesario para que su pueblo y su nación vivan, que por muy amargo que sea su destino, debe soportarlo? Sólo una actitud que resista toda la amargura de su dolor les dará la fuerza para seguir adelante. Quizás la prensa judía de Londres y Washington aporta a la guerra un tono que falta en el pueblo alemán.

Esto se debe a que ellos mismos nunca sufren. El estado de ánimo de sus camaradas raciales en Alemania probablemente sea diferente al de ellos. Esto se debe a que la guerra que ellos ayudaron a provocar también está teniendo su impacto en ellos. Se puede discrepar sobre el estado de ánimo de los pueblos combatientes en este cuarto año de guerra. No hay duda de que la actitud Nacional Socialista se ha mantenido firme. Nosotros, los alemanes, cumplimos con nuestro deber, luchamos y trabajamos con un fanatismo sin precedentes y con ello sentamos las bases de nuestra próxima victoria. No nos será dado. Sólo podremos ganarlo mediante un gran sacrificio nacional por parte de todos nosotros. Todo intento del enemigo por seducir al pueblo alemán no logra superar esta actitud Nacional Socialista. Nos da la fuerza para soportar todos los problemas que cualquier guerra trae consigo con orgullo paciente y tenaz, ya sean derrotas, cambios del destino, mayores exigencias, grandes sacrificios, etc. No sólo hablamos de paz, luchamos por ella. Estamos haciendo todo lo que está a nuestro alcance para seguir luchando hasta que el enemigo se hunda en la tierra. Ése es el fundamento y el objetivo de toda nuestra política de guerra.

No permitiremos que se desarrollen condiciones que nos impidan estar listos para los últimos quince minutos decisivos. Vemos las cosas desde una perspectiva más profunda y amplia, haciendo lo que sea necesario para continuar la guerra. Eso puede conducir a medidas que aquí o allá son impopulares, pero son necesarias para un final exitoso de la guerra. Esto se aplica sobre todo a la situación alimentaria. El invierno inusualmente duro de 1941/42 provocó enormes pérdidas de cereales, una pérdida total de frutos oleaginosos de invierno y reducciones importantes en las cosechas de patatas y hortalizas. Como resultado, alrededor de 1,7 millones de toneladas de cereales destinados a la alimentación animal tuvieron que utilizarse para hacer pan. La ración de carne tuvo que aumentarse en el otoño de 1942 para compensar las importantes reducciones en otros productos alimenticios. Esto tuvo un gran impacto en el ganado animal. La cosecha de 1943 fue buena. También hay una mayor oferta de patatas y verduras. Era necesario hacer algo con la población animal para evitar problemas graves en el futuro. Era inevitable una reducción de la ración de carne de 100 gramos por persona por semana. Pudimos hacer pequeños ajustes en las raciones de grasa y pan. Por supuesto, no es posible sustituir 100 gramos de carne por persona a la semana por claras de huevo. Pero no teníamos elección. Nuestra política alimentaria tiene una visión a largo plazo.

Utiliza lo que tenemos con cuidado. Garantiza que se puedan suministrar las raciones existentes y que nunca nos encontremos en una situación en la que la escasez de alimentos haga imposible la continuación de la guerra. Todos lo comprenden y aprueban, incluso si el resultado es una reducción temporal. No podemos olvidar que millones de trabajadores extranjeros participan en nuestra producción nacional y que deben comer para poder trabajar, y que muchos cientos de miles, estamos orgullosos de decirlo, han seguido la bandera. Todo eso impacta la situación alimentaria. Al menos sabemos por qué en la patria tenemos que hacer estos sacrificios. Me parecen más que soportables, especialmente teniendo en cuenta los sacrificios, que quienes se encuentran en las zonas afectadas por los bombardeos han estado soportando casi todas las noches. Nuestros enemigos están atacando todo lo que tienen con un cinismo brutal, con la esperanza de destruir su moral. Lo admiten abiertamente. Los monumentos culturales alemanes que están destruyendo serán su eterna vergüenza. Pero quieren más que eso. Están librando una guerra contra la moral de nuestro pueblo, destruyendo la vida civil, matando a ancianos, mujeres y niños, y ni siquiera se molestan en disimular su infame terror sangriento. La Iglesia de Inglaterra

declaró hace unos días que las bombas no distinguen entre hombres, mujeres y niños. Incluso esto parece leve en comparación con el odio demoníaco y el triunfo en los periódicos judíos de Londres. Nosotros, los alemanes, no somos el tipo de personas que suplican clemencia a un enemigo que quiere destruirnos. Sabemos que sólo hay una respuesta eficaz a los bombardeos terroristas británico-estadounidenses: el contraterrorismo. Toda la nación alemana está ocupada con un solo pensamiento: pagar lo igual con lo igual. No nos jactamos ni amenazamos. Sólo nos damos cuenta. Cada voz inglesa que hoy considere que los bombardeos contra las mujeres, los ancianos y los niños alemanes es un método humano o incluso cristiano para derrotar al pueblo alemán algún día nos dará motivos bienvenidos para nuestra respuesta a estos crímenes. El pueblo británico no tiene motivos para triunfar. Tendrán que pagar la factura de las acciones de sus líderes, que están cumpliendo las órdenes de sus amos y agitadores judíos. Hasta entonces, debemos tratar de soportar las consecuencias, a veces difíciles, del terrorismo aéreo británico-estadounidense.

Debemos permitir que estos crímenes nos invadan con dureza tenaz. Es parte de la guerra, y depende del éxito con la que nuestra nación la lleve dependerá en gran medida la victoria venidera. Recientemente estuve en las áreas amenazadas del oeste y noroeste para ver las cosas por mí mismo. El ciudadano medio del Reich no tiene idea de lo que la gente allí debe soportar, en qué condiciones primitivas deben restablecer sus vidas destrozadas, qué alta moral y qué actitud aún muestran. Quien todavía se cree con derecho a quejarse de tal o cual inconveniente de la guerra, debería volver la vista hacia Essen, Dortmund, Bochum, Wuppertal o las demás ciudades de la región y avergonzarse de atreverse siquiera a comparar sus problemas y quejas ante el sufrimiento de la población de allí. Si alguien tiene derecho a quejarse, son los del oeste y el noroeste. Y no lo hacen. Luchan con asombrosa fuerza de espíritu y determinación fanática contra el fuego y la devastación. En las noches de bombardeos, hombres, mujeres y niños hacen guardia, protegiendo en la medida de lo posible sus hogares y pertenencias, mostrando milagros de valentía contra los cuales al final el terror británico-estadounidense se hará añicos.

Cada científico e investigador que trabaja contra la tecnología de guerra enemiga, cada trabajador e ingeniero que construye nuestros nuevos bombarderos, cada joven piloto que estudia desde la mañana hasta altas horas de la noche para atacar algún día al enemigo, cada uno de ellos tiene ante sus ojos a esta parte de nuestro pueblo y trabaja incansablemente para acelerar la hora de la venganza. Como hijo de mi patria, Alemania Occidental, hablo a todos los alemanes, pero sobre todo a mi propia gente. Sé lo que habéis tenido que soportar en las últimas semanas. También sé que ante cualquier dolor que pueda sobrevenirles a ustedes personalmente o a nuestra patria, mantendrán la actitud adecuada. Los que vivimos en la frontera siempre lo hemos pasado mal. Así como no nos doblegamos después de la Primera Guerra Mundial ante la ocupación enemiga ni ante el separatismo que ellos alentaron, nuestras ciudades y pueblos nunca se doblegarán ante el terror de los bombardeos británicos. El enemigo puede bombardear nuestras casas hasta convertirlas en escombros.

Los corazones del pueblo arderán con un odio que no podrá extinguirse. Llegará la hora de la venganza. Después de la guerra, será deber de toda la nación recompensar su heroísmo reconstruyendo sus casas y ciudades de manera más hermosa que antes. La vida florecerá una vez más, y en el futuro, sus hijos y los hijos de sus hijos hablarán de la valiente resistencia de sus padres y madres, quienes con su heroísmo habrán ganado coronas imperecederas para los escudos de armas de sus orgullosas ciudades. Los ingleses están utilizando la guerra aérea contra nosotros. Estamos usando submarinos contra ellos. Los resultados de la guerra aérea son más visibles, pero la campaña submarina es más importante para la guerra a largo plazo, ya que sus heridas son más profundas. Hasta mayo de este año, la marina alemana y la Luftwaffe han hundido 26,5 millones de BRT de barcos enemigos. La importancia de esa cifra queda clara cuando se recuerda que la guerra submarina alemana casi derribó a Inglaterra en 1917 y 1918, mientras que sólo hundió unos 12 millones de BRT. Por supuesto, los ingleses admitieron eso sólo después de la guerra. Durante la guerra, junto con los estadounidenses, alardeaban, como hoy, de su nueva construcción y ponen en duda nuestras estadísticas. Cualesquiera que sean los nuevos barcos que el enemigo lance, no podrán reemplazar los que hemos hundido. Además, los suministros y la mano de obra que se destinan a la construcción de barcos no pueden utilizarse para otras producciones de guerra. Y su fuerza laboral, base de la producción bélica, no se compara con la nuestra. Lo único que el enemigo puede hacer mejor que nosotros es alardear. Ni siquiera los árboles en Estados Unidos crecen hasta el cielo. Tenemos todos los motivos para

ignorar las estadísticas de fantasía del enemigo. No los ignoramos por completo, pero tampoco sobreestimamos su importancia. La naturaleza del combate en el mar es cambiante. A los períodos de gran éxito les siguen períodos de derrota, dependiendo del estado de nuestras fuerzas atacantes, por un lado, y de las capacidades defensivas del enemigo, por el otro. La batalla se libra no sólo en los océanos, en el aire o en los campos de batalla, sino también en institutos y laboratorios científicos. Cada nuevo método de ataque es seguido con el tiempo por un nuevo método de defensa, y cada nueva técnica defensiva provoca un nuevo método de ataque. Esto es especialmente cierto en una lucha de vida o muerte, la guerra submarina, por ejemplo. A los periodos de mayor éxito de nuestros submarinos les han seguido periodos de menor éxito. Pero el enemigo siempre se jacta demasiado pronto cuando cree que finalmente ha vencido. Con bastante frecuencia ha declarado que el peligro submarino había terminado, sólo para ser persuadido en poco tiempo de lo contrario. Realmente tiene todos los motivos para ser cauteloso en sus predicciones. Por ejemplo, hundimos 629.000 toneladas en octubre de 1940, pero sólo 203.000 en enero de 1941.

Tres meses después, en abril de 1941, la cifra era 1.000.211 BRT de barcos enemigos. Entonces también el Almirantazgo británico fue el primero en alardear cuando las estadísticas cayeron, pero tres meses después el público inglés volvió a sentir pánico. La lucha en el mar es dura y peligrosa. Ambos bandos lo combaten con creciente crueldad. Nuestras tripulaciones de submarinos saben lo importante que es su trabajo para la guerra. Al final, la balanza del destino se inclinará en nuestra dirección. A largo plazo, el enemigo debe esperar pérdidas devastadoras. Sus rutas de suministro serán cortadas nuevamente, destruyendo sus posibilidades de éxito. Una guerra de tal escala no se mide en centímetros. Esto es lo que sabemos: el pueblo alemán puede tener confianza. Sus vastos esfuerzos por una guerra total no han sido en vano. Se usarán algún día. Nuestros enemigos pueden preguntarse cuándo y cómo. Pueden creer que la iniciativa ha pasado permanentemente a ellos y que los dirigentes alemanes esperan con miedo y temblor sus acciones. El futuro, sin embargo, decidirá quién debería estar ansioso. Estamos esperando, pero de forma diferente a como cree el enemigo. Hablan de la invasión de Europa como si fuera la cosa más obvia del mundo.

Los judíos son los que más quieren la invasión, presumiblemente porque ninguno de ellos estará involucrado. Estarán tocando las canciones de batalla. Los soldados estadounidenses y británicos tendrán que pagar la maldita cuenta. Nuestro ejército los está esperando. Dunkerque y Dieppe son advertencias contra una invasión británico-estadounidense. Roane Waring, el comandante de la Legión Estadounidense, regresó recientemente de un viaje al norte de África. Dijo: “Las fuerzas estadounidenses han sufrido pérdidas terribles. Las pérdidas son mucho mayores de lo que Eisenhower ha admitido, y lo peor está por venir. Túnez es sólo un anticipo de lo que nos espera en Europa”. El observador militar británico Cyrill Falls añade la siguiente advertencia: “Quiero advertir contra la subestimación. Habrá batallas sangrientas una vez que las fuerzas aliadas se enfrenten a las fortificaciones del Eje. Europa no será conquistada rápidamente. No debemos cometer el error de subestimar las fortificaciones de Francia, Bélgica, Holanda, Dinamarca, Noruega, Italia y el Sudeste. Debemos darnos cuenta de que atacarlos nos costará mucho en sangre y lágrimas”. Los judíos están presionando para que esas lágrimas lleven el drama sangriento hasta el final. Churchill y Roosevelt son sólo sus herramientas.

Quizás uno o dos superobjetivistas piensen que mi caracterización de los líderes enemigos es demasiado burda, pero digo lo que quiero decir. ¿Qué más se puede decir de aquellos que, por un lado, hablan de libertad frente a la miseria y el miedo, pero, por el otro, disparan en la nuca a 12.000 oficiales polacos en el bosque de Katyn? Por un lado cantan: “Adelante soldados cristianos”, mientras que por el otro queman iglesias. Por un lado afirman luchar por la soberanía de los Estados pequeños, pero por otro quieren hundirlos en el caos del bolchevismo. Por un lado, representan la forma más burda de capitalismo y, por otro, el colectivismo más burdo. ¡Tantas afirmaciones, tantas contradicciones! ¿Cómo podemos reconciliarlos sin concluir que estamos tratando con una banda de delincuentes que luchan por dominar el mundo y que quieren someter a Europa al dominio mundial judío? La única razón por la que fueron a la guerra contra nosotros es porque éramos el último bastión en el camino de sus infernales objetivos judío-plutocráticos-bolcheviques. Gobiernan imperios vastos y ricos, pero han demostrado ser incapaces de organizarlos y utilizar a sus pueblos de manera efectiva. Buscan la guerra para gobernar a las naciones pobres y quitarles lo poco que poseen. Esta es una conspiración criminal. O la derrotamos o la humanidad decente y productiva será destruida. A la coalición

enemiga no le sirve de nada intentar ocultar estos asuntos. Los soviéticos pueden abolir el Comintern, pero siguen siendo lobos con piel de oveja. Los plutócratas pueden permitir que sus periódicos contratados discutan planes de reforma social, pero el experto ve detrás de todas las conversaciones la cara despiadada del capitalismo mundial judío que busca seducir y drogar a las naciones de Europa. Habrá que dudar de la justicia del universo y del significado de la historia si no resistimos al enemigo. Está todo claro por qué sus líderes criminales están tratando de ocultar su culpa de sangre, ahora que las naciones están comenzando a despertar. Usando el método judío probado, gritan: "¡La víctima es culpable, no el asesino!" Llenan el mundo con lamentos hipócritas y desechan sus viejos puntos de vista y convicciones, los documentos intelectuales de un mundo en decadencia, cada vez que se convierten en una molestia. Se presentan ante un mundo asombrado como grandes reformadores decididos a mejorar el mundo, ellos que siempre se opusieron a cualquier nuevo orden razonable en el mundo, ¡y de hecho lanzaron una guerra para obstaculizarlo!

Nos sentimos halagados de haber obligado a los soviéticos a disolver al menos exteriormente el Comintern, ese instrumento de destrucción mundial. Pero los judíos de Londres y Washington se regodean demasiado pronto si creen que eso detendrá la labor educativa del Nacional Socialismo. Un documento mentiroso no puede deshacer una práctica que ha violado, torturado, matado de hambre y asesinado a incontables millones de víctimas humanas. La jugada táctica del bolchevismo es sólo otra razón para que revelemos al mundo sus crímenes planeados. Pueden pasar años, como sucedió durante nuestra lucha por el poder, hasta que su terrible plan fracase. La gente reconoce cada vez más el trabajo de los judíos en todo el mundo. No les sirve de nada utilizar parlamentos y tribunales para proteger su existencia parasitaria. No pasará mucho tiempo antes de que el mundo entero clame contra los culpables de provocar este terrible drama entre naciones. Queremos estar seguros de que las preguntas sean respondidas. En el Decimoquinto Protocolo de los Sabios de Sión está escrito: "Cuando el rey de los judíos reciba sobre su santa cabeza la corona que Europa le ofrecerá, se convertirá en el patriarca del mundo entero".

Los judíos a menudo han estado cerca de ese triunfo, tal como creen que lo están hoy. Pero siempre antes cayeron de las alturas a las profundidades. Esta vez también caerá Lucifer. Nuestra Europa no les ofrecerá una corona, sino un puño cerrado. El judío no será el patriarca del mundo, sino más bien el leproso, la escoria, la víctima de sus propios deseos criminales, que rompen contra nuestras fuerzas y nuestros conocimientos. Ante este peligro para el mundo, el sentimentalismo está fuera de lugar. Puede ser que algunos no comprendan la importancia de la cuestión judía, pero eso no nos detendrá. Librar a toda Europa de los judíos no es una cuestión de moralidad, sino más bien una cuestión de seguridad internacional. El judío siempre actuará de acuerdo con su naturaleza y sus instintos raciales. No puede hacer otra cosa. Así como el escarabajo de la patata destruye las patatas, el judío destruye naciones y pueblos. Sólo hay una solución: afrontar radicalmente el peligro. Dondequiera que uno mire entre nuestros enemigos, ve judío tras judío. Los judíos están detrás de Roosevelt en su grupo de expertos, los judíos están detrás de Churchill como sus impulsores. Los judíos son los agitadores detrás de toda la prensa angloamericana-soviética.

Los judíos escondidos en el Kremlin son los verdaderos portadores del bolchevismo. El judío internacional es el mortero que mantiene unida a la coalición enemiga. Con sus conexiones en todo el mundo, tiende puentes entre Moscú, Londres y Washington. La guerra es obra suya, la dirige desde las sombras y él será su único beneficiario. Nos enfrentamos al enemigo más peligroso del mundo. No es imbatible. Así como lo derrotamos dentro de Alemania, romperemos su poder, que ahora nos amenaza desde el exterior. Recurre a fantasías sanguinarias de venganza. Eso es bueno, porque sólo muestra su verdadero rostro. Hace unos días uno de sus representantes más destacados anunció un nuevo plan de paz de la Casa Blanca. Incluye: "La ocupación completa de Alemania y su dominio por un gobierno militar anglo-bolchevique-estadounidense. La toma de control de toda la administración alemana, la disolución completa de la industria alemana y el envío de todas las tropas alemanas por un período indeterminado como trabajadores a los territorios ocupados, especialmente a Siberia. Es posible que Alemania nunca vuelva a convertirse en una potencia fuerte. Una vez que se deje el suministro de alimentos más espartano al pueblo alemán, los productos agrícolas restantes se enviarán a las potencias enemigas. Es posible que Alemania no siga siendo una nación unificada. Se prohibirá la educación para una conciencia nacional alemana. Los productos de la industria alemana

deberían beneficiar al pueblo alemán sólo en la medida necesaria para que pueda alimentarse". ¿Hay alguien en Alemania que preste atención a este programa? Refleja precisamente lo que los judíos del Kremlin han planeado para nosotros. Lo sabemos. Nadie se hace ilusiones.
Incluso el pequeño grupo de superobjetivistas debe tener ahora claro que ha llegado la hora. De lo contrario, la Alemania actual no los necesita. Nuestros muertos nos han dejado obligaciones, y nosotros los vivos tenemos la obligación de hacer su voluntad. Cualquiera que dude de la victoria no tiene derecho a ser parte de nuestra comunidad. Quien hace caso a lo que dice el enemigo es un traidor a nuestra causa. ¿Quién perjudica nuestros esfuerzos de guerra al transmitir rumores enemigos y pecados contra nuestro pueblo, por los cuales cientos de miles de soldados han muerto heroicamente? Debemos tomar medidas inmediatas contra estos tipos habladores. Puede que solo haya unos pocos, pero el enemigo cree que puede usarlos. Queremos vivir en una atmósfera de guerra limpia. Nuestro pueblo exige que los apóstoles del mundo con enfermedades mentales, incluso si actúan sin querer y son una minoría ridícula, vayan a la cárcel. Lloyd George, primer ministro británico durante la Primera Guerra Mundial, escribió en sus memorias: "Si Alemania hubiera tenido un líder de la talla de Bismarck o Moltke en lugar de Bethmann-Hollweg y Falkenhayn, el resultado de la gran batalla entre las autocracias militares y las democracias con toda probabilidad habrían sido diferentes.

Los errores de Alemania nos rescataron de los resultados de nuestros propios errores. Ahora contamos con el fuerte liderazgo nacional que nos faltaba entonces. Sabe qué hacer para que el actual primer ministro británico no pueda decir lo mismo del pueblo alemán al final de esta guerra. Los rumores y las conversaciones vagas se desvanecen ante la dura realidad de la guerra. Se decidirá con armas poderosas y corazones fuertes. El pueblo alemán los posee en plenitud. Sólo es necesario utilizarlos. Aliados verdaderos y leales, las naciones del Eje, están a nuestro lado. Ellos también luchan por sus vidas. Casi toda Europa está trabajando para apoyar nuestro esfuerzo bélico. Los frutos de nuestra lucha e industria comunes algún día llegarán. Después de la victoria, nuestra parte del mundo será una poderosa comunidad continental compuesta de pueblos libres que se han dedicado a una gran causa común. Sólo así Europa podrá seguir viviendo. De lo contrario, se desmoronará y se convertirá en presa fácil de la anarquía y el bolchevismo. Ningún verdadero europeo puede querer eso. Ya casi termino. Hoy más que nunca, el pueblo alemán en esta guerra ha tenido una gran oportunidad histórica. Cada uno de nosotros tiene más que nunca el deber de aprovechar esta oportunidad para su vida y la de sus hijos. La nación demostrará ser digna de la gran hora y obtendrá su victoria más orgullosa.

Pero no nos será dado, sólo puede ganarse mediante una firme determinación en la batalla y el trabajo. Nadie mejor que nosotros sabe lo difícil que es y cuántos amargos sacrificios exige. Pero nuestro futuro será aún más duro y amargo si no afrontamos el desafío. Cada guerra trae consigo sus pruebas. Sólo entonces una nación podrá mostrar su dureza y su estatura histórica. Ningún poder en la tierra puede evitarnos la prueba; es enviado por el destino mismo y hay que resistirlo, porque no hay otro camino. Después de una gran prueba, el tiempo se aclara, como dijo una vez el gran rey de Prusia, y el cielo vuelve a estar brillante. Nosotros mismos lo hemos experimentado con demasiada frecuencia durante la guerra como para olvidarlo ahora. Lo que queda es el coraje varonil que acepta los golpes del destino y al final los resiste. A diferencia de la coalición enemiga, el pueblo alemán tiene la suerte de tener una visión clara del mundo. No necesitamos ignorar nuestro programa para satisfacer las demandas de la guerra.

Al contrario, lo afirman esas exigencias. Una vez que hayamos dominado esta guerra, llegará una nueva era de crecimiento alemán, de socialismo alemán y de fuerza nacional alemana. Las grandes enseñanzas del partido obtenidas durante nuestra lucha de catorce años por el poder son hoy la estrella guía de toda la nación en esta lucha mundial. Su poder continuo da fuerza a la nación para las pruebas de la guerra. Si Alemania se mantiene unida y marcha al ritmo de su perspectiva socialista revolucionaria, será imbatible. Nuestra indestructible voluntad de vivir y la fuerza motriz de la personalidad del Führer lo garantizan. Aún no podemos medir lo que significa tener al frente de la nación un hombre que incorpora la voluntad de vivir y la confianza en la victoria de todo el pueblo. Perdimos la Guerra Mundial sobre todo porque nos faltaba una personalidad dirigente tan grande. Ganaremos esta guerra porque esta vez él está ahí. Nuestras posibilidades de ganar hoy son mucho mayores que entonces, sin embargo, el primer ministro británico cree que habríamos ganado esa guerra si hubiéramos tenido un liderazgo nacional fuerte. Hoy lo tenemos. ¡Qué más necesitamos para creer en la victoria! Cada percance de la guerra sólo fortalece nuestra fe. En medio de los altibajos de la guerra, volvemos nuestra mirada

al Führer para recuperar nuestras fuerzas. No podemos ser derrotados, a menos que nos derrotemos a nosotros mismos. Pero el pueblo alemán está hoy lejos de semejante comportamiento suicida. El enemigo puede atacar nuestros nervios con trucos, astucias y maldad. Nadie le hará el favor de debilitarse. Tendrá que recurrir a las armas y nuestros soldados darán la respuesta adecuada en el campo de batalla. Alemania y sus aliados se enfrentan al complot más infernal contra la libertad de la humanidad que jamás haya conocido la historia. No debemos temer sus amenazas. Lo afrontamos con la frente en alto. Caerá bajo los golpes de la espada alemana tantas veces como sea necesario. El enemigo no recibirá misericordia. Eliminemos toda debilidad de corazón, toda piedad, toda credulidad bondadosa. La nación alemana se ve obligada a defender su propia vida. Luchará dondequiera que haya oportunidad. La victoria espera al final. Nuestro enemigo no lo cree. Se lo demostraremos.

Joseph Goebbels - en las primeras filas.

18 de junio de 1943

Un motivo triste y conmovedor me trae hoy de regreso a la ciudad de mi juventud. Estoy aquí como representante del Führer y de todo el pueblo alemán para despedirme de los muertos de Wuppertal, víctimas de las ruinas dejadas por el terror aéreo británico. Ante el frente y la patria, me inclino con orgullo y dolor ante los civiles muertos que pagaron con sus vidas su lealtad al Reich. Esta conmovedora ceremonia me resulta especialmente triste, ya que afecta a una ciudad en la que pasé los mejores años de mi lucha política. Innumerables recuerdos me unen a esta ciudad, a su gente y a toda la provincia de Renania-Westfalia. Les hablo como hijo de esta tierra bendecida en paz, alabada en canciones, una tierra que cualquiera que sea el destino que le sobrevino nunca perdió sus lazos con la patria. Viví y trabajé aquí durante muchos años. Las raíces de mi trabajo público están aquí. En 1924, 1925 y 1926 se formó aquí a mi alrededor un grupo de Nacional Socialistas leales. Desde aquí llevamos la bandera de la revolución Nacional Socialista hasta lo más profundo de Renania y el Ruhr. Es nuestra patria común, ante cuyos muertos nos inclinamos en esta hora.

Regreso hoy para despedirme de los muertos de esta ciudad. Entre ellos se encuentran muchas personas queridas para mí, con quienes he pasado innumerables horas de alegría y placer, pero también de tristeza y decepción en la eterna lucha por el Reich. Tengo derecho a hablar no sólo como delegado del Führer y no sólo como representante del pueblo alemán, sino también en nombre del pueblo duramente probado de esta hermosa provincia. Expreso los sentimientos de tristeza y orgullosa amargura que conmueven el corazón de cada alemán. El dolor y la tristeza compartidos por tantas familias en las zonas afectadas por los bombardeos son parte de la tristeza y dolor de todo el pueblo alemán. En el pasado compartimos los placeres de la orgullosa resurrección de nuestra vida nacional. Hoy compartimos en hermandad el dolor y las tristezas que la guerra trae a tantas familias alemanas. Estoy con ustedes, mis conciudadanos de Renania-Westfalia, para decirles que esta provincia no lucha sola en alguna posición perdida. Todo el pueblo alemán está con vosotros y os rodea de amor y lealtad. Con orgullosa admiración, la nación observa la dura y amarga resistencia de esta parte de nuestro pueblo frente al terror aéreo enemigo.

El enemigo puede dejar ciudades y pueblos en hollín y cenizas, pero nunca podrá quebrar el corazón humano. Las enormes penas y cargas, el dolor y las torturas que recaen sobre los hombros de esta población son parte de una guerra más amplia. Es deber de la nación alemana hacerse cargo de tantos como pueda y tan rápido como pueda. Se está haciendo lo que se puede hacer para aliviar sus dificultades materiales. El gobierno del Reich está haciendo todo lo posible, en cooperación con el partido local y las oficinas gubernamentales, para ayudar. Es posible que el enemigo haya dejado sus casas y apartamentos en ruinas. Pueden estar seguros de que cuando se obtenga la victoria, todo el pueblo alemán utilizará su enorme fuerza para reconstruir los pueblos y ciudades destruidos de esta provincia y hacerlos más hermosos de lo que eran antes. Nueva vida surgirá de las ruinas que nos rodean. Lo que ha sido destruido será reconstruido, pero ahora debemos hacer todo lo posible para permitir que la vida continúe, incluso en condiciones primitivas. Todos los daños no se pueden reparar. No podemos resucitar a los muertos. Han caído en el campo del honor mientras luchaban por la libertad y la grandeza de Alemania, al igual que los soldados en el frente. Ya sean hombres, mujeres o niños, fueron víctimas de un enemigo cínico que intenta lograr mediante el malvado y pérfido terror aéreo lo que no puede lograr con la fuerza de las armas: quebrar la moral de nuestro pueblo. No necesito hablar de eso. Todos sabemos de qué se trata esta guerra. El propio enemigo nos ha dicho

muchas veces que, si somos débiles, tendremos una paz en comparación con la cual la guerra es una bendición. Se trata de un intento insidioso de exterminar a las personas más grandes y orgullosas de la tierra. La nación alemana resiste unánimemente con armas poderosas y el corazón fuerte de hombres, mujeres y niños. Con una fuerza moral sin precedentes, están resistiendo a los insidiosos ataques del enemigo, a su cobarde asalto a su honor con unidad y firmeza nacionales. Nuestros muertos son sus testigos. Estamos obligados con ellos. Mientras los depositamos en la madre tierra, sabemos que reposan en la misma tumba de honor en la que duermen nuestros soldados en el frente. Los alemanes reciben su herencia. Llegará el día en que nos vengaremos de ellos. Deseo hablar aquí tan alto que nadie pueda dejar de oírme. Estoy aquí como acusador ante el público mundial. Acuso al enemigo de llevar a cabo un terror aéreo brutal sin otra razón que torturar a una población civil indefensa, infligirles tristeza, horrores, dolor y muerte como una forma de obligarlos a traicionar a su nación. Un intento así nunca tendrá éxito. Estos actos cobardes sólo traerán vergüenza eterna a las naciones cuyos gobiernos llevan a cabo una guerra tan despreciable e insidiosa contra las mujeres, los ancianos y los niños. El enemigo sabe que sólo está causando daños limitados a nuestros armamentos y a nuestras industrias bélicas. Ese no es su objetivo. Su objetivo es torturar a civiles indefensos, llevar la muerte a sus hogares y viviendas e intentar quebrar la moral alemana.

Es su último intento de salvar su estrategia militar, que de otro modo sería desesperada. Numerosas mujeres, ancianos y niños asesinados testifican contra los plutócratas angloamericanos. Se unen a mí para acusar una política militar que se burla de todos los estándares de la decencia humana. Innumerables escuelas, hospitales, iglesias y monumentos culturales destruidos se unen a mí levantando sus manos desde entre las ruinas para condenar una estrategia militar que comete tales crímenes. No le hará ningún bien al enemigo utilizar los métodos probados y verdaderos de los hombres judíos detrás de escena al convertir a los acusados en acusadores y a los acusadores en acusados. La culpa de librar la guerra contra poblaciones civiles recae claramente en los plutócratas occidentales. Nunca podrán lavarse las manos de su responsabilidad. Este tipo de terror aéreo proviene de los cerebros enfermos de los destructores de mundos plutocráticos. El Führer hizo todo lo que pudo para evitar la guerra y librarla de manera humana después de que le fue impuesta. Inglaterra, sobre todo, rechazó sus esfuerzos. Desde el asesinato de niños en Friburgo el 10 de mayo de 1940 hasta el presente, una larga serie de dolor y profunda miseria humana causada por los bombardeos británico-estadounidenses contra ciudades alemanas atestiguan contra Inglaterra y Estados Unidos y sus cobardes y terribles líderes plutocráticos.

El enemigo incluso admite su culpa en momentos de descuido. No oculta sus esperanzas de que la guerra aérea destruya la capacidad de resistencia del pueblo alemán en su patria. Un portavoz oficial dijo recientemente de forma abierta en la radio inglesa: “Uno se sorprende sintiéndose feliz de que hombres, mujeres y niños se vean obligados a sufrir de manera tan terrible”. Es casi una incitación directa al asesinato de mujeres y niños alemanes cuando hace algún tiempo una nueva agencia británica escribió: “Por el amor de Dios, manos a la obra con la población civil alemana. Esa es la única manera de quebrar su moral”. Incluso la Iglesia de Inglaterra dijo recientemente: “No podemos apoyar la campaña para prohibir los ataques aéreos a las ciudades porque matan a civiles. Todos somos iguales a los bombarderos. Las bombas no distinguen entre hombres, mujeres y niños”. Eso dice la iglesia inglesa. Los dirigentes militares angloamericanos sólo se diferencian en que no sólo no hacen distinciones entre hombres, mujeres y niños, sino que ni siquiera desean hacerlo.

Deliberada y cínicamente llevan la guerra a zonas civiles, las convierten en campos de batalla y obligan a las mujeres, los ancianos y los niños a vivir y luchar como soldados. El destino y el futuro de nuestro pueblo se deciden no sólo en el frente, sino también en la patria. Los niños que caen bajo el terror enemigo preparan el camino para millones de otros niños en el futuro. Las mujeres que pierden la vida a causa del terror de los bombardeos enemigos preparan el camino para que millones de mujeres den a luz en las próximas décadas y siglos. Mientras les hablo con el más profundo dolor y el más orgulloso recuerdo de aquellos que han caído en esta ciudad y en todo el Reich, sé que expreso los sentimientos más profundos del pueblo de esta provincia. El sacrificio de vidas que tantos de sus conciudadanos han hecho porque la libertad y el futuro de la patria no es más que una razón y una obligación para que usted continúe con su amarga resistencia al terror aéreo enemigo. No es costumbre hablar de odio junto a una tumba. La muerte suele traer no sólo dolor, sino también una especie de reconciliación. Pero en este caso clama

venganza. Los muertos cuya memoria honramos hoy son víctimas del cinismo frío y calculador del enemigo. El cinismo sólo terminará cuando sea derrotado por dolorosos y repetidos contragolpes. A través de mí, el pueblo alemán alaba a nuestros muertos. Entendemos sus muertes en este sentido y sabemos que no murieron en vano. Se acerca la hora en que derrotaremos al terrorismo con el contraterrorismo. El enemigo está cometiendo un acto sangriento tras otro. Algún día tendrá que pagar la cuenta. Innumerables ingenieros, trabajadores y constructores están trabajando para acelerar ese día. Sé que el pueblo alemán espera con impaciencia. Conozco los pensamientos que llenan nuestros corazones al recordar a los que han caído en la guerra aérea. El nombre del enemigo ha quedado escrito profundamente en nuestros corazones durante las dolorosas semanas pasadas. Esa será la base de nuestras próximas acciones. Hasta ese día, la gente de este distrito deberá soportar sus pesadas cargas con firmeza Nacional Socialista. La nación entera sigue sin aliento la batalla. Las ciudades que sobrevivan a pesar del fuego y los escombros recibirán laureles imperecederos en sus escudos de armas.

Cuando resuene en todo el Reich el feliz día de la victoria, que todos no sólo anhelamos sino que hacemos todo lo posible para lograrlo, las banderas de nuestro Reich se alzarán en lo alto de las calles y edificios en ruinas. Más que cualquier otra provincia del Reich, estas áreas podrán decir: La guerra nos puso en las primeras filas del frente interno de combate. Nos mostró su rostro espantoso. Ahora tenemos el primer derecho a inclinarnos ante la diosa de la historia para recibir los laureles de la victoria.

Joseph Goebbels - cultura alemana inmortal.

26 de junio de 1943

Si uno imaginara la cultura occidental sin las contribuciones de Alemania e Italia, faltarían muchas cosas. Por muy obvio que parezca, hay que repetirlo de vez en cuando para dar una respuesta breve pero persuasiva al discurso arrogante del enemigo. Les encanta pretender ser protectores y defensores de un arte y una cultura que ellos mismos no han creado, o a las que hicieron, en el mejor de los casos, una modesta contribución que podría desaparecer sin mucho daño al edificio cultural. Los tesoros artísticos que poseen fueron en su mayoría robados por sus ejércitos en Europa o el resto del mundo. Apenas tienen logros culturales propios, y los que tienen provienen de la conciencia espiritual de esa parte del mundo que hoy están tratando de destruir. Ciudades como Núremberg y Múnich o Florencia y Venecia contienen más manifestaciones eternas de la cultura occidental que todo el continente norteamericano. ¿Qué músicos tienen los ingleses para comparar con Beethoven o Richard Wagner, y qué artistas pueden presentar los estadounidenses para igualar a Miguel Ángel o Leonardo da Vinci? No pueden hablar de cultura humana.

Lo tenemos y seguimos siendo hoy sus guardianes, guardianes y protectores.
Tenemos que recordar eso para comprender y apreciar adecuadamente la gigantesca lucha en la que están involucradas las potencias del Eje. Estamos luchando por los valores básicos que Europa ha creado en sus miles de años de historia. Es más, estamos luchando por la fuente misma de estos valores, tanto en el pasado como en el futuro. Las raíces mismas de Europa están amenazadas. Las naciones que hicieron la mayor contribución a Occidente están luchando por su existencia material y espiritual. Si se rindieran, nuestro continente lo perdería todo. Se cortarían las raíces mismas de su crecimiento, que tantos frutos han dado a lo largo de dos milenios. Es estúpido y fácil de refutar cuando nuestros enemigos mantienen que están luchando sólo contra el liderazgo actual de las potencias del Eje, no contra sus pueblos. Eso es lo que siempre han dicho, pero lo olvidaron cuando llegó el momento de actuar, como por ejemplo en 1918 y 1919. En segundo lugar, estos regímenes son la expresión natural del pensamiento político moderno de sus pueblos. No tienen otra forma razonable de gobierno.

La afirmación de que su estructura autocrática quita vida al arte, e incluso imposibilita su progreso, es fácilmente refutada tanto en la teoría como en la práctica. Estos regímenes no son tan autocráticos como se les acusa de ser. De hecho, tienen rasgos democráticos más fuertes que las democracias tradicionales y, además, la historia de la cultura muestra que en todas partes y en todo momento el arte no pregunta bajo qué sistema político vive. A lo largo de los siglos, papas y reyes tiránicos construyeron iglesias y edificios seculares. Las mejores pinturas de Europa provienen de épocas llenas del ruido del campo de batalla. Las familias nobles demoníacas promovieron el mayor florecimiento de las artes visuales, mientras sus ciudadanos vivían con miedo. Incluso ignorando el pasado, el presente refuta las afirmaciones estúpidas y viles que nuestros enemigos utilizan para ocultar sus acciones, que se oponen a la cultura o la destruyen. Es una violación de la sana comprensión justificar los enloquecidos ataques de aviones terroristas ingleses o estadounidenses contra ciudades alemanas o italianas por motivos culturales. Los centros culturales alemanes o italianos construidos durante siglos quedan reducidos a hollín y cenizas en pocos minutos. Esto es mucho más que un intento de aterrorizar a nuestra población, y mucho menos de atacar nuestra producción de armamentos. Esto es evidencia de un complejo de inferioridad histórico que quiere destruir lo que el enemigo es incapaz de producir por sí mismo y nunca ha creado en el pasado. La humanidad europea debe avergonzarse de que un piloto terrorista estadounidense, canadiense o australiano de 20 años pueda destruir una pintura de Alberto Durero o Tiziano, que pueda destruir la obra de los

nombres más honorables de la historia, aunque él y millones de sus compatriotas ni siquiera han oído hablar de ellos. No puede haber ninguna disculpa por tal comportamiento. Es un ataque frío, cínico y calculador del niño mimado de Europa. Estos advenedizos del Nuevo Mundo se vuelven contra el Viejo Mundo porque es más rico en alma y espíritu. Sus eternos logros artísticos contrastan con rascacielos, automóviles y refrigeradores. ¿No es interesante que los dirigentes ingleses hayan destruido decenas de teatros alemanes, mientras que la propia Inglaterra no tiene ni un solo teatro serio? Y ni siquiera vale la pena mencionar a los estadounidenses. Arrasan las ciudades de Europa y sus hitos culturales, ya que no hay nada con qué compararlos en Chicago o San Francisco. Su terrorismo con bombardeos destruirá esa parte del arte y la cultura europeos que no pueden comprar. Sabemos lo que están haciendo. Esta guerra es algo más que nuestro pan de cada día, nuestro espacio vital y nuestra paz. Más que nunca tenemos que defender nuestras posesiones más valiosas, las cosas que hacen que valga la pena vivir, sin las cuales la vida humana no tiene sentido, como las vidas de nuestros enemigos de las estepas del este. La guerra es ciertamente un gran destructor, pero también contiene elementos constructivos que aparecen de repente en medio de su labor destructiva.

Nos roba nuestros sentidos, pero también los devuelve. Nunca antes los pueblos de nuestro continente habían podido ver con tanta claridad dónde se encuentra Europa y qué debemos hacer. Los tiempos de paz confortable pueden hacer que el atractivo de la comodidad material parezca demasiado satisfactorio. La guerra lo borra todo. Aleja el embotamiento y la indiferencia, y nos devuelve a las raíces y fuentes de nuestra fuerza, enseñando que no sólo de pan vive el hombre. Nunca el pueblo alemán ha tenido tal impulso hacia las cosas intelectuales y espirituales como lo tiene hoy. No me refiero a las manifestaciones menos agradables de la guerra, que siempre están ahí. Pero hay que mirar a nuestros teatros, salas de conciertos, museos y exposiciones de arte. Día y noche, verano e invierno, decenas y cientos de miles de alemanes se sientan o permanecen asombrados ante tanta belleza. Nos hemos vuelto más ricos, más realizados y mejores como resultado de la guerra. Sería un error explicar este desarrollo exclusivamente por razones materiales. Los alemanes no gastan su dinero en arte porque no hay otra manera de gastarlo, como se dice a veces. El camino hacia el arte es el camino hacia sus corazones. El presente con su dolor y miseria nos conduce a las certezas consoladoras de nuestro pueblo, ¿y dónde son más visibles que en el arte?

Vemos en él la respuesta a la furia destructiva de nuestros enemigos. Hoy aprendemos a apreciar lo que ellos no pueden entender, ya que está amenazado. No tiene importancia si esto ocurre ocasionalmente de manera primitiva o, como lo llaman algunos sabelotodo, Kitsch. Con el tiempo las cosas se arreglarán solas. Todos fuimos principiantes alguna vez, y lo que nos agradaba cuando éramos niños muchas veces no nos agrada una vez que somos adultos. Una gran parte de nuestro pueblo aún se encuentra en su infancia en este sentido, lo que deja espacio para una educación y un desarrollo sistemáticos. A pesar de todo nuestro rico y glorioso pasado, somos un pueblo en sus comienzos. Todo está abierto ante nosotros. Sólo necesitamos acercarnos. Sería más que grave si los artistas de hoy no quisieran entender eso. Nunca han tenido un público más entusiasta que el de hoy. Hay que recordar el pasado para saber qué significa eso. Los nuevos cuadros, esculturas, obras de teatro, novelas, sinfonías y óperas ya no interesan sólo a los críticos intelectuales de los periódicos, como ocurría a menudo en el pasado. Hoy deben resistir la mirada y el oído del pueblo.

Es más, tienen que soportar la comparación con las grandes obras del pasado, que la conciencia popular hoy ha comenzado a comprender y que proporcionan los estándares para los nuevos aficionados al arte. La máxima de Goethe es más cierta hoy que nunca: los artistas deben crear, no hablar. La época ofrece a cada uno la oportunidad de poner a prueba sus talentos. A diferencia del pasado, todos tienen las mismas posibilidades. Nadie puede quejarse de que no tuvo oportunidad de hablar, siempre y cuando tenga algo que decir. Que tome la pluma, el pincel, el cincel y el compás y hable con los instrumentos de su arte y su vocación a una época que espera la iluminación. Es casi un milagro que en medio de esta gigantesca batalla, el arte pueda existir, casi al margen de las tormentas de la gigantesca y fatídica lucha de nuestro pueblo. Si se necesitara alguna prueba del apoyo del Nacional Socialismo a las artes, esta es la prueba. Eso no significa que los artistas puedan ignorar lo que sucede a su alrededor. Puede haber algún artista aquí o allá que crea que, dado que su arte no se refiere a la guerra, las leyes elementales de la guerra no se aplican a él. Hay que recordarle su deber, quizá con bastante firmeza. Su trabajo, aunque no esté relacionado con la guerra, no es un fin en sí mismo. Él sigue trabajando por su

pueblo, que está soportando las cargas más pesadas y los dolores más profundos. Tiene derecho a esperar que el artista lo reconozca, sobre todo porque disfruta de una libertad creativa en medio de la guerra que nunca tuvo en tiempos de paz normal y sin molestias. En este cuarto año de guerra, tengo el honor de inaugurar en nombre del Führer la séptima Gran Exposición de Arte Alemán en la Casa de Arte Alemán de Múnich. La hermosa e impresionante exposición no es independiente de su antigüedad. Su forma está influenciada por ello. Contribuye a la guerra en el frente. Nuestros artistas aquí dan la mejor evidencia de su energía y su fanatismo creativo.Como en los últimos años de la guerra, el Führer no puede estar con nosotros, pero sí lo está su espíritu. Este monumento cultural, el edificio y la exposición son obra suya. Fue construido en paz, mantenido y ampliado en guerra, y apunta a una paz feliz y bendecida. Su esplendor hoy nos da una señal de lo que será cuando llegue la victoria, en la que hoy creemos más que nunca. Saludo al Führer en esta gran época, de la que él es creador. El andamio sigue ahí y sólo el experto puede ver lo que tiene en mente su creador. Pero todos podemos creer en ello. Lo hacemos con toda la fuerza de nuestro corazón.

Joseph Goebbels - el festival de los corazones fuertes.

24 de diciembre de 1944

El ministro del Reich, Dr. Goebbels habló por radio en Nochebuena ante el pueblo alemán. Entre otras cosas el ministro dijo:

El pueblo alemán celebra hoy la navidad de su sexto año de guerra. Sé que hoy me dirijo a millones de personas que están separadas de sus familias y seres queridos. En esta Nochebuena forman parte de la gran comunidad alemana de los que están solos. A ellos les hablo sobre todo. El lenguaje humano es inadecuado para expresar la tormenta de sentimientos que tenemos en esta la sexta navidad de la guerra. Atrás queda un año único en la historia de Alemania. Nunca antes nuestro pueblo había tenido que soportar un destino tan difícil ni demostrar su heroísmo en tal medida como en este año. No necesito hablarles del dolor y la preocupación, de la privación y el auto-sacrificio que expresan la suma de nuestro heroísmo alemán. Cada uno de nosotros lo sabe por propia experiencia. No necesitamos engañarnos unos a otros. Vemos la guerra de manera realista, no a través de ilusiones de color de rosa. ¿Quién podría olvidar las imágenes casi apocalípticas del frente y de nuestra patria sometida a duras pruebas?. Si esta noche expreso con confianza la profunda fe que todos tenemos y nuestra firme esperanza de un futuro más hermoso y brillante para nuestro pueblo, lo hago porque estoy inquebrantablemente convencido de que el desarrollo actual y futuro de la guerra encontrará una justificación más profunda y significativa, este es el mejor consuelo al que podemos aferrarnos.

Hemos aprendido en su guerra que la mayor felicidad de la vida está en el cumplimiento del deber y por eso esta Navidad es para nosotros una fiesta de nuestro fuerte corazón, a pesar de las dificultades de la época, porque sabemos que hemos cumplido con las tareas que el destino nos ha encomendado. El éxito no nos ha abandonado, ni lo hará en el futuro. Los pensamientos y deseos de millones de alemanes vuelan a través de cientos de kilómetros hacia aquellos seres queridos de los que estamos separados, pero que en estos momentos casi sentimos físicamente a nuestro lado, incluso cuando han muerto por la patria. Nuestros hijos y padres, madres y niños que han caído en el frente y en la patria se levantan de sus tumbas para permanecer en silencio a nuestro lado, no solo para restaurar los lazos rotos de la familia, sino también para restaurar sus vínculos con nuestro pueblo.

Si nos preguntaran si sus muertes heroicas todavía tienen significado hoy, y si hemos demostrado ser dignos de sus muertes o si lo seremos en el futuro, podríamos responder con orgullo que sí. Todo lo que hemos soportado y debemos soportar aún, no es en vano. Hemos empapado el suelo de nuestra fe con sacrificios y privaciones, pero de ahí han surgido grandes cosas. Ha llegado el momento de cambiar el mundo. Es cierto que las fuerzas de las tinieblas todavía resisten la creciente luz, pero no podrán extinguirla. Ése es el significado de esta guerra, por terrible que a veces pueda ser su locura destructiva. Es una crisis mundial, pero no una catástrofe mundial. Las crisis son los puntos de inflexión de una enfermedad. Si la persona enferma todavía tiene un núcleo sano, a menudo es el punto de inflexión que conduce a la recuperación. Lo mismo ocurrirá en esta guerra y esta tarde cuando las personas y los pueblos reflexionemos, nos daremos cuenta que los alemanes tenemos todos los motivos para tener ante nosotros la gran misión histórica que la Providencia nos ha confiado en esta guerra. Esta se extiende mucho más allá de nuestra propia era. Somos vagabundos entre dos mundos, uno debemos superarlo y el otro lo debemos ganar. El camino discurre por profundos abismos y nos estremecemos si miramos hacia ellos. Varias veces en los últimos meses caminamos por colinas estrechas con peligros en ambos lados, pero no tropezamos. Seguimos nuestro camino con seguridad y

determinación y siempre encontramos tierra firme bajo nuestros pies. Si repasamos el año pasado nos damos cuenta de que a pesar de todo siempre encontramos terreno seguro en medios e los confusos acontecimientos que nos rodean. Habríamos estado perdidos si como otros pueblos, nos hubiésemos rendido. Cómo eso no sucedió enfrentamos todos los peligros con éxito, con el resultado de que nuestros poderes nacionales de resistencia y ataque han alcanzado un nivel tal que incluso nuestros enemigos están angustiados y llenos de la más profunda envidia. ¡Qué más prueba se necesita de que el pueblo alemán no está destinado a la derrota como nuestros enemigos han intentado persuadirnos repetidamente, sino que por el contrario, está llamando a un gran futuro!. Este año en el Reich no hay muchas velas encendidas en los árboles de navidad. Eso no es lo peor. Mucho más difícil de soportar es que innumerables familias hayan perdido sus hogares o lamenten la pérdida de un ser querido que sacrificó su vida por la patria y que ya no puede estar con ellos.

Conozco todos los dolores que esto conlleva y quiero expresar todos los profundos sentimientos que deambulan por las amplias tierras de nuestro Reich. Pienso en los millones de soldados que se enfrentan al enemigo ya sea atacando o defendiendo, en el mar o en el aire. No han cedido ante las furiosas masas de hombres y material del enemigo y nunca han flaqueado o cedido. Marchan de nuevo en tierras enemigas movidos por la fe en la inmortalidad de su pueblo. La nación los mira con total confianza, esperando que defiendan nuestra patria contra el ataque de un enemigo despiadado y vengativo. La suya es una tarea histórica sobre la cual depende la seguridad y el futuro de la patria. Qué corazón alemán no late con más orgullo y emoción cuando hablo de nuestros solados, que desde hace más de una semana están de nuevo en la ofensiva en occidente. Su heroísmo inquebrantable y que nunca será quebrantado, ha granjeado la asombrada admiración del mundo entero. Nuestros más cordiales deseos los acompañan en su asalto invernal, que ya ha obtenido importantes éxitos. Nadie puede esperar que vaya más allá de lo que se dice en los informes del OKW sobre las operaciones actuales en occidente, sobre sus preparativos, equipamiento y objetivos.

Eso llegará en el momento y oportunidad adecuados. Quiero decir que todos estamos muy felices y que agradecemos al Führer y a sus soldados con emoción, que les prometemos trabajar con fanatismo y determinación para proporcionarles el material y el apoyo moral necesarios para su dura, pero también gloriosa batalla y que más que nunca estamos orgullosos de que sean ciudadanos de nuestro pueblo. Nuestros enemigos han dejado de reír. Ya no se habla de un paseo hasta Berlín, por el contrario nuestras valientes divisiones que libran batallas invernales en occidente las han enfrentado nuevamente con hechos concretos. Cuando les envío por radio nuestras felicitaciones navideñas a ellos y a todos los soldados alemanes en los frentes de combate, soy el portavoz de todo nuestro pueblo. Es un saludo desde los corazones agradecidos de toda la nación. Esto se extiende también a nuestros prisioneros de guerra alemanes, a los heridos o a los que murieron en el frente enemigo mientras disparaban su última bala. Incluso en fuentes enemigas estamos orgullosos de escuchar con qué nobleza afrontaron su destino y cuanto honor le dieron a nuestra nación.

Les estamos muy agradecidos. Estamos seguros de que algún día regresarán a una patria de la que no se avergonzarán. Me resulta difícil encontrar las palabras adecuadas para recordar a los hombres, mujeres y niños que viven a lo largo de las fronteras o en las zonas afectadas por la guerra aérea, que durante meses, a veces años se han enfrentado al terror y a las amenazas del enemigo con resolución inquebrantable. Los he visitado varias veces en las últimas semanas y cada vez regresé a mi oficina con el corazón desbordante. En lugar de darles fuerza, siempre recibí fuerza de ellos. Se han ganado la admiración que están recibiendo del mundo entero. Saludo y agradezco a la patria que vive y lucha como los que están en el frente. En occidente y en oriente, sobre todo en las zonas amenazadas por la guerra aérea, permanecerán en sus puestos. El frente interno es la vanguardia de nuestro pueblo, nuestra esperanza y nuestro orgullo. Muestra al mundo lo que puede hacer una nación cuando se ve obligada a luchar por su vida. Más que nadie, nuestras madres ven en esta guerra una batalla por la vida y el futuro de sus hijos. Los protegen y quieren asegurarles una patria grande y hermosa. Un río de fe y confianza brota de las madres de nuestro pueblo. Al saludar a nuestros soldados y a nuestras madres, saludo a todo el pueblo alemán. Se han ganado una corona y una estrella que será inmortal e imperecedera. Son las personas líderes en la Tierra. El mundo sabe desde hace tiempo lo que es grande y valiente, pero lo que era decidido, duro y firme sólo se demostró en esta guerra. Tiene todos los motivos para estar orgulloso, ningún otro pueblo habría podido resistir las pruebas que

nos ha puesto el destino. Por eso la victoria es segura, estoy seguro de eso. Mi saludo navideño se extiende a todos. Llega a los alemanes en casa, en el frente, en todas las naciones del mundo y abarca a millones de personas en una comunidad de fe. Nunca quisimos ser en el pasado lo que no somos hoy porque no lo creíamos necesario, el peligro nos obligó a convertirnos en un solo pueblo de ochenta millones de alemanes comprometidos con una idea, hermanos en una sola voluntad, unidos en la fe. En esta hora festiva este pueblo quiere ser un muro para el Führer. Así como deseo transmitirle los deseos del pueblo, también extiendo sus deseos al pueblo. Él es el espíritu que cada uno, con orgullo y dignidad soporta las duras pruebas de esta guerra. Sus pensamientos son solo para su pueblo, su única preocupación durante el día y las noches de insomnio. La mentirosa agitación de nuestros enemigos dice que está enfermo, pero el deseo es padre del pensamiento. El Führer goza de la mejor salud y siempre está lleno de la mayor fuerza mental y espiritual. El mundo aprenderá en el momento adecuado lo que él tiene que decir. Están aprendiendo más de eso de lo que les gustaría.

Mira hacia el futuro de esta guerra con fe y determinación inquebrantables. Nuestra victoria está asegurada por su firme voluntad de nunca cansarse ni vacilar, de nunca inclinarse ante el enemigo, de aprovechar cada oportunidad para atacar al enemigo, de confiar ciegamente en su pueblo, que en esta época salvaje y turbulenta es el mejor y más leal aliado. Nunca he visto al Führer tan lleno de planes y pensamientos sobre el futuro como lo estuvo durante las últimas semanas antes de nuestra nueva ofensiva en occidente, cuando nuestros enemigos en su ceguera intentaron, como tantas veces en el pasado, abrir una brecha entre él y y su pueblo.
Él también tendrá cosas que decirles en el futuro, si hoy con el corazón apasionado le llevamos nuestras felicitaciones navideñas, tanto las del frente de combate como las de la patria trabajadora y duramente probada, es porque estamos casi avergonzados ante la gigantesca carga de preocupación y responsabilidad que tiene que soportar para con su pueblo. Todos queremos dar lo mejor de sí para reducir sus cargas. Él es todo para nosotros, nuestro orgullo y nuestra esperanza, el cumplimiento de nuestros anhelos, el factor constante en las condiciones cambiantes de la guerra, en definitiva todo lo que un líder puede ser para nosotros en medio de la mayor batalla de todos los tiempos. Él nos pertenece como nosotros le pertenecemos a él, enteramente, en cuerpo y alma.

Joseph Goebbels - la nueva era que nos pertenecerá.

2 de enero de 1945

El Ministro del Reich, Dr. Goebbels, habló por radio en Nochevieja al pueblo alemán a través de la radio de la Gran Alemania. Entre otras cosas dijo:

El final del año bélico de 1944 encuentra a la humanidad occidental en una situación verdaderamente trágica. Si los pueblos de Europa, engañados, esperaban que después de cinco años de guerra su desolada situación se aliviaría con la llegada de las fuerzas angloamericanas, los acontecimientos de los últimos meses los han decepcionado amargamente y han castigado las mentiras. Cuando los enemigos del Reich entraron en el nuevo orden de Europa, inevitablemente siguieron el hambre, la miseria y el caos político y económico. Un periódico judío estadounidense escribió recientemente con un cinismo incomparable que de las cuatro libertades prometidas por el presidente Roosevelt, los pueblos torturados del continente recibieron sólo una que no se les había prometido: la libertad de quejarse. Así son las cosas. 1944 llevó la crisis general de Europa, y de hecho de todo el mundo civilizado, a un nuevo nivel. Hoy vemos en la prensa enemiga acontecimientos mencionados en unas pocas líneas vagas que en tiempos normales hundirían a pueblos y continentes en la más profunda angustia.

Varios terroristas estadounidenses fueron derribados recientemente durante un ataque con bomba contra un famoso centro de la cultura alemana. Aterrizaron con sus paracaídas. Uno era un negro borracho que acababa de destruir un edificio que pertenecía a los tesoros del mundo civilizado. El prisionero ni siquiera sabía en qué ciudad alemana había arrojado sus bombas incendiarias, y mucho menos qué monumentos culturales irreemplazables habían sido víctimas de su barbarie. El año 1944 se caracteriza más claramente por este acontecimiento. ¿Qué sabe acerca de la multitud de sufrimientos que han caído sobre la tierra, y en particular sobre el pueblo alemán? Si hay algo que puede darnos fe y confianza firme en este torbellino de acontecimientos poderosos que dejan sin aliento al mundo semana tras semana y mes tras mes, es esto: el pueblo alemán ha demostrado su misión y su tarea histórica, y sigue demostrándolo a finales de este año.

Ha madurado, nos ha permitido crecer, de maneras que, cuando reflexionamos, nos asombran enormemente incluso a nosotros mismos. El pueblo alemán fue el único factor estable en este año terrible. Si no hubiéramos dado sentido y forma a la guerra con nuestra firmeza y determinación inquebrantable por los ideales jurados, la guerra habría perdido su sentido durante mucho tiempo y la humanidad, tarde o temprano, se habría hundido en la barbarie más oscura y en el primitivismo más estúpido de los tiempos prehistóricos. Esta convicción nos da la fuerza para seguir resistiendo y superando dificultades en nuestro camino hacia la victoria que a menudo parecen insuperables y que seguirán surgiendo hasta que tengamos la victoria a nuestro alcance de forma segura y firme. Estamos cumpliendo nuestra misión alemana en esta guerra, en la que ascenderemos o caeremos.

Estamos al final de una era vieja y en el umbral de una nueva. Los contornos de esta nueva era ya son visibles para aquellos con una visión profunda, pero deben esperar a nuevos hechos y acontecimientos para llegar a buen término. Como resultado, hoy sólo podemos intentar ver la guerra desde una perspectiva más amplia, examinarla en una perspectiva histórica, aunque la estemos formando y sufriendo. Tiene su significado histórico, como cualquier acontecimiento histórico de esta magnitud y alcance. Simplemente no podemos entender el significado que le dan nuestros enemigos. Vemos en ellos sólo a los proponentes y defensores de una filosofía

mundial maligna a la que debemos resistir con todas las fuerzas que tengamos, si no queremos perder la vida y, por tanto, apagar la luz de la humanidad.Si el año pasado no pudo sacudirnos, ¿qué hay que pueda hacerlo? Todavía tenemos en el doloroso recuerdo los meses de julio, agosto, septiembre y octubre: el inicio de la invasión enemiga en Occidente, las grandes ofensivas y avances de los soviéticos en el frente central, una incesante lluvia de bombas por parte de las fuerzas aéreas enemigas, un ataque despreciable contra el Führer durante el período más crítico de la guerra, el avance angloamericano cerca de Avrances, el colapso de Rumania, Bulgaria y Finlandia, la pérdida de los territorios occidentales ocupados y el ataque soviético que los llevó a las fronteras de Prusia Oriental. Nuestro pueblo se mantuvo firme durante estas tormentas salvajes como una roca en el océano. Sus enemigos pensaban que el camino hacia Berlín estaba despejado. En Londres y Washington, las probabilidades eran de 10 a 1 de que la guerra en Europa terminara en octubre. La economía estadounidense estaba cambiando hacia la producción en tiempos de paz y en Londres se iba a celebrar el armisticio navideño con fuegos artificiales. En este tornado de desgracia que cayó sobre nosotros, el mito alemán surgió milagrosamente.

Ocurrió lo que parecía incomprensible para el enemigo: el pueblo alemán y sus dirigentes no pensaban en la capitulación, sino en todo lo contrario. En un esfuerzo único, nuevamente encontraron una base firme. La idea triunfó sobre el poder puro. La luz del mundo parpadeó, pero no se apagó. Ninguna crisis fue lo suficientemente fuerte como para afectar nuestra fibra sensible. Si alguna vez el Reich demostró en un momento crítico que es eterno e imperecedero, no un sueño o una fantasía, sino más bien un hecho duro e inmutable, ese fue ese momento. Los meses más duros de la guerra nos han costado algunas gotas de sudor y sangre, pero sin duda pasarán a la historia como la hazaña más heroica del pueblo alemán en esta gran batalla de naciones. Mostró lo que nuestros enemigos llaman el milagro alemán. Demostramos ser más fuertes de lo que ellos, e incluso muchos de nosotros, creíamos posible, tan fuertes que nuestro heroico pueblo fue abandonado por casi todos sus aliados y solo, resistió frente a un mundo de enemigos.

En pocas semanas no sólo estabilizó sus frentes defensivos, sino que también inició un fuerte golpe ofensivo en el centro del flanco de su enemigo occidental, que habían considerado invulnerable. Nuestros enemigos quedaron completamente asombrados. No pueden entenderlo. Nosotros, sin embargo, lo entendemos. No es un milagro, sino el resultado de nuestra fe, nuestra lucha y nuestro trabajo. El destino no nos ha dado nada; al contrario, ha hecho que el éxito sea lo más difícil posible. Hemos despreciado su obstinación. En el verdadero sentido de la palabra, hemos excavado con las uñas nuestra tierra natal, por lo que sigue siendo y seguirá siendo nuestra. No hemos cruzado las manos sobre el regazo esperando un milagro, sino que hemos hecho realidad el milagro alemán a través de nuestro trabajo y nuestra valentía. Ése es el verdadero gran logro de esta guerra. A lo largo de la historia, conflictos militares de carácter tan revolucionario como para cambiar el rostro de la humanidad, incluso transformarla, han sido liderados por grandes hombres que dirigen sus rumbos y sus efectos a corto y largo plazo. Conducen a sus pueblos a un heroísmo hasta ahora desconocido y a la mayor lealtad hacia ellos mismos y sus leyes históricas, llevándolos en las horas más críticas a alturas siempre nuevas.

Cada uno es un genio secular muy adelantado a su tiempo, que en la soledad de su vocación actúa según las tareas que la Providencia le ha encomendado. Ver y comprender los efectos que él tiene y que transforman el mundo y la humanidad misma requiere una gracia especial. Uno puede mirar a través del campo de políticos y generales enemigos en esta batalla de los pueblos que excede con creces todo lo que hemos conocido antes sin descubrir una personalidad que pueda de alguna manera compararse con el Führer. No son más que manifestaciones de los contadores de votos y de los tramposos parlamentarios o de los traidores más sangrientos. Él, sin embargo, es el símbolo y la encarnación de su época. Si Europa salva su vida, será sólo a través de él. Otros pronuncian frases vacías y promesas rápidas, detrás de las cuales se esconde una terrible realidad que quienes han caído bajo su poder ya han tenido un sabor amargo. Sólo les une su odio, su deseo diabólico de destruir todo lo que consideran mejor que ellos. Cuando más tarde se escriba la historia de esta guerra, los historiadores no podrán evitar llegar a la conclusión de que durante esta hora impresionante en el desarrollo de Alemania y Europa, la salvación llegó porque un líder encontró un pueblo y un pueblo encontró un líder que eran dignos el uno del otro. Se enfrentan al poder de las palabras amenazadoras y de las armas temibles de sus enemigos con sus corazones invulnerables y al final resultan vencedores.

Independientemente de lo que la guerra pueda traerle al individuo, ya sea bueno o malo, estamos preparados. El 20 de julio del año pasado parecíamos paralizados en el profundo abismo de la completa desgracia [el atentado contra la vida de Hitler] y nos convertimos en un pueblo fiel. Una guerra se decide sólo en el último momento. Si aquellos en Londres, Washington y Moscú creen que ya no tenemos nada que decir, les gustará que algunos de nosotros tengamos que cambiar de opinión. Sólo necesitamos señalar los últimos acontecimientos en los campos de batalla. Fueron una sorpresa para el lado enemigo, pero eso no significa que nosotros no los tuviéramos preparados. El enemigo no pensó que pudiéramos hacer nada, pero aprendió lo contrario y también tendrá que aprender muchas otras cosas en el futuro. Pero ese no es nuestro problema, sino el de nuestros enemigos. Los hijos de sus pueblos tienen que pagar con su sangre y sus vidas los errores de sus líderes, y esto continuará hasta que se den cuenta de que el pueblo alemán no puede ser derrotado, sino que está destinado a la victoria. El pueblo alemán sólo bajará las armas cuando tenga la victoria firmemente en sus manos, ni un segundo antes. Por mucho que amemos la paz, ésta debe ser y será una paz victoriosa de la que nunca tendremos que avergonzarnos.

Ésa es nuestra decisión inquebrantable. Para lograr este objetivo reunimos todas las fuerzas de la nación y las utilizamos con determinación. Volvemos a estar activos en todos los ámbitos del liderazgo militar. Un nuevo y gran esfuerzo de nuestro pueblo ha demostrado lo que podemos hacer cuando nos mantenemos pegados a los talones del enemigo, sin dejarnos apaciguar por palabras jactanciosas. El Führer nos ha mostrado durante los últimos cuatro meses cómo se puede trabajar en silencio y con determinación en un gran plan y luego revelarlo repentina y sorprendentemente en el campo de batalla. Con razón puede esperar de la nación que enfrentemos las tormentas de guerra que se avecinan, superándolas con frialdad y confianza. Él es para todos nosotros el modelo de una vida de lucha, de coraje con perspicacia, de fuerza con habilidad, de planificación amplia con un estilo personal espartano. Todo el pueblo debe seguir su modelo. El pueblo tiene la suerte de tener en esta lucha satánica un líder que está por encima de todo y al final lo convierte todo en bien.

Debe aprovechar esta buena suerte, ya que el Reich no suele tenerla. Saludo al Führer y a su pueblo. Que Dios conceda al Führer salud continua y una mano bendita, que conceda al pueblo comprensión y fuerza para que esté siempre preparado para lo que la guerra pueda deparar. Entonces no tendremos que temer por nuestro futuro. El nuevo año será una transición hacia una nueva era para nosotros. Esta nueva era nos pertenecerá porque solo nosotros nos la hemos ganado. Recompensará todo nuestro sufrimiento y sacrificio. Revelará el significado profundo y final de esta guerra, que hoy todavía permanece oculta. Servirle en la confusión de este punto de inflexión del mundo es nuestro mayor deber, pero también nuestro derecho del que más nos enorgullecemos. Firmemente convencidos y decididos, entramos en el nuevo año de batallas y guerras que tenemos por delante. El nuevo año siempre encontrará al pueblo alemán y a sus dirigentes dueños de la situación.

Joseph Goebbels - no renunciaremos a nuestro derecho a la vida y a la libertad.

28 de febrero de 1945

Cuando les hablo por radio después de un largo intervalo para ofrecerles una visión general de la actual situación de guerra militar y política, no es porque exista una razón particular para hacerlo hoy. Más bien quiero ofrecerles una visión general de la guerra, que en las últimas semanas ha tomado un curso preocupante para nosotros, y hacerlo desde una distancia adecuada. Esta es una era que cambia rápidamente, en la que a veces ocurren eventos y resultan cambios que normalmente en la historia mundial podrían tardar un año o incluso una década, lo que hace que sea demasiado fácil para las personas perder la visión de una situación más amplia, confundir causa con efecto, las ilusiones con los hechos, la desgracia con la desesperanza y la crisis con la catástrofe, llevándolos a un laberinto de confusión espiritual e intelectual del que no ven salida. Si un pueblo que lucha por su vida comete este fatídico error aunque sea brevemente, es peor que una batalla perdida. La tarea principal del liderazgo político es centrar los ojos de la gente no sólo en los hechos, sino también en las oportunidades y posibilidades, volviéndolos así inmunes a la debilidad moral y a la enfermedad, cosas que son comprensibles en tiempos tan malos como los que vivimos hoy, pero que sería extremadamente perjudicial para la continuación victoriosa de esta enorme batalla histórica por la vida, la felicidad y el futuro de nuestro pueblo.

Para comenzar con la situación general de la guerra desde una perspectiva militar, la exitosa ofensiva soviética desde la cabeza de puente de Baranow ha provocado un cambio repentino que no nos favorece. Los dirigentes militares soviéticos reunieron tropas de choque bolcheviques con una superioridad abrumadora en este lugar peligroso. Después unas batallas duras, sangrientas y costosas, lograron penetrar profundamente en el este alemán, creando para nosotros una situación extraordinariamente amenazadora. No necesito hablar de eso. Cada uno de nosotros lo sabe desde hace mucho tiempo y los informes diarios del OKW y nuestros periódicos no lo ocultan. Nuestra situación, por tanto, es extraordinariamente tensa, pero no está exenta de perspectivas. Hoy nos encontramos en una crisis militar que en muchos aspectos es similar a la que enfrentó la Unión Soviética a finales del otoño de 1941. Moscú estaba casi rodeada y Leningrado estaba rodeada, pero la situación estaba dominada. El mundo entero vio entonces su causa como desesperada, con excepción de los propios dirigentes soviéticos.

Todos recordarán que Inglaterra superó una crisis similar a finales del verano de 1940, cuando nuestros ejércitos se encontraban en la costa del Canal de la Mancha y la fuerza aérea y los submarinos alemanes estaban destruyendo la producción y el transporte marítimo de armamento británico, a pesar de que les llevó años de esfuerzo. No necesitamos mirar demasiado atrás en la historia para encontrar paralelos con la situación actual del Reich. Incluso el curso anterior de esta guerra lo demuestra con una fuerza persuasiva indiscutible. En definitiva, podemos concluir que los contratiempos y desgracias que nos han sobrevenido son muy dolorosos, pero de ninguna manera exigen renunciar a nuestra victoria y afrontar así la disolución del Reich y el exterminio biológico del pueblo alemán. Los prusianos no se rinden tan rápido, o en este caso para decirlo de manera más apropiada, los alemanes no van a dejar de disparar tan pronto. Hemos establecido una nueva línea defensiva en el Este que tiene un carácter improvisado apropiado tanto para su propósito inmediato como para operaciones futuras. Está claro que vamos a retomar y debemos retomar las zonas que hemos perdido; cuándo y cómo, naturalmente, no se puede discutir en público. Pero nuestra determinación de hacerlo es firme e inquebrantable. Nuestros enemigos se jactan demasiado pronto, como ha ocurrido tantas veces en esta guerra, cuando pensaban que habían roto la espalda del Reich. La guerra no ha

terminado y no terminará de esa manera. A nuestro pueblo, con sus noventa millones de personas, se le ha recordado recientemente el destino de sus poderes militares o políticos de resistencia fracasados por los terribles ejemplos de indescriptibles atrocidades bolcheviques en las zonas ocupadas del este. Si queda aunque sea una chispa de honor y de vida, nunca abandonará su causa ni depondrá las armas. Está luchando por su existencia dondequiera que se presente la oportunidad. Después de los logros casi legendarios del pueblo alemán en moral de guerra y valentía en esta lucha titánica, tanto en el frente como en la patria, ¿quién podría decir que le falta fuerza y determinación? El enemigo nos ha dado una clara visión previa de lo que nos haría si fracasamos. Los oídos del mundo pueden estar sordos a los gritos agonizantes de millones de personas torturadas, violadas en cuerpo y alma, que el bolchevismo ha tomado en sus despiadados brazos en el norte, este y sureste de Europa, y ahora en el este de nuestra propia patria; nuestros propios oídos, sin embargo, se han vuelto más agudos.

Todo alemán sabe que los terribles informes procedentes del Este, tan horribles que la pluma difícilmente puede describirlos, no son una invención de la agitación bélica alemana, sino más bien una horrible verdad que congela la sangre en nuestras venas. Los judíos internacionales y sus entusiastas aliados en todo el mundo están tratando de suavizar las cosas, pero no tienen éxito con sus malas declaraciones de que no es tan malo y las cosas de alguna manera saldrán bien. No somos como los proverbiales terneros que eligen a su propio carnicero. Nos defendemos de un enemigo sanguinario y vengativo, utilizando todos los medios a nuestro alcance, sobre todo con un odio que no conoce límites. Tendrán que pagar por lo que nos ha hecho. Miles de mujeres alemanas no han llorado en vano, suplicando por la vida de sus hijos mientras las lujuriosas soldateska de las estepas caían sobre ellos, tratándolos como animales de caza, menos aún, sometiéndolos a maltratos físicos y espirituales indescriptiblemente descarados, riendo diabólicamente mientras los bebés asesinados yacían a sus pies. ¿Hay alguien entre nosotros que, ante tales horrores, que el cerebro humano normalmente ni siquiera podría imaginar, pero cometidos mil veces por monstruos con forma humana, se atreva a presentarse ante sus dirigentes nacionales con la exigencia de renunciar y permitir que tales enemigos hagan valer su voluntad sobre todo nuestro pueblo? No necesito decir más sobre esta pregunta. Estos pensamientos son demasiado absurdos para tomarlos en serio.

¿Quiénes cree el enemigo que somos? Si nos hubiéramos comportado como ellos esperaban, realmente habríamos merecido el trato miserable que nos adelantaron en la reciente Conferencia de Yalta. ¡No! Resistiremos a toda costa, haciendo gala de una determinación fanática de lucha en el frente y en la patria, apoyados por la sufriente pero finalmente triunfante comunidad de nuestro pueblo. Nos aferramos hoy a nuestro pueblo porque en este momento terrible es nuestra única protección y fundamento. Como tantas veces ocurrió con nuestros padres en nuestra historia, también romperemos la tormenta mongola que intenta avanzar hacia el centro de Europa. Nos defenderemos de ellos con rabia fanática y un odio enorme. Las sagas podrán decir de nosotros, como de los que nos precedieron, que los muertos después de las duras batallas del día se levantaban en las noches amenazadoras para luchar de nuevo en el aire. No nos avergonzamos de las derrotas que hemos sufrido en esta lucha titánica. Posiblemente se debieron sólo a que el Occidente europeo y los plutocráticos judíos de Estados Unidos proporcionaron ataques de flanco a la Soldateska soviética, atando las manos con las que aún hoy podríamos derribar al bolchevismo. Los plutócratas igualan a los soviéticos en su odio sanguinario y sus planes de venganza contra Alemania.

Por mucho que hayan intentado en vano atravesar nuestro frente occidental con costosos ataques frontales, lo siguen intentando. La eterna vergüenza de nuestro siglo será que Europa, enfrentada al peligro más grave procedente del Este, haya quedado vergonzosamente en la estacada por sus países occidentales. Se rebajaron hasta el punto de provocar la tormenta desde las profundidades de Asia e intentar destruir el último dique protector contra el cual esa tormenta podría romper. No esperábamos nada más. A través de una subversión prolongada y sistemática, el judaísmo internacional envenenó de tal manera al público de estos países que ya no es capaz de formarse sus propios pensamientos, y mucho menos sus propias conclusiones. Miremos, en cambio, al pueblo alemán, que resiste desesperadamente y contiene a las inundaciones primaverales procedentes de las profundidades de Asia, mientras simultáneamente es atacado y torturado por un sádico terror aéreo enemigo en el Oeste y enfrentado un ataque enemigo tras otro en el Sur, sus últimos esfuerzos, a menudo utilizando sus últimas fuerzas para defender, en silencio, sin falso patetismo, obedeciendo las órdenes de un deber histórico superior, triunfando

sobre las fuerzas de la oscuridad con heroísmo estoico, abandonado por casi todos sus amigos y aliados europeos, pero defendiendo su amenazado derecho a la vida a través de medidas decididas en esta amarga batalla. Ésta es verdaderamente una imagen de una grandeza abrumadora contra la cual incluso la antigüedad puede ofrecer pocos iguales. Si al final debemos cavar con las uñas en nuestra tierra, si debemos sacrificar todo lo que queda de nuestros bienes, si los dolores y miserias parecen no tener fin, no renunciaremos a nuestro justo reclamo por la vida, la libertad y futuro de nuestro pueblo. Preferiríamos morir antes que capitular. Esta actitud no sólo afecta a los dirigentes alemanes, sino también a todo nuestro pueblo, con excepción quizás de algunas criaturas inferiores a las que, una vez que las reconozcamos, ejecutaremos fríamente y sin piedad. Esa actitud también nos da la fuerza para superar todas las enormes e imponentes dificultades de la guerra. ¡Cuántas veces el enemigo ha creído que nos había derribado y cuántas veces hemos arruinado tarde o temprano sus cálculos!

¿No es esta una prueba más de que todas las crisis se pueden superar si no se da por vencido, sino que se lucha contra ellas con valentía? ¡El terror aéreo enemigo arrasa nuestras ciudades y provincias, reduce a hollín y cenizas los hogares, iglesias, escuelas y monumentos culturales de la gente, tortura a nuestro pueblo hasta el límite y busca convertir su patria en un desierto! ¿Y qué ha logrado el enemigo? Sólo que lo odiemos profundamente. ¿Hay alguno de nosotros que diga que debemos doblegarnos ante su terror, independientemente de las consecuencias que esto conllevaría? Una joven alemana compareció recientemente ante un tribunal militar estadounidense porque ni siquiera en territorio ocupado por el enemigo estaba dispuesta a dejar de servir a la patria. Los periódicos británicos informaron que ante la muerte inmediata se comportó como una heroína. Ella convirtió a sus acusadores en acusados, arrojándoles en la cara con justa ira sus crímenes contra nuestra patria. A cada respuesta ella respondió: "¡El pueblo alemán soportará todos los sufrimientos para crear un mundo nuevo!" Nuestros enemigos no entenderán eso; no pueden entenderlo.

Están en casa con malas ideas y puntos de vista. Todos sabemos que esta niña habló en nuestro nombre, que aquí frente a nuestros torturadores no se encontraba una representante remunerada u oficial, sino una hija de nuestro pueblo que expresó para todo nuestro pueblo nuestro santo odio y nuestro profundo desprecio. Incluso los periodistas más empedernidos de Londres ya no podían negar que nuestra causa es mejor y más humana, y que hemos obtenido la victoria moral en todo momento. Puede que en este caso hable sólo por mí, pero sé que millones de alemanes, especialmente los que más han sufrido en esta guerra, las madres y los niños en el camino, los bombardeados, los que perdieron a su hijo, a su hermano o a su padre en el campo, sobre todo nuestros soldados en el frente, que se suman a su apasionado sí, cuando digo que estoy firme e inquebrantablemente convencido de que la victoria llegará al final. Si ese no fuera el caso, la diosa de la historia sería sólo la puta del dinero y una cobarde adoradora de los números, la historia misma no tendría un significado más elevado y el mundo que permitió el terrible dolor de la guerra no tendría un derecho más profundo a seguir existiendo, que la vida en ella sería peor que el infierno, que ya no consideraría que valiera la pena vivirla, ni para mí ni para mis hijos ni para todos los que amé y con quienes he luchado durante tantos años maravillosos por una existencia humana mejor y más noble, que con gusto y alegría abandonaría ese camino de vida, porque sólo merecería desprecio.

Lo único que habría que lamentar sería comprar la continuidad de la existencia mediante un sometimiento cobarde. La historia siempre fue justa ¿Alguna vez la historia ha dado a la humanidad la oportunidad de pensar y juzgar de esa manera? No. Ella siempre fue justa al final cuando los pueblos le dieron la oportunidad de ser justa. Ella puso a prueba a aquellos a quienes llamó a realizar las mayores hazañas, siempre de las maneras más duras y terribles, y sólo cuando estaban al borde de la desesperación se inclinó gentilmente hacia ellos para darles la corona de la victoria. ¿Cuándo y cómo nos ha dado motivos para suponer que ha cambiado de conducta? Ella ha seguido igual. Los pueblos y los seres humanos podrán cambiar, pero ella permanece eternamente igual. Si hoy nos pone a prueba y sopesa durante mucho tiempo a quién debe dar la última victoria y con ello el triunfo final en esta gran lucha de los pueblos, no podemos quejarnos. Federico II tuvo que luchar durante siete largos y amargos años por su vida y la de su Estado, a veces en las condiciones más desesperadas. Con orgullo amargo y herido luchó contra el destino que sólo lo azotó y torturó, pero al final lo erigió como uno de los grandes hombres de la historia, convirtiendo a la pequeña, pobre y perseguida Prusia en el núcleo del nuevo Reich alemán que hoy sigue los pasos de los logros heroicos de ese rey único y lucha por

el liderazgo espiritual de nuestro continente. Si actuamos hoy como lo hizo Prusia entonces, podemos esperar el mismo triunfo al final de esta guerra. Los jactanciosos líderes de guerra del lado enemigo que cayeron con una superioridad diez veces mayor sobre un pueblo que dependía sólo de sí mismo no pasarán a la historia después de esta batalla mundial entre los pueblos. En cambio, será el hombre que dirigió a este pueblo, que siempre lo levantó de nuevo y evitó que sus enemigos alcanzaran su objetivo arrojándolo al suelo. Sé que hay muchos, y no los peores de nosotros, que después de decir esto se preguntarán cómo en las condiciones actuales, cuando estamos amenazados por todos lados, cómo pueden surgir nuevas oportunidades de victoria. No dudo en responder a esa pregunta con seriedad. Nuestro armamento y nuestro potencial agrícola se han visto muy afectados por los reveses en el este. Todos saben eso. Sin embargo, estas pérdidas no son tan grandes como para que sólo podamos continuar la guerra por un corto tiempo. Tendremos que ser más económicos que en el pasado. Nos enfrentamos a la necesidad de restringir aún más nuestra vida bélica, simplificar nuestra producción de armamentos, utilizar más de nuestro potencial humano en puntos decisivos y utilizar la improvisación internamente para lograr lo que antes era una cuestión de planificación minuciosa.

Eso no tiene por qué ser perjudicial. La guerra aérea siempre muestra lo que se puede lograr de esta manera. Las cosas suceden porque tienen que suceder. Necesitamos mostrar habilidad y flexibilidad que tal vez no correspondan a nuestra naturaleza más profunda, pero que pueden ser extraordinariamente valiosas. Necesitamos hacer preparativos que nos permitan recuperar los territorios perdidos lo más rápido posible. Una crisis no se supera con resignación, sino en la mayoría de los casos con voluntad de vida. Esta voluntad de vida indomable se ve en algunos enfermos que, al borde de la vida y la muerte, sobreviven al momento crítico. Tenemos que hacer eso hoy como pueblo. Esto debe ser una cuestión de autocontrol para nosotros personalmente, pero también para todos los que nos rodean. Esto conducirá a un enorme aumento de nuestro sentimiento nacional de fuerza que puede tener y tendrá una importancia decisiva en este momento. Somos como el corredor de maratón que ha completado 35 de 42 kilómetros. Nunca volverá a estar en las mismas condiciones que cuando empezó. El sudor corre por todo su cuerpo y sus ojos comienzan a nublarse.

Teme que en cualquier momento le fallen el corazón o los pulmones. Varias veces ha adelantado a un competidor, sólo para ser adelantado de nuevo. Los aplausos entusiastas de sus amigos en la puerta de salida se han desvanecido. Corre dependiendo sólo de sí mismo, por zonas solitarias y desérticas bajo un sol despiadado. Su tentador interno lo insta a rendirse y abandonar su bandera. La única defensa es una voluntad férrea de perseverar. Cada signo de debilidad anima a su oponente y reduce sus propias posibilidades. Cada uno está tan cansado como él, pero nadie quiere demostrarlo, ya que ello sólo pone en peligro sus propias posibilidades. Debe seguir corriendo a cualquier precio y bajo cualquier condición. Aunque se desplome después de haber llegado primero a la meta y apenas escuche los aplausos de una multitud tan voluble como el destino, él es el vencedor, recibirá la corona, el dolor físico y espiritual también será olvidado, pero triunfará y el éxito permanecerá. Quienes responden que lo que estamos sufriendo no es comparable, ciertamente tienen razón. Nos vimos obligados a participar en una guerra única y sin comparación. Sería el último en negar que el terror aéreo enemigo se ha vuelto inhumano y difícilmente soportable. Eso es cierto, pero hay cosas peores, y eso lo aprenderíamos si nos doblegáramos ante la voluntad destructiva de nuestro enemigo.

Ellos también están recibiendo un golpe tras otro de nuestra parte. También les resulta insoportable el uso ininterrumpido de nuestras armas V. Eso aumentará mucho. Se enfrentan a un resurgimiento de la guerra alemana con submarinos, de la que, a juzgar por sus declaraciones, no tienen idea de qué esperar. El transporte marítimo enemigo se encuentra al límite a medida que las campañas militares enemigas se han ampliado. Puede tener un impacto más profundo con enormes consecuencias para las posibilidades del enemigo. En resumen, las cosas siempre están al filo de la navaja en los puntos clave, los puntos de crisis, de una guerra. Un solo gramo de éxito o de fracaso a menudo puede inclinar la balanza del destino en un sentido u otro, una razón más para que permanezcamos como el roble resistiendo la tormenta. Puede ser dominado en algunos lugares, cediendo aquí o allá, pero nunca cayendo, nunca hundiéndose. Nuestros enemigos no son semidioses. Nos enfrentamos a sus mayores números con nuestro mayor valor. Tenemos que hacer eso. Nunca nos vencerán si permanecemos firme e inquebrantablemente decididos a no ceder nunca, a soportarlo todo en lugar de hipotecar y vender nuestras vidas sin ninguna perspectiva de recuperar una vida digna de la dignidad humana. ¿Están mejor las cosas

en el campo enemigo? ¡No, en absoluto! La propia Unión Soviética calcula sus pérdidas totales en más de quince millones. Ni siquiera ellos pueden aceptar tal pérdida de sangre sin las peores consecuencias para sus posibilidades en la guerra. Los soldados que hemos capturado están cansados de la guerra y sólo los impulsa la esperanza de que están cerca de la victoria, con sólo una corta distancia por recorrer. Debemos hacer que esta distancia sea larga, muy larga y lo más costosa posible. Tendrán un duro despertar de sus valientes sueños tras una derrota militar. Incluso la impasible tenacidad de la raza de Asia central encuentra sus límites naturales en alguna parte. Como lo demuestran innumerables ejemplos históricos, esa ha sido siempre la desafiante autoafirmación de la raza germánica, cuando sigue siendo consciente de su valor y ve las crisis que surgen durante la batalla no como oportunidades baratas para la resignación, sino más bien como oportunidades caras para mejorar y ampliar su propia fuerza. No hay evidencia en esta guerra que sugiera que por primera vez ese no sea el caso. El bolchevismo está llevando a cabo una auténtica obra del diablo, pero al final Lucifer, tantas veces derribado en el pasado, volverá a ser arrojado al oscuro abismo. Es cierto que Estados Unidos no se ha visto relativamente afectado por la guerra en Europa.

¡Pero qué importa eso al final! Sus divisiones siguen sufriendo las pérdidas más sangrientas en sus ataques contra nuestras defensas occidentales. ¿Por cuanto tiempo más? Las bajas estadounidenses en esta guerra ya son el doble que en la Primera Guerra Mundial. El presidente estadounidense Roosevelt puede disfrutar de este tipo de guerra, pero la cuestión es si a sus soldados también les gusta. Han experimentado sufrimiento y miseria en toda Europa, y cientos de miles de ellos han tenido que pagar con sus vidas. Su presidente les mintió, afirmando que amenazamos al hemisferio occidental y está amontonando sus cadáveres en Europa. Ni él ni su pueblo tienen la más mínima posibilidad de cosechar los frutos de la victoria, incluso si ganan. El bolchevismo los reunirá, tal como lo ha hecho en las tierras centrales de Europa y en sus regiones oriental y sudoriental. Aquellos soldados angloamericanos que no permanezcan muertos en el campo de batalla regresarían de esta llamada tercera guerra mundial infectados con una desesperación cansada del mundo que proporcionaría la mejor base para una revolución mundial bolchevique.

El planeta se ahogaría en sangre y lágrimas, y los últimos pueblos darían su último suspiro al recordar que predijimos la desgracia, y que los líderes de guerra enemigos criminalmente miopes nos impidieron detenerla. Esos serían dos posibles resultados de esta guerra del destino si nuestros enemigos alcanzaran su objetivo. A este respecto, no vale la pena mencionar a Inglaterra. Se ha dado por perdida. Generaciones de hijos y nietos británicos maldecirán durante décadas y siglos al actual primer ministro inglés, cuyos ojos llenos de odio ya no son capaces de ver los intereses reales y esenciales del Imperio Británico. Se ha vuelto loco, apuñala ciegamente todo lo que alcanza su cuchillo, sin poder ver que, como dijo recientemente un importante senador estadounidense, Inglaterra se ha convertido en el pequeño apéndice de Europa. Ha sido superado y arrinconado por sus aliados más fuertes. Al final también perderá su imperio mundial. Un periodista estadounidense escribió hace unos días que Inglaterra está cansada y que Londres es en este momento la ciudad más infeliz y desesperada del mundo. Esto es comprensible dado que Gran Bretaña ya no tiene ningún objetivo de guerra, excepto quizás satisfacer la sed de sangre de su primer ministro.

Después del final de la guerra esta tierra enfrentará una avalancha de crisis sociales, económicas y sociales que ya ha comenzado en sus dominios. Debido a las numerosas bajas en el oeste, los canadienses están empezando a concluir que la guerra no tiene sentido para ellos. Miles de soldados han desertado, dejando a su patria, abandonada por Dios y por todos los buenos espíritus, a su merecida suerte. Inglaterra seguirá destruyendo nuestras ciudades. Eso nos duele mucho, pero no nos mata. Nuestro creciente número de lanzamientos de “V” que llegan a zonas cada vez mayores de la patria británica nos darán la respuesta. Roosevelt es el outsider que ríe. Los últimos barcos de la flota mercante inglesa se convertirán con el tiempo en presa de nuestros nuevos submarinos. Inglaterra no lo quiso, pero lo consiguió. Al final de la guerra se encontrará ante las ruinas de su antigua riqueza, poder y felicidad. Somos un pueblo joven y en crecimiento. Nos ocuparemos del daño causado por la guerra. Inglaterra es un pueblo que se está reduciendo. Fracasará en el intento. Europa tendrá una paz que sólo Londres siempre ha perturbado, una paz costosa, pero que durará para siempre. Nuestro continente quiere y debe encontrar un camino hacia la unidad interior. Como eso no ocurrió con Inglaterra, debe suceder sin ella. Uno sólo puede reírse con lástima cuando los periódicos británicos se jactan de que Alemania estará

ocupada por los ingleses al menos hasta el año 2000. ¡Qué estupidez! Si las cosas siguen como hasta ahora, Inglaterra tendrá apenas 20 millones de habitantes, aunque los diplomáticos del Foreign Office seguirán escribiendo artículos sobre cómo educar a Alemania en la democracia, y nuestros nietos preguntarán sorprendidos qué es eso. El mundo que los rodeará entonces será claro, limpio, moderno, racional, realista, carente de toda fachada. Los pueblos de Europa sólo necesitaban viajar a Polonia para aprender lo que pueden esperar de Inglaterra; nada más que frases y golpes una vez que el moro ha cumplido con su deber. No, esta coalición enemiga del bolchevismo y la plutocracia no tiene parte en nuestro mundo venidero. El odio al Reich lo mantiene unido. La inflexibilidad es mala consejera en la paz, más aún durante la guerra. No tememos este odio. Hemos sido amenazados de tantas maneras que nos hemos vuelto sordos. El enemigo anuncia todo tipo de dolorosos procedimientos e investigaciones contra los líderes del Reich para probar sus presuntos crímenes, prometiendo penas de muerte en todas las formas posibles. Ni siquiera nos reímos con desdén.

Primero, ganaremos. Eso hará que todos sus garabatos infantiles, que ni siquiera valen el papel en el que están impresos, sean discutibles. En segundo lugar, para nuestros enemigos que nos odian, la miseria y la desgracia que caerían para siempre sobre nuestro pueblo serían tan grandes que los líderes de nuestro pueblo en esta lucha sólo tendrían una opción: morir con honores. Sin embargo, esas no son las preocupaciones que tenemos hoy. Implican únicamente la continuación exitosa de esta unidad de batalla de la vida hasta que llegue a una conclusión feliz y victoriosa. Nos defendemos de estas amenazas infernales con la armadura de nuestra firmeza. Mantenemos nuestras armas aún más firmemente, decididos a utilizarlas siempre que podamos, con todo el odio frío y el fanatismo ardiente de que somos capaces. ¡Cualquier alemán, soldado o civil, hombre o mujer, niño o niña, que piense lo contrario, no tiene honor! Habrá que buscarlo con la linterna [de Diógenes] por la tierra. Nadie nos encontrará jamás dispuestos a firmar nuestra propia sentencia de muerte y esperar con resignación hasta que se lleve a cabo. Bien, tendremos que seguir sufriendo, pero el sufrimiento al menos tendrá sentido.

Nos mantendremos orgullosos y desafiantes porque así debe ser, porque es una transición hacia la alegría y el triunfo, porque somos duros e implacables contra cualquier cosa que nos amenace en nuestra vida. No necesito basarme en ejemplos históricos para darle a nuestro pueblo la fuerza necesaria para adoptar esa actitud ante la guerra. Lo encuentra en su propio corazón. Actualmente está enteramente tallada en la misma madera que aquel viejo prusiano que dio al mundo no sólo su nombre, sino también el concepto político del prusianismo. Es la actitud que no se desanima ante cualquier desgracia que pueda presentar un destino aparentemente superior, sino que más bien lo resiste con valentía y desafío, que no teme ningún peligro, sino que lo mira directamente a los ojos y proporciona así la base para superarlo. ¿Dónde ha habido jamás una encarnación más noble de eso que hoy en todo nuestro pueblo en el frente y en la Patria, en el Este, Oeste, Norte y Sur, y en el corazón del Reich? En tiempos más felices decíamos con frecuencia que éramos una generación de la tradición de Federico. Ahora debemos demostrarlo. Y cuando lo hagamos, como la pobre y abandonada Prusia bajo su rey solitario, superaremos la superioridad de nuestros enemigos.

Tendremos nuestro propio Hohenfriedberg [una de las principales victorias de Federico el Grande] en el que desafiaremos a la coalición enemiga, aunque se extiende por la mitad del mundo, y así como los gloriosos estandartes se inclinaron entonces ante Federico, hoy se hundirán ante el obra de un hombre que con orgullosa conciencia del deber hizo la obra de un genio creativo histórico, no para sí mismo, sino para su pueblo. Sabremos cómo agradecerle. Él tuvo nuestra confianza y nuestro amor en tiempos de paz. Hoy le ofrecemos el desafío pleno y orgulloso del alma del pueblo alemán, el odio ardiente contra nuestros enemigos y nuestro juramento de lealtad inmutable y duradera a través de la vida o la muerte, pase lo que pase. Nuestra gente está pasando hoy por su prueba más dura. No dudo ni por un momento que lo pasará. Las cosas estarán desesperadas cuando caiga la decisión final. No lo tememos. Estamos acostumbrados a las decepciones. Ya nada puede sacudirnos. Sin embargo, también esperamos una victoria orgullosa en todos los campos de batalla y contra todos los enemigos. La tragedia del 9 de noviembre de 1918 nunca se repetirá. Nuestros enemigos esperarán en vano. Incluso en la hora más amarga no encontrarán en nosotros el más mínimo signo de debilidad. Los enfrentamos con sangre fría y llenos de odio, en el frente y en la patria. Ambos se han vuelto dignos el uno del otro, la patria en el sufrimiento y el trabajo, el frente en la batalla y la valentía. Ningún soldado puede escuchar al enemigo, ninguno puede abandonar su puesto o posición, aunque le cueste la vida.

Detrás de él está su pueblo, millones de mujeres y niños, que dependen de él y confían en él. Ningún hombre ni ninguna mujer, ningún niño y ahora ninguna niña en casa pueden cansarse de cumplir con sus duros deberes de guerra, que deben llevarse a cabo incluso en las condiciones más duras. Todo el pueblo debe superarse en su entusiasmo combativo, en su fiel fanatismo y en la valentía de corazón y alma. El Führer es un ejemplo brillante a nuestros ojos. Él es y seguirá siendo la gran figura histórica de esta lucha titánica entre los pueblos, incluso para nuestro mundo de enemigos una vez que la niebla de la guerra se disipe y vean con claridad. Está librando una buena batalla con su pueblo. No es una vergüenza sufrir reveses cuando te enfrentas a un enemigo diez veces mayor, pero es la mayor gloria no ser derrotado por ellos. La felicidad y el futuro de nuestro pueblo fluirán de esta gloria.

¿Quién habla hoy de los miserables garabateadores que durante las crisis de la Guerra de los Siete Años bañaron al rey solitario con su agua sucia, quién habla de los mariscales de campo que le propinaron derrotas dolorosas, casi fatales, con su fuerza abrumadora, quién de los Reyes y las zarinas que atacaron a la pobre pequeña Prusia, con sus cuatro millones de habitantes y sus cuarenta millones de enemigos, pero no vencieron porque un alma real los resistió, lista para luchar, para nunca capitular ni firmar una paz vergonzosa? Hace tiempo que son cenizas; él, sin embargo, el rey grande y solitario, está como entonces cuando tuvo que defenderse, burlado, despreciado, descartado, derrotado mil veces, declarado muerto. Sin embargo, hoy es a nuestros ojos la personalidad decisiva del siglo XVIII, el genio de la constancia.

¡Sigan su ejemplo, ustedes alemanes, y sepan que hoy la nación está dirigida por un hombre decidido a hacer lo mismo en cualquier momento para asegurar sus vidas y las de sus hijos para siempre! El mundo puede estar lanzando vanos gritos de triunfo, pero de vez en cuando debe preguntarse si los juicios prematuros que les gusta hacer hoy permanecerán ante la historia, o si fracasarán en medio del torbellino de acontecimientos como los de finales de la Guerra de los Siete Años, como aquel que no vaciló ante el peligro, sino que sostuvo aún más la bandera mientras conduce con firmeza a la sufrida humanidad hacia nuevas costas y un futuro mejor. He dicho lo que quería decir. Sé que nuestra gente me entiende. Nuestros soldados en el frente volverán a tomar las armas y nuestros trabajadores y agricultores de la patria volverán a su torno, a su máquina y a su arado para cumplir con su deber, su arduo deber.

Me gustaría dejarles con las famosas palabras que el Gran Rey escribió a su hermana Amalie en uno de los momentos críticos de su gran guerra. Estas palabras son nuestra guía en estos días y semanas.“Ignorad”, dijo, “os lo ruego, los acontecimientos del momento. Pensar en la patria y recordar que su defensa es nuestro primer deber. Si oyes que alguno de nosotros ha sufrido una desgracia, pregúntale si murió en batalla. Si ese es el caso, gracias a Dios. Para nosotros sólo hay muerte o victoria. Lo uno o lo otro es seguro. Aquí todos piensan así. ¿Deseas que cada uno sacrifique su vida por el Estado, pero no que tu hermano dé el ejemplo? Oh mi querida hermana, no hay nada que ocultar en este momento. ¡O el pináculo de la fama o la destrucción! La próxima campaña es como la batalla de Farsalia para los romanos, Leuctra para los griegos, Denián para los franceses y el asedio de Viena para los austriacos. Son épocas que lo determinan todo y cambian la faz de Europa. Uno puede sufrir terribles accidentes, pero después el cielo se aclara y vuelve a brillar. Ésa es nuestra situación. No se puede dudar, pero hay que afrontar cada acontecimiento y hacer lo que la Providencia sugiere con calma, sin orgullo tras el éxito, sin humillación tras los reveses”.

Artículos sobre Joseph Goebbels

Hans Fritzsche - el Dr. Goebbels y su Ministerio.

1934

Desde la Postdamer Straße 109 de Berlín hasta la Wilhelmplatz se tarda sólo cinco minutos a pie. A cinco minutos de la más que modesta primera oficina comercial del recién nombrado Gauleiter Nacional Socialista de Berlín, Dr. Joseph Goebbels, hasta el Palacio Leopold, la actual sede del Ministerio del Reich para la Ilustración Pública y la Propaganda. Al Dr. Joseph Goebbels le llevó seis años y medio cubrir esa distancia. Lo llevó por medio del infierno rojo de Berlín. El Dr. Goebbels llegó a Berlín en 1926 con orden de Adolf Hitler de reorganizar el partido berlinés, que estaba al borde del colapso. Vino solo. Llegó como un luchador que había demostrado su valía contra los franceses, los separatistas y los comunistas en tres años en las zonas del Rin y del Ruhr. Llegó sin apoyo; tuvo que construir su propio apoyo. La bandera roja ondeaba sobre Berlín y parecía absurdo creer que el dominio rojo de la ciudad pudiera siquiera verse amenazado. Unos años más tarde, los señores rojos de Berlín tuvieron que armarse de valor contra el embajador de Adolf Hitler, que había venido solo, con el lema "¡Berlín sigue siendo rojo!".

Para entonces ya era demasiado tarde, porque el Gauleiter del Partido Nacional Socialista de los Trabajadores Alemanes, el Dr. Joseph Goebbels, ya había conquistado el Berlín Rojo. El NSDAP obtuvo doce escaños en el Reichstag en las elecciones de mayo de 1928. El Dr. Goebbels fue uno de los doce. Adolf Hitler lo nombró líder de propaganda nacional del NSDAP. Dos años y medio después, el 14 de septiembre de 1930, los Nacional Socialistas llegaron al Reichstag con 107 hombres. Y el 30 de enero de 1933, después de la singular reunión multitudinaria de cientos de miles de personas, el Dr. Goebbels pudo decirle con gusto al recién nombrado Canciller del Reich que el movimiento berlinés había organizado el evento. Cuando el Presidente del Reich, von Hindenburg, nombró Ministro de Educación Pública y Propaganda al Jefe Nacional de Propaganda del NSDAP, este hombre que ya tenía tras de sí las batallas en Renania y Berlín, así como enormes logros en la dirección del partido, era el ministro más joven: ¡solo 36! Desde la oficina comercial oscura y llena de humo de 1926, que tenía el nombre burlón de fumadero de opio, hasta el Palacio Leopold hay sólo cinco minutos. El camino llevó al Dr. Joseph Goebbels a través de un mar de veneno, odio y mentiras.

Cada viejo seguidor de Adolf Hitler, cada viejo Nacional Socialista, tuvo que soportar batallas que ningún joven miembro del partido tendrá que soportar, sin importar cuánto tiempo viva. Pero nadie tuvo que afrontar tanto odio como el Dr. Goebbels. Era casi temporada de caza para el Dr. Goebbels durante la batalla de seis años y medio por Berlín. Al principio los comunistas lo llamaron el “principal delincuente de Berlín”, título que aceptó sin vergüenza y lo convirtió en un título de honor. Pronto los periódicos y los oradores de la clase media declararon la veda también contra él. Es un hombre de frases mordaces y lenguaje despiadado. Hacía tiempo que se reconocía el peligro que representaba. Toda la artillería de la batalla política, para la que se justifica cualquier medio, se volvió contra él. También parecía fácil luchar contra un hombre que estaba bajo el fuego constante de los fiscales estatales de la época. No parecía existir ningún riesgo en arrojar montones de basura sobre el editor de un periódico que ostentaba el récord de número de veces que fue prohibido. De hecho, ningún periódico alemán fue prohibido con tanta frecuencia como Der Angriff de Berlín. Los resultados de la batalla sin precedentes entre los órganos del estado de Weimar y los partidos fueron diferentes de lo que esperaban: endureció sus armas en el fuego de esta batalla, y las masas que sus enemigos intentaron movilizar contra él se unieron a él. No es sorprendente que aquellos que temían el inminente Nacional Socialismo atacaran con veneno y descaro. Es sorprendente que este hombre, burlado, ridiculizado e insultado como ningún otro, no cayera en una profunda desesperación y miseria espiritual

después de esos años de lucha. Lo que más sorprendió a sus oponentes es su encantadora honestidad. Uno lo acusó con desprecio de propagandista, de deshonesto. La acusación estaba cargada de desprecio y acusaciones de deshonestidad que se habían ganado durante años de mala propaganda. ¿Qué hizo el Dr. Goebbels? Dijo: “¿Propaganda? ¡Ciertamente! ¡Buena propaganda por una buena causa!” No hacemos propaganda a sueldo de hombres en segundo plano, sino que hacemos propaganda de nuestras propias convicciones honestas. Hacemos publicidad de nuestro propio ideal y, por lo tanto, luchamos utilizando todos los buenos medios para hacer buena propaganda para ganar el alma de nuestro pueblo”. Eugen Hadamovsky, el Reichssendeleiter de la radio alemana, lo expresó de esta manera: “Bajo el brillante liderazgo del Dr. Joseph Goebbels, el maestro de la propaganda política, el arma olvidada de la política alemana se convirtió en un arte creativo”. La temida agudeza del lenguaje del Dr. Goebbels fue el resultado de su honestidad.

En una época en la que la palabra "mentira" o incluso el término directo "mentiroso" se consideraban poco refinado e inutilizable en las columnas de la prensa alemana, aunque publicaban mentiras en sus columnas, el Dr. Goebbels no dudaba en llamar mentiroso a quien mentía. Cuando es necesario llamar a las cosas por su nombre, cuando es necesario exponer a las personas, entonces las cosas se llaman por su nombre y las personas se presentan de tal manera que ni siquiera un perro les quitará un hueso. El periodista y orador Dr. Goebbels no cambió sus métodos descorteses, incluso cuando se enfrentó a una determinada prohibición o a un determinado proceso legal. Su honestidad y su decidida terquedad utilizan un lenguaje y una forma de expresión que muestran una claridad cristalina y una lógica irresistible. Su claridad de pensamiento le granjeó el respeto de los periodistas internacionales en Ginebra en 1933, sin duda el público más duro. Es impresionante que, después del discurso del Ministro Dr. Goebbels en Ginebra, el corresponsal del Paris Journal escribiera: “Dr. Goebbels combina el misticismo alemán con la lógica latina”.

En todo hay una buena dosis de humor. El Dr. Goebbels extrajo del humor la agudeza de la ironía, que alguna vez fue el azote del Berlín Rojo. Y la sátira también surgió del humor, lo que llevó a muchos oponentes a perder la cabeza. Una avalancha de ideas inteligentes surgió de su humor. ¡Recuerde, por ejemplo, el éxito humorístico del Dr. Goebbels con Brüning! El Dr. Goebbels había desafiado una y otra vez al entonces Canciller del Reich a un debate. Brüning prefirió hablar en reuniones cuidadosamente preparadas. El Dr. Goebbels tenía una grabación del discurso radiofónico de Brüning en Königsberg y la llevó al Palacio de Deportes de Berlín para debatir con un oponente que no quería presentarse de otra manera. Esas son las armas que sirvieron al fiel Nacional Socialismo del Dr. Joseph Goebbels en la batalla por Berlín y la batalla por Alemania. Armado con estas armas, tuvo éxito en todos los lugares donde atacó. Si se preguntara a un periodista, independientemente del bando en el que se ubicara, quién es el mejor periodista alemán, obtendríamos la respuesta, aunque sea reticente: el doctor Goebbels. En una época en la que cientos de periódicos alemanes habían abandonado la vieja y familiar institución del artículo principal, dado que sus viejos tópicos ya no encontraban lectores, el Dr. Goebbels escribió sus artículos principales, y fueron leídos.

Escribió en un lenguaje que cautivó al lector, que de otro modo sólo buscaba sensaciones. Si uno preguntaba por el nombre de un gran orador del Reichstag, la gente honesta respondía que nadie desde Friedrich Naumann llamó tanto la atención del Reichstag como el Dr. Joseph Goebbels. Eso es lo que lo hace único: el Dr. Goebbels dice lo que tiene que decir de la manera en que debe decírselo a aquellos a quienes les habla. Cientos, incluso miles, de políticos viajan dando el único discurso que pueden dar, utilizando el único lenguaje que saben utilizar, independientemente de si apoyan o no en el Reichstag o antes de una reunión masiva o en un salón político. El Dr. Goebbels habla todos los idiomas. Se siente cómodo tanto en el norte de Berlín como en el oeste de Berlín. Puede ser comprendido por el hombre medio y por el educado. Habla al pueblo en mítines masivos, a los representantes en el Reichstag. Una vez, mucho antes del comienzo de la renovación de la iglesia, en el momento en que la ecclesia militans apenas comenzaba a despertar, lo escuché hablar a un pequeño círculo de clérigos católicos y protestantes que estaban preocupados por la persecución política que estaban enfrentando al dar sus servicios a las unidades de las S.A. y Stahlhelm. El Dr. Goebbels, el “agitador ruidoso”, habló a estos clérigos de ambas confesiones con una tranquilidad y profundidad que les dio a estos pastores nueva fuerza para soportar todas las consecuencias de celebrar servicios para los Camisas Pardas y los hombres de Stahlhelm. Nuevamente estaban decididos a subir al púlpito y hablar abiertamente

de las necesidades del día. Este hombre excepcionalmente exitoso como jefe de propaganda del partido de Hitler, es ahora el ministro de propaganda del Canciller del Reich Hitler. El edificio oficial que tomó, el antiguo Palacio Leopold, había sido durante mucho tiempo la sede de la Oficina de Prensa del gobierno del Reich. Estaba oscuro y mohoso. Las alfombras y cortinas oscuras llevaban el polvo de años. Sólo la Sala del Jardín era alegre y luminosa. Pero durante años los representantes de la prensa alemana sólo habían escuchado allí los peculiares deseos de cambiar los gobiernos del Reich, no era un lugar con recuerdos agradables. Después de algunos días en el cargo del Dr. Goebbels, se quitaron las viejas y polvorientas cortinas de la mayoría de las habitaciones y muebles sencillos pero acogedores llenaron las habitaciones luminosas. Cuando el Dr. Goebbels habló por primera vez ante los representantes de la prensa alemana en el Salón Jardín del Palacio Leopold, nadie dejó de ver que el espíritu maligno de una prensa hostil al pueblo había sido expulsado para siempre.

"Hay dos maneras de hacer una revolución", dijo el recién nombrado Ministro del Reich. “Uno puede disparar al oponente con ametralladoras hasta que reconozca la superioridad de quienes tienen las ametralladoras. Esa es la forma más sencilla. También se puede transformar una nación mediante una revolución del espíritu, no destruyendo al oponente, sino ganándolo. Nosotros, los Nacional Socialistas, hemos tomado el segundo camino y continuaremos por él. Nuestra primera tarea en este ministerio será ganar a todo el pueblo para el nuevo Estado. Queremos reemplazar el pensamiento liberal con un sentido de comunidad que incluya a todo el pueblo”. Lo más memorable, sin embargo, fue un estilo de discurso nunca antes escuchado en esta sala: “Nuestra revolución nunca se detendrá”. Así comenzó el Dr. Goebbels su tarea de ser el intermediario constante entre el gobierno del Reich Nacional Socialista que surgió del pueblo y para el pueblo. El Ministerio del Reich para la Ilustración Pública y la Propaganda debe mantener en todo momento y en cada medida individual la relación viva entre el gobierno y el pueblo. “No nos hemos convertido en ministros para estar por encima del pueblo, sino que ahora somos más que nunca servidores del pueblo”.

El Ministerio de Propaganda no es un aparato administrativo burocrático, sino más bien un centro de poder espiritual que se mantiene en contacto constante con todo el pueblo en cuestiones políticas, espirituales, culturales y económicas. Es la boca y el oído del gobierno del Reich. El Dr. Goebbels puso su mano sobre todas las potencias que alguna vez hicieron frente común contra él y contra la idea de Adolf Hitler que él representaba. En radio, prensa, literatura, teatro, cine. En conjunto, el enorme aparato de propaganda que una vez en la capital del Reich utilizó todo su enorme poder para convertir al desconocido pero peligroso Dr. Goebbels de Renania en un soñador y chiflado, objeto del desprecio público. El mismo enorme aparato sobre el que otros, utilizando muchos millones, habían intentado influir sin lograr ningún éxito real; durante décadas sólo uno lo había dominado: el intelecto judío. Este multifacético aparato de propaganda moderna, al que el Dr. Goebbels había enfrentado sin el arma del dinero, sólo con la fuerza de la idea, aunque la lucha parecía una tontería, cayó en manos de la gente que el Dr. Goebbels, como colega del Führer, se había movilizado contra esta ciudadela del poder judío. Ahora puede comenzar la reconstrucción de la vida espiritual alemana una vez eliminados los elementos extranjeros.

Ya en los primeros inicios de las obras de construcción del ministerio, el nuevo Ministerio del Reich para la Ilustración Pública y la Propaganda podía dar a primera evidencia de lo que era capaz de hacer: la organización del primer Día Nacional del Trabajo, el 1 de mayo de 1933. Aunque su éxito fue superado el 1 de mayo de 1934, el Dr. Goebbels demostró entonces por primera vez que una vez que el camino estaba despejado para el Nacional Socialismo, no cientos de miles, sino más bien millones, podrían reunirse en un solo lugar cuando los convocara. En 1934, el Día del Trabajo, hubo que cambiar relativamente poco, siguiendo el ejemplo del 1 de mayo de 1933. Desde el punto de vista organizativo, se hizo bien la primera vez. La tradición se había creado y después de un año se podía suponer que sólo faltaba profundizar el contenido de la fiesta nacional alemana. Las olas de la primera manifestación masiva de mayo azotaron a numerosos sindicatos y partidos. El 1 de mayo despertaron viejas costumbres de mayo en todo el Gaue alemán que habían dado nueva vida al casi decadente tesoro cultural alemán. El Departamento II de Propaganda (bajo el Ministerialrat Haegert) del Ministerio de Propaganda, tiene la tarea de llevar a cabo este tipo de reuniones masivas. Se podría llamar a este departamento el estado mayor de la propaganda práctica. Pero eso es sólo una parte del amplio dominio del Departamento II. Por nombrar sólo algunos campos, incluye propaganda positiva

sobre la cosmovisión, la estructura de la vida gubernamental, cuestiones de juventud y deportes, publicidad económica en todas sus formas, publicidad agrícola, propaganda en el ámbito del transporte y educación en materia de salud pública. El Departamento III, Radio (Ministerialrat Dreßler-Andreß) reúne todo el sistema de radio alemán. La radio, que alguna vez fue un conjunto de emisoras privadas en las que luchaban la influencia del Reich, los estados, los partidos políticos y las empresas privadas, fue unida, limpiada y claramente organizada. La radio no sólo quedó bajo control Nacional Socialista, sino que también se reconstruyó según los alineamientos Nacional Socialistas. La nueva radio popular ha demostrado que es capaz literalmente de atraer a una nación entera hacia el receptor para algunos "grandes eventos". Acontecimientos como la visita de Estado del Führer y Canciller del Reich a Hamburgo el 17 de agosto de 1934 han demostrado que la nueva radio alemana puede convertir eventos de este tipo en festivales para todo el país.

La radio permitió que toda una nación participara en la ceremonia del Reichstag alemán en honor del fallecido Presidente del Reich, y el mundo siguió cómo el Mariscal de Campo encontró su lugar de descanso final en el campo de su mayor victoria. Un año después de que el Dr. Goebbels tomara la radio alemana en sus manos, al mediodía del primer día de primavera fue posible que ni siquiera se vieran tres personas en un punto importante de Berlín, en la Potsdamer Platz, porque el Führer estaba inaugurando la segunda gran batalla por el trabajo en Baviera. Estaba hablando con unos pocos miles, pero habló por radio con millones y millones. El nuevo sistema de radio, incluso en una época en la que la crisis económica no había sido completamente superada, pudo conquistar millones de nuevos oyentes y producir millones de nuevos receptores, sobre todo el Volksempfänger [un receptor de radio económico]. Sin exagerar, se puede decir que no hay ningún país en el mundo donde la radio sea un intermediario tan intenso entre el gobierno y el pueblo como en Alemania. Era necesaria una verdadera labor de Sísifo en el terreno de la prensa. Del caos de 3.500 periódicos alemanes, de los cuales sólo 120 eran Nacional Socialistas en 1932, había que crear una prensa alemana responsable.

El Departamento IV, la Prensa (Ministerialrat Dr. Jahnke) es la herramienta del Ministerio de Propaganda en este ámbito. Es al mismo tiempo la Oficina de Prensa del gobierno del Reich. Su jefe es el subjefe de prensa del gobierno del Reich, el secretario de Estado Walter Funk del Ministerio del Reich para la Ilustración y la Propaganda del Pueblo. Los efectos destructivos de la pasada era liberal tuvieron efectos especialmente graves en el sistema periodístico alemán. Cualquiera, incluso los extranjeros y aquellos ajenos al espíritu alemán, podían, sin tener en cuenta al pueblo o al Estado, escribir lo que quisieran sobre cualquier cuestión política, incluso si lo que escribía ofrecía a los oponentes extranjeros todo el apoyo y ayuda posibles. Las prohibiciones no pudieron ayudar a hacer frente a la decadencia general del sistema periodístico alemán. Son sólo un medio temporal para hacer frente a las peores manifestaciones. Por lo tanto, el Dr. Goebbels creó la nueva Ley del Editor, que sentó las bases para una transformación completa del sistema periodístico alemán en las áreas moral, política y económica. La ley concedía al editor alemán importantes derechos, pero también importantes deberes.

El editor alemán es ahora el representante de todo el pueblo y, como tal, debe rendir cuentas de todas sus acciones e inacciones. Por primera vez en el mundo, esta ley convierte los intereses del pueblo y del Estado en la ley suprema para toda la prensa. Algunos periódicos extranjeros pensaron que esto era el fin de la libertad de prensa. Al cabo de un año, incluso aquellos en el extranjero se dieron cuenta de que la verdadera libertad estabiliza una clase periodística decente y con conciencia nacional. El Departamento IV, que apoya a la prensa, celebra una rueda de prensa diaria. Proporciona información constante para el trabajo incesante de periódicos, agencias de noticias y corresponsales nacionales y extranjeros.También incorpora Drahloser Dienst, la agencia de noticias de la radio alemana que proporciona a todas las estaciones del Reich noticias y retransmisiones en cuatro idiomas por onda corta. Dado que el ministerio más moderno trabaja con los métodos más modernos, Drahtlosen Dienst tiene un excelente sistema de teletipo que transmite sus noticias a todas las estaciones alemanas en un formato listo para su transmisión. El Departamento V (Ministerialrat Dr. Seeger) es responsable de todos los asuntos relacionados con el sistema cinematográfico, la industria cinematográfica y la tecnología cinematográfica. El Departamento VI (Ministerialrat Laubinger) se ocupa de las amplias áreas del teatro, la música y las artes. El Departamento VII (Ministerialrat Demann) es responsable finalmente de la defensa. Ése es el personal que el Ministro del Reich para la Ilustración y la Propaganda del Pueblo llamó a trabajar en estrecha colaboración con la dirección del Partido

Nacional Socialista. De aquí surgen las nuevas consignas para el pueblo, que debe formarse en una nueva unidad y ponerse a trabajar en la reconstrucción. Es sorprendente la rapidez con la que el Dr. Goebbels se convirtió en un organizador cultural después de años de lucha. Con la Cámara de Cultura del Reich consiguió poner orden en el ámbito más difícil de la vida pública: la cultura. La Cámara de Cultura del Reich incluye la Cámara de Cine del Reich, la Cámara de Artes Visuales del Reich, la Cámara de Teatro del Reich, la Cámara de Radio del Reich, la Cámara de Prensa del Reich, la Cámara de Música del Reich y la Cámara de literatura del Reich. En estas cámaras todos los creadores de cultura alemanes se reúnen de manera racional y sin coacciones innecesarias en el lugar donde pueden trabajar más eficazmente por la reconstrucción cultural. Dirigiéndose a los presidentes de las cámaras especializadas de la Cámara de Cultura del Reich, el Dr. Goebbels explicó: “Si el pensamiento profesional es realmente la gran idea sociológica del siglo XX, entonces Alemania está abriendo nuevos caminos”.

El Dr. Goebbels analizó los fundamentos del Estado Nacional Socialista: El arte es libre y nunca se debe intentar reemplazar la falta de intuición con organización. Advirtió contra la burocratización de la Cámara de Cultura. Explicó sus funciones de esta manera: “Es un error fundamental pensar que la tarea de la Cámara de Cultura del Reich es producir arte. No puede, no lo hará y puede que no lo haga. Su tarea es reunir a los creadores de cultura, organizarlos, eliminar las restricciones y contradicciones que surgen y ayudar a administrar el arte existente, el arte que se produce hoy y el arte que se producirá en el futuro para el beneficio del pueblo alemán”. El Dr. Goebbels, que llegó a conocer a escritores, periodistas, agentes teatrales, directores de cine, políticos, etc, durante los años de lucha, se siente como en casa en estos ámbitos. A los productores cinematográficos que se quejaron de la falta de material, respondió: “No falta material, sino que falta valentía para utilizarlo”. A la prensa le dijo: “Cuanto más unificada esté la capacidad nacional de concentración de un pueblo, más eficaz será la disciplina nacional”.

Hablando de las tareas del teatro alemán: “No queremos que el péndulo de los tiempos se detenga en la puerta del teatro, sino que llegue profundamente al alma de cada artista, y que el artista no sólo vea la nueva era como una necesidad desagradable pero inevitable, sino que comprenda la época y vea en ella un poderoso drama nacional de escala histórico-artístico, un evento que dará impulso, material e impulso a los artistas alemanes durante tres o cuatro generaciones”. O como les dijo a los libreros: “Mientras el libro siga siendo privilegio de una pequeña clase elitista y no encuentre acogida entre la gente, no se podrá hablar de beneficios reales para la nación a través del libro”. Es obvio que el artista creativo Joseph Goebbels es un enemigo acérrimo de cualquier forma de kitsch. Cuando se utilizan medios inadecuados y cuando la capacidad no es capaz de alcanzar la grandeza y la dignidad de la tarea, interviene. El Dr. Goebbels, el primero en exponer la presunta objetividad de la actividad creativa, afirma abiertamente que el objetivo es el de servir constantemente a todo el pueblo. E0s el enemigo declarado y jurado de la incompetencia. No quiere poner las creaciones intelectuales de la nación bajo censura desde arriba.

El artista, el escritor, cada artista creador es libre. Quiere atarlos desde abajo. Después de años de influencia desenfrenada que llega desde direcciones extranjeras, quiere que el arte vuelva a arraigarse en el suelo de la patria, en el suelo del pueblo. Esta unión no es cadena, sino liberación y fecundidad. Para cada alemán la etnicidad debe ser la realidad decisiva. Desde este terreno y no desde otro, deben surgir las fuerzas artísticas y culturales creativas. Cuanto más profundas estén las raíces del arte en el suelo de la nación, mayor será su importancia internacional.

Hans Schwarz von Berk - el arte de hablarle al mundo.

1941

En el despacho del ministro hay una larga mesa para mapas, delante de la ventana que da a la Wilhelmplatz. Algunos mapas son de esos en los que los oficiales del Estado Mayor miden con sus brújulas y dibujan sus planos. Hay otros que pertenecen a un capítulo de la guerra que no tiene igual en la historia de la guerra. Un mapa muestra las emisoras de radio conquistadas en Europa. Otro muestra en numerosas páginas los movimientos y ubicaciones de las empresas de propaganda. Un mapa mundial muestra las zonas a las que llegan las transmisiones de onda corta en muchos idiomas. Otro más muestra los movimientos y actuaciones de compañías de teatro. Otro compara las ciudades de Inglaterra y Alemania que han sido bombardeadas. Cada vez que el Dr. Goebbels se reúne con oficiales, reporteros de guerra, editores, gente de radio y artistas alrededor de la mesa, se hacen evidentes las formas en que la guerra ha movilizado el espíritu y el alma.

Una o dos veces por semana la sala está vacía y el doctor Goebbels deambula alrededor de la mesa. Dicta un artículo o un discurso. Esto ocurre en mitad de la jornada de trabajo y a menudo sucede tan rápido que quienes están en la sala de espera se sorprenden cuando la taquígrafa se marcha después de sólo quince minutos. Han sido días de tal tensión y concentración que ha dictado un artículo a tres columnas en doce minutos. Pero esa no es la regla. Cuando el Dr. Goebbels polemiza, lo hace de una manera que pocos pueden igualar. Dicta frases agudas y punzantes, además de elegantes y poderosas. No necesita una larga preparación. Como un revolucionario, se siente cómodo con todas las formas de elocuencia política. Como resultado, la mayoría de estos artículos se leen como si acabaran de ser pronunciados. Sus ensayos que tratan los grandes problemas del momento o tienen un objetivo particular de política exterior, son diferentes. Estos artículos están escritos con la minuciosidad necesaria. Se reúnen archivos y pruebas, se cotejan las citas con el original, se cotejan las citas de Eden, Roosevelt, Pitman o Ickes. Cuando un manuscrito ha sido repasado numerosas veces, se puede dejar de lado durante una semana o más, después de lo cual se pesa una vez más cada palabra. Una guerra no se puede ganar sólo con el temperamento, ni siquiera con un temperamento tan grande como el del Dr. Goebbels.

Pocos saben que sigue un estricto plan diario. Comienza cada día con el diario que lleva desde 1920 y termina, ya entrada la noche, con un avance de las imágenes del próximo noticiero, del que se enviarán 3.000 copias a todo el mundo. La rutina diaria precisa fue cada vez más difícil de seguir a medida que comenzaron a aparecer los primeros signos de un peligro real de guerra en Europa. Eso fue unos meses después de la Conferencia de Múnich, diciembre/enero de 1938/39. Inglaterra se estaba armando, Estados Unidos abrió su prensa y su diplomacia a la incitación, Francia se vio atraída, Polonia fue conducida por el camino de la locura. Se volvió esencial estar alerta propagandísticamente y mostrar a nuestro propio pueblo, así como al del mundo, lo que estaba sucediendo. El ministerio necesitaba preparar a la radio, la prensa, el cine y al partido para lo que pudiera venir. La propaganda alemana se preparaba para su bautismo de fuego. El Dr. Goebbels se aferró a su rutina diaria. Lo trivial quedó a un lado. Los visitantes tuvieron que ser más concisos. Los documentos y propuestas que llegaron a su escritorio se hicieron aún más breves. Pero se dedicó más tiempo a leer la prensa y las noticias confidenciales, los folletos y panfletos enemigos y las transcripciones de estaciones de radio extranjeras. El despacho del ministro volvió a ser como su redacción durante los años en que luchó por Berlín, pero ahora ya no dirigía un periódico, sino todo el sistema de noticias, la radio, la propaganda oral y los folletos.

Este cambio de circunstancias atestigua una vez más sus habilidades periodísticas. Todo lo que el Dr. Goebbels escuchó o leyó se transformó en liderazgo de guerra. La mayoría de los asuntos los transmitía a otros con unas breves instrucciones. Gran parte de su dictado apareció en el extranjero, sin delatar su nombre. El énfasis siempre estuvo en la puntualidad. Casi siempre se rechazaban los panfletos extensos, los tomos gruesos y las discusiones académicas profundas del tipo de las utilizadas durante la Guerra Mundial. Lo importante era seguirle los talones al enemigo. En la propaganda no podía haber una guerra de trincheras. Había que responder de inmediato a cada uno de los errores garrafales de Churchill, a cada una de sus derrotas y bochornos. El Dr. Goebbels comentaba semana tras semana el estado de las cosas. Sus ensayos aparecieron en el Völkischer Beobachter y en Das Reich. Algunos le preguntan por qué no se dirige a toda la prensa. Obviamente tiene la habilidad. Pero el Dr. Goebbels hace una clara distinción entre lo que hace como ministro y lo que hace como periodista. Como periodista hace su propio trabajo. El quiere que la gente vea sus artículos como su opinión personal. Quiere que tengan peso, que destaquen, que hablen con los lectores.

Los escritos políticos, los argumentos políticos y la persuasión política acompañan a las noticias, según informan los despachos del mando del ejército y la empresa de propaganda. Sus escritos y discursos personales se producen en medio de su trabajo de guerra. Han sucedido tantas cosas en esta “era única” desde el año crítico de 1939: los logros de nuestros soldados y los cambios en el mapa provocados por nuestras campañas son de una escala tan enorme que un discurso o un ensayo pueden olvidarse. Sin embargo, cuando uno considera los elementos recopilados en este libro, que son sólo una parte de lo que produjo en estos años, uno recuerda la escala de la guerra. Muestran que hemos abordado esta guerra como un pueblo político y que la vemos como un todo político. Nunca nos ha faltado algo que decir. Hemos evitado alardes altisonantes y palabras descuidadas. No hay señales de una grandilocuencia patriótica que oculte las dificultades y desafíos reales de la guerra. El Dr. Goebbels también ha determinado hacia dónde debe apuntar el lenguaje. Conoce y comparte el sentimiento colectivo y sensato de nuestro pueblo. Podía hablar con mordaz ironía sobre hombres como Churchill o Halifax, Eden o Roosevelt, pero nunca olvidó la realidad de la fuerza del enemigo. Cuando hace predicciones (y lo hace de vez en cuando en este libro) no dependen de esperanzas descuidadas de un feliz accidente, el tipo de cosas que hace Churchill para ocultar a los ingleses la gravedad de sus derrotas. En cambio, revela las intenciones secretas del enemigo y señala su responsabilidad.

Por ejemplo, lo que el Dr. Goebbels escribió sobre los belicistas estadounidenses en enero de 1939 se ha hecho realidad paso a paso. En uno de sus ensayos sobre Churchill, el Dr. Goebbels lo caracterizó como un jugador que cada vez espera que su suerte mejore, mientras que todo el tiempo está jugando todo su imperio. El Führer y Churchill difieren más claramente en su relación con la suerte. Este tema aparece periódicamente, siempre de la única forma que corresponde a nuestra forma de pensar. Como dijo Moltke, a la larga sólo tienen suerte aquellos que merecen tenerla. Los milagros y la suerte no decidirán esta guerra. La victoria dependerá de los logros de nuestro pueblo, de nuestras armas y de la determinación de nuestro corazón, contra el cual todas las palabras del enemigo son en vano. En un lenguaje que pueden entender tanto los educados como los no educados, el Dr. Goebbels ha expresado la doctrina de guerra de un joven pueblo socialista, un pueblo que sabe que todo lo que sucede obedece a una necesidad superior. Ésa es la esencia de la guerra. Ninguna esperanza ni espera, ninguna renuncia u obligación son en vano. No se nos pide nada innecesario, no se derrama ni una gota de sangre por razones de prestigio. Todo sigue un plan secreto en manos del Führer. Esta suma de estos ensayos y discursos deja clara la lógica de la guerra. Depende de una conciencia de la seguridad y superioridad alemana. Todo nuestro pensamiento en esta guerra está contenido en esta única frase: "Alemania siempre ha sido tan fuerte como lo es hoy, pero nunca lo supo”.

Discursos por el cumpleaños de Adolf Hitler

Nuestro Hitler.
Discurso de Joseph Goebbels en el cumpleaños de Adolf Hitler.

19 de abril de 1933

Los periódicos de hoy están llenos de felicitaciones para el Canciller del Reich, Adolf Hitler. Los matices varían según el tono, el carácter y la actitud del periódico. Sin embargo, todos están de acuerdo en una cosa: Hitler es un hombre de estatura que ya ha realizado hazañas históricamente importantes y enfrenta desafíos aún mayores. Es el tipo de estadista que rara vez se encuentra en Alemania. Durante su vida tuvo la suerte no sólo de ser apreciado y amado por la abrumadora mayoría del pueblo alemán, sino, aún más importante, de ser comprendido por ellos. Es el único político alemán de la posguerra que comprendió la situación y sacó las conclusiones duras y firmes necesarias. Todos los periódicos están de acuerdo en esto. Ya no es necesario decir que ha retomado el trabajo de Bismarck y tiene intención de completarlo. Hay pruebas suficientes de ello incluso para quienes no creen o piensan mal de él. Por lo tanto, no creo necesario discutir el significado histórico y el impacto aún desconocido de este hombre en vísperas del día en que, lejos del bullicio de la capital del Reich, Adolf Hitler cumple 44 años. Siento una necesidad mucho más profunda de expresar personalmente mi estima por él y, al hacerlo, creo que hablo en nombre de muchos cientos de miles de Nacional Socialistas en todo el país.

Se lo dejaremos a quienes fueron nuestros enemigos hace sólo unos meses y que luego lo calumniaron para elogiarlo hoy con palabras incómodas y un patetismo embarazoso. Sabemos lo poco que Adolf Hitler aprecia tales intentos y cuánto más corresponde a su naturaleza la lealtad devota y el apoyo duradero de sus amigos y compañeros de lucha. La misteriosa magia que ejerce sobre todos los que entran en contacto con él no puede explicar por sí sola su personalidad histórica. Hay más que nos hace amarlo y estimarlo. A través de todos los altibajos de la carrera de Adolf Hitler, desde el comienzo de su actividad política hasta la culminación de su carrera cuando tomó el poder, siempre ha sido el mismo: una persona entre la gente, un amigo de sus camaradas, un entusiasta partidario de cada habilidad y talento. Es un pionero para quienes se dedicaron a su idea, un hombre que conquistó los corazones de sus camaradas en medio de la batalla y nunca los liberó. Me parece que hay que decir una cosa en medio de la profusión de sentimientos. Sólo unos pocos conocen bien a Hitler. La mayoría de los millones de personas que lo miran con fiel confianza lo hacen desde la distancia. Se ha convertido para ellos en un símbolo de su fe en el futuro. Normalmente los grandes hombres que admiramos desde la distancia pierden su magia cuando uno los conoce bien. Con Hitler ocurre lo contrario. Cuanto más se le conoce, más se le admira y más dispuesto está uno a entregarse plenamente a su causa. Dejaremos que otros toquen las trompetas.

Sus amigos y camaradas se reúnen a su alrededor para estrecharle la mano y agradecerle por todo lo que él es para nosotros y todo lo que nos ha dado. Permítanme decirlo una vez más: amamos a este hombre y sabemos que se ha ganado todo nuestro amor y apoyo. Nunca un hombre fue más injustamente acusado por el odio y las calumnias de sus malvados detractores de otros partidos. ¡Recuerda lo que dijeron de él! ¡Una mezcolanza de acusaciones contradictorias! No dejaron de acusarlo de todos los pecados y de negarle todas las virtudes. Cuando finalmente superó la avalancha de mentiras, triunfó sobre sus enemigos e izó la bandera Nacional Socialista sobre Alemania, el destino le mostró su favor ante el mundo entero. Lo elevó entre la masa de la gente y lo colocó en el lugar que merecía por sus brillantes dones y su humanidad pura e impecable. Recuerdo los años en los que, recién salido de prisión, comenzó a

reconstruir su partido. Pasamos con él unos maravillosos días de vacaciones en su querido Obersalzburg, en lo alto de Berchtesgaden. Debajo de nosotros se encontraba el tranquilo cementerio donde está enterrado su inolvidable amigo Dietrich Eckart. Caminamos por las montañas, discutimos planes para el futuro y hablamos de teorías que hoy hace mucho que se han hecho realidad. Luego me envió a Berlín. Me asignó una tarea difícil y desafiante, y todavía hoy le agradezco que me haya dado el trabajo. Unos meses más tarde nos sentamos en una habitación de un pequeño hotel de Berlín. El partido acababa de ser prohibido por el departamento de policía judío-marxista. Sobre él caían fuertes golpes. El partido estaba lleno de desánimo y riñas. Todos se quejaban de los demás. Toda la organización parecía haberse rendido. Hitler, sin embargo, no perdió el coraje, sino que inmediatamente comenzó a organizar la defensa y ayudó donde era necesario.

Aunque tuvo sus propias dificultades personales y políticas, encontró el tiempo y la fuerza para afrontar los problemas y apoyar a sus amigos en la capital del Reich. Uno de sus rasgos finos y nobles es que nunca se rinde ante alguien que se ha ganado su confianza. Cuanto más atacan sus oponentes políticos a una persona así, más leal es el apoyo de Adolf Hitler. No es el tipo de persona que teme a los asociados fuertes. Cuanto más duro es un hombre, más le agrada a Hitler. Si las cosas se desmoronan, sus hábiles manos las vuelven a unir. ¿Quién hubiera pensado que era posible que se pudiera construir una organización de masas que incluye literalmente todo en esta nación de individualistas? Hacer eso es el gran logro de Hitler. Sus principios son firmes e inquebrantables, pero es generoso y comprensivo con las debilidades humanas. Es un enemigo despiadado de sus oponentes, pero un amigo bueno y afectuoso de sus camaradas. Ese es Hitler. Lo vimos en los dos grandes mítines del partido en Nuremberg, rodeado de las masas que veían en él la esperanza de Alemania. Por las noches nos sentábamos con él en su habitación de hotel. Estaba vestido con una sencilla camisa marrón, la misma de siempre, como si nada hubiera pasado. Alguien dijo una vez que lo grande es simple y lo simple es genial. Si eso es cierto, seguramente se aplica a Hitler.

Su naturaleza y toda su filosofía es una brillante simplificación de la necesidad espiritual y la fragmentación que envolvió al pueblo alemán después de la guerra. Encontró el mínimo común denominador. Por eso ganó su idea: él la modeló y, a través de él, el hombre común y corriente vio su profundidad y significado. Hay que haberlo visto tanto en la derrota como en la victoria para comprender qué clase de hombre es. Él nunca se rompió. Nunca perdió el coraje ni la fe. Cientos de personas acudieron a él en busca de nuevas esperanzas y nadie se fue sin recibir fuerzas renovadas. La víspera del 13 de agosto de 1932 nos reunimos en una pequeña granja en las afueras de Potsdam. Hablamos hasta bien entrada la noche, pero no sobre nuestras perspectivas para el día siguiente, sino sobre música, filosofía y cuestiones de cosmovisión. Luego vinieron las experiencias que sólo se pueden tener con él. Habló de los difíciles años de su juventud en Viena y Munich, de sus experiencias de guerra, de los primeros años del partido. Pocos saben lo dura y amargamente que tuvo que luchar. Hoy está rodeado de elogios y agradecimientos. Hace sólo quince años era un individuo solitario entre millones. La única diferencia entre él y ellos era su fe ardiente y su resolución fanática de transformar esa fe en acción. Quienes creían que Hitler estaba acabado tras la derrota del partido en noviembre de 1932 no lograron entenderlo. Sólo alguien que no lo conociera en absoluto podría cometer tal error. Hitler es una de esas personas que se levanta de sus derrotas.

Le queda bien la frase de Friedrich Nietzsche: “Lo que no me destruye sólo me hace más fuerte”. Este hombre, que sufrió durante años problemas económicos y de partido, acosado por la avalancha de mentiras de sus enemigos, herido en lo más profundo de su corazón por la deslealtad de falsos amigos, todavía encontró la fe ilimitada para sacar a su partido de la desesperación por nuevas victorias. ¿Cuántos miles de kilómetros me he sentado detrás de él en coches o aviones durante las campañas electorales? ¿Cuántas veces he visto la mirada agradecida de un hombre en la calle, o de una madre levantando a su hijo para mostrárselo, y cuántas veces he visto alegría y felicidad cuando la gente lo reconocía? Mantenía sus bolsillos llenos de paquetes de cigarrillos, cada uno con una moneda de uno o dos marcos. Cada joven trabajador que conoció recibió uno. Tuvo una palabra amistosa para cada madre y un cálido apretón de manos para cada niño. No en vano la juventud alemana lo admira. Saben que este hombre es joven de corazón y que su causa está en sus buenas manos. El pasado lunes de Pascua nos sentamos con él en su pequeña casa del Obersalzberg. Un grupo de jóvenes excursionistas de Braunau, su ciudad natal, vinieron a visitarnos.

Qué sorprendidos se quedaron estos muchachos cuando no solo recibieron un saludo amistoso, sino que los quince muchachos fueron invitados a pasar. Les prepararon un almuerzo apresuradamente y tuvieron que hablarle sobre su ciudad natal, Braunau. El pueblo tiene un fino sentido para los verdaderamente grandes. Nada impresiona tanto a la gente como cuando una persona pertenece verdaderamente a su pueblo. ¿De quién sino de Hitler podría ser cierto esto? Cuando regresaba de Berchtesgaden a Múnich, la gente lo saludaba en todos los pueblos. Los niños gritaron Heil y arrojaron ramos de flores al coche. Las SA habían cerrado la carretera en Traunstein. No había ningún movimiento ni hacia adelante ni hacia atrás. Con confianza y naturalidad, el Führer de las SA se acercó al coche y dijo: "Mi Führer, un antiguo miembro del partido está muriendo en el hospital y su último deseo es ver a su Führer”. En Múnich aguardaban montañas de trabajo. Pero Hitler ordenó que el coche diera la vuelta y se sentó durante media hora en el hospital junto a la cama de su compañero de partido moribundo. La prensa marxista afirmó que era un tirano que dominaba a sus sátrapas.

¿Qué es él realmente? Es el mejor amigo de sus camaradas. Tiene el corazón abierto para cada dolor y cada necesidad, tiene comprensión humana. Conoce a fondo a cada uno de sus asociados y no ocurre nada en su vida pública o privada de lo que él no sea consciente. Si les ocurre una desgracia, les ayuda a soportarla y se alegra más que nadie de sus éxitos. Nunca he visto sus dos lados en nadie más. Cenamos juntos la noche del incendio del Reichstag. Hablamos y escuchamos música. Hitler era una persona entre la gente. Veinte minutos más tarde, se encontraba en las ruinas humeantes del edificio del Reichstag y dio órdenes penetrantes que condujeron a la destrucción del comunismo. Más tarde se sentó en una redacción y dictó un artículo. Para quienes no conocen a Hitler, parece un milagro que millones de personas lo amen y lo apoyen. Para quienes lo conocen, es algo natural. El secreto de su éxito está en la magia indescriptible de su personalidad. Aquellos que mejor lo conocen lo aman y lo honran más.

Quien le ha jurado lealtad se dedica a él en cuerpo y alma. Pensé que era necesario decir eso esta noche, y que lo dijera alguien que realmente lo conozca y que pudiera encontrar el coraje para romper las barreras de la reserva y hablar de Hitler como hombre. Hoy ha abandonado el bullicio de la capital. Dejó coronas e himnos de alabanza en Berlín. Está en algún lugar de su amada Baviera, lejos del ruido de las calles, para encontrar paz y tranquilidad. Quizás en una habitación cercana alguien encienda un altavoz. Si eso sucediera, entonces permítanme decirle a él y a toda Alemania: ¡Mi Führer! Millones y millones de los mejores alemanes le envían sus mejores deseos y te entregan su corazón. Y nosotros, sus asociados y amigos más cercanos, estamos reunidos en honor y amor. Sabemos lo poco que le gustan los elogios. Pero aún debemos decir esto: usted ha llevado a Alemania desde su más profunda desgracia, al honor y la dignidad. Debe saber que detrás de usted, y si es necesario delante, se encuentra un grupo fuerte y decidido de luchadores que está dispuesto en cualquier momento a darlo todo por usted y su idea. Deseamos, por usted y por el nuestro, que el destino le preserve durante muchas décadas y que siempre siga siendo nuestro mejor amigo y camarada. Este es el deseo de sus compañeros de lucha y amigos para su cumpleaños. Le ofrecemos nuestras manos y le pedimos que sea siempre para nosotros lo que es hoy:

¡Nuestro Hitler!

Nuestro Hitler.
Discurso de Joseph Goebbels en el cumpleaños de Adolf Hitler.

19 de abril de 1935

¡Compañeros ciudadanos! Hace dos años, el 20 de abril de 1933, sólo tres meses después de que Adolf Hitler llegara al poder, hablé ante el pueblo alemán con motivo del cumpleaños del Führer. No era mi objetivo entonces, ni lo es ahora, leer en voz alta un apasionante artículo periodístico. Eso se lo dejaré a mejores estilistas. Tampoco elogiaré la obra histórica de Adolf Hitler. Mi intención hoy, en el cumpleaños del Führer, es todo lo contrario. Creo que es hora de presentar ante toda la nación al hombre Hitler, con toda la magia de su personalidad, todo el genio misterioso y el poder irresistible de su personalidad. Probablemente no quede nadie en el planeta que no lo conozca como estadista y como líder popular notable. Sólo unos pocos, sin embargo, tienen el placer de verlo cada día de cerca como un hombre, de experimentarlo y, como puedo añadir, llegar como resultado a una comprensión y un amor más profundos por él. Estos pocos se preguntan cómo es posible que un hombre al que hace sólo tres años se oponía la mitad de la nación esté hoy por encima de cualquier duda y de toda crítica. Alemania ha encontrado una unidad que nunca será quebrantada.

Adolf Hitler es el hombre del destino, que tiene la vocación de salvar a la nación de un terrible conflicto interno y de una vergonzosa desgracia extranjera, para conducirla a la ansiada libertad. Que un hombre haya capturado los corazones de toda la nación, a pesar de las decisiones a veces difíciles e impopulares que tuvo que tomar, es quizás el secreto más profundo y sorprendente de nuestra época. No puede explicarse únicamente por sus logros, porque son precisamente aquellos que han tenido que hacer los mayores sacrificios por él y por la reconstrucción nacional, quienes aún deben hacerlo, quienes han sentido su misión de la manera más profunda y alegre. Ellos son los que sienten el amor más honesto y apasionado por él como Führer y como hombre. Ese es el resultado de la magia de su personalidad y del profundo misterio de su humanidad pura y honesta. De esta humanidad, que ven más claramente quienes están más cerca de él, es de la que hablo hoy. Toda humanidad genuina se caracteriza por la sencillez y la claridad en el ser y en la acción. Se manifiesta tanto en los asuntos más pequeños como en los más grandes. La simple claridad que es evidente en su naturaleza política es también el principio dominante de toda su vida.

No es posible imaginarlo fingiendo una fachada. Su pueblo no lo reconocería si lo hiciera. Sus comidas diarias son las más sencillas y modestas imaginables. No es diferente al cenar, ya sea con un pequeño grupo de amigos o en un banquete de Estado. En una recepción reciente para funcionarios del programa Winter Relief, un antiguo miembro del partido le preguntó si podía tener una copia autografiada del menú como recuerdo. Hizo una pausa por un momento y luego se rió: “Está bien. El menú sigue siendo el mismo aquí; cualquiera es bienvenido a echarle un vistazo”. Adolf Hitler es uno de los pocos líderes estatales que evitan medallas y condecoraciones. Él solo usa una medalla personal que obtuvo como simple soldado al mostrar la mayor valentía. Eso es prueba de modestia, pero también de orgullo. No hay nadie digno para condecorarlo, aparte de él mismo. Cualquier forma de ostentación le es ajena, pero cuando representa al Estado y a su pueblo, lo hace con propiedad. Detrás de todo lo que él es y hace están las palabras del gran soldado Schlieffen, quien escribió: “Sé más de lo que pareces”. Su determinación para alcanzar su objetivo supera con creces la fuerza humana normal. Hace varios días regresé a Berlín a la 1 de la madrugada después de varios días difíciles y estaba listo para

dormir, pero quería un informe mío. A las 2 de la madrugada todavía estaba alerta, todavía trabajando solo en su casa. Durante dos horas escuchó un informe sobre la construcción de las carreteras nacionales, tema que parecería lejano de los grandes problemas internacionales en los que había estado ocupado durante todo el día desde temprano en la mañana hasta tarde en la noche. Antes del último mitin de Núremberg, fui su invitado durante una semana en Obersalzburg. La luz brillaba desde su ventana todas las noches hasta las 6 o 7 de la mañana. Estaba dictando los grandes discursos que daría unos días después en el mitin. Su gabinete no aprueba ninguna ley que no haya estudiado hasta el más mínimo detalle. Su conocimiento militar es integral. Conoce los detalles de cada arma, de cada ametralladora así como de cualquier especialista. Cuando da un discurso conoce cada detalle. Su método de trabajo es totalmente claro. Nada más lejos de él que el nerviosismo o la tensión histérica. Él sabe mejor que nadie que hay cientos de problemas por resolver. Elige los dos o tres que considera más centrales y trabaja en ellos, sin distraerse con los restantes, porque sabe que si resuelve los grandes problemas, los problemas de segunda o tercera magnitud se resolverán solos.

Su enfoque de los problemas muestra tanto la determinación necesaria para abordar lo esencial como la flexibilidad esencial en la elección de los métodos. Tiene principios y creencias, pero sabe cómo alcanzarlos mediante una cuidadosa selección de métodos y enfoques. Nunca ha cambiado sus objetivos básicos. Hoy hace lo que decidió hacer en 1919, pero siempre ha sido flexible en los métodos que utilizó para alcanzar sus objetivos. Cuando le ofrecieron la vicecancillería en agosto de 1932 rechazó la oferta. Tenía la sensación de que aún no había llegado el momento y que el terreno que se le ofrecía era demasiado pequeño para sostenerse. Pero cuando el 30 de enero de 1933 le ofrecieron una puerta más amplia al poder, la atravesó con valentía. No era la responsabilidad total que quería, pero sabía que el terreno que conocía era suficiente para comenzar la lucha por el poder total. Los sabelotodo no entendieron ninguna de las dos decisiones. Hoy deben admitir a regañadientes que fue superior no sólo en sus tácticas, sino también en el uso estratégico de los principios en formas que ellos, miopes, no lograron ver. El verano pasado, dos fotografías mostraron vívidamente al Führer en toda su soledad. El primero lo mostraba saludando a la Wehrmacht justo después de verse obligado a sofocar sangrientamente la traición y el motín del 30 de junio. Su rostro mostraba la amargura de las horas difíciles que había vivido.

La segunda fotografía lo mostraba saliendo de la casa del moribundo mariscal y presidente del Reich en Neudeck. Su expresión muestra la sombra del dolor y la tristeza ante la muerte despiadada que en pocas horas le arrancaría a su amigo paternal. Con previsión casi profética, nos dijo en su círculo más íntimo en la víspera de Año Nuevo que 1934 sería un año peligroso, en el que probablemente se vería la muerte de Hindenburg. Ahora había sucedido lo inevitable. Una cosa estaba clara en su rostro, el dolor de toda una nación, un dolor que no se reduciría a una mera queja. Toda la nación no sólo lo honra, sino que lo ama profunda y fervientemente, porque siente que le pertenece. Él es carne de su carne y espíritu de su espíritu. Esto se muestra en los aspectos más pequeños de la vida cotidiana. Queda patente en la camaradería que existe en la Cancillería del Reich entre las SS y el Führer. Cuando viaja duerme en el mismo hotel y en las mismas condiciones que todos los demás. ¿Es de extrañar que los más pequeños de quienes lo rodean sean los más leales? Tienen la sensación instintiva de que lo suyo no es una fachada, sino más bien el resultado de su naturaleza espiritual interior y evidente.

Hace unas semanas, 50 jóvenes alemanas procedentes del extranjero, que habían completado un año de escolarización y estaban a punto de regresar a sus sufridos países de origen, visitaron al Canciller con la esperanza de verlo un momento. Las invitó a todas a cenar. Durante horas tuvieron que contarle sus modestas vidas. Cuando se iban, de repente cantaron la canción “If All Become Untrue” y las lágrimas brotaron de sus ojos. En medio de ellos estaba el hombre que se ha convertido en la encarnación de la Alemania eterna, ofreciéndoles un consuelo amistoso y de buen corazón para animarlas en su difícil camino. Él vino del pueblo y sigue siendo parte de él. Aquel que negoció durante dos jornadas de quince horas en una conferencia con diplomáticos de la poderosa Inglaterra, que dominó los argumentos y los hechos sobre las grandes cuestiones de Europa, puede hablar con total facilidad con la gente común, con cualquier camaradada, o con un compañero veterano de guerra que lo saluda con el corazón nervioso después de quizás días de preguntarse cómo saludarlo y qué decir. Los más débiles se acercan a él con confianza, porque sienten que es su amigo y protector. Toda la nación lo ama, porque se siente tan segura en sus brazos como un niño en los brazos de su madre. Este hombre es un fanático de su causa.

Ha sacrificado su felicidad personal y su vida privada. No conoce nada más que el trabajo que realiza como verdadero servidor del Reich. Un artista se convierte en estadista y su obra histórica revela sus notables habilidades. No necesita honores externos; su mayor honor es la permanencia duradera de sus labores. Pero nosotros que tenemos la suerte de estar cerca de él cada día recibimos su luz y sólo queremos ser seguidores obedientes detrás de su bandera. Muchas veces le ha dicho al círculo de sus compañeros de lucha más antiguos y de sus amigos más cercanos: “Será terrible cuando el primero de nosotros muera y haya un lugar vacío aquí que ya no se pueda llenar”. Que un destino bondadoso decida que él viva más tiempo, que durante muchas décadas la nación continúe bajo su liderazgo por el camino hacia una nueva libertad, grandeza y poder. Éste es el sincero y apasionado deseo que toda la nación alemana pone a sus pies. No sólo nosotros, que estamos cerca de él, sino el último hombre en el pueblo más lejano, nos unimos para decir: “Ahora es lo que siempre fue y siempre será: ¡Nuestro Hitler!”

Nuestro Hitler.
Discurso de Joseph Goebbels en el cumpleaños de Adolf Hitler.

19 de abril de 1936

¡Mis camaradas alemanes!
Mañana lunes, el Führer celebra su 47 cumpleaños.
Como en años anteriores desde la toma del poder, aprovecho esta ocasión festiva para dirigirme a toda la nación alemana. En este día, nuestro pueblo piensa con una rara unanimidad y una determinación única en el hombre que se ha convertido en la personificación de la resurrección de Alemania para todos los alemanes, ya sea en el Reich o en todo el mundo, y que es el símbolo de un Reich fuerte y revitalizado. Mañana por la mañana, todo este pueblo desea proclamar su amor y su honor al Führer, pero también su agradecimiento por su impacto en la humanidad y en la historia. Entre ellos se encuentran los incontables millones que votaron por él el 29 de marzo de este año y afirmaron así ceremonialmente que lo veían como la encarnación de la fe en nuestro futuro nacional y de la seguridad y el honor del Reich.

Nunca antes en la historia un hombre había encarnado tanto la confianza y el sentimiento de unión de todo un pueblo. Estoy feliz de que esta noche soy el intérprete de todos estos sentimientos. Todavía estamos en medio del trabajo constructivo del Führer. Cada uno de nosotros tiene suficientes problemas y desafíos que enfrentar, y son innumerables las tareas que enfrentamos. Y, por supuesto, Adolf Hitler no ha resuelto todas las tensiones y diferencias, todos los malentendidos y fricciones dentro del pueblo alemán. Pero en esto todos podemos estar de acuerdo: que el liderazgo de Alemania está en las mejores, más leales y confiables manos de Adolf Hitler, y que en él, en su persona y en su impacto humano y político, existe la seguridad de que estos problemas restantes encontrarán a su debido tiempo una solución orgánica adecuada. Como una roca en el océano, él se mantiene firme frente a todos los problemas y dificultades de la vida cotidiana, el lugar pacífico en la avalancha de acontecimientos. El impacto de sus actos históricos está ya tan profundamente grabado en el corazón y el alma de todo el pueblo alemán que parece totalmente innecesario desperdiciar siquiera una palabra sobre ellos. Y no es por eso que quisiera hablar esta tarde sobre su cumpleaños de mañana.

Quiero hablar personalmente de él. Todo el mundo lo conoce como estadista y Führer, pocos tienen el privilegio de verlo de cerca como persona y sentir diariamente su fuerza personal. Millones de alemanes quedaron profundamente conmovidos por las apasionantes palabras de su discurso sobre las elecciones del 29 de marzo de este año. Le oyeron decir que había dado fuerza al pueblo alemán durante tres años y que ahora el pueblo alemán debía darle fuerza a él. A menudo había fortalecido la fe de la nación; ahora la nación tenía que fortalecer su fe. Durante los últimos tres años, quienes estamos cerca de él hemos visto a menudo cuán necesarias son la fuerza y la fe para su obra. No pasaba día ni noche, ni hora, que no le trajera una gran cantidad de trabajo y desafíos. A menudo ocurre que un pueblo llega a tomar los éxitos de sus políticas con naturalidad y se acostumbra gradualmente a ellos. No tiene idea del esfuerzo, del coraje, de la responsabilidad que son necesarios para hacer posibles esos éxitos. La mayoría de la gente sólo se da cuenta de ello cuando junto a los éxitos surgen peligros, peligros que un estadista con visión de futuro siempre ha visto y tenido en cuenta, y con los que ha luchado solo durante largas noches de insomnio. Por muy grande que nos parezca el milagro del renacimiento de Alemania, mayor aún es el milagro de cómo un hombre, en una época en que la completa desesperanza se había apoderado de los círculos más amplios de su pueblo, encontró el coraje y el corazón fuerte

e inquebrantable que se necesitaban. No es fácil levantar a un pueblo del suelo; no sólo se necesita inteligencia, sino también audacia. Pero aún más, ¿qué significa que un hombre cargue con las cargas de Atlas y se gane no sólo la confianza y el amor de su propio pueblo, sino que se convierta en un factor en la moral del mundo entero? Durante estos tres años, el Führer ha tenido la valentía de enfrentarse a una Europa que estaba en peligro de derrumbarse a causa de su deshonestidad senil, dándole la verdad al principio amarga y dolorosa, pero que al final le devolvió el honor. Dio nuevo movimiento a un sistema estéril. Se convirtió en política exterior en lo que había sido durante mucho tiempo en política interior: un gran simplificador que tomó los problemas más complicados e intrincados que Europa era incapaz de resolver y encontró enfoques naturales y comprensibles. El plan de paz que presentó recientemente al mundo es una obra maestra de trabajo constructivo y simplificador. Es europea en el sentido más amplio y moderno. Los futuros historiadores sin duda lo verán como un soplo profundo y liberador por parte del mundo que estaba atrapado en sus contradicciones y se había quedado sin vida.

Todo esto asegura al Führer la confianza y la lealtad ciega de las amplias masas de nuestro pueblo. El amor que le transmiten se dirige sobre todo a su persona, a su humanidad profunda y poderosa, que se expresa en todas sus palabras y obras. El 29 de marzo por la tarde llegaron por los cables los primeros resultados electorales sorprendentes, que llegaron a todo el mundo a través del éter y expresaron poderosamente el milagro alemán. Difícilmente hubo una persona con conciencia política, no sólo en Alemania sino en todo el mundo, que no pensara en el hombre que fue el creador y constructor de este milagro. Estaba en su casa de Berlín con un grupo de jóvenes de la BDM [la organización nazi para niñas] que habían llegado desde todos los rincones del Reich a la Wilhelmplatz [la sede del gobierno de Hitler] para expresar su amor y apoyo con modestos ramos de flores. Tomaron café con él y él les dejó hablar de sus alegrías y tristezas. Les prestó toda su atención a cada palabra y gesto, sin dejarlos ni por un segundo. Ese es el milagro de un hombre que transformará lo pequeño y aparentemente insignificante en un mundo nuevo, y que saca de lo pequeño y aparentemente insignificante la fuerza para hacer grandes cosas que mueven el mundo. Antes de él, el pueblo alemán nunca fue realmente un pueblo mundial en el verdadero sentido de la palabra. Él les dio la voluntad para eso.

La serena dignidad que muestra al representar al Reich es un modelo para toda la nación. La sencillez de su carácter está ligada a la monumentalidad de su impacto histórico, mostrando generosidad en los asuntos y cosas que lo merecen, combinada con determinación hacia las cosas y personas que lo requieren. No sólo se le llama Führer, es el Führer. Su relación con los niños no deja de conmovernos y sorprendernos. Se acercan a él con total confianza y él los recibe con la misma confianza. Los niños deben tener la capacidad natural de saber que él les pertenece con el corazón y el alma. Quizás se dan cuenta vagamente de que sólo a él se le debe agradecer el hecho de que para los niños alemanes una vez más valga la pena vivir una vida alemana. Cuando el Führer hizo su último llamamiento al pueblo alemán desde Colonia el 28 de marzo, víspera del gran día de la afirmación alemana, toda la nación quedó profundamente conmovida. Uno tenía la sensación de que toda Alemania, cada clase, ocupación y confesión religiosa, se había convertido en una gran casa de Dios que lo abarca todo, un lugar donde su abogado se acercaba al trono del Todopoderoso para dar testimonio de su voluntad y sus obras, y pedir su gracia y protección para un futuro que todavía nos resultaba incierto y confuso.

Fue una llamada al destino, nunca antes escuchada en lengua alemana con tanta monumentalidad. En Colonia vimos a hombres duros y fuertes que habían enfrentado muchos peligros estallan en lágrimas ante las últimas palabras del Führer. Nos parecía que el cielo no podía dejar de escuchar el grito de un pueblo por la libertad y la paz. Ésa era la religión en el sentido más profundo y misterioso. Una nación afirmó a Dios a través de su abogado y puso confiadamente en sus manos su destino y su vida. Después tomamos una ruta corta y desierta hasta la estación de tren y nos sentamos en un compartimiento oscuro del tren casi silencioso, observando en silencio mientras pasábamos las ciudades y pueblos de esta productiva provincia alemana. A lo lejos se veían las chimeneas y los hornos del Ruhr. Miles y miles de luces brillaban en los campos. Debajo de nosotros, retumbaban los martillos, chirriaban las máquinas, repiqueteaban los taladros y sonaban las sirenas. Era el canto del trabajo que ni siquiera ahora dormía. Masas de gente se reunieron en las estaciones donde hicimos breves paradas. Probablemente estaban siguiendo una fuerza interior misteriosa y silenciosa, saludando y vitoreando una vez más al hombre cuya voz los había llamado. Pero se sentó en silencio junto a la ventana de su compartimiento y viajó a través de su tierra, a través de su gente, y probablemente

tuvo la feliz sensación de descansar profunda y cómodamente en el corazón de su nación. Y al día siguiente, este corazón estalló. La gente acudió a las urnas con paso firme y confiado, al norte y al sur, al este y al oeste, jóvenes y viejos, altos y bajos, y lo ayudaron a construir la base inquebrantable que necesitaba para hablar al mundo en nombre de todo este pueblo en defensa de su derecho nacional a la vida. ¿En qué otro lugar de este amplio planeta hay un estadista tan firme y confiado como él, respetado en todo el mundo, pero amado por su propio pueblo? Eso es lo más alto que una persona puede alcanzar en esta vida terrenal. Mañana, desde dondequiera que vivan los alemanes, le llegarán sus mejores deseos. Que un destino bondadoso lo mantenga sano y fuerte, y le conceda una mano bendita. Y que esté con nosotros por mucho, mucho tiempo, porque si está con nosotros, todo estará bien. Él es para nosotros lo que fue para nosotros, y seguirá siendo para nosotros lo que es para nosotros: ¡Nuestro Hitler!

Nuestro Hitler.
Discurso de Joseph Goebbels en el cumpleaños de Adolf Hitler.

19 de abril de 1938

Probablemente nunca el Führer había tenido tanta gente feliz reunida a su alrededor para celebrar su cumpleaños como este año. Los 75 millones de habitantes del Gran Reich alemán están ante él para expresarle sus mejores deseos y su más profundo agradecimiento. En el verdadero sentido de la palabra, este es un día festivo para toda la nación. Las banderas del Nacional Socialismo ondean de norte a sur y de este a oeste. Y más allá de nuestras fronteras, millones y millones de nuestro clan étnico se unen a los ciudadanos del Reich en una afirmación única de lealtad, conexión y apego fiel. La forma más elevada de alegría que existe en esta tierra es hacer felices a otras personas. ¿Quién ha disfrutado de esta alegría en mayor medida que el propio Führer? Las personas más infelices sobre quienes brilló el sol de Dios se han convertido en las más felices de este amplio mundo. Ningún alemán en nuestra gran patria desearía ser miembro de otro pueblo o ciudadano de otro Estado. Lo que todos los buenos alemanes siempre han anhelado y esperado se ha hecho realidad bajo la bendita mano del Führer: un solo pueblo en un Reich grande, libre y fuerte. Por muy justificado que esté para nosotros, los alemanes, alegrarnos de esta nueva buena suerte nacional y estar siempre conscientes de ella, tampoco debemos olvidar que no cayó en nuestras manos como una fruta madura, sino que tuvimos que ganárnosla a través de una batalla difícil con sacrificios duros y a veces amargos.

El éxito que nosotros, como nación, podemos disfrutar tan felizmente es el resultado de grandes desafíos, trabajo interminable y una profunda responsabilidad. El Führer fue quien en los últimos años ha tenido que soportar la mayor parte de los desafíos, el trabajo y la responsabilidad. La gente se da cuenta de esto instintivamente. En las últimas semanas, las amplias masas de nuestro pueblo se unieron espontáneamente y cada vez más fuerte al grito: ¡Damos gracias a nuestro Führer! A ellos se unieron los de la Austria alemana, y pronto fue como si una fanfarria resonara en todo el Reich. Esto tenía un significado más profundo. La gente encontró su propia manera de expresar un sentimiento de agradecimiento que hoy comparten todos los pueblos de sangre alemana. Es un sentimiento de agradecimiento que ya no se puede expresar con palabras, sino que sólo puede llamar a la acción. A menudo nos sentábamos junto al Führer en la terraza de su casa en Obersalzberg. A lo lejos, entre las montañas, aparecía la Salzburgo alemana bajo la luz plateada del sol. Al menos su mente, con todas sus preocupaciones y anhelos, saltó la distancia y sintió lo que la historia traería, haciendo por un momento realidad la imaginación.

Largas columnas de personas se encontraban afuera del Berghof [la casa de montaña de Hitler], esperando pasar junto al Führer. Vinieron de todas partes de nuestro gran Reich, trayendo flores y recuerdos, y se sintieron alentados al poder mirar el amado rostro del hombre a quien veían como la encarnación de toda nuestra esperanza nacional. Siempre me hacían llorar cuando venían grupos o personas de la Austria alemana. Por lo general no decían mucho, sólo en raras ocasiones se escuchó un grito entre sus filas. Normalmente pasaban junto al Führer en profundo silencio. Si llamaba a algunos de ellos para que acudieran a él, rara vez podían responder a sus preguntas porque sus voces se perdían en lágrimas. En estos conmovedores momentos, vimos en el rostro del Führer que el dolor de su pueblo era su dolor, que compartía su dolor y miseria, que nadie podía sufrir más por su patria que él. Recordamos aquellas horas nocturnas de un miércoles de marzo, ya parte de la historia, en las que el ex Herr Schuschnigg pronunció su discurso de traición en Innsbruck y las primeras noticias alarmantes llegaron a Berlín. El Führer

atravesó la habitación con pasos largos y en su rostro se reflejaba la ira divina y el fervor santo. Aquí estaba el mejor alemán, cuya cuna estaba en Austria, y que tenía mucho más derecho a hablar en nombre de la Austria alemana que el entonces portavoz de este llamado Estado independiente. Quedó profundamente herido por una traición cobarde. Éste fue el giro decisivo de los acontecimientos. No había vuelta atrás: o Schnuschnigg conseguiría una vez más legitimar su régimen terrorista mediante una estafa electoral, o el propio pueblo se levantaría y apelaría al cielo por sus derechos. Aquí aprendimos la verdadera grandeza del Führer. Los dos días de tensión nerviosa que siguieron lo mostraron en el apogeo de su dominio táctico y estratégico de los medios y métodos de un programa político bien planeado y considerado. La gente todavía no tenía idea de lo que estaba pasando. Caminaron como si nada hubiera pasado, caminando por la Wilhelmstraße hasta Wilhelmplatz con sólo una mirada tímida y respetuosa hacia la Cancillería del Reich. Aquí vivió el Führer, aquí trabajó, aquí cargó con todas las cargas y responsabilidades.

Hasta el viernes decisivo, cuando por fin las cosas empezaron a rodar y el Führer dio la orden de marchar ya entrada la noche. Ninguno de nosotros se habría sentido avergonzado por las lágrimas cuando, pasada la medianoche, escuchamos en la radio la canción de Horst Wessel que se cantaba por primera vez en Viena. Había llegado la hora de la salvación. Si me preguntaran cuál es la mayor diferencia entre una democracia parlamentaria y un sistema autoritario, respondería: Cuanto mayor es el peligro, más inclinada está una democracia parlamentaria a retroceder, pero más lo enfrenta una verdadera personalidad de liderazgo. El Führer nunca se planteó estar con su pueblo en el momento de la liberación, sino estar allí donde se estaba tomando la decisión misma. No es más que una prueba más de su profundo instinto político, arraigado en su conexión con el sentimiento y el pensamiento nacional, que la hora de mayor peligro fue también la hora de su mayor triunfo.

Qué conmovedor fue cruzar el puente de Innsbruck y entrar por primera vez en muchos años en su ciudad natal, Braunau. Vimos fotografías en los periódicos de mujeres que le regalaban flores cuando pisó suelo austriaco. Los ojos de estas mujeres brillaban con la alegría más profunda y pura, tal que no se pueden imaginar rostros humanos más bellos. Vimos una foto de un hombre que subía al automóvil del Führer con las manos levantadas como si estuviera orando, y tuvimos la sensación de que aquí las profundidades del alma humana alcanzaban su expresión más perfecta. Probablemente nunca antes los corazones de todos los alemanes latieron más rápido y con más pasión que en estas horas de la tarde y de la noche. La nación sabía que el Führer estaba en suelo de nuestra Austria alemana, y su amada voz nunca pareció tan cálida y cercana como esta tarde, cuando habló en Linz por primera vez en su tierra natal. A cientos y cientos de kilómetros de nosotros, pero cerca de todos nosotros, habló de la alegría que llenaba su corazón. Ese era el Führer como persona, el mismo hombre que luego habló en Viena como estadista y gobernante del destino nacional cuando hizo su mayor anuncio al pueblo alemán [que Austria había sido incorporada al Reich alemán]. ¿Cómo debió sentirse entonces él, que de joven tantas veces se manifestó en las calles de Viena a favor del Gran Reich Alemán y que, por tanto, fue perseguido, maltratado y arrestado por los enanos del régimen de los Habsburgo. Los sueños de su juventud se habían hecho realidad.

Había entrado en el alma de su pueblo como hombre y como Führer. Trayendo un milagro que no fue milagro, sólo el resultado de un trabajo incansable bendecido por la mano del Todopoderoso. Quizás sea también un acto religioso poner toda su vida al servicio de su pueblo, y trabajar y actuar por la felicidad de las personas. Es una religión sin frases vacías ni dogmas, que sin embargo brota de lo más profundo de nuestra alma. Así lo entiende nuestro pueblo. Nosotros, los alemanes, somos hoy quizás más fieles y piadosos que otros que, aunque nunca se cansan de alabar a Dios con los labios, tienen el corazón frío y vacío. Por lo tanto, no es una frase vacía cuando todos nosotros en nuestro gran Reich nos unimos a aquellos más allá de sus fronteras, a través de mares y continentes, para pedir al Todopoderoso que conceda al Führer largos años de salud, fuerza y una mano bendita. Ese es el deseo más profundo y santo de todos los hijos de nuestra etnia y de nuestra sangre. Que el éter lleve a través de mi voz esta oración nacional de un pueblo hasta el último rincón de la tierra donde habitan, viven y respiran los alemanes. Es una oración profunda, llena de esperanza, fe y orgullo nacional. Hay hombres a los que uno respeta, hombres a los que admira y hombres a los que honra. Amamos al Führer. Él es el gran símbolo de la resurrección de nuestro pueblo, que se eleva sobre nuestra época. Él es para nosotros lo que fue para nosotros y seguirá siendo para nosotros lo que es para nosotros: ¡Nuestro Führer!

Nuestro Hitler.
Discurso de Joseph Goebbels en el cumpleaños de Adolf Hitler.

19 de abril de 1939

En un mundo inquieto y confuso, Alemania celebra mañana una fiesta nacional en el verdadero sentido de la palabra. Es un día festivo para toda la nación. El pueblo alemán celebra el día enteramente como una cuestión de corazón, no de comprensión. Mañana el Führer cumple cincuenta años. Toda la nación alemana se siente orgullosa de este día, orgullo del que también participan profundamente y de todo corazón los pueblos que nos son amigos. Incluso aquellos que son neutrales o se oponen a nosotros no pueden ignorar el fuerte impacto de los acontecimientos. El nombre de Adolf Hitler es un programa político para el mundo entero. Es casi una leyenda. Su nombre es una línea divisoria. Nadie en la tierra puede permanecer indiferente ante su nombre. Para algunos, representa la esperanza, la fe y el futuro, para otros es un ejemplo de odio confuso, mentiras viles y calumnias cobardes. Lo más alto que una persona puede alcanzar es dar su nombre a una época histórica, imprimir su personalidad de forma indeleble en su época. Ciertamente el Führer lo ha hecho. No se puede imaginar el mundo actual sin él. Treitschke dijo una vez que los hombres hacen la historia.

Si esto es cierto, ¿cuándo más que en nuestra era? Ha demostrado su sencillez y profundidad de la manera más maravillosa. Adolf Hitler no sólo ha influido en el desarrollo histórico de su país, sino que se puede decir sin temor a exagerar que ha dado una nueva dirección a toda la historia europea, que es la garantía incuestionable de un nuevo orden para Europa. Nuestra parte del mundo se ve hoy muy diferente de lo que sería sin él, sin mencionar su impacto en nuestro propio pueblo y nación. Le ha dado a la nación alemana un rostro completamente nuevo a través de transformaciones internas revolucionarias. Alguien que viera Alemania por última vez en 1918 difícilmente la reconocería hoy. El pueblo y la nación son completamente diferentes. Lo que hace poco parecía un milagro, hoy es evidente. Hace aproximadamente un año, el Führer resolvió el problema de la incorporación de Austria al Reich. Todo el pueblo celebró entonces su 49 cumpleaños. Siete millones y medio de alemanes habían regresado al Reich. Un problema centroeuropeo que casi se creía irresoluble se resolvió milagrosamente. En vísperas de su 50 cumpleaños, podemos ver con alegría que una vez más el mapa de Europa ha cambiado a favor del Reich y, algo único en la historia mundial, este cambio se ha producido sin derramamiento de sangre.

Surgió como resultado de un claro deseo de establecer la paz en una zona de Europa en la que las contradicciones eran tan graves que existía el peligro de que tarde o temprano causaran una conflagración europea general. Esta nueva paz en las zonas amenazadas no es una paz de teorías moralistas obsoletas, tal como les gustan a los falsos demócratas burgueses. Es mucho más una paz que se construye sobre realidades prácticas. Una paz así sólo podría construirse sobre las bases de una comprensión superior e instintiva que surja del conocimiento de que sólo la fuerza da a un pueblo la oportunidad de resolver finalmente los problemas. Las políticas exitosas requieren tanto imaginación como realidad. La imaginación como tal es constructiva. Sólo ella proporciona la fuerza para concepciones históricas poderosas y flexibles. El realismo, por otro lado, pone de acuerdo las ideas de la fantasía política con la dura realidad. El Führer posee ambas características en una armonía única rara vez vista en la historia. La imaginación y la realidad se unen en él para determinar los objetivos y métodos de la política. Sus contemporáneos quedan constantemente asombrados al ver cómo reúne brillantemente

objetivos y métodos para influir en la historia. No tiene ideas obstinadas ni doctrinas tácticas cansadas que empañen su visión y reduzcan su imaginación política. A sus principios inflexibles se unen métodos políticos cambiantes y flexibles que han conducido a los mayores y más inesperados éxitos de Alemania. Esto no es nada nuevo para nosotros, los viejos Nacional Socialistas. Aprendimos a admirar las habilidades políticas del Führer en las primeras fases de la dura lucha de nuestro partido por el poder en el Reich. Se demostraron de muchas maneras pequeñas y aparentemente sin importancia en ese momento, aunque entonces eran para nosotros y el movimiento tan importantes como los objetivos y problemas de hoy. También hubo escépticos que no supieron ver la grandeza y la brillantez de las decisiones del Führer durante la lucha por el poder. Favorecían la falsa sabiduría que discutía Clausewitz: no querían nada más que escapar del peligro. Por lo tanto, no nos sorprende ni nos inquieta ver acontecimientos iguales o similares en la política interna alemana que vimos anteriormente en el movimiento Nacional Socialista.

Lo único que ha cambiado a lo largo de los años es la escala de las acciones del Führer, sus métodos y objetivos siguen siendo los mismos. En aquel entonces vimos en él los instintos políticos de un genio verdaderamente histórico, capaz de comprender los problemas y encontrarles la solución más sencilla y clara desde su propia grandeza y certeza. Por eso fuimos entonces los más leales y obedientes servidores de este hombre y de su obra, al margen del elemento humano. Así que lo que vemos hoy no es nada nuevo para nosotros, los viejos Nacional Socialistas. Por lo tanto, no tenemos dudas sobre el resultado de la actual batalla de Alemania por su existencia nacional. Todo nuestro pueblo tiene los mismos sentimientos instintivos, que son la causa de la confianza ciega e inquebrantable que deposita en el Führer. El hombre de la calle normalmente no está en condiciones de comprender toda la situación política. Carece de la práctica, la experiencia y sobre todo los conocimientos necesarios para formarse un juicio claro y certero. Por tanto, es perfectamente comprensible que no le gusten las teorías y los programas y prefiera depositar su fe firme y confiada en una personalidad. Una nación se inclina hacia las doctrinas sólo cuando es pobre en personalidades. Pero cuando un hombre de grandeza histórica está a su cabeza, uno que no sólo quiere liderar sino que es capaz de hacerlo, el pueblo lo seguirá con todo su corazón, brindándole su lealtad voluntaria y obediente. Es más, pondrá todo su amor y su confianza ciega detrás de él y de su trabajo.

Una nación está dispuesta a sacrificarse cuando sabe por qué se sacrifica y por qué es necesario. Esto es cierto hoy en día en Alemania. Ninguna de las numerosas consignas que las amplias masas de nuestro pueblo escucharon en los años posteriores a 1918 ha tenido un efecto tan poderoso en toda la nación como la frase “¡Un pueblo, un Reich, un Führer!” Las dos primeras frases se escucharon por primera vez en 1937 en un festival de canto en Breslau. El Führer estaba en lo alto de la plataforma frente a la creciente oscuridad. Cientos de miles de personas se habían reunido desde todos los rincones del país y de todas partes de Europa donde viven los alemanes para escucharlo hablar. De repente, desde el rincón de este ejército de cientos de miles donde se encontraban los austriacos llegó el grito de “Un pueblo, un Reich”. Atrapó y fascinó a toda la multitud y por primera vez dio una expresión concisa pero clara a un programa. Un año más tarde vimos al Führer una calurosa tarde de domingo parado en la una vez más la plataforma en la Schloßplatz de Breslau.

Las gimnastas alemanas actuaron antes que él. Cuando los camaradas raciales de los Sudetes pasaron ante él, sin mando ni orden, de repente formaron un muro ante él. Estas personas que habían venido desde los Sudetes a Breslau sólo para ver su rostro, se negaron a moverse. Mujeres que lloraban le tomaron la mano. No se podía entender lo que querían decir, ya que las lágrimas ahogaban sus voces. Una vez más, pasaron sólo unos meses antes de que se resolviera el problema que habían planteado al Führer. El Gran Reich alemán, en el verdadero sentido de la palabra, se ha convertido ahora en una realidad. Es más, el Führer ha dado su paz a Europa Central. Está claro que esto no es del agrado de los envidiosos democráticos del Reich Nacional Socialista. Mediante el Tratado de Versalles habían construido un círculo de puntos conflictivos alrededor de Alemania que podían utilizar para mantener al Reich en constantes dificultades. Entre las amplias masas del pueblo alemán surgió un hombre que eliminó estos puntos problemáticos con las medidas más firmes. La democracia ve desvanecerse sus esperanzas. Eso explica su rabia y sus decepciones moralistas. Sus oraciones hipócritas llegaron demasiado tarde. Los enemigos del Reich están al límite. Parecen ridículos y no pueden entender por qué. Acogemos sus gritos histéricos con un desprecio soberano, un desprecio soberano compartido

por todo el pueblo alemán. El pueblo alemán sabe que el Führer le ha devuelto la posición que le corresponde en el mundo. El Reich está a la sombra de la espada alemana. La economía, la cultura y la vida popular de Alemania están floreciendo bajo una seguridad garantizada por el ejército. La nación, una vez hundida en la impotencia, ha ascendido a una nueva grandeza. Recordamos todo esto al comenzar a celebrar el 50 cumpleaños del hombre a quien agradecemos el poder de nuestra nación y la grandeza de nuestro pueblo. Ningún alemán, ni en casa ni en ningún otro lugar del mundo, puede dejar de sentir el placer más profundo y sincero de participar. Es una fiesta de la nación y queremos celebrarla como tal. Un pueblo que lucha por su destino debe detenerse de vez en cuando en medio del tumulto de los acontecimientos para recordar su situación, sus métodos y sus objetivos. Hoy es ese momento. La nación se viste con sus mejores galas y se presenta ante su Führer unida en lealtad y hermandad, para llevarle sus mejores deseos en su 50 cumpleaños.

Estos son los deseos de todos los alemanes del Reich, así como de los de todas las demás naciones y continentes. Los alemanes de todo el mundo se unen a nosotros, que tenemos la suerte de vivir en el Reich, con estos cálidos y agradecidos deseos. A este coro de cien millones se unen las voces de todos aquellos pueblos que quieren verdadera paz y orden en Europa, que aman su historia y su cultura. Al comenzar a celebrar el 50 cumpleaños del Führer en esta hora festiva como gran comunidad nacional, nos unimos en una ferviente oración a Dios Todopoderoso para que conserve en el futuro su vida y su obra. Que conceda el deseo más profundo del pueblo alemán y mantenga al Führer con salud y fortaleza durante muchos años y décadas más. Entonces no tendremos que temer por el futuro del Reich. El destino de la nación alemana depende de una mano fuerte y segura. Nosotros, los seguidores y compañeros de lucha más antiguos del Führer, nos unimos en esta hora festiva con el sincero deseo que siempre hemos tenido en el cumpleaños de este hombre: que siga siendo para nosotros lo que es y siempre fue: ¡Nuestro Hitler!

Nuestro Hitler.
Discurso de Joseph Goebbels en el cumpleaños de Adolf Hitler.

19 de abril de 1940

El 3 de septiembre del año pasado, dos horas después de que la plutocracia inglesa declarara la guerra al Reich alemán, el primer ministro británico Chamberlain pronunció un discurso radiofónico al pueblo alemán. Se podría decir que fue el primer acto de guerra inglés, y resultó ser el primer, peor y más fatídico error psicológico que pudo cometer la plutocracia británica. Chamberlain no traicionó a quién le había concedido el derecho de hablar ante la nación alemana. Opinaba que el pueblo alemán con el que intentaba hablar se encontraba aproximadamente en la misma condición intelectual y espiritual que después de la capitulación del 9 de noviembre de 1918, cuando se entregó a la arbitraria sed de venganza de las potencias occidentales. El punto del discurso fue que Inglaterra no tenía intención de hacer la guerra contra el pueblo alemán, sino más bien de ayudarlo. Alemania sólo necesitaba aceptar la simple propuesta británica de deshacerse del Führer o del llamado hitlerismo, y el resultado sería una paz rápida y fácil. Podemos señalar de paso que durante los siete meses de guerra, la plutocracia británica hacía tiempo que había dejado de decirle al mundo tópicos tan hipócritas. Sus mejores y más elocuentes publicistas han dejado claro desde hace tiempo que el objetivo de la plutocracia británica es destruir al pueblo alemán y al Reich alemán. Quieren devolverlo a su estado tras la Paz de Westfalia en el año 1648.

Al comienzo de la guerra, sin embargo, cantaban la misma vieja canción. Era demasiado familiar para nuestros oídos para ser efectivo. Su melodía era aburrida y desgastada. La plutocracia británica había tratado de persuadir a los bóers durante la guerra de Sudáfrica de lo mismo. Gran Bretaña sólo estaba luchando contra el krugerismo. Como es bien sabido, eso no les impidió permitir que miles de mujeres y niños murieran de hambre en los campos de concentración ingleses. También durante la Guerra Mundial Inglaterra supuestamente luchaba sólo contra el Káiser, no contra el pueblo alemán. Sin embargo, después de caer en la estafa británica, en Versalles en 1919 nos vimos obligados a aceptar el tratado de paz más vergonzoso y humillante de la historia moderna. Pero eso es aparte del punto. Si el pueblo alemán prestó atención a las quejas del Primer Ministro inglés, observó su tono mentiroso ya en los primeros días de la guerra. Sólo hizo falta un interés psicológico en el discurso. El Sr. Chamberlain probablemente no se dio cuenta de que el pueblo alemán era plenamente consciente de que su lucha por la existencia había comenzado, y que considerarían infame y completamente tonto que el principal plutócrata británico, precisamente entre todas las personas, intentara persuadirlos a renunciar a su mejor y más poderosa arma defensiva: la relación entre el Führer y la nación.

Realmente fue la cosa más estúpida que Londres pudo haber hecho en ese momento crítico. Al animarle a separarse del Führer, Chamberlain golpeó la parte más sensible del alma del pueblo alemán. También se podría tratar de persuadir a un niño creyente y confiado de que debería dejar a sus padres en la estacada en un momento de peligro. En realidad, es una prueba más de la terquedad ilimitada con la que a la clase plutócrata dirigente y gobernante inglesa le gusta ver el mundo fuera de Inglaterra. No tiene la menor idea de la transformación que ha experimentado el pueblo alemán desde 1918, y especialmente en los últimos siete años. Puede ser que en tiempos más pacíficos nuestro pueblo haya debatido acaloradamente cuestiones menores y triviales, e incluso haya peleado por ellas. A uno le gusta algo y al otro no. Los alemanes procedemos evidentemente de los más diversos campos políticos. Nosotros, los alemanes adultos, existimos

antes del Nacional Socialismo. Teníamos posiciones políticas y visiones del mundo bastante vagas. Innumerables alemanes eran entonces miembros de otros partidos y partidarios de otras visiones del mundo. Incluso es posible que algunos de nosotros todavía tengamos restos de opiniones anteriores. Eso puede ser cierto y no es tan malo. Pero todos los alemanes estamos de acuerdo en una cosa: nada puede separarnos del amor, la obediencia y la confianza que tenemos en y para el Führer. Todos sabemos que ésta es el arma más poderosa que tiene la nación alemana en su batalla por la existencia. Por primera vez en la historia de Alemania el instinto político de nuestro pueblo encuentra su expresión y realización en una personalidad dirigente. Por eso la conexión que sentimos con el Führer está tan profundamente arraigada y, especialmente en tiempos difíciles, esta relación de confianza entre el Führer y el pueblo alcanza un grado que es incomprensible para los llamados pueblos democráticos. Hoy nos enfrentamos a una dura prueba. La guerra moderna no se libra sólo con armas. En el pasado reciente vemos una creciente amplitud del pensamiento militar. La guerra hoy es en todos los frentes, en el económico y, sobre todo, en el de la lucha por las almas de las naciones. Esta guerra es una lucha gigantesca que afecta a todos los ámbitos de la vida popular. No nos es desconocido que la clase plutocrática británica ha obtenido sus victorias pasadas destruyendo los fundamentos espirituales de sus enemigos, utilizando medios egoístas y sucios para promover sus propios intereses. Por eso Londres siempre ha estado particularmente activa en la batalla por el alma popular. No cuesta mucho y ahorra mucha sangre y dinero.

Hasta la llegada del Nacional Socialismo, el pueblo alemán era especialmente susceptible a este respecto. Esto explica por qué fracasamos espiritualmente por primera vez el 9 de noviembre de 1918, y sólo después colapsamos en todos los demás ámbitos. La labor educativa del Führer ha hecho que el pueblo alemán sea inmune para siempre a tales intentos en el futuro. La Inglaterra plutocrática se queja cuando intenta siquiera hablar con el pueblo alemán, lo que explica por qué está renunciando cada vez más a las frases paralizantes y seductoras que utilizó durante las primeras semanas de la guerra. El pueblo alemán simplemente se ríe de ellos. No aceptará órdenes ni consejos, ni siquiera buenos ánimos de Londres. Todo el aluvión de mentiras que Londres ha desatado contra el Reich se desvanece sin surtir efecto alguno. En cambio, el pueblo alemán ve en el Führer la encarnación de su fuerza nacional y un brillante ejemplo de sus objetivos nacionales. Es un líder del pueblo en el verdadero sentido de la palabra. Recordamos una escena de un noticiero de las primeras semanas de la campaña polaca. El Führer y sus generales están reunidos alrededor de un mapa en una sala de conferencias.

Se sopesan las ideas y se fuerzan los planes. Cualquiera puede darse cuenta inmediatamente de que se están discutiendo graves problemas militares. La cámara se aleja lentamente de los generales y enfoca al Führer, a un lado. La mirada se ve impactada por el hombre al que todos miramos, con el rostro desgastado por las preocupaciones, agobiado por sus pensamientos, una personalidad histórica, grande y sola. Esta escena de la campaña polaca la vimos mucho más tarde en el estreno de la película de la Luftwaffe “El bautismo de fuego” en un gran teatro de Berlín. Generalmente no se atribuye a los berlineses un gran respeto por sus líderes, pero cuando el rostro del Führer apareció en la pantalla, un movimiento profundo, tranquilo y silencioso se extendió por el abarrotado teatro. Nadie dijo una palabra, pero todos sintieron lo mismo. Millones de personas han visto la imagen desde entonces y aún así deja una profunda impresión en los espectadores, como nos lo dicen innumerables cartas y mensajes. Durante la campaña polaca, la gente hojeaba rápidamente las columnas que cubrían la enorme batalla de aniquilación contra el ejército polaco y luego buscaba información sobre dónde estaba el Führer, cómo se sentía y qué estaba haciendo.

Pocas veces un pueblo ha estado tan interesado en la vida, los pensamientos y los deseos de un hombre. Esto es totalmente natural; de hecho, no podría ser de otra manera. Todo alemán percibe instintivamente la gravedad y los peligros del momento. Su palabra, incluso su deseo, es para nosotros, los alemanes, una orden. ¿Cómo podría entender eso el alma de un comerciante inglés? Chamberlain dijo recientemente en un opulento desayuno celebrado en su honor por la City de Londres que el cortés aplauso que recibió no fue resultado de órdenes, como era la moda en Alemania. Sólo pudimos reírnos. ¡Qué poco comprende el actual primer ministro británico al pueblo alemán, al que en un momento de descuido ha obligado sin escrúpulos a luchar por su existencia, y cómo este pueblo lo decepcionará a él y a la clase plutocrática británica que lo respalda! Está liderando un mundo viejo y que se hunde contra un pueblo joven y moderno, un pueblo que desde 1918 ha sobrevivido a una terrible lección y finalmente se ha encontrado a sí

mismo. Es profundamente consciente de su buena suerte, de haber encontrado en el Nacional Socialismo la realización de su fe política y en el Führer la encarnación de su deseo de tener una personalidad dirigente. Vivimos en una época grande y decisiva. La nación alemana reúne todas sus fuerzas para defender su vida nacional. El frente y la patria forman una unidad cerrada en una fraternidad común, sabiendo que está en juego el destino del pueblo alemán. Por eso, como observan constantemente con asombro los observadores y periodistas extranjeros, todos los alemanes están invadidos por una confianza tranquila, casi soberana. Hoy estamos luchando y trabajando, eso es todo. Nadie se queja y nadie pregunta por qué. Sin duda, nuestro pueblo siente cargas y dificultades relacionadas con la guerra. Todos esperan, no obstante, la orden del Führer. Cuando llama, todos están allí. ¡Queremos confiar en él y seguirlo! Eso es lo que dice hoy el pueblo alemán. Esta determinación nos da como pueblo y nación un poder enorme, que otros países llaman el milagro alemán. Es un enigma para el mundo, ¡pero obvio para nosotros! Difícilmente podemos imaginar cómo eran las cosas antes o cómo podrían ser diferentes.

Mañana celebramos el cumpleaños número 51 del hombre que provocó este milagro. No lo haremos en fiestas ruidosas, sino como pueblo en medio de la batalla y el trabajo. En el pasado, sobre todo en Berlín, nos reuníamos en las aceras de la avenida este-oeste para ver pasar a sus soldados y lo saludábamos con tormentas de aplausos. Esta vez no habrá desfile ni alboroto. Sin embargo, el amor que nos une a él y la confianza que le brindamos es aún más apasionado, aún más profundo. Mañana puede ver en espíritu un gran desfile de nuestro pueblo, tanto del frente como de la patria: soldados, agricultores y trabajadores, todos aquellos que están llenos de su espíritu y que defienden la vida de Alemania. Un deseo llena a toda la nación, ya sea en el frente o en casa, ya sean los soldados alemanes en Noruega y Dinamarca o los hombres de nuestros submarinos y buques de guerra, o los soldados en el frente occidental o los millones en los búnkeres en posiciones interiores, o el aviador cansado en lo alto del cielo, o el granjero arando su campo, o el trabajador ante su rugiente máquina, o los pensadores de la mente y el espíritu, o sobre todo los millones de madres alemanas y sus hijos. Todo el pueblo tiene un pensamiento: ¡Viva el Führer! Que él nos guíe, como siempre lo ha hecho en tiempos graves y difíciles, hacia una brillante victoria alemana. Que siga siendo lo que es para nosotros y siempre fue: ¡Nuestro Hitler!

Nuestro Hitler.
Discurso de Joseph Goebbels en el cumpleaños de Adolf Hitler.

19 de abril de 1941

Los alemanes no tenemos suficiente distancia histórica para evaluar el alcance total de la época en la que vivimos. Somos hijos de nuestra edad. Nuestra época nos ha formado y nosotros a la vez la estamos formando. Será tarea de las generaciones futuras evaluarlo adecuadamente y determinar qué es realmente admirable y qué es simplemente normal. Las generaciones futuras seguramente envidiarán el hecho de que hayamos vivido una vida de lucha, de que hayamos tenido la buena suerte de tener pasión política, una pasión que Heinrich von Treitschke dijo una vez que encuentra poco lugar en el corazón de la mayoría de las personas. Hay raros momentos en medio de las presiones de la vida diaria en los que de repente nos asalta la sensación de que todo lo que tenemos ante nosotros es historia y que ahora está naciendo un mundo nuevo. Experimentamos los dolores de parto de todo lo que es joven y nuevo, y nos damos cuenta de que este nuevo mundo está reemplazando al viejo y que se hunde, con todas sus peculiaridades, tensiones y prejuicios. Si hay hombres que hacen la historia, si los grandes avances históricos son producto de personalidades individuales, entonces el enigma de nuestra era sólo puede explicarse por la gracia de un ser humano brillante.

No es un cliché decir que todo lo que vivimos hoy y en lo que dedicamos nuestras mejores energías no sería, o al menos sería muy diferente, si no fuera por un hombre que abrió el camino y lo mostró, dándole significado, contenido y dirección a nuestra época. Estamos viviendo el mayor milagro que ofrece la historia: un genio está construyendo un mundo nuevo. ¿Cuándo es esto más evidente que hoy, cuando toda la nación alemana e incontables millones más allá de sus fronteras envían su agradecimiento, su honor, su admiración, sus esperanzas más profundas y su fe inquebrantable en él y en su misión histórica al Führer en su 52 cumpleaños? Son los sentimientos que más profundamente conmueven a cada alemán. En este duro año de guerra no habrá fiestas populares ruidosas, ni desfiles, ni espectáculos públicos espléndidos. Pero estos sentimientos los expresan aún más profunda y cálidamente aquellos que cumplen con su deber diario, ya sean nuestros mejores combatientes en el frente o en casa en las industrias armamentísticas. El pueblo alemán honra al Führer en su cumpleaños prometiendo redoblar sus esfuerzos para apoyar su trabajo. Nuestro amor y honor por él dan alas a nuestra lucha y a nuestro trabajo por la victoria.

Hace dos años celebramos su 50 cumpleaños con el desfile más espléndido que jamás haya visto la capital del Reich. El pueblo alemán vio claramente por primera vez cuán fuerte se había vuelto el Reich tras seis años de gobierno Nacional Socialista. Esperábamos entonces que los esfuerzos del Führer por preservar la paz para nuestra nación y el mundo tuvieran éxito. Desde Londres y París ya resonaban fanfarrias de odio que pedían la guerra a cualquier precio. Sabíamos que si nuestros enemigos obligaban una vez más al Reich a luchar por su existencia nacional, el pueblo alemán por primera vez en su historia estaría unido en todas sus ramas, preparado espiritual, económica y militarmente, listo para presentar al mundo una milagro de fuerza, virilidad, superioridad política y espiritual soberana, poder militar y precisión. Nuestros eternos enemigos nos declararon la guerra en septiembre de ese año y desde entonces el milagro alemán se ha hecho realidad. El soldado alemán derrotó al enemigo dondequiera que lo encontró. En impresionantes victorias únicas en la historia, brillantes ofensivas derrotaron a Polonia, Noruega, Holanda, Bélgica y Francia. Inglaterra ha sido expulsada del continente y el Imperio

Británico está recibiendo fuertes golpes en su patria, en el Atlántico y en el norte de África que sacuden sus cimientos. Si uno pregunta cómo nuestros enemigos pudieron declarar la guerra al Reich en tales condiciones, la única respuesta es que no creían en el enorme poder de una gran personalidad ni en la fuerza de su trabajo. Todavía pensaban en Alemania tal como era en noviembre de 1918: cobarde, exhausta, indefensa frente a las falsas promesas de sus enemigos, sin conocimiento de su misión nacional y sin un liderazgo decidido y fuerte. No creían posible que un solo hombre pudiera realizar un milagro que sacara a este pueblo del abismo en el que había caído y llevara a cabo una maravillosa regeneración que lo hiciera una vez más consciente de sus fuerzas. Pocas veces el pueblo alemán ha experimentado una verdadera tarea nacional. Por primera vez en esta guerra, Alemania es una potencia fuerte que defiende sus intereses, que no son las mayores ganancias de una clase dominante capitalista, sino más bien la preservación de su existencia nacional. Cada uno de nosotros lo sabe hoy.

No nos hicimos ilusiones mientras libramos la guerra. Todos sabemos de qué se trata. Sabemos que su resultado determinará nuestra vida nacional. Sabemos que debe ser ganado por todo el pueblo para todo el pueblo, y que una victoria alemana significará que el Reich estará firmemente protegido por todos lados y que la existencia nacional de Alemania estará asegurada. Eso dará a nuestro pueblo la posibilidad de vivir y trabajar política y económicamente. Los visitantes extranjeros que visitan el Reich durante la guerra se sorprenden de la calma con la que el pueblo alemán mira los acontecimientos actuales y futuros. Nada sería más falso que suponer que esto fue resultado de la indiferencia o del desinterés. Nuestra confianza se basa en la seguridad. Nuestro pueblo no sabe, ni siquiera quiere saber, qué planea el Führer y cómo conseguirá la victoria. Simplemente confían en él. Elegirá el camino correcto, como siempre lo ha hecho. Antes de la ofensiva occidental, nuestro pueblo no tenía ninguna preocupación sobre cómo el Führer atravesaría la Línea Maginot para atacar a Francia. Simplemente creían que él tenía un plan y los medios. Cuando Holanda, Bélgica y Francia fueron derrotadas en seis semanas mientras el mundo contenía la respiración, el pueblo alemán quedó más complacido que sorprendido. Sólo vieron una renovada confirmación de su fe en el Führer. Nuestro pueblo sabe que si la nación es leal, obediente y diligente, y si cada uno hace su trabajo, Alemania es imbatible y victoria tras victoria acompañará a nuestras tropas.

¡Qué enorme fuerza reside en esta confianza! Por el contrario, cuán infantiles y tontos son los repetidos y estúpidos esfuerzos de la plutocracia británica para socavar esta confianza, para poner al pueblo en conflicto con el Führer, para debilitar el espíritu de lucha de nuestro ejército mediante rumores mentirosos. Todo soldado alemán hoy sabe que sólo hemos sido derrotados cuando hemos sucumbido a tal tentación, y que Alemania siempre ha triunfado cuando era consciente de su fuerza y la dirigía hacia afuera, no hacia adentro. El invierno en el que Londres depositó tantas esperanzas ya pasó. Lo llenamos de preparativos febriles. La nación entera trabajó día y noche para suministrar a nuestro ejército un excedente de armas y municiones. La organización interna de nuestra vida nacional sigue funcionando sin problemas y las cargas que conlleva la guerra están distribuidas equitativamente y son soportables por todos. Los intentos de la plutocracia británica de obtener victorias en la periferia o de hacer que el pueblo alemán dude o pierda el coraje durante el largo período de espera han sido en vano. Estos intentos no tuvieron ningún impacto en nosotros.

El pueblo alemán no sólo esperó durante el invierno, sino que también luchó y trabajó. No hicimos tanto ruido como los ingleses. El enemigo ya ha visto los resultados de nuestros preparativos en la campaña en el Sudeste, en el Norte de África, en la Batalla del Atlántico y en la guerra aérea contra la patria inglesa. Todo esto demuestra que las guerras no se ganan con artículos periodísticos, sino con ideas, soldados, armas y municiones. Un pueblo gana cuando tiene los requisitos previos para la victoria, cuando quiere ganar y cuando debe ganar. Todo eso es verdad para nosotros. Esta tarde repasamos el camino recorrido desde septiembre 1939, y hacia lo que aún está envuelto en tinieblas, iluminado por la luz de nuestra fe. Es el camino hacia la victoria final. Nunca hemos creído en ello con tanta firmeza como hoy. El Führer nos dirige y ese es el mejor fundamento de nuestra confianza. Cuando Churchill habló recientemente sobre el resultado de esta guerra, declaró que Inglaterra ganaría, pero que no sabía cómo. Respondemos: el Führer ganará porque también sabe cómo ganará. Ha llenado a la nación con su espíritu. Está sintonizado con su voluntad. Esta vez, sobrevivirán a la gran prueba de fe que decidirá su futuro, poniendo fin a una serie de 400 años de errores y fracasos alemanes. Por eso esta época es tan maravillosa para nosotros, los alemanes, y por eso, a pesar de la guerra, es tan alentadora.

Nuestro pueblo tiene una oportunidad que aprovecharemos. Un pueblo armado, dirigido por una sola voluntad y lleno de fanatismo: ¡eso es la victoria! Un hombre que ha creado tales cosas está muy por encima de cualquier palabra de elogio. La nación sólo puede inclinarse en agradecimiento ante él. Todos hacemos eso en esta hora. Agradecemos al destino que nos envió al Führer en medio de nuestra más profunda necesidad. Nosotros, sus antiguos compañeros de lucha en todo el Reich alemán y sobre todo nuestros soldados en el frente, agradecemos al destino que nos haya dado en nuestros primeros años la fuerza y la perspicacia para reconocer su grandeza y estar con él desde el principio en su accidentado camino a la victoria y al triunfo.

¿Quién de nosotros elegiría perderse siquiera un día de estos últimos años duros, siempre llenos de batallas y trabajo? ¿Quién de nosotros no considera que su mayor suerte, y de hecho el verdadero significado y plenitud de su vida, es haber estado con él cuando ganó la revolución y estar con él ahora que está ganando la gran guerra por la vida de Alemania? ¿Libertad? Hemos luchado a su lado el tiempo suficiente para saber, tanto por experiencia como por conocimiento, que la victoria es casi segura. Sólo debemos permanecer fuertes, fieles, valientes y rectos, avanzando con la cabeza en alto hacia la hora de nuestro triunfo más orgulloso. Así lo saludamos en vísperas de su cumpleaños. La nación entera se une a este saludo, y a expresarle su más hondo y profundo agradecimiento. Nuestros soldados llevan su nombre en los labios, dondequiera que estén o marchen. Nuestros trabajadores cantan su nombre mientras trabajan. Nuestros hombres en los frentes de batalla, sobre todo aquellos en el Sudeste y Norte de África que defienden la seguridad de la nación, nuestros oficiales y soldados de la fuerza aérea que llevan muerte y destrucción a las Islas Británicas, nuestros hombres en la marina que recorren Gran Bretaña, todos lo saludan como a su comandante supremo. Nuestros agricultores y trabajadores lo saludan como a su Führer y nuestras mujeres le agradecen por luchar por el futuro de sus hijos. La juventud alemana le da su mayor fe.

Él es nuestro. Él ha hecho de este pueblo lo que es hoy. ¿Dónde estaríamos si él no hubiera venido? Pedimos a un Dios misericordioso que lo mantenga saludable y le conceda éxito a su trabajo por la libertad de nuestro pueblo. Entonces no debemos temer al futuro. Entonces el pueblo alemán podrá afrontar el período del que estará más orgulloso de su desarrollo histórico. Una vez las banderas de nuestra revolución ondearon sobre todo el Reich. Ahora anhelamos ese feliz día, y lucharemos por él con todas nuestras fuerzas, hasta que las banderas de nuestra victoria ondeen sobre todo el Reich. Mañana celebramos su fanática devoción por su obra. A pesar de la guerra, un aire festivo inunda toda la nación. Es su día y es nuestro día. Nos recuerda una vez más en qué se han convertido nuestras vidas gracias a él. Por eso le deseamos lo que siempre hemos deseado: que siga siendo para nosotros lo que fue y es:
¡Nuestro Hitler!

Nuestro Hitler.
Discurso de Joseph Goebbels en el cumpleaños de Adolf Hitler.

19 de abril de 1942

La película “El gran rey” se proyecta en las salas de cine del Reich. Trata las duras pruebas y los desafíos históricos que soportó Federico el Grande durante la fase crítica de la Guerra de los Siete Años antes de llevar a su ejército a la victoria final sobre sus enemigos. La película desmonta de su pedestal la singular figura de este gran rey prusiano y elimina las incrustaciones anecdóticas para mostrarnos cómo eran realmente las cosas y qué sucedió realmente. La película evita la representación habitual de los atributos de esta figura histórica y, en cambio, nos ofrece una imagen personal y humana de un estadista y genio militar único. Por curioso que parezca, hoy nos parece aún mayor en sus derrotas que en sus victorias. Los superficiales relatos populares sobre el gran rey prusiano a veces dan la impresión de que afrontó con facilidad las dificultades y los problemas de la guerra. En esta película, sin embargo, vemos a un titán en lucha con un corazón profundo que soportó durante siete años un infierno de tristeza, dolor de toda naturaleza física y espiritual imaginable, las decepciones humanas más profundas y las pruebas más duras. Estaba solo, abandonado, casi desdentado, el despojo de un hombre aquejado de gota.

Entonces llegó el día en que Berlín recibió con júbilo a su rey que regresaba. Se sentó llorando en la capilla del Palacio de Charlottenburg después de una liberación casi inconcebible de las miserias y ansiedades anónimas que había enfrentado mientras los tonos atronadores del “Te deum” de Grauns resonaban en el órgano. Está claro que semejante retrato de la vida y las luchas de nuestro más grande rey prusiano-alemán es algo arriesgado, incluso si es más históricamente exacto y más educativo para nuestros días. Es más agradable presentar personajes y acontecimientos históricos de una manera que agrade a la persona promedio. Nada es más fácil de creer que las grandes victorias de la historia fueron resultado de la superioridad militar y política, que la diosa de la guerra sonríe siempre, incluso pensar que presentar algún peligro o amenaza ocasional difama la reputación de los personajes históricos. Esta película presenta la historia desde un punto de vista diferente. Muestra el lado humano de un verdadero genio como una forma de enfatizar sus atributos sobrehumanos. La grandeza de estos personajes históricos no surge de ellos mismos, sino del peso del destino que soportan.

Los sufrimientos físicos, las cargas espirituales y las tentaciones del corazón permiten resaltar más vivamente el carácter de un gran hombre, marcan más claramente sus contornos. La película muestra por qué Federico II se ganó el derecho, de manera única, a llevar el nombre de “Grande”. A pesar de los golpes paralizantes del destino que a menudo lo llevaron al borde del abismo, encontró la fuerza para elevarse triunfante por encima de las pruebas y derrotas. Dio un brillante ejemplo de firmeza en la desgracia a su pueblo, a sus soldados, a sus generales dudosos, a sus ministros vacilantes, a sus familiares conspiradores y a sus funcionarios públicos que protestaban. Esta película demuestra los sólidos instintos políticos e históricos de nuestro pueblo. No hace concesiones y presenta la verdad histórica pura. No es el romance histórico habitual. Contrariamente a lo que cabría esperar, las grandes masas lo han tomado como una llamada de atención, convirtiéndolo en un éxito sin apenas precedentes en la historia del cine alemán. Nadie deja de sentirse profundamente conmovido por esta película. Los paralelos con el presente, las palabras que pronuncia el gran rey, las crisis espirituales que él y su pueblo superaron a través de batallas y pasión, a veces parecen tan sorprendentes que los realizadores

de esta película se sintieron obligados a comentar que fue planeada no justo antes de Navidad para con fines educativos, sino a principios del verano de 1940, sin idea de los deberes y desafíos actuales. El significado contemporáneo de las palabras y la semejanza de muchos acontecimientos con los de hoy no es el resultado de una propaganda consciente, sino más bien de profundas leyes históricas. Esa es la verdad. Cada siglo tiene su misión histórica. No se repiten; de hecho, están tan ligados a su época que la posteridad difícilmente puede aportar algo más que una comprensión histórica de los problemas políticos de épocas pasadas. Lo que queda son las formas en que se hace la historia, el estilo y la forma de expresión que utiliza un estadista o un genio militar, la resistencia que lo eleva muy por encima de su época, sobre todo la fuerza sobrehumana con la que enfrenta el desafío. ¿Cómo puede ser relevante para nuestros días el hecho de que Federico derrotara a los austriacos? Su valor para la presente generación está en el valor de su personalidad, en la poderosa fuerza de su genio histórico, en su fe que movió montañas, en su constancia en la desgracia, en la plenitud con que cumplió su misión secular y en el heroico aislamiento con el que soportó las oscuras sombras de su destino.

Él fue quien dijo que quien quiere transformar el mundo no puede al mismo tiempo disfrutarlo. Vivimos en una época que se está transformando y que, por tanto, no se puede disfrutar. Como quizás nunca antes en la historia, el destino de nuestro pueblo está en manos de una sola generación. Su deseo de vida, de autoafirmación debe decidir si estamos en el comienzo de una era nueva y sin precedentes para nuestro pueblo o si tal vez nos encontramos en el final de nuestra historia. Momentos así en el ascenso y caída de las naciones siempre ejercen una poderosa magia sobre las personas valientes y varoniles. Ven en los peligros y las cargas un cambio para demostrar su valor, lo cual saben que deben hacer si no quieren ser pesados en la balanza del destino y encontrarse deficientes. El camino hacia la victoria atraviesa siempre las profundidades del peligro y las pruebas históricas. Un pueblo debe soportar muchas pruebas durante una guerra. Debe estar armado contra las artimañas de un destino voluble al que le gusta someter a sus favoritos a pruebas duras y amargas, hasta que finalmente lleven la corona de la victoria en la frente. Una generación bendecida con una gran personalidad en tiempos tan peligrosos es digna de envidia. En el curso de esta guerra la gente ha encontrado todo tipo de causas que podrían traer la victoria.

Algunos pensaban en mayores recursos económicos y militares, o en una mayor población, o en una mejor posición geográfica, o en la famosa valentía de los soldados o en la dura moral de los civiles. Uno enfrentó sistema contra sistema y visión del mundo contra visión del mundo, buscando quién tenía mayores posibilidades de éxito. Creemos, sin embargo, que la victoria recaerá en el lado con mejor liderazgo, como siempre ha ocurrido. El liderazgo es crucial. Si también tiene los mejores recursos materiales a su disposición, ninguna potencia en el mundo podrá impedirle la victoria. Hemos atravesado un invierno cuya dureza y duración no tienen igual en la historia de la humanidad. Planteó desafíos a nuestros líderes, al frente y a la patria de los que recién ahora nos damos cuenta. Generaciones posteriores de historiadores escribirán los relatos de este capítulo tan conmovedor de la gran batalla. Nadie entre nosotros puede dudar del heroísmo casi legendario que demostraron los soldados alemanes. Si alguna vez nuestro pueblo ha demostrado que no sólo somos capaces, junto con nuestros aliados, de asumir el papel de liderazgo en nuestro continente, sino que tenemos el derecho histórico de hacerlo, fue aquí. El pueblo alemán demostró su mérito el invierno pasado.

Una nación que sobrevive a semejante prueba está destinada a la victoria. ¡Cuántas veces en estas últimas semanas y meses difíciles el pueblo alemán miró espiritualmente al Führer! Nunca toda la nación se ha sentido tan unida a él como en estos tiempos difíciles, en los que no se ha perdonado a nadie. Sentimos como si tuviéramos que verlo, aunque fuera sólo en una fotografía, para ganar la fuerza que cada uno necesita para superar las difíciles tareas diarias que todos enfrentamos. ¡Cada uno de nosotros se ha sentido obligado hacia él! ¡Cada palabra que habló a la nación fue para cada hombre, mujer y niño, para cada soldado, trabajador y granjero una orden! ¡Todos estaban con él, sin muchas palabras y sin que se lo dijeran! Toda la nación vivía con la seguridad tácita de que mientras nosotros lidiábamos con nuestros problemas mayores o menores, él estaba librando su gigantesca batalla en el Este. Planificó hasta bien entrada la noche, sopesando y arriesgando, haciendo guardia en su cuartel general. Desde allí su voluntad fluyó hasta la parte más distante del campo de batalla, llenando incluso al último soldado de la unidad más asediada. El poder de su personalidad en ningún lugar se siente con más fuerza que en el frente. Un soldado debe sentirse guiado, de lo contrario no podrá soportar el riesgo diario

de su vida. ¿Cuándo necesita eso más que en esas horas en las que debe arriesgar su vida por la nación, lejos de su comandante, siguiendo la dirección del deber y de la conciencia?. Aquí es donde se prueba el valor de una personalidad grande y poderosa, esa que como dice Goethe es la mayor bendición entre la humanidad. La confianza de que hay alguien que está por encima de todo, que lo sabe todo y lo pesa todo, que conoce el dolor y la pena de su pueblo incluso sin contacto diario, que siente cada pérdida individual que afecta a una madre, una mujer o sus hijos, y aún así es capaz de reunir la fuerza para hacer avanzar la vida nacional de su pueblo; esta confianza le permite soportar todos los sacrificios y cargas del día más fácilmente. Nada es más difícil que aceptar la responsabilidad por el futuro de una gran nación. Se requiere no sólo valentía, disposición a arriesgarlo todo, valentía de alma y firmeza de corazón, sino sobre todo renuncia. De esta renuncia surge la personalidad histórica capaz de soportar las alturas solitarias en las que el único deber es servir a la causa.

Así veía el pueblo alemán al Führer el pasado invierno. Rodeado de sus ayudantes, políticos y generales, rodeado del amor de incontables millones de personas y, sin embargo, al final confiando en sí mismo, llevando solo sobre sus hombros la pesada carga de la responsabilidad, luchando por la vida y el destino de su pueblo. No importa cuán alto podamos subir, cualesquiera que sean las cargas que llevemos, cada uno de nosotros tiene al menos alguien que todavía está por encima de él, en quien podemos confiar, a quien podemos obedecer, porque él dirige y ordena, porque él lleva lo más pesado. Nos quita peso cuando se vuelve demasiado grande para nosotros, quien nos llena de nuevas fuerzas cuando perdemos el coraje, comenzamos a dudar o nos cansamos. Nos recuerda las grandes lecciones de nuestro tiempo, de nuestra cosmovisión y nos da nueva vida. Ya sea que tengamos la gran fortuna de trabajar en su vecindad o incluso con él personalmente, o que seamos llamados a luchar por él como soldados, trabajadores o agricultores desconocidos, todos sentimos una fuerza que nos sostiene. Nos sentimos seguros bajo la protección de un hombre que ha cambiado nuestro siglo. Sólo necesitamos seguir, su tarea es mostrar el camino.

Está solo, librando una batalla titánica con el destino por la vida de nuestro pueblo. En vísperas de su 53 cumpleaños, toda la nación se reúne alrededor del altavoz. Es mucho más que un evento festivo. Confirma lo que todos los alemanes sienten, incluso más profundamente y con mayor obligación que nunca. En cierto sentido es una renovación de nuestra lealtad y de nuestra fe, demostradas ya millones de veces a través de hechos, de innumerables sacrificios, a riesgo del cuerpo y de la vida, en multitud de muertes amargas. No necesita palabras. Si alguna vez el pueblo alemán se ha sentido unido en pensamiento y voluntad, es en esto: servirle y obedecer sus órdenes. Los sonidos de la música heroica y titánica que brotan de cada corazón alemán elevan nuestra confesión a una altura solemne y santa. Cuando terminemos nuestra celebración, las voces de los hombres y los sonidos de los instrumentos se unirán en la gran conclusión de la Novena Sinfonía.

Mientras suena la poderosa Oda a la Alegría y la sensación de la grandeza y el alcance de estos tiempos llega incluso a la más remota cabaña alemana, mientras sus sonidos llegan a países distantes donde las fuerzas alemanas vigilan, cada uno de nosotros, hombre o mujer, niño o soldado, agricultor o trabajador, o funcionario público sabrán a la vez la gravedad de la hora y la alegría de ser testigo y partícipe de esta gran época histórica de nuestro pueblo. Al poder eterno que nos gobierna lo llamamos Todopoderoso o Dios o Destino o el Buen Padre, aquel que como dice la Novena Sinfonía, vive más allá de las estrellas. Pedimos al Todopoderoso que preserve al Führer, que le dé fuerza y bendición, que favorezca su obra, que aumente nuestra fe, que haga firmes nuestros corazones y fuertes nuestras almas, que dé a nuestro pueblo la victoria después de sus batallas y sacrificios, que lleve le hasta su cumplimiento. No hay mayor fortuna en la tierra que servir a un líder brillante y hacer su trabajo. Que podamos hacer eso todos los días. La dificultad de nuestros días es también su grandeza. Cambiaríamos de lugar con uno. En agradecimiento y lealtad, enviamos nuestros saludos al Führer. Una banda inquebrantable une el frente y la patria. Los alemanes de todo el mundo estamos unidos en el ferviente deseo que expresamos cada año en vísperas de su cumpleaños: Que siga siendo para nosotros lo que fue y es: ¡Nuestro Hitler!

Nuestro Hitler.
Discurso de Joseph Goebbels en el cumpleaños de Adolf Hitler.

19 de abril de 1943

El pueblo alemán celebra este año el cumpleaños del Führer de una manera particularmente sombría. Este cuarto año de guerra ha sido el más duro hasta ahora, y no se vislumbra por ningún lado una salida a sus cargas y dolores, ni su fin. Sus enormes acontecimientos políticos y militares se extienden por los cinco continentes. Dondequiera que se mire, los pueblos y las naciones se ven afectados por sus dolores y sacrificios. Difícilmente una nación se ha librado de los graves impactos políticos y económicos de este vasto drama militar. Aquí y allá, los críticos de la debilidad de los nervios y el carácter, generalmente provenientes de las naciones menos afectadas por la guerra, cuestionan si la cultura y la civilización humanas podrán sobrevivir a la guerra y hacen cálculos preocupados sobre qué parte de la orgullosa herencia de la humanidad quedará una vez terminada la guerra. En medio de las pruebas y cargas del momento, es muy fácil olvidar que esta guerra, a diferencia de las del pasado, tiene un carácter completamente nacional o racial. Por eso ambas partes luchan con tan amarga determinación.

Los pueblos participantes saben que esta vez no se trata de un cambio más o menos significativo en las fronteras nacionales, sino de una cuestión de supervivencia nacional. Un pequeño acontecimiento ha tenido efectos a nivel mundial. Pero sería falso ver la verdadera causa de ese suceso. En aquel entonces nuestros oponentes tenían mil oportunidades de satisfacer nuestras justas demandas sin dañar en lo más mínimo su propio poder, imagen o prestigio. El enemigo no lo quería así. Querían la guerra porque, como dijo el primer ministro inglés ya en 1936, Alemania se había vuelto demasiado fuerte. De vez en cuando debemos recordarnos que debemos mirar hacia atrás, al comienzo de esta guerra, para comprender su progreso hasta el estado actual. Una hipócrita propaganda enemiga actúa constantemente para ocultar las verdaderas causas de la guerra, para hacer olvidar las frases democrático-liberales de ayer y aceptar las seductoras de hoy, para hacer que los culpables parezcan inocentes y los inocentes parezcan la causa de esta gran desgracia. Sólo necesitamos recordar los muchos intentos lamentablemente infructuosos del Führer de impedir esta guerra limitando los armamentos a un nivel racional. Hizo todos los esfuerzos imaginables para evitar el choque de naciones que previó. Y con qué frecuencia ha intentado poner fin a esta guerra lo antes posible.

Todo fue en vano. Las fuerzas perversas que querían esta guerra de manera cínica y frívola deseaban, y aún desean, una guerra total. ¿Qué significan para ellos la miseria y la desgracia de los pueblos del mundo, incluidos los suyos propios? Sólo quieren su enriquecimiento personal y su poder ilimitado sobre todas las naciones y continentes. No vinieron del pueblo, como nosotros. Por lo tanto, nunca comprenderán las necesidades reales de su pueblo. Su brutal cinismo, resultado de sus actitudes extrañas, incluso pérfidas, les hace odiar apasionadamente al movimiento popular Nacional Socialista y al pueblo y la nación Nacional Socialistas alemanes, y sobre todo al propio Führer. Lo ven como un recién llegado al negocio del liderazgo, que para ellos siempre significa la traición del pueblo bajo el dominio del dinero. Así como el mundo odiado del enemigo está personificado para nosotros por ciertos hombres, también ciertos hombres personifican el mundo que amamos y defendemos. Por la naturaleza de una guerra tan enorme, quien la dirige le da su impronta. Y no sólo eso. Así como siente su buena fortuna y sus éxitos con doble o triple profundidad, también siente dos o tres veces más profundamente las desgracias de un destino sombrío. Las personas ingenuas pueden imaginar que el liderazgo en

tiempos de paz es fácil y placentero, pero incluso ellos sienten que en la guerra, con las pesadas responsabilidades que conlleva, aquellos en la base que sólo necesitan seguir órdenes lo tienen mucho más fácil que aquellos en la cima que deben dar las ordenes. Son los Atlas que llevan el mundo sobre sus hombros. Cada gran figura de la historia se ha sentido a veces invadida por el embriagador sentimiento de tener, como Dios, el destino de las naciones en sus manos. Mucho más comunes, sin embargo, son las largas horas de luchas amargas y apasionadas por la responsabilidad histórica, de batallas silenciosas y desesperadas con fuerzas que a veces parecen sobrehumanas. De luchas contra un destino injusto y duro que a veces arruina planes cuidadosamente trazados y destruye esperanzas que alguna vez parecieron cercanas. Es fácil hablar y escribir sobre el comienzo o el final de las crisis militares. Sólo él puede juzgar quién ha afrontado una crisis sólo con la fuerza de su corazón. Largos días y largas noches durante semanas y meses dejan sus marcas inconfundibles en su rostro. La tristeza y el dolor de cada uno de ellos se acumulan a su alrededor como una montaña de tristezas y dolores de todo el pueblo. Mientras que el individuo normal sólo debe dominar su propio destino, por difícil que sea, el Führer soporta el destino de toda la nación.

En los momentos críticos, millones de ojos miran hacia él. Encuentran consuelo y esperanza en su rostro, en la firmeza de sus modales, en la seguridad de sus gestos, en la confianza de su apariencia. Se suele decir que el Führer es la imagen del pueblo alemán. Esto es cierto en un sentido más profundo de lo que a menudo pensamos. Si uno pudiera ver cómo cambia el rostro de nuestra nación durante esta guerra, veríamos la misma transformación que vemos con gran orgullo en el rostro del Führer. Las líneas, la dureza, la decisión, pero también la profunda pasión por el pueblo y, en un sentido más amplio, por una humanidad obligada a atravesar tantas amargas dificultades contra su voluntad y sus planes, son inconfundibles. Qué cínicas son en contraste las sonrisas estúpidas y frívolas del actual líder de Gran Bretaña durante sus apariciones públicas. No es necesario preguntarse cuál de estos dos disfruta de la guerra y quién, por tanto, la quiso y la provocó. La cara del culpable lo traiciona. A pesar de todos sus gritos, nuestros enemigos no han podido debilitar la fuerza mágica de la personalidad del Führer. Su poder crece cada día. En una época como la nuestra, tan escasa de grandes hombres, la presencia de un hombre así de nuestro lado asombra incluso a nuestros enemigos. Está claro por qué los agitadores anglosajones difunden sus mentiras y calumnias sobre el Führer y su obra. Se dan cuenta de que sus programas y objetivos están llegando a todo el mundo, incluso a sus propias naciones.

Una nación no tiene mayor posesión que una personalidad tan poderosa y atemporal que lanza su hechizo tanto sobre amigos como sobre enemigos. Incluso algunos en Alemania pueden quejarse de que el Führer está totalmente absorto en su trabajo durante la guerra, aunque es el factor decisivo en todo lo que está sucediendo. Su comportamiento contrasta elocuentemente con el de sus homólogos ante el enemigo, que nunca pierden la oportunidad de ser el centro de atención. Aparentemente lo necesitan, tal vez porque sienten que sus vidas y su trabajo no durarán tanto. Los hombres de verdadera estatura histórica están por encima de ese comportamiento. No sacan su fuerza del aplauso cambiante de la publicidad, sino de su misión histórica que cumple una ley superior. No conocemos ningún gran logro histórico que no haya implicado los golpes más duros del destino. De hecho, la dureza y amargura de las pruebas demuestran su verdadero valor. Cuando recordamos los dos últimos inviernos terribles, en los que el Führer estuvo al frente del ejército para afrontar y superar un destino casi invencible, recordamos la historia prusiano-alemana.

Él y nosotros no necesitamos rehuir la comparación. El pueblo alemán, traicionado por sus dirigentes enteramente cobardes a finales del otoño de 1918, se debilitó y le cayó encima el destino más duro. Sin embargo, en los dos últimos inviernos, el Führer y su pueblo han demostrado que están preparados para superar fracasos históricos y pagar el precio de una gran victoria. No es fácil para mí, en su cuarto cumpleaños después de la guerra, retratar la personalidad del Führer en su relación adecuada con los acontecimientos radicales que estamos presenciando. Él mismo está enteramente absorto en su trabajo, cuyo fin prevé. Aunque a veces podemos lamentar su intenso compromiso, su estilo modesto y su naturaleza lo acercan aún más a nuestros corazones. En la gran e impresionante fase victoriosa de la guerra, lo admiramos y honramos. Hoy hemos aprendido a amarlo desde lo más profundo de nuestro corazón, al verlo superar con amarga determinación los duros y dolorosos golpes del destino. ¡Qué consuelo es para una nación tener como líder a un hombre que encarna para todos una confianza

inquebrantable en la victoria! No muestra ningún rastro del parloteo que tanto aman nuestros enemigos, sino que sólo vemos un realismo impulsado por un profundo fanatismo. A menudo, en el curso de esta guerra, la gente ha elogiado las armas técnicas y afirmado que la victoria final estaría determinada por la cantidad y calidad de las armas y material. No queremos subestimar su importancia. Aún más importante, sin embargo, es la disposición espiritual de una nación en guerra para soportarlo todo, incluso lo peor, en lugar de doblegarse ante la fuerza del enemigo. El Führer encarna para nosotros esta actitud. Antes de darlo todo por la causa de la paz; ahora lo da todo por la causa de la guerra. No quería la guerra e hizo todo lo que estuvo a su alcance para evitarla. Ahora que se le ha impuesto, está a la cabeza de su pueblo para librarlo con todos los medios. ¿Cuántas veces en la historia de nuestro movimiento lo hemos visto evitar un conflicto que consideraba innecesario o dañino, pero una vez que se volvió inevitable luchó hasta la victoria, cualesquiera que fueran los obstáculos? Así es hoy. Nos reunimos la noche anterior a su 54 cumpleaños según nuestra costumbre.

Lo hacemos como nación unida y decidida, le llevamos saludos de honor, agradecimiento y todos los buenos deseos para su persona y para su misión histórica. Lo hacemos este año con especial confianza. El peligro que nos rodea no nos ha debilitado, sino que nos ha puesto en plena alerta. Cuando un pueblo debe correr los mayores riesgos para asegurar su supervivencia, es aconsejable desterrar los demonios de la duda y la discordia para concentrarse completamente en su misión histórica. No es posible dejar esto claro en todos sus detalles a todos los ciudadanos. Por tanto, debe encontrar expresión en la voluntad y las órdenes del Führer. La confianza es la mejor arma moral de guerra. Cuando empieza a fallar, ha llegado el principio del fin. Miremos donde miremos, no vemos motivo de tanta preocupación. Sólo existe en los sueños propagandísticos de nuestro enemigo. Cuantas más esperanzas pongan en la debilidad moral del pueblo alemán, mayor será su decepción.

El hecho de que no hablemos todos los días de la confianza de Alemania no es razón para creer que esté ausente. Generalmente no es necesario hablar de lo obvio. Si algo se ha vuelto obvio para nosotros los alemanes es la lealtad y la absoluta subordinación de todos, tanto en el frente como en casa, al hombre que encarna para nosotros no sólo el presente alemán, sino también nuestras expectativas para el futuro de Alemania. Lo digo en nombre de todo el pueblo alemán, cuyo portavoz me siento ahora más que nunca. Lo digo en nombre de millones de soldados de todas las ramas de las fuerzas armadas que cumplen su duro deber en el frente, en nombre de millones de trabajadores, agricultores y artistas, de millones de mujeres, que soportan las dificultades del la guerra con paciencia y valentía, y en nombre de la juventud alemana, que lleva su nombre con orgullo. Como nación de 90 millones de personas, presentamos ante él nuestra fe. Creemos en una victoria alemana porque creemos en él.

Nuestros buenos deseos para él surgen desde lo más profundo de nuestro corazón. Dios le conceda salud, fortaleza y su gracia. Leal y fielmente queremos seguirlo dondequiera que nos lleve. Él es nuestra fe y nuestra orgullosa esperanza. Caminaremos firmemente hacia el futuro hacia el que apunta su mano. Un pueblo que considera suyo a un líder así, que lo sigue con lealtad incondicional, está destinado a la grandeza. Sólo necesita desear esa grandeza. Nosotros, los viejos camaradas de lucha del Führer, nos reunimos a su alrededor ahora, como siempre, en los momentos decisivos de nuestra lucha. Le pertenecemos. Fuimos los primeros a los que llamó. Cuántas veces caminamos con él a través de pruebas y peligros. Al final del camino siempre estaba la brillante meta. Así es hoy. Nunca queremos perderla de vista. Tenemos la mirada fija en la meta por la que lucharemos y trabajaremos. Somos ejemplo de fe, de valentía, de convicción inmutable. Somos la vieja guardia del partido que nunca flaquea. Como primeros soldados de nuestro pueblo, nuestro deseo para el Führer en su cumpleaños es el mismo que siempre ha conmovido nuestros corazones. Que en el futuro siga siendo lo que es hoy y será siempre: ¡Nuestro Hitler!

Nuestro Hitler.
Discurso de Joseph Goebbels en el cumpleaños de Adolf Hitler.

19 de abril de 1944

¡Ciudadanos alemanes!
No sólo la fortuna, sino también la reputación siempre cambia durante una guerra entre grandes hombres y naciones. Por lo tanto, es difícil, tal vez incluso imposible, determinar la importancia política y militar de acontecimientos individuales en medio de una guerra. Lo que ayer parecía una medida brillante puede convertirse al cabo de varias semanas o meses en un gran error, y lo que parecía miope y equivocado puede convertirse más tarde en una decisión de profunda sabiduría. Sólo cuando una guerra termina, y normalmente algún tiempo después, una vez que sus resultados duraderos han quedado claros para todos, es posible sopesar y evaluar objetivamente sus acontecimientos individuales. Esto fue cierto en todas las guerras pasadas, y presumiblemente también en ésta. La guerra sólo puede evaluarse en su conjunto. Además de los acontecimientos del momento, una guerra tiene un significado histórico mayor. Sólo un ojo entrenado puede comprender ese significado más amplio durante la guerra misma. Por ejemplo, consideremos las grandes diferencias en la reputación de Federico el Grande durante la Guerra de los Siete Años, particularmente de 1760 a 1763.

Su reputación personal y la de su trabajo durante su época estuvo influenciada por consideraciones partidistas, pero hoy lo evaluamos históricamente, es decir, objetiva y justamente. Sus acciones y decisiones individuales fueron evaluadas de diversas maneras. Dadas las circunstancias de la época, algunas parecían conducir a la victoria, otras a la derrota. Incluso aquellos en su entorno no pudieron evaluarlos adecuadamente. Un genio actúa por instinto, a veces consciente pero a menudo inconscientemente, lo que eleva sus acciones fuera de la esfera ordinaria. Grandes personalidades eternas tienen que cumplir no sólo las tareas del momento, sino también misiones históricas más amplias. Desafortunadamente, los dos no siempre están de acuerdo. Una guerra de enorme importancia histórica trae consigo los mayores sacrificios y cargas. Cuanto menos sean vistos estos problemas por la gente en su significado histórico más amplio, más probable será que la generación en dificultades los malinterprete, o incluso los considere evitables. Esto explica por qué las personas, en su época y en la posteridad, evalúan de manera diferente los acontecimientos históricos. Podemos pensar en numerosos ejemplos históricos.

Difícilmente podemos entender hoy por qué los contemporáneos de Alejandro Magno, César o Federico el Grande no comprendieron su verdadero significado. Para nosotros ya no hay secretos. Es algo sorprendente que aquellos que pueden entusiasmarse más con los malentendidos históricos sean también los que son menos capaces de hacer el juicio histórico adecuado sobre su propia época. Son personas que tienen la capacidad de evaluar los acontecimientos y desarrollos de épocas anteriores, pero que carecen de la capacidad de juzgar los acontecimientos históricos de su propia época de una manera que la posteridad respete. ¿Cuál de los acontecimientos de la guerra actual será significativo dentro de cien años? Es difícil juzgar acontecimientos individuales, pero incluso hoy podemos predecir con cierta seguridad los factores que influirán en la evaluación que la posteridad hará de este gran drama de los pueblos europeos. No se trata de cosas cuyas huellas, incluso según nuestra comprensión actual, habrán desaparecido varios años después de que termine la guerra. Por ejemplo, es probable que diez años después de que llegue la paz permanezcan pocos signos de los daños causados a las

ciudades alemanas por el terrorismo aéreo enemigo. Lo que probablemente se recordará son las actitudes y el comportamiento de quienes resistieron el terror. Que Europa se vuelva bolchevique o que logremos rescatar a nuestro continente y a su gente de esta amenaza mortal influirá en el futuro de muchas, quizás de todas, las generaciones futuras. Éste es el significado histórico decisivo de esta guerra. El hombre que al final libere a nuestro continente de sus dificultades espirituales y militares será, al final de la vasta lucha, desde el punto de vista de la historia, el hombre de la guerra. Eso no cambia el hecho de que sus oponentes han hecho y están haciendo todo lo que está a su alcance para obstaculizar la misión histórica del hombre que está por encima de su tiempo. Están utilizando su superioridad material en población y armas en un intento de arruinar su trabajo. Pero todo esto sólo aumentará el honor que la historia le otorgará y añadirá fama inmortal a su nombre. Una vez que se haya disipado la neblina repugnante de las viles y despreciables polémicas de tiempos de guerra, aparecerá de repente como la gran figura histórica de este enorme drama internacional, tanto para los vivos como aún más para las generaciones venideras.

¿Y qué hay de sus oponentes, que estaban dispuestos a arrojar al caos los dos mil años de historia y civilización de nuestro continente? Serán de interés sólo como fondo oscuro de la grandeza y previsión de esta brillante figura. ¿No era esto también cierto cuando luchábamos por el poder? ¿Con qué frecuencia el Führer luchó contra partidos políticos largamente olvidados al rescatar a la Patria? ¡Cuán a menudo los periodistas cobardes intentaron persuadirnos de que no sólo eran sus iguales, sino sus superiores políticos! Hoy incluso sus nombres están olvidados. Sólo queda la personalidad histórica, alguien que está por encima de su época y que a pesar de todos los desafíos que a veces parecían insuperables encontró la solución al dilema alemán y salvó a la nación. La victoria lo determinó todo entonces, como lo determinará hoy. El fin de esta guerra traerá consigo el fin de la historia europea y de cualquier significado histórico desde nuestro punto de vista, o nuestra victoria dará a nuestro continente la oportunidad de un nuevo comienzo. La fama pertenece únicamente al hombre que salvó a Europa de su peligro más terrible, que a pesar de los giros del triunfo y la derrota salió adelante y con ello salvó no sólo a su propia nación, sino al continente. Esta conclusión no surge de ningún deseo de fama o superioridad nacional, que, sin embargo, es concedido por el sentido de justicia de los mejores de cada nación que comprenden la gravedad del momento.

Estoy seguro de que hablo al corazón no sólo de cada viejo Nacional Socialista, sino también al de cada alemán. Todos nos sentimos parte de una misión histórica. Para nosotros, el objetivo de la guerra no sólo es claro, sino que también es inalterable e inmutable. Cuanto más dura la guerra, más fanática y comprometidamente la perseguimos. Buscar la meta significa seguir al Führer, hacer su trabajo con lealtad y devoción, dirigir en medio de las tormentas de la guerra cada pensamiento y acción personal hacia él. Estamos felices de tenerlo de nuestro lado, porque incorpora no sólo nuestra firme fe en la victoria, sino también la constancia de nuestro liderazgo nacional, el carácter de nuestra perspectiva bélica y la integridad de nuestros objetivos bélicos. Sólo necesitamos mirar por encima de nuestras fronteras a los pueblos extranjeros y enemigos para ver lo que él significa para la nación y lo que es para todos nosotros. Es fácil y cómodo en tiempos de grandes éxitos nacionales, especialmente cuando se han logrado sin un gran costo de sangre y sacrificio, unirse a las multitudes que gritan alabanzas por los logros del liderazgo nacional, que todos pueden ver. Es más difícil permanecer leal a la causa en medio de una larga lucha por la existencia misma de una nación.

Una lucha así exige toda la energía de quienes no se libran de períodos de insomnio o incluso de agotamiento nervioso ocasional. Pero cuanto más duras y amargas son las circunstancias, más se revela su significado histórico más profundo. Nosotros, los viejos Nacional Socialistas, nunca hemos visto al Führer en un papel diferente. Nuestro mayor honor fue siempre estar a su lado en esas horas, proteger su retaguardia mientras avanzaba hacia un territorio aún desconocido y peligroso, para darle la certeza de que nunca estaba solo. El movimiento Nacional Socialista, el núcleo de nuestra actual comunidad nacional, se desarrolló en circunstancias como estas. Las virtudes de nuestro movimiento, que superó todas las barreras y obstáculos durante los duros años de la lucha por el poder, se han convertido durante esta guerra en las virtudes de nuestro pueblo combatiente, puesto a prueba millones de veces en los peligros: nuestra lealtad hacia nosotros mismos encuentra su más visible pero también su expresión más profunda en nuestra lealtad al Führer. ¿Cuándo ha habido alguna vez una relación tan fructífera entre un pueblo y su líder, y viceversa? Los pueblos de otros países ven a sus líderes como representantes de

intereses de clase, de mayorías parlamentarias más o menos inteligentemente construidas, como males necesarios en ausencia de una alternativa mejor, o como el resultado de un terror masivo y ciego que se erige sobre millones de cadáveres. Para nosotros, el Führer es el portavoz y el agente de la voluntad de toda la nación. A pesar de todas las profecías del enemigo, no ha habido un solo caso, desde el comienzo de la guerra hasta hoy, en el que un soldado rompió su juramento al Führer o en el que un trabajador en el frente interno renunció a su lealtad al Führer cesando sus labores. Sabemos que el enemigo es incapaz de comprender esto y lo atribuye a la fuerza o a la violencia. Pero lo que nosotros como pueblo y liderazgo hemos logrado no se puede lograr con esos métodos. Deben estar actuando otras fuerzas, fuerzas de lealtad y comunidad que no pueden ser comprendidas por personas que no pueden percibirlas. Lo que sembramos antes de que comenzara la guerra ha dado frutos: la rica cosecha de solidaridad entre los dirigentes y todo el pueblo. Permítanme la libertad en este discurso de decir algunas cosas a todo el pueblo alemán, en casa y en el frente sobre el Führer.

He tenido la suerte de estar a su lado durante el período de lucha por el poder y durante esta gran guerra, de estar presente en muchas, incluso en la mayoría, de los momentos particularmente felices y críticos. Nunca lo vi dudar o vacilar. Siempre siguió el llamado de su sangre, y donde ella lo llamaba, iba, sin importar las dificultades. Se destaca por encima de todos los demás estadistas de nuestro tiempo porque reconoció el peligro en el momento adecuado y tomó medidas valientes. El pueblo alemán se lo agradece hoy, como también lo hará algún día toda la humanidad civilizada. Si existe un don divino para los pueblos y naciones dirigentes que permite a los grandes líderes históricos percibir instintivamente lo necesario y lo correcto, y combinar este conocimiento con un sentido infalible de lo que es necesario hacer en el momento, ese es este hombre bendito. Que los efímeros parlamentarios del otro lado no se den cuenta de esto es más una prueba de sus habilidades que de su ausencia. Incluso el mejor liderazgo a veces sufre derrotas y reveses. De hecho son la prueba, eso demuestra sus méritos. Para todos los pueblos y naciones, la guerra es una fuerza dura y despiadada que separa a los fuertes de los débiles y a los trabajadores de los perezosos. ¿Han fallado alguna vez el Reich y sus dirigentes en la prueba? ¿Alguna vez nos hemos sentido confundidos y desesperados antes de acercarnos al destino, sin saber qué hacer? Siempre hemos estado preparados.

Al frente de nuestro pueblo siempre estuvo un hombre que fue un ejemplo brillante y resplandeciente. Incluso bajo los golpes más duros se mantuvo firme y la confianza de su corazón convirtió las mayores desgracias en ventajas. No hablamos mucho de ello, pero todos lo sabemos. Nunca el pueblo alemán miró con tanta fe a su Führer como en los días y horas en que conoció toda la gravedad de la situación. No se desanimó, sino que afirmó aún más firmemente sus objetivos. Cuando recordamos noviembre de 1918, no pudimos librarnos de la amarga sensación de que era en parte nuestra responsabilidad. Pero esta vez hemos obtenido la victoria y la diosa de la historia no nos la negará. El precio de nuestra próxima victoria es nuestra lealtad. La guerra no es ocasión para charlas vagas y promesas vacías. Es un momento para darnos cuenta de lo que tantas veces hemos dicho en el pasado. Depende de nuestro juramento a la bandera y del juramento silencioso en nuestros corazones. Dondequiera que en Europa nuestros soldados estén en batalla o de guardia, dondequiera que los alemanes trabajen, dondequiera que los agricultores alemanes siembren y cosechen, dondequiera que inventores, artistas y eruditos reflexionen con el ceño fruncido sobre el futuro del Reich, dondequiera que las madres oren por la victoria y los niños confíen en ella.

Con tranquila confianza, en naciones y continentes lejanos, en cada océano, dondequiera que respiren los alemanes, se elevan al cielo los deseos más cálidos de los corazones más sinceros para el Führer. El hecho de que esté a la cabeza de nuestra nación es para todos nosotros la señal más segura de una victoria inminente. Nunca estuvo tan cerca de nosotros como en el momento del peligro, nunca estuvimos tan unidos a él como cuando sentimos que nos necesitaba como nosotros lo necesitábamos. Con esto hemos frustrado las grandes esperanzas de nuestro enemigo. Esperaban que hiciéramos lo que ellos no pudieron. Era la única manera de que pudiéramos ser derrotados. Hemos hecho lo necesario para la victoria. Me alegra poder hablar con el pueblo alemán en este momento. El año pasado hemos afirmado nuestro apoyo y nuestra confianza en el trabajo del Führer. En su cumpleaños queremos también pronunciar las palabras que brotan de lo más profundo de nuestro corazón. Queremos decirle lo que él es para todos nosotros, tanto en las pruebas del momento como en el brillante futuro. Todos le deseamos salud, fortaleza y mano bendita. Debe saber que siempre podrá confiar en su gente. Cuando

tenga ante él pruebas y peligros, estaremos más firmemente detrás de él. Creemos en él y en su misión histórica, y creemos que al final será coronado con la victoria. Él será el hombre de la siglo, no sus oponentes. Dio a este siglo su significado, su contenido, su objetivo. Afirmando el significado y entendiendo el contenido, alcanzaremos la meta. Él señala el camino. Él ordena, nosotros lo seguimos. Nosotros, sus viejos y probados camaradas, marchamos en primera fila detrás de él. Somos puestos a prueba por el peligro, fortalecidos por la desgracia, endurecidos por la tormenta y las pruebas, pero también coronados por las primeras victorias y éxitos del nuevo mundo venidero. Estamos a la cabeza de una multitud innumerable que lleva y defiende el futuro del Reich. Defendemos la causa de la nación, que ha encontrado su forma visible en el Führer. En esta batalla entre la vida y la muerte, él es y seguirá siendo para nosotros lo que siempre fue: ¡Nuestro Hitler!

Nuestro Hitler.
Discurso de Joseph Goebbels en el cumpleaños de Adolf Hitler.

19 de abril de 1945

Este discurso lo podrá encontrar aquí con audio:
https://archive.org/details/JosephGoebbelsVENCEREMOS19Abril1945

¡Ciudadanos alemanes!
En el momento de la guerra cuando –al menos eso parece– todas las fuerzas del odio y la destrucción se han reunido una vez más, tal vez por última vez, en el oeste, el este, el sureste y el sur, tratando de atravesar nuestro frente y dar el golpe mortal al Reich, la víspera del 20 de abril vuelvo a hablar al pueblo alemán sobre el Führer, tal como lo he hecho todos los años desde 1933. Esto ha sucedido en los buenos y en los malos momentos del pasado. Pero nunca antes las cosas estuvieron tan al filo de la navaja, nunca antes el pueblo alemán tuvo que defender su vida bajo un peligro tan enorme, nunca antes el Reich tuvo que recurrir a sus últimas fuerzas para protegerse a sí mismo. Momentos como estos son raros en la historia. Son únicos e incomparables para la luchadora generación que debe sobrevivir a ellos. Acontecimientos históricos de similar naturaleza y extensión se desvanecen en nuestra memoria bajo el dolor que soportamos, bajo las penas que casi nos abruman, bajo torturadas preguntas sobre nuestro propio futuro y el de nuestro valiente y duramente probado pueblo. Este no es el momento de hablar del cumpleaños del Führer de la forma habitual ni de presentarle los mejores deseos habituales.

Hay que decir más hoy, y por parte de alguien que obtuvo el derecho tanto del Führer como del pueblo. Llevo más de veinte años al lado del Führer. He visto su ascenso y el de su movimiento desde los comienzos más pequeños e improbables hasta la toma del poder, y también les di mis mejores esfuerzos, he compartido alegrías y tristezas con el Führer, desde victorias históricas sin precedentes hasta los terribles reveses desde 1939 hasta ahora. Estoy a su lado hoy mientras el destino lo desafía a él y a su pueblo a su última y más severa prueba. Confío en que el destino les conceda a él y a su pueblo la corona de laurel de la victoria. El hecho de que Alemania todavía viva, que Europa y el mundo civilizado aún no hayan caído en el oscuro abismo que se cierne ante nosotros, se debe únicamente a él. Será el hombre de este siglo, que estaba seguro de sí mismo a pesar del dolor y el sufrimiento terribles, que mostró el camino hacia la victoria. Él es el único que se mantuvo fiel a sí mismo, que no vendió barata su fe y sus ideales, que siempre y sin dudar siguió el camino recto hacia su meta.

Ese objetivo hoy puede estar oculto detrás de los montones de escombros que nuestros enemigos llenos de odio han sembrado en todo nuestro otrora orgulloso continente, pero que una vez más brillarán ante nuestros ojos ardientes una vez que se hayan limpiado los escombros. Tiempos como los que vivimos hoy exigen más de un líder que perspicacia, sabiduría y empuje. Exigen una dureza y resistencia, una firmeza de corazón y alma, que rara vez aparecen en la historia, pero que cuando aparecen producen los logros más admirables del genio humano. Burkhardt dijo en sus Observaciones sobre la Historia Mundial: “El destino de las personas y de los Estados, de civilizaciones enteras, puede depender de si una persona extraordinaria puede

generar la fuerza adecuada de alma y acción. Las mentes y los espíritus normales, por numerosos que sean, no pueden reemplazar a una persona así". ¿Quién puede negar que sólo el Führer tiene derecho a sentir que estas palabras se aplican a él y a sus actos en nuestra generación y en muchas generaciones venideras? ¿Qué pueden decir en respuesta los estadistas enemigos? No tienen nada más que su superioridad numérica, su estúpida y demente destrucción y su diabólico ansia de aniquilación, detrás de lo cual se esconde el caos del colapso de la humanidad civilizada. ¿Qué ha resultado de sus ruidosas y emotivas tesis de felicidad, de su Carta del Atlántico y de sus Cuatro Libertades? Sólo hambre, miseria, pestilencia y muerte masiva. Toda una parte de la tierra violada grita contra ellos. Las ciudades y pueblos que alguna vez fueron florecientes en todas las naciones de Europa se han transformado en campos de cráteres, y cientos de miles, incluso millones, de mujeres y niños en el norte, este y sureste del continente suspiran y lloran bajo el furioso flagelo del bolchevismo. La cultura más brillante que la tierra haya visto jamás se hunde en ruinas y sólo deja recuerdos de la grandeza de una época destruida por poderes satánicos. Los pueblos están sacudidos por las más graves crisis económicas y sociales, que no son más que anticipos de los terribles acontecimientos que están por venir. Nuestros enemigos afirman que los soldados del Führer marcharon como conquistadores a través de las tierras de Europa, pero dondequiera que llegaron, trajeron prosperidad, felicidad, paz, orden, condiciones confiables, plenitud de trabajo y, por lo tanto, una vida decente. Nuestros enemigos afirman que sus soldados llegaron a las mismas tierras que los libertadores, pero dondequiera que vengan hay pobreza y miseria, caos, devastación y destrucción, desempleo, hambre y muerte masiva. Y lo que queda de su llamada libertad es una vida que nadie se atrevería a considerarlo decente ni siquiera en los rincones más oscuros de África.

He aquí un esquema claro y amplio de un programa de construcción que ha demostrado ser útil, humano y beneficioso, positivo y con visión de futuro, tanto en su país como en todos los demás países de Europa. Se opone a las fantasías de destrucción judío-plutocrática-bolchevique. Aquí se encuentra un hombre, seguro de sí mismo, con una voluntad clara y firme, contra la coalición antinatural de estadistas enemigos que no son más que lacayos y herramientas de esta conspiración mundial. Europa alguna vez pudo elegir entre estos dos. Eligió la anarquía encubierta y hoy debe pagar por su error con una agonía multiplicada por millones. Ya no tendrá mucho tiempo para elegir su destino por segunda vez. ¡Es una cuestión de vida o muerte!
Un periódico británico escribió hace unos días que el resultado de las políticas demenciales de las potencias enemigas sería seguramente una revolución de los pueblos europeos contra la plutocracia angloamericana, y que Hitler era el hombre al que esa misma plutocracia obstaculizaba mediante una alianza impía con el bolchevismo asiático cuando comenzó a traer felicidad política y económica a Europa. Así son las cosas y nada puede blanquear a nuestros enemigos plutocráticos de sus crímenes.

Oponerse a esta coalición aparentemente todopoderosa de fuerzas satánicas destructivas trae consigo pruebas y cargas de naturaleza sobrehumana, pero eso no es deshonroso: ¡de hecho, todo lo contrario! Aceptar con valentía una batalla que es inevitable e ineludible, librarla en nombre de la divina providencia, tener confianza en ella y en su eventual bendición, enfrentarse al destino con la conciencia pura y las manos limpias, soportar todo sufrimiento y toda prueba, no pensar siquiera en ser infieles a su misión histórica, no vacilar ni siquiera en las horas más difíciles de la batalla final: ¡eso no sólo es varonil, sino también alemán en el mejor sentido de la palabra! Si nuestro pueblo no aceptara esta tarea y no luchara por ella como si fuera la palabra de Dios, no merecería vivir más y perdería toda posibilidad de vivir. Lo que vivimos hoy es el último acto de un poderoso drama que comenzó el 1 de agosto de 1914 y al que los alemanes renunciamos el 9 de noviembre de 1918, justo antes del final. Por eso tuvimos que empezar de nuevo el 1 de septiembre de 1939. Lo que esperábamos ahorrarnos en noviembre de 1918, hoy lo hemos pagado dos o tres veces más.

No hay escapatoria, a menos que el pueblo alemán renuncie a cualquier tipo de vida humana decente y esté dispuesto a vivir para siempre de una manera que avergonzaría incluso a las tribus africanas más primitivas. Si es varonil y alemán, como Führer de un pueblo grande y valiente, depender totalmente de uno mismo en esta lucha, confiando en la propia fuerza y certeza, así como en la ayuda de Dios frente a un enemigo que amenaza con números abrumadores, luchar en lugar de capitular, entonces es igualmente varonil y alemán que un pueblo siga a tal Führer, incondicional y lealmente, sin excusas ni reservas, que se deshaga de todos los sentimientos de

debilidad e incertidumbre, que confíe en la buena estrella que está por encima de él y de todos nosotros. Esto es tanto más cierto cuando esa estrella en tiempos está cubierto por una nube negra. La desgracia no debe volvernos cobardes, sino más bien resistentes, sin dar nunca a un mundo que nos observa burlonamente una apariencia de vacilación. En lugar de izar la bandera blanca de rendición que el enemigo espera, izar la vieja bandera con la esvástica de una resistencia fanática y salvaje, renovando el juramento que tantas veces hicimos en los días felices y seguros de paz, agradeciendo una y otra vez a Dios que nos dio un verdadero líder para estos tiempos terribles, sintiéndonos ligados en el corazón a sus dolores y pruebas, mostrando así al mundo enemigo que pueden herirnos pero no matarnos, que pueden golpearnos hasta sangrar pero no someternos, torturarnos, pero no desmoralizarnos. ¿Hay algún alemán que no esté de acuerdo? Después de seis años de batalla, ¿podría nuestro pueblo rebajarse hasta el punto de olvidar el honor y el deber, entregando en la agitación del momento su santo e inalienable derecho a su gran futuro por una olla de sopa? ¿Quién se atrevería a sugerir eso? ¿Quién nos desprecia tanto que cree que ahora, justo cuando nos encontramos ante la ronda final y decisiva de la guerra, seríamos infieles a todos nuestros ideales jurados, que arrojaríamos por la borda todas nuestras esperanzas para el futuro de nuestro Reich?, ¿darnos por vencidos en medio de la confusión de la desgracia que nos ha invadido a nosotros mismos, a nuestra tierra y a nuestra gente, y a la vida de nuestros hijos y de los hijos de nuestros hijos? El mundo habla de la lealtad como una virtud alemana.

¿Cómo podría nuestro pueblo haber resistido las pruebas de esta guerra sin ella, y cómo podría sobrevivir al final de la guerra sin ella? ¡Porque se está acabando! La guerra está llegando a su fin. La locura que los poderes enemigos han desatado sobre la humanidad ha ido más allá de todos los límites. El mundo entero sólo siente vergüenza y disgusto. ¡La perversa coalición entre plutocracia y bolchevismo se está derrumbando! El destino se ha llevado la cabeza de la conspiración enemiga [El presidente Roosevelt había muerto la semana anterior]. Es la misma suerte a la que se escapó el Führer el 20 de julio de 1944 [fecha del intento de asesinato de Hitler], entre muertos, heridos y ruinas, para poder terminar su obra, a través de dolores y pruebas, es cierto, pero no obstante como lo ordenó la providencia. Una vez más los ejércitos de las potencias enemigas asaltan nuestros frentes defensivos. Detrás de ellos está la fuerza babeante del judaísmo internacional que no quieren paz hasta que hayan alcanzado su objetivo satánico de destrucción mundial. ¡Pero sus esperanzas son en vano! Como lo ha hecho tantas veces antes, Dios arrojará a Lucifer nuevamente al abismo incluso cuando se encuentra ante las puertas del poder sobre todos los pueblos. Un hombre de grandeza verdaderamente eterna, de valor único, de una firmeza que eleva el corazón de unos y estremece el de otros, será su herramienta.

¿Quién sostendrá que este hombre puede encontrarse en la dirección del bolchevismo o de la plutocracia? No, el pueblo alemán le dio a luz. Lo eligió, lo convirtió por libre elección en Führer. Conoce sus obras de paz y ahora quiere soportar y luchar la guerra que le fue impuesta hasta su feliz fin. Unos años después de la guerra, Alemania florecerá como nunca antes. Sus paisajes y provincias en ruinas se llenarán de ciudades nuevas y más hermosas y pueblos en los que habitará gente feliz. Toda Europa compartirá esta prosperidad. Volveremos a ser amigos de todos los pueblos de buena voluntad y trabajaremos junto con ellos para reparar las graves heridas que marcan la faz de nuestro noble continente. Nuestro pan de cada día crecerá en ricos campos de cereales, calmando el hambre de los millones que hoy sufren y mueren de hambre. Habrá trabajos en plenitud, fuente más profunda de la felicidad humana, de donde brotarán bendición y fortaleza para todos. El caos desaparecerá. El inframundo no gobernará esta parte del mundo, sino el orden, la paz y la prosperidad. Ese fue siempre nuestro objetivo y sigue siendo nuestro objetivo hoy. Si las potencias enemigas se salieran con la suya, la humanidad se ahogaría en un mar de sangre y lágrimas. Una guerra seguiría a otra guerra, una revolución seguiría a otra revolución, destruyendo finalmente los últimos restos de un mundo que alguna vez fue hermoso y encantador, y que volverá a serlo.

Pero si logramos nuestros objetivos, el proyecto de construcción social iniciado en Alemania en 1933 y bruscamente interrumpido en 1939 será retomado con renovada fuerza. Otros pueblos se unirán, no porque los obliguemos a hacerlo, sino por su propia voluntad, porque no hay otra salida a la crisis mundial. ¿Quién podría mostrar el camino sino el Führer? Su obra es la obra del orden. Sus enemigos sólo tienen una obra diabólica de anarquía y devastación para oponer a la suya. La historia alemana no es rica en grandes estadistas. Pero cuando uno aparece, por lo

general tiene algo que decir y dar no sólo a su propio pueblo, sino al mundo. ¡Qué habría de Europa si los káisers y reyes, condes y generales alemanes y sus ejércitos no hubieran resistido repetidamente los ataques del este! Por lo general, detrás de ellos sólo había un continente desunido que o no comprendía o incluso caía sobre Alemania en medio de su obra salvadora para Europa. ¿Por qué debería ser diferente hoy? En el estado actual de las cosas, en el que la guerra se encuentra justo antes, o quizás incluso en medio de, una peripecia, es difícil comprender esta gran batalla entre los pueblos. Sin embargo, una cosa ya no se puede discutir: si no hubiera existido Adolf Hitler, si Alemania hubiera estado dirigida por un gobierno como los de Finlandia, Bulgaria o Rumania, hace mucho que se habría convertido en presa del bolchevismo. Lenin dijo una vez que el camino hacia la revolución mundial pasa por Polonia y el Reich. Polonia ya está en posesión del Kremlin, a pesar de todos los intentos de los angloamericanos por ocultarlo. Si Alemania hubiera la seguido, ¿qué sería del resto de nuestro continente? Hacer la pregunta es responderla. Los soviéticos probablemente ya estarían en la costa atlántica, e Inglaterra, tarde o temprano, recibiría su justa recompensa por su traición a Europa, que encuentra su expresión más miserable en su matrimonio con el bolchevismo. También en los Estados Unidos uno pronto pensaría de otra manera sobre el terrible fenómeno mundial que la prensa judía oculta total y completamente al público estadounidense. Si el mundo todavía vive, y no sólo nuestro mundo sino también el resto, ¿a quién habría que agradecérselo más que al Führer?

Podrán difamarlo y calumniarlo hoy, persiguiéndolo con su odio vil, pero tendrán que revisar este punto de vista o lamentarlo amargamente. Él es el núcleo de la resistencia al colapso del mundo. Él es el corazón más valiente de Alemania y la voluntad más apasionada de nuestro pueblo. Me permito emitir un juicio que es necesario emitir hoy: si la nación todavía respira, si todavía tiene posibilidades de victoria, si todavía hay una posibilidad de escapar del peligro mortal que enfrenta, es gracias a él. Él es la constancia misma. Nunca lo he visto fracasar, flaquear, debilitarse o cansarse. Seguirá su camino hasta el final, y allí no le espera el fin de su pueblo, sino más bien un nuevo y feliz comienzo de una era en la que la Alemania florecerá como nunca antes. ¡Escuchen, alemanes! Millones de personas miran a este hombre de todos los países de la tierra, todavía dudando y preguntándose si conoce la salida a la gran desgracia que ha azotado al mundo. Él mostrará ese camino a los pueblos, pero nosotros lo miramos llenos de esperanza y con una fe profunda e inquebrantable.

Lo respaldamos con fortaleza y coraje: soldado y civil, hombre, mujer y niño, un pueblo decidido a hacer todo lo posible para defender su vida y su honor. Puede mirar a sus enemigos a los ojos, porque le prometemos que no necesita mirar hacia atrás. No flaquearemos ni nos debilitaremos. Nunca lo abandonaremos, no importa cuán desesperada y peligrosa sea la hora. Estamos con él, como él está con nosotros: con la lealtad germánica que hemos jurado y que cumpliremos. No necesitamos decírselo, porque él lo sabe y debe saberlo: El Führer nos guía, nosotros le seguimos. Lo sentimos en nosotros y a nuestro alrededor. Dios le dé fuerza y salud y lo preserve de todo peligro. Nosotros haremos el resto. Nuestra desgracia nos ha hecho madurar, pero no nos ha privado de nuestro carácter. Alemania sigue siendo la tierra de la lealtad. Celebrará sus mayores triunfos en medio del peligro. La historia nunca registrará que en estos días un pueblo abandonó a su Führer o un Führer abandonó a su pueblo. Y esa es la victoria. Muchas veces le hemos deseado lo mejor al Führer en tiempos felices esta noche. Hoy, en medio del sufrimiento y del peligro, nuestro saludo es mucho más hondo y profundo. Que siga siendo para nosotros lo que es y siempre fue: ¡Nuestro Hitler!

Discursos de año nuevo

Joseph Goebbels - discurso de año nuevo.

31 de diciembre de 1934

¡Mis compatriotas alemanes!
Mi objetivo no es añadir un sabor amargo al vaso de alegría festivo de las fiestas. Creo que todos los niveles y clases del pueblo alemán tienen motivos para celebrar hoy con confianza. Y no hay razón para ser moderado. Nosotros, los alemanes, durante los últimos 20 años hemos tenido demasiado dolor, tristeza y decepción como para correr el riesgo de exagerar nuestra celebración. Detrás de toda nuestra alegría hay un poco de dolor, y la alegría con la que recordamos el año pasado y el próximo está llena de seriedad y orgullosa hombría. Pero ahora alzamos el corazón y vemos con satisfacción que ha quedado atrás un año de éxitos y que la bendición del cielo ha caído sobre el pueblo alemán. Todo nuestro corazón se regocija. Es una especie de alegría que recuerda con orgullo lo realizado y que da fuerza para nuevos planes y decisiones. El poderoso movimiento que se ha apoderado de todo el pueblo alemán el año pasado es un movimiento de vida que está lleno de un optimismo firme y fiel que da resistencia y fuerza. Los alemanes hemos aprendido una vez más a amar la vida en todo su esplendor. Lo afirmamos y aceptamos todas sus exigencias, aunque sean duras y despiadadas.

El Nacional Socialismo afirma la vida, no la niega. De él extraemos la fuerza gozosa que tan maravillosamente nos llena en las últimas horas del año que pasa. Nadie queda fuera. Llena las calles festivas de las grandes ciudades y las callejuelas y caminos solitarios de nuestros pueblos alemanes. Llena chozas y palacios, los ricos y los pobres. Llena el corazón del vagabundo solitario que saluda el año nuevo en la nieve, en medio de montañas imponentes, o aquellos que forman parte de la multitud en Unter den Linden de Berlín. Fue un año bendito. El pueblo alemán se recuperó, y recuperó una esperanza que le permite mirar con confianza el año que viene.
Qué diferencia con la Nochevieja de hace un año. Entonces el Reich se encontró ante el abismo. El pueblo estaba desgarrado por el odio y la guerra civil. Los partidos y el gobierno carecieron de fuerza incluso para reconocer la catástrofe, y mucho menos para afrontarla. El colapso y la desesperación crecían dondequiera que se mirara, y el espectro del bolchevismo estaba por todas partes. ¿Pero hoy? El Reich es una vez más fuerte y poderoso, el pueblo está más unido y firme que nunca, dirigido por una mano fuerte que se ocupa de los problemas que enfrentamos. Donde antes había desesperación, hoy toda una nación está llena de fiel devoción. Ha quedado atrás un año de victorias y triunfos sin precedentes.

Lo que hace doce meses parecía producto de una imaginación hiperactiva se ha convertido en realidad. Las banderas de la renovación nacional ondean sobre el Reich, y una revolución de gran alcance ha capturado al pueblo alemán y le ha devuelto su verdadera naturaleza. Probablemente sólo unos pocos el 30 de enero pasado, cuando comenzó la gran transformación, imaginaron que estaba comenzando una nueva era en la historia alemana y que en un año la revolución habría terminado. Recuerde el 21 de marzo, el 1 de mayo, los días inolvidables en Núremberg, el 1 de octubre y el 12 de noviembre. Una transformación maravillosa unificó a la nación, una transformación que las generaciones futuras difícilmente podrán comprender. Juzgarán el año 1933. Pasará a la historia como el año en que la nación alemana finalmente se liberó de sus dos mil años de miseria. ¡Qué sorprendente colección de importantes acontecimientos políticos, culturales y económicos marcan este año del despertar alemán! Finalmente destruyó las tonterías marxistas que habían torturado al pueblo alemán durante seis décadas, condenándolo a la impotencia política. Hace sólo un año amenazaba al Reich, dispuesto en cualquier momento a tomar el poder. Hoy lo sabemos sólo a través de historias. Fue reemplazada por la idea de una verdadera comunidad del pueblo que no era la teoría vacía de una sala de reuniones, sino que

paso a paso y pieza a pieza se convertía en una total y feliz realidad. El socialismo que predicamos durante años encontró su expresión viva en la participación activa de todos los alemanes, quizás el acontecimiento más maravilloso y emocionante del año pasado.
Hace doce meses los partidos seguían con sus tonterías en los parlamentos, las crisis gubernamentales se sucedían y el destino del Reich estaba determinado por intereses especiales que utilizaban la sagrada idea de Alemania sólo para beneficio de su partido. Este parlamentarismo despreciable, cuyo único regalo de Navidad para el pueblo fue el colapso de un gabinete, ha desaparecido. El pueblo alemán ha afirmado abrumadoramente a un hombre y una idea. Un movimiento plenamente consciente de su responsabilidad gobierna el Reich. Sin embargo, el propio pueblo no podría apoyar al nuevo régimen con más fuerza que él. El pueblo, el Estado y la nación se han convertido en uno, y la fuerte voluntad del Führer está sobre todos nosotros. El eterno particularismo conflictivo que amenazaba al Reich ha sido derrocado. Alemania una vez más se presenta ante el mundo como una unidad inquebrantable, y nadie dentro o fuera de nuestras fronteras puede dañar los intereses de la nación alemana utilizando algún tipo de grupo dentro del Reich.

Esta base política tenía que establecerse si el gobierno tenía alguna intención de abordar los grandes problemas del momento, si quería hacer todo lo posible para enfrentar el espectro del desempleo. El gobierno no sólo tenía la intención de hacer algo, sino que actuó. Atacó el desempleo con medidas impresionantes. Con la ayuda de Dios, pudo hacer incluso más de lo que prometió: más de dos millones de personas han vuelto a trabajar y ni siquiera el duro invierno nos frenó. El mundo entero admira este logro del pueblo alemán, obtenido gracias a nuestra voluntad y dureza. El mundo está igualmente asombrado al ver al pueblo alemán luchar contra el hambre y el frío. La primera mitad de la batalla ya está ganada. Nos llena de orgullo que en este primer invierno Nacional Socialista nadie, por pobre y necesitado que sea, haya quedado solo, que ninguno de nosotros, por muy pesadas que sean nuestras cargas, haya pasado desamparado durante los fríos meses del invierno, que hayamos hecho nuestro deber y no debamos temer la mirada de nadie. ¿Es de extrañar que el valor, la confianza y el optimismo invadan cada vez más al pueblo alemán? ¿No surge en el pueblo la llama de una nueva fe a partir de esta disposición al sacrificio? Este pueblo es noble, valiente, generoso, dispuesto y lleno de devoción bajo el cuidado de una mano fuerte, y con razón puede creer que es inmaculado y puro, y que tiene la bendición de Dios.

¿Hay alguna razón para dudar de que devolveremos a este pueblo a su justo lugar entre las naciones del mundo? Hemos tenido el coraje de romper con los métodos inaceptables de la diplomacia internacional de posguerra y reivindicar el derecho absoluto de la nación alemana al honor y la igualdad nacionales. Sabíamos desde el principio que sería necesaria una dura batalla. Hoy creemos que podemos decir que ganaremos si mantenemos la calma. El año 1933 termina bajo este feliz signo. Con nostalgia volvemos a mirar atrás. Fue un año orgulloso y varonil. Fue un año de comienzo y renovación, el primero desde el final de la guerra del que podemos decir que terminó para Alemania mejor de lo que había comenzado. Como siempre, después de la batalla nos mantenemos aún más firmes al mando. El nuevo año está ante nosotros, con sus nuevos desafíos y tareas. No se nos dará nada; tendremos que aprovecharlo. Nos esperan problemas difíciles y desafiantes. Necesitaremos toda nuestra fuerza e inteligencia para mantener el terreno que hemos ganado, aumentarlo, construir sobre él, porque sólo desde ahí podremos dar el salto a un nuevo territorio. La camaradería del pueblo que ha comenzado de manera tan maravillosa no es algo que ha encontrado raíces eternas en los corazones alemanes.

Es la base a partir de la cual encontraremos la fuerza para poner fin victorioso a la próxima batalla contra el hambre y el frío, y luego comenzar en la primavera una segunda gran campaña contra el desempleo que eliminaremos el año próximo. Un problema político importante para el próximo año será dar una estructura nueva y orgánica al Reich. Sobre la base firme de la tradición, debe implementarse una reforma que dé la misma unidad al Reich que al pueblo. La idea y el movimiento Nacional Socialista llenarán tanto al pueblo como al Estado para siempre. Entonces podremos contemplar con tranquilidad nuestros problemas exteriores. El pueblo y la nación se mantienen firmes. Ningún poder en la tierra puede separarlos. Las tareas que tenemos por delante son grandes y difíciles, casi desalentadoras. Sólo nuestra fe fuerte y fanática nos dará la fuerza para resolverlos. Si el pueblo alemán permanece unido y trabaja en conjunto, dominará el destino y construirá un nuevo futuro. Los pueblos nunca pierden por falta de armas, sino sólo por falta de confianza en sí mismos y de voluntad. Entonces, unámonos y entremos en el nuevo año

con valentía. Todo el pueblo debería confiar en el agradecimiento del gobierno. Cada uno de nosotros está orgulloso de servir a la gente en una posición alta. Todos somos miembros del pueblo, expresamos su espíritu y su voluntad. El más humilde de nuestro pueblo nos es más querido que el rey de otra nación. Y preferiríamos ser el ciudadano más humilde de nuestra nación que el rey de otra. Esta nación ha demostrado un heroísmo notable tanto durante la guerra como después. Cubierto de cicatrices, se ha recuperado de los golpes del destino. Vive una vez más y vivirá mientras afirmemos fielmente su vida. Nadie tiene derecho a cansarse. Se necesita a todos, cada uno en su lugar. Sabemos muy bien cuánta necesidad sigue existiendo en Alemania, pero nunca nos rendiremos ante ella. No metemos la cabeza en la arena, sino que la levantamos en alto y la ofrecemos al destino.

Nadie debería perder el coraje. Sólo está perdido el que se cree perdido. En estas últimas horas del año, nos sumamos al humilde agradecimiento al gran Dios que nos dio el don de realizar nuestro trabajo con lealtad y laboriosidad. Le pedimos sus bendiciones para el próximo año y prometemos que no seremos indignos de sus bendiciones. El año de la revolución ha terminado. Comienza el año de construcción. Saludamos respetuosamente al general mariscal de campo y presidente del Reich [Hindenburg], quien el año pasado volvió a ser el leal Ekkehard de su pueblo. Que el destino nos lo guarde durante muchos años más. Damos nuestra lealtad eterna al Führer, quien, sin vacilar, llevó la bandera a través de tormentas y peligros. Que se mantenga fuerte y saludable y complete su trabajo. Deseo un feliz Año Nuevo, lleno de lucha y victoria, a todos los buenos alemanes de casa y a nuestros hermanos del otro lado de la frontera. No fracasaremos si tenemos el coraje de ser más fuertes que la miseria que una vez derrotó a Alemania.

Joseph Goebbels - discurso de año nuevo.

31 de diciembre de 1938

Estamos al final del año más exitoso en la historia del gobierno Nacional Socialista. Es bastante extraño lo difícil que resulta encontrar las palabras adecuadas para los acontecimientos del año pasado. El lenguaje cotidiano no basta para expresar lo que sentimos en esta hora emocionalmente festiva, para decir lo que nos conmueve tan profundamente. No hay duda de que el año 1938 fue único en la historia de Alemania. Se cumplió un sueño milenario de la nación alemana. El Gran Reich alemán se ha hecho realidad. Todos los demás acontecimientos políticos palidecen ante este hecho histórico. Otros acontecimientos pueden ser importantes, pero en comparación son de interés pasajero. El regreso de más de diez millones de alemanes al Reich es un acontecimiento de importancia histórica que va mucho más allá de un año. Afectará al futuro más lejano. Las cosas están sucediendo demasiado rápido. Los años están llenos de acontecimientos dramáticos. Son tan excitantes e intensos que a veces no somos capaces de apreciarlos individualmente. Apenas se resuelve un problema político y surge otro. A menudo no somos lo suficientemente agradecidos con nuestra era y con nosotros mismos. Dado el rápido ritmo al que se desarrolla la historia, tendemos muy fácilmente a olvidar las dificultades que estaban involucradas. Fácilmente podemos considerar los éxitos del gobierno como obvios, cosas que tenían que ser.

Si el año pasado tuvimos en nuestros graneros una cosecha de una magnitud sin precedentes, podemos creer fácilmente que fue resultado de la buena suerte política y de una especie de milagro histórico. Por supuesto, un cierto elemento de suerte está involucrado en los éxitos históricos, y el alcance del éxito del Führer parece milagroso. Pero el tipo de suerte que estamos teniendo es el tipo de suerte que, como dijo una vez Moltke, sólo la disfrutan quienes trabajan por ella. El milagro histórico que estamos viviendo es uno de esos milagros que son misteriosos e inexplicables en su totalidad, pero que son brillantemente claros en los acontecimientos individuales. Mientras hablamos de milagros, vale la pena preguntarse por qué el gobierno Nacional Socialista ha sido tan bendecido con milagros, pero no sus predecesores. En aquellos gobiernos anteriores, solía haber un partido que se atrevía a sostener que tenía relaciones particularmente estrechas con Dios. Aun así, no hubo milagros. Esperaron, pero no sucedieron. Lo más milagroso de los milagros es que siempre llegan cuando uno no simplemente los espera, sino que trabaja y lucha por ellos. Eso es lo que ha sucedido aquí. El Führer no provocó los milagros de 1938 esperándolos. Reunió y organizó la fuerza de la nación y la utilizó con valentía. Valió la pena. Ciertamente había riesgos involucrados.

Sin grandes riesgos, la historia nunca otorga grandes éxitos. Esta es una prueba más del proverbio de que el mundo pertenece a los valientes. Es característico de los milagros históricos que parezcan casi imposibles hasta que suceden, y cuando suceden, a veces parece como si hubiera sido fácil. Por lo tanto, no es gran cosa reconocer un milagro histórico que ha ocurrido. Hay que creer en los que están por venir. Eso es lo importante de los grandes acontecimientos históricos del año pasado. El pueblo no flaqueó durante las difíciles tensiones que se produjeron y tenía que implicarse. Las amplias masas populares tienen una capacidad primitiva e incorruptible de creer que todo es posible y alcanzable si uno dedica todas sus energías y lucha con un corazón fuerte y valiente. Esta capacidad de creer es bastante débil en algunos círculos, sobre todo en aquellos con dinero y educación. Es posible que confíen más en la pura y fría razón que en un brillante corazón idealista. A nuestros supuestos intelectuales no les gusta oír esto, pero de todos modos es cierto. Saben tanto que al final no saben qué hacer con su sabiduría. Pueden ver el pasado, pero no mucho del presente y nada del futuro. Su imaginación es

insuficiente para abordar una meta lejana de una manera tal que ya se cree alcanzada. Tampoco podían creer en la victoria del Nacional Socialismo mientras el movimiento Nacional Socialista todavía luchaba por el poder. Hoy tampoco son capaces de creer en la grandeza de nuestro futuro nacional alemán. Sólo perciben lo que pueden ver, pero no lo que está sucediendo y lo que sucederá. Por eso sus críticas generalmente se centran en trivialidades ridículas. Cada vez que surge alguna dificultad inevitable, como ocurre siempre, inmediatamente se inclinan a dudar de todo y a tirar al bebé la bañera. Para ellos, las dificultades no están para superarlas, sino para entregarse a ellas. No se puede hacer historia con gente tan temblorosa. Son sólo paja en el aliento de Dios. Afortunadamente, son sólo una pequeña clase alta intelectual o social, particularmente en el caso de Alemania. No son una clase alta en el sentido de que gobiernan la nación, sino más bien un hecho de la naturaleza como las burbujas de grasa que siempre flotan en la superficie de las cosas. Hoy buscan dar buenos consejos a la Alemania Nacional Socialista desde el exterior. No tenemos que pedírselo. Centran todas sus energías en los pequeños problemas que siempre están ahí, se quejan del coste y creen que se avecinan crisis y tensiones inevitables. Son los quejosos que no se cansan de llevar a la Alemania Nacional Socialista ante el llamado tribunal de la opinión mundial.

En el pasado siempre encontraron seguidores dispuestos y agradecidos. Hoy en día, sólo tienen unos pocos filisteos intelectuales atrasados en su campo. La gente no quiere tener nada que ver con ellos. Estos filisteos son el 8/10 del uno por ciento del pueblo alemán que siempre ha dicho “no”, que siempre dice “no” ahora y que siempre dirá “no” en el futuro. No podemos ganarlos y ni siquiera queremos hacerlo. Dijeron “no” cuando Austria se unió al Reich; Dijeron “no” cuando les siguieron los Sudetes. Siempre dicen “no” por una cuestión de principios. No es necesario tomarlos tan en serio. No les agradamos, pero tampoco se agradan a sí mismos. ¿Por qué deberíamos desperdiciar palabras con ellos? Siempre viven en el pasado y creen en el éxito sólo cuando ya ha ocurrido, pero luego no pierden el tiempo en reclamar el mérito por ello. La gente no quiere tener nada que ver con estos intelectuales quejosos. El año 1938 estuvo lleno de una gran y a veces desconcertante tensión. Pero al final de este año están encantados con los grandes éxitos históricos del Führer. Este pueblo vuelve a estar feliz con la vida. Nunca antes ha habido una Navidad tan feliz como la de hace una semana, y nunca antes hemos esperado con tanta confianza y coraje un nuevo año como lo hacemos con 1939. Siempre es difícil despedir un año. Cada año tiene muchas alegrías y tristezas. Cada uno tiene sus puntos altos y bajos.

No queremos perdernos ni un solo año de nuestras vidas. Sin embargo, nunca ha sido tan difícil despedir un año como lo es el año 1938. Fue un año espléndido, coronado por la victoria y el éxito, un año sin igual. Los diez millones de alemanes que regresaron al Reich lo sienten sobre todo. Se unen a nosotros por primera vez para celebrar el nuevo año. Hace un año se reunieron en sótanos oscuros y oscurecieron las habitaciones para escuchar la radio mientras yo presentaba el informe político del año. La voz de la nación les llegó mientras estaban sentados en las prisiones o campos de concentración que el clericalismo austríaco, con su puro amor cristiano al prójimo, había establecido. No podían hacer nada más que añorar el Reich. Ahora son parte de la gran patria alemana. Se sientan en sus habitaciones y viviendas. Están rodeados de una calidez confortable y llenos de pura alegría. Están unidos a nosotros. Por primera vez, 80 millones de alemanes de la gran patria alemana celebran el Año Nuevo. Me complace en esta hora festiva enviar por radio los últimos saludos del año que termina a todos, desde Flensburgo hasta Klagenfurt y desde Aquisgrán hasta Tilsit.

Nosotros, 80 millones de alemanes, estamos unidos en este gran Reich en el centro de Europa. Tenemos una patria común y servimos a objetivos nacionales comunes. En estas últimas horas del año viejo saludo a los alemanes de todas partes. Saludo a los alemanes en el Reich. Saludo a los alemanes en todo el mundo, en países extranjeros y en continentes lejanos. Saludo a los alemanes en alta mar. Y en nombre de innumerables millones de alemanes envío nuestro saludo común al Führer. Nunca nuestros deseos para él fueron más sinceros y profundos que en esta hora. Le agradecemos por el Gran Reich Alemán que ahora es una realidad. Sólo su coraje, su constancia, sus acciones y sus nervios hicieron posible este gran milagro. Han pasado seis años desde que nos reunimos con él a finales de 1932 en Obersalzberg. Fue en el momento más grave del Nacional Socialismo. El movimiento había experimentado una deprimente pérdida electoral y muchos habían comenzado a perder la fe en la victoria final. Los que siempre viven en el pasado decían que la estrella de Hitler se estaba hundiendo. Sin embargo, más que nunca creímos en él y en su firme e inquebrantable creencia en la grandeza del Reich y la misión histórica del pueblo

alemán. Gracias a su creencia tan firme e inquebrantable, el Gran Reich alemán se ha hecho realidad. Hoy nos unimos una vez más a él en esta creencia fuerte e inquebrantable en la grandeza del Reich y el futuro histórico de la nación alemana. Leales e inquebrantables, confiamos en este hombre y en su misión histórica, y haremos todo lo posible para que sus órdenes encuentren siempre un pueblo dispuesto y decidido. En las últimas horas del año viejo, los alemanes nos unimos por primera vez a una gran comunidad nacional y damos nuestro cálido y ferviente agradecimiento al Todopoderoso, que tanto bendijo nuestra tierra en este último año. Rezamos para que le dé fuerza y salud al Führer. ¡Que descanse siempre en la divina gracia de Dios! Prometemos al Führer que seguiremos siendo sus seguidores más obedientes y leales. El año 1938 ha sido el año más bendito en la historia de Alemania. ¡Que le siga un nuevo año también lleno de éxitos y victorias! ¡Que traiga a nuestra tierra y a su gente bendiciones y buena fortuna! Saludo a todos los alemanes, sobre todo a aquellos que durante el año pasado soportaron cargas, privaciones, dolores y responsabilidades más pesadas. Tienes el agradecimiento de la patria. Que Dios tienda su mano de bendición sobre Alemania en el futuro. Al final de este año nos unimos en una única oración de todos los alemanes al Todopoderoso: ¡Que nuestro pueblo y nuestro Reich sean eternos y que viva el Führer!

Joseph Goebbels - discurso de año nuevo.

31 de diciembre de 1939

Me resulta más difícil que en años anteriores recordar el año pasado a mis oyentes. Seguro que material no falta. Por el contrario, el año 1939 fue tan dramático y lleno de esplendores históricos que se podría llenar una biblioteca escribiendo sobre ellos. Difícilmente se sabe por dónde empezar. Gran parte de lo que sucedió el año pasado ya parece haber sucedido hace años o incluso décadas. Fue un año grabado en el libro de la historia. Seguramente dará a los historiadores suficiente material para escribir durante las próximas décadas. Explicarán los acontecimientos y analizarán los motivos e impulsos de los personajes centrales. Intentarán explicar todo lo que nos conmovió tan profundamente, todo lo que hemos hecho, y probablemente se quedarán cortos en el intento. Ya sean amigos o enemigos, partidarios u oponentes, todos tendrán que admitir que éste fue un año grandioso y lleno de acontecimientos, un año en el que se hizo historia, en el que la faz de Europa cambió, en el que el mapa tomó una nueva forma. Más que eso, nuestro pueblo comenzó a restaurar su vida nacional en 1939, iniciando un gran esfuerzo para finalmente liberarse de las cadenas de la coacción, la esclavitud y tomar nuevamente nuestro lugar como gran potencia después de nuestra profunda caída [después de 1918].

Cuando los diligentes historiadores investiguen este año, las preocupaciones y dificultades que todos tuvimos serán olvidadas; los sacrificios aparecerán con una luz más suave y más apropiada, las lágrimas derramadas se ocultarán y la sangre derramada será el cemento que mantendrá unido para siempre a nuestro Reich. Desde el principio quedó claro para todos los que no sólo podían leer la historia, sino también vivirla, que este año influiría profundamente en el destino de Alemania y de los pueblos europeos. Es cierto que los dos primeros meses transcurrieron relativamente sin incidentes, pero quien vio claramente supo que era sólo la calma antes de la tormenta. Todos sintieron que sería un año de decisiones importantes. El 13 de febrero, los alemanes étnicos de Bohemia y Moravia dejaron claro que su situación jurídica, económica y social en la antigua Checoslovaquia no había mejorado desde la solución del problema de los Sudetes, sino que, de hecho, había empeorado. El 22 de febrero, los eslovacos pidieron la independencia. A principios de marzo hubo duras persecuciones contra alemanes en Praga, Brünn y otras ciudades de Bohemia y Moravia. El 8 de marzo, el gobierno de los Cárpatos y Ucrania protestó en Praga contra el nombramiento de un general checo como ministro del Interior de los Cárpatos y Ucrania.

El 10 de marzo, el gobierno checo depuso al gobierno eslovaco y se intensificó la persecución de los alemanes en Bohemia y Moravia. Estaba claro que había llegado el momento de resolver los problemas en estas zonas, que habían sido cultivadas por los alemanes durante siglos. El 13 de marzo, el líder eslovaco Tiso visitó al Führer y el 14 de marzo el presidente checo, Dr. Hacha, puso el destino de Bohemia y Moravia en manos del Führer. La diosa de la historia miró hacia la tierra. Las tropas alemanas entraron en Bohemia y Moravia, y con gran entusiasmo el pueblo alemán y el mundo entero vieron al Führer establecer su residencia en el castillo de Praga. Eslovaquia declaró su independencia el mismo día y al día siguiente el Führer emitió su histórico decreto estableciendo el Protectorado de Bohemia y Moravia. Los eslovacos se pusieron bajo la protección del Reich. La cuestión de Bohemia y Moravia encontró su solución histórica definitiva. El 22 de marzo, el distrito de Memel volvió al Reich. Paralelamente a estos acontecimientos, la cuestión polaca se intensificaba. Ya el 5 de enero, el Führer recibió en el Obersalzberg al ministro polaco de Asuntos Exteriores, Beck. Le recordó el carácter alemán de Danzig y le hizo sugerencias para mejorar las relaciones germano-polacas. Estas propuestas cayeron en oídos

sordos de los polacos. Después de las reacciones de Londres y París ante estos acontecimientos, uno sabía por qué. El 31 de marzo, poco después del establecimiento del Protectorado de Bohemia y Moravia, los periódicos de odio de Londres publicaron mentiras sobre la concentración de tropas alemanas en la frontera polaca. Chamberlain informó a la Cámara de los Comunes sobre las negociaciones anglo-polacas y dio una declaración formal de apoyo británico a Polonia. La camarilla belicista de Londres dio así a Varsovia la libertad de actuar, con el deseo secreto de que Varsovia comenzara el conflicto que los plutócratas de Londres necesitaban para iniciar sus medidas militares largamente deseadas y cuidadosamente preparadas contra el Reich. El gobierno de Varsovia lo entendió. A partir de abril, el terror y la persecución de los alemanes étnicos superaron los niveles normales y tolerables anteriores. El 13 de abril se produjeron graves persecuciones antialemanas en la frontera de Danzig. Los ataques terroristas contra alemanes aumentaron en toda Polonia después de que Alemania comenzara sus esfuerzos por mejorar las relaciones. Los consulados alemanes informaban cada día en Berlín de innumerables persecuciones.

El 8 de mayo, 300 alemanes étnicos fueron expulsados del condado de Neutomischel. El teatro alemán de Bromberg cerró el 9 de mayo. El 15 de mayo, dos alemanes fueron asesinados por polacos en Lodsch. El 21 de mayo, un ciudadano de Danzig fue asesinado por polacos en Kalthof. Esto sólo se puede entender después de saber que el 15 de mayo el Ministro de Guerra polaco Kasprzycki estaba en París para mantener conversaciones secretas y que el representante alemán en Varsovia informó a Berlín el 8 de mayo de que en las ciudades polacas se estaban distribuyendo mapas que mostraban la frontera trasladada a Territorio alemán pasando por Beuthen, Oppeln, Gleiwitz, Breslau, Stettin y Kolberg. La situación en Danzig se intensificó bajo la presión polaca. El 15 de junio, el embajador alemán presentó una protesta oficial contra los insultos y calumnias contra el Führer. Los incidentes fronterizos y otros problemas aumentaron durante junio y julio. El 4 de agosto, el gobierno polaco lanzó un ultimátum insolente y provocativo contra los rumores de supuesta resistencia contra los funcionarios de aduanas polacos. Danzig rechazó el ultimátum el 7 de agosto. El Gobierno alemán expresó su preocupación al representante polaco el 9 de agosto.

Al parecer, Polonia se sintió bajo la protección de Inglaterra y dio una respuesta insatisfactoria el 10 de agosto. El 18 de agosto, la SS Home Defense se movilizó para proteger la ciudad alemana de Danzig. Las cosas estaban en movimiento. La plutocracia inglesa intentó lavarse las manos ante la situación y afirmar su inocencia, buscando construir una coartada moral para la guerra que quería. Pero incluso un ciego podría ver lo que estaba haciendo Inglaterra. El 24 de agosto, las negociaciones aduaneras entre Danzig y Polonia terminaron debido a la intransigencia polaca. Polonia convocó más reservas e intensificó sus provocaciones. El 25 de agosto, Polonia intensificó aún más la situación al disparar contra un avión alemán con un secretario del Reich a bordo en el espacio aéreo internacional. La reacción de la camarilla belicista de Londres ante los acontecimientos que habían fomentado fue clara; el 25 de agosto firmaron de manera demostrativa una alianza británico-polaca. Al día siguiente, un millón y medio de polacos estaban en armas. El Führer habló ante el Reichstag alemán el 27 de agosto. Anunció que quería resolver tres problemas: Danzig, el Corredor y mejorar las relaciones de Alemania con Polonia de una manera que garantizara la cooperación pacífica.

Entre el 28 y el 31 de agosto se produjeron intensos esfuerzos diplomáticos entre Berlín, Roma, Londres y París. El Führer intentó una vez más una solución pacífica al anunciar que el gobierno alemán esperaba un emisario polaco. Polonia respondió anunciando provocativamente una movilización general el 30 de agosto. La radio polaca declaró el 31 de agosto inaceptables las propuestas alemanas para resolver los problemas existentes. Los consulados alemanes informaron de 55 casos entre el 25 y el 31 de agosto de los ataques polacos más graves contra personas de etnia alemana. Las tropas polacas cometieron una serie de graves violaciones fronterizas el 31 de agosto. El resultado fue que las tropas alemanas entraron en Polonia el 1 de septiembre. El Führer habló ante el Reichstag y anunció que la fuerza se enfrentaría a la fuerza. El mismo día, Danzig proclamó su unión con el Reich. La siguiente campaña relámpago en Polonia fue única en toda la historia. El 2 de septiembre se tomó el paso de Jablunka. El ejército polaco en el Corredor fue destruido el 4 de agosto. Bromberg fue capturado el 6 de septiembre. El Westernplatte cayó el 7 de septiembre. Lodsch fue capturado el 10 de septiembre. El cerco de Radom concluyó el 12 de septiembre. 52.000 polacos depusieron las armas. Posen, Thorn, Gnesen y Hohensalza fueron capturados el 13 de septiembre. Gdingen cayó en manos alemanas

el 15 de septiembre. Brest-Litovsk cayó el 17 de septiembre. El cerco de Weichselbogen um Kunto concluyó con éxito el 18 de septiembre. 170.000 polacos fueron capturados. Varsovia capituló el 27 de septiembre. Modlin cayó dos días después. El ejército polaco fue derrotado y destruido. Fueron capturados más de 700.000 polacos. El botín fue enorme. Cayeron en nuestras manos más de medio millón de armas, 16.000 ametralladoras, 32.000 piezas de artillería y más de 3,3 millones de municiones de artillería. La camarilla belicista de Londres no movió un dedo para apoyar a su aliado polaco. Inglaterra vio la solución del problema germano-polaco sólo como una excusa para iniciar la tan deseada batalla con el pueblo alemán. Los belicistas ingleses habían logrado su primer objetivo. Desde el Acuerdo de Munich, Londres había ido ganando cada vez más ventaja. Influyeron cada vez más en los gobiernos de Londres y París. El año 1939 se caracterizó cada vez más por el cerco de Alemania. La plutocracia londinense aprovechó la situación extremadamente tensa para preparar la guerra contra Alemania.

Chamberlain y Halifax estuvieron en París el 10 de enero. Chamberlain dijo a la Cámara de los Comunes el 5 de febrero que todas las fuerzas del Imperio estaban listas para ayudar a Francia. El 18 de marzo, Gran Bretaña y Francia protestaron por el establecimiento del Protectorado de Bohemia y Moravia. La guerra se evitó sólo porque Francia e Inglaterra no estaban preparadas para ella. Pero cuando se estableció el Protectorado, la campaña de prensa antialemana en Londres y París alcanzó su primer pico. Al mismo tiempo, la camarilla belicista de Londres difundió rumores alarmantes para ocultar la verdadera situación. Un informe mentiroso del 19 de marzo afirmaba que Alemania había dado un ultimátum a Rumanía. El Ministro de Asuntos Exteriores noruego negó los informes procedentes de París sobre supuestas amenazas alemanas contra los Estados nórdicos el 21 de marzo. El 24 de marzo, Inglaterra garantizó la seguridad de Holanda, Bélgica, Suiza y los estados del este. No pasó un día en el que la prensa inglesa no predijera algún tipo de ataque alemán o difundiera mentiras sobre las amenazas alemanas contra los estados más pequeños. París tocó la misma melodía. El gobierno francés aprobó medidas de emergencia para fortalecer la marina el 28 de marzo.

El jefe del Estado Mayor inglés, Gort, visitó Francia. La camarilla belicista anglo-francesa hizo ahora un intento desesperado de incorporar a Rusia a la alianza contra Alemania. El Ministro de Comercio inglés, Hudson, viajó a Moscú el 28 de marzo. Los periódicos de Londres publicaron mentiras el 31 de marzo acerca de que las tropas alemanas se estaban reuniendo en la frontera polaca. El mismo día, Chamberlain dijo a la Cámara de los Comunes que Inglaterra apoyaría a Polonia y Rumania. Al día siguiente, el Führer advirtió a los sitiadores ingleses en un discurso en Wilhelmshaven. El 5 de abril, Lord Stanhope afirmó que las fuerzas aéreas de la flota inglesa estaban en alerta. Londres estableció un ministerio de municiones el 20 de abril, en caso de necesidad. El Führer respondió a estas acciones belicistas por parte de la plutocracia inglesa en un discurso ante el Reichstag alemán el 28 de abril. Declaró nulas las disposiciones del acuerdo naval germano-inglés, así como el acuerdo germano-polaco de 1934. Un día antes, Inglaterra había presentado el borrador y las negociaciones entre Inglaterra, Francia y Rusia comenzaron el 14 de junio en Moscú. El objetivo de Londres era organizar un ataque contra Alemania tanto desde el Este como desde el Oeste. Al mismo tiempo, la propaganda inglesa hizo el tonto intento de confundir al pueblo alemán mediante folletos, radio y prensa, lo mismo que tantas veces había hecho en el pasado. Los planes fracasaron.

El pueblo alemán apoyó firme y unánimemente al Führer. El intento inglés de incluir a Rusia en su campaña de cerco fracasó. El embajador británico regresó de Londres a Berlín el 25 de agosto. El Führer le presentó una generosa propuesta para un entendimiento duradero entre Alemania e Inglaterra. El gobierno inglés no tenía intención de responder a esta propuesta constructiva. Su respuesta llegó el 28 de agosto. Inglaterra afirmó que había recibido garantías del gobierno polaco de que negociaría con el gobierno del Reich. El Führer respondió al gobierno inglés el 29 de agosto que el gobierno del Reich estaba dispuesto a aceptar la propuesta inglesa y esperaba al negociador polaco el miércoles 30 de agosto. En la tarde del 30 de agosto y a pesar de la ausencia del delegado polaco, el Ministro de Asuntos Exteriores del Reich entregó al embajador inglés en Berlín una propuesta de dieciséis puntos para resolver las cuestiones de Danzig, el Corredor y las cuestiones de las minorías germano-polacas. Polonia respondió con la fuerza, y el Führer no tuvo otra alternativa que responder fuerza con fuerza. París y Londres exigieron la retirada de las tropas alemanas de Polonia el 1 de septiembre. El gobierno del Reich alemán rechazó la demanda. Los intentos de Mussolini de resolver la situación el 2 de septiembre fracasaron debido a la postura de Inglaterra. El 3 de septiembre, Londres y París dieron un

ultimátum a Alemania y poco después declararon la guerra al Reich. Ahora la máscara cayó de los rostros de la camarilla belicista de Londres. Cuando se reorganizó el gobierno el 3 de septiembre, miembros destacados de la camarilla belicista se unieron al gabinete. Churchill y Eden se convirtieron en instigadores oficiales de la política de guerra británica. La guerra de las potencias occidentales contra el Reich había comenzado. La política exterior del Führer había logrado destruir la campaña de cerco de Gran Bretaña. Inglaterra y Francia estaban solas contra Alemania. El Reich enfrentó un nuevo desafío. Se habían tomado todas las medidas internas necesarias para asegurar una conclusión victoriosa de la guerra. El 28 de agosto se introdujo el racionamiento de alimentos y artículos de consumo. El 30 de agosto se creó un Ministerio de Defensa. El 1 de septiembre se anunciaron medidas económicas integrales y el 5 de septiembre se estableció una Comisión de Defensa del Reich con amplios poderes. El 20 de octubre se implementaron medidas para garantizar las necesidades de vida de las personas a cargo de los soldados. Ya el 6 de noviembre podríamos aumentar las raciones de alimentos. El 16 de noviembre se introdujo el racionamiento de ropa y el 20 de noviembre mejores raciones para quienes trabajan de noche o en ocupaciones exigentes.

El frente y la patria celebraron la Navidad como una comunidad firme e inquebrantable. El Führer estuvo con sus tropas en el Muro Occidental para celebrar la Nochebuena y el día de Navidad. El año 1939 terminó con el pueblo alemán manteniendo una confianza inquebrantable en la victoria. Ha quedado atrás otro año, el año más importante y de mayor orgullo del régimen Nacional Socialista. Vemos su final con honor y respeto. Fue un año alemán en la historia de Europa. Honramos los sacrificios que todo el pueblo alemán ha hecho este año. Algunos se vieron más afectados que otros. Hemos hecho todo lo posible para que las cargas se repartan equitativamente. Esta guerra involucra a todo el pueblo. Es una guerra por nuestra existencia nacional. Todavía no ha alcanzado su máxima extensión en todos los frentes. Nadie puede dudar de que las camarillas belicistas de Londres y París quieren sofocar a Alemania, destruir al pueblo alemán. Hoy lo admiten abiertamente. Reservan sus frases mojigatas sobre derrotar al hitlerismo, pero no al pueblo alemán, sólo para los estúpidos. Sabemos lo que hacen por experiencia, y un niño una vez quemado es más cauteloso la segunda vez.

Nadie en Alemania los escucha. Quieren atacar al Führer mediante el hitlerismo, el Reich a través del hitlerismo y el pueblo alemán a través del Reich. Todos los intentos de paz del Führer no dieron fruto. Nosotros, los 90 millones del Reich, obstaculizamos sus brutales planes de dominación mundial. Odian a nuestro pueblo porque es decente, valiente, trabajador e inteligente. Odian nuestros puntos de vista, nuestras políticas sociales y nuestros logros. Nos odian como Reich y como comunidad. Nos han obligado a una lucha de vida o muerte. Nos defenderemos en consecuencia. Todo está claro entre nosotros y nuestros enemigos. Todos los alemanes saben lo que estamos haciendo y todo el pueblo alemán está lleno de resolución fanática. Aquí no hay comparación con la Guerra Mundial. Alemania hoy está preparada económica, política, militar y espiritualmente para responder al ataque del enemigo. Sería un error predecir lo que sucederá en el Año Nuevo. Todo eso está en el futuro. Una cosa está clara: será un año difícil y debemos estar preparados para ello.

La victoria no caerá en nuestro regazo. Debemos ganárnosla, y no sólo en el frente, sino también en casa. Todos tenemos que trabajar y luchar por ello. Por eso en esta hora en que despedimos un gran año y entramos en uno nuevo, la patria saluda al frente. Saludamos a los soldados en los búnkeres y en las líneas del frente, en las bases aéreas y en la marina. La patria y el frente se unen en un saludo común al Führer. Que un destino bondadoso lo mantenga sano y fuerte; entonces miraremos con seguridad hacia el futuro. Hoy más que nunca él es Alemania, la fe de nuestro pueblo y la certeza de su futuro. Nos inclinamos en honor ante los grandes sacrificios de nuestro pueblo. Los sacrificios del pasado y los que están por venir no deben ser en vano. Se lo debemos al Reich y a su futuro. Al elevar nuestros corazones en agradecimiento al Todopoderoso, le pedimos su amable protección durante el próximo año. No queremos ponérselo difícil para que nos dé su bendición. Queremos trabajar y luchar, y decir como ese general prusiano: “¡Señor, si no puedes ayudarnos o decides no hacerlo, te pedimos al menos que no ayudes a nuestros malditos enemigos!”

Joseph Goebbels - discurso de año nuevo.

31 de diciembre de 1940

Hoy termina uno de los años más significativos de la historia alemana. No sólo el Reich, sino Europa en su conjunto cambió mucho durante su curso. Se han transformado Estados, naciones y pueblos, y se han producido cambios en el equilibrio de poder que uno no hubiera creído posibles en décadas, y mucho menos en un breve año. La gente me habría considerado un tonto y un soñador, y ciertamente no un político al que tomar en serio, si hubiera profetizado en mi discurso de Año Nuevo del año pasado que ahora tendríamos un frente que se extendería desde Kirkenes hasta Biskaya, que los soldados alemanes estarían vigilando a lo largo de este frente de 5.000 kilómetros de largo, que Noruega estaría bajo protección alemana hasta el Círculo Polar Ártico, que Francia sería destruida militarmente, que Inglaterra sufriría bajo el contrabloqueo alemán, que recibiría ataques día y noche en su territorio como venganza de la Luftwaffe alemana, que se tambalearía por los golpes de nuestro ejército y lucharía por su propia existencia, y que Londres estaría rogando ayuda al resto del mundo para sobrevivir incluso unos meses más.

Me habrían preguntado: "¿Cómo vas a llegar a Kirkenes? ¿Dónde están los barcos que necesitarás? Y Francia tiene soldados duros y valientes. Su ejército está bien equipado y armado. Es rica, tiene mucho apoyo, ¡y no os olvidéis de la Línea Maginot! Tenemos recuerdos dolorosos de la Guerra Mundial, en la que luchamos durante semanas para ganar medio kilómetro de tierra y empapamos el suelo francés con chorros de sangre alemana". Habría escuchado todo eso y más. Hoy en día, esos comentarios están olvidados hace mucho tiempo. Apenas los recordamos. Apenas podemos recordar que alguna vez se hicieron en serio. El tiempo pasa rápido. Todos nos hemos acostumbrado a aceptar nuestros éxitos sin precedentes y nuestras victorias históricas. Ser profeta es una tarea ingrata. Las cosas siempre exceden lo que profetizamos. Las cosas están en movimiento, transformando los prejuicios, las oscuridades y las complejidades del pasado con mano dura pero ordenada. ¡Cómo podemos siquiera empezar a decir lo que nos deparará el mañana cuando apenas podemos entender lo que está sucediendo hoy! Sin embargo, un principio importante de un juicio político claro es que uno debe poder comprender el futuro en términos del pasado. No hay que aferrarse al ayer, sino pensar en el mañana, investigar, pero también actuar. Sólo el respeto por el pasado da la fuerza para reconocer lo que viene. El burgués tiene miedo de actuar, pero está impresionado por los éxitos y victorias del pasado.

Olvida fácilmente las batallas ganadas y las cosas realizadas, ya que generalmente poco tiene que ver con su planificación y ejecución. Antes de que algo suceda no puede tener demasiado miedo, después tiene todo el coraje que necesita. Como repasamos el año 1939 hace un año, los primeros cuatro meses de esta gigantesca guerra habían terminado. Podríamos mirar hacia atrás y contemplar victorias grandes, orgullosas y sin precedentes del ejército alemán. Polonia ya no existía. El ejército alemán se encontraba en la frontera del actual Gobierno General. La amenaza al Reich desde el este había terminado y las preocupaciones sobre una guerra en dos frentes eran cosa del pasado. Aún así, la cuestión central de la situación militar seguía sin resolverse. Con expectación incierta, la gente escuchó el retumbar de un trueno lejano. Occidente estaba armado y sus discursos oscuros y amenazadores recorrieron el Reich. Si uno hubiera creído a los estadistas franceses de la época, sólo era cuestión de semanas antes de que el Reich se desmoronara. Un periódico de París escribió que haríamos cola frente a las cocinas de campaña francesas. ¿El señor Churchill y sus satélites hablan de manera diferente hoy? En su salvaje desesperación e impotencia, están utilizando el mismo lenguaje tonto para ocultar su miedo a los acontecimientos venideros. Se están aferrando a un clavo ardiendo que fracasará tan pronto

como realmente se les crea. Nuestros oponentes siempre han hablado más que nosotros. Antes de que algo suceda, hablan mucho, sólo para quedarse repentinamente en silencio cuando realmente sucede. Cuando las cosas no parecían estar sucediendo, nos lanzaron las mayores amenazas. Siempre ha sido su destino cometer el mismo error que cometieron nuestros enemigos durante nuestra lucha por el poder: no tomaron en serio al Führer. Ignoraron sus advertencias y cuando guardó silencio concluyeron que no sabía qué decir ni hacer. Tres semanas antes de que Hitler se convirtiera en canciller, el entonces canciller dijo que los días de Hitler habían terminado. Schuschnigg arremetió contra el Reich dos horas antes de ser expulsado y avergonzado del palacio del canciller en Viena. Benesch ya había hecho las maletas cuando afirmó que tenía un plan para afrontar la situación aparentemente desesperada. Los estadistas polacos soñaban con una victoria a las puertas de Berlín, mientras los cañones alemanes ya bombardeaban Varsovia. Dos meses antes del colapso de Francia, Monsieur Reynaud mostró inocentemente a los diplomáticos un mapa de cómo se dividiría Alemania en partes separadas.

¿Está haciendo el señor Churchill algo diferente hoy? En sus discursos y en los periódicos explica las condiciones de paz para Alemania una vez terminada la guerra, mientras que las Islas Británicas en realidad están sangrando copiosamente y ya no les queda aliento. Desde nuestros inicios hasta el presente, los enemigos del Nacional Socialismo parecen decididos a demostrar la exactitud del viejo proverbio: "El Señor ciega a quienes quiere castigar”. ¿Puedo preguntar qué habría hecho Monsieur Reynaud hace un año si hubiera sabido lo que le traería a Francia 1940, o qué haría ahora Churchill si hubiera sabido el destino de Inglaterra en 1941? Nosotros, los Nacional Socialistas, rara vez hacemos profecías, pero nunca hacemos profecías falsas. Si en aquel entonces se hubiera creído al Führer, el mundo se habría ahorrado mucha miseria. Sin embargo, las cosas probablemente tuvieron que suceder como lo hicieron, ya que un nuevo orden de las proporciones venideras sólo puede nacer con dolor, y los pecados históricos de las democracias occidentales deben encontrar su recompensa histórica. Independientemente de lo que quieran, la nueva Alemania es el instrumento del destino. En el frente y en casa tenemos una comunidad de 90 millones de personas, preparadas para cualquier peligro o amenaza. Tenemos la suerte de contar con un Führer que nos ha guiado por un camino recto desde el principio. Puede depender de sus soldados, trabajadores, agricultores, funcionarios y profesionales. Lo entienden como él los entiende.

Durante los duros meses de la guerra sólo hemos tenido un pensamiento: la victoria. Trabajaremos y lucharemos por ello hasta vencer al último enemigo. En estas últimas horas del año viejo recordamos con agradecimiento las grandes victorias que nos regaló el destino y las celebramos ante el mundo. Nunca flaquearemos ni fallaremos. Traemos con buen ánimo los sacrificios que requiere la guerra. Ningún poder en el mundo nos hará negar nuestro deber ni olvidar ni por un momento nuestra tarea histórica de mantener la libertad de nuestro pueblo. Saludo a todo el pueblo alemán al final de este año tan grande y lleno de acontecimientos. Saludo en casa a los hombres cuyo duro trabajo apoya la guerra, a los trabajadores de los muelles y de las fábricas de municiones. Saludo a las mujeres que aceptan todas las dificultades y desafíos que trae la guerra, que han saltado por todas partes para sustituir a los hombres que han ido al frente, que en medio de todo todavía dan a luz. Saludo a los niños, a los innumerables niños alemanes afectados por las duras realidades de la guerra, que a menudo han abandonado los hogares de sus padres en regiones amenazadas por ataques aéreos.

Saludo a nuestros trabajadores, a nuestros agricultores, a nuestros profesionales, que juntos son un pueblo que se ha mostrado digno del tiempo que vivimos. Nuestros más cálidos y agradecidos saludos van dirigidos a nuestros soldados. Expreso los deseos y saludos de la patria. Desde lo más profundo de nuestro corazón para pensar en nuestro valiente ejército, nuestra gloriosa Luftwaffe y nuestra victoriosa armada alemana. La Patria y el frente forman una gran familia al despedir un año lleno de desafíos, pero también de grandes victorias históricas. El pueblo alemán se inclina en alabanza ante el Todopoderoso, que tan claramente nos ha bendecido el año pasado al apoyarnos en la batalla y coronar nuestras armas con la victoria. Él sabe que estamos librando esta guerra por una paz mejor, que estamos luchando por la felicidad de personas que tantas veces han sido oprimidas por sus gobiernos. Toda la nación alemana, en casa y en el frente, se une a un cálido agradecimiento al Führer. 90 millones de corazones brillantes lo saludan. Está con él tanto en las buenas como en las malas, del mismo modo que sabe que el Führer está siempre con su pueblo. Los alemanes le deseamos felicidad y bendiciones para el nuevo año, mano fuerte, firme y segura, salud y fortaleza en todos sus

esfuerzos. Que viva mucho tiempo, que proteja al pueblo como el primer luchador por una paz verdadera, real y por la felicidad, el honor y la fama de su pueblo. El mundo lo admira, pero es posible que nosotros lo amemos. Todos le extendemos nuestras manos y nos aferramos a él firme e inseparablemente. El año viejo ha terminado. Viene uno nuevo. ¡Que no esté menos lleno de felicidad, bendición y orgullosa victoria que el anterior!

Joseph Goebbels - discurso de año nuevo.

31 de diciembre de 1943

¡Mis camaradas alemanes!
El año 1943 está llegando a su fin. Los que luchamos, trabajamos y lo vivimos, nunca lo olvidaremos. Fue el año más difícil de la guerra hasta el momento, un año que nos sometió a grandes pruebas morales y materiales. Nos dio la tarea de conservar lo que conquistamos en nuestras gloriosas ofensivas de los años anteriores de la guerra, que es la base de nuestra victoria final, y defenderlo contra la furiosa tormenta de nuestros enemigos con coraje y sin vacilar. En gran parte lo logramos. Es cierto que hemos tenido que aceptar pérdidas y reveses, pero de ninguna manera son decisivos para el resultado de la guerra, ni sus causas deben buscarse en ningún fracaso moral o material durante esta larga guerra. La cobarde traición del rey italiano y de una camarilla de generales costó al bando del Eje la fuerza económica y militar de un aliado, y no se pudo evitar que la situación general de la guerra se viera afectada por ello. Tuvimos que retirar nuestras líneas tanto en el Este como en el Sur. Las consiguientes retiradas de nuestras tropas dieron al bando enemigo una buena oportunidad para hablar del colapso militar del Reich, o incluso para hacer informes apresurados sobre la proximidad de la victoria. Estaban fundamentalmente equivocados.

Nuestra posición de guerra es ciertamente más estricta que a finales de 1942, pero es más que suficiente para garantizarnos una victoria final segura. Basta comparar los éxitos de la otra parte con lo que esperaban, para darse cuenta de que nuestras perspectivas de victoria total no se han visto afectadas por los acontecimientos de este año. Los ingleses y los americanos no están en el paso del Brennero, sino lejos de Roma. El ejército ofensivo bolchevique no ha podido alcanzar a los alemanes en la frontera del Reich como querían y planeaban; En cambio, nuestro ejército en el Este está ofreciendo una amarga resistencia lejos de nuestro territorio e intereses críticos. Las operaciones anfibias que Churchill prometió no se han llevado a cabo, y su llegada constantemente prometida se encontrará con una Wehrmacht alemana lista para la batalla donde quiera que vayan. En una palabra, la pérdida de un aliado en nuestro frente de combate nos planteó dificultades grandes y a veces peligrosas, pero las hemos superado. Eso al final es lo importante. El resultado de una guerra no depende de deseos e intenciones, sino sólo de hechos. El año pasado el enemigo no logró afectar de manera seria nuestro esfuerzo bélico en ninguna zona crítica. Si la gran prueba de una guerra es que plantea desafíos que sólo pueden afrontarse utilizando todos los recursos morales y materiales, el pueblo alemán pasó la prueba el año pasado.

Sin duda pasará a la historia como la más gloriosa de esta gran lucha por nuestra existencia. Es cierto que en los primeros años de la guerra recordamos victorias más gloriosas que esta vez. Este año teníamos que demostrar nuestra valía. Teníamos que demostrarnos a nosotros mismos y a la historia que podíamos superar grandes, incluso las mayores dificultades, que no fracasaríamos, sino que nuestro coraje y nuestra tenacidad están creciendo, y así lo hicimos. Así pues, el año 1943 fue para nosotros un año duro pero de orgullo. Merece una evaluación justa. Lo hemos resistido. El enemigo se rompió los dientes ante nuestra resistencia militar y moral. Aún no se puede ver lo que eso significa para el futuro de la guerra. Esto se aplica sobre todo al Frente Oriental. Nuestros soldados allí han sobrevivido a una prueba de su firmeza durante el año pasado que deja en la sombra todo lo que vino antes. El informe del OKW resume en dos o tres líneas un heroísmo que no se puede expresar con palabras. Es aterrador darse cuenta de que nosotros, los alemanes, solos, con unos pocos aliados pequeños pero valientes, estamos librando duras y amargas batallas para proteger una parte del mundo que en gran parte no lo

merece. Por lo tanto, cada soldado alemán que lucha está más cerca de nuestros corazones que mil redactores demasiado inteligentes de una determinada prensa que, en el mejor de los casos, dan buenos consejos, pero apenas encuentran una palabra de reconocimiento y agradecimiento por la lucha heroica y sacrificada por la que también lucha nuestra Wehrmacht, la preservación de la vida de sus pueblos. El año pasado se pudo resistir con éxito al peligro del bolchevismo, que amenaza a toda Europa. Nuestras tropas se han superado a sí mismas. Si los soviéticos creían que podían llegar hasta nuestras fronteras, las batallas más recientes en los amplios espacios del Este probablemente les hayan enseñado cuán vanas eran esas esperanzas. Siempre será la mayor vergüenza del siglo que Inglaterra y Estados Unidos se unieran al bolchevismo en su batalla llena de odio por el éxito militar contra nuestro venerable continente. Tampoco obtendrán la victoria; por el contrario, a lo sumo arruinarán los cimientos económicos de sus propias naciones. Sólo quedará la vergüenza. Quizás deba ser así para acelerar la decadencia interna de este podrido sistema de gobierno plutocrático. Aquí sólo se puede hablar de cooperación política y militar perversa. A pesar de ello, es un peligro enorme para nosotros y para Europa, y debemos reunir todas las fuerzas para hacerle frente. No tiene sentido esperar la ayuda de otros pueblos y Estados amenazados.

De hecho, ven el peligro, pero ningún poder en el mundo puede obligarlos a hacer algo al respecto. Se parecen al conejo que mira hipnotizado a la serpiente hasta que es devorado. Dependemos en gran medida de nosotros mismos para llevar a cabo con éxito esta batalla por nuestra existencia y la existencia de nuestro continente. Y podemos hacerlo. La fuerza económica y militar del Reich ha crecido enormemente desde el comienzo de la guerra, cuando nos enfrentamos a un peligro mucho mayor, que el propio enemigo debe aceptar. Europa está en gran medida en nuestras manos. El enemigo no dejará ningún método sin probar durante el próximo año para arrancar posiciones importantes de las manos de nuestros líderes de guerra. Para hacer esto, el estado de las cosas requiere que corra riesgos peligrosos en Occidente, que hasta ahora ha evitado con éxito. Trató de sustituirlas por una ofensiva aérea, que todo el mundo sabe, y que el enemigo incluso admite abiertamente, está dirigida más contra nuestra moral de guerra que contra nuestro potencial bélico. Hablo de ofensiva aérea, que es un circunloquio muy cortés y comedido para referirse a una forma de luchar completamente poco militar y que no tiene paralelo histórico en su tosquedad y brutalidad. A lo largo de los siglos, seguirá siendo la segunda gran vergüenza de ingleses y estadounidenses. Durante la Primera Guerra Mundial se intentó matar de hambre a mujeres y niños.

Ahora están usando fósforo para derrotar a una nación buena y decente que no exige nada más que una vida digna y libre. Lo que funcionó para el enemigo en la Primera Guerra Mundial le fallará en la Segunda Guerra Mundial. No tiene sentido ni siquiera hablar de ello. Nuestro pueblo sobrevivió tan brillantemente a la prueba del terror aéreo enemigo durante el año 1943 que el enemigo puede enterrar las esperanzas que tenía al respecto. Las noches de bombardeos nos han hecho más pobres, pero también más duros. La miseria del terror aéreo es, hasta cierto punto, el mortero que nos mantiene unidos como nación en medio de todos los peligros. Nuestro pueblo no se ha desmoronado durante las tormentas de fuego nocturnas como nuestros enemigos esperaban y deseaban, sino que se ha convertido en una comunidad firme e inquebrantable. Ésta es la lección más valiosa del año 1943. Bajo la presión de los acontecimientos, hasta cierto punto nos hemos acostumbrado a los horrores de la guerra moderna. Los ingleses también tendrán que volver a acostumbrarse a ellos. La guerra aérea sólo resulta agradable para el enemigo mientras sea unilateral.

Cuando vuelva a haber dos bandos, los estallidos de alegría de la prensa londinense pronto se acallarán. Sin embargo, los pilotos británicos y estadounidenses pronto se enfrentarán a medidas defensivas en todo el Reich durante sus brutales ataques a las ciudades alemanas y a su población civil que arruinarán su diversión. No hay arma en esta guerra que no produzca con el tiempo una contraarma. Eso también será cierto aquí. La guerra aérea del enemigo sólo tiene efectos limitados en nuestro esfuerzo bélico. Ese tampoco es su objetivo. Nuestra campaña de producción no se ve seriamente afectada, por lo que la continuación exitosa de la guerra está absolutamente asegurada para nosotros. Suponemos que los ingleses y los americanos intentarán una invasión en Occidente durante la próxima primavera. Tendrán que hacerlo porque Stalin, su señor y gobernante supremo, así lo desea. Entonces quedará claro quién tiene razón, si el enemigo o nosotros. En cualquier caso, el público inglés y estadounidense puede ver lo que sus soldados pueden esperar de las batallas en Italia, y no deben olvidar que la Wehrmacht

alemana que defiende Roma sigue luchando muy al límite de nuestra zona de interés, mientras nuestra vida está en peligro en juego en Occidente. Es muy probable que la guerra entre así en su fase decisiva. Nuestras perspectivas de victoria son más que favorables. En general, es una tarea ingrata hacer el papel de profeta en un momento tan crítico. Sin embargo, los dirigentes alemanes nunca han afrontado los acontecimientos venideros con tanta calma soberana como lo hacen ahora. Naturalmente, el bando enemigo presenta sus posibilidades como absolutamente seguras. El ejemplo de Italia demuestra, sin embargo, que sufre la fatídica enfermedad de sobreestimar su propia fuerza y subestimar la de su oponente. Por lo tanto, es fácil esperar que los soldados ingleses y estadounidenses se lleven una sorpresa desagradable el próximo año. Tendrán que agradecer a sus gobiernos, que los conducirán ciegamente a una sangrienta desgracia. Un elemento decisivo en la victoria es la conciencia de la justicia de la propia causa. Ciertamente ya tenemos suficiente de eso. Sabemos muy bien por qué defendemos a Europa, ni los ingleses ni mucho menos los americanos saben por qué luchan. Pero tendrán que derramar la mayor cantidad de sangre.

Nadie morirá gustoso por un gobierno basado en la arrogancia y el orgullo de clase, en el que los trabajadores son esclavos de los magnates del dinero y cuyos líderes acuñan hermosas frases sociales pero evitan cuidadosamente las acciones sociales. Pero un soldado defenderá como si fuera su propia vida un Estado que le es propio, que es un Estado social en el verdadero sentido de la palabra, que proporciona al hombre medio la oportunidad de ascender, que defiende en sus políticas y en su dirección de guerra sólo la intereses de todo el pueblo y no de una pequeña capa de plutócratas, una nación cuyos mejores hijos la conducen a la prosperidad y la felicidad. Si los ingleses y los estadounidenses vienen, se encontrarán con ese Estado y con esos soldados de la Alemania Nacional Socialista que odian tanto, como para enseñarles que los efectos de su cobarde y estúpida propaganda son diferentes ahora que en 1918. No necesito desperdiciar palabras sobre lo que significa esta guerra para nosotros. Nuestros enemigos no han dejado ninguna duda al respecto. Estamos defendiendo nuestra existencia. Es bueno para nosotros saber eso. No nos vuelve débiles, sino duros. Una derrota nos destruiría a todos. Los ingleses y los americanos se apoderarían de nuestro comercio, nuestros barcos, minas, fábricas y máquinas, los bolcheviques de nuestros hombres y niños. Lo que quedaría ya no sería una nación, sino sólo un montón de millones de esclavos hambrientos y harapientos, indefensos y estúpidamente vegetantes y, como desea el enemigo, no representarían ningún peligro para sus torturadores y represores.

Frente a eso está la victoria que podemos y lograremos. Nos abrirá la puerta a la libertad e independencia definitivas de nuestro pueblo. Entonces estaremos en el camino hacia la paz y el trabajo libre, la reconstrucción de nuestra patria y una profunda felicidad social que descansa en la comunidad de todos nosotros. En verdad, ese es un objetivo que vale todo el trabajo, la tristeza y el esfuerzo de esta guerra. ¡Quién no querría aceptarlos, por difícil que parezca! Son los requisitos previos para nuestra próxima liberación de todas las cadenas, para la salvación de toda la humanidad civilizada. Si me preguntan cuál es la virtud principal que nos llevará a la victoria, sólo puedo dar una respuesta: la lealtad a nosotros mismos, la lealtad a nuestra visión del mundo y a nuestra afirmación política de fe. En noviembre de 1918, el Reich se hundió en lo más profundo de la desgracia nacional porque su dirección le falló en el último momento y se volvió desleal a su causa. Justo antes del final faltó el último momento de aguante que al final lo hace posible. lo cual parece imposible. Esa resistencia es lo más importante. Una nación debe luchar con valentía e inteligencia por su existencia.

Pero eso no es suficiente. Cuando los acontecimientos se intensifican y avanzan a pasos agigantados hacia su culminación, corriendo hacia la crisis, lo principal es que los dirigentes y el pueblo mantengan la calma, superando con obstinación y perseverancia los peligros y dificultades, sin dejar que nada los distraiga de la continuación del rumbo que tomaron una vez considerando correcto mantener la vista sólo en la buena estrella de su destino. De repente un día las nubes que ocultaban el sol se aclararán y el cielo volverá a estar luminoso. Así será también en esta guerra. ¿Qué debo decir al final de este año tormentoso casi concluido para agradecer a toda la nación por su entrega, su arduo trabajo, su lealtad y su sacrificio, por su valentía, su aporte de riqueza y de sangre? No sé por dónde empezar ni dónde parar. El frente y la patria se han superado. El partido como líder político del pueblo ha logrado grandes cosas. En los innumerables dolores y dificultades de la vida cotidiana durante la guerra, particularmente en las zonas afectadas por la guerra aérea después de los peores ataques terroristas, es un ejemplo

de cómo afrontar cada dificultad. Más que eso, fiel a sus tradiciones como partido de soldados, ha enviado millones al frente alemán. Esto es un gran honor para ella y supera con creces lo que se exige al pueblo alemán en general. También en este caso ha demostrado que sigue siendo un partido de luchadores. Innumerables miembros del partido defienden la existencia de Alemania en el frente; decenas de miles de sus líderes y miembros han sellado con la muerte su lealtad a la Patria. El movimiento estaba formado por voluntarios que lucharon por el Reich entre 1919 y 1933; Una vez más, son sobre todo voluntarios los que salen de sus filas hacia el frente, y continúan llegando allí desde su organización juvenil, para detener el peligro que se cierne sobre Alemania y toda Europa. Este partido que surgió de la lucha y que hoy está en medio de ella saluda también a su Führer a finales de este año y principios del próximo. Lo saluda en nombre de su pueblo, cuyo honor y orgullo es liderar. Innumerables millones de soldados alemanes armados en todos los frentes se unen a este saludo, al igual que incontables millones de trabajadores y agricultores alemanes que forjan las armas y dan a la nación su pan de cada día.

Es también el saludo de millones de mujeres y madres alemanas que hablan en nombre de sus hijos, tanto los que han nacido como los que nacerán, a los que desean un buen futuro. Confiadamente pusieron su destino en manos del Führer y de sus soldados. En apasionado agradecimiento la patria recuerda el frente de combate y promete que ningún truco, ningún terror y ningún poder del enemigo la fatigarán ni la doblegarán. Reunidos en torno al Führer, nosotros, el pueblo alemán, llegamos al final de este duro año de guerra y avanzamos con valentía hacia un futuro aún desconocido. Sabemos que será nuestro futuro. El destino no nos dará nada; debemos luchar por ello. Queremos hacer eso. Con terca obstinación esperamos al enemigo, ya sea que se filtre sobre nuestras ciudades por la noche, ya sea que embista nuestro frente en el Este con un número superior de hombres y material, ya sea en el Sur o si finalmente se arriesga a un ataque en el Muro del Atlántico. Dondequiera que nos ataque, se enfrentará a los hombres alemanes, y en la patria, donde estos faltan, las mujeres, los niños y las niñas alemanes.

El año 1944 nos encontrará listos. Formados en las grandes lecciones de la historia, educados en el espíritu del Nacional Socialismo, con el ejemplo de nuestros padres ante nuestros ojos, aceptamos la lucha por nuestra existencia. Al final nos abrirá el camino hacia el futuro. Con un Führer como el que tenemos y un pueblo como somos y siempre queremos ser, ¡quién puede dudar de nuestra victoria! Lo que ganamos en la primera mitad de esta guerra con valentía debemos defenderlo con terquedad en la segunda mitad. Eso lo haremos con todas las fuerzas de nuestro corazón. No hay ninguno entre nosotros que no sepa por qué.

Ensayos en el periódico berlinés "Der angriff" fundado por Joseph Goebbels

Joseph Goebbels - nosotros exigimos.

25 de julio de 1927

El pueblo alemán es un pueblo esclavizado. Según el derecho internacional, se ubica detrás de la peor colonia negra del Congo. Nos han quitado todos los derechos soberanos. Somos lo suficientemente buenos como para que el capital internacional nos permita llenar sus sacos de dinero con pagos de intereses. Eso y sólo eso es el resultado de una historia de heroísmo que dura siglos. ¿Lo hemos merecido? ¡No, y no otra vez! Por lo tanto exigimos que comience una lucha contra esta condición de vergüenza y miseria, y que los hombres en cuyas manos ponemos nuestro destino utilicen todos los medios para romper las cadenas de la esclavitud. Tres millones de personas carecen de trabajo y sustento. Es cierto que los funcionarios trabajan para ocultar la miseria. Hablan de medidas y aspectos positivos. Las cosas están mejorando cada vez más para ellos y empeorando cada vez más para nosotros. La ilusión de libertad, paz y prosperidad que nos prometieron cuando quisimos tomar nuestro destino en nuestras propias manos se está desvaneciendo.

Estas políticas irresponsables sólo pueden provocar el colapso total de nuestro pueblo. Por eso exigimos el derecho al trabajo y a una vida digna para todos los trabajadores alemanes. Mientras el soldado del frente luchaba en las trincheras para defender su patria, algún especulador judío oriental le robó su hogar. El judío vive en los palacios y el proletario, el soldado del frente, vive en agujeros que no merecen ser llamados “hogares”. Eso no es necesario ni inevitable, sino más bien una injusticia que clama al cielo. Un gobierno que se mantiene al margen y no hace nada es inútil y debe desaparecer, cuanto antes, mejor. Por eso exigimos viviendas para los soldados y trabajadores alemanes. Si no hay suficiente dinero para construirlos, expulsar a los extranjeros para que los alemanes puedan vivir en suelo alemán. Nuestro pueblo crece, otros disminuyen. Significará el fin de nuestra historia si una política cobarde y perezosa nos arrebata la posteridad que un día será llamada a cumplir nuestra misión histórica. Por lo tanto, exigimos tierras en las que cultivar el grano que alimentará a nuestros hijos. Mientras soñábamos y perseguíamos fantasías extrañas e inalcanzables, otros nos robaban la propiedad. Hoy algunos dicen que esto fue un acto de Dios.

El dinero pasó de los bolsillos de los pobres a los bolsillos de los ricos. Eso es una trampa, una trampa descarada y vil. El gobierno preside esta miseria con la excusa de la paz y el orden, ya no se pueden esconder más. Dejamos que otros juzguen si representa los intereses de Alemania o los de nuestros atormentadores capitalistas. Sin embargo, exigimos un gobierno de trabajadores nacionales, estadistas que sean hombres y cuyo objetivo sea la creación de un Estado alemán. Hoy en día cualquiera tiene derecho a hablar en Alemania: el judío, el francés, el inglés, la Sociedad de Naciones, la conciencia del mundo y quién sabe quién más. Todos menos el trabajador alemán. Tiene que callarse y trabajar. Cada cuatro años elige un nuevo grupo de torturadores y todo sigue igual. Eso es injusto y traicionero. No debemos tolerarlo más. Tenemos derecho a exigir que sólo puedan hablar los alemanes que construyen este Estado, aquellos cuyo destino está ligado al destino de su patria. ¡Por eso exigimos la destrucción del sistema de explotación! ¡Arriba el estado obrero alemán! ¡Alemania para los alemanes!

15 de agosto de 1927

Mi nombre es Hase [Hase, conejo en alemán, pero también un ignorante]. Vivo en el bosque y no sé nada de nada. Me mantengo al margen de todo. Soy, se podría decir, políticamente neutral. Cuando es ventajoso para mí, puedo creer cualquier cosa, aunque los hechos sean los mejores. Los hechos son en su mayoría maravillosos. Soy de la opinión de que hay que prohibir a la extrema derecha y a la extrema izquierda. El centro, por supuesto, está fuera de discusión. Como dije, esa es mi opinión. Soy realista. Eso es cómodo, tiene pocos peligros y uno puede ganarse la vida. Pero supongamos que ya no vivía en el bosque, sino en China. Algún tipo de fortuna o desgracia me ha traído hasta allí. Supongamos eso. Eso sería terriblemente desagradable. Porque en China, como es bien sabido, todo el mundo es chino, incluso el emperador. Yo destacaría. Mi nombre es Hase y parezco alemán. Uno podría reconocerme inmediatamente. Vaya, incluso los niños se quedaban quietos en la calle y gritaban: "Ese es Hase”. Pero sabría qué hacer. Me dejaría una coleta larga y dejaría de parecer alemán. Renunciaría a mi honorable nombre Schmidt y me cambiaría el nombre a "Wukiutschu".

Eso es lo que haría. Y si alguien todavía me llamara “Hase”, me enojaría mucho. Supongamos, entonces, que vivo en Shanghai y mi padre todavía vive en el bosque. No le diría nada sobre el bosque a nadie. ¡Todo lo contrario! me gustaría comportarnos como si hubiéramos vivido durante generaciones en Shanghai, por mucho que otros quisieran dudarlo. Y luego, supongamos que por accidente muere el jefe de policía de Shanghai. Y que todos los chinos griten “¡Wukiutschu debería ser nuestro líder!” Entonces de alguna manera sería el jefe de policía de Shanghai. Es bueno ser el jefe de policía. Uno tiene el poder de hacer lo que quiere. Es decir, si otros dejan que uno se salga con la suya. ¡Pero deben hacerlo! Si fueran tan tontos como para decir “¡Wukiutschu debería liderarnos!” entonces tienen que estar satisfechos conmigo. Y si alguien no estuviera satisfecho, actuaría, ya que siempre hay descontentos. Por tanto, decretaría: "¡Está prohibido estar insatisfecho con Wukiutschu! Y yo gobernaría. Sé que no sería tan simple como parece. Porque la gente vendría y diría: “¿Qué quiere Wukiutschu? Ni siquiera es uno de los nuestros. Wukiutschu en realidad se llama Hase y vive en el bosque. Se ha colado aquí.

Hemos estado aquí, en suelo chino, durante mil años y más. Nuestros padres hicieron habitable esta tierra y la defendieron con sus vidas. En aquel entonces Wukiutschu todavía vivía en el bosque, pero ahora se comporta como si siempre hubiera vivido aquí. ¡Abajo con él! ¡China para los chinos! Naturalmente, eso sería muy desagradable para mí. Porque si me cortaran la coleta, cualquier niño podría ver que esa gente tenía razón. Pero eso no sucedería. Después de todo, yo sería el jefe de policía y, como tal, tendría derecho a ser respetado. Entonces haría otro decreto: “Quien me llame Hase está incitando a la lucha de clases. Lo prohíbo, bajo pena de prisión”. Wukiutschu entonces tendría paz. Descansaría en la gloria de mi cargo. Me abanicarían los culis chinos, recibiría folletos sobre el océano y asistiría a todos los banquetes. Mi coleta crecería cada vez más y pronto olvidaría que una vez me llamé Hase. Y los descontentos morirían, y entonces el mundo estaría contento. Sólo así la vida sería bella y digna. Yo soy el pionero de eso. Sólo hace falta no saber nada como yo, para creerlo firme e inquebrantablemente. Pero, como dijimos, todo esto son suposiciones. Porque los chinos nunca serían tan tontos como para creer que yo era Wukiutschu y nombrarme jefe de policía. Gente tan estúpida no existe. Todo esto no es más que un cuento de hadas. No soy chino y no vivo en Shanghai. Mi nombre no es Wukiutschu, sino Hase. Vivo en el bosque y no sé nada.

Joseph Goebbels - heil Moscú.

21 de noviembre de 1927

Después de la celebración del décimo aniversario de la Revolución Rusa, tres jóvenes comunistas berlineses del distrito de Köpernick se suicidaron después de una emotiva despedida de sus camaradas. Explicaron con calma que habían perdido la fe en el futuro de la Internacional.
Se dice del líder comunista Ernst Thälmann que durante el levantamiento de Hamburgo puso "piedras borrachas en su propio vómito". En Wedding, hace unas semanas, Ruth Fischer habló en una reunión de la oposición del KPD y llamó a luchar contra la Tercera Internacional. Cuando un representante del KPD empezó a hablar, sus antiguos camaradas lo callaron a gritos y lo echaron por la puerta. El asunto terminó en un tumulto general. Recientemente se celebró en Moscú el décimo aniversario de la Revolución Rusa. Mientras los invitados de honor de todo el mundo que se habían reunido para alabar los principios de Moscú observaban, la oposición al Estado obrero y campesino irrumpió en la reunión y se apoderó de la universidad. El final de la historia: doce destacados bolcheviques, casi todos judíos de la vieja guardia, fueron expulsados del Partido Comunista. ¿Qué significa todo esto?

Las cosas están quedando claras por todas partes. El humo de la retórica se está disipando y sólo queda un miserable resto de fantasías que absolutamente nadie confunde con la realidad. El proletariado alemán tiene una esperanza más pobre, quizá la última. El juego de Marx ha terminado. La naturaleza está a cargo una vez más y ha dejado clara de manera despiadada e inequívoca las leyes eternas: las leyes de la personalidad, la lucha y la raza. ¿Tenían que ser las cosas así? Sí y mil veces sí. No había otro resultado posible. Lo hemos profetizado cientos de veces. Si los judíos hablan, el pueblo debe tener cuidado. El judío está desarraigado, es un fermento de descomposición. Ya sea que viva como capitalista o como bolchevique, su naturaleza sigue siendo la misma: Ahasver, el eterno destructor. Su evangelio es el caos, y cuando logra fomentar la revolución, llega a la cima. Llevó el movimiento obrero a su deplorable estado actual: una mezcla de frases, cobardía, terror y odio de clases. ¿Qué tiene que ver la causa del proletariado con el pacifismo, la protección de la república, la eliminación de la personalidad y la destrucción de la dignidad y el honor nacionales?

¿Dónde está escrito que las utopías, los deseos, los programas y los libros gobiernan el mundo en lugar de la fuerza y los hechos? ¿Por qué se manifiesta aquí por la libertad nacional de los pueblos coloniales oprimidos y olvida que Alemania es una provincia de las altas finanzas? ¿Por qué gritar "China para los chinos" y permanecer cobardemente mientras los judíos venden Alemania pieza por pieza y la entregan a la dictadura mundial? Se grita "Reacción" cuando se habla de una patria perdida. Hueles a traición cuando uno nombra las cosas por su nombre correcto. Te retiras obstinadamente y en silencio a tus propios problemas y descubres que no queda nada más que desesperación y suicidio. ¡No digáis que la responsabilidad es de la Primera, Segunda o Tercera Internacional! ¡Encontré una nueva, la Cuarta! Te traicionará tal como lo hicieron todas sus predecesoras. La propia Internacional está equivocada. El judío os lo predica porque es su última oportunidad de ostentar el poder. Ha destruido naciones y pueblos. Enfrenta ciudadano contra ciudadano, destruye y envenena a la comunidad, siembra desconfianza entre los pueblos. Por encima de todo está la risa burlona triunfante de tu enemigo, de nuestro enemigo: ¡El eterno judío! Estás ante hecatombes de cadáveres. El olor a sangre te rodea. ¡Los niños ruegan, las madres lloran, las naciones perecen! ¿Qué has ganado? ¡Nada más que caos, desesperanza y hambre. ¿Así es como quieres que sigan las cosas? Levántense y exijan una Alemania que les pertenezca, una que esté libre de las cadenas del opresor. Ésta es la misión histórica de la clase obrera alemana. ¡Libertad y prosperidad! ¡Este es el grito de guerra

contra el mundo podrido del capitalismo! ¡Fuera la retórica vacía! Arriesgarse a mirar la fría realidad a la cara. Extiendan la mano, trabajadores alemanes! El día de la libertad se acerca, si la quieres, ¡Adolf Hitler te está mostrando el camino!

Joseph Goebbels - sobre la iglesia conmemorativa del Káiser Guillermo.

23 de enero de 1928

Esto es Berlín oeste:
Miles y miles de carteles iluminan la tarde gris, de modo que la avenida Kurfürstendamm es casi tan luminosa como el día. Los tranvías traquetean, los autobuses pasan llenos de gente. Largas colas de taxis y elegantes limusinas llenan el asfalto liso como un espejo. Los semáforos rojos, amarillos y verdes indican al tráfico que se detenga y siga, y en medio de todo ello, las luces de cruce indican a las multitudes oscuras en las aceras que intenten el peligroso viaje de un lado al otro. Los chillidos y el alboroto asaltan los oídos y quien no está acostumbrado corre el riesgo de perder los sentidos. Los carteles de color rojo brillante anuncian las últimas películas: Killed by Love, The Girl from Tauentzien, Just One Night. Pasan olores de perfume intenso. Las coquetas con los tonos pastel artificiales de los rostros de las mujeres modernas sonríen. Los llamados hombres se escabullen, los monóculos brillan, las gemas reales y falsas brillan. Se oyen todos los idiomas de la tierra; aquí un indio amarillo silencioso está al lado de un sajón locuaz, un inglés se abre paso a codazos entre la multitud y, por encima del rugido, un vendedor de periódicos helado grita las últimas noticias de los tabloides.

En medio del ruido de la ciudad, la Iglesia Gedächtniskirche proyecta su esbelta aguja hacia la tarde gris. No pertenece a una vida tan estridente. Es un anacronismo interponerse entre los cafés y los cabarets, dejar que los zumbidos de los autos pasen por su cuerpo de piedra, ignorar la podredumbre y tocar la hora. Son muchos los transeúntes que quizás nunca hayan admirado su aguja. El snob con su abrigo de piel y esmaltes se pasea, la mujer de mundo, lesbiana de pies a cabeza, con su monóculo, fumando un cigarrillo, con tacones altos camina por la acera y desaparece en uno de los miles de lugares de humo y veneno cuyas luces brillan tentadoramente en la luz del atardecer. ¡Esto es Berlín oeste! El corazón de piedra de esta ciudad. Aquí, en los nichos y rincones de los cafés, en los cabarets y bares, en los teatros y salones soviéticos, se reúnen los intelectuales de la democracia del asfalto. Aquí es donde se hace la política de sesenta millones de trabajadores alemanes. Aquí se dan y reciben los últimos consejos sobre la bolsa y el teatro. Aquí se manipula la política, la fotografía, los tratamientos médicos, las acciones, el amor, el teatro, el gobierno y la asistencia pública. La Gedächtniskirche nunca está sola. Se mueve suavemente del día a la noche y de la noche al día sin un momento de quietud.

La eterna repetición de la podredumbre y la decadencia, la falta de genio y de verdadera creatividad, el vacío y la desesperación, todo recubierto con el oro talmi de una época que se ha hundido en la pseudocultura más contradictoria, esa es la maldad que rodea a la Iglesia Memorial. Se podría desear que la elite de nuestro pueblo se encontrara día y noche a lo largo de la calle Tauentzien dirigiéndose hacia Dios, pero solo es un Dios Israelita. El pueblo alemán es extranjero aquí. Uno casi destaca cuando habla el idioma de la nación. Pan-Europa, la Internacional, el jazz, Francia y Piscator [un dramaturgo radical de la época]: ese es el tema. “Die Freundin [un periódico lésbico], números antiguos, ¡sólo diez pfennig!” grita un buhonero inteligente. Ninguno de los transeúntes piensa que está en el lugar equivocado. No está en el lugar equivocado. Él sabe dónde está. Berlín oeste es el punto álgido de esta gran ciudad de trabajo e industria. Lo que se produce en el norte se desperdicia aquí en el oeste. Cuatro millones de personas se ganan la vida en este páramo pedregoso, y cien mil zánganos desperdician su trabajo en pecado, depravación e inmundicia. La Kurfürstendamm aúlla cuando alguien le pisa los dedos de los pies a uno de estos chupasangres, la humanidad está en peligro. La única persona que odian ver es un trabajador honesto. Sonriendo, llevan a todo un pueblo a la tumba. Ese no es el verdadero Berlín. Está en otra parte, esperando, deseando y luchando. Se empieza a reconocer

al Judas que ha vendido a nuestro pueblo por treinta monedas de plata. El otro Berlín está listo para entrar en acción. Día y noche, varios miles de personas trabajan para lograr el día que se avecina. Ese día los lugares decadentes alrededor de la Iglesia Memorial serán demolidos, transformados y reintegrados en un pueblo resucitado. El día de la justicia: ¡Será el día de la libertad!

Joseph Goebbels - el enemigo del mundo.

19 de marzo de 1928

“Trescientos hombres, cada uno de los cuales conoce a los demás, dirigen el destino económico del continente. Encuentran a sus sucesores dentro de sus filas”. Esto es lo que escribió uno de estos trescientos, que seguramente debería saberlo, el 25 de diciembre de 1909 en la Neue Freie Presse de Viena: el principal capitalista, ministro de la República, amigo de los bolcheviques y judío internacional Walter Rathenau. Cuando murió, cientos de miles del proletariado marxista se manifestaron contra el capitalismo y la reacción, por el socialismo y por Rathenau. Las altas finanzas internacionales han tomado el control de los derechos soberanos del pueblo alemán y ahora se sienten como en casa en nuestros antiguos dominios de poder. Fieles a la antigua ley de la raza judía, “Devoraréis a todos los pueblos”, comenzaron con nosotros destrozando la fuerza de resistencia de nuestro pueblo mediante la guerra y la revolución, y luego, poco a poco, apoderándose de las estructuras más importantes del organismo estatal. Ahora son dueños de nuestra moneda y controlan con diferencia la mayor parte de la producción alemana, nuestro sistema de transporte y, como resultado de sus capacidades militares y diplomáticas, las fronteras de Alemania.

La prensa está casi enteramente en sus manos; controlan así la opinión pública y determinan el parlamento y el gobierno. Con la ayuda de políticos alemanes, pusieron en su lugar a un supervisor, el káiser secreto Parker Gilbert [agente general de reparaciones de 1924 a 1930]. Controla el presupuesto colonial e influye en los ingresos y gastos; el parlamento y el gobierno están enteramente en sus manos, y las condiciones de esclavitud que prevalecen en Alemania desde el 9 de noviembre de 1918 garantizan la continuación de este miserable estado. Los partidos marxistas son herramientas astutas en manos de estos explotadores del dinero. Con su ayuda, las bolsas de valores mundiales pudieron despojar al pueblo alemán de sus posesiones. Durante la devastadora lucha militar se llevaron a dos millones de los mejores hijos de Alemania, de su sangre Wall Street acuñó los lingotes de oro que hoy nos obligan a pagar tributo. Utilizaron la llamada inflación para robarnos lo que teníamos y, en su lugar, nos dieron una nueva moneda, una que ya no nos pertenece a nosotros, sino a nuestros opresores. El enemigo mundial tiene en sus manos los órganos vitales de nuestro organismo nacional. En las calles asfaltadas de las grandes ciudades modernas, el mundo judío construye una dictadura imperialista de Oro Rojo. Sus pilares son la prensa, el movimiento obrero, el parlamento y la cobardía de los partidos burgueses.

Cada miserable día que pasa es un paso más en la marcha del oro contra la sangre. Las cosas avanzan sin cesar y ya se puede determinar con certeza matemática cuándo desaparecerá de la política, la economía y la cultura el último elemento de Alemania, y entonces estaremos en el final. ¡Esa es la situación! Mientras nos rompemos la cabeza y perseguimos fantasmas, el dinero se prepara para su último golpe destructivo contra los trabajadores alemanes, y hoy no cabe duda de que, dado el continuo debilitamiento de la voluntad alemana de resistir, esta catástrofe está más cerca de lo que todos creemos. Los grandes partidos nacionales e internacionales hace tiempo que capitularon vergonzosamente ante el ansia de poder del enemigo mundial, ya sea abiertamente o no. O trabajan para lograr el colapso o lo promueven consciente o inconscientemente mediante la cobardía y la falta de voluntad de resistir. Mientras el parlamento pronuncia discursos y celebra debates, sin que nadie sepa nada, las fuerzas del dinero avanzan directa y claramente en una campaña de conquista contra los trabajadores alemanes. Un día nuevamente no estaremos preparados para enfrentar los hechos que enfrentamos entre 1914 y 1918, que entonces serán aún más terribles e inevitables que los que prevalecieron cuando comenzó esta batalla histórica mundial. ¿Estamos entonces equivocados al llamar a la

resistencia? ¿Hemos merecido nosotros, los alemanes, que nuestras cadenas de esclavitud estén hechas de oro elaborado con el sudor y la sangre de nuestros hermanos? Los señores del dinero preparan su golpe final. Le han robado la fe y la voluntad a nuestro pueblo, nos han avergonzado y deshonrado y ahora quieren agarrarnos del cuello. Ningún discurso, ninguna súplica puede detener eso: ¡sólo la resistencia, la batalla, el ataque! Dios no nos ayudará. Debemos ayudarnos a nosotros mismos. Nuestra vida está en peligro. El pueblo alemán se encuentra en constante estado de emergencia. Cualquier medio es apropiado para detener al enemigo. Estamos listos para usar todo lo que tenemos. ¡Si liberamos a Alemania de la locura del oro, será el mayor logro de la historia mundial! ¡Sangre contra oro! ¡Trabajo contra dinero! ¡Puños contra párrafos legales! ¡Vida contra frases muertas! ¡Por eso marchamos!

Joseph Goebbels - ¿por qué queremos unirnos al Reichstag?

30 de abril de 1928

Somos un partido antiparlamentario que rechaza con razón la Constitución de Weimar y sus instituciones republicanas. Nos oponemos a una falsa democracia que trata a los inteligentes y a los tontos, a los trabajadores y a los perezosos, de la misma manera. Vemos en el actual sistema de mayorías y de irresponsabilidad organizada la causa principal de nuestras miserias cada vez mayores. Entonces, ¿por qué queremos estar en el Reichstag? Entramos en el Reichstag para armarnos con las armas de la democracia. Si la democracia es tan tonta como para darnos pases de tren y salarios gratuitos, ese es su problema. No nos concierne. Cualquier forma de realizar la revolución nos parece bien. Si logramos que sesenta o setenta de los agitadores y organizadores de nuestro partido sean elegidos para los distintos parlamentos, el propio Estado pagará por nuestra organización de lucha. Esto es lo suficientemente divertido y entretenido como para que valga la pena intentarlo. ¿Nos corromperemos al unirnos al parlamento? No es probable. ¿Cree que una vez que entremos en la reunión de los parlamentarios ilustres propondremos un brindis por Philipp Scheidemann? ¿Crees que somos unos revolucionarios tan miserables que temes que las gruesas alfombras rojas y los dormitorios bien tapizados nos hagan olvidar nuestra misión histórica?

¡Quien entra al parlamento, perece! Bueno, eso es cierto si ingresa al parlamento para convertirse en parlamentario. Pero si entra con una voluntad dura e impulsiva de llevar a cabo una batalla intransigente contra la creciente corrupción de nuestra vida pública, no se convertirá en parlamentario, sino que seguirá siendo lo que es: un revolucionario. Mussolini entró en el parlamento. Poco después marchó sobre Roma con sus Camisas Negras. Los comunistas también se sientan en el Reichstag. Nadie es tan ingenuo como para creer que quieren trabajar de forma seria y positiva. Una cosa más: si no conseguimos que nuestros hombres peligrosos sean inmunes a la persecución judicial, tarde o temprano todos acabarán tras las rejas. ¿Sucederá eso si poseen inmunidad parlamentaria? Ciertamente. Cuando la democracia esté cerca de su fin, recurrirá abiertamente al terror de la dictadura capitalista que normalmente utiliza de forma encubierta. Pero eso no sucederá hasta dentro de algún tiempo, y mientras tanto los luchadores por nuestra fe disfrutarán de inmunidad parlamentaria el tiempo suficiente para ampliar nuestro frente de lucha de modo que callarlos no será tan fácil como le gustaría a la democracia. Otra cosa. Los agitadores de nuestro partido pagan entre 600 y 800 marcos mensuales [en gastos de viaje] para fortalecer la República.

¿No es correcto que la República cubra estos costos proporcionándoles pases de ferrocarril? ¿Quién de ustedes piensa que deberíamos arrojar nuestro pequeño cambio al ferrocarril judío de Dawes cuando la República anhela ayudarnos? ¿Es el comienzo de un compromiso? ¿Cree usted realmente que nosotros, que hemos estado ante usted cien o mil veces predicando la fe en una nueva Alemania, que hemos afrontado con sonrisas la muerte decenas de veces a manos de la turba roja, que nos hemos unido a usted en la lucha contra toda forma de resistencia, ya sea oficial o la naturaleza no oficial, que no se ha doblegado ante ningún mando o terror, crees realmente que dejaríamos las armas a cambio de un pase de ferrocarril? Si sólo quisiéramos ser representantes, no seríamos Nacional Socialistas, sino, supongo, miembros del Partido Nacional Alemán o Socialdemócratas. Tienen la mayor cantidad de asientos a su disposición y uno no necesita arriesgar la vida para competir con sus líderes. No tenemos estómago para eso. No rogamos por votos. ¡Exigimos convicción, devoción, pasión! Un voto es sólo una herramienta tanto para nosotros como para usted. Marcharemos hacia los pasillos de mármol del parlamento, trayendo con nosotros la voluntad revolucionaria de las amplias masas de las que venimos,

llamadas por el destino y formando el destino. No queremos unirnos a este montón de estiércol. Venimos a apalearlo. No crean que el parlamento es nuestro objetivo. Le hemos mostrado al enemigo nuestra naturaleza desde los podios de nuestras reuniones masivas y en las enormes manifestaciones de nuestro ejército. Lo demostraremos también en la atmósfera plúmbea del parlamento. No venimos ni como amigos ni como neutrales. ¡Venimos como enemigos! Como el lobo ataca a las ovejas, así venimos nosotros. ¡Ya no estás entre tus amigos! ¡No disfrutaréis de tenernos entre vosotros!

7 de mayo de 1928

¿Un ciudadano de segunda categoría, con cuatro condenas y ocho casos pendientes? ¡Qué soñador! En un ensayo escribí que cada Nacional Socialista debería obedecer al fiscal del estado “cuando no haya otra manera de evitarlo”, independientemente de si estaba bien o mal. Por eso un tribunal de Elberfeld me multó con cien marcos por incitar a la resistencia contra el fiscal del Estado. Cuando a Hans Hustert, en la cárcel por intentar matar a Scheidemann [Canciller en 1922], se le arruinaron los dientes con la pésima comida de la prisión, comencé una colecta para que este demonio pudiera arreglarse los dientes. Un tribunal de Múnich me multó con 50 marcos por cobro ilegal. Como uno de mis compañeros heridos iba a ser trepanado por el médico judío Levi, organicé una colecta para llevar a este pobre trabajador a un médico alemán. Un tribunal de Munich me multó con 150 marcos, una vez más por cobro ilegal. En una reunión multitudinaria del NSDAP, propuse mantener bajo estrecha vigilancia a un editor de Der Tag, que había calificado una reunión de Hitler como una casa de monos. Al asqueroso soplón Carlotto Graetz, que calumnió de la peor manera al soldado del frente Adolf Hitler y trató de relacionarlo con proxenetas y prostitutas, lo llamé cerdo judío para obligarlo a presentar una demanda. No presentó una demanda, pero de todos modos me condenaron a seis semanas de prisión por “incitación a la violencia sin resultado”.

Hay un caso pendiente contra mí porque se supone que debí haber llamado al jefe de policía. Dr. Weiss "Isidor", aunque su nombre es Bernhard. Un segundo caso está pendiente porque caricaturicé al mencionado Bernhard Weiss como Nerón en Der Angriff, con la leyenda "Bernhard sólo desempeña papeles ingratos”. Luego hay un tercer caso, porque Der Angriff imprimió una caricatura de Bernhard Weiss detrás de la máscara de un burro, “claramente reconocible”, con el texto que decía: “En el estado de emergencia, cualquier asno puede gobernar”. Está pendiente un cuarto caso para obligarme a decir quién es Orje [Orje fue la estrella de una columna satírica de Angriff]. Un quinto caso pendiente alega que pasé por encima de la pierna de un trabajador pobre. Eso fue hace un año. Nunca en mi vida he conducido un coche y ese día ni siquiera estaba en Berlín. Pero el fiscal cree que el coche tenía el número I A 2637, y yo soy de los que hacen algo así. Mi respuesta de que no sé conducir y que nunca he tenido una licencia sólo hizo que el cargo fuera más grave. Le informé a un pez gordo rojo, que con abucheos intentaba disolver una reunión, que estaba en una reunión del NSDAP y que si no se callaba pediríamos a las S.A. que lo expulsaran. Eso llevó a un sexto caso pendiente, por “incitación a la violencia”.

Entonces debí haber dicho que la República [de Weimar] no es más que una tienda de chatarra en la que los postores, los subastadores y los políticos se quejaban. Eso llevó al séptimo caso, por “poner en peligro a la República”. El octavo caso surgió porque dije que llegaría el día en que la minoría decisiva y consciente de sus objetivos marcharía contra este estado de mayorías cobardes, para poner fin por la fuerza a la usura y la explotación. Este fue por “intento de traición”. (! !) Según he sabido de fuentes fiables, se están preparando cuatro nuevos casos. A qué se refieren todavía no lo sé. Pero eso no hace mucha diferencia. Sólo necesito abrir la boca o usar mi pluma para darle un mes de trabajo a un fiscal de la República. Nunca recibí un palillo de oro de Barmat [un judío involucrado en un gran escándalo financiero]. No uso una bata de baño de seda suya. Durante la gran inflación no recibí de él ni florines ni dólares. Nunca he pisoteado al pueblo alemán ni a su honor. Pero siempre he luchado contra esos cobardes que abandonaron nuestra patria común en la necesidad. El metro no me dará en un futuro próximo una villa de 120.000 marcos. Nadie tiene mi fotografía firmada en su escritorio. Por lo tanto, en las

condiciones existentes desde 1918, no tengo ninguna posibilidad de conseguir nada. ¿Y realmente quieres votar por mí?

Joseph Goebbels - ¿nos oponemos a los judíos?

30 de julio de 1928

Nos oponemos a los judíos porque somos defensores de la libertad del pueblo alemán. El judío es la causa y el beneficiario de nuestra esclavitud. Ha hecho un mal uso de la miseria social de las amplias masas para profundizar en las malditas divisiones entre derecha e izquierda en nuestro pueblo, para dividir a Alemania en dos. Ésta fue la verdadera razón por la que perdimos la Gran Guerra, por un lado, y por la corrupción de la revolución, por el otro. El judío no tiene ningún interés en resolver las fatídicas cuestiones de Alemania. De hecho, no puede. Vive porque están sin resolver. Si el pueblo alemán se convirtiera en una comunidad unida con libertad para actuar en el mundo, el judío no tendría lugar entre nosotros. Él tiene las cartas del triunfo cuando un pueblo vive bajo esclavitud nacional y extranjera, no cuando es libre, trabajador, que confía en sí mismo y es decidido. El judío causó nuestra miseria y hoy vive de ella. Por eso nosotros, nacionalistas y socialistas, nos oponemos a los judíos. El judío ha corrompido nuestra raza, ensuciado nuestra moral, socavado nuestros valores y quebrantado nuestra fuerza. Él es la razón por la que hoy somos los parias del mundo entero. Mientras éramos alemanes, él era un leproso entre nosotros. Cuando olvidamos nuestra naturaleza alemana, él triunfó sobre nosotros y nuestro futuro. El judío es el demonio de la decadencia.

Donde siente inmundicia y decadencia, aparece de su escondite y comienza su matanza criminal de los pueblos. Se pone una máscara de amistad ante aquellos a quienes quiere traicionar, sin que la víctima inocente se dé cuenta de que ya tiene el cuello roto. El judío no es creativo. No produce nada, sólo comercia con productos. Con harapos, ropa, cuadros, gemas, cereales, acciones, acciones mineras, pueblos y estados. Y todo lo que comercia fue robado en alguna parte y de alguna manera. Mientras esté en contra de un Estado, será un revolucionario; tan pronto como tiene el poder predica la paz y el orden para poder disfrutar de su robo. ¿Qué tiene que ver el antisemitismo con el socialismo? Yo pregunto lo contrario: ¿qué tiene que ver el judío con el socialismo? El socialismo es la doctrina del trabajo. ¿Cuándo se le vio trabajar en lugar de saquear, robar, corromper y vivir del sudor de los demás? Somos socialistas que nos oponemos al judío, porque vemos en el hebreo la encarnación del capitalismo, lo que significa el mal uso de la riqueza del pueblo. ¿Qué tiene que ver el antisemitismo con el nacionalismo? Yo pregunto lo contrario: ¿Qué tiene que ver el judío con el nacionalismo? El nacionalismo es la doctrina de la sangre, de la raza. El judío es el enemigo y destructor de la sangre unificada, el destructor consciente de nuestra raza. Somos nacionalistas, nos oponemos al judío porque vemos en el hebreo al eterno enemigo de nuestro honor nacional y de nuestra libertad étnica.

"El judío también es un ser humano". Ciertamente. Ninguno de nosotros lo ha dudado jamás. Sólo dudamos de que sea un ser humano decente. No se lleva bien con nosotros. Vive según leyes internas y externas diferentes a las nuestras. El hecho de que sea un ser humano no es razón suficiente para que nos oprima e intimide de manera inhumana. Es un ser humano, pero ¿de qué clase? Si alguien azota la cara de tu madre con un látigo, ¿dices: “Gracias, es un ser humano?” Ese no es un ser humano, sino un monstruo. ¡Cuánto peor le ha hecho el judío a nuestra madre Alemania, y le sigue haciendo aún hoy! "Hay judíos blancos". Claro, hay suficientes perros sucios entre nosotros, incluso si son alemanes, que utilizan métodos inmorales para oprimir a sus propios camaradas étnicos y de sangre. ¿Pero por qué los llamas judíos blancos? Eso supone que hay algo en la naturaleza judía que es inferior y despreciable. Eso es exactamente lo que pensamos. ¿Por qué nos preguntas por qué somos oponentes de los judíos cuando tú también lo eres, sin darte cuenta? "El antisemitismo no es cristiano". Entonces, ser cristiano significa permitir que los judíos continúen gobernando, observar cómo él corta la piel de

nuestros cuerpos y luego se burla de lo que ha hecho. ¡Ser cristiano significa amar a tu prójimo como a ti mismo! Mi prójimo es mi camarada de sangre y etnia. Si lo amo debo odiar a su enemigo. Quien piensa como alemán debe despreciar al judío. Uno determina al otro. Cristo también vio que el amor no funciona en todas las situaciones. Cuando echó a los cambistas del templo, no dijo: ¡Hijos, amaos unos a otros! En lugar de eso, tomó un látigo y expulsó a la manada. Nos oponemos a los judíos porque afirmamos al pueblo alemán. El judío es nuestra mayor desgracia. Eso cambiará si somos verdaderamente alemanes.

Joseph Goebbels - cuando Hitler habla.

19 de noviembre de 1928

La naturaleza del genio es imaginar lo que es grande y necesario, mientras que el talento sólo puede reconocerlo. El genio suele desarrollar un pensamiento creativo fundamental y transformarlo de las más variadas formas. El talento promueve muchas buenas ideas, pero casi siempre se han desarrollado en algún lugar y de alguna manera antes. Lo nuevo, lo creativo, lo monumental, lo infinito pertenecen al genio. El talento se conforma con lo que ya existe. A diferencia del genio, no es único, ni atemporal, ni eterno en sus efectos. El resultado del talento es el resultado de la diligencia, la resistencia y la capacidad. El genio es creativo en sí mismo sólo a través de la gracia. La fuerza más profunda del individuo verdaderamente grande tiene sus raíces en el instinto. A veces no puede decir por qué esto es cierto. Basta decir: así es, y entonces es así. Lo que el trabajo duro, el conocimiento y el aprendizaje escolar no pueden entender, Dios lo revela por boca de aquel a quien ha elegido. En todas las áreas del esfuerzo humano, el genio es una vocación.

El espíritu creativo obliga a la gran persona a ser y actuar como es y actúa, cumpliendo así su ley. Cuando Hitler habla, la fuerza mágica de sus palabras rompe toda resistencia. Sólo se puede ser su amigo o su enemigo. Él separa lo caliente de lo frío. Escupe lo tibio. Hay quienes lo escucharon por primera vez como sus más fervientes oponentes, pero después de diez minutos fueron sus más apasionados seguidores. Es el gran simplificador que con unas pocas palabras puede arrancar el andamiaje de los problemas divisivos de Alemania y revelar todo su horror tosco, desnudo y despiadado. Ninguna frase vacía puede presentarse ante él. Los gobernantes de Alemania sabían por qué le prohibieron hablar. Desde su punto de vista, se aplica lo que Robespierre dijo una vez sobre Marat: “Ese hombre es peligroso. Él cree lo que dice”. La gente tiene un fino sentido de si uno es honesto o no con ellos. A largo plazo, el instinto nacional no puede ser engañado cuando un hombre o un movimiento habla de manera diferente a como actúa, si habla de manera diferente de lo que piensa. No hay dudas sobre Hitler. O se le rechaza absolutamente o se ve en él la única esperanza de restablecer el Reich. Nadie que lo haya escuchado ha dudado jamás de que cree en la cosmovisión que representa. Ése es el secreto de su fuerza: su fe fanática en su movimiento y, por tanto, en Alemania.

Hoy se le acusa de afirmar lo obvio. Lamentablemente, en nuestra política actual ocurre exactamente lo contrario. ¿Por qué nadie hoy en Alemania piensa en poner en práctica lo obvio? Un estadista requiere tres características: el don de ver con instinto, el don de hacerlo obvio para los demás y el don de aplicarlo a la acción política. El estadista debe ser un visionario, un orador y un organizador. Vemos estos tres dones en Hitler. Por lo tanto, su propaganda actual es más que oratoria. Es política, incluso si está en la oposición. Es el intermediario entre el conocimiento y la realidad política. Muchos tienen conocimientos, muchos más pueden organizarse, pero él es el único en Alemania con conocimientos fatídicos que puede utilizar el poder de la palabra para construir futuros valores políticos. Muchos son llamados, pero pocos son escogidos. Todos estamos absolutamente convencidos de que él habla por nosotros y muestra el camino. Por eso creemos en él. En su poderosa forma humana vemos en este hombre la gracia del destino hecha visible, aferrándonos a su ideal con todas nuestras esperanzas, uniéndonos a esa idea creativa que lo impulsa a él y a todos nosotros hacia adelante.
¡Al futuro!

Joseph Goebbels - Kütemeyer.

26 de noviembre de 1928

Un día entró en la oficina y preguntó si había algo que pudiera hacer. Estaba desempleado y él y su esposa apenas podían sobrevivir con el subsidio de desempleo. Con mucho gusto prestaría sus servicios al partido. Era callado y tímido. Se sentó donde le dijeron y dijo poco sobre su actividad voluntaria. Después de cuatro meses de duro trabajo, los expedientes, que a causa de las prohibiciones y persecuciones habían caído en un completo caos, volvieron a estar en orden. Era el primero en llegar por la mañana y el último en salir por la noche. Lo único que decía era “buenos días” y “buenas noches”. Si por casualidad entraba en su departamento, él se levantaba de un salto, se ponía derecho, me estrechaba la mano y se ponía tan nervioso como un niño. “Había sido un soldado valiente en el frente durante la guerra. Después de la guerra fue comerciante hasta que la inflación lo arruinó. Trabajó en una granja, pero perdió su puesto por sus convicciones políticas. Regresó a la ciudad como parte del ejército de tres millones de trabajadores alemanes innecesarios. La noche anterior al mitin de Hitler se unió con sus camaradas para colgar carteles. Estuvo fuera hasta el amanecer y regresó muerto de cansancio a su apartamento. Su leal esposa lo obligó a dormir durante tres horas. Luego volvió al trabajo. Su corazón está a punto de estallar.

Su rostro pálido y demacrado está sonrojado de emoción, porque esta noche verá y oirá a su Führer por primera vez. A las cinco se presenta a la taquilla del Palacio de Deportes. Al salir de la oficina, le pregunta a un compañero: “Me pregunto a quién enterraremos a continuación”. Mientras inspeccionaba las cosas alrededor de las 6:30, lo vi en el mostrador. No recuerdo haberlo oído reír antes, pero ahora lo hizo. Su rostro brillaba de alegría. Me gritó algo, pero no pude entenderle. A las 8:15 el supervisor dijo: “Kütemeyer, todavía no has oído a Hitler. ¡Suma las cosas un minuto y sal al pasillo! Sumó el dinero. Al centavo. 420,40 marcos. Cogió el recibo y se fue. Estaba en la última fila, ya que el salón estaba lleno a rebosar. Se paró en la puerta, con lágrimas en los ojos, uniéndose a los más de 16.000 que se levantaron para cantar “Alemania, Alemania sobre todo, y en tiempos de necesidad más que nunca”. ¿Quién puede culparlo por ser reacio a regresar a la realidad de su vida cotidiana? Mantuvo una animada discusión durante dos horas con sus camaradas. Luego se dirigió a casa para reunirse con su esposa, quien se había ido inmediatamente después de la reunión. Fue atacado en una esquina. Se defendió. Pero lo superaban en número 20-1 y lo derrotaron. Tenía la cara destrozada en un Ecce Homo ensangrentado, la nariz rota, los ojos ensangrentados y los labios desgarrados. Se tambaleó hasta un lugar tranquilo a la orilla del río, con la esperanza de escapar de la turba sedienta de sangre y tal vez encontrarse con uno de sus camaradas que también estaban siendo perseguidos por las calles. Un taxi circulaba bajo la lluvia.

Lleno de sinvergüenzas rojos. Sonriendo, el conductor pisó el acelerador. Era como un animal herido. Un hombre pálido con el rostro ensangrentado. ¡Ir a buscarlo! Unos cuantos golpes en la cabeza con un garrote lo dejaron inconsciente. ¡Tírenlo por la orilla, al canal! ¿Ya está muerto o se está muriendo? Alguien escuchó un fuerte grito pidiendo ayuda mientras el taxi se alejaba a toda velocidad. Un alemán se estaba ahogando en las frías aguas. Él era sólo un trabajador. ¿A quién le importa? Uno de tres millones. El cadáver fue encontrado a las 6 de la mañana. En su bolsillo encontraron una tarjeta de miembro del partido y un folleto de propaganda. Eso fue todo. Ni dinero, ni daga, ni pistola. Sólo un trozo de papel con el nombre de Hitler. El funcionario del partido que fue a la morgue apenas pudo identificarlo, por lo brutalmente golpeado que estaba en la cara. Su esposa se despertó a las 4 de la mañana. Le pareció oír a su marido gritar "¡Madre, madre!". Era la hora en que murió. "¡Suicidio! ¡Un accidente! ¡Ebrio! ¡Se ahogó!" Eso es lo que

dijeron los periódicos. La policía habló de un lamentable paso en falso en la orilla del río. Un hombre herido de muerte cae por encima de una barrera de un metro de altura. Un hombre de raza judía está al frente de la policía. El fallecido no es más que un trabajador alemán. ¡Se quitan los sombreros y se arrían las banderas! ¡Pero sólo por un momento! Apretaos los barbijos, y comenzamos nuestra venganza contra los destructores de nuestro pueblo. ¡Trabajo, camaradas, trabajo! Este muerto tiene derecho a exigirnos eso.

Joseph Goebbels - ¡alemanes, compren sólo a los judíos!

10 de diciembre de 1928

¿Por qué? Porque el judío vende mercancías baratas y de mala calidad, mientras que el alemán fija un precio adecuado a las mercancías buenas. Porque el judío te engaña, mientras que el alemán te trata de forma justa y honesta. Porque a los judíos se les puede comprar todo tipo de basura, pero los alemanes solo venden productos de calidad. El judío es vuestro hermano de sangre, el alemán el enemigo de vuestro pueblo. El judío se mantiene con el sudor de su frente, el alemán es un holgazán que no sirve para nada. El judío estuvo junto a usted en el frente durante cuatro años, hombro con hombro, y arriesgó su vida por la fama y la grandeza de Alemania, pero el alemán se escondía en la retaguardia. El judío murió para que Alemania pudiera vivir. ¿Dónde se puede encontrar a un judío que no haya perdido todo lo que tenía en la guerra y la revolución, y un alemán que no se haya vuelto rico y arrogante? ¿No es cierto que los alemanes clavaron a Jesús en la cruz y los judíos transformaron en realidad su enseñanza del amor? Compre sólo en grandes almacenes judíos. ¿Qué te importa el pequeño comerciante alemán? Debería ir a Palestina y vender allí sus mercancías.

Él no es uno de los nuestros. Estamos cansados de esta charla constante sobre las pequeñas empresas moribundas. Los grandes almacenes judíos son cómodos y acogedores. Todo tipo de basura barata está disponible. Palacios de este tipo se encuentran en cada esquina. Sus luces brillan en la noche oscura, los árboles de Navidad brillan en los escaparates, los ángeles se balancean sobre un mar kitsch, los niños ríen y aplauden, y el benevolente comerciante judío se encuentra al fondo frotándose las manos con alegría. ¿Dónde se puede encontrar un comerciante alemán tan generoso y enérgico? ¿Qué quiere decir con que los alemanes también quieren ganarse la vida? ¿Por qué? ¿Quiénes se creen que son? Deberían tomar relevo como el resto de nosotros. ¿Por qué algunos alemanes deberían tenerlo mejor que el resto de nosotros? Después de todo, ese es el derecho de los judíos en Alemania. ¿Para qué tenemos una república si no es para beneficiar a los judíos? ¡Seiscientas pequeñas empresas han quebrado sólo en Berlín esta temporada navideña debido a los grandes almacenes judíos! ¿Quedan todavía tantos alemanes por aquí? Tranquilo: el año que viene habrá menos. Ya no queda mucho para que quiebren todos los alemanes.

Así debería ser. ¡Alemania para los judíos! Por eso luchamos y sangramos. Gastaremos nuestro último centavo para ese fin. Coloca el árbol de Navidad. Hijas de Sión, ¡alegraos! Los buenos alemanes están forjando sus propias cadenas con las monedas que tanto les costó ganar. El financiero judío los utilizará para imponer la esclavitud eterna a los alemanes. ¿Quién no querría ayudar a promover la gran obra benévola de los judíos del mundo? ¿Para qué tenemos cuello, si no para llevar yugo? Alemania lleva diez años a la venta. ¿Quién no quiere ayudar? ¿Alguien pregunta si el juguete que hay bajo el árbol de Navidad es del judío Tietz o del alemán Müller? El judío engordará con las monedas que le deis, el alemán morirá de hambre. Que la luz brille sobre los judíos, que los alemanes vivan en la oscuridad. Eso es lo que quiere el Señor de los judíos, al igual que su lacayo el ministro de Finanzas, Hilferding. La propiedad es robo, siempre que no pertenezca al judío. ¡Ni un centavo para la nobleza, todo para los estafadores de bancos, bolsas y grandes almacenes! La Navidad es la fiesta del amor. ¿Por qué no deberíamos amar a los judíos pobres, ni siquiera hacerlos engordar? ¡Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian! ¿Cuándo no fue el judío nuestro enemigo? ¿Cuándo no nos odió, persiguió, calumnió y escupió? ¿Quién sería tan inhumano como para exigir que lo tratemos según la ley que él nos aplica: ojo por ojo y diente por diente? El niño cuyo cumpleaños pronto celebraremos vino al mundo para traer amor. Pero Cristo hombre aprendió que no siempre se puede arreglárselas con

amor. Cuando vio a los cambistas judíos en el templo, tomó un látigo y los echó. ¡Alemanes, compren sólo a judíos! Dejen que sus conciudadanos mueran de hambre y vayan a los grandes almacenes judíos, especialmente en Navidad. Cuanto mayor sea la injusticia que cometáis con vuestro propio pueblo, más pronto llegará el día en que venga un hombre a tomar el látigo y expulse a los cambistas del templo de nuestra patria.

Joseph Goebbels - graffiti de baño.

7 de enero de 1929

¿Es cierto que mientras trabajaba en el Ruhr tuvo usted una relación muy estrecha con los masones y que estos le pagaban? Si es así, ¿cómo cuadra eso con sus actitudes actuales? ¿Es cierto que su hermana en Berlín está casada con un judío y que los visita frecuentemente para almorzar? ¿Fue usted educado por los jesuitas y todavía está en contacto y apoyado por los círculos ultramontanos, recibiendo de ellos orientación y asesoramiento para su actividad política? Si es así, ¿qué deberíamos pensar al respecto? ¿Es cierto que hace unas semanas le echaron de un bar de Berlín por no pagar la cuenta? Si es así, ¿cómo cuadra eso con sus hipócritas afirmaciones de decencia y honor? ¿Eres adicto a la morfina? ¿Es cierto que tiene un grupo de peces gordos del partido que le pagan un salario elevado (los fondos provienen de fuentes francesas o italianas)? ¿Es cierto que tolera a camaradas del partido en altos cargos que son moralmente cuestionables y cuyos estilos de vida difícilmente concuerdan con los estándares generales de moralidad y decencia? ¡Responde, responde! ¡Di algo! ¿Esos son chistes? Oh, no, las preguntas son amargamente serias. Esto es sólo una pequeña muestra del montón de preguntas y consultas que me han hecho, por escrito o de forma oral, desde que estoy en Berlín. ¿Se supone que debo responderles? ¿Debo estar siempre dispuesto a refutar y hacer impotente cada nueva mentira y calumnia? ¿No se da cuenta de lo absolutamente embarazoso que debe ser transmitir semejantes tonterías?

¿Y al traficante de escándalos o al sinvergüenza que difunde historias tan descabelladas no hay otra respuesta que preguntarme sobre ellas? ¿Tiene todo vagabundo derecho a insultarme y luego esconderse en un cobarde anonimato sin que nadie del Partido responda a estas evidentes calumnias? Después de todo, el Partido es el objetivo al que esperan perjudicar con ataques a mi insignificante persona. ¿Cuántas veces hay que decir que el enemigo utiliza el mimetismo, poniéndose cada día una máscara nueva, con el eterno judío siempre detrás? ¿Eres adicto a la morfina? ¿Parezco uno? ¿Visitas a un judío? ¿Tu hermana (que tiene 16 años y todavía está en la escuela) está casada con nuestro enemigo mortal? ¿Estamos locos? ¿He dado motivos para pensar que soy un animal estúpido, un hipócrita y un sinvergüenza al que cualquier idiota puede escupir ante el aplauso de una multitud? Si hubiera algo de verdad, nos preguntamos, ¿los periódicos berlineses, que siempre están dispuestos a atacarnos, mostrarían una reserva tan discreta? La CV [una organización judía] afirma operar de manera sistemática y silenciosa. La criatura que ha avergonzado y abusado de nuestro pueblo no cruza espadas con nosotros en el debate público.

Primero intentaron matarnos con el silencio, luego nos atacaron con el terror rojo, luego prohibieron nuestras organizaciones y nuestra prensa, y cuando todo eso fracasó, ¿qué le quedó al judío además del arte de mentir y calumniar, del que es maestro? Se da cuenta de que algo siempre se queda. Con sus dedos sucios hurga en un montón de vulgaridades y el buen ciudadano piensa: "Tal vez no todo sea cierto, pero algo debe serlo. Nadie puede decir mentiras tan escandalosas". Bueno, el judío sí miente de una manera tan escandalosa. Va desde la supuesta novia judía de Hitler hasta una pequeña calumnia contra el más mínimo funcionario del partido. ¿Deberíamos defendernos de ello, intentando cada semana corregir los últimos absurdos? ¡A los hebreos les encantaría eso! Nos pondría a la defensiva y podríamos cambiar el nombre de nuestro periódico de lucha Der Angriff a The Defender. ¿Creen que somos tan estúpidos? Nosotros decidimos cómo vamos a luchar, no un hebreo anónimo. Todavía no estamos tan enfermos ni tan adictos al opio como para carecer de fuerzas para dar la respuesta adecuada en este nuevo año. Un judío no puede insultarnos. Sólo respondemos frustrando sus

planes. No conseguirá que cambiemos de estilo. Yo, el reclutador de los masones, el jesuita y el jefe de cuentas, el morfinómano y candidato a la muerte, el principal cortesano y defensor de la inmoralidad y el vicio, tendré una respuesta para los judíos. Pero no será la respuesta que espera el hebreo. ¿Quieres que te explique nuestros planes de acción hasta Pascua, inocente transeúnte de apariencia judía?

Joseph Goebbels - el judío.

21 de enero de 1929

En Alemania todo se discute abiertamente y cada alemán reivindica el derecho a opinar sobre todas las cuestiones. Uno es católico, el otro protestante, uno empleado, el otro empresario, capitalista, socialista, demócrata, aristócrata. No hay nada deshonroso en elegir un lado o el otro de una cuestión. Las discusiones ocurren en público y cuando los asuntos no están claros o son confusos, se resuelve mediante argumentos y contraargumentos. Pero hay un problema que no se discute públicamente y que resulta delicado incluso mencionar: la cuestión judía. Es un tabú en nuestra república. El judío está inmunizado contra todos los peligros: se le puede llamar sinvergüenza, parásito, estafador, especulador, todo le resbala como el agua en un impermeable. Pero llámalo judío y te sorprenderás de cómo retrocede, de lo herido que está: "Me han descubierto".

Uno no puede defenderse del judío. Ataca a la velocidad del rayo desde su posición segura y usa sus habilidades para aplastar cualquier intento de defensa. Rápidamente le devuelve las acusaciones del atacante y el atacante se convierte en el mentiroso, el alborotador y el terrorista. Nada podría ser más equivocado que defenderse. Eso es exactamente lo que quiere el judío. Puede inventar una nueva mentira cada día para que el enemigo responda, y el resultado es que el enemigo pasa tanto tiempo defendiéndose que no tiene tiempo para hacer lo que el judío realmente teme: atacar. El acusado se ha convertido en acusador y lo empuja ruidosamente al banquillo. Así siempre fue en el pasado cuando una persona o un movimiento lucharon contra los judíos. Esto es lo que nos sucedería también a nosotros si no tuviéramos plena conciencia de su naturaleza y si no tuviéramos el valor de sacar las siguientes conclusiones radicales:

1). No se puede luchar contra los judíos por medios positivos. Es un negativo, y este negativo debe ser borrado del sistema alemán o lo corromperá para siempre.

2). No se puede discutir la cuestión judía con los judíos. Difícilmente se puede demostrar a una persona que tenemos el deber de hacerla inofensiva.

3). No se puede permitir al judío los mismos medios que se le darían a un oponente honesto, ya que no es un oponente honorable. Utilizará la generosidad y la nobleza sólo para atrapar a su enemigo.

4). El judío no tiene nada que decir sobre las cuestiones alemanas. Es un extranjero, un alienígena, que sólo goza de derechos de huésped, derechos de los que siempre abusa.

5). La llamada moral religiosa de los judíos no es moralidad en absoluto, sino más bien un estímulo a la traición. Por lo tanto, no tienen derecho a la protección del Estado.

6). El judío no es más inteligente que nosotros, sino sólo más astuto. Su sistema no puede ser derrotado económicamente: sigue principios morales completamente diferentes a los nuestros. Sólo se puede romper con medios políticos.

7). Un judío no puede insultar a un alemán. Las calumnias judías no son más que insignias de honor para un oponente alemán.

8). Cuanto más se opone un alemán o un movimiento alemán al judío, más valioso es. Si alguien es atacado por los judíos, es una señal segura de su virtud. Aquel que no es perseguido por los judíos, o alabado por ellos, es inútil y peligroso.

9). El judío evalúa las cuestiones alemanas desde el punto de vista judío. Como resultado, debe ser cierto lo contrario de lo que dice.

10). Hay que afirmar o rechazar el antisemitismo. El que defiende a los judíos perjudica a su propio pueblo. Sólo se puede ser un lacayo del judío o un oponente del judío. Oponerse a los judíos es una cuestión de higiene personal.

Estos principios dan al movimiento antijudío una posibilidad de éxito. Sólo un movimiento así será tomado en serio por los judíos, sólo un movimiento así será temido por ellos. Por lo tanto, el hecho de que grite y se queje de tal movimiento es sólo una señal de que tiene razón. Por eso nos alegramos de que seamos atacados constantemente en los boletines judíos. Quizás griten sobre el terror. Respondemos con las conocidas palabras de Mussolini: "¿Terror? ¡Nunca! Es higiene social. Sacamos a estos individuos de la circulación como lo hace un médico con una bacteria.

Joseph Goebbels - el Führer.

22 de abril de 1929

Un líder debe poseer carácter, voluntad, habilidad y suerte. Si estas cuatro características forman una unidad armoniosa en una persona brillante, tenemos un hombre llamado por la historia. El carácter es el factor más importante. El conocimiento, el aprendizaje de los libros, la experiencia y la práctica hacen más daño que bien si no se basan en un carácter fuerte. El carácter los lleva a su mejor expresión. Requiere coraje, resistencia, energía y constancia. El coraje le da a la persona no sólo la capacidad de reconocer lo que es correcto, sino también decirlo y hacerlo. La resistencia le da la capacidad de perseguir el objetivo elegido, incluso si se interponen obstáculos aparentemente imposibles, y de proclamarlo incluso si es impopular, incluso si eso lo hace impopular. La energía moviliza la fuerza para arriesgarlo todo por la meta y la perseverancia para llegar a ella. La coherencia da a su ojo y a su mente la agudeza del conocimiento y la lógica en el pensamiento y la acción que da a las personas verdaderamente grandes la capacidad de llegar a las masas eternamente vacilantes. Estas virtudes varoniles juntas comprenden lo que llamamos carácter.

Carácter, en resumen, es estilo y comportamiento en su forma más elevada. La voluntad eleva el carácter desde lo individualista a lo universal. La voluntad convierte al hombre de carácter en un hombre político. Cualquier hombre importante quiere algo y, de hecho, está dispuesto a utilizar todos los medios para lograr su fin. La voluntad distingue al hombre que actúa del hombre que simplemente piensa. Es el intermediario entre el conocimiento y la acción. Es mucho más importante para nosotros querer lo correcto que simplemente saber lo que es correcto. Esto es particularmente cierto en la política. ¡De qué me sirve conocer al enemigo si no tengo la voluntad de destruirlo! Muchos saben por qué Alemania se ha derrumbado, pero pocos tienen la voluntad de poner fin a sus desgracias. Lo que distingue a quien está llamado a liderar de todos los demás es esto: no sólo tiene la voluntad de querer, sino también de actuar. Pero en política también es importante no sólo lo que uno quiere, sino lo que uno logra. Esto nos lleva a la tercera característica de la persona política: la capacidad. El progreso requiere logros. Liderazgo significa querer algo y ser capaz de mostrar el camino para realizar lo que uno quiere. La historia juzga por lo que se ha hecho.

Los alemanes debemos darnos cuenta de ello. La política es un asunto público y no se pueden aplicar las leyes de los asuntos privados a los asuntos públicos. Los alemanes tendemos a menudo a confundir el deseo de algo con la capacidad de hacerlo, y a perdonar al incompetente que dice querer cosas buenas y adecuadas. "No hemos logrado el socialismo", dicen los marxistas de noviembre, "pero al menos queríamos hacerlo". Esto es irrelevante, del mismo modo que no nos importa si alguien quiere tocar el violín. De hecho, debe poder hacerlo. Quien quiera rescatar a un pueblo debe tener ante todo la capacidad necesaria. Carácter, voluntad y capacidad, los tres requisitos previos del liderazgo, se manifiestan en las personas capaces. O están ahí o no están ahí. La cuarta característica une a las otras tres: la suerte. El líder debe tener suerte. Debe tener una mano bendita. Uno debe poder ver que todas sus acciones están bajo la protección de un poder superior. A un líder le puede faltar todo menos suerte. Eso es irreemplazable. Las masas no se oponen a los líderes. Se oponen instintivamente a los usurpadores que reclaman el poder sin tener la voluntad y la capacidad necesarias. El líder difícilmente es un enemigo de las masas. Sólo evita los trucos baratos de la adulación masiva que alimenta al pueblo con frases en lugar de pan. El líder debe poder hacerlo todo. Eso no significa que comprenda todos los detalles, pero sí debe conocer los conceptos básicos. Hay otras personas útiles que pueden hacer girar las ruedas de la política.

El arte de la organización es uno de los factores más importantes en las capacidades de los líderes políticos. Organización significa asignar correctamente el trabajo y la responsabilidad. El líder es el maestro del mecanismo de relojería de una intrincada maquinaria política. Hoy celebramos el 40 cumpleaños de Adolf Hitler. Creemos que el destino le ha llamado a mostrar el camino al pueblo alemán. Lo saludamos con honor y devoción, y sólo deseamos que nos lo conserve hasta que termine su obra.

27 de febrero de 1930

Ya era tarde y estaba disfrutando del raro placer de leer un buen libro. Estaba relajado y a gusto. El teléfono sonó. Cogí el teléfono con temor. Es peor de lo que esperaba. "Horst Wessel ha sido tiroteado". Temblando de miedo pregunté: “¿Muerto?” “No, pero no hay esperanza”. Sentí como si las paredes se derrumbaran a mi alrededor. Fue increíble. ¡No puede ser!

*

Unos días más tarde, entro en la pequeña habitación del hospital en la planta baja y lo que veo me sorprende. Una bala en la cabeza le ha causado un daño terrible a este heroico muchacho. Su rostro está distorsionado. Casi no lo reconozco. Pero él es feliz. Sus ojos son claros y brillantes, aunque no podemos hablar por mucho tiempo. El médico le ha ordenado que mantenga la calma. Sólo repite unas pocas palabras: “Estoy feliz”. No necesita decirlo. Uno lo ve mirándolo. Su sonrisa joven y luminosa supera la sangre y las heridas. Él todavía cree. Me senté junto a su cama un domingo por la tarde mientras llegaban oleadas de visitantes hasta la noche. Se puede tener esperanza. Él está mejorando. La fiebre ha bajado y las heridas cicatrizan. Se sentó a medio camino y habló. ¿Qué pasa? ¡Una pregunta tonta! Sobre nosotros, sobre el movimiento, sobre sus camaradas. Hoy se pararon frente a su puerta, y uno tras otro pasaron y levantaron el brazo para saludar al joven líder por un momento. "¡No podría soportarlo de otra manera!” Miro sus manos, que ahora son pequeñas y blancas. Su fuerte nariz destaca en medio de su rostro con dos ojos brillantes. ¿Pero la fiebre ha vuelto? No puede comer, sus fuerzas disminuyen gradualmente, aunque su espíritu permanece fresco y alerta.

No se le permite leer. Puede que sólo hable. Es difícil obedecer la mirada de advertencia de la enfermera. ¿Lo volveré a ver alguna vez? ¡Quién sabe! Si no se produce envenenamiento de la sangre, todo estará bien. Una madre solitaria se sienta afuera. Su rostro refleja una pregunta. “¿Lo logrará?” ¿Qué se puede decir sino sí? Intento persuadirme a mí mismo y a los demás. Se desarrolla envenenamiento de la sangre. Para el jueves, hay pocas esperanzas. Quiere hablar conmigo. El doctor me da un minuto. ¡Qué difícil es pasar la guardia de la muerte para entrar en la habitación! No sabe qué tan grave es su condición. Pero intuye que puede ser la última vez: “¡No te vayas!” él ruega. La enfermera cede y él se consuela. "No pierdas la esperanza. La fiebre va y viene. El movimiento también ha sufrido en los últimos dos años, pero hoy es duro y fuerte”. Eso lo consuela. ¡Vuelve!”, dicen sus ojos, sus manos, sus labios calientes y secos, mientras me voy con el corazón apesadumbrado. Temo haberlo visto por última vez.

*

Sábado por la mañana. Es inútil. El médico ya no permite visitas. Está alucinando. Ya ni siquiera reconoce a su propia madre.

*

Son las 6:30 de la mañana del domingo. Muere después de una dura lucha. Dos horas más tarde, cuando estoy junto a su cama, no puedo creer que sea Horst Wessel. Su cara está amarilla y las heridas aún están cubiertas con tiritas blancas. Se le ve barba incipiente en la barbilla. Los ojos entreabiertos miran vidriosos hacia la eternidad que todos enfrentamos. Las pequeñas manos frías yacen en medio de flores, con tulipanes rojos y violetas. El anfitrión Wessel ha fallecido. Sus

restos mortales han abandonado la lucha y el conflicto. Sin embargo, puedo sentir casi físicamente cómo su espíritu se eleva para seguir viviendo con nosotros. Él lo creía, lo sabía. Él mismo lo expresó con palabras: "marcha en espíritu en nuestras filas".

*

Un día, en una Alemania alemana, trabajadores y estudiantes marcharán juntos cantando su canción. Él estará con ellos. Lo escribió en un momento de éxtasis, de inspiración. De él brotaba el canto, nacido de la vida y dando testimonio de esa vida. Los soldados marrones la cantan por todo el país. Dentro de diez años, los niños la cantarán en las escuelas, los trabajadores en las fábricas, los soldados en marcha. Su canción lo hace inmortal. Así vivió, así murió. Un vagabundo entre dos mundos, entre el ayer y el mañana, entre lo que fue y lo que será. ¡Un soldado de la revolución alemana! Una vez estuvo con la mano en el cinturón, orgulloso y erguido, con la sonrisa de la juventud en sus labios rojos, siempre dispuesto a arriesgar su vida. Así lo recordaremos. Veo columnas interminables marchando en espíritu. Un pueblo humillado se levanta y comienza a moverse. Una Alemania que despierta exige sus derechos: ¡libertad y prosperidad! Él marcha detrás de ellos en espíritu. Muchos de ellos no lo conocerán. Muchos habrán ido donde él está ahora. Habrán venido muchos otros. Camina con ellos en silencio y con conocimiento de causa. Ondean las pancartas, suenan las trompetas, suenan las flautas, y entre un millón de amenazas resuena el canto de la revolución alemana: "¡Levanten en alto la bandera!"

Joseph Goebbels - ciento siete.

21 de septiembre de 1930

Es un número bonito, redondo, impresionante y de peso. Algunos de nosotros recordamos el momento en que escribimos ese número en un libro de membresía y así documentamos que el número de miembros del partido estaba llegando a su segundo centenar. No parece posible que ahora tengamos tantos miembros en el Reichstag, que seamos el segundo partido más grande y el más grande de los partidos no marxistas. Tendremos que adaptarnos a nuestro nuevo rol. De la noche a la mañana hemos pasado de ser un grupo pequeño y despreciado a un partido líder de masas y nuestra victoria del 14 de septiembre no tiene precedentes en la historia política. En el pasado, un partido que duplicó su voto celebró el logro como un triunfo. Los socialdemócratas lucharon durante décadas para conseguir sus primeros veinte escaños. En los últimos dos años nuestro partido se ha multiplicado por diez. Ha conquistado bastión tras bastión y fortaleza tras fortaleza en toda la nación, a pesar de mentiras, calumnias y prohibiciones. Ha construido una organización fuerte, ha fundado cincuenta periódicos y ha desarrollado un batallón de los mejores oradores políticos. Había producido una avalancha de planes e ideas y muchos organizadores y pensadores. Esto no se puede explicar por medios ordinarios. Es un misterio político, una especie de milagro.

Nuestro deber es transformar en realidad el milagro de este misterio político. Las amplias masas que se han expresado en nuestro movimiento han dado una declaración clara e inequívoca contra la Alemania de hoy y a favor de la Alemania de mañana. Quieren una ruptura radical con las políticas internas, externas, económicas y culturales del gobierno anterior. No se puede imaginar un ataque más amenazador al sistema. Está claro que la voluntad de librar a Alemania de los viejos partidos y sus ideas ya no es la de un partido pequeño, sino la de toda una nación despierta. Nuestra propaganda ha desatado esta voluntad popular. Ahora debemos transformar las palabras en hechos. Los del centro conocen nuestros objetivos: el movimiento Nacional Socialista no desea unirse a los jefes del partido burgués. No tenemos ninguna intención de eludir la responsabilidad. No somos proveedores de patetismo, como les gusta decir de nosotros a los periódicos. Aceptaremos la responsabilidad sólo cuando podamos justificarla ante el pueblo y la nación. No consideramos santo lo que la República considera intocable. El movimiento Nacional Socialista quiere una transformación de las cosas tal como son. No hemos venido a apuntalar lo que se está derrumbando, sino a derribarlo. Las condiciones bajo las cuales estaríamos dispuestos a utilizar el poder que tenemos son claras. Son claros, adecuados y precisos para cualquiera que nos conozca.

No nos interesa el bien de nuestro partido, sino el bien del pueblo alemán. Los millones de personas que nos han votado quieren que el Nacional Socialismo determine el destino del Reich. No tienen ningún interés en los regateos parlamentarios, y menos aún en que usemos nuestra fuerza para apoyar un sistema que se derrumba. Cualquiera que quiera gobernar con nosotros debe aceptar el hecho de que ya pasó la época en la que se podían ignorar los intereses de los trabajadores. También nos negamos absolutamente a regatear por las ventajas del partido. Nos encargaremos de nuestra partido nosotros solos. El gobierno debería considerar sólo los intereses del pueblo. Nos hemos recuperado del sorprendente y completamente inesperado triunfo de la semana pasada. Nuestros corazones están una vez más calientes y nuestras mentes frías y no al revés. Vemos nuestra fuerza repentina con buen sentido, listos para usarla en cualquier momento. Podemos gobernar o podemos estar en la oposición. Pero haremos cualquiera de las dos cosas en el espíritu del Nacional Socialismo. Podemos sentarnos tan cómodamente en los escaños ministeriales como en los escaños parlamentarios. Estamos en

casa en cualquier parte de la política alemana. Pero dondequiera que estemos, serviremos incansablemente al pueblo alemán y a su bienestar. Ese es el juramento que hacemos en esta hora feliz que nos ha regalado el destino después de tanto sacrificio, esfuerzo y derramamiento de sangre. ¡Apoyamos al pueblo y luchamos por Alemania! ¡No queremos nada para nosotros, todo para la nación! Daremos todos nuestros esfuerzos por el bien de la comunidad, esforzándonos por recuperar el honor y la prosperidad para la patria. Nos mantendremos firmes o caeremos según el destino de Alemania. ¡Levanten la pancarta en alto!

Joseph Goebbels - navidades 1931.

Diciembre de 1931

El pueblo alemán afronta la Navidad más dura y severa de su historia. Es cierto que a veces hubo días en el pasado llenos de miseria y tristeza, como cuando los soldados de la Gran Guerra estaban en las trincheras de Flandes y Polonia haciendo sangrientos sacrificios por la libertad y el honor de la nación. Pero incluso a través de las nubes más oscuras, una estrella de esperanza brilló sobre nosotros. Este año, sin embargo, todo el pueblo está invadido por una gris desesperación. La economía está en ruinas, las fábricas vacías, las chimeneas ya no humean, los hornos ya no arden. Las calles de las grandes ciudades están llenas de ejércitos de desempleados. La miseria y la pobreza son huéspedes en los cortijos. La clase media está en la ruina. Las clases creativas se ven despojadas de las necesidades básicas de la vida y nubes siempre nuevas y pesadas se ciernen sobre la nación. El pueblo está dividido, partido en dos. La crisis nacional se refleja en una crisis mundial cada vez peor. La vida política es más confusa que nunca y en ninguna parte excepto entre nosotros hay un programa, un pensamiento, una voluntad, un hombre.

La Alemania oficial se defiende con energía desesperada. El activismo, sin embargo, está con la oposición, que al menos por ahora debe utilizar su fuerza para criticar. El pueblo tiene todos los motivos para desesperar del futuro. Si no hubiera un movimiento Nacional Socialista como última esperanza de los de buena voluntad, hace tiempo que millones de personas en Alemania se habrían hundido en el abismo del caos y la anarquía. Hemos levantado la bandera de una nueva fe. Lo tenemos inquebrantable y firmemente en nuestra mano, y damos a los trabajadores la confianza de que tarde o temprano Alemania cambiará de manera fundamental que permitirá la reconstrucción de un Estado nacional y, por tanto, el comienzo del renacimiento del pueblo alemán. Esto no es sólo una promesa para el futuro, sino mucho más una obligación para el presente. Hoy llevamos en nuestras manos la última esperanza de millones. El pueblo alemán nos mira con fiel devoción. En nosotros ve la garantía de la victoria venidera. Si fracasamos, el destino de Alemania quedará sellado para siempre, y nuestro otrora orgulloso, rico y poderoso pueblo cultural será eliminado de la lista de naciones que hacen historia. Un movimiento que incluye y encarna la última esperanza de todo un pueblo acepta una grave responsabilidad ante este pueblo y ante el futuro.

Cada hora somos conscientes de esta responsabilidad. Frente a la miseria masiva que clama al cielo, a la desesperanza del caos económico, a la desesperación de los trabajadores y al creciente sentimiento de pánico en el país, afirmamos ante el público mundial que no tenemos ninguna responsabilidad por esta situación y acusamos ante el tribunal de la historia a quienes han conducido a Alemania a esta catástrofe. Ellos más que nadie tenían al menos la responsabilidad de tender una mano amiga al pueblo, de hacer al menos lo que fuera posible para aliviar la gran miseria social, de poner bálsamo en las heridas que la desesperación nos ha causado. En cambio, han tratado de ocultar sus actos de traición, de acusarnos de los crímenes que han cometido contra Alemania, de quitarle al pueblo los últimos vestigios de una existencia decente mediante su insoportable e incendiario intento de estrangular la vida social de la nación. Durante años nos hemos opuesto a este esfuerzo inmoral por reducir el nivel de vida de Alemania a un nivel intolerable mientras intentamos satisfacer las imposibles demandas de tributo. Nos opusimos a los padres de esta política. La gente se ha unido a nosotros en cantidades cada vez mayores. Las masas han abandonado la Alemania oficial por la oposición. El Nacional Socialismo ha dado pruebas suficientes de que tiene la fuerza y la inteligencia para analizar las políticas contemporáneas, arrinconándolas cada vez más. Ahora debemos convencer al pueblo alemán de

algo más: queremos ayudar. Queremos aliviar la miseria. Queremos extender nuestra mano salvadora a los que se encuentran en apuros y a quienes luchan contra la desesperación. Ha llegado el momento de convertir al pueblo, bajo nuestro liderazgo, en una gran comunidad de quienes sufren la miseria y los golpes del destino. Es poco lo que podemos comprar estas Navidades con nuestros limitados medios. Pero lo que compramos deberíamos comprarlo al menos en Alemania, a alemanes y para alemanes. El pequeño comerciante se encuentra en una situación desesperada. Deberíamos apoyarlo. Hay que guiarlo por el camino de la próxima recuperación. Quizás no se quede atrás, víctima del colapso. Este año, los alemanes y las alemanas comprarán únicamente en tiendas alemanas. Evitarán los grandes almacenes judíos donde antes daban el dinero que tanto les costó ganar para nimiedades y tonterías, dinero que fluyó hacia los canales del marxismo internacional para ser utilizado para esclavizar aún más a la mano de obra alemana.

Por muy gris y vacío que pueda ser el festival del amor este año, siempre que sea posible debemos encender la vela de la solidaridad y la camaradería en medio de la oscuridad social. Las barreras de clase y profesión han caído. El trabajador alemán tiende la mano a la clase media, porque sabe que la clase media también le tenderá la mano. El Nacional Socialismo nos ha convertido a todos en un nuevo pueblo. La miseria de uno es la miseria del otro. Enfrentaremos los problemas de hoy con disposición a ayudar y con un verdadero espíritu socialista. El año que viene probablemente habremos preparado un amplio plan de acción gubernamental, que este año intentaremos realizar desde el lado de la oposición. Cada céntimo que gastemos debería llegar a una caja registradora alemana. Debería dar a los empresarios y comerciantes alemanes la posibilidad de sobrevivir a este difícil invierno. Debería favorecer a la industria alemana y a la mano de obra alemana. Queremos ver sólo productos alemanes en la mesa navideña. Dejemos que los judíos se ahoguen en las nimiedades y tonterías de sus grandes almacenes. Iremos a nuestros hermanos raciales y haremos la buena obra del amor fraternal, teniendo así en estos días santos el consuelo de que estamos siguiendo el primer mandato de nuestro maestro celestial.

Joseph Goebbels - nosotros votamos por Hitler.

7 de marzo de 1932

El objetivo de Adolf Hitler es la unión de todos los alemanes. Experimentó las necesidades de nuestro pueblo no en los libros, sino como una persona nacida en Austria, cuya vida anterior estuvo llena del anhelo de un Gran Reich alemán. Adolf Hitler hará realidad política este anhelo que hoy llena a 100 millones de alemanes.

Hitler, el gran alemán.

El objetivo de Adolf Hitler es resolver las cuestiones sociales y laborales. Su conocimiento de las necesidades sociales no proviene de rumores. Durante muchos años en Viena y Múnich tuvo que ganarse el magro sustento diario como simple albañil. Allí conoció al pueblo y a la clase trabajadora, compartiendo su dura suerte y su pobreza. Por tanto, tiene derecho a defender a la clase obrera alemana, dondequiera que esté.

Hitler, el Führer.

Adolf Hitler, el líder de masas nato, tiene como objetivo unificar al pueblo alemán y forjar a partir de él una fuerza sin precedentes. Para lograr este objetivo no trabaja con palabras y frases vacías, sino más bien fundando el Partido Nacional Socialista de los Trabajadores Alemanes, que muestra el camino. Comenzó en 1919 con seis camaradas del frente y del trabajo; en 1923, su movimiento fue aplastado cuando intentaba alcanzar el poder. Adolf Hitler pasó más de un año en prisión y fundó de nuevo su antiguo partido en 1925. A través de una lucha dura, agotadora y sacrificada, dirigió a los burlados y despreciados desde un pequeño grupo al movimiento de masas más impresionante de Europa.

Hitler, el profeta.

En el movimiento Nacional Socialista, el granjero está al lado del trabajador, el príncipe al lado del trabajador, el estudiante al lado del soldado del frente. Millones y millones se han unido bajo la idea de la comunidad del pueblo alemán. No quieren diferencias de ocupación o clase. Han jurado lealtad al pueblo alemán y su misión histórica. En medio de toda la desesperada charla del período de posguerra, surgió una nueva fe política. Se basa en un idealismo fluido y sacrificado, sin por ello caer presa de algún ídolo romántico. El movimiento Nacional Socialista está firmemente arraigado en la tierra, pero sus objetivos apuntan audazmente a las estrellas. Millones y millones de Nacional Socialistas han encontrado en el Nacional Socialismo un nuevo significado y propósito para sus vidas. Agradecen a Adolf Hitler y su idea salvadora que no hayan caído en la desesperanza y la anarquía.

Hitler, el luchador.

Un hombre que tiene la fuerza y los dones para construir un movimiento de millones a partir de un pequeño grupo de siete hombres, un movimiento que hoy ya abarca a la mayor y mejor parte de todo el pueblo alemán, también encontrará una manera de unificar a toda la nación, liberándola de las terribles contradicciones políticas, cosmovisionales y sociales que desgarran y hieren a nuestro pueblo. El sistema ha tenido 13 años para demostrar que ni siquiera reconoce el problema, y mucho menos lo resuelve. Sus políticas han dividido al pueblo en dos clases. La economía está en la anarquía, las finanzas están en un estado desesperado y millones y millones

de trabajadores, agricultores y la clase media alemanes son víctimas de este fatídico rumbo. Innumerables personas han desesperado por el futuro del pueblo alemán y han caído en la desesperanza. Pero la mayor parte de la nación tiene una nueva voluntad de resistir. Quiere que el pueblo alemán pase de la resignación ciega a un nuevo ideal. ¡Ese es el trabajo de Adolf Hitler! Las masas ven en él su última esperanza. Para millones de personas, su nombre se ha convertido en el brillante símbolo de la voluntad alemana de libertad. Queremos poner el futuro de Alemania en manos de este hombre. Él nos muestra el camino. Estamos listos para seguirlo. De la vergüenza y la desgracia, del colapso y la anarquía, surge una nueva voluntad de vida alemana, ¡y nosotros somos sus portadores!

Hitler, el presidente del Reich.

Quien desea que todo siga como está en Alemania se entrega a la desesperación. No nos importa si vota por los representantes de este sistema. Pero queremos que todo cambie en Alemania. Aquel que se opone a la lucha de clases y al asesinato fraternal, que busca la salida al caos y la confusión, este hombre votará por Adolf Hitler. Representa el despertar del joven idealismo alemán, es el portavoz del activismo nacional, es el portador de la próxima renovación económica y social. Por eso exclamamos: den a Adolf Hitler el poder para que el pueblo alemán vuelva a recibir lo que le corresponde. ¡Por la libertad y la prosperidad!

Joseph Goebbels - consejos para un dictador y para aquellos que quieren convertirse en uno.

1 de septiembre de 1932

1). Una dictadura requiere tres cosas: un hombre, una idea y unos seguidores dispuestos a vivir por el hombre y la idea y, si es necesario, a morir por ellos. Si falta el hombre, es inútil y si falta la idea, es imposible, la dictadura sería un chiste de mal gusto.

2). Una dictadura puede fallar contra un parlamento cuando sea necesario, pero nunca contra el pueblo.

3). Sentarse sobre bayonetas es incómodo.

4). La primera tarea de un dictador es hacer popular lo que quiere, armonizando la voluntad de la nación con la suya propia. Sólo entonces las amplias masas lo apoyarán a largo plazo y se unirán a sus filas.

5). El deber más alto de un dictador es la justicia social. Si la gente siente que el dictador sólo representa una pequeña clase alta que no tiene nada que ver con ellos, verán al dictador como un enemigo odioso y rápidamente lo derrocarán.

6). Las dictaduras rescatarán a una nación cuando conozcan mejores caminos que las formas de gobierno anteriores que están combatiendo, y cuando su poder esté tan anclado en el pueblo que no dependan de las armas, sino de sus seguidores.

7). Un dictador no necesita seguir la voluntad de la mayoría. Sin embargo, debe tener la capacidad de utilizar la voluntad del pueblo.

8). Dirigir partidos y masas es lo mismo que gobernar una nación. El que arruina un partido conducirá a una nación al abismo. La capacidad política no se demuestra utilizando métodos traicioneros para llegar a un puesto ministerial gracias al trabajo de otros.

9). Las dictaduras deben poder sobrevivir gracias a sus propias reservas espirituales. No funcionará si lo bueno de sus ideas proviene de sus oponentes y lo que no proviene de sus oponentes es malo.

10). La capacidad de hablar no es una vergüenza. Sólo es vergonzoso cuando las acciones no siguen a las palabras. Hablar bien es bueno. Actuar con valentía es aún mejor. El reaccionario típico no puede hablar ni actuar. De alguna manera ha ganado poder, pero no tiene idea de qué hacer con él.

11). Nada es más extraño al pensamiento dictatorial que el concepto burgués de objetividad. Una dictadura es por su propia naturaleza subjetiva. Toma partido por su naturaleza. Como es por una cosa, debe ser contra otra. Si no hace lo segundo, corre el riesgo de que la gente dude de su honestidad respecto de lo primero.

12). Una dictadura habla abiertamente de lo que es y de lo que quiere. Nada más lejos de ello que esconderse detrás de una fachada. Tiene el coraje de actuar, pero también el coraje de afirmar.

13). Las dictaduras que se esconden detrás de la ley para darse una apariencia de legalidad aunque sus acciones no estén en consonancia, son de corta duración. Colapsarán por su propia incompetencia, dejando atrás el caos y la confusión.

14). Sólo aquellos que carecen del coraje de unirse a un partido valoran estar por encima del partido. Cuando los mundos se derrumban, cuando los cimientos tiemblan, cuando las fiebres revolucionarias se extienden entre los pueblos y las naciones, uno debe unirse a un partido, debe estar a favor o en contra. El que se interpone será destrozado por las contradicciones, víctima de su propia indecisión.

15). Puede parecer grotesco, pero es cierto: la naturaleza de un dictador debe quedar clara a partir de su nombre. No se puede gobernar con un nombre como Müller o Meier. Y hay que luchar por el derecho a un título. No se puede ganar mediante estafa.

16). Un verdadero dictador depende de sí mismo. Su falsa contraparte se esconde detrás de las reglas y depende de párrafos legales para justificar sus acciones.

17). Todo lo grande es simple y todo lo simple es genial. Al hombrecillo le gusta ocultar su insignificancia mediante la complejidad.

18). El ejército existe para defender el país contra amenazas externas, no para reprimir al pueblo en interés de una fina capa de usurpadores. Una dictadura que no puede defenderse con sus propios partidarios merece ser desplazado.

19). Primo de Rivera [el dictador español que perdió el poder en 1930] cayó porque su poder se basaba en las armas y sólo se ganó el odio y el desprecio del pueblo.

20). La obra de Mussolini es inquebrantable, porque es el ídolo de su pueblo. Devolvió a Italia lo que siempre ha sido el mejor y más seguro fundamento de un Estado: la confianza.

Joseph Goebbels - el canciller sin pueblo.

7 de noviembre de 1932

El resultado de las elecciones de ayer es claro. El Canciller del Reich, que se creía llamado por el pueblo alemán, tiene detrás de él el diez por ciento de los alemanes adultos, si se supone que el Partido Nacional Alemán y el Partido Popular Alemán son sus seguidores absolutamente leales. Mientras la historia ha estado influenciada o determinada por los votos populares, nunca ha habido un líder de gobierno que haya sufrido tal derrota. Una nación entera se levantó para protestar contra un sistema diletante que intentaba superar superficialmente los problemas fundamentales de la época, intentando reclamar como propio el trabajo de otros a los que no había contribuido. Para que esta elección tenga algún significado, y si el gobierno no desea ignorar todas las leyes escritas y no escritas de la soberanía popular, el gabinete anunciará su dimisión antes de que finalice este día. El gobierno intentó ignorar una elección devastadora en el Reichstag [en las elecciones de julio de 1932]. Disolvió el Reichstag antes de que los partidos pudieran votar, o mejor dicho, utilizó párrafos legales muertos en lugar de aceptar los resultados. Atrajo a la gente y la gente respondió de una manera que no podría haber sido más vergonzosa. Estaba claro desde el principio que el movimiento Nacional Socialista sufriría algunas pérdidas en estas elecciones. En esta fase histórica de su desarrollo tuvo que expulsar a quienes se habían unido a él después de las elecciones anteriores de los últimos meses, no porque quisieran lograr una transformación política decisiva a través de él y con él, que es nuestro objetivo y nuestra misión histórica.

A menudo se unieron porque creían erróneamente que podían ganar algo, y en el momento en que se dieron cuenta de que el movimiento Nacional Socialista quería algo más que obtener una victoria fácil y luego compartir la distribución de los puestos gubernamentales, se cambiaron a otro bando donde creían que podían reclamar cómodamente un poder que ya era la mitad del suyo. Cuando se considera la menor participación electoral, las pérdidas tienen poco peso. En cualquier caso, las pérdidas no tienen importancia en comparación con las amplias decisiones que nos esperan. El movimiento se defendió de la manera más varonil y valiente contra los cazadores de fortunas, derrocándolos del poder. Ahora yacían en el polvo de la arena política. Un partido que muestra una abnegación tan heroica en aras de un objetivo tan grande, que rechaza las tentaciones más seductoras y continúa su camino con orgullo y sin compromisos, demuestra su verdadera estatura histórica. Demuestra que puede arriesgarse a hacer lo que es impopular incluso en las condiciones más difíciles porque es necesario, y como tantas veces en nuestro pasado, sentar las bases para un ascenso aún mayor.

Puede ser que el Canciller del Reich sacuda la cabeza unas cuantas veces y se dé cuenta de que su batalla contra los partidos sólo ha resultado en galvanizar aquí y allá los miserables restos de intereses burgueses para lo que ciertamente será un resurgimiento muy breve. No nos interesa discutir con él al respecto. Las personas que se pasan al Partido Popular antes de las grandes decisiones políticas del futuro próximo valen poco. Lo que nos parece más importante, algo de lo que nunca se puede negar la responsabilidad, es que el aumento del marxismo más rojo, sobre todo en las grandes ciudades, ha alcanzado un nivel que suscita la mayor preocupación. Las políticas conservadoras, cristianas y autoritarias que promueve el Canciller del Reich en la práctica sólo han alentado al bolchevismo. Seguramente allí la perspectiva cristiana está en buenas manos. Si uno deja las cosas en manos de este gabinete de reacción social y política, seguramente llegará el “gobierno de los soviéticos” y las mentes brillantes de la clase dominante verán los resultados, suponiendo que todavía tengan la oportunidad. Los alemanes querían ser los cómodos beneficiarios de este esfuerzo. Estaban en una cama que no era para ellos y creían

que las cosas les llegarían en bandeja. Los resultados guardan una relación grotesca con sus esfuerzos. Los pocos escaños que obtuvo el DNVP no les traerán grandes alegrías. Y cuando los garabateadores judíos del Scherl Verlag comparen lo que querían de estas elecciones con lo que realmente obtuvieron, gradualmente se darán cuenta de que no se puede luchar contra un movimiento de cosmovisión que ha ganado su lugar a través de sangre y sacrificio mediante maniobras e intrigas partidistas. Sea como fuere, el Partido Comunista tiene todos los motivos para enviar al Canciller del Reich un telegrama amistoso de agradecimiento y, si las cosas van como deberían, recibir ese mensaje probablemente sería su último acto oficial. Este infeliz Canciller ha sufrido ahora un completo naufragio. Nunca profundizaba en las cosas, sino que sólo chapoteaba en la superficie. Su programa económico está terminado, su llamada "autoridad del Estado", que carece de todo apoyo del pueblo, lo deja desnudo ante los ojos del público, sus jinetes flaquean ante los obstáculos, los crecientes déficits hablan cada día un lenguaje cada vez más amenazador.

Alemania está absolutamente sola en el mundo y ahora todo el pueblo, con una mayoría del noventa por ciento, ha rechazado a este canciller y su política. El movimiento Nacional Socialista lucha hoy con más determinación que nunca. Calumnias, esta vez de las fuerzas de la reacción, y en combate cuerpo a cuerpo con el enemigo sólo ha resultado levemente herido por un golpe indirecto. Este conflicto, como todos los anteriores que tuvimos que afrontar, no ha hecho más que fortalecer nuestra fuerza y su resistencia victoriosa. Estamos decididos a luchar por nuestro gran objetivo con total devoción, pase lo que pase, y a pesar de todo hacer de 1932 el año de la gran decisión. Si todavía fuera necesario hacer entrar en razón y entender a aquellos dignos que tienen el destino de Alemania en sus manos, ayer debió haberlo hecho. Fue una lección inequívoca, tal vez la última, ofrecida a la terquedad de miras estrechas de la reacción burguesa. Sólo hay una conclusión: si este invierno Alemania no quiere hundirse en la vorágine del caos, si se quiere dar al pueblo justicia y a la nación lo que se merece, nombrar a Hitler y poner el poder en sus manos.

Joseph Goebbels - el milagro.

2 de febrero de 1933

Durante la noche del 30 al 31 de enero, cuando se apaciguó el júbilo en la Wilhelmsplatz, cuando las últimas masas se fueron retirando poco a poco por las calles vacías y cuando se cerraron las ventanas de la Cancillería del Reich, hubo un silencio profundo, casi reverencial, entre los hombres que se reunieron en torno a su Führer. Sabían que esa hora feliz era el final de un día histórico y que Alemania se encontraba en el umbral de una nueva era. No tenían nada que decir. El estallido espontáneo de la voluntad popular, manifestado durante cuatro horas por cientos de miles de personas en la Wilhelmstraße, había enmarcado ese gran día con una dignidad correspondiente a su significado. El milagro que habían esperado durante catorce años, por el que habían sufrido y luchado bajo el liderazgo de Adolf Hitler durante catorce años, se había producido. El movimiento Nacional Socialista, después de sus catorce años únicos en la oposición, había hecho la paz con el Estado y su Führer había recibido el cargo que una vez había ocupado Bismarck. El orgulloso movimiento de millones de personas tenía poder y ahora estaba preparado para asumir la responsabilidad del futuro curso de la política alemana. ¡Horas emocionantes de gran placer, alegría ilimitada y feliz seguridad!

A cien metros de distancia, el Mariscal de Campo General de la Gran Guerra permaneció de pie en la ventana hasta la medianoche para ver pasar a las masas. En honor a él y a sus logros históricos, se levantaron manos y banderas, se bajaron estandartes. A veces saludó a la juventud alemana, y cuando mostró su afecto, su simpatía y su profunda solidaridad, las masas estallaron en un huracán de júbilo, porque todos sabían que lo que estaba sucediendo aquí era más que un mero gesto. El gran soldado, el símbolo de nuestra unidad durante la guerra, el presidente del Reich, extendió su mano a la juventud alemana, y con profunda satisfacción la juventud alemana le devolvió el brazo. El vínculo se estableció. La vieja y la nueva Alemania estaban unidas en lealtad y llenas de voluntad decidida declararon batalla contra los enemigos del país, deseando conducir a la nación hacia una nueva y gloriosa grandeza. ¡El milagro ha sucedido! ¡Lo que muchos dudaban, lo que algunos habían pensado que ya no era posible, ahora es un hecho! ¡Adolf Hitler tiene el liderazgo de Alemania en sus manos y el trabajo ahora puede comenzar! Nunca ocultamos el hecho de que si alguien nos diera el poder habría problemas que afrontar que ningún gobierno anterior tuvo que afrontar.

Durante catorce años el marxismo y sus partidos de centro burgueses aliados socavaron y subvirtieron la capacidad de existencia de Alemania. El país fue totalmente mal administrado, la vergüenza de noviembre [1918] se conservó, la economía fue llevada al borde del abismo, las finanzas se arruinaron. Millones de personas perdieron sus trabajos, el nivel de vida y las ciudades se desintegraron, los presupuestos de las provincias y el Reich se derrumbaron. Durante catorce años advertimos incesantemente, despertamos al pueblo, proclamamos la resistencia contra la creciente catástrofe, apelamos a la conciencia, hasta que finalmente el pueblo se movió y en medio de la confusión y el caos de la era de posguerra se unió a una vanguardia apasionada de millones que llevó al despertar de las naciones. ¡Los catorce años de vergüenza de noviembre deben ser despejados ahora! Habrá dificultades, problemas y resistencia. Ningún Dios puede arrancar de raíz en unos pocos días lo que creció durante catorce años. Sólo acciones importantes pueden salvar a Alemania. Los hombres que van a ejecutar estas acciones deben ser valientes e inteligentes. Necesitan la confianza del pueblo. No se les puede poner trabas a su trabajo. Es necesario que tengan libertad de acción. Un gobierno de concentración nacional atado de pies y manos fracasará necesariamente, defraudando las esperanzas puestas en su trabajo. ¡Eso no puede ser y no será! El actual Reichstag no está en

absoluto en condiciones de controlar esta situación crítica. Surgió de la confusa crisis de noviembre de 1932. Desde entonces, la situación ha cambiado por completo. Hay nuevos hechos que exigen nuevas medidas. Este Reichstag tampoco parece dispuesto a dar al gobierno la libertad de acción que necesita. Parece tener la intención criminal de jugar al gato y al ratón con los nuevos hombres en un momento en que está en juego la existencia misma de Alemania. Probablemente piensa que puede crear dificultades al gabinete con trucos parlamentarios y sabotajes, paralizando los esfuerzos constructivos de la nación. Hay que poner fin a esto.
Por eso el Canciller del Reich pidió y recibió permiso del Presidente del Reich para disolver el Reichstag. La nación está llamada una vez más a decidir, a dar al gobierno la libertad de acción que necesita para llevar a cabo sus amplias reformas. Los periódicos judíos gimen consternados. Se quejan de que el pueblo alemán se ve una vez más sumido en la confusión de una nueva campaña electoral. ¡Con qué rapidez han olvidado lo que querían ayer! Todavía oímos sus gritos de que hay que acabar con el movimiento Nacional Socialista. Como supuestamente temía nuevas elecciones, al gabinete de Schleicher no le quedaba más remedio que amenazar con ello para obligar a Hitler a ceder. Eso fue hace sólo una semana, pero ahora les presentamos la misma amenaza que creían que nos asustaría.

¡Que se calmen! El nuevo gobierno del Reich encontrará los medios para garantizar que estas nuevas elecciones no perjudiquen al pueblo alemán. Serán lo más breves posible. Las llevaremos a cabo con la firme determinación y la fuerza activa que son necesarias para garantizar que Alemania nacional tenga una mayoría activa. El partido está de nuevo en sus manos. Esta vez, tiene sentimientos completamente diferentes a los de las últimas elecciones. Entonces queríamos ganar el poder. Ahora tenemos que utilizarlo y, más que eso, tenemos que construir bases que se mantengan firmes e inquebrantables en los próximos años. Estas elecciones serán un ajuste de cuentas general con el marxismo criminal que les arrebató todo a los trabajadores durante catorce años, que pisoteó el honor de la nación alemana. Llevaremos a los bandidos rojos a juicio y el pueblo alemán los juzgará. El partido ha obtenido una gran victoria. El 30 de enero nos ha abierto la puerta a la responsabilidad. ¡Esta victoria no nos basta! Tenemos un gobierno, tenemos un programa y tenemos la voluntad: lo que todavía nos falta es la gran y poderosa confianza que el pueblo alemán, con su gran fuerza y su apasionada afirmación nacional, pondrá a disposición de Adolf Hitler y su gabinete. ¡Una vez más nos unimos a la batalla! Será una batalla como ninguna otra que Alemania haya visto antes. Saldremos de ella con una gloriosa victoria. ¡A trabajar! ¡Alemania está despierta! ¡No queremos descansar ni relajarnos hasta que los enemigos de Alemania estén derrotados en el suelo!

Joseph Goebbels sobre la propaganda

Joseph Goebbels - discurso en Nüremberg.

19 de agosto de 1927

El Dr. Goebbels habló sobre la propaganda del partido. Comenzó haciendo referencia a su discurso en el anterior mitin del partido en Weimar, en el que discutió las diversas posibilidades de la propaganda.

Hoy quería exponer los principios y mostrar cómo la propaganda puede transformarse en una organización política. La idea se convierte en una cosmovisión en su camino hacia el poder gubernamental. Las ideas encuentran personas que las difundan. Cuanto más se difunde una idea y llega a todos los ámbitos de la vida, más se convierte en una cosmovisión. Si una organización se convierte en portadora de una cosmovisión, su objetivo final es el gobierno, que es el portador de toda la nación. La propaganda alcanza su objetivo si su cosmovisión toma forma práctica al obtener el control del Estado. En el comienzo está la idea, que es adoptada por la propaganda y transformada en una organización que busca conquistar el Estado. La tarea de la propaganda es difundir el conocimiento. El orador mencionó la famosa palabra "tamborilero", que "ellos" en su bondad y misericordia nos aplican. La característica esencial de la propaganda es la eficacia. La mejor propaganda es la que es más eficaz.

Está bien si convenzo a tres millones de personas de creer en una teoría política, pero es aún mejor si esos tres millones están dispuestos a dar la vida por esa idea. Pero las revoluciones nunca las han hecho millones, sino sólo pequeñas minorías. La propaganda no tiene por qué ser intelectual; debe ser eficaz. Debe expresar nuestra visión del mundo de una manera que pueda ser entendida por las masas. La idea völkisch existe desde hace 50 años. Concedo que hace 50 años era más fuerte que hoy, pero hay que recordar que el 9 de noviembre de 1918 no fue esta idea, sino otra, la que triunfó. Si el movimiento völkisch hubiera entendido entonces el poder y cómo sacar a miles de personas a las calles, habría obtenido el poder político el 9 de noviembre de 1918. Hoy se acusa al movimiento völkisch de simplificar su idea, incluso de ser indecente. Una nación corrupta de 60 millones de personas que sufren esclavitud no se liberará con la "alta clase" y la "decencia". Las quejas sobre el movimiento Nacional Socialista provienen de la ansiedad burguesa. La gente del campo burgués pregunta si no somos realmente bolcheviques. El orador sugirió que esos brillantes escritores expresaran sus doctrinas nacionales a mil comunistas en una reunión de la clase obrera.

Pensó que pronto no sabrían si ellos mismos eran comunistas o no (risas). Una reunión política no es una reunión educada. El orador debe hacer que sus conocimientos sean comprensibles para la gente que está delante de él. Si el buen ciudadano está acostumbrado a que le hablen de manera "de clase alta", entonces hay que hacerle cosquillas siendo "de clase alta" (risas). La mayoría de los partidos de hoy no saben cómo hablar a los trabajadores. Con el pueblo alemán en una situación desesperada, no se pueden utilizar métodos "de guante blanco" para llegar a ellos. Hay dos tipos de propaganda, una dirigida a la comprensión, la otra a los sentimientos. Ambos dependen de imponderables. Los movimientos de cosmovisión apuntan a los sentimientos. La fuerza detrás de los movimientos de cosmovisión nunca ha sido la comprensión, sino más bien la fe. Por ejemplo: Cristo nunca escribió un programa de partido, pero predicó el Sermón de la Montaña. En él sentó las bases de un mundo nuevo, resumido en la sencilla frase "Ama a tu prójimo como a ti mismo". Las palabras de Rousseau fueron la base de la Revolución Francesa, pero si un agitador no hubiera estado a su lado, su teoría habría dormido en los estantes. El "Capital" de Marx es la base del movimiento marxista. Habría seguido siendo un aprendizaje libresco si miles de agitadores no lo hubieran convertido en una fuerza política. Bebel

y Lenin dieron a esta filosofía el poder político, no Marx. Mussolini es a la vez el filósofo y agitador del pensamiento fascista. También es el estadista que encontró en la Marcha sobre Roma la acción correcta mientras masticaba su pluma detrás de su escritorio. Cuando alguien le preguntó sobre su teoría del Estado, respondió que la había desarrollado mientras se lo preguntaban. Cuando uno quiere condenar a un orador que ha encontrado una manera de conectarse con las masas, lo llama demagogo. El marxismo tuvo dos padres intelectuales importantes: Marx y Engels. El movimiento marxista se basa en su trabajo. Bebel y Lenin llevaron el marxismo a las masas. El marxismo nunca intentó aliviar la miseria de sus seguidores, sino más bien utilizar su miseria para construir el poder político que finalmente le dio éxito político. El líder está a la cabeza de las amplias masas, pero sin ellas no es nada. Cada uno necesita al otro. El individuo es eficaz cuando está apoyado por la voluntad política de las masas, las masas son eficaces cuando están cautivadas por la energía del líder. La propaganda es buena si tiene éxito, si llega al grupo de personas al que está destinada. El objetivo de nuestra propaganda es el control del gobierno. Queremos reemplazar la organización por un estado fundado en la idea.

Joseph Goebbels - conocimiento y propaganda.

9 de enero de 1928

Queridos compañeros de partido:
El tema de esta tarde es muy discutido. Me doy cuenta de que mi punto de vista es subjetivo. En realidad, no tiene mucho sentido hablar de propaganda. Es una cuestión de práctica, no de teoría. No se puede determinar teóricamente si una propaganda es mejor que otra. Más bien, es buena la propaganda que produce los resultados deseados y es mala la que no produce los resultados deseados. No importa lo inteligente que sea, porque la tarea de la propaganda no es ser inteligente, su tarea es producir éxito. Por eso evito las discusiones teóricas sobre la propaganda, porque no tienen sentido. La propaganda demuestra que es buena si durante un cierto período de tiempo puede ganar a la gente y entusiasmarla con una idea. Si no lo hace, es mala propaganda. Si la propaganda gana a la gente que quería ganar, presumiblemente fue buena, y si no, presumiblemente fue mala. Nadie puede decir que su propaganda es demasiado cruda o brutal, o que no es lo suficientemente decente, porque esos no son los criterios relevantes. No es su finalidad ser decente, ni gentil, ni débil, ni modesto, sino tener éxito. Por eso he elegido deliberadamente hablar de la propaganda junto con un segundo tema, el conocimiento.

De lo contrario, nuestro debate de esta tarde sería de poco valor. No nos hemos reunido para discutir hermosas teorías, sino para encontrar formas de trabajar juntos en la práctica para afrontar nuestros desafíos cotidianos. ¿Qué es la propaganda y qué papel tiene en la vida política? Esa es la pregunta que más nos interesa. ¿Cómo debe ser la propaganda y qué papel tiene en nuestro movimiento? ¿Es un fin en sí misma o sólo un medio para un fin? Debemos discutir eso, pero sólo podemos hacerlo si comenzamos por el origen de la propaganda en sí, es decir, la idea, y luego pasamos al objetivo de la propaganda, es decir, las personas. Las ideas en sí mismas son atemporales. No están ligadas a individuos, y mucho menos a un pueblo. Residen en un pueblo, es cierto, y afectan a sus actitudes. Las ideas, dice la gente, están en las nubes. Cuando aparece alguien que puede expresar con palabras lo que cada uno siente en su corazón: “¡Sí! Eso es lo que siempre he deseado y esperado”. Eso es lo que sucede la primera vez que uno escucha uno de los discursos más importantes de Hitler. He conocido a personas que habían asistido a un mitin de Hitler por primera vez, y al final dijeron: “Este hombre puso en palabras todo lo que he estado buscando durante años. Por primera vez, alguien dio expresión a lo que quiero”.

Otros se pierden en la confusión, pero de repente alguien se levanta y lo pone en palabras. Las palabras de Goethe se hacen realidad: “Perdido en la miseria silenciosa, Dios dio a alguien para expresar mi sufrimiento”. Al comienzo de todo movimiento político hay algún tipo de idea. No es necesario poner esta idea en un libro grueso, ni que tome forma política en cien párrafos largos. La historia demuestra que los mayores movimientos mundiales siempre se han desarrollado cuando sus líderes supieron cómo unificar a sus seguidores bajo un tema breve y claro. Eso está claro en la Revolución Francesa, o el movimiento de Cromwell, o el budismo, el islam o el cristianismo. El objetivo de Cristo era claro y simple: “Ama a tu prójimo como a ti mismo”. Reunió a sus seguidores detrás de esa sencilla declaración. Como esta enseñanza era sencilla, clara, nítida y comprensible, y permitía que las grandes masas la apoyaran, al final conquistó el mundo. Sobre esta idea breve y nítida se construye todo un sistema de pensamiento. La idea no se limita a esta única declaración, sino que se aplica a todos los aspectos de la vida cotidiana y se convierte en la guía de toda la actividad humana: la política, la cultura, la economía, todos los ámbitos de la conducta humana. Se convierte en una visión del mundo. Vemos esto en todos los

grandes movimientos revolucionarios, que comienzan con una idea clara, nítida, comprensible y abarcadora. Se difunden cada vez más y se convierten en un espejo de la vida que refleja todas las actividades de los pueblos, y de hecho de una manera particular. Entonces se puede decir que una persona tiene una cosmovisión, no porque sepa mucho o haya leído mucho, sino porque ve toda la vida desde un cierto punto de vista y mide todo con un cierto estándar. Soy cristiano cuando creo que el sentido de mi vida es la gran responsabilidad de amar a mi prójimo como a mí mismo. Kant dijo una vez: "Actúa como si el principio de tu vida pudiera ser el principio de toda tu nación". Soy Nacional Socialista no cuando quiero esto o aquello de la política, sino cuando considero todos los aspectos de la vida cotidiana. Debo actuar en todas las cosas poniendo el bien del conjunto por encima de mi bien personal, poniendo el bien del Estado por encima de mi propio bien. Pero entonces también tengo la garantía de que ese Estado será capaz de proteger mi vida personal. Soy Nacional Socialista cuando veo todo en la política, la cultura o la economía desde este punto de vista.

Por eso no evalúo el teatro desde el punto de vista de si es elegante o divertido, sino que me pregunto: ¿es bueno para mi pueblo, es útil para él, fortalece a la comunidad? Si es así, la comunidad a su vez puede beneficiarme, apoyarme y fortalecerme. No veo la economía como una forma de ganar dinero, sino que quiero una economía que fortalezca a la gente, la haga sana y poderosa. Entonces, también puedo esperar que esta gente me apoye y me mantenga. Si veo las cosas de esta manera, veo la economía en términos Nacional Socialistas. Si desarrollo esta idea nítida y clara en un sistema de pensamiento que incluya todos los impulsos, deseos y acciones humanas, tendré una cosmovisión. Cuando una idea se desarrolla en una cosmovisión, el objetivo es el Estado. El conocimiento no sigue siendo propiedad de un cierto grupo, sino que lucha por el poder. No es solo la fantasía de algunas personas entre el pueblo, sino que se convierte en la idea de los gobernantes, los círculos que tienen poder. La visión no solo predica, sino que se lleva a cabo en la práctica. Entonces la idea se convierte en la cosmovisión del Estado. La cosmovisión se ha convertido en un organismo gubernamental cuando toma el poder y puede influir en la vida no solo en teoría, sino en la vida cotidiana práctica. Ahora debemos considerar quién es el portador, el transmisor, el guardián de tales ideas.

Una idea siempre vive en individuos. Busca un individuo para transmitir su gran fuerza intelectual. Se vuelve viva en un cerebro y busca escapar por la boca. La idea es predicada por individuos, individuos que nunca se contentarán con que el conocimiento siga siendo sólo suyo. Ustedes lo saben por experiencia. Cuando uno sabe algo, no lo mantiene escondido como un tesoro enterrado, sino que busca contárselo a los demás. Uno busca gente que debería saberlo. Uno siente que todos los demás también deberían saberlo, porque uno se siente solo cuando nadie más lo sabe. Por ejemplo, si veo un hermoso cuadro en una galería de arte, siento la necesidad de contárselo a los demás. Me encuentro con un buen amigo y le digo: "He encontrado un cuadro maravilloso. Tengo que enseñártelo". Lo mismo sucede con las ideas. Si una idea vive en un individuo, éste siente el impulso de contárselo a los demás. Hay una fuerza misteriosa en nosotros que nos impulsa a contárselo a los demás. Cuanto más grande y sencilla sea la idea, cuanto más se relacione con la vida cotidiana, más deseo se tiene de contársela a todo el mundo. Si creo que la nación debe regirse por el principio de que el bien común está por encima del bien individual, se lo diré a quienes se aplican.

Tan pronto como me doy cuenta de que este principio no sólo es de naturaleza trascendental, sino que se aplica a la vida cotidiana, tengo la necesidad de contárselo a quienes están en el mundo económico. Y si veo que se aplica también a la cultura, tengo la necesidad de contárselo a quienes se dedican a las actividades culturales. Las grandes masas nunca se dejarán conquistar simplemente con una frase, debe proyectar su sombra sobre todos los ámbitos de la vida humana. Se ve cómo una idea se difunde y se convierte en una cosmovisión, y cómo el portador, el individuo, se extiende hasta formar una comunidad, y cómo una organización, luego un movimiento, crece a partir del individuo. La idea ya no está enterrada en el corazón y la mente de un individuo. Ahora hay cuatro, cinco, diez, veinte, treinta, cincuenta, ochenta, cien y siempre más. Ése es el secreto de las ideas: son como un incendio forestal que no se puede contener. Son como un gas que se filtra por todas partes. Por donde una idea encuentra entrada y entra, pronto esa persona está influyendo en otros. Los demás no pueden detenerla. Puede que crean que pueden detener el fuego por la fuerza. Puede que incluso puedan hacerlo durante dos, diez, veinte o cincuenta años. Pero eso no es significativo en el curso más amplio de la historia mundial. Es irrelevante si algo sucede hoy o mañana, o incluso años en el futuro. Es posible frenar

una idea por la fuerza durante un cierto período de tiempo. Sin embargo, en realidad eso hace avanzar la idea, porque la fuerza expulsa lo que es débil. Los elementos que no pertenecen realmente se desmoronan. De repente, el individuo se convierte en una comunidad, un movimiento o, si se prefiere, en un partido. Todo movimiento comienza como un partido. Eso no significa que tenga que seguir los métodos de los partidos parlamentarios. Nosotros vemos al partido como una parte del pueblo. A medida que una idea se difunde, convirtiéndose en una visión del mundo que se extiende a la comunidad, la comunidad querrá darle forma práctica. El partido sentirá la necesidad de organizarse. A alguien se le ocurrirá de repente la idea: "Tú piensas como yo. Tú trabajas allá, yo trabajo aquí y no sabemos nada el uno del otro. Eso es absurdo. Sería mejor si trabajáramos juntos, si yo hiciera mi parte y tú la tuya. ¿No sería bueno que nos reuniéramos cada mes y habláramos?". Eso es una organización. Poco a poco, se desarrolla un organismo fuerte, un partido dispuesto a luchar por sus ideales. Un partido que no quiera eso seguirá predicando sus ideales, pero nunca los hará realidad.

Un ejemplo reciente puede ayudar. A menudo se acusa a nuestro movimiento de perder su carácter de movimiento. Se nos acusa de haber tomado el vasto, amplio y siempre cambiante sistema de pensamiento del movimiento völkisch y de haberlo metido en un lecho de Procusto. Supuestamente tuvimos que cortar las patas del movimiento que sobresalían, eliminando partes importantes de la idea völkisch. El Nacional Socialismo es sólo un sustituto del movimiento real, dicen algunos. De hecho, el movimiento völkisch encalló en este asunto. Cada uno declara que su propio interés particular es central para el movimiento völkisch y acusa a cualquiera que no comparta sus puntos de vista de traidor a la causa. Así era el movimiento völkisch antes de la guerra. Si alguien hubiera sido capaz de tomar esta gran idea -y la idea völkisch era más grande que la idea marxista- y desarrollar a partir de ella una organización política estrictamente disciplinada, entonces la idea völkisch, no la idea marxista, habría ganado el 9 de noviembre [de 1918]. El marxismo triunfó porque comprendió mejor las condiciones políticas, porque forjó la espada que más tarde usaría para conquistar el Estado. Si un organizador völkisch hubiera sabido cómo formar un gran movimiento —era una cuestión de vida o muerte para nuestra nación—, la idea völkisch, no el marxismo, habría triunfado.

Era una concepción del mundo, pero no supo cómo formar un partido y cómo forjar la espada afilada que le habría permitido conquistar el Estado. El Estado necesita una concepción del mundo. El cristianismo también conquistó el Estado, y en el momento en que lo conquistó comenzó a llevar a cabo una actividad política práctica. Se puede decir con razón: «Sí, pero en el momento en que el cristianismo se apoderó del Estado, éste comenzó a dejar de ser cristiano». Ésa es la tragedia de todas las grandes ideas. En el momento en que entran en el reino de esta vida de pecado, de lo demasiado humano, abandonan el cielo y pierden su magia romántica. Se convierten en algo normal. No estamos discutiendo si se puede o no cambiar la naturaleza de la vida. Las cosas han seguido así durante millones de años y seguirán así durante millones más. Tendréis que preguntarle a un poder superior por qué es así. En el momento en que una idea toma forma práctica, pierde sus alas de ángel, su misterio romántico. Si alguien hubiera tenido el coraje de despojar a la idea völkisch de su misterio romántico, si se hubieran tenido en cuenta los hechos, no parecería tan romántica hoy como les parece a algunos soñadores. Pero habría salvado de la hambruna a millones de niños alemanes. Para mí es más importante que una nación viva que que una idea permanezca lo más pura posible en las cabezas de unos pocos soñadores.

Como puede verse, un movimiento necesita una organización para conquistar el Estado, y debe conquistar el Estado si quiere hacer algo positivo e histórico. A menudo me he encontrado con el tipo de apóstol errante que dice: "Bueno, todo lo que estás haciendo está bien, pero también debes posicionarte en contra de las palabras extranjeras en el idioma alemán". Y viene otro que dice: "Bueno, todo lo que dices es bueno, pero debes tener un punto en tu programa que diga que la alopatía es peligrosa y debes apoyar la homeopatía". Si el movimiento estuviera dirigido por tales apóstoles, el judío terminaría al mando. El judío encontraría algo nuevo cada día hasta que no quedara nada. La tarea de un movimiento revolucionario de lucha no es resolver la disputa entre la alopatía y la homeopatía, sino más bien su tarea es tomar el poder. El movimiento debe tener un programa tal que todo luchador honesto pueda apoyarlo. Ahora bien, es cierto que el establishment cultural alemán moderno produce todo tipo de tonterías. Sé que estas tonterías están envenenando el alma nacional alemana. Hay quienes dicen: "Algo tiene que suceder. Hay que hacer algo. Si se quiere luchar contra la industria cinematográfica, hay que construir un teatro

propio, aunque al principio sólo se disponga de los equipos más rudimentarios. Y si se ve que los niños se envenenan con lo que leen en la escuela, hay que empezar a ganarse el alma de los niños y darles el antídoto. Mi respuesta es sencilla: se puede pasar diez años dando el antídoto al veneno que produce un establishment cultural mal dirigido, pero un solo decreto del Ministerio de Cultura puede destruir todo vuestro trabajo. Si se hubieran pasado esos diez años ganando luchadores para el movimiento, ¡el movimiento habría conquistado el Ministerio de Cultura! Todo lo demás es trabajo inútil. Si un movimiento gana el poder político, puede hacer las cosas positivas que quiere hacer. Sólo entonces tiene el poder de proteger sus logros. En el momento en que un movimiento o un partido gana el control del Estado, su visión del mundo se convierte en el Estado y su partido en la nación. La nación no son los 60 millones de personas que viven en ella. Es una mezcla confusa. Uno dice sí, el otro no. Eso no es una nación. Una nación se caracteriza por la conciencia. El instinto por sí solo no basta. Sólo cuando soy consciente de que soy miembro de la nación, cuando soy conscientemente alemán, pertenezco al pueblo alemán. El Gran Elector no dijo: "Piensa y recuerda que eres alemán".

Más bien dijo: "Piensa bien que eres alemán". La consideración está en el nivel de la conciencia. Esa conciencia pertenece a toda la nación. Adolf Hitler respondió con razón al tribunal de Munich de esta manera cuando se le preguntó: "¿Cómo se te ocurrió establecer una dictadura sobre sesenta millones con una minoría tan pequeña?" Su respuesta: "Si un pueblo entero [Volk] se ha vuelto cobarde y sólo quedan mil que quieren algo grande y que tienen el poder para transformar el estado, entonces esos mil son el pueblo". Si los demás dejan que una minoría conquiste el Estado, entonces también deben aceptar el hecho de que estableceremos una dictadura. Lo mismo sucede con un movimiento. Si un movimiento tiene la fuerza para apoderarse del Estado, entonces tiene el poder para transformarlo. Soy el último en quejarme de que los marxistas nos gobiernen hoy. Mientras no tengamos la fuerza para vencerlos, ellos tienen el derecho político de gobernarnos. Me sorprende lo poco que utilizan ese derecho. Yo haría las cosas de otra manera. Ésa es la trágica incomprensión de su propia visión del mundo. No me quejo de que los señores de la policía de Berlín utilicen su poder contra nosotros, sólo de que se llamen demócratas y afirmen que permiten la libertad de pensamiento y de expresión. Eso es una tontería. Ésa es una hipocresía mentirosa, porque en realidad estos señores son dictadores.

Si un movimiento tiene la fuerza para tomar posiciones gubernamentales de poder, entonces tiene el derecho de formar el gobierno como quiera. Quien no esté de acuerdo es un teórico tonto. La política no se rige por principios morales, sino por el poder. Si un movimiento conquista el Estado, tiene el derecho de formar el Estado. Se puede ver cómo estos tres elementos combinan ideales y personalidades. La idea conduce a una visión del mundo, la visión del mundo al Estado, el individuo se convierte en un partido, el partido se convierte en la nación. Lo importante no es encontrar gente que esté de acuerdo conmigo en cada ápice teórico, sino encontrar gente dispuesta a luchar conmigo por una visión del mundo. Ganar a la gente para algo que he reconocido como justo, eso es lo que llamamos propaganda. En primer lugar, hay conocimiento; utiliza la propaganda para encontrar la mano de obra que transformará el conocimiento en política. La propaganda se sitúa entre la idea y la visión del mundo, entre la visión del mundo y el Estado, entre el individuo y el partido, entre el partido y la nación. En el momento en que reconozco algo como importante y empiezo a hablar de ello en el tranvía, empiezo a hacer propaganda.

En el mismo momento, empiezo a buscar a otras personas que se unan a mí. La propaganda se sitúa entre lo uno y lo múltiple, entre la idea y la visión del mundo. La propaganda no es otra cosa que el precursor de la organización. Una vez que lo ha hecho, es el precursor del control estatal. Siempre es un medio para un fin. Aunque debo aferrarme inquebrantable e inalterablemente a la idea, la propaganda se ajusta a las condiciones prevalecientes. La propaganda es siempre flexible. Dice cosas distintas aquí que allá. No se la puede pulir, laminar ni rellenar, sino que debe ocupar el espacio entre lo uno y lo múltiple. En el tranvía hablo de forma distinta con el conductor que con un hombre de negocios. Si no lo hiciera, el hombre de negocios pensaría que estoy loco y el conductor del tranvía no me entendería. Eso significa que la propaganda no puede limitarse. Cambia según a quién intento llegar. Permítanme contar una buena historia sobre un miembro del partido en Berlín que desde 1919 ha promovido la idea Nacional Socialista. Al principio se golpeaba la cabeza contra una pared hasta que sangraba, algo que queremos evitar. Empezó distribuyendo las publicaciones antisemitas más descabelladas en la calle. Sabía que eran cosas malas, pero no había nada mejor, así que leía esos libros o periódicos en el metro. Todo el mundo

podía ver que era un chiflado inofensivo, y cuando se levantaba y dejaba sus periódicos, alguien le decía con regularidad: “Señor, llévese su periódico”. Enfadado, tomaba el periódico y se lo dejaba al director de orquesta, diciendo: “Toma, hermano alemán”. Y el director de orquesta seguramente pensaba que venía de un manicomio. Poco a poco se dio cuenta de que los métodos que funcionaban con amigos y camaradas no funcionaban con extraños. En otras palabras, no hay un ABC de la propaganda. Se puede hacer propaganda o no. La propaganda es un arte. Cualquier persona razonablemente normal puede aprender a tocar el violín hasta cierto punto, pero entonces su maestro le dirá: “Hasta aquí llega. Sólo un genio puede aprender lo que queda. Tú no eres un genio, así que conténtate con lo que has aprendido”. Ciertamente puedo enseñar a cualquier persona razonable los fundamentos absolutos de la propaganda. Pero pronto reconoceré los límites. Uno es propagandista o no lo es. Es un error menospreciar a un propagandista. Hay gente que dice que un propagandista es simplemente un buen baterista. Esto demuestra cierta envidia y falta de habilidad. En su mayoría son filósofos mediocres a los que las masas ignoran. Has visto con bastante frecuencia -nadie puede negarlo- que nuestro movimiento tiene buenos oradores.

Como nuestros adversarios no tienen buenos oradores, dicen: “Bueno, sólo son buenos tambores”. Durante cinco años, a Hitler lo llamaron el “tambor de la unidad nacional”. Cuando se dieron cuenta de que este tambor tenía ideas que no encajaban en su forma de pensar, de repente se convirtió en un “político loco” con el que había que lidiar. Es una tontería menospreciar a los propagandistas. El propagandista tiene un papel determinado dentro del partido. Es bueno para nuestro joven movimiento que seamos jóvenes y que no tengamos grandes líderes, aunque, naturalmente, no en comparación con otros partidos. Los grandes líderes que tenemos no pueden limitarse a un área en particular, sino que deben ser capaces de hacer de todo. Deben ser propagandistas, organizadores, oradores, escritores, etc. Deben ser capaces de llevarse bien con la gente, encontrar dinero, escribir artículos y mucho más. Por eso es un error decir que Hitler es sólo un tambor. Eso es lo que lo hace genial y lo que lo distingue de todos los demás. Es un político y también un propagandista, mientras que los líderes de otros partidos no entienden ni de política ni de propaganda. Se puede ver cómo la propaganda se relaciona con la cosmovisión y con la organización. Una vez que hemos terminado el duro trabajo de trasladar la idea y la cosmovisión de los individuos a las masas, la propaganda tiene la tarea de tomar el conocimiento de las masas y permitirles tomar el control del Estado.

Permítanme darles un ejemplo. ¿De qué serviría si todo lo que sabemos que es correcto se quedara en nuestras pocas cabezas? Los pocos dudarían de la rectitud de la idea, ya que verían que nadie se les une. Y si no tuviéramos a la gente, desde el más humilde miembro de las SA que distribuye periódicos hasta el mejor orador o el líder del partido, todo nuestro hermoso conocimiento sería inútil, porque sólo nosotros lo sabríamos. Los demás continuarían con sus tonterías y el pueblo alemán al final perecería. La propaganda es absolutamente necesaria, incluso si es sólo un medio para un fin. De lo contrario, la idea nunca podría apoderarse del Estado. Debo ser capaz de transmitir lo que creo que es importante a muchas personas. La tarea de un propagandista talentoso es tomar lo que muchos han pensado y exponerlo de una manera que llegue a todos, desde los educados hasta el hombre común. Todos ustedes me concederán esto, y como prueba adicional puedo recordar un discurso de Hitler en Jena. La mitad de la audiencia eran marxistas, la otra mitad estudiantes y profesores universitarios. Después de esto, sentí un deseo ardiente de hablar con ambos elementos. Pude ver que el profesor universitario y el hombre común habían entendido lo que Hitler dijo.

Esa es la grandeza de nuestro movimiento, que puede usar el lenguaje para llegar a las grandes masas. Por supuesto, el estilo variará según el orador. Sería un gran error esperar que todos traten la idea de la misma manera, porque por grande que sea, tan diferentes son los individuos a los que se va a llegar con ella. Seguramente oirás a algunas personas decir que les gusta un orador, mientras que otras prefieren otro. Sería un error tratar de convertir al orador de voz suave en un orador atronador, o a un orador atronador en un tipo de voz suave. Ninguno de los dos lograría nada. El orador de voz suave nunca llegaría al corazón por mucho que lo intentara, ni el orador atronador lograría hablar en voz baja. Todos se irían a casa insatisfechos. Cuanto más grande sea nuestro movimiento, más tipos de personas podrá albergar, y cada uno reflejará el movimiento un poco diferente. No hay dos cosas iguales en el mundo de Dios. Todo es un poco diferente. Así, cada persona refleja las cosas de manera diferente a otra. A medida que la propaganda atrae cada vez más seguidores, la idea se amplía, se vuelve más flexible. Ya no se

queda en unas cuantas cabezas, sino que quiere abarcar todo. En ese momento se convierte en un programa integral. Podemos ver con alegría que así es en nuestro movimiento. Nunca encontrarás millones de personas dispuestas a morir por un libro. Pero millones de personas están dispuestas a morir por un evangelio, y nuestro movimiento se está convirtiendo cada vez más en un evangelio. Todo lo que hemos llegado a conocer en nuestras vidas individuales es unirnos para formar una gran fe que vive inquebrantable en nuestros corazones. Cada uno de nosotros está dispuesto, si es necesario, a darlo todo por ella. Nadie está dispuesto a morir por la jornada de ocho horas. Pero la gente está dispuesta a morir para que Alemania pertenezca a los alemanes. Lo que Adolf Hitler profetizó en 1919 se está volviendo cada día más claro: "¡Libertad y Prosperidad!". El movimiento se está liberando cada vez más de lo demasiado humano y se está convirtiendo en una fuerza poderosa. Llegará un tiempo en que no nos preguntarán qué pensamos de la jornada de ocho horas, sino que, cuando Alemania se vea sumida en la desesperación, preguntarán: "¿Pueden devolvernos la fe?".

Si un movimiento logra convertir la idea del individuo en una cosmovisión, construyendo al final un evangelio claro por el que todos están dispuestos a morir, ese movimiento está cerca de la victoria. Eso no sucede en el estudio, sino en la batalla, en la batalla encarnizada de cada día con el enemigo, llevándole a ver cómo ha llevado a la nación por el camino equivocado. Debo decir que lo que más aprendo es leyendo el Berliner Tageblatt [un periódico hostil a los nazis]. Es un buen ejemplo de los judíos en acción. Desde el punto de vista judío, nunca han cometido un solo error, mientras que los periódicos nacionalistas cometen errores todo el tiempo. Ahora quiero esbozar las características esenciales de la propaganda. Ya hemos acordado que la propaganda no es un fin en sí misma, sino un medio para un fin. Su tarea es difundir el conocimiento del Nacional Socialismo entre el pueblo, o entre una parte del pueblo. Si la propaganda hace eso, es buena; si no, es mala. Los nacionalistas alemanes afirmaron que la propaganda de Hitler antes del 9 de noviembre de 1923 era demasiado ruidosa, demasiado popular. Hitler respondió: "Munich debe convertirse en Nacional Socialista. Si lo logro, mi propaganda habrá sido buena. Si hubiera querido complaceros, habría sido mala. Pero esa no era mi intención". No se puede evaluar la propaganda a mitad de camino, sino que hay que esperar hasta que alcance el objetivo de su creador. No se puede decir que nuestra propaganda era incorrecta porque el gobierno la prohibió. Eso es falso.

Bajo funcionarios policiales judíos, nuestra propaganda sería incorrecta si no estuviera prohibida, porque eso significa que sería inofensiva. El hecho de que esté prohibida es la mejor prueba de que somos peligrosos. Si se levanta la prohibición, no vengan a decirme que el judío ha visto el error de sus métodos. Se levantará cuando el judío vea que no está logrando su propósito. Pueden decir lo que quieran. El judío guardará su daga sólo cuando vea que es mejor no usarla contra un método de propaganda, o cuando vea que la daga ya ha cumplido con su deber. El éxito es lo importante. La propaganda no es un asunto para las mentes promedio, sino más bien un asunto para los practicantes. No tiene que ser hermosa o teóricamente correcta. No me importa si doy discursos maravillosos, estéticamente elegantes, o hablo de manera que las mujeres lloren. El objetivo de un discurso político es persuadir a la gente de lo que creemos correcto. Hablo de manera diferente en las provincias que en Berlín, y cuando hablo en Bayreuth, digo cosas diferentes a las que digo en el Pharus Hall [una sala de reuniones que los nazis usaban a menudo en Berlín]. Eso es una cuestión de práctica, no de teoría.

No queremos ser un movimiento de unos pocos cerebros de paja, sino un movimiento que pueda conquistar a las grandes masas. La propaganda debe ser popular, no intelectualmente agradable. No es tarea de la propaganda descubrir verdades intelectuales. Las encuentro pensando, o en mi escritorio, en cualquier lugar menos en una sala de reuniones. Ahí es donde las transmito. No entro en la sala de reuniones para descubrir verdades intelectuales, sino para persuadir a otros de lo que creo que es correcto. Allí aprendo métodos que puedo usar para llegar a otros con lo que he encontrado correcto. El orador o propagandista debe primero comprender la idea. No puede hacer eso en medio de la elaboración de propaganda. Debe comenzar con ella. A través del contacto diario con las masas, aprende cómo comunicar esa idea. No es tarea de la propaganda descubrir conocimiento, sino transmitirlo. Debe adaptarse a aquellos a quienes desea llegar con ese conocimiento. Los discursos o carteles del propagandista que están dirigidos a los agricultores serán diferentes de los que están dirigidos a los empleadores; los dirigidos a los médicos serán diferentes de los que están dirigidos a los pacientes. Adaptará su propaganda a las personas a las que se dirige. Como puede ver, todos los criterios que utilizan otros partidos

para evaluar la propaganda no dan en el blanco, y la mayoría de las quejas sobre la propaganda del NSDAP son consecuencia de una interpretación errónea de la propaganda. Si alguien me dice: “Su propaganda no tiene criterios civilizados”, sé que no tiene sentido siquiera hablar con él. No importa si la propaganda es de alto nivel. La cuestión es si ha alcanzado su objetivo. Mi primer objetivo cuando llegué a Berlín era hacer que la ciudad nos conociera. Podían amarnos u odiarnos, siempre que supieran quiénes éramos. Hemos alcanzado ese objetivo. Somos odiados y amados. Cuando alguien oye el término Nacional Socialista, no pregunta: “¿Qué es eso?”. Una vez que hayamos alcanzado el primer objetivo, podemos trabajar para convertir el odio en amor o el amor en odio, pero nunca en indiferencia. La batalla contra la indiferencia es la más dura. Puede que haya dos millones de personas en esta ciudad que me odien a muerte, que me persigan y me calumnien, pero sé que puedo ganar a algunos de ellos. Lo sabemos por experiencia.

Algunos de los que nos persiguieron y lucharon más encarnizadamente contra nosotros son hoy nuestros más decididos partidarios. Ya veis que lo importante para la propaganda es que alcance su objetivo, y que es un error aplicar criterios críticos que no vienen al caso. Permítanme poner otro ejemplo. Si alguien me pregunta qué pienso de otra persona, sería una tontería que dijera: “Me gusta, pero no sabe tocar el piano”. La respuesta será: “¿Y qué? Es un abogado de empresa. ¿Por qué no compruebas si es bueno en lo que hace?”. Esa es una buena respuesta. Y se aplica igualmente a la propaganda. Nuestra propaganda sigue una línea clara. Adolf Hitler me dijo una vez que no es necesario pronunciar un discurso programático en una reunión pública. La reunión pública requiere el enfoque más primitivo. Si los caballeros elegantes dicen: “Usted es sólo un propagandista”, la respuesta es ésta: “¿Fue Cristo diferente? ¿No hizo propaganda? ¿Escribió libros o predicó? ¿Fue Mahoma diferente? ¿Escribió ensayos eruditos o fue al pueblo y dijo lo que quería decir? ¿No fueron propagandistas Buda y Zaratustra?” Es cierto que los filósofos de la Revolución Francesa construyeron sus bases intelectuales. Pero ¿quiénes pusieron las cosas en marcha? Robespierre, Danton y los demás. ¿Escribieron estos hombres libros o hablaron en reuniones populares?

Mire a su alrededor hoy. ¿Es Mussolini más un autor o un gran orador? Cuando Lenin tomó el tren de Zurich a Petersburgo, ¿se dirigió a su estudio y escribió un libro o habló ante miles de personas? ¡El fascismo y el bolchevismo fueron construidos por grandes oradores, por maestros de la palabra hablada! No hay diferencia entre el político y el orador. La historia demuestra que los grandes políticos siempre fueron grandes oradores: Napoleón, César, Alejandro, Mussolini, Lenin, nombre a quien quiera. Todos ellos fueron grandes oradores y grandes organizadores. Si una persona combina talento retórico, capacidad de organización y capacidad filosófica, si tiene la capacidad de transmitir conocimientos y de reunir a la gente bajo su bandera, entonces es un estadista brillante. Si alguien me dice hoy: “Usted es un demagogo”, le respondo de esta manera: “La demagogia en el buen sentido es simplemente la capacidad de hacer que las masas comprendan lo que yo quiero que entiendan”. Por supuesto, puedo adaptarme a los sentimientos de las grandes masas, lo que es demagogia en el mal sentido. Entonces cambio no sólo la forma de lo que quiero decir, sino también el contenido. No me pueden decir que las cosas han cambiado. Antes, los oradores construían los movimientos; hoy vivimos en la era de la prensa, y son los escritores los que tienen influencia.

Esta teoría es obviamente falsa. Por supuesto que la prensa es importante. Pero si examinamos editoriales bien escritas, resultan ser discursos disfrazados. Los marxistas no triunfaron por sus editoriales, sino porque cada editorial marxista era un pequeño discurso de propaganda. Fueron escritos por agitadores. Se sentaban en sus oficinas o en bares llenos de humo, escribiendo no ensayos elegantes, intelectuales y pulidos, sino palabras brutales, directas, que el hombre medio entendía. Por eso las masas devoraron la prensa roja. Debemos aprender de su ejemplo. El marxismo no triunfó porque tuvo grandes profetas, no tuvo ninguno. El marxismo triunfó porque sus tonterías fueron promovidas por agitadores de la capacidad de August Bebel y Lenin. Ellos llevaron al marxismo a la victoria. Si el movimiento völkisch hubiera tenido tales agitadores a su disposición, sus bases intelectuales más sólidas seguramente lo habrían llevado a la victoria. Algunos críticos se quejan: “¡Todo lo que hacéis es criticar! ¡Sólo os quejáis! ¡No podéis hacer las cosas mejor!” Otros dicen que “Der Angriff [el periódico de Goebbels en Berlín] es totalmente negativo. Di algo positivo para variar”. Bueno, yo no estoy en posición de decir nada positivo sobre Isidor Weiss [el vicejefe judío de la policía en Berlín, y un objetivo habitual de Goebbels]. Sólo puedo ser negativo. Y no hay nada positivo que pueda decir sobre la República. No hay

nada positivo en ella. Puedo decir algo positivo sólo cuando elimino lo negativo. El estadista más brillante de la tierra no podría hacer nada con esta República. Y el marxismo predicó sólo lo negativo durante sesenta años. El resultado fue que tomó el poder el 9 de noviembre de 1918. Hitler dijo una vez: “Mantén alejados de mí a esos sabelotodo que siempre quieren hacer algo positivo”. Podemos hacer algo positivo sólo cuando nos hemos desembarazado primero de lo negativo. Un líder no emerge de una mesa de conferencias. El líder se desarrolla a partir de las masas, y cuanto más surge de ellas, más las atrae hacia sí. Como tal, la masa es débil, cobarde y perezosa. Nunca se puede ganar por completo a la gran masa. Los mejores elementos de la masa deben formarse de manera que puedan triunfar. Esa es la tarea de una mente brillante. Damos gracias al destino por habernos dado una de esas mentes, una mente superior a todas las demás, a la que servimos voluntariamente.

Esa es la prueba de que venceremos. Otros encuentran su sabiduría en el gobierno de la mayoría, pero si un movimiento está dirigido por una persona, ese movimiento ganará. No importa cuándo gane. Ganará porque así son las cosas. Miren a su alrededor todo lo que quieran. En todas partes verán los fundamentos intelectuales de nuestro movimiento. La tarea de los líderes y seguidores es hacer penetrar este conocimiento cada vez más profundamente en los corazones de nuestra nación destrozada. Cada uno debe dejarlo claro, cada uno debe pensar las cosas detenidamente. Todo lo que hagamos debe ser claro. Nunca nos rendiremos. Si todo está claro, no hace falta ser un orador excepcional. Si uno puede decirlo todo en pocas palabras, es un propagandista. Si tenemos un ejército de propagandistas así, desde el más pequeño hasta el propio Führer, y si cada uno de ellos difunde nuestros conocimientos de forma clara entre las masas, llegará el día en que nuestra visión del mundo se apodere del Estado. Cuando nuestra organización tome las riendas del poder, cuando ya no seamos miembros de una colonia de esclavos, entonces seremos ciudadanos de un Estado político que nosotros mismos hemos creado. Esa es nuestra tarea en este planeta: crear las bases sobre las que pueda vivir nuestro pueblo. Cuando lo hagamos, esta nación creará obras culturales que perdurarán durante eones en la historia del mundo.

Joseph Goebbels - la situación.

Agosto de 1931

Una guerra civil latente y sigilosa ha asolado Alemania durante años. Los partidos de la lucha de clases han organizado al proletariado internacional contra el avance de la Alemania Nacional Socialista y semana tras semana, incluso podríamos decir noche tras noche, los abanderados de la conciencia alemana mueren en las calles de las grandes ciudades.
Ninguna pluma puede registrar la miseria que la Alemania nacional ha tenido que sufrir desde 1918. Golpeada y desmoralizada, abandonada por aquellos cuyo deber y tarea debería haber sido al menos garantizar a cada ciudadano sus derechos constitucionales, perseguida y esclavizada, oprimida y arrojada a la cárcel: ese ha sido el destino de la juventud alemana desde 1918. Parece que la sangrienta guerra civil que ha afligido a Alemania ha llegado a su clímax. Parece ser una realidad diaria e inmutable que los Nacional Socialistas son asesinados en las calles. La prensa ya no se preocupa. ¡Todo lo contrario! Los grandes órganos del judaísmo internacional convierten a los perseguidos en agresores y los calumnian cobardes mientras yacen sobre su propia sangre. Los extranjeros no pueden ignorar para siempre estas condiciones que claman al cielo. Los extranjeros no ven en los excesos sangrientos de la izquierda alemana la situación explosiva actual de Alemania. La mayor crisis política de Alemania se hace visible allí donde el asesinato rojo celebra sus mayores orgías en las ciudades y en el campo.

*

Se trata de la crisis que hemos predicho durante años, que hemos dicho que era la consecuencia inevitable e ineludible de las políticas tributarias que nuestros dirigentes han seguido desde 1918. La crisis de las reparaciones, como la llaman los periodistas, ya no se puede ocultar. Cuando los bancos más grandes quiebran, cuando las instituciones financieras públicas cierran sus puertas, cuando el gobierno requiere la autoridad del Presidente del Reich para gobernar en virtud del artículo 48 [esta era la disposición constitucional que permitía al canciller gobernar sin una mayoría parlamentaria, suponiendo que el Presidente del Reich estuviera de acuerdo] con decretos de emergencia para oponerse a la catástrofe financiera que se acerca con siniestra certeza, ya no se necesita retórica para demostrar que el pueblo alemán está al borde de la ruina, que es solo una cuestión de tiempo y ritmo hasta que esta catástrofe se vuelva total.
Los acontecimientos que han sucedido en Alemania con una velocidad vertiginosa durante el mes de julio no fueron inesperados para nosotros. ¡Todo lo contrario! Siempre y en todas partes hemos advertido contra ellos. En contra de todas las fuentes oficiales, advertimos durante el referéndum contra el Plan Young que el tributo que Alemania había pagado desde 1918 con dinero prestado destruiría un día toda la economía alemana.

Esa crisis ha llegado. Es cierto que el gabinete de Brüning ha logrado mantenerse a flote mediante medidas draconianas y decretos de emergencia, pero no hay duda de que la menor dificultad en la vida pública conducirá a una situación intolerable que mostrará a todos lo que se esconde hoy tras la fachada de una dictadura furtiva. Se puede hacer cualquier cosa con el artículo 48, excepto acuñar moneda. Se pueden cerrar bancos, se pueden abrir, se pueden prohibir los discursos públicos, se pueden prohibir los periódicos. Todo es posible si se aborda la Constitución de Weimar con suficiente falta de escrúpulos. La ley que el gobierno de Brüning publicó contra la prensa poco antes de su viaje a París es una copia casi textual de las leyes de censura zaristas. Desde la promulgación de este decreto de emergencia en Alemania, es simplemente imposible para los representantes de la oposición hacer lo que exige su conciencia. Ya no hace falta que haya una infracción clara y demostrable para prohibir un periódico durante semanas. Ahora se puede prohibir un periódico simplemente por sus opiniones, bastando con

afirmar que es un peligro para la seguridad pública. Garantizamos que un pez gordo socialista no tiene por qué ponerse nervioso cuando escribimos algo en su contra, ni un judío tiene por qué sentirse inseguro cuando escribimos algo en su contra. Así es como actuaremos en virtud de este decreto de emergencia. Cada vez que la situación política se intensifica y aparecen signos de crisis en la vida pública, se emiten prohibiciones tras prohibiciones contra la prensa Nacional Socialista. No vale la pena el esfuerzo de enumerarlas todas. Sería más fácil enumerar los periódicos que todavía se publican y enumerar los demás bajo una pancarta que diga: "¡Prohibidos por los beneficiarios del régimen actual!". Nos encontramos en medio de una crisis constitucional. Sólo unos pocos se dan cuenta de su magnitud. La Constitución de Weimar existe casi sólo en el papel. Ya no hay libertad de opinión y de conciencia en Alemania. La vida política está siendo estrangulada de manera intolerable. Se niega el trabajo y la prosperidad a los camaradas del pueblo dispuestos a trabajar. Millones de personas están amenazadas de ruina progresiva, y el gobierno se defiende contra quienes protestan por su miseria social, incluso si sólo se defienden con palabras y opiniones políticas.

El movimiento Nacional Socialista tendrá que considerar si debe desacreditar sin piedad este intolerable régimen de terror ante la opinión mundial. No tiene ningún apoyo en la Constitución. Llegará el momento en que le digamos claramente al mundo que el actual gobierno es inconstitucional, que viola los principios sagrados de la democracia y que la oposición nacional no está dispuesta de ninguna manera a cumplir los acuerdos que este régimen ha hecho con las potencias mundiales. Al implementar el artículo 48, la Constitución de Weimar requiere la presencia de un estado de emergencia inmediato que amenace la seguridad pública hasta el punto de requerir medidas dictatoriales por parte del gobierno del Reich para restablecer el orden. No es así en absoluto cuando Brüning utiliza con demasiada libertad los medios del artículo 48. ¡Todo lo contrario! Este gabinete y sus medidas ponen en peligro la seguridad pública. Había una manera sencilla de restablecer unas condiciones absolutamente estables: se debería haber confiado al movimiento Nacional Socialista victorioso la formación de un gobierno el 14 de septiembre de 1930 [fecha de las anteriores elecciones al Reichstag]. Se podría haberle dado el poder en el Reich y al mismo tiempo disolver el parlamento prusiano, la provincia más grande del país. Pero no quisieron hacerlo. Sabían que una nueva política interior alemana requeriría un tono completamente diferente.

*

Por eso, las cosas tuvieron que desarrollarse de otra manera. Una vez más, el pueblo alemán se enfrenta a un otoño gris y a un invierno terrible. Se rumorea que la tasa de desempleo aumentará drásticamente este otoño e invierno, probablemente hasta ocho o diez millones. La pobreza golpeará a Alemania en una medida que hará que todo lo que ha sucedido hasta ahora parezca un juego de niños. Se puede silenciar la voz de la conciencia que ha alzado la oposición Nacional Socialista, pero eso no alimentará a un pueblo hambriento, y aquellos a quienes se les ha quitado todo terminan recurriendo a acciones desesperadas. La prensa extranjera ha dicho en repetidas ocasiones, con cierta burla, que la indiferencia, casi podríamos decir la resignación, con la que las amplias masas han aceptado las medidas dictatoriales del actual gobierno es inexplicable. Esto es sólo parcialmente cierto. Las masas no son indiferentes, y mucho menos resignadas. Están esperando con disciplina lo que sucederá. Sólo se puede agradecer a la dirección del movimiento Nacional Socialista que la ira del pueblo no haya estallado, que incluso en las mayores pruebas de sus partidarios haya mantenido la legalidad más estricta.

*

Todo esto, sin embargo, no nos impide en lo más mínimo utilizar todos los medios que el movimiento popular Nacional Socialista tiene a su disposición para llegar al poder legal y constitucionalmente. Uno de ellos es el referéndum. Un referéndum ayudará a sanear las cosas en Prusia. Uno no puede evitar sonreír al leer los comentarios sobre el referéndum prusiano en los periódicos que apoyan el pago de reparaciones. No les quedan argumentos con los que defender su débil posición. Tienen que utilizar su viejo método de apelar al mundo para mantener a flote su barco agujereado. Francia se opone al referéndum. La prensa socialdemócrata no tuvo reparos en utilizar este argumento. Como siempre, este partido traidor ha seguido una política que es para el bien de Francia, no para el bien del pueblo alemán. Sea o no el referéndum, está claro que millones y millones de hombres y mujeres de mentalidad prusiana se oponen al gobierno dictatorial negro-rojo. Y si no triunfa el 9 de agosto, recordaremos el dicho: ¡Aplazar no es el fin!

*

Durante el mes de julio, el debate internacional se centró en el Plan Hoover y sus consecuencias políticas. En nuestro último número analizamos los antecedentes de esta acción. Rechazamos entonces la oferta de Hoover por considerarla totalmente insatisfactoria. Es nuestro deber, aún más hoy, señalar que los hábiles diplomáticos y expertos financieros del gobierno francés han hecho de un mal comienzo un final aún peor. El gobierno francés arrebató la iniciativa al presidente norteamericano. Los bancos franceses habían comprado los créditos a corto plazo concedidos a Alemania y, en el momento decisivo, los retiraron sin piedad de la vida económica alemana. Se hizo evidente la situación imposible en la que Alemania dependía por completo de un crédito ilimitado y la gran crisis siguió su curso inevitable.

*

El mundo se echó atrás en el último momento. Si Alemania hubiera tenido que abandonarse a sí misma durante la crisis y si Francia hubiera decidido hacer un uso implacable de los medios de que disponía, el destino de Alemania se habría decidido. El hecho de que todavía vivamos y respiremos, que el pueblo alemán todavía pueda comer y que unos pocos aún tengan trabajo es totalmente gracias a Francia. La nación opresora puede repetir en cualquier momento el juego sangriento, y Alemania pertenece por completo a París. La autoridad del Estado, tan elogiada entre nosotros, está en manos de las altas finanzas francesas, y el derrumbe de Alemania se decidirá en París.

*

Por eso Brüning viajó, por eso habló en París y Londres. No fueron visitas políticas espontáneas, sino misiones de mendicidad de la más humillante naturaleza. No se necesitaba crédito para salvar al pueblo, sino para proteger al gobierno de una inminente caída. ¡Cómo se alegraron los periódicos cuando Brüning y Curtius fueron a París! Estaban encantados con los préstamos de miles de millones que resultarían de estas negociaciones. Una vez más, fluirían ríos de dinero a Alemania y nuestra vida económica prosperaría gracias a una gran cantidad de créditos y préstamos. Brüning regresó de Londres derrotado. Ya no se hablaba de un préstamo a largo plazo de dos mil millones. Costó mucho convencer a las potencias reunidas en Londres (influenciadas por la presión moral de los grupos financieros que estaban detrás de ellas) de que no retiraran más créditos a corto plazo a Alemania. Ahora guardan silencio. Pero sólo mientras les plazca. Alemania está a su merced, y aunque Brüning no se vio obligado a aceptar las intolerables condiciones políticas que algunos sugirieron, el período de gracia que ganó no es más que un respiro.

Se le dio un período de gracia para que lo utilizara en los próximos meses para trabajar con los gobiernos provinciales marxistas para acallar la oposición nacional, la conciencia nunca silenciosa de la nación, arrebatando así a un pueblo enervado e impotente esos derechos políticos que son la última esperanza para escapar de Versalles, Dawes y Young. Francia no se conformó con un ataque general a la moneda alemana. Francia atacó a Inglaterra con la misma fuerza cínica que ha utilizado contra nosotros desde 1918. La ofensiva contra la libra incluso trajo dificultades al habitualmente imperturbable Banco de Inglaterra. Alimentada por el tributo que extrae de Alemania, Francia está estableciendo una dictadura sobre Europa que avergüenza no sólo a todos los alemanes amantes de la libertad, sino también a todos los europeos honorables. Francia es, de hecho, la causante de problemas de Europa, y los recientes acontecimientos en los mercados financieros internacionales han demostrado que el Nacional Socialismo sostiene desde hace mucho tiempo que es necesario que Alemania, Italia e Inglaterra cooperen para oponerse a esta nación negra que va camino de hundir a toda Europa en una desgracia irreparable.

*

La obra avanza. Los viejos altares han caído, se están construyendo otros nuevos. Y los nuevos altares sólo han resistido parcialmente las tormentas de la época. El imperio de los bolcheviques se está derrumbando. El último discurso de Stalin tuvo que ganarse el favor del capitalismo internacional. Renunció a los principios fundamentales de la cosmovisión comunista y ofreció la paz al sistema individualista al que se había opuesto anteriormente. La desesperación aflige a los pueblos. Europa y Alemania sufren un escepticismo sin precedentes sobre el mundo.

Si el Nacional Socialismo no existiera, todos nos habríamos hundido hace mucho tiempo en la desesperación. Pero tenemos una fe y una esperanza a las que aferrarnos. La cosmovisión Nacional Socialista puede dominar la crisis espiritual y política que aflige a Alemania y Europa. Aún más profundamente arraigado en nosotros está el conocimiento de que sólo con nosotros y a través de nosotros es posible una resurrección de la nación alemana, y que sólo cuando Alemania haya tomado una nueva forma, Europa podrá alcanzar su paz verdadera y duradera. El Nacional Socialismo está firmemente en la corriente de la época. Sin ningún escepticismo ni desesperación, se esfuerza por alcanzar el futuro y la victoria sobre los poderes de la democracia liberal.

1931

Es tarea de la teoría Nacional Socialista construir un programa que pueda mantenerse en la lucha política diaria. Hemos trabajado en este programa desde el inicio del movimiento. Sus fundamentos están establecidos en los 25 puntos [el programa oficial del partido, adoptado en 1920]. Los 25 puntos proporcionan la base de toda la práctica Nacional Socialista. El movimiento Nacional Socialista se desarrolla a partir de la práctica política. No surge de un escritorio, sino de la vida real. Esto la distingue de cualquier otra organización política alemana contemporánea. Una buena teoría es lo más práctico del mundo. Esto ha sido cierto para el movimiento Nacional Socialista y lo seguirá siendo. A largo plazo, el trabajo práctico es imposible a menos que esté respaldado por una teoría programática, que a su vez puede encontrar sus métodos y objetivos sólo en la práctica. El objetivo de esta revista no será difundir y profundizar la teoría y la práctica Nacional Socialista. Es decir, no pretendemos sumar otro intento programático y teórico a los que ya tiene el movimiento, y que ciertamente ayudan a darnos un rostro intelectual ante los outsiders. Más bien, nuestro objetivo es mostrar a los practicantes los métodos que pueden utilizar para ganar poder gradualmente ganando las almas de la gente. Los métodos políticos siempre suponen un objetivo político.

Sólo cuando el objetivo es muy claro e inmutable es posible determinar las bases del trabajo práctico. El medio que se utiliza para alcanzar el objetivo es la voluntad política. Por lo tanto, el objetivo de estas páginas, escritas por quienes están en el campo, es este: queremos tomar la teoría y el programa del Nacional Socialismo existentes y en desarrollo y determinar qué es necesario para que se realicen en el ámbito político. Un programa político cuyos proponentes no obtienen poder es inútil, porque no puede aplicarse a la vida práctica. Sin poder, ninguna plataforma política tendrá importancia histórica. Más que cualquier otro arte, el arte de la política está muy alejado de las secas teorías del escritorio. Provienen de la vida diaria y existen para la vida diaria. Hay una variedad de formas de ganar poder. Existen medios ilegales para ganar poder mediante la fuerza bruta. También se puede ganar poder legalmente al obtener la mayoría en una elección. Hay revoluciones, golpes de estado, levantamientos. Pero cada uno de estos métodos requiere que un grupo político se gane las simpatías de las amplias masas, si desea mantener su poder a largo plazo. Pero la simpatía del pueblo no surge por sí sola, hay que ganarla. El medio para obtener ese apoyo es la propaganda.

La tarea de la propaganda no es descubrir una teoría o desarrollar un programa, sino más bien traducir esa teoría y ese programa al lenguaje del pueblo, para hacerlos comprensibles para las amplias masas populares. El objetivo de la propaganda es dejar claro a las amplias masas lo que los teóricos han descubierto. Los teóricos encontraron un movimiento político. Los propagandistas les siguen de cerca. Los teóricos dan a un movimiento sus fundamentos intelectuales, los propagandistas plasman el contenido programático del movimiento en la acuñación del pueblo y se lo difunden. No valdría la pena discutir quién es más importante en la lucha por el poder. El propagandista no es nada sin el teórico, pero el teórico tampoco es nada sin el propagandista. No se puede dar conocimiento político al pueblo sin los medios adecuados de propaganda. Incluso las teorías políticas más brillantes no tendrán impacto a menos que se expongan en una forma que la gente la pueda entender. El gran logro del movimiento Nacional Socialista es que creó una síntesis de ambos elementos del arte de la política. La base de la teoría Nacional Socialista es firme. Naturalmente necesita un desarrollo disciplinado y reflexivo, pero la tarea de una cosmovisión no es explicar el qué de la vida política, sino más bien el cómo. Una cosmovisión no gobierna las cosas de la vida, sino las relaciones de esas cosas. La tarea de

explicar esta relación en los detalles de la vida pública, de persuadir a las grandes masas de su conveniencia, es tarea de nuestra propaganda política. Ningún otro movimiento político entendía mejor el arte de la propaganda que los Nacional Socialistas. Desde sus inicios ha puesto alma y cuerpo en la propaganda. Lo que lo distingue de todos los demás partidos políticos es la capacidad de ver el alma de la gente y hablar el idioma del hombre de la calle. Utiliza todos los medios de la tecnología moderna. Folletos, volantes, carteles, manifestaciones masivas, la prensa, el escenario, el cine y la radio: todos estos son instrumentos de nuestra propaganda. Si sirven o dañan a la gente, depende del uso que se les dé. A largo plazo, la propaganda sólo llegará a las amplias masas populares si es uniforme en todas las etapas. Nada confunde más a la gente que la falta de claridad o la falta de objetivo. El objetivo no es presentar al hombre común tantas teorías variadas y contradictorias como sea posible.

La esencia de la propaganda no está en la variedad, sino más bien en la contundencia y persistencia con la que uno selecciona ideas de un conjunto mayor y las inculca entre las masas utilizando los métodos más variados. Por eso llamamos a esta revista “Voluntad y Camino”. La voluntad del movimiento Nacional Socialista está plasmada en su programa. El camino cambia todos los días. Como no tenemos poder político, no podemos realizar las ideas del Nacional Socialismo. Por lo tanto, debemos dedicar toda nuestra energía a alcanzar el poder. Ganaremos poder sólo con el pueblo, no contra él. Se unirán a nosotros cuando sienta lo mismo que nosotros, cuando esté convencido de que lo que queremos es correcto. Por tanto, la propaganda Nacional Socialista es el aspecto más importante de nuestra actividad política. Está en el primer plano de nuestros objetivos prácticos. Sin ella, todo nuestro conocimiento sería infructuoso, sin efecto. La propaganda debe renovar el conocimiento. Debe difundirlo entre la gente, debe convencer a la gente de la necesidad de nuestro conocimiento. Ganar nuevos luchadores para el movimiento. Convierte a los partidarios en miembros y a los miembros en mártires. Hoy tenemos una estrecha red de propaganda Nacional Socialista en todo el país. Cualquier observador debería tener claro que nos estamos preparando no sólo para las tareas de hoy, sino también para las del futuro.

La propaganda Nacional Socialista sirve para educar al pueblo. Su tarea no es sólo conquistarlos para las tareas de hoy, sino también ayudar a transformar el carácter de las amplias masas. Estamos convencidos de que una nueva política en Alemania sólo es posible después de una transformación completa de nuestro carácter nacional, después de una forma de pensar nacional completamente nueva. Esta es nuestra tarea más apremiante, y al trabajar hoy por estas tareas estamos haciendo el mejor trabajo preparatorio para las grandes tareas políticas del mañana. El propagandista Nacional Socialista es el maestro del pueblo. La propaganda Nacional Socialista es el arte de enseñar al pueblo. Hoy estamos en la oposición. La propaganda que llevamos a cabo hoy se convertirá en una educación nacional prácticamente organizada y de amplio alcance después de que tomemos el poder. El objetivo de este mes es crear las bases, mostrar las formas y medios a través de los cuales podemos alcanzar estas altas metas. Tenemos la intención de fortalecer y agudizar nuestra voluntad para alcanzar nuestros objetivos políticos. Queremos ocuparnos de nuestras tareas prácticas diarias.

Queremos darnos la firmeza de acero necesaria para sobrevivir a las angustiosas batallas diarias. Pero esta voluntad no debe dirigirse sin rumbo al pueblo. Esta voluntad debe orientarse en una dirección clara. Debe estar dirigida a la nación, organizada, disciplinada, enfocada y clara. Queremos mostrar el camino que lleva de éxito en éxito hasta alcanzar la victoria. Nuestro objetivo en estas páginas es unir voluntad y camino en una síntesis unificada de técnicas prácticas. No escribimos para el público en general, sino para quienes participan activamente en la política diaria en todo el país. Es un foro de discusión firmemente ligado al partido. Todo aquel que tiene algo que decir tiene el derecho y el deber de hablar. Aquí intercambiaremos experiencias, haremos propuestas, criticaremos errores y sugeriremos mejoras. Estas páginas deberían convertirse con el tiempo en un recurso que los luchadores políticos necesitarán para sus batallas diarias. Deben recibir enseñanza, educación y fortaleza. Recibirán el poder de llevar nuestras ideas a Alemania y aprenderán los medios para poner en práctica una buena teoría. El conocimiento de nuestro movimiento está sellado con la sangre de los 200 que murieron por él. Transformar esta voluntad en realidad es nuestra tarea diaria en la lucha por el poder.

Panfletos

Joseph Goebbels - los Nazi-Sozi.

1926

Diez mandamientos para cada Nacional Socialista.

La patria es la madre de tu vida, ¡no lo olvides nunca!

1). Tu patria es Alemania. Ámala más que a cualquier otra cosa, y más con hechos que con palabras.
2). Los enemigos de Alemania son tus enemigos; ódialos con todo tu corazón.
3). Cada camarada del pueblo, incluso el más pobre, es una parte de Alemania; ámalo como te amas a ti mismo.
4). Pide para ti solo deberes. Entonces Alemania recuperará sus derechos.
5). Siéntete orgulloso de Alemania; puedes enorgullecerte de una patria por la que millones de personas dieron sus vidas.
6). El que insulta a Alemania te insulta a ti y a tus muertos. Golpéalo.
7). No provoques problemas, pero donde alguien te niegue tus derechos, Dios te da el derecho de usar tus puños.
8). No seas un antisemita chiflado, pero mantente alejado del Berliner Tageblatt.
9). Vive tu vida de tal manera que no tengas que avergonzarte en una Nueva Alemania.
10). Cree en el futuro, porque es la única manera de alcanzarlo.

Nada de política.

"¡No, no! Me mantendré alejado de la política. Eso no es más que traición y estafa".

Después de la revolución, se podía atrapar a la gente con todas esas frases estúpidas. Esa época ya pasó. Hoy somos más inteligentes que entonces.

"Ya no creo en ninguna de esas tonterías. Hago mi trabajo y no pienso en política. Eso es todo. Punto. ¡Basta!"

¡Perdón! Si crees eso, nuestro enemigo común, llámalo como quieras, capitalismo, judío, parlamento, democracia o marxismo, ha alcanzado su objetivo.

"¿Por qué? No lo entiendo".

Su objetivo es que el pueblo alemán ignore la política para que sirva y trabaje como un esclavo y así el judío domine la política.

"Eres implacable. Entonces, ¿en quién debo confiar hoy? ¡Nómbrame un partido de derecha o de izquierda que no nos haya enterrado en eslóganes y promesas, y nómbrame incluso uno que haya cumplido aunque sea una pequeña parte de sus promesas!"

Tienes razón. Todos los partidos han mentido y traicionado al pueblo. Ninguno ha sido honesto ni ha intentado poner en práctica lo que prometía en teoría. Prestan atención al pueblo sólo durante las elecciones. Pero ¿son los partidos alemanes unos traidores los cuales no han hecho nada por nuestro futuro? Sí, los partidos son malos, ¡deséchenlos y únanse al pueblo para luchar contra los partidos!

"¡No! ¡Es demasiado tarde para eso! Ya no tenemos el coraje, la determinación, para proclamar a la Alemania de hoy la voluntad de vida de una nueva Alemania".

Nosotros tenemos el coraje, la fe y la determinación. ¿Y usted? ¿Qué piensa sobre el futuro?

La economía y la política.

"Todavía tengo una pequeña esperanza. La economía. Creo que el enorme poder creativo del pueblo alemán nos salvará. El trabajo, la economía, es nuestra esperanza. ¡Debemos trabajar más y hablar menos!"

¡Un bonito rugido, león! Pero eso es una obviedad. Te sugiero que vayas a los tres millones de desempleados, como una voz en el desierto, y les prediques que "¡Debemos trabajar más y hablar menos!" Tal vez eso haga que las tonterías que estás proclamando sean más claras que cualquier cosa que yo pueda o quiera hacer." "¡La economía es nuestra esperanza!" Eso es lo que dijo Walther Rathenau cuando dio los amplios primeros pasos hacia la incorporación de la producción alemana al pensamiento sindicalista internacional de las altas finanzas estadounidenses. Así que crees en la economía. La economía está directamente vinculada con la política como un factor vital de la vida de nuestro pueblo. ¡Nómbrame un pueblo en la historia que haya tenido, o haya podido mantener, una economía sólida sin una política sana y orientada a objetivos! ¡Y nómbrame un pueblo con una política clara e instintiva que no haya sido capaz de encontrar una manera de construir una economía sana! Su punto de vista es una tontería, algo que sólo puede decirse si se es un imbécil pagado por los judíos o un burgués idiota. La política, no la economía, determina el destino de un pueblo. Una política sana conduce a la política económica necesaria. Una economía sana que no se base en una política fuerte es impensable. Por supuesto, no se puede decir que los estadistas de hoy en día hagan política.

La naturaleza de la política.

La política es una acción responsable al servicio de los pueblos. Su objetivo es crear las condiciones que permitan a este pueblo construir una vida a partir de esta dura tierra, mantener y defender su vida, aumentar en número y asegurar la libertad y la prosperidad para sus descendientes.

La juventud y la política.

"¿Y queréis hacer política en vuestro movimiento con jóvenes verdes que apenas tienen experiencia de la vida? ¿Con radicalismo y mucho ruido? ¿Con luchas callejeras y terror contra los que tienen otras opiniones? ¿Con una oposición total al Estado y a sus fundamentos naturales?"

¡Sí, eso es lo que queremos! Queremos hacer política porque nadie más la hace. Los viejos y experimentados dirigentes del pueblo que no se cansan de quejarse de nosotros, los jóvenes inexpertos, no pueden hacerlo. Tampoco la burguesía bien educada o la intelectualidad, ni los políticos mansos ni los hijos de mamá. Ni este Estado ni los que hacen política para él.
Pero permítame unas pequeñas correcciones. Si hacemos política con "jóvenes inexpertos" –a los que llamamos la juventud, la juventud alemana– lo hacemos con orgullo, sabiendo que la juventud alemana ha escapado del veneno de la actualidad para encontrar un camino hacia una nueva Alemania. No nos importa si esta juventud tiene experiencia de la vida o no. Claro, tienes experiencia en la vida, pero no entiendes nada de política. Conozco a muchachos de 18 años en nuestras S.A. cuyas frases te avergonzarían. No hacemos política radical, pero cuando el radicalismo es necesario no somos tan cobardes como para rechazarlo. El señor burgués se queja del radicalismo, tal vez porque nadie en su Estado es radical. Y recurrimos al terror cuando el terror se usa contra nosotros. No gritamos llamando a la policía como cualquier asociación de

veteranos, ni nos escondemos como miembros cobardes de la burguesía detrás de sus vallas y esperamos como cobardes lo que el destino nos depare. Salimos a la calle y usamos nuestros puños contra el terror. Practicamos la teoría del poder y realizamos maniobras para preparar un asalto posterior al Estado de clase burgués.

Lucha de clases.

"¡Eso significa que os habéis convertido en un partido que favorece la lucha de clases! ¡Os llamáis partido obrero! Ése fue el primer paso. Os llamáis socialistas. Ése fue el segundo paso. Ahora estáis hablando del Estado de clase burgués. Ése es el tercer y último paso. ¿En qué os diferenciáis del marxismo?"

No hay nada más hipócrita que un ciudadano gordo y bien alimentado quejándose del pensamiento proletario sobre la lucha de clases. Vosotros habéis pasado el invierno perfectamente. Vuestra propia persona es una incitación a la lucha de clases. ¿Qué os da derecho a inflar vuestro pecho nacionalista y quejaros de la lucha de clases del proletariado? ¿No ha sido el Estado burgués un Estado de clase organizado durante casi 60 años? ¿No dio origen a la necesidad histórica del pensamiento proletario de la lucha de clases? ¿No recibisteis vuestra recompensa por vuestro Estado de clase el 9 de noviembre de 1918? ¿Acaso no sois capaces de ver, ante la locura marxista, cómo surgió de vuestro viejo error burgués reaccionario? ¿No os da vergüenza, como ciudadanos de Europa central bien alimentados, luchar contra proletarios desnutridos, con los ojos vacíos, hambrientos y desempleados? ¡Sí, nos llamamos partido obrero! Ése es el primer paso. El primer paso para alejarnos de un estado burgués. Nos llamamos partido obrero porque queremos liberar el trabajo, porque para nosotros el trabajo creativo es el elemento que impulsa la historia, porque para nosotros el trabajo es más que posesión, educación, clase y origen familiar. ¡Por eso nos llamamos partido obrero!

Social y socialista.

Sí, nos llamamos socialistas. Ese es el segundo paso. El segundo paso contra el estado burgués. Nos llamamos socialistas como protesta contra la mentira de la compasión social burguesa. Su discurso sobre la "legislación social" es absurdo. Es demasiado poco para vivir, pero demasiado para morir. Queremos nuestros derechos de acuerdo con la naturaleza y la ley. Queremos nuestra parte completa de lo que el Cielo nos ha dado y lo que hemos creado con nuestras propias manos e inteligencias. Eso es el socialismo

El Estado de clase.

Hablemos ahora del Estado de clase burgués. ¿Por qué? Porque este Estado burgués se ha convertido en un Estado de clase. Porque este Estado no valora los logros y la voluntad, sino que presta atención sólo a la educación, la riqueza y la tradición. Hablamos de un Estado de clase burgués porque este Estado burgués rechaza lo que es más sagrado en la vida de los pueblos, transformando el amor a la propia etnia en un amor codicioso a la riqueza, excluyendo así a 17 millones de proletarios con sentimientos y pensamientos alemanes. Lo que el ciudadano burgués quería es irrelevante. Lo decisivo es lo que logró. Si quería una Alemania fuerte, ¿qué obtuvo? Obtuvo una colonia internacional de esclavos que el 9 de noviembre de 1918 estaba a punto de derrumbarse bajo los golpes de los rebeldes. Esa es la verdad. Protestamos contra la idea de la lucha de clases. Todo nuestro movimiento es una gran protesta contra la lucha de clases, que ha excluido a nuestro pueblo del curso de la historia. Sin embargo, llamamos a las cosas por su nombre. Diecisiete millones de personas ven la lucha de clases como su única esperanza, porque así lo aprendieron hace más de 60 años de la derecha. ¿Por qué tenemos el derecho moral de quejarnos de la lucha de clases proletaria si no destruimos primero por completo el Estado de clase burgués y lo reemplazamos por una nueva estructura socialista de comunidad alemana?

Mano y Mente.

"¿Y quién os va a ayudar a superar el viejo Estado y a construir uno nuevo?"

Nosotros confiamos en el sano instinto del pueblo alemán creativo. Llegará el día en que hasta el último hombre lo verá. Un día las manos y las mentes se levantarán para protestar; entonces acusaremos, juzgaremos. Nuestra tarea es apresurar ese día, en la medida de lo posible. Entonces nos uniremos, obreros y trabajadores de cuello blanco. Entonces veremos quién ama realmente a su patria más que a su partido y a su clase. Entonces será cuando los jóvenes trabajadores del futuro construirán una tercera Alemania. Entonces la juventud inexperta tendrá su palabra. Como paja en el viento, la vieja sabiduría y la experiencia se desvanecerán. Tomaremos el destino de Alemania en nuestras manos. Resolveremos la cuestión del socialismo, radical y completamente, haciendo caso omiso de la tradición, la educación, la riqueza, la posición social y la clase. Nuestra única preocupación será el futuro del pueblo alemán creativo.

Nacionalista y socialista.

Entonces demostraremos que el Nacional Socialismo es más que la cómoda teología moral de la riqueza burguesa y el beneficio capitalista. Un nuevo espíritu de nacionalismo surgirá de las ruinas, mostrando la forma más radical de autodefensa étnica, un nuevo socialismo que creará las bases necesarias.

Desesperación marxista.

"¡Hablas de socialismo! ¿No es justo que el obrero alemán, después de que los últimos 60 años han demostrado la bancarrota total de su ideal político, se sienta desesperado por el socialismo y el futuro de su clase?"

¡Jamás! Porque:

1). Luchó durante 60 años no por el socialismo, sino por el marxismo. El marxismo, cuyas teorías son fatales para los pueblos y las razas, es exactamente lo opuesto al socialismo vivo.
2). El marxismo nunca fue la idea política de un obrero alemán. Sólo aceptó este revoltijo de ideas judías porque no tenía otra opción en su lucha por la libertad de su clase.
3). El marxismo es la muerte no sólo de los pueblos de espíritu nacional, sino sobre todo de la clase que lucha con total devoción por su realización: la clase obrera. El obrero no tiene derecho a dudar del socialismo, sino más bien el deber de dudar del marxismo. Cuanto antes lo haga, mejor. El reloj casi ha dado la medianoche.

Antisemitismo.

"Ustedes hacen mucho ruido sobre el hecho de que se oponen a los judíos. ¿No es el antisemitismo algo anticuado en el siglo XX? ¿No es el judío un ser humano como todos los demás? ¿No hay judíos decentes? ¿No es malo que nosotros, 60 millones, temamos a 2 millones de judíos?"

No acaban de entenderlo. Traten de pensar lógicamente:

1). Si sólo fuéramos antisemitas, estaríamos fuera de lugar en el siglo XX. Sin embargo, también somos socialistas. Para nosotros, las dos cosas van juntas. El socialismo, la libertad del proletariado alemán y, por lo tanto, de la nación alemana, sólo se puede lograr contra los judíos. Como queremos la libertad de Alemania, o el socialismo, somos antisemitas.
2). Claro, el judío también es un ser humano. Ninguno de nosotros ha dudado de eso. Pero una pulga también es un animal, aunque sea desagradable. Como la pulga no es un animal agradable, no tenemos el deber de defenderla ni de protegerla, ni de estarle a su servicio para que nos muerda, nos atormente y nos torture. Nuestro deber es, más bien, hacerla inofensiva. Lo mismo se aplica al judío.
3). Claro que hay judíos decentes (weiße). Cada día hay más. Pero eso no es una prueba a favor de los judíos, sino más bien una prueba en su contra. El hecho de que se llame a los sinvergüenzas entre nosotros "judíos decentes" es una prueba de que ser judío conlleva un estigma, de lo contrario se llamaría a los judíos mentirosos "cristianos decentes (gelbe)". El hecho de que haya tantos judíos decentes demuestra que el espíritu judío destructivo ya ha infectado a

amplios círculos de nuestro pueblo. Es un estímulo para que continuemos la batalla contra la plaga mundial judía donde sea posible.
4). Es una mala señal para ustedes, no para nosotros, que 60 millones teman a 2 millones de judíos. Nosotros no tememos a esos 2 millones de judíos, sino que luchamos contra ellos. Pero tú eres demasiado cobarde para unirte a esta batalla y te comportas como un gato sobre una estufa caliente. Si estos 60 millones luchasen contra los judíos como lo hacemos nosotros, ya no tendrían nada que temer. Sería el turno de los judíos de tener miedo".

¿Monarquía o República?

"Muestra tu verdadera cara. ¿Eres monárquico o republicano?"

No somos ni lo uno ni lo otro.

1). La cuestión de la forma de gobierno es irrelevante para nosotros hoy. Un pueblo que está siendo destruido bajo los dictados de Versalles tiene otras cosas de las que preocuparse que la cuestión de la monarquía o la república.
2). Esta cuestión puede ser decidida por el pueblo sólo cuando es libre. Sin embargo, decimos: Una buena república es mejor que una mala monarquía, y una buena monarquía es mejor que una mala república. Ambas formas de gobierno tienen sus ventajas y desventajas. Sólo un pueblo libre puede hacer esa elección. Sin embargo: Es difícil concebir un gobierno peor que el que tenemos hoy. Ciertamente no es una república. Es un mercado internacional de bienes usados en el que los más vocingleros y los hebreos que más ofrecen se llaman a sí mismos estadistas y comisarios."

Negro-blanco-rojo o negro-rojo-oro.

"Ahora, ponte la mano en el corazón y jura decir la verdad. ¿Eres negro-blanco-rojo [los colores del partido radical] o negro-rojo-oro [los colores del centrismo]?"

Ni lo uno ni lo otro:

1). No nos importa si la república Scheidemann/Stresemann se derrumba bajo el negro-blanco-rojo o el negro-rojo-oro. Tal vez preferiríamos el negro-oro, ya que al menos morirían vistiendo sus propios colores.
2). Podremos decidir sobre una bandera común solo cuando el pueblo alemán se adhiera a una sola idea y tenga una sola voluntad. El movimiento que genere tal comunidad popular también dará sus colores a todo el pueblo. Estamos seguros de que seremos nosotros".

Nuestro programa.

"Cada partido tiene un programa. ¿Cuál es el tuyo? Ya que quieres conquistar al trabajador alemán, ¿qué le ofreces?"

Si fuéramos peces gordos del partido o judíos, restaríamos importancia a toda la letanía de nuestras promesas. Nada es más fácil que eso. Es difícil decir la verdad. Más difícil aún oírla y comprenderla. Sin embargo, sabemos que sólo eso es el camino a la salvación:

1). Claro, cada partido tiene su programa. Pero ningún partido ha llevado a cabo su programa. No pudieron hacerlo en el pasado y no podrán hacerlo en el futuro, porque todos los programas anteriores han sido imposibles de implementar.
2). Nuestro programa es breve y conciso: la libertad del pueblo alemán creativo. El camino para ello es claro y sencillo: liberar al trabajador alemán y hacerlo una vez más parte de la nación. Haremos todo lo necesario para alcanzar ese objetivo. No nos abstendremos de hacer una revolución social si la libertad de la nación lo exige. No tenemos miedo de romper las cadenas que han envuelto a nuestra nación si eso es necesario para garantizar las necesidades básicas de los trabajadores alemanes.

3). No prometemos nada al trabajador alemán excepto esto: que lucharemos hasta el último aliento por su derecho a existir, sin importar lo que cueste y los resultados. Ofrecemos lo máximo que se puede ofrecer a un pueblo y a su clase oprimida: ¡Una batalla por la libertad y la prosperidad!"

Nuestra exigencia.

"¿Y qué tiene que hacer el trabajador alemán?"

En este mundo, nada surge de la nada. El trabajador alemán debe saber:

1). Si quiere ser libre, tendrá que sacrificarse. Nadie lo hará libre. Debe hacerlo él mismo. Como la libertad es el mayor bien, debe estar dispuesto a dar todo lo que tiene: la vida misma.
2). El objetivo siempre está directamente relacionado con los recursos. Sólo los mentirosos prometen el paraíso a cambio de una cartilla de socio. Nosotros decimos esto: la libertad lo es todo. Por eso exigimos todo lo que tenemos: una lucha larga y dura llena de pobreza, preocupación, dificultad, hambre y peligro, que requiere constantes sacrificios de salud, placer, felicidad y satisfacción. Eso es lo que debe hacer el trabajador alemán.
Pero al final está la recompensa más hermosa: una Alemania libre llena de trabajo creativo.

La burguesía.

"¿No tiene razón el marxismo cuando dice que el NSDAP es un movimiento pequeñoburgués dirigido por oficiales, estudiantes y médicos desgastados? ¿Cómo puede creer el obrero que se quiere liberarlo? No se le podrá disuadir de su convicción de que el obrero sólo puede ser liberado por el obrero."

No dices más que tonterías, escucha:

1). El NSDAP no es un movimiento pequeñoburgués, sino una protesta contra la corrupción del socialismo en la socialdemocracia. Nuestros dirigentes no pertenecen a la pequeña burguesía, sino a gente como Scheidemann, Leinert, Noske, Bauer, aunque fueran granburgueses hace mucho tiempo.
2). Menciona un oficial, estudiante o médico desgastado en la dirección del NSDAP. Amigo mío, si un oficial, un estudiante o un médico es un líder marxista (podría nombrarte cien), es un «líder obrero». Si es un líder del NSDAP, es una «criatura desgastada».
3). ¡Preguntas cómo podrían liberar al obrero! Tu pregunta está justificada, el obrero primero tendrá que tirar a la basura montones de podrida literatura judía del movimiento obrero, que insulta a los líderes obreros y en realidad hace un mal uso del movimiento obrero para sus propios y viles objetivos. Y mira a tu alrededor: ¿ves al «obrero» que se supone que debe liberar al obrero por sí solo? No sólo los obreros alemanes lideran el movimiento obrero alemán. También hay antiguos burgueses que han superado la situación, renegados que luchan no por envidia, sino por odio a la clase que llevó a Alemania al borde del abismo. No llegaron al proletariado para convertirse en burgueses, sino por un profundo sentido de responsabilidad, habiendo encontrado el camino hacia un crecimiento creador de la fuerza del pueblo. El trabajador alemán extenderá su mano. De la mano y la mente surgirá el milagro del futuro: el tercer Reich.

Proletariado y clase obrera.

"Si le he entendido bien, ¿está diciendo que el NSDAP es un partido proletario con una dirección burguesa?"

Veo que sólo puede pensar en términos del pasado. La Alemania que queremos superará todos estos conceptos antiguos y obsoletos. No somos ni burgueses ni proletarios. El concepto de burgués está muerto y el concepto de proletario nunca volverá a tener vida. No queremos ni el mundo burgués que está en decadencia hoy en día, ni el futuro proletario-marxista que es el objetivo de los judíos y los lacayos de los judíos. Queremos la Alemania del trabajo. ¿Qué significa eso? Queremos una Alemania en la que el trabajo y el logro sean los valores morales y

políticos más altos. Hoy somos un partido obrero en el mejor sentido de la palabra. Una vez que hayamos tomado el control del Estado, Alemania se convertirá en un Estado del trabajo, un Estado obrero.

“Son hermosas palabras. Pero ¿qué hay detrás de ellas? ¿O es que acaso pretendes ocultar con frases el hecho de que no has pensado bien las cosas?ª

¡De ninguna manera, amigo mío! Compréndeme. La Alemania del futuro se asentará sobre nuevas bases. Es absurdo creer que la clase burguesa podría llevar a cabo esta transformación, siendo al mismo tiempo responsable del estado actual que debe ser transformado, el Estado burgués de hoy. Esto, por supuesto, no significa que los miembros de la clase burguesa no puedan participar en la construcción de la nueva Alemania. Sin embargo, como clase, la burguesía ha cumplido su papel en la historia y tendrá que ceder el paso al espíritu creador de una clase más joven y sana. En su lugar surgirá una clase joven. No la llamaremos proletariado, porque eso es un insulto al trabajador alemán que proviene de la sofistería judía. Es la comunidad de trabajadores. Esta comunidad de trabajadores incluye a todos los que trabajan por el futuro de Alemania, sean obreros o empleados. La mano será guiada por la mente, y la mente se mantendrá segura por la fuerza brutal de la mano mientras juntos construyen su nuevo Estado alemán. Esta complementariedad de mano y mente forjará juntos a los trabajadores de cuello blanco y de cuello azul. Si el judío dirige al trabajador alemán, siempre confundirá las cosas con el falso llamado de la Internacional. Juntas, las mentes alemanas y las manos alemanas encontrarán el único lema que conduce a la libertad: ¡Trabajadores alemanes de mente y mano, uníos!”

Internacional y nacional.

“En otras palabras, ¿quieres oponer la Internacional Marxista contra un socialismo nacional alemán?”

¡Exactamente! Finalmente nos entendemos.

“Pero permíteme una pregunta más. Si te entiendo bien, el enemigo –ya sea que lo llamemos judío, capital o como sea– piensa y siente internacionalmente. Si es así, sólo se lo puede combatir con métodos internacionales. ¿El resultado será una Internacional socialista que destruirá para siempre a la Internacional capitalista?”

Amigo mío, creo que todo lo que he estado diciendo ha sido en vano. Nunca podremos llegar a un entendimiento. Trata de pensar lógicamente:

1). Sí, hemos visto claramente que el enemigo está construyendo su Internacional a espaldas de las naciones de Europa. Alemania apenas tiene formas nacionales de capital hoy: ferrocarriles, minas, fábricas, dinero, oro, el Banco del Reich, todo se ha transformado en acciones y éstas están en manos de banqueros judíos en Londres y Nueva York. Sin embargo, las acciones en sí mismas no valen nada. No circulan por vías de ferrocarril, no explotan minas, no producen alimentos ni mercancías, no producen dinero ni ganan nada, sólo sirven para ganar intereses. Si tuviéramos un verdadero Estado alemán, todas las acciones alemanas en manos de bancos judíos serían declaradas sin valor, tratadas como trozos de papel, y se establecería en Alemania un gobierno de trabajo nacional. Como no tenemos un Estado así, debemos contentarnos con las bendiciones de ser una colonia de Dawes. No tenemos propiedad nacional, ni capital nacional, es decir, propiedad y capital que pertenecen al pueblo, a la nación. En cambio, todo está administrado por un sindicato bancario internacional. El capital nacional no actúa internacionalmente, sino que las hienas económicas internacionales actúan internacionalmente con él.

2). Por supuesto, la batalla contra esta potencia mundial debe librarse internacionalmente, y sería una falta de visión por nuestra parte no apoyar todo movimiento en todo el mundo que se una a nuestro frente. El objetivo de esta batalla, sin embargo, no es una república socialista mundial; tal cosa nunca ha existido y nunca la existirá. Sólo existe en el cerebro de los judíos que traicionan a los trabajadores y en la mente de los trabajadores alemanes engañados. El objetivo es la creación de nuevos Estados nacionales, socialistas. Y no esperamos mucho de la lucha común de los pueblos contra la Internacional del dinero por métodos internacionales. Conocemos todas las

barreras que se interponen entre los pueblos. Y la Internacional del capital no será tan estúpida como para esclavizar a todos los pueblos de la misma manera y al mismo tiempo. Llegará el turno de uno tras otro. Nadie pensará en los demás. Cada pueblo esperará salvarse cediendo, hasta que sea demasiado tarde y sea devorado por el Moloch capitalista. Además, amigo mío, no tenemos tiempo para esperar a los demás. Estamos al borde del colapso final y es un crimen esperar la ayuda de quienes nunca nos han ayudado en el pasado y probablemente no nos ayudarán en el futuro. Tenemos un principio: ¡Dios ayuda a quienes se ayudan a sí mismos!
3). Si habláis de una Internacional socialista, demostráis que os falta la más elemental comprensión de los pueblos y los gobiernos. Nunca ha habido una gran idea política -y el socialismo es sin duda una de ellas- que tenga una colección internacional de Estados que la siga. El principio de la historia no es la unidad, sino la diversidad. Siempre ha sido así y siempre lo será. La lucha forma los Estados y los pueblos, y quien no lucha está condenado a la decadencia. Podéis decir que esto es terrible. Lo es. Tenemos que aceptarlo y luchar. La historia está regida por leyes naturales eternas, no por frases marxistas sobre la fraternidad. La naturaleza no quiere la unidad, sino la diversidad. No quiere una mezcolanza humana, sino una humanidad formada por pueblos y razas diferentes, en la que los fuertes siempre vencerán a los débiles. Lo entendemos y queremos actuar en consecuencia. Queremos forjar las armas que ayudarán al pueblo alemán a sobrevivir en la lucha por la existencia en este duro mundo de la lucha en el que los fuertes triunfan sobre los débiles. ¡A eso le llamamos nacional!”

La producción y el problema social.

“Todo eso está muy bien, pero ahora hay que mostrar la verdad. Hasta ahora todo ha sido palabrería. He aquí la cuestión fundamental: ¿cómo se pretende resolver el problema social?”

Vayamos al meollo de la cuestión: ¿cuál es la naturaleza del problema social? Diecisiete millones de proletarios están a merced del capitalismo, que controla todos los medios de producción. Se ven obligados a vender su único capital, su trabajo, al precio más bajo. Por tanto, y con razón, se sienten excluidos de un pueblo, un Estado o una nación que tolera en silencio tal situación. En tales condiciones, la unidad interna de un pueblo se derrumba. El pueblo se divide en dos partes, una que quiere proteger a este Estado y otra que está en contra de él. Tales condiciones excluyen a un pueblo como fuerza en el curso más amplio de la historia. La solución de la cuestión social no significa, pues, más ni menos que la reincorporación de la parte oprimida a la nación, su participación en todos los aspectos vitales del Estado y de la economía, y la posibilidad de que la nación vuelva a influir en el gran curso de la historia. Para ello exigimos:
1). Todo lo que la naturaleza ha dado al pueblo: territorio, ríos, montañas, bosques, tesoros bajo la tierra y en el aire, todo pertenece en principio al pueblo en su conjunto. Si un camarada del pueblo posee estos bienes, debe sentirse obligado hacia el Estado como administrador de los bienes del pueblo. Si los administra mal o en perjuicio de la comunidad, el Estado tiene derecho a quitárselos y a hacerlos nuevamente propiedad de la comunidad.
2). La producción, en la medida en que requiere fuerza, capacidad, inventiva, espíritu de empresa y genio humanos, sigue siendo propiedad del individuo. El Estado garantiza que quienes contribuyen a la producción, ya sea física o mentalmente, participen de la propiedad y de los beneficios.
3). La producción que esté prácticamente terminada, que ya no requiera fuerza, habilidad, inventiva, espíritu emprendedor y brillantez (por ejemplo, el sistema de transporte, los trusts, los conglomerados) volverá a ser propiedad del Estado. Esto cierra el gran círculo de la producción y vuelve a incluir a todos los trabajadores productivos. Al implementar esta demanda, liberamos al trabajo de las cadenas de la esclavitud asalariada. El resultado será un pueblo libre con una economía libre en una tierra libre: la comunidad del pueblo”.

El parlamento y los partidos.

“¿Es necesario un nuevo partido? ¿Por qué no habéis llevado este programa a algún partido parlamentario? Seguro que estarían dispuestos a defenderlo.”

“¡No puedo parar de reír! Quizá tengáis razón. Cualquier partido estaría dispuesto, sin duda, si pudiera conseguir un millón de votos. A nosotros, sin embargo, no nos importan los totales de votos ni el parlamento. No queremos “representar” nuestro programa en el Reichstag, sino más

bien queremos implementarlo. Eso nos distingue de todos los demás partidos. Los demás representan, hablan, debaten, votan y cobran su salario. Nosotros actuamos. Estamos construyendo la fuerza con la que un día conquistaremos este Estado. Actuaremos entonces sin piedad y brutalmente, utilizando el poder del Estado para llevar a cabo nuestra voluntad y nuestro programa. Ya no creemos en la estafa del parlamento y los partidos. No es más que un enorme sistema de tráfico de ganado que explota la fuerza y el trabajo del pueblo alemán. Un parlamentario es un zángano que vive a costa del cuerpo nacional alemán. El parlamento es un enjambre de abejas muy activo, pero en lugar de miel produce estiércol y col. Y aunque este estiércol y esta col son mucho peores que los del agricultor, están mil veces mejor pagados.
El dinero y la prosperidad del pueblo se despilfarran. El judío está detrás de todo y deja que sus títeres hablen, voten, cobren su salario, pero él gobierna. Cuando quieren algo de nosotros, somos el pueblo libre y soberano que ejerce su voluntad a través de sus representantes elegidos. Cuando queremos algo del parlamento, somos una turba. Eso es lo que se llama democracia.

“Bueno, ¿y entonces qué? ¿Qué quieren a cambio? ¡Tiene que haber un gobierno! Si quieren deshacerse del parlamento, deben tener algo mejor. ¿Qué tienen en mente?”

Dictadura y Estado corporativo.

La historia enseña que una minoría joven y decidida que derroca a una mayoría corrupta, podrida y apestosa toma el control del Estado y sus recursos por un tiempo y establece una dictadura usando el poder estatal para crear las condiciones para llevar a cabo sus nuevas ideas hasta que haya triunfado completamente. Eso también será cierto con nosotros. Una vez que conquistemos el Estado, este Estado será nuestro Estado. Nosotros seremos responsables de este Estado. Somos un partido, y tenemos que serlo, en nuestra batalla contra un sistema corrupto. No somos, por supuesto, un partido parlamentario. Pero en el momento en que derroquemos este sistema, nos convertiremos en el Estado. Ellos usarán el poder dictatorial para formar el Estado de acuerdo con nuestros principios. Nosotros, como una minoría responsable, impondremos nuestra voluntad a una mayoría débil, podrida, incompetente y estúpida, detrás de la cual el judío se esconde y sigue sus malvados planes. Haremos lo que sea necesario para rescatar al pueblo. Queremos liberar a Alemania, nada más. Si el pueblo alemán no quiere ser libre, no nos importa. La mayor parte del pueblo alemán es hoy tan materialista, tan cobarde, que sólo se le puede hacer feliz contra su voluntad y por la fuerza.

“Bueno, eso puede tener sentido. Pero seguro que no queréis una dictadura permanente. Algo tiene que venir después.”

¡Por supuesto! Ya hemos pensado en eso y hemos dejado clara nuestra voluntad. No queremos impedir que el pueblo gobierne. Sólo queremos luchar por establecer las condiciones que pueden asegurar la vida en este planeta. Una vez que se haya luchado por establecerlas, nuestra tarea estará cumplida. Tendremos un Estado Nacional Socialista. En lugar del sistema parlamentario de la democracia, tendremos un parlamento económico del Estado Nacional Socialista. Será elegido por la totalidad del pueblo trabajador alemán. Todos tendrán derecho a voto. Sin embargo, en estas elecciones no participarán los partidos parlamentarios, sino las grandes profesiones dentro de la comunidad popular. Las profesiones alemanas están organizadas hasta el último detalle y garantizan que cada trabajador alemán tenga derecho a que el Estado tenga en cuenta su voluntad, sus logros y su responsabilidad. El parlamento económico gestionará la política económica, no la política estatal. Eso lo gestionará el Senado. Estará formado por unas 200 personalidades, elegidas por el dictador de entre todos los grupos y clases. Dirigirá el Estado. Estos 200 serán la élite de todo el pueblo. Proporcionarán asesoramiento y apoyo al gobierno. Serán nombrados de por vida. En caso de muerte, se nombrará a otro. El Senado elegirá al canciller. Él tendrá plena responsabilidad por toda la política del Reich, tanto interior como exterior. Estará dispuesto a dar su vida por esa política si es necesario. El canciller elegirá a sus ministros y funcionarios. También tendrá plena responsabilidad sobre ellos, lo que significa que puede nombrarlos y despedirlos a voluntad. No importa si este sistema está dirigido por un presidente o por un monarca. El canciller es la persona decisiva y nos aseguraremos de que esté a la altura de su tarea.

La voluntad de poder.

“Este sistema es asombrosamente simple y claro. Es casi demasiado simple para que suceda. Pero supongamos que un programa así pudiera implementarse una vez conquistado el Estado. ¿Cómo va a conquistar el Estado? Usted sabe que este Estado se basa en el poder, que es un estado policial, más craso y brutal que el que teníamos antes de la guerra. Se ha recuperado un poco, se está estabilizando, concentrando su fuerza y se ha sentado sobre nuestras espaldas utilizando todos los medios de poder disponibles. Supongamos que su partido minoritario se hace cada vez más fuerte, como usted cree. Llegará un momento en que el crecimiento se detenga. Tendrá a los combatientes de todo el pueblo alemán de su lado. Pero nunca ganará una mayoría. La mayoría siempre estará en contra de usted, y el Estado con toda su fuerza estará de su lado. ¿Y luego qué?”

Amigo mío, está empezando a entender. Eso es lo primero que ha dicho que se sigue lógicamente. ¿Y luego qué? Ese “Entonces, ¿qué?” sólo lo puede entender quien es un luchador, tanto en su corazón como con sus puños. Los demás no tendrán respuesta. ¿Entonces qué? Entonces apretaremos los dientes y nos prepararemos. Entonces marcharemos contra este Estado, entonces nos arriesgaremos a dar el gran paso final para Alemania. Pasaremos de revolucionarios de palabra a revolucionarios de hecho. ¡Haremos una revolución! Derrocaremos al parlamento y fundaremos el Estado con la fuerza de los puños y las mentes alemanas.

“Pero no tienes lo que se necesita para emprender esa acción”.

No estamos hablando de una acción, amigo mío. Estás pensando en 1918 y Kapp [el Putsch de Kapp de 1918]. Esas fueron revueltas, putsches, huelgas de soldados, nada más. Queremos una revolución. Una revolución derroca un mundo viejo y construye uno nuevo. En su núcleo, las revoluciones son creativas, constructivas. Las verdaderas revoluciones nunca se pierden. Son el punto final y el punto de partida de épocas históricas. Es cierto que nos faltan los medios para conquistar este Estado. Los demás tienen todo con lo que pueden defender este Estado: armas, prensa, propaganda, parlamento, mayoría, dinero y poder. Pero siempre les falta una cosa, la cosa más importante que tenemos nosotros y lo que ahora nos da la mayor certeza de victoria. ¡La voluntad de poder! Es la voluntad de poder que siempre y en todas partes triunfa, sea cual sea el costo. Es la acción brutal que acepta la pobreza y el hambre, la preocupación y el terror, en aras del gran objetivo. Es la voluntad de unos pocos a sacrificarse, y finalmente triunfará sobre los estómagos y los placeres de la mayoría gorda y bien alimentada. La voluntad de poder crea los medios para el poder. Si otros tienen las armas, nosotros tenemos lo que ellos no tienen: la voluntad de usar la fuerza. Esta voluntad crea armas cuando las necesita. El que cree en su mundo está dispuesto a morir por él. El demócrata ya no cree en la democracia, por eso se defiende con siervos pagados. Está dispuesto a vivir por el parlamento, pero ya no está dispuesto a morir por él.

Guerra y pacifismo.

“Así pues, vosotros dependéis de la fuerza. No respetáis la justicia y la ley, sino que vuestra voluntad es la justicia y la ley, y detrás de ella se esconde la brutal fuerza del puño.”

Sí, nosotros confiamos en la fuerza. Dependemos de la fuerza no porque no respetemos la justicia ni la ley, sino porque la justicia y la ley son ideas muertas en la Alemania de hoy. Ya no hay jueces en Berlín. La justicia y la ley son pisoteadas, y ya ni siquiera se molesta uno en colgar el manto de la ley sobre las injusticias bárbaras. Se practica la opresión y el despotismo intencionalmente. Todo ocurre en nombre de la mayoría. El que tiene la mayoría tiene razón, y el que está en la minoría carece de derechos. Es perseguido, burlado y entregado al despotismo. Queremos justicia para el pueblo alemán. Como nadie está dispuesto a darnos esa justicia, la exigimos con nuestros puños brutales. El derecho a la vida del pueblo es más importante para nosotros que el derecho a la vida de una mayoría parlamentaria. Nuestra voluntad es la voluntad de vivir. Puesto que la justicia siempre está del lado de la vida y no de la muerte, tenemos un derecho por encima de la democracia, y si alguien se niega a concedernos ese derecho, luchamos por él con el poder.

“Siempre perturbáis la paz. No queréis la paz y el orden, sino la batalla. ¡La guerra es vuestro objetivo final!”

¡Ahora casi empezáis a llorar! Hablas piadosamente de paz. ¿Tenemos paz hoy? ¿Es paz cuando millones de personas están en la calle, sin trabajo, sin comida? ¿Es paz cuando niños inocentes mueren de hambre, cuando la gente mendiga, cuando esta floreciente tierra de Alemania se convierte en un desierto? Hemos tenido una guerra constante desde 1918, y esta guerra se vuelve cada día más sombría y brutal. Leed las noticias de las bolsas internacionales. Son los despachos de guerra de los cuarteles generales de las batallas económicas. Ved a los trabajadores y las familias alemanas que están muriendo en esta guerra. Ésa es vuestra paz. Es la paz de un cementerio. Vuestra orden es la sombría orden de la muerte. No, amigo mío, eso no lo queremos. Declaramos la guerra contra él. Queremos llamar al pueblo a que se deshaga de sus torturadores, a que rompa las cadenas que el judío nos ha impuesto. Sólo la lucha puede salvar a un pueblo de la muerte y conducirlo a la verdadera paz. El principio eterno de la naturaleza no es la justicia, sino la fuerza. Por eso queremos endurecer a nuestro pueblo para que pueda sobrevivir a las batallas en esta tierra. El pacifismo no asegura la paz. ¡Todo lo contrario! La historia enseña que los pueblos que ya no están dispuestos a defender su vida, si es necesario por la fuerza, mueren vergonzosamente. Queremos proteger a nuestro pueblo de eso. Deben volverse fuertes en voluntad y espíritu. Nadie puede deshonrarlo o tratarlo como un paria. Queremos justicia, y justicia significa libertad, prosperidad y espacio vital. Si se nos niega este derecho, lucharemos por él. Esta lucha por la libertad, la prosperidad y el espacio vital involucra a todos, desde los más altos hasta los más bajos. Es una cuestión de todo el pueblo. La fuerza unificada de 80 millones de alemanes poseídos por la voluntad de vivir es una mejor garantía de paz que cualquier mentira sobre los derechos humanos”.

La libertad de Alemania.

“¿Cómo terminará todo esto?”

Terminará con la libertad del pueblo alemán en suelo alemán. Cada alemán productivo disfrutará de la vida y la prosperidad que esta libertad proporcionará. Proporcionará la fuerza moral y espiritual sobre la que construiremos en el nuevo siglo. La libertad significa más que un nuevo sistema de gobierno. Queremos crear al nuevo ser humano, que será capaz de desarrollar una mejor visión del mundo debido a las condiciones por las que hemos luchado. Este futuro será nuestro, o no existirá en absoluto. El liberalismo está muriendo. Larga vida al socialismo. El marxismo está muriendo para que el nacionalismo pueda vivir. Entonces construiremos la nueva Alemania, el tercer Reich nacionalista y socialista.

1929

¿Por qué somos nacionalistas?

Somos nacionalistas porque consideramos que la nación es la única manera de reunir todas las fuerzas del pueblo para preservar y mejorar nuestra existencia y las condiciones en las que vivimos. La nación es la unión orgánica de un pueblo para proteger su vida. Ser nacional es afirmar esta unión en palabras y hechos. Ser nacional no tiene nada que ver con una forma de gobierno o un símbolo. Es una afirmación de cosas, no de formas. Las formas pueden cambiar, su contenido permanece. Si la forma y el contenido concuerdan, entonces el nacionalista afirma ambos. Si están en conflicto, el nacionalista lucha por el contenido y contra la forma. No se puede poner el símbolo por encima del contenido. Si eso sucede, la batalla está en el campo equivocado y se pierde la fuerza de uno en el formalismo. El verdadero objetivo del nacionalismo, la nación, se pierde. Así son las cosas hoy en Alemania. El nacionalismo se ha convertido en patriotismo burgués y sus defensores luchan contra molinos de viento. Uno dice Alemania y quiere decir monarquía. Otro proclama libertad y quiere decir Negro-Blanco-Rojo [los colores de la bandera alemana].

¿Sería diferente nuestra situación actual si sustituyéramos la república por una monarquía y enarboláramos la bandera negra, blanca y roja? La colonia tendría otro papel pintado, pero su naturaleza, su contenido, seguirían siendo los mismos. De hecho, las cosas serían aún peores, porque una fachada que oculta los hechos disipa las fuerzas que hoy luchan contra la esclavitud. El patriotismo burgués es el privilegio de una clase. Es la verdadera razón de su decadencia. Cuando 30 millones están a favor de algo y otros 30 millones están en contra, las cosas se equilibran y no pasa nada. Así son las cosas entre nosotros. Somos los parias del mundo no porque no tengamos el coraje de resistir, sino más bien porque toda nuestra energía nacional se desperdicia en eternas e improductivas disputas entre la derecha y la izquierda. Nuestro camino sólo va hacia abajo, y hoy ya se puede predecir cuándo caeremos en el abismo. El nacionalismo es más amplio que el internacionalismo. Ve las cosas como son. Sólo quien se respeta a sí mismo puede respetar a los demás. Si como nacionalista alemán afirmo a Alemania, ¿cómo puedo oponérselo a un nacionalista francés que afirme a Francia? Sólo cuando estas afirmaciones entren en conflicto de maneras vitales habrá una lucha política de poder. El internacionalismo no puede deshacer esta realidad.

Sus intentos de demostrarlo fracasan por completo. Y aun cuando los hechos parecen tener alguna validez, la naturaleza, la sangre, la voluntad de vivir y la lucha por la existencia en esta dura tierra prueban la falsedad de las bellas teorías. El pecado del patriotismo burgués fue confundir una determinada forma económica con la nacional. Conectó dos cosas que son completamente diferentes. Las formas de la economía, por firmes que parezcan, son cambiantes. La nacional es eterna. Si mezclo lo eterno con lo temporal, lo eterno se derrumbará necesariamente cuando se derrumbe lo temporal. Ésta fue la verdadera causa del derrumbe de la sociedad liberal. No tenía sus raíces en lo eterno, sino en lo temporal, y cuando lo temporal decayó, se llevó consigo lo eterno. Hoy es sólo una excusa para un sistema que trae creciente miseria económica. Ésta es la única razón por la que el judaísmo internacional organiza la batalla de las fuerzas proletarias contra ambos poderes, la economía y la nación, y los derrota. De esta comprensión extrae el joven nacionalismo su reivindicación absoluta. La fe en la nación es un asunto de todos, nunca de un grupo, una clase o una camarilla económica. Lo eterno debe

distinguirse de lo temporal. El mantenimiento de un sistema económico podrido no tiene nada que ver con el nacionalismo, que es una afirmación de la patria. Puedo amar a Alemania y odiar al capitalismo. No sólo puedo, sino que debo hacerlo. Sólo la aniquilación de un sistema de explotación conlleva el núcleo del renacimiento de nuestro pueblo. Somos nacionalistas porque, como alemanes, amamos a Alemania. Porque amamos a Alemania, queremos preservarla y luchar contra quienes la destruirían. Si un comunista grita "¡Abajo el nacionalismo!", se refiere al patriotismo burgués hipócrita que ve la economía sólo como un sistema de esclavitud. Si le explicamos claramente al hombre de izquierda que el nacionalismo y el capitalismo, es decir, la afirmación de la patria y el mal uso de sus recursos, no tienen nada que ver entre sí, sino que van juntos como el fuego y el agua, entonces, incluso como socialista, llegará a afirmar la nación, que querrá conquistar. Esa es nuestra verdadera tarea como Nacional Socialistas. Fuimos los primeros en reconocer las conexiones y los primeros en comenzar la lucha. Porque somos socialistas hemos sentido las bendiciones más profundas de la nación, y porque somos nacionalistas queremos promover la justicia socialista en una nueva Alemania. Una patria joven surgirá cuando el frente socialista sea firme. El socialismo se convertirá en realidad cuando la patria sea libre.

¿Por qué somos socialistas?

Somos socialistas porque vemos en el socialismo, es decir, en la unión de todos los ciudadanos, la única posibilidad de mantener nuestra herencia racial y de recuperar nuestra libertad política y renovar nuestro Estado alemán. El socialismo es la doctrina de la liberación de la clase obrera. Promueve el ascenso de la cuarta clase y su incorporación al organismo político de nuestra patria, y está inextricablemente ligado a la ruptura de la esclavitud actual y a la recuperación de la libertad alemana. El socialismo, por tanto, no es sólo un asunto de la clase oprimida, sino un asunto de todos, pues liberar al pueblo alemán de la esclavitud es el objetivo de la política contemporánea. El socialismo adquiere su verdadera forma sólo a través de una total hermandad de lucha con las energías progresistas de un nacionalismo recién despertado. Sin nacionalismo no es nada, un fantasma, una mera teoría, un castillo en el aire, un libro.

Con él es todo, el futuro, la libertad, la patria. El pecado del pensamiento liberal fue pasar por alto las fortalezas del socialismo en la construcción de naciones, permitiendo así que sus energías se dirigieran en direcciones antinacionales. El pecado del marxismo fue degradar el socialismo a una cuestión de salarios y estómago, poniéndolo en conflicto con el Estado y su existencia nacional. La comprensión de estos dos hechos nos lleva a un nuevo sentido del socialismo, que ve su naturaleza como nacionalista, constructora de Estado, liberadora y constructiva. La burguesía está a punto de abandonar el escenario histórico. En su lugar vendrá la clase de trabajadores productivos, la clase obrera, que ha sido oprimida hasta hoy. Está empezando a cumplir su misión política. Está involucrada en una lucha dura y amarga por el poder político mientras busca convertirse en parte del organismo nacional. La batalla comenzó en el ámbito económico y terminará en el político. No se trata sólo de un asunto de salarios, no sólo de un asunto de número de horas trabajadas en un día -aunque nunca debemos olvidar que estos son una parte esencial, tal vez incluso la más significativa de la plataforma socialista- sino mucho más una cuestión de incorporar una clase poderosa y responsable en el Estado, tal vez incluso para convertirla en la fuerza dominante en la futura política de la patria. La burguesía no quiere reconocer la fuerza de la clase obrera.

El marxismo la ha obligado a entrar en una camisa de fuerza que la arruinará. Mientras la clase obrera se desintegra gradualmente en el frente marxista, desangrándose, la burguesía y el marxismo han acordado las líneas generales del capitalismo y ven su tarea ahora en protegerlo y defenderlo de diversas maneras, a menudo encubiertas. Somos socialistas porque vemos la cuestión social como una cuestión de necesidad y justicia para la existencia misma de un Estado para nuestro pueblo, no una cuestión de compasión barata o sentimentalismo insultante. El trabajador tiene derecho a un nivel de vida que corresponda a lo que produce. No tenemos intención de mendigar ese derecho. Incorporarlo al organismo estatal no es sólo una cuestión crítica para él, sino para toda la nación. La cuestión es más amplia que la jornada de ocho horas. Se trata de formar una nueva conciencia estatal que incluya a todos los ciudadanos productivos. Dado que los poderes políticos actuales no están dispuestos ni son capaces de crear tal situación, hay que luchar por el socialismo. Es una consigna de lucha tanto interna como externa. En el interior del país, se dirige a los partidos burgueses y al mismo tiempo al marxismo, porque

ambos son enemigos jurados del futuro Estado obrero, y en el exterior, a todos los poderes que amenazan nuestra existencia nacional y, por tanto, la posibilidad del futuro Estado nacional socialista. El socialismo sólo es posible en un Estado unido en el interior y libre en el exterior. La burguesía y el marxismo son responsables de no haber logrado alcanzar ambos objetivos, la unidad interior y la libertad internacional. Por más nacionales y sociales que se presenten estas dos fuerzas, son los enemigos jurados de un Estado nacional socialista. Por tanto, debemos romper políticamente con ambos grupos. Las líneas del socialismo alemán son claras y nuestro camino es claro. ¡Estamos contra la burguesía política y por el auténtico nacionalismo!
¡Estamos contra el marxismo, pero por el auténtico socialismo!
¡Estamos por el primer Estado nacional alemán de carácter socialista!
¡Estamos por el Partido Nacional Socialista Obrero Alemán!

¿Por qué un Partido Obrero?

El trabajo no es una maldición para la humanidad, sino su bendición. El hombre se convierte en hombre a través del trabajo. El trabajo lo eleva, lo hace grande y consciente, lo eleva por encima de todas las demás criaturas. Es, en el sentido más profundo, creador, productivo y productor de cultura. Sin trabajo no hay comida. Sin comida no hay vida. La idea de que cuanto más sucias se ponen las manos, más degradante es el trabajo, es una idea judía, no alemana. Como en cualquier otro ámbito, el alemán se pregunta primero cómo y después qué. No se trata tanto del puesto que ocupo, sino de lo bien que cumplo con el deber que Dios me ha encomendado. Nos llamamos partido obrero porque queremos rescatar la palabra trabajo de su definición actual y devolverle su sentido original. Todo aquel que crea valor es un creador, es decir, un trabajador. Nos negamos a distinguir entre tipos de trabajo. Nuestro único criterio es si el trabajo sirve al conjunto, o al menos no lo daña, o si es dañino. El trabajo es servicio. Si va en contra del bienestar general, entonces es traición a la patria.

El absurdo marxista pretendía liberar al trabajo, pero degradaba el trabajo de sus miembros y lo consideraba una maldición y una desgracia. Difícilmente puede ser nuestro objetivo abolir el trabajo, sino más bien darle un nuevo significado y contenido. El trabajador en un Estado capitalista -y esa es su mayor desgracia- ya no es un ser humano vivo, un creador, un hacedor. Se ha convertido en una máquina. Un número, un engranaje de la máquina sin sentido ni comprensión. Está alienado de lo que produce. El trabajo es para él solo una forma de sobrevivir, no un camino hacia bendiciones superiores, no una alegría, no algo de lo que enorgullecerse, ni que sienta satisfacción, ni estímulo, ni una manera de forjar el carácter. Somos un partido de trabajadores porque vemos en la próxima batalla entre las finanzas y el trabajo el principio y el fin de la estructura del siglo XX. Estamos del lado del trabajo y en contra de las finanzas. El dinero es la vara de medir del liberalismo, el trabajo y el logro, los del Estado socialista. El liberal pregunta: ¿qué eres? El socialista pregunta: ¿quién eres? Hay un mundo de diferencia. No queremos que todos sean iguales. Tampoco queremos niveles en la población, altos y bajos, arriba y abajo. La aristocracia del Estado venidero no estará determinada por las posesiones o el dinero, sino sólo por la calidad de los logros de uno. Uno gana mérito a través del servicio. Los hombres se distinguen por los resultados de su trabajo.

Esa es la señal segura del carácter y el valor de una persona. El valor del trabajo bajo el socialismo estará determinado por su valor para el Estado, para toda la comunidad. El trabajo significa crear valor, no regatear por las cosas. El soldado es un trabajador cuando empuña la espada para proteger la economía nacional. El estadista también es un trabajador cuando da a la nación una forma y una voluntad que la ayuden a producir lo que necesita para la vida y la libertad. Un ceño fruncido es tanto un signo de trabajo como un puño poderoso. Un trabajador de cuello blanco no debería avergonzarse de reclamar con orgullo aquello de lo que se jacta el trabajador manual: trabajo. Las relaciones entre estos dos grupos determinan su destino mutuo. Ninguno puede sobrevivir sin el otro, pues ambos son miembros de un organismo que deben mantener juntos si quieren defender y expandir su derecho a existir. Nos llamamos partido obrero porque queremos liberar al trabajo de las cadenas del capitalismo y el marxismo. Al luchar por el futuro de Alemania, lo admitimos libremente y aceptamos el odio de la burguesía liberal que resulta de ello. Sabemos que lograremos traer nuevas bendiciones de sus maldiciones. Dios dio a las naciones un territorio para cultivar cereales. La semilla se convierte en grano y el grano en pan. El intermediario de todo esto es el trabajo. Quien desprecia el trabajo pero acepta sus beneficios es un hipócrita. Ese es el significado más profundo de nuestro movimiento: devuelve a

las cosas su significado original, sin preocuparse de que hoy puedan estar en peligro de hundirse en el pantano de una visión del mundo que se derrumba. Quien crea valor trabaja y es un trabajador. Un movimiento que quiere liberar al trabajo es un partido obrero. Por eso nosotros, los Nacional Socialistas, nos llamamos partido obrero. Cuando nuestras banderas victoriosas ondean ante nosotros, cantamos:
"Somos el ejército de la esvástica, ¡Izad en alto las banderas rojas!
¡Queremos abrir el camino a la libertad para el trabajo alemán!"

¿Por qué nos oponemos a los judíos?

Nos oponemos a los judíos porque defendemos la libertad del pueblo alemán. El judío es la causa y el beneficiario de nuestra esclavitud. Ha utilizado indebidamente la miseria social de las grandes masas para profundizar la terrible división entre la derecha y la izquierda de nuestro pueblo, para dividir a Alemania en dos mitades, ocultando así la verdadera razón de la derrota de la Gran Guerra y falsificando la naturaleza de la revolución. El judío no tiene ningún interés en resolver la cuestión alemana. No puede tener tal interés. Depende de que permanezca sin resolver. Si el pueblo alemán formara una comunidad unida y recuperara su libertad, ya no habría lugar para el judío. Su mano es más fuerte cuando un pueblo vive en esclavitud nacional e internacional, no cuando es libre, trabajador, consciente de sí mismo y decidido. El judío causó nuestros problemas y vive de ellos. Por eso nos oponemos al judío como nacionalistas y como socialistas. Ha arruinado nuestra raza, ha corrompido nuestra moral, ha vaciado nuestras costumbres y ha quebrado nuestra fuerza. Le debemos a él que hoy seamos los parias del mundo. Él fue el leproso mientras fuimos alemanes.

Cuando olvidamos nuestra naturaleza alemana, él triunfó sobre nosotros y nuestro futuro. El judío es el demonio plástico de la descomposición. Donde encuentra suciedad y descomposición, sale a la superficie y comienza su trabajo de carnicero entre las naciones. El judío se esconde tras una máscara y se presenta como amigo de sus víctimas, y antes de que se den cuenta les ha roto el cuello. El judío no es creador. No produce nada, sólo regatea con productos. Con trapos, ropa, cuadros, joyas, cereales, existencias, remedios, pueblos y estados. De algún modo ha robado todo lo que tiene. Cuando ataca a un Estado es un revolucionario. En cuanto tiene el poder, predica la paz y el orden para poder devorar sus conquistas con comodidad. ¿Qué tiene que ver el antisemitismo con el socialismo? Yo plantearía la pregunta de esta manera: ¿Qué tiene que ver el judío con el socialismo? El socialismo tiene que ver con el trabajo. ¿Cuándo se le ha visto trabajar en lugar de saquear, robar y vivir del sudor de los demás? Como socialistas somos adversarios de los judíos porque vemos en los hebreos la encarnación del capitalismo, del mal uso de los bienes de la nación. ¿Qué tiene que ver el antisemitismo con el nacionalismo? Yo plantearía la cuestión de este modo: ¿qué tiene que ver el judío con el nacionalismo? El nacionalismo tiene que ver con la sangre y la raza. El judío es el enemigo y destructor de la pureza de la sangre, el destructor consciente de nuestra raza. Como nacionalistas nos oponemos a los judíos porque vemos a los hebreos como el enemigo eterno de nuestro honor nacional y de nuestra libertad nacional.

Pero el judío, después de todo, también es un ser humano. Por supuesto, ninguno de nosotros duda de ello. Sólo dudamos de que sea un ser humano decente. No se lleva bien con nosotros. Vive según otras leyes. El hecho de que sea un ser humano no es razón suficiente para que le permitamos que nos someta de forma inhumana. Puede que sea un ser humano, pero ¿qué clase de ser humano es? Si alguien le da una bofetada a tu madre, ¿dices: «Gracias! Después de todo, es un ser humano»? Eso no es un ser humano, es un monstruo. Sin embargo, ¡cuánto más ha hecho el judío a nuestra madre Alemania, y sigue haciendo hoy en día! También hay judíos blancos. Es cierto que entre nosotros hay sinvergüenzas, aunque sean alemanes, que actúan de manera inmoral contra sus propios camaradas de raza y sangre. Pero ¿por qué los llamamos judíos blancos? Ustedes usan el término para describir algo inferior y despreciable. Igual que nosotros. ¿Por qué nos preguntan por qué nos oponemos a los judíos cuando ustedes, sin saberlo, también lo son? El antisemitismo no es cristiano. Eso significa que es cristiano permitir que los judíos sigan como están, despojándonos de la piel y burlándose de nosotros. Ser cristiano significa amar al prójimo como a uno mismo. Mi prójimo es mi hermano de raza y sangre. Si lo amo, tengo que odiar a sus enemigos. El que se considere alemán debe despreciar a los judíos. Lo uno exige lo otro. Cristo mismo vio que el amor no siempre funciona. Cuando

encontró a los cambistas en el templo, no dijo: "¡Hijos, amaos los unos a los otros!". Tomó un látigo y los expulsó. Nos oponemos a los judíos porque afirmamos al pueblo alemán. El judío es nuestra mayor desgracia. No es cierto que desayunemos judíos. Es cierto que, poco a poco, nos está robando todo lo que tenemos. Las cosas serían diferentes si nos comportáramos como alemanes.

Reivindicaciones revolucionarias

No entramos en el parlamento para utilizar métodos parlamentarios. Sabemos que el destino de los pueblos lo determinan las personalidades, nunca las mayorías parlamentarias. La esencia de la democracia parlamentaria es la mayoría, que destruye la responsabilidad personal y glorifica a las masas. Unas cuantas docenas de sinvergüenzas y delincuentes dirigen las cosas entre bastidores. La aristocracia depende de los logros, del gobierno de los más capaces y de la subordinación de los menos capaces a la voluntad de la dirección. Cualquier forma de gobierno, por democrática o aristocrática que parezca en apariencia, se basa en la coerción. La única diferencia es si la coerción es una bendición o una maldición para la comunidad. Lo que exigimos es algo nuevo, decisivo y radical, revolucionario en el sentido más estricto de la palabra. Eso no tiene nada que ver con disturbios y barricadas. Puede que eso ocurra aquí o allá. Pero no es una parte inherente del proceso. Las revoluciones son actos espirituales. Aparecen primero en las personas, luego en la política y la economía. Las personas nuevas forman nuevas estructuras. La transformación que deseamos es, en primer lugar, espiritual; eso cambiará necesariamente la forma en que son las cosas.

Este acto revolucionario está empezando a ser visible en nosotros. El resultado es un nuevo tipo de persona visible para el ojo conocedor: el Nacional Socialista. En consonancia con su actitud espiritual, el Nacional Socialista plantea exigencias inflexibles en política. Para él no hay un si y un cuando, sólo una o la otra. Exige: el regreso del honor alemán. Sin honor, uno no tiene derecho a la vida. Una nación que ha empeñado su honor, ha empeñado su pan. El honor es la base de cualquier comunidad de pueblos. Perder nuestro honor es la verdadera causa de la pérdida de nuestra libertad. En lugar de una colonia de esclavos, queremos un Estado nacional alemán restaurado. El Estado no es un fin en sí mismo para nosotros, sino más bien un medio para un fin. El verdadero fin es la raza, la suma de todas las fuerzas vivas y creativas del pueblo. La estructura que hoy se llama a sí misma la República Alemana no es una manera de mantener nuestra herencia racial. Se ha convertido en un fin en sí mismo sin una conexión real con el pueblo y sus necesidades. Queremos abolir esta colonia esclavista y reemplazarla por un Estado popular en libertad. Queremos trabajo y pan para cada camarada nacional y de sangre productivo.

El salario debe ser acorde con los logros. ¡Eso significa más salario para los trabajadores alemanes! Eso pondrá fin a la lucha sin sentido en la que estamos involucrados hoy. ¡Primero proporcione vivienda y comida para el pueblo, luego pague las reparaciones! Ningún demócrata, ningún republicano, tiene derecho a quejarse de esta demanda, ya que fue planteada por primera vez por un portador de la bandera de Alemania de noviembre [la República de Weimar, que comenzó en noviembre de 1918]. Solo queremos hacer realidad el lema. ¡Proporcionar lo esencial primero! Primero debemos satisfacer las necesidades críticas del pueblo, luego podemos producir bienes de lujo. ¡Dé trabajo a quienes estén dispuestos a trabajar! ¡Démosle tierra a los campesinos! La política exterior alemana que hoy vende lo que tenemos a precios inferiores al mercado debe transformarse por completo y debe centrarse radicalmente en la necesidad alemana de espacio, sacando las conclusiones políticas de poder necesarias. ¡Paz entre los trabajadores productivos!

Cada uno debe cumplir con su deber por el bien de toda la comunidad. El Estado tiene, pues, la responsabilidad de proteger al individuo, garantizándole los frutos de su trabajo. La comunidad popular no debe ser una mera frase, sino una conquista revolucionaria que resulte de la realización radical de las necesidades básicas de la vida de la clase obrera. ¡Una batalla implacable contra la corrupción! ¡Una guerra contra la explotación, libertad para los trabajadores! ¡La eliminación de todas las influencias económico-capitalistas en la política nacional! ¡Una solución a la cuestión judía! Llamamos a la eliminación sistemática de los elementos raciales extranjeros de la vida pública en todos los ámbitos. Debe haber una separación sanitaria entre alemanes y no alemanes exclusivamente por motivos raciales, no por nacionalidad o incluso creencias religiosas. ¡Abajo el parlamentarismo democrático! Establecer un parlamento basado

en ocupaciones que determine la producción. Las políticas serán determinadas por un cuerpo político que se gana su lugar por las leyes de la fuerza y la selección. El retorno de la lealtad y la fe en la vida económica. La reversión completa de la injusticia que ha despojado a millones de alemanes de sus posesiones. El derecho de la personalidad frente al de la multitud. Los alemanes siempre tendrán preferencia sobre los extranjeros y los judíos. ¡Una batalla contra el veneno destructor de la cultura judía internacional! ¡Un fortalecimiento de las fuerzas alemanas y de las costumbres alemanas! ¡La eliminación de los principios semíticos corruptos y de la decadencia racial! ¡La pena de muerte para los crímenes contra el pueblo! ¡La horca para los especuladores y usureros! ¡Un programa inflexible implementado por hombres que lo implementarán apasionadamente! ¡Nada de eslóganes, sólo energía viva! ¡Eso es lo que exigimos!

Selección de artículos

Joseph Goebbels - la batalla en el salón Pharus.

1932

Fue una provocación como nunca antes se había visto en Berlín. El marxismo considera presuntuoso que una persona con sentimientos nacionalistas los exprese en un barrio obrero. ¿Y en Wedding [un barrio obrero de Berlín]? ¡La Boda Roja pertenece al proletariado! Había sido así durante décadas y nadie tuvo el coraje de objetar y demostrar que no era así. ¿Y el salón Pharus? Ese era el dominio indiscutido del KPD [el Partido Comunista de Alemania]. Celebraban allí sus congresos del partido. Casi todas las semanas reunían allí a sus miembros más leales y activos. Aquí sólo se había oído hablar de la revolución mundial y de la solidaridad de clase internacional. Allí, precisamente, el NSDAP programó su siguiente reunión. Fue una declaración de guerra abierta. Lo entendíamos así y el oponente lo entendió así. Nuestros miembros del partido estaban jubilosos. Ahora todo estaba en juego. El futuro del movimiento de Berlín se arriesgaría con valentía y audacia. ¡Era ganar o perder! Se acercaba el día decisivo del 11 de febrero [de 1927]. La prensa comunista se desbordó con amenazas sanguinarias: nos recibirían con dureza, no querríamos volver. En las oficinas de trabajo y asistencia social se decía abiertamente que nos darían una paliza.

No teníamos ni idea del peligro que nos acechaba entonces. Yo mismo no conocía todavía el marxismo lo suficiente como para prever las posibles consecuencias. Me encogía de hombros mientras leía la prosa oscura de la prensa roja y esperaba con expectación la noche decisiva. A eso de las 20:00 horas, en un viejo y oxidado coche, partimos del centro de la ciudad hacia Wedding. Una fría niebla gris flotaba bajo un cielo sin estrellas. Nuestros corazones estallaban de impaciencia y expectación. Mientras bajábamos por la Müllerstraße, ya se veía que la noche no presagiaba nada bueno. En cada esquina había grupos de figuras oscuras que, al parecer, querían dar una lección sangrienta a los miembros de nuestro partido antes de que llegaran a la reunión. Fuera del salón Pharus, se encontraban masas oscuras de personas que expresaban su rabia y odio con amenazas fuertes y descaradas. El jefe de las fuerzas de protección nos abrió paso e informó brevemente de que la sala estaba abarrotada desde las 19:15 horas y que la policía la había cerrado. Aproximadamente dos tercios de los asistentes eran combatientes del Frente Rojo. Eso era lo que queríamos. Se tomaría una decisión. Estábamos dispuestos a darlo todo. Al entrar en la sala, nos encontramos con un cálido y sofocante aroma a cerveza y tabaco. Hacía calor. Un rugido animado de voces llenaba la sala.

La sala estaba abarrotada. Llegamos al podio con dificultad. Apenas me reconocieron cuando cientos de voces llenas de rabia y venganza retumbaron en mis oídos: “¡Perro de caza! ¡Asesino de trabajadores!”. Esas fueron las palabras más suaves que gritaron. Pero un grupo acogedor de algunos miembros del partido y hombres de las SA respondieron con pasión. Excitados gritos de guerra sonaron desde la plataforma. Vi inmediatamente que éramos una minoría, pero una minoría decidida a luchar y, por lo tanto, a ganar. Todavía era nuestra costumbre entonces que un líder de las SA presidiera todas las reuniones públicas del partido. Aquí también. Alto como un árbol, se puso de pie al frente y pidió silencio con el brazo levantado. Eso era más fácil de decir que de hacer. La respuesta fue la risa burlona. Los insultos volaron hacia la plataforma desde todos los rincones de la sala. La gente gruñó, gritó y se enfureció. Había revolucionarios mundiales dispersos que aparentemente habían obtenido el coraje que necesitaban bebiendo. Era imposible silenciar la sala. El proletariado consciente no había venido a discutir, sino a luchar, a desmantelar, a acabar con el espectro fascista con sus puños obreros encallecidos. No tuvimos dudas ni un instante. Sabíamos también que si el enemigo no conseguía esta vez lo que había amenazado, el éxito futuro del movimiento en Berlín estaba asegurado. Quince o veinte hombres

de las SA y de las SS estaban de pie ante la tribuna, con uniformes y brazaletes, una provocación descarada y directa a los combatientes del Frente Rojo. Detrás de mí había un grupo selecto de personas de confianza, listas en cualquier momento para arriesgar sus vidas para defenderme de la turba roja que avanzaba con fuerza brutal. Los comunistas cometieron un error obvio en sus tácticas. Habían dispersado pequeños grupos por todo el salón, pero habían amontonado a la mayoría del resto en la parte trasera derecha del salón. Reconocí inmediatamente que allí estaba el centro del malestar y que, si había que hacer algo, primero teníamos que ocuparnos de él sin piedad. Cada vez que el presidente intentaba abrir la reunión, un tipo moreno se subía a un taburete y gritaba: “¡Punto de orden!”. Cientos de otros gritaban lo mismo detrás de él. Si uno quita a la masa a su líder, o también a su seductor, ésta no tiene líder y es fácil de controlar. Por lo tanto, nuestra táctica era silenciar a este alborotador cobarde a cualquier precio. Se sentía seguro allí, rodeado de sus camaradas.

Intentamos hacerlo pacíficamente varias veces. El presidente gritó por encima del alboroto: “¡Después habrá un debate! ¡Pero nosotros determinamos las reglas del orden!”. Fue un intento ineficaz para un objetivo inadecuado. El gritón quería sembrar la confusión en la reunión con sus gritos interminables y llevar las cosas al punto de ebullición. Entonces se producía una pelea general. Como nuestros esfuerzos por poner orden en la reunión pacíficamente resultaron infructuosos, llevé al jefe de las fuerzas defensivas a un lado, e inmediatamente después grupos de sus hombres se deslizaron entre las atronadoras masas comunistas. Antes de que las tropas del Frente Rojo, asombradas y sorprendidas, se dieran cuenta de lo que estaba sucediendo, nuestros camaradas habían bajado al alborotador de su taburete y lo habían llevado a través de la multitud furiosa hasta el podio. Eso fue inesperado, pero lo que siguió no fue una sorpresa. Un vaso de cerveza voló por los aires y se estrelló contra el suelo. Esa fue la señal para la primera gran batalla en la sala de reuniones.

Se rompieron sillas y se arrancaron patas de las mesas. De repente aparecieron vasos y botellas y se desató el infierno. La batalla duró diez minutos. Vasos, botellas, patas de mesas y sillas volaron al azar por el aire. Se levantó un rugido ensordecedor: la bestia roja se había liberado y quería a sus víctimas. Al principio parecía que estábamos perdidos. El ataque comunista fue repentino y explosivo, completamente inesperado. Pero pronto los hombres de las SA y las SS distribuidos por la sala y delante de la tribuna se recuperaron de la sorpresa y contraatacaron con audacia. Pronto se hizo evidente que, aunque el Partido Comunista tenía masas detrás, estas masas se volvían cobardes frente a un oponente firmemente disciplinado y decidido. Echaron a correr. En poco tiempo, la multitud roja que había venido a disolver nuestra reunión fue expulsada de la sala. El orden que no se podía asegurar con buena voluntad se obtuvo con la fuerza bruta. Por lo general, uno no conoce las etapas de una batalla en una sala de reuniones. Solo más tarde las recuerda. Todavía recuerdo una escena que nunca olvidaré: en el podio estaba un joven S.A. al que no conocía. Estaba lanzando sus misiles contra la multitud roja que se acercaba. De repente, un vaso de cerveza lanzado desde lejos lo golpeó en la cabeza. Un amplio hilo de sangre le corrió por la cara. Se desplomó con un grito. Después de unos segundos se levantó de nuevo, agarró una botella de agua de la mesa y la arrojó al pasillo, donde golpeó la cabeza de un oponente. El rostro de este joven está grabado en mi memoria.

Ese momento, que pasó a la velocidad del rayo, es inolvidable. Ese S.A. gravemente herido pronto, y de hecho para siempre, se convertiría en mi camarada más confiable y leal. Sólo después de que la turba roja fue expulsada aullando, gruñendo y maldiciendo del campo de batalla, uno podía darse cuenta de lo seria y costosa que había sido la batalla. Diez yacían ensangrentados en la plataforma, la mayoría con heridas en la cabeza, dos con conmociones cerebrales severas. La mesa y las escaleras que conducían a la plataforma estaban cubiertas de sangre. Todo el salón parecía un campo de ruinas. En medio de ese páramo sangriento y en ruinas, nuestro líder S.A., que era tan alto como un árbol, volvió a su lugar y declaró con una calma de hierro: “La reunión continuará. El orador tiene la palabra”. Nunca antes ni después había hablado en condiciones tan dramáticas. Detrás de mí, gimiendo de dolor y sangrando, había camaradas S.A. gravemente heridos. A mi alrededor había patas de sillas rotas, vasos de cerveza destrozados y sangre. Toda la reunión estaba gélidamente silenciosa. En aquel momento no teníamos un cuerpo médico. Como estábamos en un barrio proletario, teníamos que dejar que los heridos graves fueran llevados por los llamados voluntarios obreros. En el exterior se producían escenas de una inhumanidad inimaginable. Las personas bestiales que supuestamente luchaban por la fraternidad universal insultaban a nuestros pobres e indefensos heridos con frases como:

“¿No ha muerto ya ese cerdo?”. En tales condiciones era imposible pronunciar un discurso coherente. Apenas había empezado a hablar cuando otro grupo de voluntarios entró en la sala para llevarse en camilla a un S.A. gravemente herido. Uno de ellos, al encontrarse con los brutales apóstoles de la humanidad fuera de la puerta y con su lenguaje grosero y poco halagador, gritó por mí desesperado. Su voz se oía alta e inconfundible en la plataforma. Interrumpí mi discurso y atravesé la sala, donde todavía había grupos de comandos comunistas dispersos. Todavía sorprendidos por lo que había sucedido, se quedaron quietos y tímidamente a un lado. Me despedí de los camaradas S.A. gravemente heridos. Al final de mi discurso, hablé por primera vez del S.A. desconocido. También hay que mencionar un episodio divertido y satisfactorio de esta sangrienta batalla. Cuando se anunció el período de discusión, un tipo patético que decía ser miembro de la Orden de los Jóvenes Alemanes se puso de pie. Hizo un emotivo llamamiento a la fraternidad y la paz entre las clases, se quejó apasionadamente de la inmoralidad inútil de todo este derramamiento de sangre y anunció que sólo en la unidad había fuerza. Cuando se inclinó ante la reunión y se preparó para lanzar un poema patriótico para concluir su noble tontería, la multitud se rió a carcajadas cuando un honesto S.A. hizo la interrupción apropiada: “¡Cállate, pequeño orador de cumpleaños!”.

Ese divertido intermezzo puso fin a la batalla del salón Pharus . La policía había despejado la calle. Las S.A. y las S.S. se marcharon sin ninguna dificultad. Habíamos dejado atrás un día decisivo en la historia del movimiento Nacional Socialista en Berlín.

Joseph Goebbels - más moralidad, menos moralismo.

27 de enero de 1934

Toda revolución tiene sus errores, la nuestra también. Esto no es malo, ya que la mayoría de las veces desaparecen por sí solos o con el tiempo. Lo importante es que los que están al mando mantengan los ojos abiertos y no se queden callados cuando deberían hablar por miedo al público. Es evidente que una revolución histórica de gran envergadura saca a la luz una gran cantidad de tonterías junto con sus enormes beneficios. Sólo se vuelve peligroso cuando se deja que las tonterías crezcan, acorralando y estrangulando así el desarrollo sano y orgánico de la revolución. Ya es hora de sacar a la luz algunas de estas tonterías que han acompañado a la revolución Nacional Socialista, de examinarlas sin piedad. Esto es aún más necesario, ya que de lo contrario algunas de estas tonterías con el tiempo pueden corromper gradualmente el estilo y la naturaleza de nuestra revolución, dejando a la posteridad una imagen de nuestra naturaleza y de nuestros objetivos que de ninguna manera corresponde a las convicciones y puntos de vista Nacional Socialistas. Sin duda, es necesaria una regulación pública de los grandes fundamentos morales de nuestra vida nacional. Sin embargo, también se está extendiendo una especie de disparate que pretende ir más allá y establecer un código de conducta puramente personal de los individuos, lo que conduce finalmente a un moralismo que es todo menos Nacional Socialista.

Personas peculiares, cuya vida ha quedado atrás o no tienen derecho a tenerla en el futuro, predican moralismo en nombre de nuestra revolución. Este moralismo a menudo no tiene nada en común con la verdadera moralidad. Proclaman leyes éticas que podrían ser apropiadas para un convento de monjas, pero que están totalmente fuera de lugar en un Estado cultural moderno. Un ejemplo: en una gran ciudad del centro de Alemania, un cartel publicitario de una empresa de jabón mostraba a una jovencita atractiva y fresca que sostenía en sus manos un paquete de jabón. Un caballero moral, que por desgracia tenía derecho a determinar el destino de ese cartel, prohibió su distribución alegando que ofendía la sensibilidad moral de la población, ya que la mujer del cartel sostenía el jabón en un lugar “que por razones morales no se puede describir con más precisión”. ¿Qué tiene esto de moral? ¿El que anuncia la prohibición, que supone que otras personas comparten sus sucias fantasías, o el pueblo alemán y el movimiento Nacional Socialista, que están justamente molestos y se oponen a una acción tan ridícula? Investigando el asunto, descubrimos que este maravilloso ciudadano descubrió su atracción por el Nacional Socialismo tres meses después de que tomáramos el poder, lo que sin embargo no le impidió emitir la prohibición en nombre del Nacional Socialismo.

Las cosas han llegado tan lejos que esta compañía de moralistas no se detiene en las fronteras de la vida privada. Les gustaría crear comités de pureza en las ciudades y en el campo que vigilaran la vida amorosa y matrimonial de Müller y Schulze. Es cierto que no quieren llegar al extremo de prohibir por completo los besos, como en la conocida opereta, ya que es un pasatiempo demasiado popular. Sin embargo, si fuera por ellos, convertirían la Alemania Nacional Socialista en un desierto de murmuraciones y quejas, un lugar donde la denuncia, el espionaje y la extorsión estuvieran a la orden del día. Estos mismos moralistas se dirigen a menudo a las oficinas gubernamentales con la petición de prohibir películas, obras de teatro, óperas y operetas, ya que los bailarines, estrellas, etc., aparentemente representan un grave peligro para la decencia pública. Si cediéramos a sus demandas, pronto veríamos sólo a ancianas y ancianos en la pantalla o en el escenario. Los teatros estarían vacíos, ya que el público generalmente no asiste a ellos para ver a las mismas personas que ve en la iglesia o en los asilos. Líbranos de estas criaturas hipócritas que no tienen una concepción genuina y sólida de la vida y que en realidad no predican una moral honesta. Por lo general, son perdedores de la vida, que protestan contra la

vida misma. La vida eterna y sus leyes difícilmente les dejarán paso; como mucho, se esconderán tras una pantalla de hipocresía despreciable y mojigatería deshonesta. Piensan que la mujer alemana no debe salir sola, no debe sentarse sola en un restaurante, no debe salir con un muchacho o incluso con un miembro de las SA sin una acompañante para una excursión de domingo por la tarde, no debe fumar, no debe beber, no debe lavarse y ponerse bonita, en resumen, debe hacer todo lo posible para mantener alejados de ella los malos intereses de un hombre. Así es, al menos, como estos moralistas enanos piensan que debe comportarse una mujer alemana. ¡Y ay de la pobre criatura femenina que tenga la desgracia de transgredir una de estas leyes! Por supuesto, ninguna mujer alemana se cortará el pelo, ya que sólo las judías y otras criaturas despreciables lo hacen. ¿Tienen idea estos trompetistas moralistas de cómo calumnian y desmoralizan con sus sermones a millones de mujeres alemanas, mujeres que cumplen con valentía y honestidad con su deber en la vida y en el trabajo, que son buenas camaradas de sus hombres y madres sacrificadas por sus hijos?

¿No se dan cuenta de que avergüenzan al Nacional Socialismo en todo el mundo, que llegan con treinta años de retraso o que hay que reprenderlas porque empiezan a resultar molestas? Hay mujeres buenas y malas, mujeres decentes y menos decentes, algunas con el pelo cortado, otras sin él. El hecho de que se empolvaran la nariz o no, no es un signo de su valor interior, y si de vez en cuando fuman un cigarrillo en casa o en sociedad, no tienen por qué sentirse rechazadas o excluidas. En cualquier caso, estos moralistas no deberían juzgar a las mujeres, ya sean enemigas o incluso si, como todos los hombres de verdad, desean a las mujeres felicidad, relajación y paz familiar, aunque su sofocante superioridad les impida conseguirlo. Creen que no es Nacional Socialista disfrutar de la vida, sino que uno debe mirar sólo el lado oscuro de la existencia humana. El pesimismo y la sospecha son los mejores maestros en nuestro valle de dolores terrenal. Un verdadero Nacional Socialista no tiene por qué proteger a estas miserables criaturas. El primitivismo y el rechazo absoluto del placer son los únicos valores de carácter para estas personas. Si uno tiene un cuello limpio y uno sucio, se pone el sucio para dar evidencia de su odio a los valores burgueses.

Un hombre con un buen y un mal traje se pone el malo, sobre todo en ocasiones festivas, porque muestra al mundo asombrado cuán revolucionaria es su perspectiva. No le gusta la alegría y la risa; la gente no debería tener nada de qué reírse. ¿Vivimos en un estado de piedad o en la era del Nacional Socialismo que afirma la vida? Nadie puede sospechar que queramos vivir una vida de ostentación o de lujo. El Führer y muchos de sus camaradas más cercanos no fuman ni beben ni disfrutan de una vida suntuosa. Sin embargo, quienes quieren privar a una nación de sesenta millones de personas de todos los placeres y de todo rastro de optimismo son despreciables, sin contar que sus deseos estúpidos llevarían a innumerables personas a la pobreza y la miseria. Cada actividad prohibida hace que más personas se queden sin trabajo; si nadie puede conducir un coche, las fábricas de automóviles cerrarán; si nadie se pone un traje nuevo, los telares y los sastres no tendrán nada que hacer; si la gente ya no va al cine ni al teatro, cientos de miles de trabajadores del teatro y del cine dependerán de la asistencia pública.

Quitar la alegría y el placer a un pueblo significa hacerlo incapaz de luchar por su pan de cada día. Quien lo haga peca contra nuestros esfuerzos de reconstrucción y avergüenza al Estado Nacional Socialista ante el mundo entero. El resultado sería un empobrecimiento lúgubre de nuestra vida pública. Eso no lo aceptaremos. No queremos abolir el placer, sino permitir que el mayor número posible de personas participen de él. Por eso animamos a la gente a ir al teatro, por eso damos a los trabajadores la oportunidad de vestirse bien para las ocasiones festivas. Esa es la razón detrás de Kraft durch Freude. Por eso nos deshacemos de los agentes de una hipocresía mojigata, por eso no permitimos que la gente decente y trabajadora, que tiene toda la razón de necesitar un alivio de sus duras labores cotidianas, que necesita reafirmar la vida, recuperarse de las fatigas, las preocupaciones y las cargas de cada día, vea arruinados sus necesarios placeres por las eternas artimañas de estos pedantes. ¡Necesitamos más afirmación de la vida y menos quejas! ¡Más moralidad, pero menos moralismo!

Joseph Goebbels - el Führer como orador.

1936

Fundamentalmente hay dos tipos de oradores: los que utilizan el razonamiento y los que hablan desde el corazón. Llegan a dos tipos diferentes de personas, los que entienden mediante la razón y los que entienden mediante el corazón. Los oradores que buscan la razón se encuentran generalmente en los parlamentos, los que hablan desde el corazón hablan al pueblo. El orador que utiliza la razón, para ser eficaz, debe dominar una amplia gama de material estadístico y factual. Debe ser un maestro de la dialéctica como el pianista es un maestro del teclado. Con una lógica fría como el hielo, desarrolla su línea de pensamiento y saca conclusiones irrefutables. Es más eficaz con personas que trabajan principalmente o exclusivamente con la razón. Se le niegan los grandes y convincentes éxitos. No sabe cómo entusiasmar a las masas por una gran causa. Se limita al discurso educativo. Como es frío, deja fríos a sus oyentes. En el mejor de los casos, convence a las personas, pero nunca las moviliza y las pone en marcha sin tener en cuenta sus propias ideas o el elemento de riesgo personal involucrado.

El orador que sale del corazón es diferente. Puede que posea las habilidades de un maestro del razonamiento, pero no son más que herramientas que utiliza como un auténtico virtuoso de la retórica. Posee capacidades que no se encuentran en el orador que razona. Combina una dicción clara con una argumentación sencilla, y el instinto le dice qué decir y cómo decirlo. El lenguaje está unido a las ideas. Conoce los rincones y aspectos secretos del alma de las masas y sabe cómo llegar a ellos y tocarlos. Sus discursos son obras maestras de la declamación. Esboza a las personas y las condiciones, inscribe sus tesis en la tabla de la época; con profunda y noble pasión explica los pilares de su visión del mundo. Su voz llega desde lo más profundo de su sangre a lo más profundo del alma de sus oyentes. Expresa los secretos del alma humana. Despierta a los cansados y perezosos, enciende a los indiferentes y a los dubitativos, convierte a los cobardes en hombres y a los débiles en héroes. Estos genios de la retórica son los tambores del destino. Comienzan su trabajo solos en épocas históricas oscuras y lúgubres y, de repente e inesperadamente, se encuentran en el centro de atención de nuevos acontecimientos. Son los oradores que hacen la historia. Como cualquier gran hombre, un orador talentoso tiene su estilo individual. Sólo puede hablar como es.

Sus palabras están escritas en su cuerpo. Habla su propio idioma, ya sea en carteles o cartas, ensayos o discursos. Hay muchos ejemplos en la historia que demuestran que los grandes oradores se parecen entre sí sólo en sus efectos. La naturaleza de sus llamamientos a la gente, sus llamamientos al corazón, varían con el tiempo, la nación y el carácter de la época. César habló de manera diferente a sus legiones de lo que Federico el Grande lo hizo a su ejército, Napoleón de manera diferente a su guardia de lo que Bismarck lo hizo a los miembros del Parlamento prusiano. Cada uno empleaba un lenguaje que sus oyentes comprendían y empleaba palabras y pensamientos que llegaban a sus emociones y encontraban eco en sus corazones. El demonio de su época confería a cada uno la capacidad de hablar de un modo que lo elevaba por encima de su siglo como uno de los eternos proclamadores de grandes ideas, uno de los que hacen la historia y transforman las naciones. Las diversas razas parecen tener diferentes capacidades en este ámbito. Algunos parecen demasiado reservados para practicar el arte, otros parecen prácticamente predestinados a él. Se habla, por ejemplo, de la elocuencia latina. La riqueza de oradores medios e importantes en los pueblos romanos es también una prueba de ello. También parece cierto que la capacidad retórica en estos países encuentra un público que la comprende y le da las mayores posibilidades de éxito. En el pasado, nuestro pueblo alemán no estaba especialmente dotado en este aspecto. Tuvimos más que suficientes estadistas y

militares, filósofos y científicos, músicos y poetas, constructores e ingenieros, genios de la planificación y la organización. Pero siempre nos faltaron personas con dotes retóricas. Después de los discursos clásicos de Fichte al pueblo alemán, nadie fue capaz de llegar al corazón del pueblo, hasta Bismarck. Cuando Bismarck se fue, nadie lo siguió hasta que el colapso posterior a la Guerra Mundial trajo consigo un nuevo predicador. Entretanto, tuvimos, en el mejor de los casos, oradores útiles, adecuados para el uso cotidiano o parlamentario o para servir en juntas directivas, pero que solo se topaban con una reserva gélida cuando hablaban al pueblo. Probablemente esto fue el resultado de los tiempos. No hubo grandes ideas, ni proyectos poderosos. La retórica se hundió en un pantano de autosatisfacción. La única excepción aparente, el marxismo, se alió secretamente con ellos y sus oradores representaban un materialismo que nunca podría liberar la chispa del verdadero genio. Pero las revoluciones producen verdaderos oradores, y los verdaderos oradores hacen revoluciones.

No hay que sobreestimar el papel de las palabras escritas o impresas en las revoluciones, pero la magia secreta de la palabra hablada llega directamente a las emociones y los corazones de las personas. Llega a los ojos y a los oídos, y la fuerza electrizante de las masas capturadas por la voz humana barre con ella las vacilaciones y las dudas. ¿Qué sería de un genio estadista al que el destino hubiera colocado por alguna razón en una posición inferior si careciera del poder de la palabra y de la fuerza explosiva de esta? Le da la capacidad de hacer ideas de ideales y realidades de ideas. Con su ayuda, reúne a personas bajo su bandera dispuestas a luchar con él; impulsados por ella, los hombres arriesgan su salud y sus vidas para llevar un nuevo mundo a la victoria. Una organización surge de la propaganda de la palabra, un movimiento de la organización, y ese movimiento conquista el Estado. Lo importante no es si una idea es correcta, sino si es verdad. Lo decisivo es si se puede presentar de manera eficaz a las masas para que se conviertan en sus adeptos. Las teorías siguen siendo teorías cuando los hombres vivos no las expresan. Los hombres vivos en tiempos difíciles sólo siguen un llamamiento que llega a su corazón porque viene del corazón.

Es difícil colocar al Führer en estas categorías. Su capacidad para llegar a las masas es única y notable, no se ajusta a ningún esquema organizativo ni dogma. Sería ridículo pensar que asistió a una especie de escuela de oratoria; es un genio de la retórica que desarrolló sus propias habilidades sin la ayuda de nadie más. No se puede imaginar que el Führer haya hablado alguna vez de manera diferente a como lo hace hoy, o que alguna vez hable de manera diferente. Habla con el corazón y, por lo tanto, llega al corazón de quienes lo escuchan. Tiene el asombroso don de sentir lo que está en el aire. Tiene la capacidad de expresar las cosas con tanta claridad, lógica y de una forma tan directa que los oyentes están convencidos de que eso es lo que siempre han pensado ellos mismos. Ese es el verdadero secreto de la eficacia de los discursos de Adolf Hitler. El Führer no es un orador que hable desde la razón ni desde el corazón. Utiliza ambos, según las necesidades del momento. Las características esenciales de sus discursos al pueblo son: organización clara, razonamiento lógico irrefutable, sencillez y claridad de expresión, dialéctica aguda, un instinto desarrollado y seguro para las masas y sus sentimientos, un atractivo emocional electrizante que se utiliza con moderación y la capacidad de llegar a las almas del pueblo de una manera que nunca queda sin respuesta.

Hace mucho tiempo, cuando todavía estaba lejos del poder, el Führer habló en una reunión llena principalmente de sus oponentes políticos. Desde el principio, fue rechazado. Durante dos horas luchó con la terquedad de su audiencia, abordando todos sus problemas y objeciones hasta que al final solo hubo un acuerdo atronador, júbilo y entusiasmo. Al concluir, alguien gritó desde la fila más alta: "¡Hitler es Colón!". Eso fue el meollo del asunto. Había puesto el huevo de punta. Él aclaró la naturaleza confusa y misteriosa de la época. Mostró a sus oyentes de una manera clara y sencilla lo que el hombre de la calle había sentido durante mucho tiempo, pero no había encontrado el coraje de expresar. Hitler dijo lo que todos pensaban y sentían. Más que eso, tuvo el coraje civil frente a casi todos los demás para expresar con lógica férrea lo que había que hacer. El Führer es la primera persona en Alemania que utilizó la palabra para hacer historia. Cuando comenzó, era todo lo que tenía. Tenía solo un corazón fuerte y su palabra pura. Utilizándolas, llegó a lo más profundo de las almas de su pueblo. No hablaba como todos los demás. No podía compararse con ellos. Entendía las preocupaciones y los temores del hombre común y hablaba de ellos, pero para él eran solo pinceladas en el terrible cuadro del colapso de Alemania. Hizo más que simplemente hablar de ellos, no era un simple reportero como los demás. Tomó los eventos del día y les dio un significado nacional más amplio que los puso en

contexto. Apeló a los buenos, no a los malos instintos de las masas. Su oratoria era un imán que atraía a todo el pueblo que aún tenía sangre en las venas. Los burgueses estúpidos se complacieron en menospreciarlo por un tiempo llamándolo “tamborilero”. Se ponían en ridículo, pero no se daban cuenta. Como carecían por completo de capacidad retórica, pensaban que su liderazgo era de alguna forma inferior. Luchaban por el poder sin darse cuenta de que el marxismo les había arrebatado el poder por la fuerza y sólo lo cederían como resultado de la fuerza. Formaban grupos cuando necesitaban un movimiento nacional. Intentaban golpes de Estado cuando la revolución estaba en el aire. Despreciaban a las masas porque no querían dirigirlas. Las masas sólo se inclinan ante quien las pone bajo su mando inflexible. Sólo obedecen a quien sabe dar órdenes. Tienen un fino instinto para determinar si algo se quiere decir de verdad o sólo se dice por decir. Tal vez sea una prueba clásica de la fuerza interior del pueblo alemán el hecho de que haya escuchado el llamamiento de un hombre que siguió su propio camino, en oposición al Estado y a la sociedad, a la prensa y a la opinión pública, aparentemente en contra de toda razón y sentido común. También es una prueba clásica de la extraordinaria brillantez retórica del Führer el que su sola palabra fuera suficiente para transformar toda una época, derrotar a un Estado aparentemente fuerte y dar inicio a una nueva era.

Una figura histórica que tiene tal impacto debe dominar todas las habilidades de la palabra hablada. Así es el caso del Führer. Habla con la misma seguridad ante los obreros que ante los científicos. Sus palabras llegan profundamente a los corazones de los campesinos y de los habitantes de las ciudades. Cuando habla a los niños, éstos se conmueven profundamente. La magia de su voz llega a los sentimientos secretos de los hombres. Traduce la filosofía histórica al lenguaje del pueblo. Tiene la capacidad de evocar una historia olvidada hace mucho tiempo y hacer que quienes lo escuchan sientan que siempre la han conocido. No hay ningún elemento de superioridad en su discurso, del tipo que se ve en los discursos de las personas educadas. Sus palabras siempre se centran en las ideas centrales de nuestro pueblo, nuestra nación y nuestra raza. Puede expresar las cosas de mil maneras diferentes. El oyente nunca tiene la sensación de haberlo oído antes. Las masas escuchan las mismas ideas principales de nuestro renacimiento nacional en formas siempre nuevas. No hay nada de doctrinario en su estilo. Si hace una afirmación, lo demuestra con una multitud de ejemplos. Los ejemplos no se toman sólo de las experiencias de una zona o clase en particular, dejando así intactos a todos los demás. Proceden de todas partes de la nación, de modo que se habla de cada uno.

Se eligen con tanto cuidado que hasta el oponente más ciego debe al final admitir que, a diferencia de los oradores parlamentarios, este hombre cree en lo que dice. La vida ordinaria se presenta de una manera que atrapa a los oyentes. Los problemas del día no se explican sólo con las difíciles herramientas de una cosmovisión, sino con ingenio y una ironía mordaz. Su humor triunfa; Se llora con un ojo y se ríe con el otro. Se tocan todos los matices de la vida cotidiana. Un signo seguro de un buen discurso es que no sólo suene bien, sino que se lea bien. Los discursos del Führer son obras maestras de estilo, ya sea que improvisen en el podio, hablen a partir de breves notas o hablen de un manuscrito en un importante acontecimiento internacional. Si uno no está cerca de él, no puede saber si el discurso es un discurso escrito o pronunciado de forma improvisada. Sus discursos siempre están listos para ser impresos. El cuadro no estaría completo si no señaláramos que el Führer es un maestro de la discusión retórica.

La última vez que el público tuvo la oportunidad de verlo en acción fue en su ajuste de cuentas con los socialdemócratas en el Reichstag en 1933, cuando respondió al entonces diputado Wels. Uno tenía la sensación de que un gato estaba jugando con un ratón. El marxismo fue empujado de un rincón a otro. Allí donde buscaba refugio, se enfrentaba a la destrucción. Con una precisión asombrosa, un golpe retórico tras otro caía sobre él. Sin manuscrito ni notas, el Führer lanzó un ataque importante y largamente deseado contra los parlamentarios socialdemócratas, que recibieron allí su golpe de gracia. ¡Cuántas veces los había derrotado en el pasado cuando se atrevieron a presentarse en nuestras reuniones! En aquel entonces, tenían la capacidad de convertir derrotas vergonzosas en brillantes victorias en sus periódicos al día siguiente. Ahora, la nación entera los vio caer en sus manos. Fue un desastre. Los jueces y los fiscales habían aprendido a respetar sus ofensivas retóricas. Hicieron a Hitler preguntas ingenuas e intentaron llevarlo a terreno resbaladizo con preguntas que parecían inocentes. El proceso de 1924 sobre la insurrección del 8 y 9 de noviembre de 1923 se convirtió en un éxito triunfal para los acusados, ya que el Führer superó las montañas de expedientes, la hostilidad y la incomprensión con la brillante fuerza de su evidente veracidad y el poder de su elocuencia cautivadora. La República

probablemente lamentó el proceso de Leipzig contra el Reichswehr en 1930, en el que intentó destruir al Führer y su movimiento. Le dieron una tribuna desde la que todo el pueblo escuchó su eficacia retórica. Hoy se recuerda con escalofrío que un abogado judío comunista le disparó preguntas durante nueve horas seguidas, y también se recuerda con satisfacción que el bolchevismo judío encontró un oponente cuyas palabras e ideas lo derribaron. Vimos y experimentamos al Führer como orador en el Mitin del Partido por la Libertad en 1935. Habló quince veces en un período de siete días. Ni una sola vez repitió un pensamiento o una frase. Todo era nuevo, fresco, joven, vital y convincente. Hablaba de una manera a los funcionarios, de otra a los hombres de las SA y las SS, de una manera a los jóvenes y de otra a las mujeres. En su importante discurso sobre la cultura, explicó los secretos más profundos de las artes, y su discurso a la Wehrmacht fue comprendido por el último soldado del último batallón. Sus discursos han marcado toda la vida del pueblo alemán. Es un predicador de la palabra que, por la gracia de Dios, puede expresar su naturaleza multiforme. Pero el Führer da lo mejor de sí cuando habla ante un pequeño auditorio. En ese caso, es capaz de llegar a cada uno de los oyentes. Su discurso cautiva al oyente, que nunca pierde el interés porque siempre se siente interpelado.

Puede hablar de un tema cualquiera con una maestría que asombra a los especialistas, o puede, al hablar de asuntos cotidianos, elevarlos de repente a un significado universal. En tales ocasiones, el Führer puede ser más íntimo y preciso de lo que permite un discurso público. Puede llegar al corazón de las cosas con una lógica irrefutable. Sólo quien lo haya escuchado en un contexto como éste puede comprender toda su brillantez como orador. Se puede decir que sus discursos a su pueblo y al mundo tienen un público sin precedentes en la historia mundial. Son palabras que inspiran el corazón y tienen un impacto duradero en la creación de una nueva época internacional. Probablemente no haya ninguna persona culta en el mundo que no haya escuchado el sonido de su voz y que, ya sea que haya entendido las palabras o no, haya sentido que su corazón estaba siendo hablado por palabras mágicas. Nuestro pueblo tiene la suerte de conocer la voz que el mundo escucha, una voz que pone palabras en pensamientos y usa esos pensamientos para cambiar una era. Este hombre es un hombre con el coraje de decir sí y no, sin calificarlos con un si o un pero. Millones de personas sufren amarga tristeza, grandes problemas y terribles necesidades. Apenas ven una estrella de esperanza a través de las nubes oscuras que cubren el cielo de Europa. Nadie es capaz de disipar la desesperación que enfrentan. ¡Pero en Alemania, Dios eligió a uno entre incontables millones para hablar de nuestro dolor!

Joseph Goebbels - ¿qué quiere realmente Estados Unidos?

21 de enero de 1939

La prensa norteamericana tiene el noble derecho de quejarse de Europa, y hace un uso vigoroso de ese derecho, en particular cuando se trata de Alemania. La Alemania Nacional Socialista es una espina en su ojo. El Tercer Reich ha sido el blanco de sus burlas, odios, mentiras y calumnias desde el 30 de enero de 1933, especialmente de la parte controlada por los judíos. La prensa norteamericana se complace especialmente en criticar a Alemania por razones de humanitarismo, civilización, derechos humanos y cultura. Tiene todo el derecho a hacerlo. Su humanidad se muestra en la forma más vívida en los linchamientos. Su civilización se muestra en escándalos económicos y políticos que apestan hasta el cielo. Sus derechos humanos se exhiben en once o doce millones de desempleados, que aparentemente eligieron estarlo. Y su cultura existe sólo porque siempre toma prestado de las naciones europeas más antiguas. Una nación así tiene ciertamente derecho a burlarse de la antigua Europa, cuyas naciones y pueblos recordaban siglos, incluso milenios, de logros culturales mucho antes de que se descubriera América. La prensa norteamericana responde a nuestras quejas diciendo que no tiene nada contra Alemania, sino sólo contra el Nacional Socialismo. Es una excusa pobre.

El Nacional Socialismo es hoy la idea política y la concepción del mundo que guía a Alemania. La nación alemana entera lo defiende. Por eso, criticar hoy al Nacional Socialismo significa criticar a todo el pueblo alemán. No se puede decir que el Nacional Socialismo es una dictadura y que todavía hay muchos en Alemania que, al menos en su interior, lo rechazan. Sencillamente, no es así. Es una fantasía que sólo existe en las mentes de los políticos y periodistas democráticos, pero que no tiene nada que ver con los hechos. No cabe duda: la campaña pública contra Alemania es una provocación consciente e intencionada dirigida al Reich alemán y al pueblo alemán. En general, a nosotros no nos importa. Los alemanes no dependemos del amor ni de la gracia de otras naciones; vivimos de nuestra propia fuerza nacional. Hace mucho que pasó la época en que Alemania esperaba su salvación desde el exterior. Esa ayuda internacional siempre faltó cuando más se la necesitaba durante el período de posguerra. Sólo apareció cuando el dinero y el capital bursátil internacionales creyeron que podían obtener enormes beneficios que no se podían obtener en ningún otro lugar ayudando a Alemania. Podríamos decir simplemente que Estados Unidos está muy lejos, con un gran océano que nos separa.

¿Qué nos importa lo que piensen, escriban o digan de nosotros? Esto estaba bien mientras la campaña de odio de los Estados Unidos contra Alemania, muy desarrollada, se mantuvo dentro de ciertos límites. Pero cuando se extendió a los círculos oficiales y no sólo a los periódicos y las emisoras de radio, se volvió más grave. Esta campaña alcanzó alturas increíbles después del 10 de noviembre de 1938. La opinión pública estadounidense, influenciada por los judíos, intenta intervenir en la política interior alemana en un grado intolerable. Creen que pueden utilizar contra Alemania métodos que normalmente no se conocen en las relaciones entre naciones civilizadas. Sabemos muy bien quiénes son los instigadores y los beneficiarios. En su mayoría son judíos o personas que están a su servicio y que dependen totalmente de ellos. Por ejemplo, no es sorprendente que la prensa de Nueva York ataque tan duramente a Alemania. Más de dos millones de judíos viven en Nueva York y la vida pública, y especialmente la económica, están completamente bajo su control. Hasta ahora, la prensa alemana en general ha reaccionado a esta sucia y despreciable campaña de odio sólo esporádicamente y de manera contenida. Sólo después de que se involucraron personajes oficiales de los Estados Unidos creímos necesario decir algo. Por ejemplo, el 19 de diciembre de 1938, el secretario de interior norteamericano, Ickes, declaró públicamente que ningún norteamericano podía aceptar una medalla de manos de

un dictador brutal que con las mismas mano había robado y torturado a miles de personas y que consideraba un día perdido si no cometía ningún nuevo crimen contra la humanidad. En pocas palabras, no se trata de un estilo de expresión habitual en las relaciones entre Estados. El subsecretario de Estado norteamericano, Welles, respondió a las protestas alemanas diciendo que la declaración de Ickes representaba la opinión de la abrumadora mayoría del público norteamericano. No se sabe qué decir. ¿Qué quiere decir? ¿Se ha atacado personalmente al presidente norteamericano en la prensa alemana o se ha calumniado a los dirigentes norteamericanos? Hemos sido muy comedidos, aunque ciertamente teníamos todas las razones para discutir tal o cual asunto de la política interior norteamericana. Esas cosas no nos incumben. Los estadistas norteamericanos, no nosotros, son los que determinan la política interior norteamericana. Nosotros sólo nos preocupamos por los asuntos de Alemania. Tampoco tenemos ninguna razón ni intención de contrabandear ideas políticas alemanas a Norteamérica. Todo lo contrario, ya que los métodos que empleamos son puramente alemanes. Sólo son válidos en Alemania.

Pero creemos que, del mismo modo que respetamos los asuntos internos de otros países y evitamos las polémicas contra ellos, ellos deberían tratarnos de la misma manera. No se puede decir que esto sea cierto en el caso de los Estados Unidos de Norteamérica en la actualidad. Casi toda la prensa, la radio y la industria cinematográfica apoyan la campaña mundial contra Alemania. El senador Pitman lo expresó sin rodeos el 22 de diciembre de 1938: “Al pueblo norteamericano no le gusta el gobierno de Alemania”. Nosotros creemos que el pueblo norteamericano no tiene nada que ver con el asunto. Si no le gusta Alemania es a causa de la campaña de odio que se está llevando a cabo por unos canallas internacionales que carecen de conciencia y de escrúpulos. Lo hacen por razones tanto exteriores como interiores, demasiado evidentes. La Conferencia de Lima está detrás de la campaña antialemana. Norteamérica espera fomentar la hostilidad sudamericana contra Alemania y, en realidad, contra Europa en su conjunto. No le gusta la competencia alemana en el mercado sudamericano. La enorme industria armamentística norteamericana también evoca imágenes de una guerra inminente contra los gobiernos totalitarios por razones comerciales. No tenemos intención de responder a las críticas que la prensa judía norteamericana lanza contra Alemania examinando los asuntos internos de Estados Unidos. Basta con observar que, aunque Alemania es el país más pobre del mundo en términos de reservas de divisas y materias primas, no sólo ha abolido el desempleo, sino que tiene escasez de mano de obra.

Norteamérica, por su parte, tiene entre once y doce millones de desempleados, a pesar de que es rica en reservas de divisas y materias primas. La mayor parte de la prensa norteamericana ignora esta situación. No puede negarla, por supuesto. Afirma que el éxito alemán es despreciable, ya que utilizó métodos de odio y desprecio. Esto es totalmente retrógrado. Los siete millones de alemanes que consiguieron trabajo después de que el Nacional Socialismo tomó el poder en Alemania no están interesados en los métodos que les dieron trabajo. Esto nos recuerda a un chiste conocido: dos trabajadores intentan quitar un adoquín sin mucho entusiasmo. Un transeúnte observa durante un rato, luego agarra un pico y arranca la piedra. Un trabajador le dice al otro: “Bueno, claro, si se utiliza la fuerza…” La prensa estadounidense utiliza el mismo argumento. No puede negar los éxitos del Nacional Socialismo. Sólo puede decir: “Bueno, claro, si se utiliza la fuerza...” Cree que el pueblo alemán tuvo que hacer demasiados sacrificios para lograr esos éxitos.

El pueblo alemán ve las cosas de otra manera. Sabe que ciertas restricciones en algunos ámbitos fueron necesarias para la reconstrucción nacional. El público estadounidense está prácticamente ahogado en riqueza, prosperidad, divisas, lingotes de oro y materias primas. Apenas puede imaginar cómo un pueblo inteligente, trabajador y valiente puede arreglárselas sin todas esas ventajas. Sea como sea, los acontecimientos futuros nos preocupan. Nadie más que Alemania tiene derecho a juzgar los asuntos internos de Alemania. Nadie tiene derecho a enfrentar a un pueblo contra otro, a incitar la discordia y promover la ignorancia que conduce a crisis internacionales. El señor Eden, embajador de la democracia mundial internacional, encontró el público adecuado hace unas semanas en Nueva York cuando atacó al Nacional Socialismo. Allí se habían reunido los representantes más destacados de la industria, la economía y las finanzas internacionales de Estados Unidos. El señor Eden habría hecho mejor en decir a los once o doce millones de desempleados dónde podían encontrar trabajo. Parece haberse dado cuenta de que su diatriba de odio podría haber encontrado allí una recepción menos amistosa que la que tuvo

en el público al que se dirigió. Los judíos aplauden siempre que se ataca a Alemania. Los judíos odian al Nacional Socialismo por razones que no es necesario mencionar. Los judíos son nuestros enemigos, deberían ser nuestros enemigos, deben ser nuestros enemigos. La cuestión es si el pueblo estadounidense quiere hacer felices a los judíos enzarzándose en un conflicto infructuoso con el Reich alemán y el pueblo alemán. Protestamos contra eso. Eso no es necesario ni útil. No tenemos nada contra el pueblo estadounidense. Conocemos y respetamos sus opiniones políticas y sus asuntos internos, aunque pudiéramos hacer las cosas de otra manera. Creemos que tenemos derecho a esperar lo mismo de la opinión pública estadounidense sobre Alemania. Tampoco vemos los beneficios de semejante controversia.

¿Qué bien le hará a Estados Unidos? ¿Cree que puede matar de hambre a Alemania utilizando los mismos métodos que los de la Guerra Mundial? Toda acción económica tiene dos caras. Afecta no sólo a su objetivo, sino también a la parte que la utiliza. Los cultivadores de algodón estadounidenses, sentados sobre pilas de algodón sin vender, lo saben bien. Es hora de recomendar la paz y el sentido común. La opinión pública estadounidense va por el camino equivocado. Se beneficiaría si volviera a las viejas y probadas prácticas de cortesía internacional y buenas maneras, y si tratara a Alemania de la manera normal entre las naciones civilizadas. No esperamos que nuestro llamamiento tenga un gran impacto en las actitudes estadounidenses. Sin embargo, creemos que es nuestro deber hablar con franqueza. Dada la influencia de los judíos en sectores de la opinión pública estadounidense, volvemos a subrayar la miopía e inutilidad de tales métodos, y planteamos al mundo esta pregunta: “¿Qué quiere realmente Estados Unidos?”

Joseph Goebbels - los bebedores de café.

11 de marzo de 1939

Creemos que es necesario abordar un tema de actualidad. Se trata de la escasez de café que ha surgido recientemente en varias partes del Reich y que aún no ha sido superada por completo. En realidad, es bastante deprimente tener que hablar de este asunto en público. Sin embargo, hay una cierta categoría de nuestros contemporáneos que disfrutan explotando cada escasez alemana para divertirse o desacreditar al régimen Nacional Socialista. El café no es una necesidad vital ni un placer indispensable. Sin duda es algo agradable. La conversación fluye alrededor de una cafetera, ¿no es así? Sin embargo, limitar el consumo de café, o incluso dejarlo por completo durante un tiempo, no daña la salud. De hecho, es todo lo contrario. Es cierto que, como dijo Mussolini en su discurso en el Campo de Mayo, el Nacional Socialismo y el fascismo comparten el rechazo a una vida cómoda y placentera. Si el café escasea durante un tiempo, no es una necesidad vital. Sería algo diferente si faltaran las patatas o el pan, cosas necesarias para la vida diaria. El café es un artículo de lujo que se disfruta cuando se tiene, pero del que se puede prescindir fácilmente cuando la necesidad o las presiones económicas lo exigen.

Si el café escasea, todo alemán debe saber que no es por la mala voluntad del gobierno, que no quiere dejar que la gente disfrute de una taza de café, sino por una necesidad nacional, una exigencia económica dada la situación de Alemania, que la gente tiene que aceptar. En una situación como ésta, el deber de toda persona leal es reducir o renunciar por completo al artículo de lujo en cuestión y reanudarlo sólo cuando se disponga de suministros suficientes, cuando se haya superado el problema. Las razones de la escasez de café, que todavía no se ha superado por completo, son bastante claras. Tienen que ver con las reservas de divisas y las exportaciones. La situación se hizo evidente a principios de enero. Hay que recordar que el consumo de café en Alemania ha aumentado alrededor del 50% desde 1933. En 1933 se importaron 2.160.000 sacos de café, mientras que en 1938 fueron 3.290.000. El consumo de café en Alemania no ha disminuido, sino que ha aumentado mucho desde que el Führer tomó el poder; la diferencia es que ahora más gente bebe café. Esto es un desarrollo socialista. En 1932 sólo los ricos bebían café. Los desempleados no tenían dinero para comprarlo, por lo que no había escasez. Pero ahora los siete millones que estaban desempleados en 1932 están trabajando.

De vez en cuando pueden disfrutar de los placeres de la vida. Esto inevitablemente conduce a la escasez ocasional de alimentos y artículos de lujo en ciertas áreas. A todos los alemanes les debería agradar que cada vez más ciudadanos puedan disfrutar de los placeres de la vida, aunque esto les suponga algún inconveniente personal ocasional. El hecho de que tengamos que limitar un poco nuestro consumo de café y no podamos importar más café es consecuencia de la escasez de divisas, que todos sabemos que necesitamos para cosas más importantes que el café. No se trata de "fusiles en lugar de café", pero dada la situación mundial actual nos parece más importante aumentar nuestras fuerzas militares que abastecer a nuestros bebedores de café con todo el café que deseen. No hace falta decir que no tenemos ganas ni capacidad de pagar en efectivo el café que importamos. Debemos pagar nuestras importaciones con productos alemanes que exportamos. El café en Alemania es sólo una bebida agradable. No es una bebida diaria para las amplias masas trabajadoras, para las que es demasiado caro. Sin embargo, el barómetro económico muestra que ha habido un aumento espectacular del consumo de café desde el período anterior a la guerra. El consumo per cápita en 1913 era de 2 kilos, en 1932 de 1,6 y en 1938 de 2,3. Todo está en orden. Pero durante unas semanas se vieron colas de amantes del café en las grandes ciudades. Un tipo de persona que nunca había bebido café de repente

sintió la necesidad de anunciar su gusto por él. Esto no sólo fue vergonzoso, sino también un escándalo. Hace unas semanas, un destacado extranjero simpatizante del Nacional Socialismo observó las colas en las calles de Berlín. Pensó que debían ser para comprar patatas o pan. Cuando descubrió que estas personas hacían cola para tomar café, no pudo evitar sacudir la cabeza. No cabe duda de que algunas personas disfrutan acaparando café. Lo hacen en parte para asegurarse su propio abastecimiento —como si el café fuera una necesidad vital—, pero también en parte para crearle dificultades al gobierno Nacional Socialista. Por ejemplo, una mujer de los mejores círculos de Berlín en el distrito de Wilmersdorf fue sorprendida con ocho cuartos de libra de café que había comprado en varias tiendas. Ella explicó que quería estar segura de que tenía suficiente. Bueno, esa es una forma de verlo. Esas personas son, naturalmente, sólo una minoría ridícula, pero están en posición de dañar el buen nombre de nuestro pueblo. Y siempre son las mismas personas. Donan a regañadientes a la campaña de ayuda de invierno, insultan al gobierno Nacional Socialista y al movimiento Nacional Socialista, se oponen a todo lo que hacemos, se desaniman en cada crisis, encuentran molesto al director del bloque del partido en su edificio, son partidarios convencidos de movimientos confesionales, aman a los bromistas políticos y se informan en estaciones de radio o periódicos extranjeros. Naturalmente, no creen que sea indigno de ellos disfrutar de los beneficios del Estado Nacional Socialista. Su agradecimiento consiste en votar alegremente no en el referéndum para aprobar la adhesión de Austria al Reich.

No tienen ni idea de lo que significa la disciplina nacional. Su comportamiento político es vergonzoso. Todo lo que viene de fuera es elegante, todo lo que hacemos es escandaloso. Por supuesto, es evidente que los miembros del partido no sólo deben reducir, sino eliminar el consumo de alimentos o artículos de lujo que escasean en Alemania. Los antiguos miembros del partido han aprendido en los largos años de lucha a prestar atención a la salud del pueblo. Sin embargo, estos antiguos miembros del partido se indignan cuando ven que los beneficiarios de su consideración son estas personas irreflexivas y desconsideradas que tuvieron tan poco que ver con la llegada al poder del Nacional Socialismo y con sus esfuerzos actuales. Estas personas no tienen la inteligencia para ver que Alemania está luchando hoy por su existencia económica, que decidirá su propio futuro. Si la batalla les causa alguna molestia, estas personas ven motivos suficientes para criticar al Estado Nacional Socialista, olvidar sus éxitos anteriores y llorar por la pérdida de su taza de café.

Hace unas semanas, la prensa extranjera hostil publicó fotografías de estos bebedores de café y sus amigos haciendo cola fuera de las tiendas. Naturalmente, la prensa hostil no dijo que esperaban café, sino patatas o pan y difundió por el mundo fábulas de que había estallado una hambruna en Alemania. No consideramos que merezca la pena tomar en serio a estas personas estúpidas e irreflexivas, excepto cuando su comportamiento daña el prestigio de Alemania en el mundo. Eso es lo que sucedió aquí. Por cierto, esta gente no tiene motivos para quejarse de las dificultades económicas que atraviesa Alemania. No protestaron en 1919 cuando el Tratado de Versalles nos obligó a renunciar a nuestras colonias. Fuimos nosotros los que protestamos. No se opusieron en modo alguno al Plan Dawes ni al Tratado Young, que devoraron nuestras últimas reservas económicas. De hecho, nos tildaron de traidores cuando nos opusimos a ellos. Su cobarde aquiescencia explica por qué Alemania no tiene colonias y, por lo tanto, no puede cubrir sus necesidades con sus propios recursos. No hay duda de que si la devolución de las colonias de Alemania se convirtiera de repente en un tema candente, esta gente se quejaría, criticaría y predeciría una nueva guerra mundial.

Tengo que decirles a estas almas intelectuales que no tenemos intención alguna de hacer caso a su tierna sensibilidad modificando nuestra política económica, que sirve a los intereses y necesidades de todo el pueblo alemán, y en particular de los trabajadores. Esta querida gente simplemente tendrá que aprender a tener paciencia y adaptarse a las cosas como son. En el peor de los casos, ya no les gustará tanto quejarse del partido y del Estado mientras toman un café, y dirán cosas como: "¿Ha oído, señora Meyer, que nuestro nuevo jefe de barrio es nuestro portero? ¿Qué se dice? Mi marido dice que eso es bolchevismo. Pero no se lo diga a nadie. ¡No queremos ningún disgusto!". Nosotros, los viejos Nacional Socialistas, no hacemos caso a la gente que habla y se queja de ese modo. Sin embargo, no podemos ignorar el hecho de que estos bebedores de café están aprovechando una ridícula escasez de café, de la que la gente decente no se preocupa en lo más mínimo, para hacer cola fuera de las tiendas como si hubiera estallado una hambruna en Alemania. Eso es angustioso y terrible, y no queremos ver imágenes como

estas en el futuro. Hemos hecho que estas colas para el café hayan desaparecido de las ciudades alemanas. La gente decente, cuando el café escasea, como es el caso hoy, o bien reduce su consumo o bien deja de beberlo por completo. Los bebedores de café pueden esperar hasta que vuelva a haber suficiente café. Luego podrán volver a sus reuniones de café y decir cosas como: “Bueno, señora Meyer, ¿qué piensa de eso? ¡Las cosas están bastante mal, están bastante mal!”.

18 de marzo de 1939

Recordamos una semana histórica.
La semana pasada, en este espacio, hablamos de una camarilla de ignorantes y de mente estrecha que no tienen ni idea de la gran época en que vivimos, que pierden los nervios y la serenidad interior y exterior ante cualquier dificultad. No importa lo que esté sucediendo. Simplemente les falta apertura mental y, en comparación con quienes están atentos a lo que está sucediendo, sólo se los puede considerar pobres y dignos de lástima. El domingo pasado aprovechamos la oportunidad para hablar de la escasez de café y expresamos nuestro descontento con esa gente. Uno lamenta que vivan en nuestra época, porque realmente no lo merecen. Nuestro llamamiento a la disciplina nacional sonó bastante extraño, ya que los rumores que llegaban de Checoslovaquia aumentaban cada hora, sumiendo a toda Europa en la tensión y la incertidumbre. El domingo y el lunes pasados, los diversos conflictos políticos comenzaron a intensificarse. El pueblo alemán comenzó a prestar atención. En los últimos seis años, los alemanes nos hemos vuelto especialmente sensibles a los asuntos exteriores. Incluso la más mínima reacción en el escenario internacional hace que nuestro pueblo preste especial atención a los asuntos exteriores.

También aquí ocurrió lo mismo. Desde el lunes y hasta bien entrada la noche, los berlineses se congregaron en la Wilhelmplatz y en el exterior de la Cancillería del Reich a la espera de los acontecimientos. Esto es siempre una señal de que la gente empieza a prestar más atención a los acontecimientos mundiales. Tenían la impresión de que las advertencias de tormenta habían llegado y tenían razón. Como siempre, la nación esperaba en disciplinada calma las decisiones y conclusiones del Führer. El martes fue un día de nerviosismo para todas las oficinas relevantes en la capital del Reich. Hora tras hora, la antigua Checoslovaquia se desintegraba en sus diversas partes. El error del Tratado de Versalles sólo existía para formar una base militar contra Alemania. Estaba al borde del colapso. Ya no era capaz de cumplir con las tareas que le habían encomendado las democracias de Europa occidental en el otoño de 1938. En Bohemia, querían establecer "un puesto avanzado contra el bloque germánico". Tan recientemente como el 27 de septiembre de 1938, el periódico francés "Epoque" escribió: "Checoslovaquia es sin duda una carta estratégica importante en el juego de Francia, especialmente para la fuerza aérea. Los amplios espacios de Bohemia son una base maravillosa para la fuerza aérea. Si las bases de Bohemia estaban a disposición de Francia y eran ocupadas por los rusos, las escuadras aliadas estarían en condiciones de atacar el corazón de Alemania".

Esta misión militar para los chovinistas de Praga ya había quedado obsoleta. Había llegado la hora de Checoslovaquia. Habían aparecido nuevas fuerzas en Europa y estaban ordenando las cosas en esta zona con leyes diferentes. La lógica interna de la situación resultó en el derrumbe de la estructura podrida artificialmente establecida y mantenida unida por Versalles. Pero de las ruinas surgió nueva vida. La vieja era fue reemplazada por una era más joven y dinámica. Cuando el presidente del estado Hacha llegó a hablar con el Führer poco después de la medianoche del martes, el futuro de las antiguas tierras alemanas de Bohemia y Moravia ya estaba decidido. Lo determinaba la necesidad histórica, que hablaba un lenguaje claro e inconfundible. Pasó una noche de tensión angustiosa. Cuando el Führer terminó su proclamación a los alemanes a las 5 de la mañana, se había tomado una decisión histórica. Poco después, las emisoras de radio anunciaron al mundo que las históricas provincias de Bohemia y Moravia habían vuelto a formar parte de la federación del Gran Reich Alemán. El propio presidente del estado Hacha había pedido al Führer que asumiera la protección de esas provincias, señalando que "ponía con

confianza el destino del pueblo y la nación checos en manos del Führer del Reich Alemán". La llamada Checoslovaquia dejó de existir. En una sola noche desapareció una nación que en realidad nunca había sido una nación. Era el Estado por el que Francia e Inglaterra presumiblemente estaban dispuestas a llevar a Europa a una crisis en el otoño de 1938, tal vez incluso a sumergirla en la guerra. El 4 de septiembre de 1938, el "Observer" de Londres había escrito que el pueblo británico estaba dispuesto a oponerse al Nuevo Orden "como un bloque de acero, y una alianza abrumadora estaría a su lado, como en la última guerra". Voces similares vinieron de París, y si no hubiera habido estadistas más razonables, lúcidos y de pensamiento más claro en Inglaterra y Francia, los políticos de la democracia, jugadores de azar, habrían logrado sin duda provocar una catástrofe impredecible en beneficio de este estado artificial. Pero ahora el castillo de naipes se ha derrumbado. La noche del martes al miércoles también fue una clara confirmación de la corrección de las políticas que Chamberlain y Daladier habían seguido en la cuestión checa, lo que explica la total falta de reacción en las democracias occidentales ante el colapso de la antigua Checoslovaquia.

Naturalmente, los belicistas profesionales de la prensa mentirosa y hostil que odia a Alemania están balbuceando algunas diatribas emocionales e insultos descarados contra Alemania, pero ninguno de ellos tiene importancia política. Nada puede cambiar los hechos, y es una prueba de la creciente comprensión en las democracias occidentales de que ninguna figura significativa está planteando objeción alguna. La justicia de la posición de Alemania es demasiado clara para ser discutida. El miércoles, el Führer se dirigió a toda prisa a Bohemia y Moravia para acompañar a las tropas que marchaban hacia allí y, esa noche, el estandarte del Führer ondeó sobre el Castillo de Praga. El pueblo alemán contuvo la respiración. Hasta el último hombre sabía que se estaba escribiendo la historia. Un acto histórico de importancia simbólica estaba poniendo fin a un proceso que podría haber llevado a la guerra o a la paz. La claridad, el coraje y la inteligencia del Führer son la razón por la que las señales apuntaban a la paz, no a la guerra. Se proclamaron los Protectorados del Reich de las provincias históricas de Bohemia y Moravia. Fue la conclusión de un proceso histórico que había comenzado alrededor del año 1000, cuando el primer cronista de Bohemia, el eslavo Comas, ya consideraba que Bohemia era parte de Alemania. A lo largo de los años, Bohemia y Moravia estuvieron unidas por lazos feudales y otras conexiones con el Reich alemán. Praga tiene la universidad alemana más antigua. Los edificios más hermosos de la ciudad fueron construidos por alemanes: la catedral, el Puente de Carlos, las iglesias de Teyn y de Nicolás.

La prosperidad y los éxitos económicos de estos pueblos y provincias siempre han sido mayores cuando estaban bajo la protección del Reich. Y ahora seguirá siendo así. Europa Central ha recuperado la paz. Se ha creado un sistema en el que el más fuerte de los dos vecinos está ansioso por la paz y el más débil ha aceptado la protección del más fuerte, no al revés. Es una disposición completamente razonable y lógica de las relaciones entre los dos pueblos. Si el más débil tiene poder, inevitablemente intentará oprimir al más fuerte y debilitar su sentido de nacionalidad, ya que es la única manera de asegurar su posición. El más fuerte, por otro lado, no tiene tal necesidad. Porque es más fuerte, puede permitirse el lujo de ser generoso y establecer un sistema que dé justicia a ambas nacionalidades. Eso es lo que ha sucedido aquí. Es una decisión verdaderamente histórica, y el pueblo alemán la ha aceptado como tal. La situación nos lleva a hablar una vez más con los quejosos sabelotodo que en este momento tienen el buen sentido de no decir nada ante los hechos. Estos sabelotodo siempre están en primer plano cuando la nación se enfrenta a una crisis o cuando surge una escasez.

Ante los grandes éxitos, se desvanecen en un segundo plano, ya que no hay posibilidad de criticar al gobierno Nacional Socialista o la visión Nacional Socialista del mundo. No pueden entender por qué nosotros, los Nacional Socialistas, y todo el pueblo alemán, amamos nuestra época. Este acontecimiento histórico nos brinda la oportunidad de decirles: amamos esta época porque se está haciendo historia. Nuestros corazones laten más rápido porque tiene un carácter masculino, porque es más importante que las dificultades temporales que forman parte de toda gran época. Simplemente no podemos comprender cómo a algunas personas en medio de esta época emocionante solo les puede molestar una ración de café temporalmente reducida, o una libertad crítica reducida, o sutilezas dogmáticas o religiosas. Amamos nuestra época porque nos plantea tareas y desafíos, porque en ella un hombre ha devuelto la vida a la nación alemana después de muchas décadas de estancamiento. Amamos nuestra época porque en una hora bendita se han resuelto problemas que existían desde hacía muchos cientos de años, porque

estos problemas, al menos así parecía, se resolvieron con una facilidad casi lúdica que a los observadores profanos les pareció casi necesaria o evidente. Esta era es nuestra era. Le damos toda la fuerza de nuestro corazón y de nuestro espíritu porque elimina las razones de conflicto y trae la verdadera paz, porque es un campo de pruebas para los verdaderos talentos y las capacidades masculinas, porque esta era es la gran oportunidad para Alemania en la que podemos ayudar como obedientes servidores del Führer. Amamos esta era porque sus éxitos y victorias nos llevan a olvidar todos los problemas e incomodidades relacionados con ella, porque nos ha enseñado a despreciar una vida de seguridad, tranquilidad y comodidad, porque la grandeza de la época nos lleva a atrevernos a afrontar grandes problemas aparentemente irresolubles. Nosotros, los Nacional Socialistas, decimos abiertamente que solo sentimos piedad y desprecio por esa gente ignorante que no tiene ni la menor idea de la era histórica en la que vivimos. ¡Qué pobres deben estar los corazones y las mentes de aquellos que no pueden reconocer una era como ésta, que no pueden comprender los grandes triunfos que suceden a su alrededor porque nimiedades como una escasez temporal de café les causan malestar! No vivimos en su era. Ellos no la provocaron ni tienen influencia alguna en ella. Pero estamos ligados a la era por las leyes que seguimos. Dondequiera que actúe el Führer, lo acompañamos en leal obediencia y agradecemos al destino que nos haya dado una era tan grandiosa. Experimentamos la era con todo nuestro ser y en sus horas benditas siempre nos regocijamos de ser hijos de esta era.

Joseph Goebbels - la moral de los ricos.

25 de marzo de 1939

A los ricos les resulta más fácil ser morales que a los pobres. La riqueza protege a los ricos, pero anima a los pobres a actuar. A un rico, por ejemplo, nunca se le ocurriría robar pan. Sólo roba pan quien tiene hambre pero no tiene dinero. Cuando el rico tiene hambre, tiene pan y todo lo demás de sobra para saciar su hambre. De la misma manera, un rico con coche nunca viajará sin billete en el metro. Aparte de que podría comprar fácilmente un billete, tiene un coche de lujo esperando delante de su casa de lujo. Las reglas de conducta social también son más estrictas cuando uno es pobre. Los pobres viven hacinados en enormes edificios de apartamentos, mientras que los ricos viven en grandes casas con suficientes habitaciones para que cada uno pueda encontrar un lugar apartado del resto de la familia cuando sea necesario. En cambio, en un edificio de apartamentos, donde la gente vive amontonada, hay que apagar la radio a cierta hora, porque el vecino quiere dormir, sueño que necesita para poder levantarse e ir a trabajar al día siguiente. En una casa grande se puede dejar la radio encendida toda la noche, ya que la casa más cercana está a 30, 40 o 100 metros de distancia. Los pobres llevan una vida más disciplinada que los ricos, de lo contrario no podrían llevarse bien entre ellos.

Es absurdo que los ricos se quejen de que se aplican ciertas reglas para los pobres que no son en absoluto necesarias para los ricos. En cuanto a la moral, las personas más morales son aquellas que ya han tenido una vida emocionante. Como dice el proverbio, “la vieja puta es la que más reza”. La naturaleza hace que la moral sea fácil en ese momento, y es fácil comprender por qué a una edad avanzada uno puede intentar expiar una vida salvaje. Uno quiere olvidar un pasado notorio y por eso ama predicar moralidad a aquellos que todavía están en la mitad de la vida, o que aún no han comenzado a vivir. De repente todo cambia. Los viejos exigen moralidad a los jóvenes, especialmente cuando ellos mismos han aprovechado al máximo su propia juventud. Esto es cierto no sólo para los individuos, sino también para los pueblos. Esta es la verdadera razón por la que actualmente no podemos estar de acuerdo con las democracias, Inglaterra sobre todo. Los ingleses hablan mucho de moral política. Tienen todo lo que necesitan. Crearon un imperio mundial en una época en la que la política no se preocupaba demasiado por la moral. Ahora están defendiendo su imperio con lugares comunes morales. Ni siquiera piensan en robar comida porque no tienen hambre.

Tienen suficiente comida cuando la quieren. Pueden bromear sobre nuestro Plan de Cuatro Años ya que tienen a su disposición la enorme riqueza de su imperio. Los límites de su vida nacional pueden ser muy laxos, por no decir democráticos, ya que no enfrentan ninguna amenaza a su existencia nacional. No es tan fácil para nosotros los alemanes. Hemos sido una nación completamente unificada sólo durante los últimos seis años. Todavía somos jóvenes y llevamos las cicatrices de nuestras antiguas discordias. Tenemos que ser cautelosos, a veces incluso estrictos, para que no se vuelvan a abrir las viejas heridas. Los ingleses pueden permitirse el lujo de la llamada libertad de opinión. No les cuesta nada. La unidad del imperio no está en peligro. Todo el pueblo inglés está unido en una sola nación. No necesitan acciones sorprendentes o "hechos consumados", ya que tienen todo lo que necesitan o incluso podrían desear. A los ingleses nunca se les ocurriría aumentar su nación, ya que el pueblo inglés ha estado unido durante siglos. Sin embargo, nosotros nos vimos obligados a tales cosas. No teníamos elección. Lo hacemos no porque nos sintamos superiores, sino porque debemos hacerlo para sobrevivir. Esto no tiene nada que ver con la moralidad, ni por parte de los ingleses ni de los alemanes. Hay que tener cuidado con el uso de términos que tienen un significado completamente diferente en la vida política que en la vida privada. En Inglaterra, importantes funcionarios han estado diciendo

recientemente que, si bien es cierto que Inglaterra tiene protectorados, éstos existen únicamente para proteger la libertad y la cultura de los pueblos que viven allí. Europa sonrió cuando se reveló esta profunda sabiduría. Los ingleses tienen la capacidad de ocultar la verdad con frases moralistas, a veces ocultando situaciones bastante dudosas que de otro modo provocarían cierta excitación. Son tan moralistas hoy porque tienen a sus ovejas a salvo en el establo y les gustaría olvidar su pasado. No encuentran nada malo en el hecho de que Europa esté dividida entre los que tienen y los que no tienen. No tienen idea de que los que no tienen pueden no estar contentos con la situación. Nunca pensarían siquiera en cambiar la forma en que son las cosas. El mundo es como Dios lo quiere. Él ordenó que los ingleses lo tuvieran todo y que los demás pueblos del mundo fueran pobres y, por lo tanto, dependientes de los ingleses. Londres tiene un periódico que es prototípicamente inglés. Se llama "The Times". En general es muy refinado y serio y sólo rara vez lanza insultos. Es extraordinariamente moralista y cree que su tarea dada por Dios es lanzar reprimendas políticas al resto del mundo. Se cree llamado a comentar todo lo que sucede en el mundo y encarna la típica noción inglesa de cómo deberían ser las cosas. Lo curioso es que a veces los ingleses realmente creen lo que dicen.

Saben ser tan insolentes y descaradamente engañosos que uno no sabe qué decir. Se aferran a sus mentiras con tanta fuerza, incluso cuando se demuestra que son falsas, que quien no entienda su mentalidad podría fácilmente creer que han caído en sus propias mentiras. No es así. Es sólo una prueba de la notable disciplina nacional que mantiene la prensa inglesa, a pesar de todo lo que se habla de la libertad de opinión. Sin embargo, en este momento la prensa inglesa ha ido realmente demasiado lejos. Nadie más la cree ya. En toda Europa, la gente guiña el ojo cuando los ingleses empiezan a hablar de cuestiones políticas difíciles. Invitan a la gente a las oraciones de la mañana y de la tarde, donde esperan hacer algún pequeño negocio político o negociar ganado. Si lucharan por su existencia nacional, sin duda utilizarían todos los medios a su disposición. Sin embargo, siempre han pensado que es mejor luchar hasta el último francés, ruso o estadounidense. Un ejemplo de la profundidad de las mentiras de Londres es la reciente historia sobre un supuesto ultimátum alemán a Rumania. Londres inventó todo el asunto para levantar a la opinión pública mundial contra el Reich. Tanto Berlín como Bucarest lo negaron de inmediato en los términos más enérgicos.

Pero los ingleses ciertamente no parecían pecadores que hubieran sido descubiertos. Al contrario, a pesar de las enérgicas negaciones, siguieron hablando del asunto como si no estuvieran seguros de si era cierto o no. Así son los ingleses ahora, siempre lo fueron y presumiblemente siempre lo serán. No tienen derecho a decirnos qué hacer. ¿Cómo hemos llegado a escuchar sus consejos morales? Cuando la discusión se centra en la moralidad política, lo mejor que puede hacer la prensa inglesa es mantenerse al margen. Durante las últimas semanas, los ingleses han estado transmitiendo las noticias en alemán. Lo hacen con habilidad, dando la impresión de amar la verdad y de tener una objetividad casi científica. Lo hacen con la esperanza de ganar oyentes en Alemania a los que puedan recurrir cuando las cosas se pongan difíciles. Entonces no serán tan objetivos como parecen ser ahora. Revivirán las viejas historias de atrocidades que utilizaron para levantar al mundo entero contra Alemania durante la Guerra Mundial. Ahora parecen sorprendidos de que la radio alemana haya comenzado a transmitir noticias en inglés. Pronto comenzarán a quejarse. No pueden imaginar que ninguna otra nación de Europa tenga los mismos derechos que ellos.

Su alarde moral de las últimas semanas mientras las tropas alemanas marchaban hacia Bohemia y Moravia es un ejemplo clásico de la mentalidad inglesa, pero con una excepción: el alarde moral ya no parece funcionar. En la actualidad, toda Europa se siente indignada por el hecho de que Inglaterra actúe como su tía moral, sentada en el sofá de su imperio, segura de su propia riqueza, quejándose de los demás. Europa ha cambiado desde la guerra. Las naciones pobres también son naciones jóvenes. Quieren vivir. Vivirán. El arzobispo de Canterbury no las detendrá. Han visto a través de los ricos. Inglaterra ya no puede desestimar las demandas de los desposeídos con frases piadosas. Su mimetismo ya no funcionará. Debería aconsejarse a John Bull que se quite la máscara para que Europa pueda ver lo que hay detrás de la niebla de frases que Inglaterra está utilizando para confundir a la opinión mundial. Su imperio se construyó mediante la guerra, la opresión, los campos de concentración, el hambre y la sangre. A los alemanes nos complace escuchar consejos morales, pero sólo de aquellos que tienen derecho a darlos. Inglaterra no tiene ese derecho. Cuando la gente habla de moralidad política, el Imperio debe permanecer en silencio. Tenemos un consejo amistoso para Londres: no grite tan fuerte. No

está solo. El mundo entero se ríe a carcajadas de las palabras piadosas sobre moralidad que dicen aquellos que apestan a sangre.

Joseph Goebbels - niños con las manos cortadas.

24 de junio de 1939

Los ingleses son conocidos en todo el mundo por su falta de escrúpulos políticos. Son expertos en el arte de ocultar sus fechorías tras una fachada de virtud. Lo han hecho durante siglos y se ha convertido en parte de su naturaleza, de modo que ya casi no lo notan. Actúan con una expresión tan piadosa y una seriedad tan mortal que incluso se convencen de que son el ejemplo de la virtud política. No admiten su hipocresía ante sí mismos. Nunca ocurre que un inglés le diga a otro con un guiño o una sonrisa: "No queremos engañarnos, ¿verdad?". No sólo se comportan como si fueran el modelo de piedad y virtud, sino que realmente lo creen. Esto es divertido y peligroso a la vez. Hay que estar alerta cuando se trata con ellos. Consiguieron conquistar el mundo porque nunca encontraron un oponente digno. En los últimos tres siglos, los alemanes a menudo tuvimos una fuerza comparable en Europa, pero generalmente fuimos muy inferiores a la hora de aprovechar las oportunidades nacionales e internacionales. Los ingleses tenían una confianza inquebrantable en su creencia de que la dominación mundial de Gran Bretaña era una señal de la providencia divina. Aquellos que intentaron resistirse o defenderse contra el imperio fueron reprimidos sin piedad, recurriendo a algún golpe bajo cuando era necesario. Los ingleses siempre hablaban de su nobleza y sentido del juego limpio, pero eran todo lo contrario cuando las circunstancias lo exigían.

Vimos pruebas suficientes de ello al final de la guerra y en los años de 1919 a 1933. En cambio, los alemanes sólo somos un pueblo político desde hace algunos años. Inglaterra reconoce este cambio como un gran peligro político en Europa. Antes de la guerra todo era completamente distinto. Inglaterra podía hacer con Alemania lo que quisiera. Éramos un pueblo inofensivo que se dedicaba a lo suyo, que ofrecía al mundo sus poetas, músicos y filósofos, sin darse cuenta de que había otras naciones esperando la oportunidad de destrozarnos. Inglaterra estaba en el centro de todo. Encontró la ocasión, el método y los resultados. La guerra cogió a Alemania totalmente por sorpresa, lo que demostró que no la habíamos deseado. Entonces Inglaterra se puso en marcha. La propaganda inglesa puso al mundo entero en contra nuestra. Nadie los hubiera creído capaces de hacerlo. Los expertos encontraron brillante su planificación y ejecución. La propaganda inglesa se limitaba a unos pocos eslóganes poderosos que, con una depravación diabólica, se difundían sistemáticamente por todo el mundo y se metían en los cerebros de millones de personas. Al final, eran víctimas indefensas de la hipnosis de masas. En realidad, los ingleses sólo difundieron unos pocos eslóganes por todo el mundo.

Hablaban de niños a los que les cortaban las manos, les sacaban los ojos, violaban a las mujeres y torturaban a los ancianos. Largos años de campaña de propaganda antialemana convencieron al mundo entero de que Alemania era una nación de bárbaros, incivilizada e inhumana, y que era obligación moral y cultural del resto de la Tierra destruir a Alemania y quebrantar su poder. Sólo entonces el mundo podría conocer la paz y la amistad. Eso hizo que fuera fácil para el resto del mundo unirse a Inglaterra en la lucha contra Alemania. Nosotros, los alemanes, no teníamos idea de cómo responder. Observamos la campaña inglesa con honesta estupidez. El buen ciudadano alemán sacudió la cabeza y se preguntó cómo alguien podía mentir de esa manera. Sufrimos las consecuencias al final de la guerra. Durante los últimos meses de la guerra, Inglaterra intentó inculcar en las mentes de la población alemana la idea de que estaba luchando contra nuestro gobierno, no contra nosotros. Los ingleses no querían dañar al pueblo alemán, decía su propaganda de guerra. El Káiser tenía que irse. Entonces las naciones europeas podrían poner fin a la guerra. El presidente estadounidense Wilson proclamó sus conocidos Catorce Puntos. En resumen, anunciaron que los aliados no querían imponer la paz a los alemanes, que ninguno de

los países en guerra tendría que pagar reparaciones, ni sufrir daños de ningún tipo, ni perder honor nacional o territorio. La única exigencia de los aliados era reemplazar al Káiser por una república, después de lo cual seguiría la paz con honor para todos. Estas estúpidas mentiras fueron elaboradas por los ingleses. Wilson era simplemente el altavoz del Ministerio de Asuntos Exteriores. Y la buena y vieja Alemania creyó lo que Inglaterra hizo decir a los estadounidenses. Caímos en la trampa. Hicimos todo lo que Inglaterra quería y tuvimos que pagar la factura al final. Cuando en noviembre de 1918 las noticias de la revolución alemana llegaron a Londres, apenas podían creerlo. Incluso los círculos más altos lo dudaban. Uno de los principales hombres ingleses de la época dijo más tarde en privado que Londres no había creído posible que el pueblo alemán cayera en la estafa. Los resultados fueron catastróficos. Alemania fue despojada de su honor y de su tierra. Nos desarmaron y nos robaron nuestra flota mercante, nuestra marina, y nuestras colonias. Nos impusieron una carga imposible de pagar en concepto de reparaciones. Su único propósito era arruinar la economía alemana. Aun así, tuvo un buen resultado. Le enseñó algo al pueblo alemán. Por un lado, Alemania se empobreció, pero se allanó el camino para el renacimiento Nacional Socialista.

Su batalla se dirigió contra el Tratado de Versalles, así como contra quienes se beneficiaron de él tanto en el país como en el extranjero. El Nacional Socialismo ha transformado y educado a Alemania, que se ha unido a las grandes potencias y es una nación completamente distinta a la de 1914 y, sobre todo, a la de 1918. El pueblo alemán se ha vuelto político. Si hoy fuera como antes, correría el riesgo de caer en otra estafa inglesa, como la de la guerra. Inglaterra intenta hacer hoy exactamente lo mismo que hizo con tanto éxito durante la guerra. La estafa de Inglaterra de hoy es tan flagrante, sucia y descarada como lo fue entonces. Piensan que somos tan tontos hoy como lo éramos entonces. Los hombres de Londres piensan que el pueblo alemán de hoy es tan tonto como pensaron con razón que lo éramos en 1914 y 1918. Ése es su error. Hoy los periódicos ingleses escriben abiertamente que la propaganda inglesa tiene como objetivo abrir una brecha entre el pueblo alemán y sus dirigentes. Pero nosotros lo oímos tan claramente como ellos y el pueblo alemán saca la conclusión correcta. ¡Ése es el objetivo de la propaganda inglesa! Quieren dividir a Hitler y a la nación. Naturalmente, encuentran argumentos hipócritas y melosos, como en tiempos del Káiser. Dicen que Alemania debe volver al campo de las naciones civilizadas. ¿Ah, sí? ¿Al círculo de naciones civilizadas que hemos conocido durante los últimos 25 años?

Esas naciones civilizadas que, incluso después del final de la guerra, permitieron que millones de madres y niños murieran de hambre, que enviaron negros para llevar la cultura al Rin, que fusilaron a Schlageter, robaron nuestras colonias, explotaron a Alemania y rompieron fría y cínicamente sus promesas más solemnes hacia nosotros, las promesas con las que el pueblo alemán había sido engañado. En aquel entonces era fácil engañar a Alemania. Hoy, los alemanes reaccionamos de otra manera. Y ahora tenemos formas de defendernos de las mentiras de Londres, una vez que la máquina de propaganda inglesa se pone en marcha. Inunda al público con un susto tras otro, difundiendo innumerables mentiras con la expresión más piadosa. Informan de rebeliones de soldados alemanes, insurrecciones y huelgas en los barrios obreros, crecientes conflictos entre clases, anarquía en el Protectorado. Simpatizan con un pequeño círculo de clérigos de la oposición y hacen de la causa de unos pocos intelectuales quejosos la causa de Inglaterra y de todo el mundo civilizado. Esto ya no funciona. Nuestro pueblo ha sido educado en la escuela del Nacional Socialismo. Ya no aceptamos ingenuamente la desvergüenza de Inglaterra.

Nos defendemos, incluso contraatacamos como es costumbre Nacional Socialista. ¡Y cómo! Nuestro contraataque es poderoso y da en el blanco. Cuando nos arrojan barro, no nos quedamos treinta metros atrás y blandimos nuestra pequeña espada. Hemos desarrollado una piel gruesa. No somos estetas refinados que se ponen nerviosos en medio de disputas políticas. Eso molesta al enemigo. Los propagandistas ingleses experimentados ven por primera vez a un oponente frente a ellos del que antes no creían que tuvieran que preocuparse. Están siendo superados en un área en la que una vez fueron los maestros indiscutibles. El movimiento Nacional Socialista ha enseñado a la nación alemana no sólo a defenderse de la propaganda, sino a utilizarla. Nosotros los alemanes sabemos algo sobre propaganda. Durante nuestra lucha por el poder, nuestros enemigos tenían el poder absoluto, pero los derribamos. Hoy no estamos tan indefensos como antes. Hoy tenemos el ejército más poderoso del mundo. Defendemos una idea que nos llena de santa convicción y manejamos una propaganda que da en el blanco, que está

experimentada y endurecida por la batalla. Usamos esta arma espiritual con placer y entusiasmo. La nueva versión de la acusación de cortar las manos de los niños ya no funcionará con el pueblo alemán, ni persuadirá a la mayoría del resto del mundo. La gente ve a través de John Bull. La gente del mundo sabe lo que está sucediendo. Inglaterra puede buscar aliados donde quiera, pero no los encontrará en Alemania. Allí no encontrará nada más que risas atronadoras. Nuestro consejo a los expertos en propaganda del Ministerio de Asuntos Exteriores es que se deshagan de sus viejas mentiras y encuentren otras mejores que valga la pena enfrentar. Si los ingleses quieren luchar con Alemania, no lucharán contra el Führer o un pequeño círculo gobernante, sino contra una nación unida de 80 millones de alemanes. Tal vez quieran encontrar una solución que no sea el conflicto armado, que no tendría ninguna perspectiva de éxito y, de hecho, plantearía a Inglaterra el peligro real de perder su imperio. A Londres se le hace un favor alentándolo a ser realista, a tener una comprensión clara de Alemania y a dejar de lado las grandilocuencias y las amenazas vacías. Debe enfrentarse a los hechos duros e inmutables.

Joseph Goebbels - la culpa de Inglaterra.

1939

Es un error garrafal pensar que los plutócratas ingleses se metieron en la guerra contra su voluntad o incluso contra sus intenciones. Lo cierto es lo contrario. Los belicistas ingleses querían la guerra y utilizaron todos los recursos a su disposición a lo largo de los años para provocarla. Seguramente no les sorprendió la guerra. La plutocracia inglesa no tenía otro objetivo que el de desatar la guerra contra Alemania en el momento oportuno, y esto desde que Alemania comenzó a aspirar a ser de nuevo una potencia mundial. Polonia tuvo poco que ver con el estallido de la guerra entre el Reich e Inglaterra. Fue sólo un medio para un fin. Inglaterra no apoyó al gobierno polaco por principios o por razones humanitarias. Esto se desprende del hecho de que Inglaterra no prestó a Polonia ninguna ayuda de ningún tipo cuando comenzó la guerra. Inglaterra tampoco tomó ninguna medida contra Rusia. De hecho, todo lo contrario. La camarilla beligerante de Londres ha intentado hasta el día de hoy involucrar a Rusia en la campaña de agresión contra Alemania. El cerco de Alemania mucho antes del estallido de la guerra era una política tradicional inglesa.

Desde el principio, Inglaterra siempre ha dirigido su principal poderío militar contra Alemania. Nunca pudo tolerar un Reich fuerte en el continente. Justificó su política afirmando que quería mantener un equilibrio de fuerzas en Europa. Hoy hay otra razón más. Los belicistas ingleses la ocultan. Es burdamente egoísta. El primer ministro inglés anunció el día que comenzó la guerra que el objetivo de Inglaterra era destruir el hitlerismo. Sin embargo, definió el hitlerismo de una manera diferente a la que realmente lo ve la plutocracia inglesa. Los belicistas ingleses afirman que el Nacional Socialismo quiere conquistar el mundo. Ninguna nación está a salvo de la agresión alemana. Hay que poner fin a la sed de poder alemana. El límite llegó en el conflicto con Polonia. En realidad, sin embargo, hay otra razón para la guerra de Inglaterra con Alemania. Los belicistas ingleses no pueden afirmar seriamente que Alemania quiere conquistar el mundo, en particular en vista del hecho de que Inglaterra controla casi dos tercios del mundo. Y Alemania desde 1933 nunca ha amenazado los intereses ingleses. Por lo tanto, cuando Chamberlain dice que Inglaterra quiere destruir al hitlerismo en esta guerra, en un sentido se equivoca. Pero en otro sentido, está diciendo la verdad. Inglaterra sí quiere destruir al hitlerismo. Ve al hitlerismo como el estado interno actual del Reich, que es una espina en el ojo de la plutocracia inglesa. Inglaterra es una democracia capitalista. Alemania es un estado popular socialista. Y no es el caso de que pensemos que Inglaterra es el país más rico de la Tierra.

Hay lores y hombres de la City en Inglaterra que son de hecho los hombres más ricos de la Tierra. Pero las grandes masas ven poco de esta riqueza. En Inglaterra vemos un ejército de millones de personas empobrecidas, socialmente esclavizadas y oprimidas. El trabajo infantil sigue siendo algo normal allí. Sólo han oído hablar de programas de bienestar social. El Parlamento discute ocasionalmente la legislación social. En ningún otro lugar hay una desigualdad tan terrible y horrorosa como en los barrios bajos ingleses. Las personas de buena educación no se dan cuenta de ello. Si alguien habla de ello en público, la prensa, que sirve a la democracia plutocrática, lo tacha rápidamente de la peor clase de bribón. No dudan en introducir cambios importantes en la Constitución si son necesarios para preservar la democracia capitalista. La democracia capitalista sufre de todas las posibles enfermedades sociales modernas. Los lores y los habitantes de la City pueden seguir siendo los más ricos de la Tierra sólo porque mantienen constantemente su riqueza explotando sus colonias y manteniendo una pobreza increíble en su propio país. Alemania, por el contrario, ha basado su política interior en principios sociales nuevos y modernos. Por eso es un peligro para la plutocracia inglesa. Por eso también los

capitalistas ingleses quieren destruir el hitlerismo. Para ellos, el hitlerismo son todas las generosas reformas sociales que se han producido en Alemania desde 1933. Los plutócratas ingleses temen, con razón, que las cosas buenas sean contagiosas y que puedan poner en peligro al capitalismo inglés. Por eso Inglaterra declaró la guerra a Alemania. Como estaba acostumbrada a dejar que otros lucharan por sus guerras, miró hacia el continente europeo para encontrar a quienes estuvieran dispuestos a luchar por los intereses de Inglaterra. Francia estaba dispuesta a asumir esa degradante tarea, ya que la misma clase de gente gobernaba Francia. Ellos también estaban dispuestos a la guerra por razones egoístas. La democracia de Europa occidental es en realidad sólo una plutocracia de Europa occidental que gobierna el mundo. Declaró la guerra al socialismo alemán porque ponía en peligro sus intereses capitalistas. En 1914 se produjo un drama similar. Inglaterra tuvo más suerte durante esos cuatro años y medio que hoy. Las naciones de Europa no tuvieron la oportunidad de ver lo que estaba sucediendo. Las naciones de Europa hoy no tienen ningún deseo de desempeñar el mismo papel que desempeñaron durante la Guerra Mundial. Inglaterra y Francia están solas.

Aun así, Inglaterra está tratando una vez más de hacer la guerra sin hacer ningún sacrificio personal. El objetivo es bloquear a Alemania, para someterla gradualmente por hambre. Esa es una política inglesa que viene desde hace mucho tiempo. La utilizaron con éxito en las guerras napoleónicas y también durante la Guerra Mundial. Funcionaría también ahora, si el pueblo alemán no hubiera sido educado por el Nacional Socialismo. El Nacional Socialismo es inmune a las tentaciones inglesas. Las mentiras de la propaganda inglesa ya no funcionan en Alemania. Poco a poco han perdido su eficacia también en el resto del mundo, ya que la propaganda alemana hoy llega mucho más allá de sus fronteras. Esta vez, la plutocracia inglesa no logrará abrir una brecha entre el pueblo alemán y sus líderes, aunque ese sea su objetivo. La nación alemana no sólo defiende hoy su honor y su independencia, sino también los grandes logros sociales que ha alcanzado con su trabajo duro e incansable desde 1933. Es un Estado popular construido sobre la base de la justicia y el buen sentido económico. En el pasado, Inglaterra siempre tuvo la ventaja de enfrentarse a una Alemania fragmentada.

Es natural que hoy la plutocracia inglesa busque dividir al pueblo alemán y prepararlo para un nuevo colapso. La propaganda mentirosa inglesa ya no puede llamar a las cosas por su nombre. Por eso afirma que no está luchando contra el pueblo alemán, sino sólo contra el hitlerismo. Pero conocemos esta vieja canción. En Sudáfrica, Inglaterra no luchaba contra los bóers, sino sólo contra el krugerismo. En la Guerra Mundial, Inglaterra quería destruir al kaiserismo, no al pueblo alemán. Pero eso no impidió que la plutocracia inglesa reprimiera brutal e implacablemente a los bóers después de esa guerra o a los alemanes después de nuestra derrota. Si un niño se quema una vez, la siguiente tiene más cuidado. El pueblo alemán fue víctima en su día de la propaganda de guerra inglesa mentirosa. Ahora entiende la situación. Hace tiempo que entiende el trasfondo de esta guerra. El capitalismo plutocrático inglés sabe que detrás de todas las bellas palabras se esconde el objetivo de destruir los logros sociales de Alemania. Defendemos el socialismo que hemos construido en Alemania desde 1933 con todos los medios militares, económicos y espirituales a nuestra disposición.

Las descaradas mentiras inglesas no tienen ningún impacto en el pueblo alemán. La plutocracia inglesa finalmente se ve obligada a defenderse. En el pasado, siempre encontró otras naciones que luchaban por ella. Esta vez, el pueblo inglés debe arriesgar su cuello por los señores y los hombres de la City. Se encontrará con un pueblo alemán unificado de trabajadores, campesinos y soldados que están dispuestos a defender su nación con todos los medios a su disposición. No queríamos la guerra. Inglaterra nos la infligió. La plutocracia inglesa nos la impuso. Inglaterra es responsable de la guerra y tendrá que pagar por ella. Hoy el mundo entero está despertando. Ya no puede ser gobernado por los métodos capitalistas del siglo XIX. Los pueblos han madurado. Un día darán un golpe terrible a los plutócratas capitalistas que son la causa de su miseria. No es casualidad que el Nacional Socialismo tenga la tarea histórica de llevar a cabo este ajuste de cuentas. La plutocracia se está derrumbando intelectualmente, espiritualmente y, en un futuro no muy lejano, militarmente. Estamos actuando en consonancia con las palabras de Nietzsche: “Dad un empujón a lo que se está cayendo”.

Joseph Goebbels - una época única.

23 de mayo de 1940

La historia no se repite. Como todo lo que es creativo, su imaginación y sus posibilidades son inagotables. Sin embargo, siempre sigue leyes eternamente válidas. Como esas leyes son ignoradas o violadas de la misma manera o de manera similar por naciones o pueblos, aparentemente conducen a situaciones o resultados similares. Por lo tanto, es totalmente erróneo comparar esta guerra con la Guerra Mundial o buscar paralelos en sus fases. La época en que vivimos y esta guerra son únicas en su naturaleza y conducta, sin paralelo en la historia. Quien intente evaluarlas según los criterios del pasado corre el riesgo de cometer los peores errores políticos y militares. Incluso nuestra situación nacional, y toda la internacional, es completamente diferente a la de 1914. Debido a la estéril política exterior de la época, nos vimos obligados a una guerra en dos frentes con cargas militares intolerables. Además, nuestro pueblo no estaba psicológicamente preparado para la guerra. El pueblo no tenía idea de por qué luchaba y el gobierno no hizo nada para hacerle saber cuál era la situación y cuál sería el futuro. El gobierno alemán desaprovechó todas las oportunidades diplomáticas para frenar los planes de Londres de cercar a la nación.

Prácticamente le dio sus mejores bazas al enemigo. Al principio de la guerra, sólo estaba preparado para las circunstancias más favorables y, por ello, se vio sorprendido por acontecimientos desfavorables. Antes había habido oportunidades mucho mejores y más prometedoras de librar la guerra que ahora se había vuelto inevitable. Fueron sorprendidos en el peor momento posible y luego declararon la guerra, lo que iba a tener una importancia psicológica decisiva. Hoy, la situación es la contraria. La brillante habilidad política del Führer logró, mediante incansables esfuerzos diplomáticos, destruir los intentos de cercar a la nación, ya fuera por adelantado o por medios militares. Se destruyeron las falsas declaraciones de neutralidad, destinadas únicamente a proporcionar una ruta de marcha hacia Alemania, y se evitó una peligrosa guerra en dos frentes. Alemania está segura en esta batalla del destino. Y nuestra guerra psicológica se está librando con mucho éxito, no sólo en casa, sino también en el resto del mundo. La nación sabe exactamente lo que está en juego. Sabe lo que está haciendo, es plenamente consciente de lo que sucedería si perdiera la guerra y conoce las oportunidades que tendrá si gana. Se están utilizando todos los recursos imaginables en esta gigantesca lucha. El oponente perdió una carta de triunfo tras otra, incluso antes de que comenzara la guerra. El Führer se preparó para este conflicto histórico con cuidado y previsión, planeando para lo peor y, por lo tanto, preparándose para lo mejor.

Y en la hora crítica, las plutocracias occidentales declararon la guerra, poniéndose claramente en una posición equivocada. Durante la Guerra Mundial, nos enfrentamos a un bloqueo mortal. Alemania se había preparado sólo militarmente, y eso de una manera inadecuada. Estaba indefensa contra un bloqueo. No tenía práctica ni experiencia, y por eso no tomó ninguna medida o las tomó tan tarde que hicieron más mal que bien. El sistema de racionamiento era corrupto, lo que supuso una pesada carga psicológica para la gente y también hizo imposible la aplicación consecuente de las medidas económicas necesarias. Por eso no es sorprendente que el Reich sucumbiera a sus enemigos en este terreno en noviembre de 1918. Hoy nuestra situación no se parece en nada a la situación anterior. Es cierto que la plutocracia anglo-francesa intentó de nuevo utilizar los viejos métodos de cerco económico contra el Reich, pero estos métodos han perdido su eficacia. Nos preparamos para un bloqueo. Conocíamos sus efectos mortales por la Guerra Mundial, por lo que hicimos todo lo posible para estar listos para ello. Estamos preparados económicamente para hacer la guerra. Las experiencias de la Guerra Mundial fueron

útiles. Nuestros enemigos se burlaron de nuestro Plan de Cuatro Años, pero nos preparó para sobrevivir incluso al bloqueo más estricto. El Reich aseguró sus recursos económicos y agrícolas con tan buen tiempo que estamos a salvo de cualquier sorpresa desagradable. La corrupción es imposible debido a las sanciones más severas. El Reich dispone de suficientes reservas de materias primas para luchar durante el tiempo que sea necesario. En el plano militar, entramos en la guerra mundial sin aprovechar al máximo nuestros enormes recursos de población. Éramos entonces la potencia militar más fuerte del mundo, pero no pudimos resistir el ataque del mundo entero. La tragedia de las primeras semanas históricas de la gigantesca batalla fue que carecíamos de las divisiones en nuestro flanco derecho que estaba en peligro, divisiones que podríamos haber tenido. Todas las medidas posteriores no ayudaron. Hoy en día, el ejército alemán cuenta con el equipamiento técnico más moderno imaginable. La población alemana está siendo utilizada al máximo. Por lo tanto, el ejército alemán está preparado para cualquier ofensiva. Todo se desarrolla según lo planeado, según un sistema firme. Los logros de nuestro ejército están más allá de todo elogio.

Son admirados por todo el mundo. En 1914 estábamos psicológicamente a la defensiva. El Reich veía la guerra desde la perspectiva de la clase media, sin darse cuenta de que nos enfrentábamos a un mundo de enemigos que estaban decididos a utilizar todos los métodos de mentira e incitación. La dirección alemana no tenía experiencia en la batalla por la opinión pública. No tenía ni la menor idea del dinamismo del pueblo. Se conformaba con fuertes gritos de patriotismo en lugar de una confianza real o una actitud espiritual soberana, que son las únicas que conducen a la victoria. Nos enfrentábamos a enemigos internacionales llenos de odio, traidores y calumniadores que sabían cómo hacer quedar mal a la dirección del Reich en todos los asuntos. ¡Qué diferente es nuestra situación esta vez! Aquí, también, Alemania está claramente al ataque. Sabe cómo utilizar el arma de la verdad con seguridad soberana. Su política informativa es rápida, practicada, clara y poderosa. Está preparada hasta el último detalle para lidiar con la opinión pública en casa y en el mundo. La nación alemana no entró en esta guerra con el entusiasmo momentáneo de una hoguera, sino que el pueblo alemán está luchando con claridad y determinación.

Por eso ya no es posible utilizar las historias de atrocidades internacionales que tan extraordinariamente peligrosas fueron para el Reich durante la Guerra Mundial. Y el ejército alemán tiene hoy el aura mágica de la invencibilidad y de una revolución gloriosa, lo cual es de enorme importancia. Es cierto que el mundo todavía oscila entre el odio ilimitado y la admiración ilimitada en su evaluación de este llamado milagro alemán. Pero en realidad no fue un milagro. Guiado por la mano de un genio de grandeza histórica, el sistema Nacional Socialista ha triunfado. La influencia inspiradora de este hombre ha despertado el espíritu de un nuevo ideal a partir de las viejas virtudes alemanas: la precisión de pensamiento y trabajo, el fanatismo de la preparación sistemática, la disposición al sacrificio, la mayor inteligencia unida a la imaginación y la inventiva, el conocimiento soberano, el entusiasmo ilimitado por parte de todo el pueblo, un espíritu juvenil de ataque; en resumen, la capacidad de hacer de la miseria alemana que nos imponen nuestros enemigos una virtud brillante. ¿Qué es lo que desde el principio ha garantizado el éxito del ejército alemán en todos los campos de batalla de esta guerra? Por primera vez en la historia, el genio creador alemán se ha liberado de todas las restricciones burocráticas y dinásticas y goza de plena libertad. Alemania siempre ha sido tan fuerte como lo es hoy, pero no lo sabía.

Nunca antes en su historia fue capaz de disciplinarse, de utilizar toda su fuerza y de desarrollar una estructura de gobierno que le permitiera aprovechar al máximo sus posibilidades políticas y militares. Esta es otra razón por la que la comparación con 1914 es completamente errónea. El pueblo alemán resistió durante cuatro años sólo porque su fuerza interior era tan grande que sobrevivió a todas las debilidades y fracasos de su gobierno. Hoy es diferente. El pueblo alemán puede utilizar plenamente sus reservas nacionales de fuerza. Lo que triunfa hoy es un sistema preparado en 14 años de lucha y en siete años de trabajo práctico. Un genio político y militar brillante le dio su espíritu creador y ahora puede vivir de su propia fuerza. Para los extranjeros es muy fácil atribuir nuestros éxitos políticos y militares a una suerte improbable. Es la suerte que, como dijo una vez Moltke, sólo tienen los virtuosos a largo plazo. Por tanto, en esta guerra no nos enfrentamos a acontecimientos políticos o militares realmente graves. Nuestros enemigos pueden verse obligados a imitar nuestros métodos, que tanto odian. En el campo enemigo se suele decir que sólo se puede combatir al Nacional Socialismo con métodos Nacional Socialistas o similares.

Sin embargo, sabemos muy bien cuánto sudor, cuánto trabajo, cuánta experiencia y, sobre todo, cuánto tiempo se necesitan para lograr incluso los primeros éxitos. Hoy el campo enemigo grita: "¡Armas, armas! ¡Más aviones, más tanques!". ¡Ciegos tontos! Hemos empleado toda nuestra energía, con un ritmo nacional sin igual, sacrificando la comodidad y la tranquilidad de nuestro pueblo para alcanzar nuestros objetivos. En los siete años que hemos sacrificado para construir nuestro ejército, los extranjeros se han burlado de nuestro lema: "¡Primero las armas, luego la mantequilla!". Hoy está claro que no se puede vencer a los cañones con mantequilla, pero sí que los cañones pueden vencer a la mantequilla. Desde el punto de vista actual, nos hicieron un favor en 1918 al quitarnos nuestras viejas armas. Tuvimos que construir nuestro ejército alemán desde cero para que no sólo fuera el ejército más grande, sino también el más moderno del mundo. No escatimamos gastos, ningún sacrificio, ningún esfuerzo, para asegurarnos de que si llegaba la guerra, pudiéramos ganarla, o de lo contrario perderíamos nuestra vida como nación. El señor Churchill y el señor Reynaud no podrán persuadir al mundo de que Francia e Inglaterra pueden recuperarse de los primeros golpes terribles que han recibido. Los paralelos que sus periódicos trazan con 1914 -paralelismos que muestran su ansiedad y mala conciencia- son completamente erróneos.

En 1914, teníamos verdaderas debilidades en nuestras defensas nacionales que nuestros enemigos podían explotar. Hoy eso ya no es así. Nuestros enemigos están llamando a generales retirados de entre 70 y 80 años, con la esperanza de que puedan proporcionar un segundo "milagro en el Marne". Podemos decirles que la historia no se repite. Es demasiado esperar que después de agitar, amenazar y aterrorizar al mundo durante años, puedan vencer a su enemigo mediante un milagro inmerecido. Los milagros también tienen que ganarse. La plutocracia no tiene forma de escapar hoy. Está atrapada. Comenzó esta guerra confiada en que podría librarla sin derramamiento de sangre, utilizando solo el bloqueo económico. Ahora se enfrenta a la dura necesidad de tener que luchar. Gracias a Dios, no nos han dejado ninguna duda sobre lo que nos harían si perdiéramos: profetizan la disolución, el desmembramiento y la destrucción de nuestro Reich y nuestra nación. Todos los alemanes lo saben. Tuvimos tiempo suficiente para reflexionar sobre ello durante los largos y duros meses de invierno, todos nosotros, soldados, agricultores y trabajadores alemanes. Los señores de las plutocracias occidentales ahora tienen que luchar contra estos soldados. Nuestros campesinos cultivan el pan diario para estos soldados y los trabajadores detrás del frente forjan sus armas. Todos saben que en estos días, semanas y meses se decidirá el destino de Alemania para los próximos mil años. Son profundamente conscientes de que viven en una época única. Quieren demostrar que están a la altura de ella, demostrando así que también ellos son un pueblo único.

Joseph Goebbels - oportunidades perdidas.

2 de junio de 1940

En Alemania se dice que el Führer siempre tiene razón. En el extranjero se dice que siempre tiene suerte. Esto es sólo parcialmente cierto. El Führer se ha ganado su suerte. Le facilita al destino que lo ayude. Actúa según el principio de que en política hay que estar siempre dispuesto a aprovechar cualquier oportunidad. No hay nada más despreciable que un estadista que no sabe aprovechar una oportunidad. Los enemigos del Führer prácticamente caen en sus manos. Esto es una prueba de que el destino los ha elegido para derrumbarse. Un mundo cansado y exhausto decae no sólo por sus debilidades, sino sobre todo por sus errores, sus ilusiones, su sentido defectuoso de la realidad y sus oportunidades perdidas. Esto confirma la verdad del proverbio: "Dios ciega a aquellos a quienes quiere castigar". Toda la historia del Nacional Socialismo y sus enemigos es una prueba más. El 14 de septiembre de 1930, por ejemplo, el Führer obtuvo su primera gran victoria electoral. El NSDAP obtuvo 107 escaños en el Reichstag alemán. La república democrática se enfrentaba a dos opciones: reconocer al Führer o destruirlo. La primera hubiera sido razonable y lógica, la segunda difícil pero no imposible. La república no hizo ni lo uno ni lo otro. Observaron cómo sucedían las cosas como un conejo observa a una serpiente, entregándose a su destino.

Sólo cuando ya era demasiado tarde, fundaron el Frente de Hierro. Sólo cuando el movimiento Nacional Socialista era demasiado grande para ser detenido por la fuerza, la república intentó ese medio, y sólo cuando él era el hombre del momento se dignó a tomarlo en serio. La última oportunidad llegó el 13 de agosto de 1932. Una vez más la desaprovecharon y le dieron al Führer el tiempo que necesitaba para preparar la victoria final del Nacional Socialismo sobre la resistencia parlamentaria. Esta oportunidad perdida le costó la vida a la república democrática. La historia se repitió en el escenario internacional después de la toma del poder. El día correcto para que Francia y Alemania se enfrentaran al movimiento Nacional Socialista y al estado Nacional Socialista resultante hubiera sido el 30 de enero de 1933, o el 31 de enero a más tardar. Los plutócratas de Europa occidental tenían dos opciones: o bien destruir esta nueva Alemania de inmediato, o bien buscar una paz duradera con ella. La primera opción era todavía posible en ese momento, la segunda hubiera exigido algunos sacrificios, pero nada demasiado caro. También hubiera sido razonable y lógica. Ninguna de las dos opciones ocurrió. Una vez más, el enemigo cayó en ilusiones que no perjudicaron a Alemania, pero privaron a sus enemigos de un sano juicio humano. Nuestra salida de la Sociedad de Naciones brindó a nuestros enemigos en el extranjero una nueva oportunidad, aunque más difícil.

O bien debían haber declarado la guerra o haber firmado la paz. Una vez más, no hicieron ninguna de las dos cosas. Una vez más, estaban hipnotizados como el conejo frente a la serpiente. Esperaban una revolución alemana y estaban tan ciegos que ni siquiera se atrevieron a estudiar el movimiento Nacional Socialista, aunque sabían que quería cambiar todo el equilibrio de poder en Europa. Se quejaron de la introducción del servicio militar universal, pero no hicieron nada. Respondieron a la ocupación de Renania con amenazas vacías, pero no hicieron nada. Hubo un solo intento por parte del enemigo de encontrar una solución intermedia: el acuerdo naval con Inglaterra. Incluso eso fue neutralizado por la infame incitación a la guerra que vino de Londres, que destruyó cualquier posible efecto positivo de ese tratado. Schuschnigg, por ejemplo, tuvo la oportunidad de ser el salvador de Austria y el padre del Anschluss: el Führer le mostró cómo hacerlo. En cambio, perdió la oportunidad y dependió de la protección de Inglaterra. En el momento crítico, se quedó solo. Es casi tragicómico ver cómo los enemigos del Führer siempre toman la decisión equivocada. Benesch estaba en condiciones de resolver la

crisis desde el principio al otorgar una autonomía parcial a los alemanes de los Sudetes, lo que habría eliminado cualquier motivo para el ataque por parte del Reich. Esperó demasiado, hizo sus concesiones demasiado tarde y, como todos sus predecesores, tuvo que pagar por ello al final. Beck y Rydz-Smigly podrían haber llegado a un acuerdo con Alemania. Sólo necesitaban devolver Danzig al Reich y aceptar un pequeño corredor. Es difícil imaginar que una medida así hubiera podido salvar a Polonia hace un año. Pero los hombres de Varsovia lamentaron la situación y dependieron de Inglaterra, y el Estado polaco cayó en 18 días. Se puede decir que la historia está ahí para enseñarnos lecciones. Después de las experiencias de los últimos tres años, uno comienza a dudar de ello. Aquellos que se opusieron al movimiento Nacional Socialista o al Estado Nacional Socialista tenían la ambición de intentarlo ellos mismos, y cada uno pagó un alto precio. Ni siquiera nos referimos a los gritos ensordecedores de la propaganda enemiga, tan vergonzosamente estúpidos que consideramos que es indigno prestarles atención.

Pero el enemigo siempre ha tenido estadistas cuyo trabajo debería haber sido pensar con más claridad, considerar los hechos reales de la situación y evitar gastar su sabiduría sólo en artículos periodísticos bien pagados. Incluso en octubre del año pasado, y en el apogeo de sus triunfos militares en la campaña de Polonia, el Führer pronunció su famoso discurso en el Reichstag en el que ofreció a Londres y París una paz razonable y barata. ¿Qué clase de diablo estaba llevando a los plutócratas de Europa occidental a rechazar burlonamente su oferta en lugar de aceptarla con entusiasmo? Un periódico extranjero escribió hace unos días que si esta oferta se repitiera en su forma original, todos esos adinerados de Londres la aceptarían con entusiasmo. Pero si trabajaron por la guerra con todas sus fuerzas, ¿por qué al menos no se prepararon para ella también con todas sus fuerzas? La gente a menudo pregunta: ¿En qué piensan realmente Churchill, Chamberlain y Reynaud? Mi respuesta: En nada en absoluto. Están pensando tan poco como lo hicieron en su día Scheidemann, Braun y Brüning. Están poseídos por un complejo de superioridad tan orgulloso y arrogante que no creen que tengan que pensar en absoluto.

Si yo fuera inglés o francés, me preguntaría desesperadamente qué había hecho mi gobierno durante los cinco duros meses de invierno. La respuesta tiene que ser: nada en absoluto, aparte de encontrar victorias baratas sobre el papel, inventar mentiras y calumnias e instar a los odiados alemanes a iniciar una revolución. Esa revolución traería la derrota y la partición del Reich. Significaría el regreso de un gigoló político como Otto Habsburgo como rey de Austria, la pérdida del Rin y el Ruhr que irían para Francia, y Pommeria, Siliesia y Brandeburgo para Polonia. Los alemanes tendrían que estar contentos de comer sus comidas en cocinas de campaña francesas a punta de bayoneta. ¡Qué placer! Ahora nuestra ofensiva occidental estalla contra estos plutócratas. Dijeron a sus soldados que sólo tenían que esperar en la Línea Maginot y tender la ropa en la Línea Siefried. Ahora deben enviar a esos soldados a un combate duro y sangriento. Si uno creyera en los discursos que estos estadistas pronunciaron en el pasado, habría que pensar que estarían encantados con el estado de las cosas. Tienen la guerra que querían. Sin embargo, de repente se ponen a vociferar que los atacamos. Eso no es lo que querían. Estaban pensando en una guerra sin sangre en la que los soldados alemanes no lucharían, sino que las mujeres y los niños alemanes morirían de hambre.

Su plan se ha derrumbado de repente. Se sientan en sus iglesias y rezan. Invocan hipócritamente a Dios como su aliado y ruegan al resto del mundo que saque sus castañas del fuego y enfríe la sopa que han cocinado. Se quejan hipócritamente del destino que se han buscado y al mismo tiempo invitan a otros a unirse a ellos. ¿Qué se puede decir a estos atletas intelectuales y a sus proclamas absolutamente locas? No se cansan de llenar el aire con sus fuertes gritos de ayuda. Siguen siendo impúdicos, superiores, estúpidos y cobardes, pequeños comerciantes de la política, que fueron lo suficientemente tontos como para enfrentarse a un genio histórico que una vez dijo que no podía perdonar al destino que solo le diera como oponentes a personas insignificantes. ¿Queda alguien que pida la protección de Londres? Las negativas vienen de todas las direcciones de la brújula. ¿Y qué haremos con los viejos caballeros habladores de Londres y París que, como nuestros antiguos oponentes internos, perdieron todas las oportunidades y de repente comenzaron a hablar un poco más bajo? Lo mejor sería dejarlos en manos de su propio pueblo para que reciban su justa recompensa. Una vez que se den cuenta de la magnitud de la catástrofe que se avecina, sabrán qué hacer con los estadistas que han sido evaluados y encontrados deficientes. La historia los recordará como sepultureros de un mundo podrido y cansado. Solo hay que darle un empujón y se derrumbará.

Joseph Goebbels - la fábrica de mentiras de Churchill.

12 de enero de 1941

No tiene sentido discutir con Churchill sobre las pérdidas de los barcos ingleses o los daños causados por los ataques aéreos alemanes. Sigue la política británica, que se ha consagrado a lo largo del tiempo, de admitir sólo lo que es imposible negar y luego reducirlo a la mitad, duplicando o triplicando al mismo tiempo las pérdidas del enemigo. Esto equilibra las cuentas. Lo asombroso es que Churchill, un auténtico John Bull, se aferra a sus mentiras y, de hecho, las repite hasta que él mismo las cree. Se trata de un viejo truco inglés. Churchill no necesita perfeccionarlo, ya que es una de las tácticas familiares de la política británica, conocida por todo el mundo. Hicieron buen uso de ese truco durante la Guerra Mundial, con la diferencia de que la opinión mundial lo creyó entonces, lo que no se puede decir hoy. Esto se debe a que al final de la Guerra Mundial la plutocracia británica creía que Alemania nunca se recuperaría. En parte por indiferencia, pero también en parte por fanfarronería, cometieron el error de contarle al mundo los trucos que habían utilizado para derrotar al Reich. En las memorias escritas por estadistas británicos, en particular por Churchill, se puede ver que los plutócratas de Londres no tenían ningún problema en mentir a lo grande durante la guerra. Incluso estaban orgullosos de engañar a Alemania de una manera tan fácil e inteligente.

Revelaron sus métodos. Ya no son creíbles. Basta con referirse a la Guerra Mundial y observar que los mismos hombres que determinaron la política de noticias inglesa entre 1914 y 1918 lo hicieron, y todo se vuelve claro. Por supuesto, esto es bastante doloroso para los involucrados. Por regla general, no se deben revelar los propios secretos, ya que no se sabe si se los necesitará de nuevo ni cuándo. El secreto esencial del liderazgo inglés no depende de una inteligencia especial, sino de una cabezota notablemente estúpida. Los ingleses siguen el principio de que cuando se miente, hay que mentir a lo grande y ceñirse a ello. Mantienen sus mentiras, incluso a riesgo de parecer ridículos. Esto se aplica a los dramáticos acontecimientos que ahora tienen lugar en el mar y en el aire. A pesar de su propio conocimiento y de los hechos, el señor Churchill sigue diciendo que Inglaterra está en una buena posición, y no está en modo alguno influenciado por los hechos contrarios. La Real Fuerza Aérea ha pulverizado Hamburgo, ha destruido todas las estaciones de ferrocarril de Berlín y ha dejado la producción bélica alemana en ruinas, sin atacar nunca una clínica, un hospital, un orfanato, un asilo de ancianos o cualquier tipo de objetivo civil. La Luftwaffe alemana, por otro lado, nunca se ha interesado especialmente por objetivos militares o industriales. En cambio, se siente atraída magnéticamente por iglesias, escuelas, instituciones para niños sin hogar y hogares de trabajadores.

Les gustan especialmente las embajadas, los consulados o las empresas estadounidenses. Vuelan al azar sobre ciudades inglesas hasta que encuentran un objetivo, luego descienden en picado y lanzan sus bombas. Quieren empujar a los EE.UU a la guerra. Si por casualidad la Luftwaffe alemana logra bombardear una ciudad industrial como Cardiff, Reuters informa: "Aviones desconocidos atacaron esto o lo otro de alguna manera, en algún lugar. Los daños no están claros, pero no se alcanzaron objetivos militares ni industriales. Más detalles se darán a conocer más adelante". El público mundial puede esperar hasta que termine la guerra. Si la prensa neutral logra informar de los graves daños a pesar de la censura inglesa, el rey se pone manos a la obra para atacar los conductos lacrimales del mundo. Visita personalmente la ciudad dañada. Los trabajadores ingleses están allí para aplaudir con entusiasmo. Parece que no tienen nada mejor que hacer que plantar la Union Jack en medio de las ruinas aún humeantes, o bailar el Lambeth Walk en medio de los muros ennegrecidos y vitorear al rey mientras sigue su camino. Al parecer, esto continuará hasta que no quede una sola piedra en Inglaterra en pie y llegue el

momento largamente esperado para comenzar la gloriosa ofensiva inglesa contra el maldito diablo alemán. Todo esto conmueve a Su Majestad hasta el punto de que saca 200 libras del bolsillo del chaleco (unos 2000 marcos del Reich) y las pone en la caja de los pobres. La visita de Su Majestad termina con una visita a un puerto, donde el rey observa cómo se descarga un barco. Reuters anuncia con alegría que se trata de carne congelada estadounidense, lo que demuestra, en primer lugar, que el tráfico marítimo transatlántico funciona con normalidad y, en segundo lugar, que Su Majestad se encuentra en buenas condiciones físicas y mentales, a pesar de la gravedad de la situación. ¡Qué diferentes somos los alemanes! Si el Führer no habla, es una prueba de que está inseguro y no ve ninguna salida. Si habla, se puede concluir que la situación en el Reich es catastrófica y que la gente necesita desesperadamente tranquilidad. Si no habla de una victoria rápida, es porque no cree en ella. Si habla de ella, sólo está tratando de confundir al mundo. Si se reúne con el Duce, significa que hay una grieta en el Eje. Si no se reúne, es porque la grieta es demasiado profunda para repararla. Si visita a las tropas, está huyendo de la situación en su país. Si no lo hace, es, por supuesto, porque tiene miedo de los soldados. En Inglaterra, la gente da tres hurras cuando se reducen las raciones de grasa y carne. En Alemania, eso conduciría naturalmente a una revolución.

En Inglaterra, la nieve y el hielo aceleran el transporte de pasajeros y mercancías, pero en Alemania lo convierten en un caos total. Los métodos alemanes de guerra son despreciables y estúpidos, pero no hay que avergonzarse de imitarlos. Los métodos ingleses son ejemplares, humanos, liberales y avanzados, pero no funcionan, no tienen éxito y, por lo tanto, se abandonan discretamente. Cuando hace unos años anunciamos que preferíamos los cañones a la mantequilla, toda Inglaterra protestó. Pero ahora los ingleses se han comido la mantequilla, mientras que nosotros tenemos los cañones. Ahora tienen que seguir el mismo principio con el que construimos nuestro ejército, pero eso no cambia el hecho de que estos métodos son tontos, miopes, estrechos de miras y superficiales porque fueron inventados por el Nacional Socialismo. No tiene sentido hablar con los ingleses. Mientras Churchill esté al mando, John Bull ganará siempre. Qué lástima que siempre pierda la ofensiva. Hace poco, Churchill paseaba por las ruinas de la City de Londres después de un importante ataque de la Luftwaffe alemana. Naturalmente, Reuters informó de que el público le aplaudió enérgicamente y gritó: «¡El buen Winston! ¡Sigue así!».

Cuando alguien le preguntó por la paz, respondió: «¡Después de que hayamos ganado!». Uno podría encontrar esto impresionante, si no lo conociera mejor. Pero nosotros lo conocemos. Sabemos que todo es una fachada, que no ve salida y que está tan metido en su política criminal que ya no hay vuelta atrás. Parece fuerte, pero no le queda nada y sólo puede esperar un milagro. No habrá milagro. La suerte siempre está del lado de quien la ha ganado, y la historia al final siempre ha estado del lado de quienes luchan por altos ideales y no están dispuestos a rendirse. El señor Churchill no es un idealista. Representa un mundo podrido y corrupto. Es un hombre del siglo XVIII que se cubre con los símbolos del siglo XIX, esperando así ganar las batallas del siglo XX. Pertenece a un mundo de lucro individual ilimitado a costa de otras personas y naciones, el cual ha sido reemplazado en Europa por nuevas formas de construir naciones.

El futuro es nuestro. Una juventud creyente y sacrificada se reúne bajo sus banderas. Esta juventud ganará no sólo porque está bien armada; El triunfo se debe a que es joven, a que representa una revolución, a que ha movilizado fuerzas poderosas y dinámicas a las que ya no se puede resistir. La rueda de la historia no puede detenerse, ni siquiera por el señor Churchill. En sus momentos más racionales, probablemente se da cuenta de que está luchando por una causa perdida, de que su tiempo ha pasado, de que no tiene esperanzas de alcanzarla. De hecho, es una de esas personas que siempre quieren el mal, pero sin embargo hacen el bien. Él dio a nuestra revolución el empujón decisivo final. Si no hubiera sido por él, probablemente habría tardado mucho más tiempo en completarse que ahora. Al final, realmente tenemos que agradecérselo. Gracias a él, sólo necesitaremos meses para alcanzar nuestra meta que de otro modo hubiera llevado años, o incluso décadas. No tiene sentido tratar de convencerlo de eso. Él pertenece a esa gente obstinada a la que sólo se puede convencer con los hechos. Hagamos que esos hechos se hagan realidad.

Joseph Goebbels - Winston Churchill.

2 de febrero de 1941

“Sólo hay una manera de romper la resistencia de los bóers: la represión más severa. En otras palabras, debemos matar a los padres para enseñar a los niños a respetarnos”, escribió el corresponsal del periódico inglés Morning Post durante la Guerra de los Bóers. Fue el mismo hombre que informó sobre una expedición de castigo inglesa al valle de Mamund: “Fuimos sistemáticamente de aldea en aldea, destruyendo las casas, arruinando los pozos, rompiendo las torres, talando los árboles más grandes que dan sombra, quemando la cosecha y destruyendo los depósitos de agua... Después de catorce días, el valle era un desierto y nuestro honor estaba satisfecho”. Según Lady Asquith, la esposa del entonces primer ministro inglés, este reportero de guerra, que entretanto había ascendido a Primer Lord del Almirantazgo, reaccionó al estallido de la Guerra Mundial con alegres risas. Durante un discurso en Dundee, una mujer desde la galería gritó: “Nunca has dicho la verdad. La verdad es una extraña para ti”. Introdujo en el mundo la expresión “inexactitud terminológica”, una forma discreta de evitar la palabra bastante burda “mentira”. Recurre a ella con regularidad cuando le pillan mintiendo. Sus estafas son mundialmente conocidas.

El acorazado inglés “Audacious” fue hundido el 27 de octubre de 1914. No sólo negó el hecho, sino que incluso publicó fotografías falsificadas de un buque gemelo del “Audacious” con este título: “El ‘Audacious’ regresa a la flota”. Ya en 1900 escribió en uno de sus libros: “Entonces no tenía idea del papel grande e indudablemente útil que desempeña el engaño en la vida de las naciones que gozan de libertad democrática”. El lector ya habrá adivinado de quién estamos hablando. Se trata del señor Winston Churchill, W.C. en definitiva, actual primer ministro inglés y primer violín del concierto infernal que todo el mundo demo-plutocrático está interpretando contra las potencias del Eje. No es fácil trazar un retrato de este hombre que carece de carácter. Es uno de esos camaleones políticos que pueden cambiar de color según las necesidades y de opinión mil veces, y hace un uso enérgico de estas habilidades. Miente no sólo por necesidad, sino por el puro placer de hacerlo, porque es parte de él. Como escribió un importante periódico inglés después de las amargas experiencias de la Guerra Mundial, es un malabarista político que, por desgracia, siempre lleva a su país por la dirección equivocada. Hay que conocer a Churchill para entender la política actual y el liderazgo militar de Inglaterra. Estos, como él, carecen totalmente de dirección y plan, una cadena interminable de acciones e improvisaciones que de vez en cuando parecen prosperar al principio, pero que al final suelen fracasar.

La pasada primavera, por ejemplo, Churchill tuvo la loca idea de ocupar Noruega. El Führer se le adelantó por poco, lo que no le ha impedido proclamar un brillante éxito. El ejército alemán expulsó a las tropas británicas de Noruega con una gloriosa victoria. No obstante, Churchill pronunció un discurso ante los supervivientes de los destructores británicos Hardy y Ellipse en el que dijo: «Sois la vanguardia del ejército que utilizaremos en el transcurso del verano para limpiar Noruega de la terrible inmundicia de la tiranía nazi». Todo el mundo sabe lo que ocurrió en realidad. Inglaterra tuvo que contentarse con salvar los últimos restos de sus divisiones derrotadas de Europa occidental. Dejó de hablar de una nueva ocupación de Noruega. Pero eso no le preocupaba a Churchill. Ya había pasado por eso durante la Guerra Mundial con su desastrosa invasión de Galípoli. Había caminado sobre ríos de sangre inglesa y se había vuelto duro con los sentimientos que podrían haber afectado a cualquier otra persona después de una catástrofe semejante. Su cinismo sobre una guerra que afecta a millones de vidas humanas no tiene paralelo. En su autobiografía hay un pasaje interesante que compara las guerras en la India con una verdadera guerra europea: “La represión de los pobres indios difícilmente podría

compararse con una verdadera guerra europea. Era como una carrera de papel en lugar de una carrera de autos. Bueno, uno tiene que aceptar lo que ofrece la época". Así es como Churchill ama y vive. Uno tiene que ver una fotografía actual de su rostro para captar la verdadera depravación de la plutocracia. Este rostro no tiene una sola característica buena. Está marcado por el cinismo. Los ojos helados están libres de cualquier emoción. Este hombre camina sobre cadáveres para alimentar su egoísmo personal ciego e ilimitado. La colilla de cigarro en su boca es la última señal de un estilo de vida que ha sobrevivido a su tiempo. El líder laborista inglés Lansbury escribió sobre él en el Daily Herald el 12 de julio de 1919: "No tiene más escrúpulos que la preocupación por sí mismo y ningún otro interés que los de la clase dominante. En todos sus esfuerzos, siempre ha logrado encontrar un rincón para sí en el comedero del Estado, y generalmente en uno de los rincones mejor pagados y más agradables".

No tenemos nada que añadir a esto. Un día Inglaterra pagará un alto precio por culpa de este hombre. Cuando la gran catástrofe estalle sobre el reino insular, el pueblo británico deberá agradecérselo. Ha sido durante mucho tiempo el portavoz de la casta plutocrática que quería la guerra para destruir a Alemania. Se distingue de los hombres que están detrás de escena sólo por su evidente cinismo y su desprecio sin escrúpulos por la humanidad. Quiere la guerra por la guerra. La guerra es para él un fin en sí misma. La deseó, la impulsó y la preparó por un impulso estúpido y destructivo. Es uno de esos personajes del submundo político que surgen del caos, que anuncian el caos, que causan el caos. Para innumerables personas, la guerra trae inmenso sufrimiento, para innumerables niños hambre y enfermedades, para innumerables madres y mujeres ríos de lágrimas. Para él, no es más que una gran carrera de caballos en la que quiere participar. Ahora tiene lo que quería. Inglaterra está en medio de la lucha más grave de su historia, de la que tendrá suerte de salir con su mera existencia. La gran carrera ha comenzado y el que tanto la deseaba es el primer ministro inglés.

No podrá escapar de la hora crucial. Cuando Chamberlain era su superior, podía eludir la responsabilidad última. Ya no. Debe mantenerse firme y luchar. No nos sorprende que esté luchando hasta cierto punto. Nadie puede escapar de su personaje, ni siquiera el señor Churchill. Se pierde en fantasías febriles y confunde sueños sin sombra de verdad con la realidad. En situaciones de las que no hay escapatoria, recurre a frases que suenan místicas. Sus arrebatos contra el Reich y el Führer muestran un lenguaje vulgar y corriente que suele ser rechazado incluso por los enemigos en guerra. Escupe insultos contra el pueblo alemán en su rabia impotente. En todo esto lo vemos sin máscara, una caricatura de John Bull, un matón desdentado, una monstruosidad nacida de la suciedad y el fuego que hay que volver inofensiva si se quiere que el mundo tenga paz. El destino trágico de Inglaterra es que está dirigida por él y ha atado su destino al suyo. Fue él quien convenció a Gran Bretaña de que ignorara su oportunidad histórica y tomara el camino rápido hacia su caída. Cuando un día se escriba la historia de la caída del reino insular, el título del capítulo crítico tendrá que ser "Churchill". Siempre es bueno ver un sistema tiránico encarnado en un solo hombre. Ese es el caso aquí. Eso hace que nuestro ataque sea fácil. Al menos sabemos dónde estamos. Churchill: eso significa guerra, mientras esté aquí. Nunca quiso nada más y nunca podrá querer nada más. Bueno, ahora lo tiene, al igual que la nación que debe luchar y sufrir. Caerá con la guerra y a través de ella, y sobre su tumba estarán los millones de maldiciones de aquellos a quienes ha seducido. Eso y solo eso es lo que Inglaterra se ha merecido.

6 de julio de 1941

Cientos de miles de jóvenes soldados alemanes han cruzado nuestra frontera oriental y han marchado a través del famoso “paraíso de los trabajadores y los campesinos”. Si el Nacional Socialismo no hubiera triunfado, muchos de ellos serían hoy miembros de la Liga de Combatientes Rojos, lectores de la Bandera Roja y cantantes de himnos de adoración a la “patria obrera”. Al final de su reunión habrían elogiado al “sabio Stalin”, “el líder de la revolución mundial” y el “portador de la felicidad terrenal”. Un periódico de Londres escribió hace unos días que el peligro de la campaña oriental por Alemania era que nuestros jóvenes pudieran contagiarse al entrar en contacto directo con el bolchevismo. Debemos preparar a ese periódico para una decepción. Nuestros soldados están experimentando de primera mano lo que la gente llama bolchevismo. Sin embargo, en primer lugar, los Nacional Socialistas son inmunes a cualquier infección por la enfermedad intelectual y espiritual que predica Moscú, y en segundo lugar están aprendiendo no sólo la teoría del bolchevismo, sino también su práctica. El resultado de este conocimiento será angustioso tanto para Moscú como para Londres. La Unión Soviética sabía lo que hacía cuando se aisló del resto del mundo desde sus primeros días.

Por muy socialista que se declarara en sus programas y proclamas, no se atrevió a hacer lo que hizo, por ejemplo, la Alemania Nacional Socialista cientos de miles de veces: enviar a sus propios campesinos y trabajadores en sus propios barcos a países lejanos, donde por un lado podían disfrutar y admirar las bellezas de esas tierras, pero también comparar las condiciones de allí con las de su propia tierra. Aprendieron a amar a su pueblo y a su patria, con su orden, su limpieza y su justicia social. El bolchevismo sólo pudo mantener su ilusión social porque su engañada población carecía de toda posibilidad de comparación. Cuando uno ha vivido durante 25 años en un sótano oscuro, una lámpara de queroseno parece el sol, y para aquellos que fueron ciudadanos durante veinticinco años de la llamada Unión Soviética, la casucha más terrible parecía un palacio y un trozo de pan el alimento de los dioses, ya que oía todos los días que los que vivían en países no bolcheviques no tenían nada que comer. Moscú era un mundo en sí mismo. Una mezcla insidiosa de doctrina dogmática de partido, judíos astutos y codiciosos capitalistas de Estado cabalgaban sobre el conglomerado de pueblos que componían la Unión Soviética. Aquellos que podían recordar los tiempos prebolcheviques, aunque fuera de oídas, eran masacrados.

Como no veían ni visitaban otros países, era fácil engañar a los ciudadanos drogados haciéndoles creer que la Unión Soviética era un paraíso en lugar del infierno que era en realidad. Fue uno de los casos más grandes y más inteligentes de engaño popular en toda la historia de la humanidad. Poco después de nuestra revolución Nacional Socialista, un número de comunistas que habían huido de Alemania después de haber cometido crímenes políticos regresaron, diciendo que preferían estar en una prisión alemana que ser los llamados ciudadanos libres en la llamada Unión Soviética. Nuestros soldados que marchan hacia el Este ahora pueden ver con sus propios ojos lo que experimentaron estas víctimas de la seducción bolchevique. El velo está cayendo. El misterio con el que el bolchevismo se rodeó tan gustosamente (y con buena razón) está entregando sus secretos. Moscú está siendo revelada. Oímos hablar de ello en los relatos de los oficiales que son enviados del frente a Berlín por un día. Lo leemos en innumerables cartas de soldados que llegan a la patria. Pocas veces un ejército ha iniciado su marcha victoriosa hacia un país enemigo con tanta curiosidad, y probablemente nunca lo que vieron en realidad fue mucho peor que sus peores expectativas. Es simplemente indescriptible. El bolchevismo está siendo revelado como una repugnante mezcla de frases hechas y pobreza, de doctrina obstinada y una

completa falta de pensamiento constructivo, de espléndidas fases socialistas y la más angustiosa decadencia social. Se trata de una traición en masa en el sentido más estricto de la palabra. Lo que se suponía que iba a infectar a nuestros soldados ha tenido el efecto contrario. Tal vez algún soldado ocasional haya pensado antes que las enseñanzas Nacional Socialistas sobre el bolchevismo eran un poco exageradas. Ahora descubre que la realidad es aún peor. Lo mismo ocurrió con sus camaradas, quienes, al marchar hacia los guetos de Polonia, como Litzmannstadt, Cracovia y Varsovia, se dieron cuenta no sólo de la exactitud, sino también de la apremiante necesidad de nuestras opiniones antisemitas. Cuando regresaron a casa, nos reprocharon que subestimáramos los peligros. Nuestros soldados en el Este tendrán las mismas opiniones sobre el bolchevismo cuando regresen. Es escandaloso que esta infección espiritual quiera conquistar Europa, de hecho, el mundo entero. Sería como un enfermo de cólera que afirmara que sólo él está sano y que es su derecho y su deber infectar a aquellos cuya salud considera enfermos, para que estén tan sanos como él.

No es casualidad que la cuestión del bolchevismo se esté discutiendo justo cuando todo esto se está revelando. Una ola de despertar está recorriendo Europa. Los pueblos que han mantenido un núcleo sano están dejando de lado sus diversas diferencias y se dirigen espontáneamente al frente oriental. Mientras tanto, el señor Churchill se apresura a sellar la alianza internacional entre la democracia y la plutocracia, a pesar de las cínicas orgías de los últimos 25 años en el llamado paraíso de los trabajadores. Las cosas que van juntas deben estar juntas. No tenemos ninguna duda de que la banda judía de la que se rodea el señor Churchill le ha facilitado encontrar su camino hacia el Kremlin. El sabio Stalin puede estar contento: cuanto más se enteran los pueblos de la Unión Soviética de los horrores de su régimen, más fuerte es la admiración que recibe de los periódicos plutocráticos de Fleet Street. Se asombran de su coraje y firmeza, lo comparan con el propio señor Churchill y lo inundan con cascadas de elogios. No tenemos nada que agregar. Sólo esperamos hacer todo lo posible para llegar hasta la última persona susceptible al bolchevismo con la verdad sobre el abismo ante el que se encuentra. El OKW informa que en la zona de Minsk 20.000 soldados bolcheviques desertaron a las líneas alemanas después de fusilar a sus comisarios políticos.

Hoy se anunciaron 52.000 nuevos desertores. Esto es más que un síntoma. Es una señal para la clase dirigente judeo-terrorista del bolchevismo de que su fin está cerca. Intenta en vano cambiar el rumbo. Los oyentes de programas de radio alemanes en ruso, incluso aquellos que simplemente cogen un folleto en alemán, son ejecutados. La cobarde banda de mentirosos del Kremlin parece sentir que su fin está cerca. Los periódicos de Moscú están llenos de ataques sedientos de sangre contra quienes difunden el pánico y los rumores, los derrotistas y los quintacolumnistas. El estilo nos recuerda a los días justo antes de nuestra toma del poder en el Reich, cuando se advertía al proletariado consciente de clase que no asistiera a nuestras reuniones. Tenían miedo de la verdad entonces como ahora. Observan con horror cómo su fina red de mentiras se desgarra y el suelo sobre el que se apoyan comienza a temblar. La historia mundial será su tribunal mundial. Enviamos una comisión de médicos, juristas, periodistas y radioemisoras a Lemberg. Volvieron con caras demacradas. Lo que vieron allí no se puede describir. Nuestros periódicos han publicado sólo una parte de las cosas terribles que sucedieron bajo el bolchevismo.

Tenemos fotografías de ucranianos asesinados que nos negamos a publicar, porque tememos que los espectadores pierdan toda fe en la humanidad. Dados los métodos habituales de ejecución, es prácticamente un acto de gracia cuando un soldado bestial abre el útero de una mujer ucraniana y clava el embrión en la pared. El ojo humano no es lo suficientemente fuerte como para ver una larga serie de fotografías como esa. Es el infierno en la tierra. La enseñanza que llevó a todo esto no puede existir en un mundo en el que deseamos vivir. Debe ser eliminada. Sabemos que el señor Churchill y sus periodistas cobardes pero bien pagados trivializarán o ignorarán nuestras pruebas. Él ve lo que quiere ver y no ve lo que no le agrada. Pero eso no nos impedirá presentar nuestras acusaciones ante el mundo. La guerra que estamos librando contra el bolchevismo es una guerra de humanidad moral contra la podredumbre espiritual, contra la decadencia de la moral pública, contra el terror espiritual y físico, contra políticas criminales cuyos creadores se sientan sobre montañas de cadáveres para ver quién será su próxima víctima. Se estaban preparando para sumergirse en el corazón de Europa. La imaginación humana es insuficiente para imaginar lo que habría sucedido si sus hordas animales hubieran inundado Alemania y Occidente. La orden del Führer al ejército en la noche del 22 de junio fue un

acto de magnitud histórica. Probablemente resultará ser la decisión crítica de la guerra. Los soldados que obedecen su orden son los salvadores de la cultura y la civilización europeas, salvándolas de una amenaza del submundo político. Los hijos de Alemania una vez más están defendiendo no sólo su propia tierra, sino también todo el mundo civilizado. Educados firmemente en las enseñanzas del Nacional Socialismo, atacan hacia el este, rasgando el velo del mayor engaño de la historia y dando a su propio pueblo y al mundo la oportunidad de ver lo que es y lo que vendrá. Sostienen en sus manos una antorcha que impedirá que la luz de la humanidad se apague.

Joseph Goebbels - mimetismo.

20 de julio de 1941

Los judíos son maestros en adaptarse a su entorno sin cambiar en nada su naturaleza. Son imitadores. Tienen un instinto natural que les permite percibir el peligro, y su instinto de conservación les proporciona normalmente medios eficaces para escapar del peligro sin poner en riesgo su vida ni hacer gala de valor. Es difícil detectar sus maneras astutas y escurridizas. Hay que ser un estudioso experimentado de los judíos para reconocer lo que está sucediendo. Su reacción cuando han sido descubiertos es simple y primitiva. Muestra una pérfida desvergüenza que tiene éxito porque normalmente no se cree que sea posible ser tan desvergonzado. Schopenauer dijo una vez que el judío es el maestro de la mentira. Es tan experto en distorsionar la verdad que puede decirle a su inocente oponente exactamente lo contrario de la verdad incluso sobre el tema más sencillo del mundo. Lo hace con una desfachatez tan asombrosa que el oyente se queda inseguro, momento en el que el judío suele haber ganado. Los judíos llaman a esto chutzpah. Chutzpah es una expresión típicamente judía que en realidad no se puede traducir a ningún otro idioma, ya que chutzpah es un concepto que se encuentra sólo entre los judíos.

Otros idiomas no han tenido necesidad de inventar una palabra así, ya que no conocen el fenómeno. Básicamente, significa desvergüenza y desvergüenza ilimitada, impertinencia increíble. Mientras tuvimos el dudoso placer de tener que soportar a los judíos, tuvimos ejemplos más que suficientes de la característica judía típica que llaman chutzpah. Los cobardes se convirtieron en héroes y los hombres decentes, trabajadores y valientes se convirtieron en idiotas o tontos despreciables. Los corredores de bolsa gordos y sudorosos se presentaron como comunistas que salvaban el mundo y los soldados decentes fueron caracterizados como bestias. Las familias normales fueron ridiculizadas como corrales de cría, mientras que los matrimonios en grupo fueron elogiados como la forma más alta de desarrollo humano. La basura más repugnante que la mente humana podía crear se presentaba como gran arte, mientras que el arte verdadero se ridiculizaba como kitsch. El asesino no era culpable, sino su víctima. Era un sistema de engaño público que, cuando se aplica durante mucho tiempo, paraliza a un pueblo tanto cultural como espiritualmente y con el tiempo estrangula cualquier tipo de defensa. Antes del Nacional Socialismo, Alemania estaba en medio de un peligro mortal de ese tipo.

Si nuestro pueblo no hubiera recuperado la cordura en el último momento posible, nuestro país habría estado maduro para el bolchevismo, la infección más diabólica que los judíos pueden traer a un pueblo. El bolchevismo también es una expresión de la chutzpah judía. Los turbulentos líderes del partido judío y los astutos capitalistas judíos lograron el golpe de Estado más desvergonzado que uno pueda imaginar. Movilizaron al llamado proletariado a la lucha de clases explotando despiadadamente problemas reales o imaginarios. Su objetivo era la dominación judía total. La plutocracia más burda utilizó el socialismo para establecer la dictadura financiera más burda. Una revolución mundial debía extender este experimento desde la Unión Soviética al resto del mundo. El resultado hubiera sido la dominación mundial judía. La revolución Nacional Socialista fue un golpe mortal a este intento. Una vez que el judaísmo internacional se dio cuenta de que la agitación ya no era suficiente para apoderarse de las diversas naciones europeas, decidió esperar a que estallara la guerra. Quería que durara lo máximo posible, para que al final pudiera instaurar el terror y la fuerza bolcheviques en una Europa debilitada, agotada e impotente. Este había sido el objetivo de los bolcheviques de Moscú desde el comienzo de la guerra. Querían participar sólo cuando estuviera asegurada una victoria fácil y segura, mientras tanto mantenían a raya a suficientes fuerzas alemanas para impedir que Alemania obtuviera una victoria decisiva en Occidente. Uno puede imaginar los aullidos de rabia en el Kremlin cuando se dieron

cuenta un domingo por la mañana de que la espada del Führer había cortado su red de mentiras e intrigas. Hasta entonces, los líderes bolcheviques judíos se habían mantenido hábilmente en un segundo plano, probablemente con la creencia errónea de que podían engañarnos. Litwinov y Kaganowitsch apenas se dejaron ver en público, pero entre bastidores se dedicaban a su ruin trabajo. Intentaban convencernos de que los bolcheviques judíos de Moscú y los plutócratas judíos de Londres y Washington eran enemigos, pero en secreto planeaban estrangularnos. Prueba de ello es que se reconciliaron en cuanto se reveló su diabólico juego. Los ignorantes de ambos bandos, que seguramente se quedaron atónitos ante semejante espectáculo, se calmaron con medidas diplomáticas. En Moscú, por ejemplo, los judíos abolieron la Federación Atea, aunque sólo unos días antes para los peces gordos soviéticos más importantes había sido una cuestión de honor pertenecer a ella. La libertad religiosa estaba ahora garantizada en toda la Unión Soviética. En la prensa mundial se difundieron noticias mentirosas que anunciaban que se permitía rezar de nuevo en las iglesias, entre otras estafas. Los ingleses no se animaban a poner La Internacional en la radio todas las noches, ya que, según la interesante distinción del señor Eden, los bolcheviques no eran aliados, sino sólo compañeros de lucha.

La Internacional habría sido demasiado fuerte para el pueblo británico en este momento, pero están trabajando duro para presentar a Stalin como un gran estadista y un maravilloso reformador social que sólo puede compararse con Churchill. Están haciendo todo lo posible por encontrar otras similitudes también entre las gloriosas democracias de Moscú y Londres. Sorprendentemente, no están tan lejos de la verdad en este aspecto. Sólo parecen diferentes para aquellos que no saben mucho. Para los expertos, son tan parecidos como dos gotas de agua. Los mismos judíos están trabajando, ya sea en el escenario o detrás de escena. Cuando rezan en Moscú y cantan La Internacional en Moscú, están haciendo lo que los judíos siempre han hecho. Están practicando el mimetismo. Se adaptan a las condiciones que los rodean, lentamente, paso a paso, para no inquietar ni despertar a los demás. Están enojados con nosotros por descubrirlos. Ellos saben que los reconocemos por lo que son. El judío sólo está seguro cuando puede permanecer oculto. Pierde el equilibrio cuando siente que alguien lo ve a través de él. El experto judío experimentado ve inmediatamente en los insultos y las quejas los familiares estallidos de odio del Antiguo Testamento. Se han presentado ante nosotros tan a menudo que han perdido todo elemento de originalidad.

Sólo tienen interés psicológico para nosotros. Esperamos con calma hasta que la ira judía haya alcanzado su máximo. Entonces empiezan a desmoronarse. Sueltan tonterías y de repente se delatan a sí mismos. El material de Radio Moscú o Radio Londres y los artículos que aparecen en los órganos bolcheviques y plutocráticos son sencillamente indescriptibles. Londres siempre da prioridad a Moscú, lo que le permite conservar las buenas maneras y mimetizarse con el paisaje. Los judíos de Moscú inventan mentiras y atrocidades, los judíos de Londres las citan y las mezclan en historias adecuadas para la burguesía inocente. Lo hacen sólo por obligación profesional, naturalmente. Los crímenes atroces de Lembert, que horrorizaron al mundo entero, no fueron obra de los bolcheviques, sino una invención del Ministerio de Propaganda. No tiene ninguna importancia que los noticieros alemanes hayan puesto las pruebas a disposición de todo el mundo. Es evidente que nosotros suprimimos las artes y las ciencias, mientras que el bolchevismo es un auténtico centro de cultura, civilización y humanidad.

Personalmente, nos alegramos de unas declaraciones recientes de Radio Moscú. Eran tan absurdas y despreciables que casi resultaban halagadoras. Suponemos que el orador judío recuerda los buenos tiempos de Berlín. A menos que tengan una memoria muy corta, deben recordar que todos sus insultos sólo conducirán a una paliza al final. Todas las noches anuncian que quieren darnos un puñetazo en la nariz, a nosotros y a todos los demás cerdos nazis. Claro que quieren hacerlo, pero hacerlo es algo muy distinto, señores. Todo el asunto tiene un cierto tono tragicómico. Los judíos hablan como si fueran realmente fuertes, pero pronto tienen que mover sus tiendas y correr como conejos para alejarse de los soldados alemanes que se acercan. Qui mange du juif, en meurt! (Quien come judío, muere) ¡Casi se podría decir que cualquiera que tenga a los judíos de su lado ya ha perdido. Son el mejor pilar de la derrota venidera. Llevan la semilla de la destrucción. Esperaban que esta guerra diera el último golpe desesperado contra la Alemania Nacional Socialista y una Europa que despierta. Se derrumbarán. Ya hoy empezamos a oír los gritos de los pueblos desesperados y seducidos en todo el mundo: “¡Los judíos son culpables! ¡Los judíos son culpables!”. El tribunal que pronunciará su sentencia tendrá miedo. No necesitamos hacer nada nosotros mismos. Vendrá porque debe venir. Así como el puño de una

Alemania despierta ha golpeado esta inmundicia racial, el puño de una Europa despierta seguramente seguirá. El mimetismo no ayudará entonces a los judíos. Tendrán que enfrentarse a sus acusadores. El tribunal de las naciones juzgará a su opresor. Sin piedad ni perdón, el golpe se dará. El enemigo mundial caerá y Europa tendrá paz.

28 de septiembre de 1941

"En el pasado estaba confundido y no podía creer en nada grande. Pero ahora lo he visto todo y pido que, si sigo vivo, me acepten como miembro del gran partido obrero alemán. Si muero, moriré con gusto por Alemania y estoy convencido de todo". Estas son las palabras del soldado Joseph Zezetka de Donawitz, tomadas de una carta al líder del grupo local de su ciudad natal. Millones de cartas similares han llegado del Frente Oriental en los últimos tres meses. Ofrecen al pueblo alemán una imagen de las penurias y dificultades de la campaña del Este, de sus peligros y tensiones físicas y mentales, pero también de la confianza firme e inquebrantable que nuestros soldados tienen en la victoria. Ninguna propaganda, ninguna noticia, ninguna fotografía podría hacer mejor el trabajo. La propaganda mentirosa del enemigo nunca se cansa de decir que estamos dando al pueblo alemán un relato falso o incompleto de la batalla en el Este. Las cartas de nuestros soldados son la mejor refutación. Escriben desde la experiencia directa, en su mayoría a sus parientes más cercanos, personas a las que no tienen necesidad de ocultar la verdad. Dicen la verdad sin tapujos. No añaden ni quitan nada. Son los testigos más fiables de la exactitud de nuestros relatos sobre la gigantesca batalla que se libra en el Este entre Europa y su enemigo más peligroso y diabólico.

Hay gente que no es capaz de apreciar la escala de estas operaciones militares. Ven las cosas en la escala a la que están acostumbrados, utilizando los criterios con los que están familiarizados. Esas personas no se dan cuenta de que se está produciendo una batalla mundial sin precedentes. El bolchevismo está utilizando todos los recursos disponibles para resistir la aniquilación. Es una cuestión de vida o muerte. Sólo uno de nosotros sobrevivirá. Hay que pensar en lo que habría sucedido si el Führer no hubiera actuado para hacer frente al peligro soviético. Sólo así se puede entender lo que está en juego. Nuestros soldados son testigos de los planes de Moscú. Han visto con sus propios ojos los preparativos para la destrucción de Alemania, primero, y de Europa después. También tienen experiencia de primera mano con el sistema soviético y pueden ver las verdaderas condiciones en el paraíso de los trabajadores y los campesinos. Esto tendrá una gran influencia en el futuro. Así como no hubo discusión sobre la cuestión judía en Alemania después de la campaña de Polonia, no habrá más debate sobre el bolchevismo una vez que termine la campaña del Este. Esto es más que una campaña o incluso una guerra. Es una batalla histórica contra el destino en el sentido más amplio de la palabra. Lo mismo puede decirse de sus dimensiones.

Es comprensible que su extensión y fuerza superen toda comparación. Pero es ridículo que los observadores extranjeros, sobre todo neutrales, la evalúen desde sus estrechos marcos provinciales. Cuando, por ejemplo, los llamados escritores militares de Zurich o Berna, que tienen la sabiduría de un colegial de tercer grado, escriben que las operaciones en el Este no son comparables con el área que hay que conquistar, se puede decir que las batallas de aniquilación se están desarrollando en áreas más grandes que Suiza. Pero, ¿de qué sirve hablar con nuestros críticos de números o de territorio? Cuando durante la Guerra Mundial tomamos cien mil prisioneros, las escuelas cerraron, las fábricas ondearon las banderas y las campanas de las iglesias repicaron durante ocho días. Hoy nos parece algo normal, pero una victoria así es tan importante hoy como lo fue entonces. También hoy las victorias militares se logran con un esfuerzo espiritual y físico por parte de los soldados que difícilmente pueden entender los profanos. Cualquier victoria importante se logra con sudor y sangre. En la patria, hacemos nuestro trabajo día a día y hora a hora, mientras que en el frente se está produciendo un heroísmo que no se puede expresar con palabras. En los noticieros vemos a soldados alemanes atravesar

grandes extensiones de barro y cieno. Los pilotos de Stuka se lanzan sobre las posiciones enemigas y las líneas de suministro. Los fusileros esperan al borde de la carretera una orden susurrada para cargar veinte metros a través del fuego fulminante de las ametralladoras. Los ingenieros se quedan hasta el cuello en un río para terminar un puente en medio del fuego de artillería enemigo. Los artilleros, con el pecho desnudo, se colocan junto a sus armas y envían muerte y destrucción al enemigo. Vemos imágenes de pilotos y fusileros, ingenieros y artilleros, que parecen casi muertos mientras yacen en una zanja o apoyados contra una pared durante quince minutos de sueño sin sueños. Luego vuelven a la acción, vuelan, marchan, construyen puentes, disparan armas, a pesar de su cansancio, que les impide recuperarse. Los informes del OKW sólo dicen que las operaciones se están llevando a cabo según lo planeado. De vez en cuando suenan fanfarrias anunciando la victoria en la radio y todos contenemos la respiración. Se ha producido una victoria más allá de todo lo anterior. Nuestros críticos neutrales pueden hablar todo lo que quieran. Con todas sus habilidades literarias y sociales, probablemente no podrían conquistar una aldea soviética. Sus artículos de sabelotodo no los dejan en buen lugar, en particular porque ellos mismos no corren ningún peligro mientras el heroico ejército alemán está defendiendo a Europa y, por lo tanto, a ellos también.

No tendrían muchas oportunidades de escribir críticas militares si el ejército alemán se mantuviera al margen y dejara que el bolchevismo pasara de largo. Como demuestra la experiencia, sólo el ejército alemán está en condiciones de impedir que eso ocurra. Esas personas pueden saber mucho y tener muchas cosas inteligentes que decir, pero los soviéticos acabarían con ellas bastante rápido. La intelectualidad del Este, al menos la que todavía existe, puede hablar de eso. Han aprendido por experiencia. La llamada intelectualidad de Zurich, Berna y Estocolmo no ha aprendido mucho. El odio al Nacional Socialismo los ha cegado. No son objetivos, son directamente prejuiciosos, por decirlo cortésmente. Hablan de la cultura y la civilización europeas. Cada soldado alemán que lucha en el Este hace más por eso que ellos con toda su charla, charla que solo es posible porque ese mismo soldado alemán sostiene su espada protectora sobre ellos. Así son las cosas. Uno tiene que seguir así, incluso si eso altera el orden establecido. Conocemos a esos llamados intelectuales neutrales. No merecen ese nombre. No entienden lo que está sucediendo. Miran hacia atrás en lugar de hacia adelante. No tienen idea de lo que fue, y menos aún de lo que vendrá. Ellos quisieran retomar las cosas después de la guerra donde las dejaron cuando empezó.

Sus fantasías estériles no son suficientes para construir el futuro. Piensan que lo posible es imposible, por no hablar de lo que parece imposible. Hace nueve años, dijeron que nuestro éxito político era imposible. ¿Cómo pueden predecir nuestros futuros éxitos en asuntos exteriores y militares? Sólo pueden ser persuadidos por los hechos. Si no hay hechos durante dos semanas, están dispuestos a descartar una nueva era. Investigan el pasado con minuciosidad científica, pero el presente es un libro con siete sellos. Si las patatas escasean en Alemania durante dos semanas, creen que el pueblo alemán está listo para la revuelta. Ven signos de desplome de la moral si escasean el café, la cerveza o los cigarrillos, y si el pueblo alemán no recibe esa escasez con vítores. Si el señor Churchill pronuncia uno de sus estúpidos, grandilocuentes y absurdos discursos, ellos observan con interés cómo responde Alemania. Nosotros no respondemos en absoluto. Sabemos que el señor Churchill y su camarilla plutocrática quieren nuestra aniquilación. Somos indiferentes a lo que digan. Nos limitamos a trabajar para ayudar al Führer a ganar. No permitimos que nadie enturbie nuestra visión de la grandeza de nuestra época. Sabemos que sólo el sacrificio, las privaciones y los esfuerzos sin precedentes pueden derrotar la siniestra amenaza de nuestro odioso y envidioso enemigo.

Estamos preparados. Por supuesto, están las preocupaciones y las cargas de la vida cotidiana. ¿Quién lo negaría? ¿Y quién negaría que todos preferimos la paz a la guerra y que cada uno de nosotros, en los momentos de tranquilidad, está haciendo planes para un futuro más feliz? Hemos aprendido a amar la vida en medio del peligro y, ocasionalmente, nuestras fantasías pueden engañarnos con agradables pensamientos de paz y seguridad, de esplendor y celebración. Pero, ¿qué tiene eso que ver con las esperanzas del señor Churchill de que nos volvamos débiles y cobardes, o de que, aunque sea por un momento, caigamos presas de su hábil seducción? Le escupimos en la cara. Siempre ha sido la encarnación del odio y la destrucción hacia nuestra nación. Sabemos exactamente lo que él nos haría a nosotros, a nuestras familias y a nuestros hijos si alguna vez cayéramos en sus manos. Sus judíos lo han revelado con bastante frecuencia cuando se enfurecieron impotentes contra nosotros. Él no

puede engañarnos. Los políticos suizos de mente estrecha nos recuerdan a los representantes del Reichstag del Partido Económico o del Partido Social Cristiano de Bienestar Popular. Se rieron de nosotros cuando luchamos contra el marxismo por el futuro del Reich. Cuando el Frente Rojo se derrumbó, fueron olvidados y enterrados. Esta gran y única era sigue su curso. El tiempo nunca se detiene. Marcha a pasos de gigante hacia el futuro. Feliz es el que sigue sus pasos, porque será testigo de la hora bendita en que se abra la puerta a un nuevo siglo.

Joseph Goebbels - el asunto de la plaga.

5 de octubre de 1941

La política de noticias alemana no ha tenido una vida fácil en las últimas semanas. Se estaban planeando vastas operaciones militares de las que el enemigo no tenía ni idea y de las que, por supuesto, no podía tener ni la menor idea, de modo que el informe del OKW [el comunicado militar diario] tuvo que depender durante un tiempo de frases estereotipadas como que las acciones militares en el este estaban siguiendo el curso esperado. No se podía decir nada más sin correr el riesgo de dar a la dirección militar soviética información valiosa, poniendo así en peligro las operaciones planeadas. En interés de la guerra, la política de noticias alemana se vio obligada a guardar silencio, lo que naturalmente provocó cierto nerviosismo por parte del pueblo alemán. La propaganda inglesa y bolchevique pensó que había llegado su hora. Ellos podían hablar, nosotros no. Se necesitaría mucho tiempo para discutir todas las tonterías de Londres y Moscú de las últimas semanas. Tampoco es necesario repetirlas. Ya son basura, arrojadas a un lado por la tormenta de fuego de operaciones militares que sacuden la tierra y cuyos efectos a largo plazo aún no podemos prever por completo. El silencio valió la pena. En medio de toda su charla y fanfarronería, los bolcheviques y los ingleses se olvidaron por completo de prestar atención.

Pensaron que nuestra renuencia a responder a sus mentiras simples y ridículas era el resultado de la debilidad, por lo que un día Budjenny y sus cinco ejércitos cayeron en nuestra trampa. Ganamos una batalla que pasará a la historia como una clásica batalla de aniquilación. Ahora todo el alboroto está del otro lado. Durante la guerra hemos visto muchas veces cosas parecidas. Siempre siguen el mismo plan y se supone que nuestros adversarios han aprendido algo. No hay pruebas de que así sea. En cuanto huelen el queso, caen en la trampa de los ratones, con el resultado de que sus gritos prematuros de victoria conducen también a una derrota moral. ¡Ojalá pudieran callarse y esperar! Pero no, se toman en serio sus éxitos ilusorios y siguen hablando de grandes cosas. Si hubiéramos cometido aunque fuera un pequeño porcentaje de los errores que ellos han cometido, ni siquiera un perro nos quitaría un trozo de comida. Empezó con Polonia y continúa en la Unión Soviética. Siempre han hecho predicciones falsas. Todavía tienen el descaro de presentarse ante el mundo como fanáticos puros e incorruptibles de la verdad que presentan las cosas como son, mientras que nosotros, según afirman, abolimos la libertad de prensa, enviamos mentira tras mentira al mundo y mentimos tanto que ni siquiera nosotros sabemos la verdad. Es cierto que hemos cometido algunos errores durante la guerra.

No dudamos en admitirlo. Sin embargo, en general hemos dicho la verdad. A diferencia de Inglaterra, nosotros hemos evaluado correctamente la fuerza militar, económica y psicológica de las potencias en guerra. No tenemos por qué sentirnos avergonzados cuando se nos recuerdan nuestros discursos y artículos de 1939 o 1940. ¿Puede decir lo mismo el señor Churchill? Perdió el autobús justo antes de la campaña de Noruega. Luego estaba la inquebrantable Línea Maginot, el Paso de Ruppel que podría mantenerse para siempre, la isla de Creta que Inglaterra defendería tan cara como su propia vida, o la Línea Stalin, que debía defenderse hasta el último hombre, pero que de repente nunca existió. ¡Todo son estafas y mentiras! Uno debería poder asumir que la política informativa inglesa ha perdido toda credibilidad ante las naciones neutrales. ¡Todo lo contrario! Los periódicos suecos y suizos citan sus mentiras todos los días con satisfacción general, publicando nuestros hechos sólo cuando ya no pueden negarse. Incluso hay algunas personas indoctas entre nosotros que no pueden resistirse a recurrir en secreto y en silencio, a puerta cerrada, a Radio Londres para enriquecer sus conocimientos políticos y militares con estafas inglesas. Dos recientes sentencias de muerte y una serie de condenas de prisión lo

demuestran. ¿Qué están haciendo mal? Su comportamiento no sólo es criminal, sino tremendamente estúpido. Difícilmente pueden sostener seriamente que los plutócratas de Londres están produciendo costosos programas en alemán para mantener informados al señor Bramsig y a la señora Knöterich sobre la situación política y militar. Admiten abiertamente que lo están haciendo para sumir a nuestro pueblo en la incertidumbre y sembrar la discordia entre la dirección y la nación. Sus noticias están dirigidas exclusivamente a ese objetivo y sólo sirven para ese propósito. El señor Bramsig y la señora Knöterich se ofrecen voluntariamente, sin obligación alguna, a escuchar esas tonterías. ¿Acaso ganan algo? ¡Apenas! En primer lugar, corren el riesgo de terminar en la cárcel como traidores y, en segundo lugar, incluso si eso no sucede, terminan con nuevas preocupaciones y noches de insomnio, ya que no tienen forma de separar el bien del mal y la verdad de la mentira. Los ingleses, por ejemplo, estimaron nuestras bajas en tres millones durante las semanas en que estuvimos en silencio. Eso, naturalmente, fue una completa tontería. En primer lugar, los ingleses no están en condiciones de calcular nuestras pérdidas y, en segundo lugar, no les importa, ya que quieren provocar el malestar en la población alemana con sus cifras enormemente exageradas.

No podemos responder a sus mentiras, ya que queremos proporcionar sólo cifras exactas, que simplemente no están disponibles en este momento. Por lo tanto, tenemos que limitarnos a decir que nuestras pérdidas son las esperadas, lo que podemos decir en conciencia teniendo en cuenta los datos de que disponemos. Los oyentes de Radio Londres, que merecen ser encarcelados, andan por ahí tres o cuatro semanas con un total de tres millones de víctimas, susurrándolo a los demás, sólo para enterarse un día de que, aunque nuestras pérdidas son ciertamente dolorosas para los directamente implicados, no son ni siquiera el 10% de las cifras inglesas. Aparte de la naturaleza criminal de tal comportamiento, ¿realmente vale la pena escuchar a los ingleses? Tenemos que escucharlos por razones profesionales. Nos encantaría poder librarnos de esta desagradable obligación. Es tan aburrida y estúpida que poco a poco nos repugna. Recuerden también que nosotros sabemos cómo están las cosas realmente y por eso podemos distinguir la verdad de la mentira, algo que el señor Bramsig y la señora Knöterich no pueden hacer. Nadie les da discursos sobre el estado real de las cosas. Si nuestra radio y nuestra prensa guardan silencio, generalmente significa que se están preparando operaciones de alcance verdaderamente gigantesco. Es deber de cada alemán esperar con confianza, una confianza que, por cierto, está justificada por innumerables éxitos históricos. Cuando el señor Bramsig y la señora Knöterich escuchan en secreto Radio Londres, nuestros enemigos más acérrimos los están tomando por tontos.

Eso no sólo es criminal, sino absolutamente injusto. El Führer y su personal militar y político trabajan día y noche, y no para ellos mismos, sino para la gente que significa todo para ellos. Justo antes de los grandes éxitos, a menudo contienen la respiración, preguntándose si todo saldrá bien, si las cosas realmente saldrán como estaban planeadas, si tal vez en algún lugar surgirán problemas imprevistos. Entonces se alegran de anunciar una vez más una gran victoria al pueblo, compensándolo por el largo período de silencio. Nuestros soldados marchan día y noche a través del polvo y la lluvia, destruyendo búnkeres y fortificaciones, vadeando arroyos y nadando a través de ríos furiosos, con un solo pensamiento: cerrar la bolsa en el momento adecuado y encerrar al enemigo dentro de un muro inquebrantable. Mientras tanto, el señor Bramsig y la señora Knöterich se sientan en la radio escuchando al Sr. Churchill. Eso es ingrato, despreciable y vil. Carece incluso del más básico respeto por el trabajo y la responsabilidad de la dirección. Sé que cuando Radio Londres escuche esto, saltará en defensa de el señor Bramsig y la señora Knöterich. No merecen menos.

A los judíos y plutócratas de Londres no les gustaría nada más que una conversación así. Son demasiado tontos y estúpidos para que valga la pena la molestia. Y además de eso, nos falta tanto tiempo como ganas. Tenemos mejores cosas que hacer. No tenemos obligación de hacerles un favor. Nuestro objetivo es servir al pueblo alemán, ayudarlo a ganar esta guerra, ya que sabemos que es nuestra última, pero también nuestra mayor oportunidad. Conocemos perfectamente las terribles consecuencias que la propaganda británica tuvo para nosotros en la Guerra Mundial. No queremos correr ese riesgo una segunda vez. Si hubiéramos tenido a alguien capaz de enfrentarse a las mentiras de Londres, probablemente esta guerra no habría sido necesaria. Esta vez hemos aprendido la lección a fondo y para siempre. Tomemos el siguiente ejemplo: el ejército alemán no ataca Kiev durante semanas, tanto para salvar vidas alemanas como porque la dirección sabe que la ciudad caerá en nuestras manos como resultado de la gran

batalla de cerco que terminó el domingo pasado. Naturalmente, no se puede decir nada sobre un plan de este tipo, ya que el enemigo se enterará y tomará precauciones. Mientras hacemos preparativos febriles, la propaganda británica puede difundir todas las mentiras que quiera sin temor a que los contradigamos. Afirman que nuestro ataque ha cesado porque ha estallado la peste en Kiev. El señor Bramsig y la señora Knöterich lo oyen por la radio inglesa y transmiten el rumor. Una mujer o una madre cuyo marido o hijo está cerca de Kiev se preocupa innecesariamente y no podemos decir la verdad, ya que debemos ocultarla en interés de nuestros soldados. ¿No merecen esos rumores no sólo la cárcel, sino también el desprecio de todo el pueblo? No podemos excusarlos con el argumento de la estupidez. Estamos luchando por nuestras vidas. No seamos sólo fuertes como leones, sino también astutos como serpientes. Debemos derrotar al enemigo tanto con fuerza como con inteligencia. Si el señor Bramsig y la señora Knöterich no tienen suficiente cerebro para ver que durante una guerra no se puede escuchar al enemigo, entonces deben recibir un castigo ejemplar. Esto también es una condición para la victoria.

9 de noviembre de 1941

Sólo durante el curso de esta guerra quedó claro cuán enferma estaba la Europa de la posguerra y qué medidas integrales necesitaba, necesita y necesitará para devolverle la salud. Así como un resfriado inofensivo a veces permite que se produzcan una serie de otras enfermedades, un acontecimiento que no tiene especial importancia en sí mismo puede sumir en la confusión a toda una región del mundo. Quienes no entienden la política, que es el proceso de la historia, a veces creen que la ocasión es la causa de grandes catástrofes humanas y de transformaciones nacionales. El disparo hecho en Sarajevo, por ejemplo, provocó la Guerra Mundial, pero este no fue el motivo. Europa estaba preparada para tal guerra, y lo había estado desde hacía algunos años. Sólo que los dirigentes alemanes no quisieron ver el peligro y, por lo tanto, se encontraron en una guerra que podrían haber librado con mayor eficacia en un momento anterior, pero que en cambio la afrontaron en el peor momento posible. Cuando uno sabe que un enemigo despiadado está buscando la mejor posición desde la cual disparar, es aconsejable disparar primero. Una dirección nacional irresponsable deja que las cosas se intensifiquen poco a poco sin querer ver el peligro.

Da el llamado a las armas cuando ya es demasiado tarde. Por tanto, es comprensible que durante el curso de una gran lucha por la existencia o la muerte de naciones enteras, la ocasión real que condujo a la lucha se desvanezca del pensamiento humano. En medio de las gigantescas dimensiones de la guerra actual, la ocasión de su comienzo en agosto de 1939 parece casi trivial. La ciudad de Danzig volvería al Reich y Alemania recibiría un corredor. Nuestros enemigos ignoraron estas más que modestas peticiones por parte de Alemania. De hecho, fueron utilizados como pretexto para la guerra, cuyas consecuencias se extendieron como un terremoto por todo el continente. Todos los viejos o parcialmente resueltos problemas de Europa volvieron a estallar. Consideremos las cuestiones que afrontaba Europa en aquel momento. El Tratado de Versalles mantenía a nuestra región encadenada, una Alemania socialista con una población creciente comprimida en un espacio demasiado pequeño estaba siendo estrangulada por plutocracias moribundas. A las jóvenes potencias del Eje se les negaba el acceso a las materias primas y riquezas del mundo y se las condenaba a una lenta decadencia que terminó en la muerte nacional, Inglaterra, con la ayuda de sus obedientes servidores, estaba aprovechando cualquier oportunidad disponible para provocar alboroto y confusión en el continente, 170 millones de personas en la Unión Soviética estaban condenadas a una existencia miserable mientras el bolchevismo construía un ejército que podría caer sobre el continente en tiempos de crisis, con la firme intención de provocar bárbaras revoluciones nacionales que destruirían la vida económica, social, cultural y comunitaria.

Todos estos problemas deben resolverse mediante esta guerra, nos guste o no. Debemos seguir las leyes vigentes desde su inicio. Ninguno de nosotros tiene ya una salida. No podemos posponer ni retrasar nada. Cada campaña individual de la guerra es necesaria por sí sola. Si no tuviéramos que luchar contra ellos hoy, tendríamos que hacerlo mañana, probablemente en condiciones mucho menos favorables. Nadie debería imaginar que los problemas de Europa se habrían resuelto si Polonia hubiera renunciado a Danzig y hubiera permitido un corredor, o si Inglaterra y Francia hubieran aceptado la oferta de paz del Führer al final de la campaña polaca. ¿Alguien cree que Inglaterra se habría quedado dormida o que la Unión Soviética habría llegado a la conclusión de que había construido su ejército revolucionario sólo como un juguete? No, la guerra habría regresado en unos pocos años, con la diferencia de que el enemigo habría aprendido las lecciones militares de la campaña polaca y habría mejorado sus armas hasta un

punto que podría haber estado más allá de nuestras capacidades de manejar. El destino nos trata de forma dura y despiadada, pero pretende nuestro bien. Nos obliga a tomar decisiones que quizás no tomaríamos si nuestros enemigos parecieran agradables, lo que sin duda significaría una amenaza mortal en el futuro. Los problemas básicos de nuestra región han quedado claros y su solución no puede demorarse más. Es más que una solución a diversas dificultades territoriales; es cuestión de todo. Eso explica las dimensiones de la guerra. Existen conexiones entre los distintos escenarios de esta guerra que tarde o temprano habrían conducido a esta, cualesquiera que fueran las circunstancias. En medio de todas las cargas espirituales y físicas de esta guerra, de hecho de cualquier guerra, no podemos olvidarlo. La pregunta importante no es cuándo terminará la guerra, sino cómo terminará. Si ganamos, todo estará resuelto: materias primas, suministros de alimentos, espacio vital, las bases de la transformación social de nuestro estado y la independencia nacional de las potencias del Eje. Si lo perdemos, se perderá todo eso y mucho más: toda nuestra vida nacional. Esa vida nacional es exactamente lo que nuestros oponentes cuestionan. Es posible que difieran en sus ideas sobre cómo destruir de manera más eficiente y permanente al Reich y sus aliados.

Uno pide la disolución de nuestra unidad militar y económica, otro pide dividirnos en estados más pequeños, un tercero pide el control de la natalidad y la reducción de nuestra población a 10 millones, una cuarta parte pide la esterilización de cada uno de nosotros menores de sesenta años. Pero todos están de acuerdo en una cosa: en la firme resolución de que si una vez más derrotan a Alemania, esta vez debemos ser aplastados, destruidos, exterminados y aniquilados. Esta vez no podemos esperar otro Tratado de Versalles que no dejaría ni la más mínima posibilidad de recuperación nacional. Cuanto más desesperada parece la situación militar para el otro lado, más sanguinarias se vuelven sus fantasías de venganza del Antiguo Testamento. Sus lemas pueden parecer seductores a los oídos de los ignorantes, pero detrás de sus frases humanitarias e hipócritas se esconde un deseo manifiesto de destrucción. Las potencias del Eje luchan por su propia existencia. Los problemas y dificultades que nos trae la guerra palidecen ante el infierno que nos espera si perdemos. No tiene sentido ocultar la verdad. La claridad nunca es causa de debilidad, siempre es causa de fortaleza. Si un gran profeta nacional hubiera contado al pueblo alemán en 1917 todo lo que les sucedería tras la capitulación de noviembre de 1918, probablemente habríamos ganado la guerra en lugar de perder el aliento en el último cuarto de hora.

Era necesario un genio político de la magnitud de Adolf Hitler para reparar los daños causados en noviembre de 1918 tras una batalla de 20 años. Incluso entonces, sus esfuerzos a menudo pendían de un hilo. No habrá una segunda oportunidad. La suerte que tenemos hoy es la mayor. También es el último. Debemos tener esto claro todos los días. El soldado se debe cuenta cuando va a la batalla, el trabajador cuando va a trabajar, el granjero cuando cosecha el pan de cada día, el ingeniero, el científico, el funcionario civil, el médico, el artista, dondequiera que sirvan a la nación. Debe ser nuestra oración cada mañana y cada tarde. Debe ser la fuerza motivadora de todo lo que somos y hacemos. Podemos ganar y ganaremos. Requerirá un gigantesco esfuerzo nacional de todo el pueblo. Nadie puede quedarse al margen, nos involucra a todos. Así como ganar la guerra nos beneficiará a todos, perderla nos destruirá a todos. Como siempre en los momentos decisivos de nuestra historia, nuestro pueblo tiene su destino en sus propias manos. Somos los herreros de nuestro futuro, hoy más que nunca. Debemos mostrar a las demás naciones el camino para poner fin a la confusión general europea. ¿Podemos culpar al destino por ofrecernos un último y duro desafío antes del último gran triunfo?

¿Alguien creyó que nuestra misión histórica de reordenar el continente caería en nuestras manos, sin mucho esfuerzo de nuestra parte? La historia no da regalos, sólo oportunidades. El que no los alcanza y los retiene, lo pierde todo. Así son las cosas y debemos aceptarlas como son. Sabemos muy bien los grandes sacrificios que la guerra exige de casi todo el mundo. ¿Pero no son los sacrificios de las naciones derrotadas mucho mayores que los nuestros, incluso si ya no están en la guerra? Aunque soportamos las cargas más pesadas de la guerra, todavía tenemos el nivel de vida más alto de cualquier nación europea. Debemos aceptar las limitaciones en todos los ámbitos de la vida, pero en ningún lugar son insoportables. Debemos trabajar como nunca antes. La batalla por el destino de nuestro pueblo exige toda nuestra devoción, energía y disposición. Sin embargo, por difícil que sea, basta con mirar a nuestro alrededor para encontrar a alguien para quien las cosas son aún más difíciles. La guerra no es sólo un asunto de soldados, es una necesidad dura, amarga y sangrienta para toda la nación. No queríamos esta guerra, a pesar de

nuestra situación difícil y casi desesperada en aquel entonces; nos fue impuesta. Pero ahora estamos en guerra. Lo peor ha quedado atrás. Ahora es deber de hasta el último hombre y mujer del país tener la convicción firme y resuelta de que esta guerra debe llevarse a cabo hasta un punto tal que no sea necesario repetirla. Se lo debemos a nosotros mismos y a nuestra posteridad. ¡Trabajemos y luchemos entonces hasta que la victoria sea nuestra! Haz todo lo que te lleve a la victoria y evita todo lo que se interponga en tu camino. No preguntes cuándo llegará, sino haz todo lo posible para estar seguro de que llegará. Llegará el día en que el destino le dé a nuestra nación y a quienes lucharon por ella la corona de laurel de la victoria. Entonces las profundas arrugas del rostro de nuestro pueblo brillarán con la bendición del siglo.

Joseph Goebbels - los judíos son los culpables.

16 de noviembre de 1941

La responsabilidad histórica del judaísmo mundial en el estallido y la expansión de esta guerra ha quedado demostrada con tanta claridad que no es necesario seguir hablando de ella. Los judíos querían la guerra y ahora la tienen. Pero también se está cumpliendo la profecía del Führer del 30 de enero de 1939 al Reichstag alemán: “si el judaísmo financiero internacional logra sumergir al mundo una vez más en la guerra, el resultado no será la bolchevización del mundo y, por lo tanto, la victoria de los judíos, sino la destrucción de la raza judía en Europa”. Estamos viendo el cumplimiento de la profecía. Los judíos están recibiendo un castigo que es ciertamente duro, pero más que merecido. El judaísmo mundial se equivocó al sumar las fuerzas de que disponía para esta guerra y ahora está experimentando gradualmente la destrucción que planeó para nosotros y que habría llevado a cabo sin pensarlo dos veces si hubiera tenido la capacidad. Está pereciendo según su propia ley: “Ojo por ojo, diente por diente”. En esta lucha histórica, cada judío es nuestro enemigo, ya sea que vegeta en un gueto polaco, que lleva una existencia parasitaria en Berlín o Hamburgo, o que toca las trompetas de la guerra en Nueva York o Washington. Todos los judíos, por su nacimiento y su raza, son parte de una conspiración internacional contra la Alemania Nacional Socialista.

Quieren su derrota y aniquilación y hacen todo lo que está en su poder para lograrla. El hecho de que no puedan hacer nada dentro del Reich no es un signo de su lealtad, sino más bien de las medidas adecuadas que tomamos contra ellos. Una de estas medidas es la institución de la estrella amarilla que cada judío debe llevar. Queríamos hacerlos visibles como judíos, sobre todo si hacían el más mínimo intento de dañar a la comunidad alemana. Es una medida notablemente humana por nuestra parte, una medida higiénica y profiláctica para asegurarnos de que el judío no pueda infiltrarse en nuestras filas sin ser visto para sembrar la discordia. Cuando los judíos aparecieron por primera vez hace varias semanas en las calles de Berlín adornados con su estrella judía, la reacción inicial de los ciudadanos de la capital del Reich fue de sorpresa. Sólo unos pocos sabían que en Berlín todavía había tantos judíos. De repente, todos se encontraron en el barrio con alguien que parecía un ciudadano inofensivo, que tal vez se quejaba o criticaba un poco más de lo normal y en quien nadie había pensado que fuera judío. Se había escondido, se había mimetizado con el entorno, adoptando el color del fondo, se había adaptado al entorno para esperar el momento oportuno.

¿Quién de nosotros tenía la menor idea de que el enemigo estaba a su lado, de que un oyente silencioso o astuto escuchaba las conversaciones en la calle, en el metro o en las colas de las tiendas de tabaco? Hay judíos que no se reconocen por los signos externos. Son los más peligrosos. Siempre ocurre que, cuando tomamos alguna medida contra los judíos, los periódicos ingleses o estadounidenses informan de ello al día siguiente. Incluso hoy, los judíos siguen teniendo conexiones secretas con nuestros enemigos en el extranjero y las utilizan no sólo en su propia causa, sino también en todos los asuntos militares del Reich. El enemigo está entre nosotros. ¿Qué tiene más sentido que, al menos, hacer que esto sea claramente visible para nuestros ciudadanos? En los primeros días tras la introducción de la estrella judía, las ventas de periódicos en Berlín se dispararon. Cada judío de la calle compraba un periódico para ocultar su marca de Caín. Cuando se prohibió esto, se empezó a ver a judíos en las calles del lado oeste de Berlín en compañía de extranjeros gentiles. Estos lacayos judíos deberían llevar la estrella judía. La excusa que dan para su conducta provocadora es siempre la misma: los judíos también son seres humanos. Nunca negamos eso, como nunca negamos la humanidad de los asesinos, violadores de niños, ladrones y proxenetas, aunque nunca sentimos la necesidad de desfilar con

ellos por la Kurfürstendamm. ¡Todo judío es un judío decente que ha encontrado un goy tonto e ignorante que lo cree decente! Como si eso fuera una razón para darles a los judíos una especie de escolta honorable. Qué tontería. Los judíos tienen que depender cada vez más de sí mismos y recientemente han encontrado un nuevo truco. Conocían al bondadoso Michael alemán que hay en nosotros, siempre dispuesto a derramar lágrimas sentimentales por la injusticia cometida contra ellos. De pronto, uno tiene la impresión de que la población judía de Berlín está formada únicamente por bebés o frágiles ancianas cuya indefensión podría conmovernos. Los judíos envían a los que dan lástima. Pueden confundir a algunas almas inofensivas por un tiempo, pero a nosotros no. Sabemos exactamente cuál es la situación. Solo por ellos debemos ganar la guerra. Si la perdemos, esos judíos de apariencia inofensiva se convertirían de repente en lobos furiosos. Atacarían a nuestras mujeres y niños para vengarse. Hay suficientes ejemplos en la historia. Eso es lo que hicieron en Besarabia y los países bálticos cuando el bolchevismo entró en escena, aunque ni los pueblos ni sus gobiernos les habían hecho nada.

No hay vuelta atrás en nuestra lucha contra los judíos, incluso si quisiéramos, lo cual no es el caso. Los judíos deben ser expulsados de la comunidad alemana, porque ponen en peligro nuestra unidad nacional. Ese es un principio elemental de higiene racial, nacional y social. Nunca nos darán descanso. Si pudieran, llevarían a una nación tras otra a la guerra contra nosotros. ¿A quién le importan sus dificultades?, a quienes sólo quieren obligar al mundo a aceptar su sangrienta dominación financiera. Los judíos son una raza parásita que se alimenta como un hongo asqueroso de las culturas de pueblos sanos pero ignorantes. Sólo hay una medida eficaz: eliminarlos. ¡Qué estúpidos e irreflexivos son los argumentos de los atrasados amigos de los judíos ante un problema que ha preocupado a la humanidad durante milenios! ¡Cómo se quedarían boquiabiertos si pudieran ver algún día a sus queridos judíos en el poder! Pero sería demasiado tarde. Por eso es deber de un liderazgo nacional tomar todas las medidas necesarias para evitar que algo así suceda. Hay diferencias entre las personas, como las hay entre los animales.

Algunas personas son buenas, otras malas. Lo mismo sucede con los animales. El hecho de que el judío todavía viva entre nosotros no es prueba de que pertenezca a nosotros, al igual que una pulga no es un animal doméstico simplemente porque vive en una casa. Cuando el señor Bramsig o la señora Knöterich sientan lástima por una anciana que lleva la estrella judía, también deberían recordar que un sobrino lejano de esta anciana, llamado Nathan Kaufmann, vive en Nueva York y ha preparado un plan por el cual todos los alemanes menores de 60 años serán esterilizados. Deberían recordar que un hijo de su tío lejano es un belicista llamado Baruch o Morgenthau o Untermayer que apoya al señor Roosevelt y lo empuja a la guerra, y que si tienen éxito, un soldado estadounidense bueno pero ignorante puede un día matar a tiros al hijo único del señor Bramsig o la señora Knöterich. Todo será en beneficio del judaísmo, al que también pertenece esta anciana, no importa cuán frágil y digna de lástima pueda parecer. Si los alemanes tenemos un defecto fatal en nuestro carácter nacional, es el olvido. Este defecto habla bien de nuestra decencia y generosidad humanas, pero no siempre de nuestra sabiduría o inteligencia política. Creemos que todos los demás son tan bondadosos como nosotros. Los franceses amenazaron con desmembrar el Reich durante el invierno de 1939/40, diciendo que nosotros y nuestras familias tendríamos que hacer cola ante sus cocinas de campaña para conseguir algo caliente para comer.

Nuestro ejército derrotó a Francia en seis semanas, después de las cuales vimos a soldados alemanes dando pan y salchichas a mujeres y niños franceses hambrientos, y gasolina a refugiados de París para permitirles regresar a casa lo antes posible, para difundir allí al menos algo de su odio contra el Reich. Así somos los alemanes. Nuestra virtud nacional es nuestra debilidad nacional. No queremos cambiar demasiado, y mientras nuestra bondad mundialmente famosa no haga mucho daño, ¿por qué deberíamos hacerlo? Sin embargo, Klopstock nos dio un buen consejo: no seamos demasiado bondadosos, ya que nuestros enemigos no son lo suficientemente nobles como para pasar por alto nuestros errores. Si este consejo se aplica en algún lugar, se aplica a nuestras relaciones con los judíos. La negligencia en este caso no es sólo una debilidad, es un descuido del deber y un crimen contra la seguridad del Estado. Los judíos anhelan una cosa: recompensar nuestra estupidez con derramamiento de sangre y terror. Nunca debe llegarse a eso. Una de las defensas más eficaces es la dureza implacable y fría contra los destructores de nuestro pueblo, contra los instigadores de la guerra, contra los que se

beneficiarían si perdiéramos y, por lo tanto, también contra las víctimas, si ganáramos. Por eso, debemos decir una y otra vez:

1). Los judíos son nuestra destrucción. Ellos comenzaron esta guerra y la dirigen. Quieren destruir el Reich alemán y a nuestro pueblo. Este plan debe ser bloqueado.
2). No hay distinciones entre judíos. Cada judío es un enemigo jurado del pueblo alemán. Si no manifiesta su hostilidad, es solo por cobardía y astucia, no porque nos ame.
3). Los judíos son los culpables de cada soldado alemán que cae en esta guerra. Lo tienen sobre su conciencia y también deben pagar por ello.
4). Si alguien lleva la estrella judía, es un enemigo del pueblo. Cualquiera que trate con él es igual a un judío y debe ser tratado como tal. Se gana el desprecio de todo el pueblo, porque es un cobarde que los deja en la estacada para ponerse del lado del enemigo.
5). Los judíos disfrutan de la protección de nuestros enemigos. Esa es toda la prueba que necesitamos para demostrar lo dañinos que son para nuestro pueblo.
6). Los judíos son los agentes del enemigo entre nosotros. Quien se pone de su lado ayuda al enemigo.
7). Los judíos no tienen derecho a reclamar igualdad con nosotros. Si quieren hablar en las calles, en las colas fuera de las tiendas o en el transporte público, se los debe ignorar, no sólo porque están simplemente equivocados, sino porque son judíos que no tienen derecho a una voz en la comunidad.
8). Si los judíos apelan a su sentimentalismo, comprenda que están esperando su olvido, y hágales saber que usted ve a través de ellos y los desprecia.
9). Un enemigo decente merecerá nuestra generosidad después de que hayamos ganado. Sin embargo, el judío no es un enemigo decente, aunque intente parecerlo.
10). Los judíos son responsables de la guerra. El trato que reciben de nosotros no es nada injusto. Se lo merecen todo.

Es tarea del gobierno ocuparse de ellos. Nadie tiene derecho a actuar por su cuenta, pero cada uno tiene el deber de apoyar las medidas del Estado contra los judíos, de defenderlas y de no dejarse engañar por ninguna artimaña judía. La seguridad del Estado exige eso de todos nosotros.

Joseph Goebbels - el gigante pomposo.

23 de noviembre de 1941

El primer ministro británico Winston Churchill, como es sabido, es un amigo íntimo del alcohol. Sus relaciones con la verdad son un poco más tensas. Desde que entró en la vida política, está en pie de guerra. Es uno de los mentirosos más conocidos del mundo. No sólo los que viven en países neutrales y enemigos sonríen cuando dice algo, sino que incluso los círculos eruditos de Inglaterra no pueden reprimir una sonrisa. Todo el mundo sabe cómo suma o resta, por ejemplo. En este momento divide por tres las cifras desfavorables para Inglaterra y multiplica por la misma cifra las favorables. El multiplicador o divisor varía según la situación de la guerra. Cuando recientemente Churchill se vio obligado a dar cuenta de la batalla del Atlántico ante la Cámara de los Comunes, anunció que se habían hundido 750.000 BRT en los cuatro meses anteriores. La cifra real era de 2 millones [las pérdidas de barcos británicos entre marzo y junio de 1941 fueron de unos dos millones de toneladas]. Es cierto que puede afirmar que es menos mentiroso que Stalin. Este último dijo recientemente que faltaban 378.000 soldados soviéticos, mientras que nosotros tenemos 3.600.000 prisioneros bolcheviques. Utiliza un divisor de diez. Está claro que el enemigo no duda en decir las mentiras más escandalosas, incluso cuando poseemos pruebas numéricas irrefutables y persuasivas.

Está claro que ya no intentan impresionarnos con sus cifras. El único objetivo es un impacto más o menos a corto plazo en la opinión pública mundial. Ya no tienen el coraje de decir toda la verdad, ya que empiezan a darse cuenta de que podría ser un shock para la opinión pública nacional que no se puede controlar. Ocultan los hechos sin preocuparse especialmente por nosotros. Así están las cosas en este momento en la coalición Moscú-Londres-Washington. En Inglaterra se plantean cada vez más preguntas sobre cómo, dada la situación actual, Inglaterra tiene alguna posibilidad de ganar. En efecto, Churchill afirmó con emoción durante su último discurso que si Japón y Estados Unidos iniciaran la guerra, una declaración de guerra británica seguiría en una hora. Todo el mundo sabe que eso es un farol. ¿Cómo puede una Inglaterra que envía diariamente súplicas desesperadas a Estados Unidos prestar algún apoyo? La situación actual de Gran Bretaña es tan desesperada que sólo un milagro puede salvarla. Las profecías de Churchill no se han cumplido. La Unión Soviética no ha hecho lo que se esperaba de ella. La batalla del Atlántico continúa con consecuencias que a largo plazo sólo pueden ser fatales para Inglaterra.

La amenaza de un bloqueo a las potencias del Eje ha fracasado. Roosevelt se lanza a la guerra con botas de siete leguas, pero puede que no lo consiga, e incluso si lo hace, ¿cómo cambiaría la entrada de Estados Unidos la precaria situación de Inglaterra? El gobierno inglés debe mantener la cara, incluso en su desesperada situación actual. No se puede determinar el cambio dramático en los cambios de Inglaterra comparando ayer con hoy, pero si se mira hacia atrás, a fines de junio, resulta claro que las posibilidades de Inglaterra son nulas. Ni siquiera mencionaremos el supuesto plan de invadir el continente como una forma de quitarle presión a los soviéticos, aunque Londres hablaba de él hace cuatro meses como si fuera prácticamente algo dado. Ha sido eliminado de consideración al otro lado del Canal, y por el mismo Primer Ministro que no hace mucho tiempo estaba animando a sus periodistas pagados a promoverlo. Cuando el Führer habló con mordaz ironía de esta cháchara vacía en su reciente discurso de Múnich, la prensa inglesa trató apresuradamente de evitar el asunto, explicando que el discurso del Führer realmente no decía nada nuevo y, por lo tanto, no merecía una respuesta detallada. Sin embargo, en las 24 horas anteriores, la fuerza aérea británica perdió 60 valiosos aviones y 250 tripulantes en vuelos sobre el Reich o nuestros territorios ocupados. Durante el mismo período tuvimos siete

muertes civiles y ningún daño significativo. Las pérdidas humanas se sitúan, pues, en una proporción de 1:36. Las pérdidas materiales son apenas comparables. Churchill achacó las enormes pérdidas sufridas por la Real Fuerza Aérea a las condiciones meteorológicas, que según su servicio de noticias fueron las peores en 98 años. Parece que los británicos llevan 98 años llevando registros exactos de las condiciones meteorológicas en Alemania, después de todo hay que ser ordenado. También aumentó el número de aviones participantes en un periodo de 72 horas de 150 a 2.000, para reducir los porcentajes de pérdidas. Pero la prensa estadounidense informó al día siguiente que la Real Fuerza Aérea perdió casi la mitad de los aviones implicados en la misión. Haga lo que haga, a Inglaterra no le queda más que un regusto amargo. Ha calculado mal en todos los aspectos. No hay revolución en Alemania ni en las regiones ocupadas. El bloqueo ha resultado inútil por el contrabloqueo alemán. La situación actual descarta un retorno al continente. La llamada "ofensiva sin escalas" no ha cumplido ni de lejos sus promesas. Ya no tememos la ayuda de los Estados Unidos. A pesar de todas las oraciones del arzobispo de Canterbury, la ofensiva bolchevique ha fracasado.

Los numerosos intentos psicológicos de Londres para romper la unidad del Eje estaban condenados al fracaso desde el principio. Los intentos británicos de quebrantar la moral alemana han fracasado. Una vez más: ¿cómo es posible que Inglaterra gane, o mejor dicho, cómo es posible que no pierda? No somos de los que fantasean con un colapso del Imperio Británico en el próximo día o dos. Todo lo bueno lleva tiempo y lo que se ha construido durante siglos no se derrumbará en unos pocos meses. Vemos las cosas de manera realista y sabemos que harán falta más golpes antes de que el gigante pomposo comience a desmoronarse. Pero eso no es realmente importante. Lo que es importante es el hecho de que Inglaterra ya no tiene ninguna posibilidad de ganar y, de hecho, ya está en camino de la derrota. Nadie puede decir exactamente cuándo sucederá eso. No estamos librando una guerra con un cronómetro. El señor Churchill lo hace a diario, en el marco de su servicio de propaganda, afirmaciones pueriles de que, si no hemos ganado la guerra en un momento determinado, la perderemos. Es cierto que las industrias armamentísticas británica y norteamericana están produciendo a plena capacidad, pero ¿cree el señor Churchill que nuestras fábricas y las de nuestros aliados están ociosas? No creemos que el tiempo juegue a favor de Inglaterra. Sabemos exactamente lo que Inglaterra puede y no puede hacer.

Sabemos también lo que no podemos hacer y, sobre todo, lo que podemos hacer. Disponemos también de cifras firmes que nos dan una idea fiable de nuestras capacidades armamentísticas y las del enemigo. El señor Churchill puede engañar a sus satélites con sus cifras, pero nunca dudaremos de qué multiplicador o divisor debemos aplicar a sus cifras. Por cierto, tanto el pasado reciente como el lejano proporcionan pruebas suficientes de que hay que distinguir entre las afirmaciones de Inglaterra y los hechos. Lo que anuncian o amenazan suele resultar vano. Su jactancia, por tanto, no tiene ningún efecto sobre nosotros. No nos causan el susto que parece esperar el señor Churchill, sino que más bien nos dan ocasión de sonreír. Londres no puede engañarnos. Sabemos tan bien como el señor Churchill, quizá incluso mejor que él, la situación desesperada en la que se encuentra el Imperio británico. La única pregunta que queda es por qué se mantiene obstinadamente e insistentemente en una posición que es tan perjudicial para Inglaterra. En las últimas semanas han corrido rumores de que hay alemanes que están tanteando la paz. El deseo es el padre de la idea. Él tiene que dar a su pueblo algo que fortalezca su determinación.

Cuando anuncia a bombo y platillo que nunca aceptará una oferta de paz alemana, una oferta que nosotros no hemos hecho y nunca haremos, sólo está agarrándose a un clavo ardiendo como una forma de lidiar con su complejo de inferioridad. No lo consideramos una persona con conciencia política. No tiene ningún escrúpulo y su piel es tan gruesa como la de un hipopótamo. Es completamente indiferente a la enorme miseria en la que ha sumido a las naciones que ha seducido. También es incapaz de pensar históricamente, como lo demuestran regularmente sus discursos. El que se alía con el bolchevismo para devastar Europa es un hombre sin carácter, hostil a Europa. En realidad, no le interesan esas cosas. Sólo evalúa todo en función de cómo afecta a su valioso yo. Él preparó esta guerra y la incitó. En el sentido más completo de la palabra, es su guerra. Si Inglaterra pierde la guerra, su posición también se derrumbará, y tal vez más completamente de lo que es capaz de comprender hoy. Tal vez por eso ha hecho repetidos intentos recientemente de atribuir la responsabilidad de la guerra a otra persona. En sus momentos más lúcidos, probablemente ve acercarse su destino, pero no quiere admitirlo. Lucha

desesperadamente, esperando un milagro. Esperará en vano. La historia también tiene sus leyes. A veces se pueden frenar, pero nunca detener. El destino sigue su curso prescrito. No se detendrá a las puertas de Inglaterra. No sabemos cuándo llegará la hora. En lugar de preguntar cuándo, deberíamos trabajar y luchar por él para que nos encuentre preparados.

Joseph Goebbels - el señor Roosevelt fue interrogado.

30 de noviembre de 1941

El 28 de octubre, hace más de un mes, el presidente de los Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt, pronunció un discurso radiofónico cuyo objetivo, al parecer, era sumergir al pueblo norteamericano en la incertidumbre y el pánico, para preparar así poco a poco la fatídica intervención que desea el presidente norteamericano, independientemente de la opinión pública norteamericana. El discurso se diferenciaba de todos sus discursos anteriores en que Roosevelt no se limitaba a los ataques casi tradicionales, inescrupulosos y calumniosos contra el Führer y la Alemania Nacional Socialista. Esta vez hizo acusaciones concretas contra la política del Reich, que intentó demostrar mediante documentos comprometedores que supuestamente poseía. El señor Roosevelt afirmaba tener en sus manos pruebas de que las potencias del Eje estaban planeando reorganizar América del Sur y Central. Planeaban transformar los catorce países existentes en cinco estados que estarían bajo su control. Su prueba era un mapa secreto supuestamente elaborado por el gobierno del Reich. El gobierno norteamericano también afirma poseer otro documento del Reich. Según él, el gobierno del Reich planea abolir las religiones existentes en el mundo una vez que haya ganado la guerra: el catolicismo, el protestantismo, el islamismo, el hinduismo, el budismo y el judaísmo.

Serán reemplazadas por una iglesia Nacional Socialista internacional, la cruz por la esvástica y Dios por el Führer. Eso es lo que afirma. Para nosotros está claro que el señor Roosevelt necesitaba esta gran estafa para agitar a la opinión pública norteamericana. Necesitaba la munición más pesada posible, ya que el pueblo norteamericano es en este momento más inteligente que su gobierno y no quiere tener absolutamente nada que ver con la guerra en Europa. En realidad, no nos interesa demasiado la opinión del señor Roosevelt sobre la inteligencia de su pueblo ni lo que él cree que es capaz de creer, y normalmente no veríamos la necesidad de responder a sus mentiras descaradas y escandalosas que tan claramente muestran signos de invención. Sin embargo, en este caso se trata de una falsificación política que nos parece que tiene un propósito claro y siniestro, y nos dio una oportunidad tan fácil de poner en evidencia a los mentirosos ante el mundo entero que difícilmente podíamos dejar pasar la oportunidad. Sin embargo, tuvimos que superar nuestros escrúpulos morales para enfrentarnos al mentiroso y preguntarle de dónde había sacado esos supuestos documentos, dónde se podían encontrar y si estaba dispuesto a mostrarlos al público. Las cosas sucedieron como esperábamos. El señor Roosevelt, presidente de una nación de 130 millones de habitantes, esquivó nuestras preguntas.

Afirmó que la autenticidad de los documentos era irrefutable; él los tenía. Sin embargo, no podían publicarse, ya que eran secretos y publicarlos revelaría la fuente. Y el mapa en cuestión que dividía América Central y del Sur tenía marcas a lápiz que podían comprometer la fuente que los proporcionó. Él, Roosevelt, no quería causarle ningún problema al pobre tipo que los transmitió. ¡Ojalá tuviéramos un presidente así! Es un alma bien intencionada que se preocupa por sus sinvergüenzas. Dados sus discursos y acciones, no dudaría en enviar cientos de miles de soldados al campo de batalla, incluso quizás sacrificándolos al servicio de sus locos planes de conquista, pero la idea de causarle problemas a un traidor honorable y excelente le rompe el corazón. Como es de suponer, la respuesta de Roosevelt no fue una prueba muy convincente de sus espeluznantes acusaciones, ni en su país ni en el extranjero. Nuestras duras preguntas dieron sus frutos. Nosotros utilizamos la prensa y la radio para proponer al presidente norteamericano que publicara el mapa incriminatorio de América Central y del Sur, tal vez borrando las ominosas marcas de lápiz o cubriéndolas con papel, o al menos que publicara el texto de nuestro notorio

plan de iniciar una campaña contra todas las religiones del mundo una vez terminada la guerra, desde Jehová hasta Confucio y Cristo. El señor Roosevelt se sumió en el silencio, sin decir nada en absoluto. Sólo una de sus criaturas, el ex dueño de un burdel y proxeneta argentino Taborda, que casualmente lo estaba visitando en ese momento, dijo que había podido echar un vistazo al mapa y que todo era como el señor Roosevelt había dicho. No podía decir más, ya que había dado su palabra de honor. Se puede entender nuestra renuencia a considerar absolutamente convincente la palabra de honor de una figura tan dudosa del submundo. Investigamos más y, como no pudimos averiguar nada más dado el silencio obstinado del acusador, tratamos de atraerlo a una respuesta mediante ataques masivos. Por desgracia, el caballero normalmente hablador parecía haber olvidado cómo hablar. Incluso los intentos de la prensa norteamericana de averiguar algo más mientras visitaba uno de los famosos rascacielos fueron en vano. El gobierno del Reich publicó dos desmentidos formales el 1 de noviembre, que golpearon a Roosevelt con tanta fuerza que tuvo que elegir entre revelar sus documentos o demostrar que era un falsificador y mentiroso ante el mundo entero.

Escogió esto último. La prensa norteamericana dio un tratamiento de primera plana a los desmentidos alemanes y pidió una respuesta. El señor Roosevelt aceptó los golpes, se frotó las mejillas y no dijo nada. Hicimos todas las sugerencias imaginables para facilitar la publicación de los documentos, pero el presidente norteamericano prefirió que lo consideraran un mentiroso y un falsificador a demostrar sus absurdas acusaciones. Así son las cosas. No nos hacemos ilusiones creyendo que tenemos algún modo de obligar al señor Roosevelt a hablar. Al parecer tiene todas las razones para esperar que el asunto sea olvidado. Cuando hizo sus acusaciones, tal vez se podría conceder generosamente que las creía. Al menos era posible que hubiera sido víctima de algún tipo de estafa y que hubiera creído en la autenticidad de los documentos. Esto ya no es posible, porque si hubiera actuado honestamente habría aportado las pruebas que apoyaban sus acusaciones. No lo ha hecho. Eso es prueba suficiente de que no fue víctima de una falsificación, sino que él mismo estuvo implicado directa o indirectamente. Se trata de una cuestión de guerra y paz, y el público norteamericano tiene todo el derecho a interrogar a su presidente y sus acciones, a preguntarle sobre estos documentos, por qué el señor Roosevelt no los ha publicado, si sigue en pie su discurso del 28 de octubre y qué piensa hacer para reparar el daño causado a su reputación por las dos desmentidas alemanas que lo acusan de falsificación.

Uno siempre siente la necesidad de lavarse las manos después de verse obligado a lidiar con los métodos del intervencionismo norteamericano. Es tan desagradable y asqueroso que uno se estremece. Cuando se escuchan por la radio o se leen en la prensa las tonterías piadosas de la plutocracia mundial dirigida por los judíos, basta con mirar entre bastidores para sentir compasión por las miserias de la humanidad. Que un hombre así tenga la desfachatez de juzgarnos, de poner a Dios y al mundo como testigos de la pureza de sus actos, de incitar a la guerra y de enviar a gente inocente cantando “Adelante, soldados cristianos” a luchar por sus sucios intereses financieros sólo puede llenar de profundo horror a cualquiera que tenga el más primitivo sentido de la decencia. Si sólo existieran personas así en el mundo, habría que despreciar a la humanidad. El señor Roosevelt es cómplice de Churchill, pero aparentemente calcula que en caso de derrota de Inglaterra, quedará una parte respetable de las posesiones de Gran Bretaña. Por eso se lanza a la guerra a pesar de la oposición de la opinión pública de una manera incomprensible para quienes no están familiarizados con los países democráticos. Sea cual sea la política que siga, ya no es capaz de cambiar el destino de Inglaterra en esta guerra.

Si el señor Roosevelt no quiere aceptar nuestro argumento, al menos podría considerar que es poco probable que ataquemos el continente americano porque simplemente no es factible. Esto debe quedarle claro, ya que es igualmente inviable que los americanos nos ataquen. En cuanto a los armamentos americanos, en primer lugar no son de la calidad de los europeos, y mucho menos mejores. En segundo lugar, el material americano debe cruzar el inseguro Atlántico para llegar a Inglaterra. Nosotros, en cambio, podemos recibir todo lo que no producimos nosotros mismos a través de líneas ferroviarias seguras de todos los países de Europa. Incluso en América los árboles no llegan al cielo. Podemos distinguir cuáles de las amenazas de nuestro enemigo son serias y cuáles son engaños. No subestimamos a los Estados Unidos, pero tampoco los sobreestimamos. Si el señor Roosevelt logra provocar la guerra, la realidad le parecerá considerablemente menos agradable que sus fantasías. Seguiremos sus continuas maquinaciones con estoica calma. Aquí también la comida está más caliente en el horno que en el plato.

21 de diciembre de 1941

Es asombroso, casi inverosímil, que el estado del mundo pueda cambiar completamente en tan poco tiempo. La guerra moderna habla su propio idioma, y las ideas y principios que hace veinte años eran la teoría y la práctica militar estándar hoy están completamente anticuados. Si se compara la situación mundial del domingo 7 de diciembre, el día en que Japón dio al presidente Roosevelt la respuesta adecuada a sus provocaciones descaradas y afrentas desvergonzadas, con la de hoy, se llegará sin duda a la conclusión de que la posición de las potencias del Eje ha mejorado de una manera que incluso unos días antes los expertos militares y políticos habrían considerado altamente improbable. Todas las confiadas predicciones de los Estados Unidos e Inglaterra se han derrumbado. Los de Washington aparentemente pensaron que la paciencia y la incansable persistencia de los negociadores japoneses eran signos de debilidad. Estaban tan sorprendidos por el repentino espíritu de ataque del ejército japonés que hasta ahora no han encontrado una explicación plausible para lo sucedido. El entusiasmo nacional, la pasión patriótica y la devoción de un pueblo militar han obtenido una vez más un gran triunfo, mientras que los malabaristas liberales y democráticos se encuentran entre las ruinas de muchas de sus vagas esperanzas y sueños.

Estos acontecimientos no nos han sorprendido. Nunca hemos considerado al Japón, a su ejército, a su pueblo y a sus dirigentes menos de lo que son hoy. Japón sufre los mismos problemas no resueltos que nosotros y que Italia. No tiene espacio para su creciente población. El país padece una creciente escasez de materias primas y de perspectivas económicas. La naturaleza y la situación geográfica y territorial le imponen sus planes de establecer un nuevo orden en el Lejano Oriente. Si no quiere renunciar a toda pretensión de ser una gran potencia, debe seguir las leyes que le impone el destino. Es evidente que el señor Roosevelt y su camarilla plutocrática nunca lo han comprendido y probablemente nunca lo comprenderán. Ven las aspiraciones nacionales de Japón de la misma manera que un capitalista codicioso que preferiría quemar su fábrica antes que dar a los trabajadores lo que necesitan para mantener una existencia básica, lo que es absolutamente necesario para que puedan seguir con vida. Darles lo que necesitan no sería un gran sacrificio para el propietario, pero se mantiene firme por principios. En las relaciones entre grandes potencias llega un momento en que las negociaciones no avanzan y hay que recurrir a las armas. Es característico de la arrogancia obstinada, famosa en todo el mundo de la camarilla anglosajona de belicistas e incendiarios, el hecho de que subestimaron por completo las capacidades y posibilidades militares de Japón por las que tuvieron que pagar un precio escandalosamente alto.

En Londres y Washington, es de suponer que se están replanteando las esperanzas que tenían hace apenas dos semanas sobre la entrada de los Estados Unidos en la guerra. En todo caso, se percibe una considerable decepción en las declaraciones públicas de Roosevelt y Churchill, y las críticas a su comportamiento notablemente estúpido, que han logrado superar la dictadura de un diligente censor, demuestran que esta decepción también es compartida por la opinión pública. No subestimamos, por supuesto, las posibilidades que les quedan a Inglaterra y a los Estados Unidos. Hemos dicho con frecuencia que colosos del tamaño de estas dos potencias mundiales no caen en días, semanas o incluso meses. Tenemos que suponer que nos espera una lucha dura y despiadada en la que habrá altibajos, y que ni siquiera nosotros podremos evitar algunos reveses ocasionales. Esto no es decisivo. Lo decisivo es el hecho de que las posibilidades del Eje son mucho mejores y que sus líderes no dudarán en aprovecharlo. No se puede ignorar el potencial militar de que disponen. Sin embargo, una comparación con el tercer año de la Guerra

Mundial es completamente falsa en este caso. Nos mantuvimos firmes durante cuatro años y perdimos sólo por culpa de un liderazgo débil. Pero Alemania entró en la guerra en 1939 mucho mejor preparada que en 1914. La dificultad entonces era derrotar a Francia, el aliado continental tradicional de Gran Bretaña. Eso ya lo hemos hecho. Los Balcanes ya no son una amenaza. La Unión Soviética ha perdido su capacidad ofensiva y ya no es un factor decisivo en la guerra. Italia y Japón, dos potencias mundiales que se opusieron a nosotros en la Guerra Mundial, ahora luchan de nuestro lado. Eso cuenta doblemente para nosotros, sin mencionar los innumerables imponderables espirituales y morales que nos favorecen. En conjunto, el equilibrio de fuerzas actual es completamente diferente de lo que era durante la Guerra Mundial. Hoy en día apenas nos parece necesario confiar en la creencia en nuestra invencibilidad nacional para predecir que la victoria es segura e inevitable. Los hechos llevan a esa conclusión. Hablan unánimemente por nosotros. Nuestras cifras son exactas, y si el otro lado propone cifras diferentes, se basa en una mala contabilidad. Los países neutrales están cada vez más de acuerdo.

Las crecientes dificultades de la vida civil, inevitables dada la duración de la guerra, no tendrán mucha influencia en el resultado de la misma. Son más o menos las mismas en ambos bandos. Si un invierno más largo de lo normal significa que las patatas llegan al mercado más tarde de lo habitual, no significa que crezcan más rápido en Inglaterra, porque está gobernada por plutócratas en lugar de Nacional Socialistas. Si hay dificultades de transporte en otoño e invierno que afectan a las grandes ciudades y áreas industriales, las cosas no son diferentes para el enemigo. La gente hace cola en Inglaterra frente a las tiendas de tabaco igual que aquí. El hecho de que ciertos bienes y artículos de lujo estén disponibles en las tiendas allí es sólo una cuestión de su alto precio, que impide que los compren las masas, no las clases altas. Esto da la apariencia de prosperidad, pero no es su realidad. Lo que hay que tener en cuenta es que no consideramos que estos factores sean importantes para nuestras posibilidades de victoria, mientras que Inglaterra ha depositado sus esperanzas en ellos. A veces cometemos el error de ver las dificultades de la vida civil sólo aquí, dando por sentado que el otro bando vive igual que en tiempos de paz.

No es así. El hecho de que Inglaterra sea una isla es una desventaja, no una ventaja, dada la naturaleza de la guerra actual. Desde un punto de vista militar, sería difícil para nosotros invadir Gran Bretaña, pero sería al menos igual de difícil, y probablemente más, para Inglaterra invadir Europa. Tenemos la ventaja de contar con líneas ferroviarias seguras. Inglaterra debe traer por barco todo lo que no puede producir por sí misma. Su flota está hoy en mayor peligro que nunca, como lo demostraron recientemente sus derrotas en el Pacífico. A Inglaterra le resultará casi imposible atacarnos. Sus ataques a la periferia, incluso si tienen éxito, no tendrán un impacto significativo en la situación general. Las Islas Británicas son prisioneras de su propia insularidad. La guerra terminará cuando Londres lo comprenda. Hasta que eso ocurra, Gran Bretaña tendrá que sufrir golpes recurrentes antes de que finalmente se le aseste el golpe fatal. Japón ha demostrado una vez más el enorme poder de la dinámica nacional de un pueblo. Uno se conmueve profundamente con los relatos de las hazañas heroicas de los aviadores navales japoneses que desafiaron a la muerte. Japón sabe que, como Alemania e Italia, lucha por su futuro, por su propia vida. La alianza de estas tres grandes potencias que, a pesar de sus milenios de historia, conservan una vitalidad juvenil es natural, fruto del poder ineludible de una lógica histórica amarga.

Ven en esta guerra su mejor oportunidad de existencia nacional. Sus dirigentes y sus pueblos saben lo que está en juego. Es cierto que se vieron obligados a entrar en esta guerra, pero la están librando ofensivamente, no defensivamente. Sus jóvenes en el frente arden de pasión por resolver los problemas de la vida de sus naciones con las armas. Nunca antes habían tenido una oportunidad como ésta de poner a prueba su valor, su fuerza, su disposición viril. Se ven afrentados e insultados por los líderes de la plutocracia de una manera que descarta cualquier posibilidad de rendición. Churchill y Roosevelt todavía no tienen idea de en qué se han metido. Es posible que hayan imaginado una guerra agradable en la que pasearían hasta Berlín, Roma y Tokio, apoyados por los pueblos de países que habían sido seducidos por sus líderes. Pasaron por alto el hecho de que estos gobiernos sólo dicen y hacen lo que sus pueblos quieren, incluso insisten o exigen. No hay mayor error que suponer que existe una brecha entre estos gobiernos y sus pueblos. La Guerra Mundial fue sólo un indicio de lo que les espera a las naciones oprimidas, independientemente de qué lado estén. Esta guerra la libran personas que saben lo que hacen. No es sólo una lucha gigantesca por su honor o prestigio nacional, sino también una lucha por los

elementos básicos de la vida, por el espacio, el trabajo, el alimento y la vida misma. Es una lucha para poner fin a las crisis eternas, por una solución radical a los crecientes problemas de sus naciones, que ya no pueden controlarse dentro de sus propias fronteras. Las potencias del Eje se han visto obligadas a defenderse. Lo harán sin mirar atrás sentimentalmente. Están arriesgándolo todo. No se detendrán con frases humanitarias. Los trucos democráticos no funcionarán aquí; la lucha es la única salida. Un mundo determinado por esos factores está en constante cambio, como demuestran los acontecimientos de las últimas dos semanas. Exige el máximo grado de alerta y preparación. Los dirigentes y el pueblo deben estar siempre alerta, listos para aprovechar cualquier oportunidad. Llegará el día en que el enemigo empiece a desmoronarse. Nadie puede predecir cuándo será, pero todos sabemos que llegará.

Joseph Goebbels - ¿qué es el sacrificio?

Diciembre de 1941

En épocas de grandes emociones y sentimientos, como la guerra, las palabras pierden su verdadero significado y el lenguaje corre el riesgo de perder su fuerza y poder. Cuanto más duran esas emociones y sentimientos, más tiende la gente a adaptar su vida cotidiana y las frases que antes ponían en movimiento el mundo se convierten hoy en jerga. Aunque nos esforzamos por separar las cosas de la vida cotidiana de las cuestiones de nuestro destino nacional para que conserven su significado, en ocasiones se observa que ciertos conceptos pierden su significado por su uso demasiado frecuente. Cuando realmente necesitamos expresar algo, ya no tenemos una forma adecuada de decirlo. Los soldados hablan de manera diferente a los civiles. Aparte de las palabras y frases técnicas militares, en el frente uno se acostumbra a hablar de manera diferente. Esto se debe a que la situación en el frente es completamente diferente y se vive en condiciones completamente diferentes a las de la patria. Cuando la patria habla al frente o el frente a la patria, deben utilizar un lenguaje diferente al que están acostumbrados.

Debe haber palabras reservadas casi exclusivamente para el frente, o al menos para cosas que tienen que ver directamente con el frente o con los acontecimientos de la guerra. Una de esas palabras es sacrificio. El soldado que ha estado en el campo de batalla desde 1939 hace un sacrificio. Ha marchado a través del polvo polaco y el sol francés, en el sudeste por caminos embarrados y luego en el este, donde ha arriesgado su vida por el futuro de su pueblo en seis meses de bárbara batalla. Hoy se mantiene firme a lo largo de un frente de 2.000 kilómetros que se extiende desde el Mar Blanco hasta el Mar Negro, en la nieve y el hielo, la escarcha y el frío, a veces sin comida, a veces sin municiones, completamente aislado durante medio año de la prensa, la radio, el cine, el teatro y cualquier tipo de cultura. Espera semanas para recibir el correo, sin techo sobre su cabeza, sin cama en la que pueda dormir, rodeado de parajes desolados, frente al enemigo, subordinando sus propios deseos y necesidades al todo. Hace un sacrificio. Lo mismo no puede decirse de un camarada del pueblo que debe esperar media hora para un tranvía debido a los recortes de transporte causados por la guerra y llega a casa a las 7:30 p.m. En lugar de las siete de la tarde, comparte una modesta cena con su mujer y sus hijos. Luego lee el periódico o enciende la radio, para la que sólo tiene que girar el mando y encuentra, si no decenas, quizá varias o al menos una emisora.

Si está cansado, se va a la cama. Si su trabajo es especialmente duro, al menos puede dormir hasta tarde el domingo. Si tiene media hora o una hora libre, incluso puede comprar una entrada para el cine o el teatro y el sábado o el domingo ver una película o una ópera. O no llamamos sacrificio a lo que hace el civil o tenemos que encontrar una nueva palabra para el militar. En cualquier caso, nos negamos a utilizar la misma palabra para ambos. Aparte de las zonas en peligro por la guerra aérea, la patria tiene, como máximo, restricciones o penurias más o menos desagradables. El frente, en cambio, hace sacrificios. El individuo nunca puede cometer el error de sobreestimar su propia importancia para el esfuerzo bélico. Es totalmente innecesario responsabilizar al Estado, al gobierno o al partido de las incomodidades que ésta acarrea. Hay quienes creen que, como pagan impuestos, tienen derecho a todo lo que quieran sin tener que hacer nada ellos mismos. La guerra que estamos librando hoy no es una guerra del gobierno, de la Wehrmacht o del partido. Es una guerra de todo el pueblo. Así como todo el pueblo, sin excepción, disfrutará de los frutos de esta guerra, también todo el pueblo, sin excepción, debe compartir sus cargas. No se puede pensar que mientras unos luchan y arriesgan sus vidas, otros tienen derecho a jugar en paz. Es evidente que a nadie se le dará arbitrariamente una carga más pesada de la que puede soportar. Pero si en casa falta tabaco para que al menos nuestros

soldados puedan fumar, nadie se quejará aunque tenga que hacer cola durante una hora para comprar unos cigarrillos. Sin duda, es duro para una madre dejar que su hijo vaya al campo de batalla. Pero ¿qué debe decir una mujer que perdió a su marido y a cuatro hijos en la Guerra Mundial, y ahora ha perdido a su quinto y último hijo en las batallas del Este? No es ningún placer estar sentado tres horas por la noche en un refugio antiaéreo y tener que levantarse cansado y fatigado dos horas más tarde para ir a trabajar. Sin embargo, conocemos a una madre que perdió a sus dos hijos en un bombardeo y recibió la noticia pocos días después de que su marido muriera en el Este. Ella trae consigo un sacrificio, un sacrificio duro y terrible, pero que debe y puede ser soportado. Algunas personas, que apenas han sido afectadas por la guerra, se han acostumbrado a tomar sus pequeñas, a menudo triviales preocupaciones cotidianas como demasiado importantes. Hay entre nosotros quienes, cuando reclutan a su peluquero y tienen que encontrar un nuevo peluquero, quisieran ponerse ropa de luto. Se quejan con excitación durante horas porque durante la temporada navideña el ferrocarril transporta patatas, carbón y verduras para la patria y armas, municiones, ropa de lana y alimentos para el frente, y por lo tanto no hay lugar para viajes de placer a Oberhof o Garmisch.

Actúan como si la guerra no tuviera nada que ver con ellos, como si tuvieran derecho a estar protegidos de ella, como si los soldados estuvieran allí para ganarla por ellos para que luego puedan beneficiarse de la victoria. No puede haber jóvenes malcriadas que pasen el día sin hacer nada mientras una enfermera en un hospital de Berlín trabaja duro desde las siete de la mañana hasta las ocho de la tarde y luego tiene que cuidar de su casa y de sus tres hijos hasta la una de la madrugada. Ella tendría motivos para quejarse o sentirse infeliz, pero no lo está. Cumple con su deber con constante amabilidad, gentileza y disposición para ayudar. Se alegra cuando, después de un año de duro trabajo, le dan una entrada para el cine por Navidad y no se queja en lo más mínimo cuando, vestida para el cine, recibe la orden de prepararse para una gran operación. Una joven pierde a su marido, un piloto en España. Después de superar el dolor de esa pérdida, se casa con un segundo piloto y lo pierde en esta guerra después de un breve matrimonio. Entonces escribe una carta que provoca lágrimas de emoción y orgullo, y uno siente con todo el corazón respeto y admiración por el heroísmo sereno y espiritual de una mujer alemana.

Cuando nuestras tropas marcharon sobre Polonia en septiembre de 1939 encontraron 60.000 alemanes étnicos asesinados. Miles de personas perdieron a sus padres y a todos sus hermanos. Cientos de padres vieron a sus hijos fusilados o estrangulados ante sus propios ojos. Una anciana madre tuvo que presenciar cómo le arrancaban los ojos a su único hijo. Su marido fue secuestrado y nunca regresó. Los supervivientes siguen vivos hoy. Se guardan sus penas para sí mismos; se han dejado llevar por la corriente de los acontecimientos. A veces uno recibe una carta de una de esas personas que, con mil disculpas, pide un libro o una imagen del Führer, o incluso una pequeña radio; pero si nuestros soldados lo necesitan más, entonces hay que considerar que la carta no está escrita. No es necesaria una respuesta, pero si hay tiempo, se incluye el franqueo de vuelta y, con suerte, el Führer está bien y no le ha pasado nada, y uno cree en su victoria y construye montañas sobre esa fe. ¿Alguien se queja porque durante un bombardeo nocturno el Deutschlandsender deja de emitir y tiene que trabajar duro para encontrar otra emisora alemana? ¿Alguien sale de una librería enojado porque no puede invertir su dinero extra en libros, o lee malhumorado su periódico que debe limitarse a cuatro páginas por la escasez de papel, o refunfuña porque el metro o el tranvía están llenos, porque la Navidad ya no es divertida porque no hay velas para el árbol de Navidad, o no disfruta del Año Nuevo porque no hay narices rojas ni sombreros de papel?

En Berlín hay un hospital con más de cien ciegos por la guerra, en su mayoría jóvenes de entre 18 y 24 años. Le dimos a cada uno una radio para su habitación y todos eran felices como niños. En cuanto se recuperaron a medias comenzaron a vivir de nuevo. Comenzaron a reciclarse, a prepararse para un nuevo trabajo. Uno perdió todo el brazo izquierdo y la mitad de los dedos de la mano derecha junto con la vista. Con este muñón de mano aprendió a escribir a máquina. Al principio todos decían que eso era imposible, pero él lo hizo con una determinación férrea. Se equivocan si creen que en ese hospital la miseria y la desesperación son comunes. En ningún otro lugar de Alemania hay tanta confianza en el Führer, en ningún lugar se esperan con tanto entusiasmo nuestros informes del OKW, en ningún lugar hay menos quejas ni mejores actitudes. ¿Es pedir demasiado si insisto en que todos usemos la palabra sacrificio con más cuidado y piedad? ¡Qué hay que decir! No es sacrificio donar veinte peniques para el socorro de invierno si

al mismo tiempo es un sacrificio perder la vista por la patria. No tenemos por qué dramatizar nuestras cargas, sino más bien tenemos todas las razones para soportarlas con orgullo y dignidad, teniendo respeto y honor por quienes hacen verdaderos sacrificios por la nación. La guerra es una tarea común del frente y de la patria, pero no son iguales. La patria sólo puede cumplir con su deber hacia el frente mediante una conciencia y un deber más elevados y una voluntad constante de cumplir con el propio deber. Las restricciones que aceptamos son necesarias y pueden aceptarse. Si alguien tiene derecho a quejarse más que los demás, incluso en lo que se refiere a los sacrificios, es sólo el soldado. Pero no lo hace por ser soldado.

Joseph Goebbels - el nuevo año.

4 de enero de 1942

En el campo enemigo, innumerables personas se preguntarán nerviosamente qué les deparará el nuevo año 1942 a ellos y a sus pueblos: ¿estancamiento, reveses o derrota? El año 1941 tuvo algunos desvíos y resultó completamente distinto de lo que nuestros enemigos habían esperado. Uno u otro puede tener la persistente duda, cuando el nuevo año da ocasión de analizar la situación, de preguntarse qué catástrofes se avecinan o qué duros golpes de los que nunca se recuperarán. También aquí se mira al pasado y al futuro, aunque en condiciones considerablemente más favorables que las del enemigo. Luchamos por una causa justa y clara. Todos los augurios de victoria están de nuestro lado. Los pueblos que están de nuestro lado son jóvenes y saludables y sus dirigentes están decididos, cueste lo que cueste, a llevar a buen puerto la gran lucha por la existencia de sus naciones. Tenemos claro lo que nos espera en el año que viene y lo que tenemos que hacer; la claridad es siempre el primer paso hacia la victoria. Sabemos que luchamos por nuestra existencia nacional y, en la mayoría de los casos, personal. No nos engañamos ni basamos nuestras esperanzas en falsas ilusiones. Sabemos qué esfuerzos exige la victoria y estamos dispuestos a aceptarlos.

El pueblo alemán vive en un clima político difícil en este tercer año de guerra. Eso es bueno. Ninguno de nosotros vive bajo el efecto de ilusiones. Cuanto más duro es el clima, mayor es nuestra determinación para superar las dificultades. La experiencia demuestra que los pueblos que se enfrentan a grandes desafíos no pierden fuerza, sino que la ganan. Los alemanes no estaríamos donde estamos hoy si todo nos hubiera resultado fácil. Lo que somos y tenemos es el resultado de nuestros propios esfuerzos. En la historia, pocas veces se nos ha dado algo o nos ha caído del cielo sin pedirlo. ¿Somos un pueblo más débil o menos valioso que aquellos que parecen tener más suerte que nosotros? En esta gran lucha, luchamos por nuestras vidas. Los únicos sorprendidos son aquellos que pensaban que la guerra era una especie de entretenimiento sensacionalista. Los corazones fuertes y las mentes maduras que hay entre nosotros esperaban exactamente lo que ha sucedido, nada más. Es evidente que el tercer año de guerra trae consigo problemas en los que nunca habíamos pensado en tiempos más normales. Exige una vasta transformación de nuestra economía que cada vez relega más a un segundo plano las necesidades de la vida civil. Esto es naturalmente más evidente en el tercer invierno de la guerra que en el primero.

La guerra está en pleno apogeo. Lo mismo ocurre con nuestros enemigos. El frente interno comparte su destino con el de nuestros soldados, aunque estos han enfrentado la guerra en su forma más dura desde septiembre de 1939. Cuanto más dure la guerra, más compartirá el frente interno los sentimientos y experiencias del frente. No hay que quejarse de ello, sino que es algo que conviene al frente. Siempre hemos sostenido que la mejor manera de dirigir al pueblo es discutir libremente y con confianza los problemas que nos afectan a todos. Naturalmente, esto no significa discutir públicamente los secretos militares y políticos, que las democracias suelen hacer en su propio perjuicio. Hay todavía un gran número de cuestiones que nadie puede negar, ya que afectan a cada individuo de una manera u otra. Se trata, en su mayoría, de problemas de la vida cotidiana que nos afectan a todos. Son en su mayoría el resultado de la guerra y afectan al enemigo tanto como a nosotros. Si es posible resolverlos durante la guerra, será mediante el esfuerzo común y la ayuda mutua. Presentarlos ante el pueblo y discutirlos no es un signo de debilidad, sino más bien un suspiro de fortaleza y confianza. Nadie, por ejemplo, espera que el ferrocarril programe trenes para los veraneantes cuando hay patatas, carbón, verduras, municiones y armas que transportar. Pocos se preocupan por las velas de Navidad, que están

disponibles en cantidades limitadas, ya que son muy necesarias en el frente oriental. No sólo se puede, sino que se debe explicar estas cosas. Nuestro pueblo lo entiende sin duda, porque, después de todo, son sus padres y sus hijos los que están en el frente y todas las privaciones de la patria son para su beneficio. Por último, la mayoría de los problemas sólo se pueden resolver con la ayuda del pueblo. El pueblo participa más fácilmente cuando sabe lo que está sucediendo y por qué. Los caballeros ingleses prácticamente hacen una profesión de concluir que somos débiles porque discutimos abiertamente las dificultades de la guerra. Nos abstendremos de señalar sus propias dificultades, para que no tengan que darse una bofetada en la cara. Están tan orgullosos de su pretendida democracia libre que discute todo. Si de los debates diarios en los periódicos ingleses extrajéramos alguna conclusión sobre la situación de Inglaterra, tendríamos que creer que el imperio está a punto de derrumbarse. Nosotros no nos preocupamos por estos asuntos, ya que creemos que la guerra se decidirá por hechos concretos, y no por la queja del señor Smith en el Daily Telegraph, que dijo que una vez más tuvo que hacer cola durante una hora para comprar cinco cigarrillos y, además, llovía.

Sólo concluimos que el tabaco es tan escaso en Londres como en Berlín, lo cual es un consuelo. Pero ¿no sería tan absurdo que nosotros concluyéramos de ello que el Imperio británico está al borde del colapso como que los ingleses creyeran que los alemanes se rebelarán porque escasean los artículos navideños? Por cierto, ¿qué les importa a los ingleses? Se meten en nuestros problemas no para ayudarnos, sino sólo para ganar puntos de propaganda. Difícilmente lo señalarían si tuviéramos suficientes productos de tabaco en comparación con su escasez. Estamos librando una guerra unos contra otros. Como es bien sabido, cualquier método de guerra es bueno para los ingleses, siempre que perjudique al enemigo. ¿Por qué deberíamos prestar atención a lo que dicen? Sólo podemos esperar lo que es malo y dañino. Se quejan de que nos vaya bien o mal y, probablemente, prestan tanta atención a nuestros problemas porque esperan disuadirnos con sus gritos de hacer algo al respecto. ¡Qué poco nos conocen! Quien examine la historia de nuestro partido y del movimiento Nacional Socialista observará que rara vez hemos tenido miedo, y nunca de la llamada opinión mundial. Con demasiada frecuencia hemos visto con qué medios despreciables y con qué bajos objetivos se consigue que la opinión mundial tenga algún respeto por ella.

Por eso, para nosotros sólo tiene interés psicológico ver lo que hacen los periodistas y locutores de radio de Londres después de que se han leído nuestros artículos en la radio. Siempre encuentran algo que destilar incluso de la frase más simple y clara que puede alimentar sus esperanzas vacías. ¡Cuántas plumas han gastado! Llevan más de un año haciéndolo, pero ¿ha cambiado algo? ¡Nada! Ha sido un esfuerzo inútil. No ha salido nada de las ilusiones británicas. Probablemente seguirán así. Continuaremos hablando abiertamente de los problemas tanto como sea posible, sin prestar atención a las calumnias inglesas. Nosotros ganamos, los ingleses no. El pueblo, y en particular los alemanes, es más duro de lo que se suele pensar. Basta con explicarles claramente lo que hay que hacer para que se pongan manos a la obra. ¿Puede alguien dar un ejemplo de una ocasión en que hayamos planteado al pueblo una cuestión importante sin éxito? El pueblo alemán siempre está dispuesto a aceptar incluso las peticiones más difíciles e incómodas de su gobierno, siempre que se les haya explicado de forma convincente su necesidad.

La disposición de nuestro pueblo es siempre mucho mayor de lo que se espera. Nadie, por ejemplo, discutirá el hecho de que los abrigos de lana y de piel son muy escasos en Alemania en estos momentos y que no se pueden sustituir durante la guerra. Hace dos semanas anunciamos una campaña de recogida de ropa de invierno para el frente. Aún no había terminado la campaña cuando el teléfono empezó a sonar sin parar, bloqueando las líneas telefónicas del ministerio durante horas. En los días siguientes llegaron cestas llenas de cartas y telegramas. Nadie se quejó, pero todos ofrecieron propuestas buenas y útiles o preguntaron cuándo y dónde se podían hacer donaciones. En los días siguientes, mientras estudiábamos los periódicos y la radio británicos, notamos con interés que Londres esperaba el estallido de una revolución, y que la recogida de ropa de invierno para el frente era la primera señal de ello. Dejamos a los ingleses que se las arreglen solos. Entienden tan poco del pueblo alemán como una vaca de física nuclear. Pagarán un alto precio por sus ilusiones. Por nuestra parte, seguiremos siendo duros y tranquilos, pensando de forma realista, sin perder nunca el terreno, abordando los problemas de la guerra a medida que se presenten y comenzando el nuevo año con la misma determinación con la que dominamos el anterior. Saldremos adelante, pase lo que pase.

Joseph Goebbels - el truco de Churchill.

1 de marzo de 1942

La prensa neutral se ha preguntado últimamente cómo es que Churchill tiene tanta influencia sobre el público inglés y la opinión pública británica. A pesar de los peores reveses y las derrotas más desmoralizadoras, a pesar de las sospechas iniciales, al final se dejan cautivar por este hábil creador de palabras y aceptan sus políticas insensatas y su liderazgo militar. La pregunta es fácil y difícil de responder. La respuesta al enigma es probablemente que, aunque Churchill carece de todo sentido estratégico, tanto en política como en liderazgo militar, es un táctico extraordinariamente capaz. Es un virtuoso en la dirección de partidos democráticos y de la prensa, y por lo tanto es el mejor de los políticos ingleses actuales, quienes, como es sabido, no están dotados de una gran inteligencia. Sus métodos son tan primitivos como se pueda imaginar. Sus ideas no son originales y, por lo general, se puede predecir exactamente lo que dirá o hará. Siempre le sucede lo mismo. Cuando empezó como primer ministro británico, proclamó el eslogan que ha mantenido independientemente de los acontecimientos políticos o militares, a través de reveses y derrotas.

Lo protege contra toda crítica: “Sangre, sudor y lágrimas”. Se puede luchar hasta el final con ese lema sin correr el riesgo de que se demuestre que uno está equivocado. El pueblo difícilmente recordará el lema en medio de la victoria, y en la derrota puede pretender ser un profeta. El señor Churchill es como un médico que se pone de pie junto a la cama de un paciente grave y dice: “Morirá”. Si el paciente empeora o incluso muere, se demuestra que tiene razón. No dudará en recordar a la gente su excelente pronóstico. Y si el paciente mejora o incluso se recupera, ¿se le reprochará al médico que el paciente haya mejorado a pesar de su mal estado? No se puede decir que esta práctica sea particularmente inteligente u original, pero tiene su público. Hasta el momento, Churchill la ha llevado a cabo. No hace falta ser un profeta, basta con ver a través de su truco para predecir que, después de las graves derrotas del imperio británico en las últimas cuatro semanas, dirá que no esperaba ni predijo nada diferente. Su visión de futuro será admirada. Podemos predecir lo que dirá Churchill dentro de unos dos meses, y así predecir lo que tendrá que decir hoy. Uno de sus métodos es pintar el pasado en los términos más negros posibles, para luego descubrir un resquicio de esperanza en el presente. Nadie podrá encontrar un discurso suyo de, digamos, agosto pasado en el que vea algo gris. Solo se puede ver cuán grave pensaba que era la situación entonces viendo lo que dice sobre ella hoy.

Su práctica consiste en hacer que el pasado parezca peor de lo que fue para hacer que el presente parezca mejor de lo que es. Confiesa que las cosas van mal, ¡pero afirma que antes eran aún peores! Eso no es verdad, pero él depende del olvido del público. No se tomarán la molestia de ver lo que realmente dijo el pasado agosto y luego compararlo con lo que dice hoy. Afirma que el tiempo es un aliado tradicional de su lado. Nadie afirmará que el tiempo ha sido un aliado confiable de los ingleses durante los últimos dos años y medio. La situación de Inglaterra es mucho más precaria en 1942 que en 1939 o 1940. Tampoco es posible imaginar que el tiempo trabaje más a favor de Inglaterra en el futuro que en el pasado. Cada mes, de hecho casi cada semana, Inglaterra pierde una de sus posesiones importantes, y hay que ser notablemente tonto para pensar que Inglaterra tendrá la fuerza durante o después de la guerra para recuperar sus posesiones perdidas. En 1939, el señor Churchill esperaba con ansias el año 1940. En 1940 esperaba con ansias el año 1942. En 1942 pensaba en 1945 como el año en que las cosas finalmente irían por el camino que quería Inglaterra. Se puede ver que las fechas cambian constantemente y que el primer ministro británico sabe claramente que Gran Bretaña tiene las manos atadas. Ya no puede salvarse con su poder, sólo mediante un milagro. Fue característico

que en su último discurso radiofónico, Churchill no haya podido encontrar ni un solo argumento que hiciera referencia al imperio británico. Mencionó a los Estados Unidos, la Unión Soviética y a Chiang Kai-shek. Apenas mencionó a Gran Bretaña. El imperio aparentemente ya no es capaz de contribuir a su propia defensa, a pesar de que se trata de una guerra por su propia existencia y de que su primer ministro la provocó sin ninguna razón y sin hacer los preparativos necesarios. Esto se ve claramente en las contribuciones que Londres ha hecho a la guerra, tanto en términos de sangre como de trabajo. Existe un descontento general entre los aliados de Inglaterra por sus contribuciones totalmente insuficientes. Por ejemplo, Churchill tuvo que responder a las críticas públicas en Australia inventando algunas estadísticas. Nadie le cree. Hay que asombrarse de la falta de consideración, por no hablar del cinismo, con que comenzó y lleva a cabo la guerra. A nosotros nos parece bien. Nuestras polémicas no tienen por objeto mejorar nada, sino sólo dejar claro al público que el enigma de Churchill no es en realidad un enigma, sino un truco de magia primitivo. Somos conscientes de que este desgraciado hombre es la última esperanza de Inglaterra en su situación actual.

A pesar de toda la oposición encubierta y abierta en la Cámara de los Comunes, no puede ser depuesto porque no hay nadie que ocupe su lugar. Es la encarnación de la maldición de la mala acción, que tiene que seguir haciendo el mal. Si cae, cae también una buena parte de la voluntad británica de resistencia. El ciudadano de a pie de Inglaterra probablemente intuye vagamente que esta guerra es la guerra de Churchill, que él la inició y es quien tiene que llevarla a un final amargo para el imperio. Eso explica su apelación a la unidad nacional. Tiene una moción de censura parlamentaria como último recurso, al que recurrir cuando se encuentra en graves problemas. Tiene una forma notablemente inteligente de lidiar con el descontento público consigo mismo, con sus políticas o con su liderazgo en la guerra. Permite una especie de pseudocrítica. Cuando el imperio se tambalea bajo algún golpe, se retira por un tiempo a un segundo plano y deja que la gente se queje. Abre la válvula de escape, se podría decir, para que la ira del pueblo se disipe. Uno no debe pensar que eso sucede contra su voluntad. Sabe cómo jugar el juego. Calcula que las voces más fuertes gritarán hasta quedar roncas. Cuando una llamada crisis de Churchill está en su apogeo, saca a relucir un deus ex machina. Suaviza las olas, agrega agua al vino, minimiza las derrotas y explica que lo había predicho todo.

Más aún, había esperado algo aún peor, lo que gracias a Dios no sucedió. Uno debería alegrarse de que solo llovió, no granizó. Puede que Singapur haya caído, pero él esperaba perder la India. Considera que es una ventaja para Inglaterra que los barcos alemanes naveguen por el Canal de la Mancha. Miente tan bien que los crédulos casi podrían creer las afirmaciones de Londres de que 600 aviones de la Real Fuerza Aérea persiguieron a nuestros barcos hasta los puertos alemanes, perdiendo sólo 49 de ellos en el proceso. Y si las cosas se ven mal en el este de Asia, cosa que nadie duda, se ven bien en el este. 1942 será un año difícil, como él predijo -aunque por supuesto en realidad había predicho lo contrario- pueden venir días mejores en 1943, o tal vez en 1945. Hay que preservar la unidad nacional, y él, por supuesto, es su garantía. Cualquiera que lo ataque demuestra que no es inglés. Semejante comportamiento sería impensable en cualquier otro país. Un primer ministro con tantos fracasos, tantas predicciones falsas y promesas fanfarronas, de las cuales ninguna se hizo realidad, sería arrojado a la calle en cualquier otro lugar. Al pueblo inglés le gusta Churchill. Es su maldición, su espíritu maligno, un hombre que tiene todas las habilidades para ser el sepulturero de Gran Bretaña. No podríamos desear a nadie mejor. Si no hay otra forma de que las potencias del Eje ganen que mediante el colapso del Imperio Británico, el señor Churchill nos parece bien.

La primera ronda de la guerra no terminó con un golpe repentino que los dejara inconscientes; habrá más rondas. Tenemos que golpear al enemigo lenta pero seguramente hasta que esté aturdido. De vez en cuando el enemigo esperará ser salvado por la campana, pero seguirá una nueva ronda. El momento decisivo llegará cuando sea derribado por un rayo. No sabemos cuándo sucederá eso, sólo sabemos que sucederá. Un primer ministro que conduce a un imperio a tal peligro es una ventaja considerable para el otro lado. Estamos contentos de que el señor Churchill esté aquí. Ciertamente no queremos deshacernos de él. Queremos mantenerlo cerca, ya que es el pionero de nuestra victoria total y radical.

Joseph Goebbels - una buena compañera.

1 de marzo de 1942

Nos dirigimos hoy a los innumerables oyentes de la radio alemana en el frente y en casa, o mejor dicho, a todo el pueblo alemán, ya que probablemente no haya nadie en esta guerra que pueda prescindir de la radio. No hay ninguna razón particularmente urgente, pero creemos que es necesario de vez en cuando discutir abiertamente con el público las líneas generales y las orientaciones de nuestra política radiofónica. Nuestro gran interés por la radio antes y sobre todo después de la toma del poder nos ha enseñado que la programación radiofónica es una cuestión de práctica, no de teoría, y que no hay ningún programa que satisfaga a todo el mundo. Las numerosas propuestas que recibimos del público pierden gran parte de su utilidad, ya que se refieren a partes muy diferentes de nuestra programación y a menudo se contradicen entre sí. Uno piensa que nuestra radiodifusión es demasiado seria, otro piensa que es demasiado ligera. Un tercio quiere más noticias y comentarios, un cuarto ninguno en absoluto. Un quinto quiere que la programación termine a las 10 de la noche, un sexto está listo para comenzar a esa hora. No se puede tener a todos contentos.

Sería mucho más fácil si tuviéramos doce o quince emisoras, como en tiempos de paz, y pudiéramos utilizarlas para satisfacer las distintas preferencias. Pero hoy en día es bastante difícil mantener una sola emisora. Sabemos que muchos oyentes se sienten descontentos cuando interrumpimos la programación vespertina para emitir las noticias en inglés. No podemos hacer mucho al respecto. En la guerra, más que en la paz, las exigencias del gobierno tienen prioridad incluso sobre los deseos privados razonables. Las cartas enérgicas y las sugerencias de los amantes de la música seria nos dicen que la música ligera y divertida está ganando terreno poco a poco. Algunos incluso ven un signo de decadencia cultural general, al que hay que oponerse con firmeza. Los soldados en el frente, por otro lado, informan de que fue un placer después de un día difícil volver a sus fríos e inhóspitos cuarteles para al menos escuchar algo de la radio alemana que es, como ellos dicen, decente (es decir, entretenida y ligera). ¿Quién tiene razón y quién no? ¡Cada uno tiene derecho a su propio gusto! Sin embargo, no se puede negar que la gran mayoría de nuestro pueblo, tanto en casa como en el frente, trabaja tan duro a causa de la guerra que cuando llega a casa por la noche ya no tiene energía para escuchar un concierto de dos horas.

No es que la gente intente reprimir la gravedad de la guerra. No necesitamos la radio para recordarnos la gravedad de la situación; la encontramos con más frecuencia de lo que nos gustaría. Incluso si uno ha trabajado como profesional durante 12 o 14 horas y regresa a casa muerto de cansancio, puede desear hojear un libro o un periódico sin música, o al menos con música que no exija nada. Esto no es una injusticia para Beethoven o Bruckner, a quienes sólo se puede herir si uno presta atención a su música descuidadamente. Lo mismo ocurre con los obreros o los soldados. No hablemos de decadencia cultural. La mejor manera de servir a la cultura occidental hoy en día es ganando la guerra. Dadas las pesadas cargas que todos soportamos hoy, una buena fuente de relajación, sea cual sea, es como un bálsamo para nuestras heridas. También queremos hablar abiertamente sobre la cuestión de si la radio alemana debe emitir la llamada música jazz. Podemos rechazar de plano el jazz si por él se entiende una música que ignora por completo la melodía o se burla de ella y que depende únicamente del ritmo, y en la que el ritmo se transmite principalmente por graznidos instrumentales de sonidos desagradables que hacen sangrar los oídos. Esta llamada música es despreciable porque en realidad no es música en absoluto, sino más bien un juego de tonos sin talento y al azar. Por otra parte, no podemos sostener que el vals de nuestros abuelos y abuelas es la cumbre del

desarrollo musical y que todo lo que viene después es malo. El ritmo es uno de los fundamentos de la música. Ya no vivimos en la época Biedermeier, sino en un siglo cuyas melodías están regidas por el zumbido milenario de las máquinas y el ruido de los motores. Nuestras canciones de guerra de hoy son distintas a las de la Guerra Mundial. La radio debe tener esto en cuenta si no quiere correr el riesgo de quedarse estancada. No queremos ofender a nadie, pero nos sentimos obligados a tener en cuenta las peticiones razonables de nuestros ciudadanos combatientes y trabajadores. Por supuesto, siempre habrá desvíos ocasionales. La radio alemana emite desde temprano por la mañana hasta tarde por la noche. El hombre normal puede hablar dos o tres horas al día y no siempre revela la sabiduría de los siglos. Al menos tiene la ventaja de que sólo lo escuchan su esposa o sus compañeros de trabajo. La radio siempre habla a un público amplio. Si un locutor se equivoca, las llamadas telefónicas y las cartas se suceden. Nuestro escritorio está, por así decirlo, en la plaza pública y todo el mundo puede mirar por encima de nuestro hombro.

No estamos descontentos con ello, sino todo lo contrario. Estamos contentos de estar a los ojos de todo el público. Pero el señor público no debe olvidar que la radio, a diferencia de él, está ante todo el público y tiene derecho a cometer algún que otro error. Después de un gran esfuerzo, hemos conseguido emitir dos programas en las horas de mayor audiencia. No nos detendremos en explicar las dificultades que ello ha implicado, pero ahora estamos en la situación afortunada de hacer felices a ambas partes. La emisora Deutschland emitirá principalmente música clásica seria, mientras que la otra emisora ofrecerá entretenimiento ligero por la noche. Hemos conseguido una amplia gama de músicos de primera línea. Algunos de ellos están renunciando a sus compromisos anteriores para dedicarse casi a tiempo completo a la radio. Están siguiendo directrices precisas para satisfacer el mayor número posible de peticiones razonables. Los oyentes de la radio alemana deben saber que entendemos lo que quieren. Nos lo dicen abiertamente, ¡gracias a Dios!, y no nos parece mal, más bien lo agradecemos. No estamos tan alejados de las preocupaciones del pueblo como para no saber dónde les aprieta el zapato. Nuestros soldados también son francos en sus cartas o visitas y nos dicen exactamente lo que quieren y lo que no quieren.

Haremos lo mejor que podamos. No escatimaremos esfuerzos, medios ni gastos. El buen humor es importante para el esfuerzo bélico. Mantenerlo, sobre todo cuando las cargas son altas, es un requisito urgente para un liderazgo bélico exitoso, tanto en casa como en el frente. Hay quienes van demasiado lejos. Recientemente, por ejemplo, un oyente descontento se quejó de que un oficial del frente norte había dado una charla radiofónica en la que utilizó cierta expresión de “Götz von Berlichingen” de Goethe. El oyente se sintió muy descontento al escuchar la frase en presencia de su esposa. “El hecho de que Goethe haya puesto en evidencia a este personaje dudoso con su vanidosa coquetería no es, a mi juicio, una excusa. Me pregunto qué placer cree el ejército o el Ministerio de Propaganda que se está dando al hacer aparecer material de naturaleza moralmente objetable a un público desprevenido, y esto en una institución supervisada por el gobierno”. Recibimos cartas de este tipo. Me temo que no podemos hacerlos felices. ¿Deberíamos pedirle al general Dietl que envíe a sus soldados de permiso a una escuela de buenos modales? Es posible que su lenguaje se haya vuelto un poco grosero allá en el frente norte. Se reiría de nosotros, y con razón. Escuchamos durante una hora a este espléndido oficial y nos enorgulleció oír que nuestros soldados en el norte cumplen con su deber con valentía y más a pesar de la nieve, el hielo y la noche eterna.

Cuando nos dice que su único contacto con la patria, que no han visto durante meses y que está a muchos miles de kilómetros de distancia, es la radio alemana, refuerza nuestro deseo de transmitir cosas que animen a nuestros soldados, disipen su tristeza y les levanten el ánimo. La guerra es un asunto duro. Si nuestros soldados no hubieran mantenido su posición durante el invierno pasado, el autor de esta carta y su esposa podrían haber sido no sólo oyentes desprevenidos, sino también espectadores o víctimas de cosas muy diferentes de las que se queja. La practicidad es importante. La radio alemana no puede satisfacer a todo el mundo. Debería hacer todo lo que pueda, prestando la mayor atención a los más necesitados. Son nuestros soldados y todos los que deben trabajar duro al servicio de la patria. Están agradecidos por las horas agradables y entretenidas. La radio les brinda placer, es una buena amiga y camarada en estos tiempos difíciles, los anima, es una camarada constante a través de los acontecimientos de la guerra. Debe educar y aclarar las grandes cuestiones de hoy en día. Cuando sea necesario, debe elevar los corazones y tocar la conciencia. Debe atacar al enemigo

dondequiera que esté. Debe defender los intereses de la patria cuando sea necesario. Uno no siempre puede estar de buen humor. Necesitamos amor a la patria, entusiasmo y sentido del deber. Los grandes acontecimientos ocurren de todos modos, no hace falta que nos los recuerden todo el tiempo. Tenemos que lidiar con las cosas de la vida cotidiana, que a menudo son grises y nada agradables. La radio alemana debería ser una buena compañera.

8 de marzo de 1942

El pueblo alemán está librando hoy una guerra total. Esta guerra es un asunto de nuestra vida nacional y, en la mayoría de los casos, individual, en el sentido más amplio de la palabra. Nadie duda ya de que, así como la victoria satisfaría todos nuestros deseos y esperanzas, la pérdida de la guerra sería el fin de nuestro Reich con todas las consecuencias políticas, militares, económicas, sociales y culturales que ello conlleva. Es bueno para todos nosotros saberlo; fortalece nuestras fuerzas, nuestra confianza nacional, pero también nuestra determinación. No quisimos esta guerra. Nos obligaron a entrar en ella. Ahora que está aquí, cada hombre y cada mujer alemana debe estar llena de la voluntad de hacer de ella la mayor oportunidad de nuestra historia nacional. Esta es una guerra del pueblo; eso significa que, así como el bando enemigo la está librando contra el pueblo alemán, también debe ser librada por todo nuestro pueblo. Así como un día todos disfrutaremos de la victoria, hoy todos estamos bajo la ley de la guerra y cada uno debe defender su posición como si fuera nuestro asunto más querido y personal. No hay nada que pueda tener mayor importancia. Por eso es un error fundamental decir que el frente debe llevar el peso de la batalla mientras que una pequeña parte de la patria tiene derecho a sentarse en las gradas y observar.

La patria entera también debe hacer la guerra, pero de una manera diferente a la del frente. No es necesario recordar la guerra a los que están en el frente, pues a diario y a cada hora están rodeados de sus más duras manifestaciones. Pero hay que repetirlo constantemente a la patria y tenerlo presente. No basta con cumplir con el deber, hay que hacer más que eso. Las leyes y los reglamentos no pueden determinar en detalle lo que eso significa. Se trata del imperativo categórico, cuyas exigencias cada uno debe buscar en su propia conciencia. En cualquier caso, no hay ningún alemán hoy que no tenga la responsabilidad de trabajar por la victoria. Cuanto más dure esta guerra, más decisivo será el uso racional y deliberado del trabajo del pueblo. Nuestro enemigo tiene la ventaja de una masa mayor de personas. Pero además de que lo decisivo es la calidad, no la cantidad, también es una cuestión de la organización y el uso racional del trabajo humano disponible. Derrotaremos al enemigo si desarrollamos un mejor sistema de trabajo que evite el desperdicio de trabajo y desarrolle un proceso en el que cada movimiento de la mano sirva a su propósito y tenga los mayores resultados posibles. Sería absurdo pensar que se trata sólo de una cuestión de legislación. Nuestro trabajo nacional implica tantas partes y tiene tantos aspectos que sólo la disciplina laboral general de todo el pueblo puede llevarnos a los resultados deseados.

No nos faltan las materias primas necesarias para llevar nuestros armamentos al más alto nivel posible. Lo que escasea para nosotros, como en todas partes, es la materia prima más valiosa que requiere la producción, el trabajo humano. Nadie puede decir que esta materia prima se utiliza mal o se desperdicia. Pero no hay duda de que todavía estamos demasiado apegados a las condiciones de tiempo de paz que no son apropiadas para las circunstancias actuales. Estamos en guerra, y la guerra en todas partes requiere un cambio en el proceso de trabajo. Si uno de nosotros se preguntara seria y conscientemente si su trabajo se utiliza actualmente de una manera que no se pueda mejorar, muchas personas seguramente concluirían que con un poco de esfuerzo podrían producir tres o cinco o diez, algunos incluso un cien por ciento más. Es imposible estimar lo que eso significaría para nuestra economía de guerra. No nos malinterpreten. Somos los últimos en hablar de la inhumana tarea que, al final, devora la esencia misma del trabajo. Sabemos también que algunas profesiones, como la minería y la siderurgia, producen cantidades asombrosas que difícilmente pueden aumentarse. Pero también sabemos que todavía

hoy hay gente que se permite el lujo de un trabajo ineficiente que ya no se justifica dadas las exigencias de la guerra. Aquí hay que intervenir y decidir si un trabajo es importante o no para el esfuerzo bélico. Nadie le niega a un pueblo con un alto nivel de cultura y sociedad las ventajas de una vida pacífica y segura, pero en la guerra sólo tienen su lugar si son necesarias para la resistencia física y espiritual y la fuerza de trabajo de un pueblo. Es demasiado poco conocido que nosotros, los alemanes, en el tercer año de guerra, todavía disfrutamos de un nivel de vida muy superior al de la mayoría de los pueblos europeos en tiempos de paz. A pesar de las importantes reducciones provocadas por la guerra, el consumo de tabaco y mantequilla, por ejemplo, en 1941 era más elevado per cápita que en 1932. A finales de 1932 teníamos 7 millones de desempleados. Contando a los miembros de la familia, eran unos 20 millones. Un tercio de la población de entonces, como se puede calcular fácilmente, no estaba en condiciones de comprar lo que hoy está al alcance de todos con su cartilla de racionamiento, por no hablar del alquiler y cosas similares. Estos son hechos que no se pueden negar. Los hemos olvidado demasiado fácil y rápidamente.

El hecho de que en 1938 viviéramos mejor que en 1932 fue resultado de la revolución Nacional Socialista y, junto con muchos otros logros, debe defenderse en esta guerra. Si el gobierno actual intenta hacer la guerra lo más soportable posible para la patria, existen límites naturales, es decir, cuando comienza a interferir con las exigencias de la propia guerra. Otros grandes pueblos en guerra, por ejemplo, los franceses o los pueblos de la Unión Soviética, deben hacer sacrificios mucho más pesados por la guerra que nosotros. El hecho de que hoy nadie tenga derecho a intercambiar el dinero que ganó con tanto esfuerzo por bienes no está abierto a discusión. Simplemente no existe. No existe porque en su lugar se producen armas y municiones. Se fabrican para que nuestros soldados puedan utilizarlas para ganar la guerra. Y queremos ganar la guerra no sólo porque queremos recuperar nuestro nivel de vida de 1938 o 1939, sino también porque queremos aumentarlo significativamente para todo el pueblo. El llamamiento que el Führer hizo el 30 de enero en el Palacio de Deportes de Berlín al pueblo para que trabajara en la producción de armas y municiones tenía un significado más profundo. Todos debemos esforzarnos más y, no sólo eso, debemos simplificar nuestro trabajo y nuestra vida lo más posible.

Esto se aplica sobre todo a los círculos mejor situados. No queremos utilizar el ejemplo del frente, donde nuestros soldados se ven obligados a vivir de la manera más primitiva, sin importar su personalidad ni su rango, mientras miran a la muerte a los ojos. No creemos necesario recordar a la patria sus deberes de guerra haciendo referencia al frente. Ella quiere y debe ver la necesidad y hacerlo. Se lo debe a sí misma. Un ejemplo de ello es la considerable simplificación que ha experimentado y seguirá experimentando todo nuestro aparato gubernamental y burocrático para adaptarse a las exigencias de la guerra. En tiempos de paz podíamos hacer algunas cosas que eran buenas y útiles, pero que no son absolutamente necesarias para el esfuerzo bélico. Para ello se necesita gente, y en todas partes nos falta gente. También aquí era necesario decir adiós a la paz, no sólo para la administración, sino también para el público. La guerra de papel ha perdido su sentido cuando se libra una guerra de cañones y tanques por la vida del pueblo. Aquí se necesita una especie de autoayuda. Cada uno debe valerse por sí mismo y liberarse del fatídico error de pensar que el Estado es responsable de todos los problemas, incluso del clima.

Debemos liberarnos de la ilusión de que todo puede y debe ser resuelto por una ley o un reglamento, y construir nuestra vida pública y privada más que antes sobre las leyes naturales de la disciplina nacional. Esto es evidente en el frente y no necesita una larga discusión. Todo esto requiere ulteriores transformaciones en nuestro comportamiento en relación con la guerra. Ciertamente se hará más difícil, pero también más claro. Si mostramos más preocupación y cortesía unos hacia otros, adoptaremos una posición en la guerra que será inatacable. Sabemos bien que muchos de nosotros trabajamos muy duro y, por lo tanto, estamos más irritables de lo habitual. Sin embargo, eso no es motivo para que alguien contagie su mal humor desde la mañana hasta la noche. Una palabra amable, cordial y alentadora en el momento oportuno suele obrar milagros incluso en una persona irritada, del mismo modo que un gruñón esparce molestia por donde pasa. Un bromista en una empresa vale mucho. Un conductor de tranvía que gruñe a sus pasajeros y utiliza su enorme autoridad para hacer de pequeño dictador no está en la profesión adecuada. Quien, en cambio, hace su trabajo con cortesía o incluso con ingenio y buen humor, a pesar de los problemas de la guerra, es un regalo de Dios, el favorito del público viajero y un rayo de luz en el cielo gris del invierno. La consideración, la amabilidad, el sentido de la vida

sabio, la amabilidad, la disposición para ayudar, y el buen humor son artículos de guerra que no cuestan nada, pero que, sin embargo, son muy importantes y están disponibles en abundancia. El dependiente de una zapatería que habla con un cliente que ha ido en vano de una tienda a otra con la modesta petición de “Quiero un par de zapatos para mi hija”, y que le responde “Yo también” en lugar de decir que no hay ninguno en stock en este momento, pero que tal vez los haya dentro de dos semanas, es un tonto que no sabe el daño que hace. Hay que informar a su jefe, porque no tiene derecho a pisotear las necesidades del público. Recuperemos la compostura y decidamos hacer lo que podamos para hacer más que antes, para organizar nuestro trabajo de la manera más racional posible, para rechazar todo lo superfluo e innecesario para el esfuerzo bélico, para hablar menos de la guerra y hacerla más, para ser corteses entre nosotros, para ser educados y agradables, para seguir el ejemplo de nuestros soldados mostrando una buena actitud en todas las situaciones, para aceptar las dificultades del día con calma y buen humor, y para no dejar que nada nos perturbe. En resumen: seamos también un pueblo en guerra en la patria.

29 de marzo de 1942

El nuevo recorte de las raciones de alimentos, que entrará en vigor el 6 de abril, tendrá un gran impacto en los hogares de todos los ciudadanos. Sería absurdo e incorrecto ignorarlo o hacer que parezca mejor de lo que es. Los departamentos pertinentes han reflexionado mucho sobre la magnitud y la necesidad del recorte. Están de acuerdo unánimemente en que es necesario hacerlo ahora y en la cantidad prevista. Si no lo hubieran hecho, es probable que dentro de seis u ocho meses tuviéramos problemas aún mayores con nuestro suministro de alimentos que exigirían recortes aún mayores de los que se necesitan ahora. A diferencia de la última guerra, la política alimentaria alemana se ha preocupado de garantizar una distribución justa de los suministros de alimentos disponibles. Debido a las condiciones de guerra, el suministro no es suficiente para satisfacer los deseos de todos. Seguramente nadie le reprochará al gobierno que no permita que se consuma hoy alimentos que mañana pueden ser absolutamente necesarios para mantener nuestra existencia. Debemos gestionar nuestros suministros de alimentos con una visión a largo plazo, una visión que nos permita llevar la guerra hasta su conclusión victoriosa.

El gobierno sabe mejor que nadie que las reducciones en los suministros de alimentos afectan directamente a toda la población. Cuando se decida que son necesarias, se puede estar seguro de que no habrá otra posibilidad. Las razones que han llevado a esta decisión son bien conocidas. Han sido ampliamente discutidas en la prensa y la radio y no es necesario repetirlas aquí. El tamaño de nuestro ejército, el aumento del número de trabajadores en la industria pesada, así como de los que trabajan horas extras y de noche, los 2,5 millones de trabajadores extranjeros activos principalmente en la producción de armamentos alemanes, los muchos millones de prisioneros que trabajan para nosotros, pero que también tienen que ser alimentados, la ayuda a las regiones ocupadas que apoyan nuestra economía militar, la ayuda a nuestro aliado Finlandia en su heroica lucha, las condiciones climáticas anormales de los últimos dos años que alteraron nuestros planes y produjeron cosechas mediocres, y la escasez crónica de mano de obra agrícola, fueron demasiado para que mantuviéramos los niveles antiguos de raciones. Por supuesto, sabemos que no es exactamente un buen momento para una reducción de las raciones. Las patatas escasean.

Las heladas prolongadas han hecho imposible llevarlas al mercado. Llegarán en mayores cantidades cuando finalmente llegue la primavera, pero el largo invierno aún ha alterado algunos de nuestros planes que parecían buenos sobre el papel. Las verduras escasean, sobre todo en las grandes ciudades. En resumen, hubiéramos preferido aplazar esta dura medida durante unos meses. No fue posible. Nuestra política alimentaria durante la guerra no se basa en su popularidad, sino en lo que es razonable en las condiciones, aunque a veces requiera decisiones desagradables. Puede que sean perjudiciales, pero las mantendremos hasta que la guerra termine victoriosamente. Lo más importante es que no podemos prever el tamaño de la próxima cosecha y debemos garantizar suficientes reservas. Dependiendo de la próxima cosecha, tal vez podamos considerar más adelante la posibilidad de mejorar las raciones. Ningún alemán duda ya de que debemos ganar la guerra. Lo que hoy aceptamos voluntariamente es un juego de niños comparado con lo que nos sucedería si perdiéramos. Ni siquiera consideramos esa posibilidad. El gobierno no sólo quiere ganar, sino que trabaja y lucha por ello y, al fin y al cabo, también tiene la responsabilidad última de la victoria. Tiene el deber de hacer lo que la situación requiere. Sin embargo, el pueblo tiene todo el derecho a exigir que las cargas de la guerra se distribuyan de manera justa. Nadie está exento de los sacrificios que la nación en su conjunto debe hacer para ganar la guerra. Cualquiera que interfiera o amenace nuestro esfuerzo bélico merece los castigos

más severos, incluso la pena de muerte. Son tantos los soldados y oficiales destacados que arriesgan sus vidas por su patria que uno simplemente no puede permitir que alguien en nuestro país dañe nuestras posibilidades de victoria, ya sea intencionadamente, o no. También está claro que cuanto más duros sean los sacrificios en el frente, más pesadas deben ser las cargas en nuestro país y más estricta debe ser la insistencia en que prevalezcan el orden y la justicia en nuestro país. Aquellos que violan la ley deben ser llamados a rendir cuentas sin piedad. Nuestros soldados, comprensiblemente, nos lo exigen, y de hecho, todo el pueblo seguramente brinda su pleno apoyo a esa política. A nosotros nos es completamente indiferente lo que piense el enemigo. Se les aconseja que se ocupen de sus propios asuntos. Los caballeros ingleses pueden considerar como un signo de nuestra debilidad el que en este tercer año de guerra mantengamos el orden en la vida pública y nos neguemos a tolerar que nadie se aproveche de los problemas generales de nuestro pueblo. Están haciendo los mismos recortes en las raciones que nosotros. A diferencia del ministro de alimentación inglés, no decimos al pueblo alemán que la carne es mala para ellos y que la hierba es una buena y sabrosa ensalada.

Los ingleses afirman que somos autocráticos, pero cuando tomamos una decisión tan crítica nos dirigimos con confianza al pueblo, le explicamos la situación sin encubrir nada y sabemos que lo entenderán. También protegemos al pueblo de los especuladores. A diferencia de la situación en Inglaterra (los periódicos de Londres se quejan casi todos los días con bastante vehemencia al respecto), no vacilaríamos en colgar a esa gente. Nuestra conciencia no nos molestaría en lo más mínimo. No es casualidad, pues, que el Consejo de Defensa Nacional haya publicado recientemente una nueva directiva que dice en su primer párrafo que quien destruya, retenga o acapare materias primas o alimentos importantes para la población será condenado a prisión, o incluso, en casos especialmente graves, a la pena de muerte. Quienes en el curso de sus negocios o actividades comerciales den preferencia especial a otros en el suministro de bienes o servicios, o los ofrezcan, serán condenados a prisión. Eso está muy claro. El fiscal del Estado ha recibido instrucciones de perseguir estos casos con firmeza, y si quizás en el pasado estos delitos han sido tratados con suavidad, eso debe cesar inmediatamente. El comercio negro de ciertos elementos irresponsables y sin escrúpulos que tratan de sacar provecho de la guerra ha terminado.

Hablamos claramente y en interés de todo nuestro pueblo, tanto de nuestros soldados en el frente como de los que trabajan en casa. Todos ellos tienen derecho, frente a las difíciles condiciones de la guerra, a que el gobierno les garantice sus necesidades básicas. Puede que haya gente dispuesta a pagar precios horrendos por productos y lujos racionados. Ésta es su última advertencia. Pronto ya no valdrá la pena correr el riesgo de cuidar con tanto cariño el propio vientre. Nadie disfruta de la guerra. Tampoco queremos que unos cuantos zánganos la disfruten o se beneficien de ella. Todos queremos librar esta batalla histórica de forma limpia e inmaculada. Cuando llegue la victoria, cada alemán y cada alemana debe poder decir que han hecho su parte. Quien no lo entienda, quien no tenga conciencia, quien no sepa qué hacer y qué no hacer durante una guerra, tendrá que aprender por otros medios más drásticos. Durante la guerra, todos los bienes y alimentos pertenecen a toda la nación. Deben distribuirse equitativamente. Quien peca contra este principio perjudica a la comunidad. La cosecha del agricultor pertenece a todo el pueblo. Debe alejar a los carroñeros de su puerta. Lo que produce la tierra y el trabajo alemán pasa por las manos del comerciante. Él es el intermediario. Él lo distribuye equitativamente.

El trueque traerá fuertes penalizaciones. El trabajo del artesano también tiene su precio justo. Es deshonesto y criminal exigir o aceptar beneficios especiales. El sentido de justicia del hombre medio es la mejor garantía de una distribución satisfactoria. La ama de casa alemana espera y exige del comerciante sólo lo que le corresponde. Pagar precios de mercado negro o sobornos no sólo es indigno de ella, sino que es criminal. El mercado negro, el soborno, el trueque o los precios excesivos serán castigados. En casos especialmente graves, se confiscarán los bienes o se impondrá la pena de muerte. Todos, ya sea productor, comerciante o comprador, están obligados por su honor a actuar de manera ejemplar. Cada uno se conforma con su parte justa. Eso también sirve al esfuerzo de guerra y prepara para la victoria. Depende de cada uno de nosotros. No podemos imaginar que alguien entre nosotros quiera ignorar nuestro llamamiento a la decencia y la justicia. Quien lo haga corre un gran riesgo. Puede que haya alguna persona que no se haya tomado la guerra con la debida seriedad. Esto es una falta de visión, ya que no sólo pone en peligro nuestros suministros de alimentos, sino que también da un mal ejemplo a los

ciudadanos decentes y amenaza a largo plazo su sentido de la justicia y su creencia en la integridad y la decencia de la vida pública. Eso es mucho peor. En estos tiempos difíciles, todos necesitamos nuestro optimismo y nuestra fe profunda, casi santa. Quien abuse de ellos, quien ponga a prueba la paciencia y la decencia de nuestro pueblo, merece que le den un golpe con los nudillos hasta que aprenda la lección. Los dirigentes se sienten más estrechamente vinculados al pueblo durante la guerra que nunca antes. Vemos los grandes sacrificios que hacen por la victoria, con qué paciencia y valentía aceptan todo lo que se les exige. Sufrimos junto con cada madre que pierde a su hijo, cada mujer que pierde a su marido, cada niño que pierde a su padre. Sabemos lo duro que es el trabajo de las campesinas en los puestos y en los campos. A veces vemos a las trabajadoras cansadas sentadas en los tranvías o en el metro. Escuchamos a nuestros soldados de permiso en Berlín hablar de sus enormes sacrificios por la patria.

Quisiéramos poder cantar cada día una canción de alabanza a todo el pueblo, que es tan valiente y modesto, que cumple con su deber mientras trabaja y lucha por la victoria sin hacer ruido. Estamos unidos a este pueblo. Ellos esperan del gobierno que, cuando los sacrificios sean necesarios, sean compartidos de manera justa e igualitaria por todos. Un gobierno que no lo hiciera ya no merecería ser llamado gobierno del pueblo. Todos sabemos cómo están las cosas. Quien ignore las necesidades de la guerra pagará un alto precio. El pueblo alemán en su conjunto se ha comportado de manera ejemplar y merece respeto. Estamos convencidos de que el trato severo a los criminales será recibido con entusiasmo.

20 de abril de 1942

Es evidente que una guerra de tal magnitud como la actual requiere una organización enorme, de amplio alcance y con múltiples ramas, que llegue a todos los ámbitos de la vida pública y también a gran parte de la vida privada. Esta última sólo es útil si se dan las condiciones fácticas necesarias. Ya no vivimos en la época feudal, cuando las tropas, en general, tomaban lo que necesitaban donde lo podían encontrar. Hoy, la dirección militar debe planificar y prepararse, debe hacer que sus medidas sean coherentes con lo posible y debe prepararse para el largo plazo, en lugar de vivir al día. Esto requiere una maquinaria compleja y precisa en el gobierno y la administración. Un engranaje debe encajar en el siguiente para evitar el peligro de que todo el mecanismo se desmorone algún día. Sin embargo, aquí como en todas partes, lo simple siempre es lo mejor. Cuanto más simple y claro sea un aparato, mejor funcionará. Los alemanes gozamos de fama mundial de maestros de la organización. Como la entendemos tan bien, a veces hacemos demasiado de algo bueno. No podemos imaginar una vida adecuada sin organización. Por eso, para asegurarnos el éxito, a menudo organizamos no sólo lo que es absolutamente necesario, sino también lo que se puede organizar.

Ése es el error. Como somos tan sistemáticos, aquí y allá nos falta el poder vigorizante de la improvisación inteligente. Todo el mundo estará de acuerdo en que la naturaleza de la guerra es diferente en 1942 que en 1939. Las tareas han aumentado enormemente. Las personas que están en condiciones de dominarlos no han crecido en absoluto. Han aumentado sus ganas de trabajar, pero sus fuerzas físicas y espirituales se ven más exigidas en el tercer año de guerra que en el primero. El aparato ha adquirido mayor importancia. Por desgracia, también se ha vuelto más complicado, no más sencillo. Es ahí donde debemos hacer algo. Muchos de los que se dedican a la producción bélica todavía llevan demasiado lastre de los tiempos de paz. En lugar de marchar con una mochila ligera, ganando así movilidad, llevan una mochila considerable llena de preocupaciones, objeciones y barreras. En lugar de dar rienda suelta a la iniciativa, dependen del papel. Un asunto crítico no se resuelve enviando un memorando a otra persona y guardando una copia en los archivos para proporcionarse una coartada en caso de que algo salga mal. Es mucho mejor coger el teléfono y llamar a la persona, que al fin y al cabo también es una persona y, por lo general, de buena voluntad.

Con unas cuantas palabras amables, el asunto se puede resolver. Eso ahorra tiempo, problemas y molestias, y acelera las cosas, aunque no proporcione a los historiadores del futuro la copia en blanco y negro que podrían desear. La mitad del éxito suele ser una iniciativa valiente y una acción rápida. El que llega primero a su objetivo es el que empieza primero. ¿Qué ocurriría si el esfuerzo bélico se basara enteramente en la muleta de los archivos? La dirección del Reich está tan abrumada por el trabajo que no tiene tiempo para leer muchos de los documentos, cartas y memorandos que llegan a sus escritorios. Y, por cierto, no es su deber hacer el trabajo de los niveles inferiores. Su trabajo es establecer directrices generales y asegurarse de que se cumplan. Eso es lo que se entiende por dirección, que es muy diferente de administración. Y además de eso, en muchos casos los niveles inferiores pueden resolver problemas mejor que una oficina central. Tienen que funcionar con personal relativamente pequeño. Un imbécil rara vez se distingue por pensar de una forma especialmente brillante. No nos malinterpreten. Siempre debe haber un cierto nivel de organización para que el Estado y la administración funcionen. Pero hay un límite que no se puede sobrepasar sin perjudicar el funcionamiento del aparato. Si se llega al extremo de poner a gente a controlar la puntuación, se convierte en una maldición. Por eso alabamos la improvisación en tiempos de crisis. No sólo produce ideas, sino también hechos.

Consigue la cooperación del pueblo para resolver grandes problemas, espolea a cada individuo, despierta su orgullo y entusiasmo, y con ello se logran éxitos que de otro modo serían imposibles. Los obstáculos y barreras que detendrían al burócrata medio se superan rápidamente y se avanza a galope. Así es como siempre trabajamos durante el período de lucha [1919-1933]. Las organizaciones se creaban con objetivos determinados y, cuando los conseguían, se las dejaba de lado, no se las guardaba como una valiosa e importante pieza de museo. Así es como ganamos nuestras gloriosas victorias electorales. Siempre perseguíamos al enemigo. Nuestros métodos eran flexibles y elásticos, aunque tenaces e inflexibles cuando se trataba de principios. Siempre fuimos incansablemente flexibles en los métodos que usábamos para alcanzar nuestros objetivos. Si hubiéramos sido burócratas, nunca habríamos ganado. Usualmente, sólo utilizábamos papel para imprimir periódicos, folletos y carteles. Dejamos para el futuro todo lo que no fuera absolutamente esencial para la victoria. Ignorábamos los domingos y los días festivos. Si teníamos dinero, tomábamos el tren expreso; de lo contrario, dormíamos en los bancos de madera de tercera y cuarta clase.

Ninguno de nosotros perdió nada como resultado. Todos sabíamos que teníamos que triunfar y realmente no nos importaba cómo. Los practicantes estaban a cargo, no los teóricos. Supusimos que podríamos reparar nuestros errores una vez que estuviéramos en el poder. Y eso fue lo que sucedió. Tenemos que actuar de la misma manera en la guerra. Lo que no ayuda a la causa de la victoria no es importante y debe ignorarse. La demora ayuda al enemigo. Lo que es necesario debe hacerse rápidamente, o generalmente es demasiado tarde. Tenemos que deshacernos de las viejas prácticas si se interponen en el camino. Podríamos hacer algunas cosas en paz porque teníamos el tiempo y el dinero. Las cosas son diferentes en la guerra. Todos enfrentamos una dura necesidad y no tendremos éxito si desaprovechamos las oportunidades. Digamos que alguien quiere comprar un caniche y desea poner un anuncio en una revista para aficionados a los perros. Primero recibe una solicitud para unirse al Club de Caniches, parte de la Sociedad Canina Nacional. El caniche debe responder a toda clase de preguntas absurdas. El caniche en cuestión se sentirá igual de cómodo con un no cristiano, un protestante o un católico, al menos durante la guerra.

Cualquiera que sea la contribución que el Club del Caniche, parte de la Sociedad Canina Nacional, pueda hacer al Estado durante la paz, debería enviar a su secretario en tiempo de guerra a la industria armamentística y poner su imprenta a disposición de los regimientos lejanos del frente oriental para que puedan imprimir sus modestos periódicos para el frente. Los formularios y cuestionarios deben reducirse lo más posible. La gente no tiene tiempo para escribir su biografía completa en un formulario ridículo para obtener algo que es importante para ellos. Hay que ser razonable y exigirles sólo lo que es esencial. Todo el mundo puede ver que es necesario racionar la carne, la grasa, el pan y otros alimentos y que para ello se necesita una organización con tarjetas, cupones y tarjetas de identificación. Si hay largas colas fuera de las tiendas de tabaco, hay que racionar los cigarros y los cigarrillos. Eso es en beneficio de todo el público. Pero cuanto más se exige racionar lo esencial, más dispuestos debemos estar a dejar que lo superfluo se cuide solo. En este caso se apela a la disciplina y al sentido común del público. Cuando alguien intenta conseguir más de lo que le corresponde, se le dice una palabra amable y, si no funciona, se le da una patada amistosa en el trasero. Hay quienes prácticamente se desmayan cuando ven una pequeña mota en su bota bien lustrada.

Actúan como si el Estado no tuviera nada mejor que hacer durante la guerra que preocuparse por sus seres queridos. No tienen idea de cómo ayudarse a sí mismos. Después de que nieva, esperan a que la ciudad la barra y, cuando llueve, casi intentan pisar los charcos para poder quejarse del gobierno. No tienen idea de la grandeza de nuestro tiempo. Lo ven todo desde su perspectiva, sin ningún interés ni entusiasmo. Son sólo un porcentaje minúsculo de nuestra población y no habría que prestarles atención si no apestasen el aire que los rodea. Se sientan en el tranvía y se quejan de que hay una guerra que les causa tantos problemas, de que un coche no ha dado la señal de giro, de que los periódicos sólo tienen cuatro páginas, de que tienen que ceder el asiento a las mujeres y a los soldados heridos, de que los frenos chirrían, de que una jovencita simpática les ha pisado el pie que les había quedado fuera, etcétera. Estos misántropos se creen importantes, porque disfrutan de la atención y el interés especial de los propagandistas ingleses. Son lo bastante ingenuos como para creer que esos gruñones son alemanes típicos. ¡Cuántas veces hemos dejado claro a los ingleses que se equivocan y cuántas veces han tenido que pagar por sus errores!

Nuestro pueblo está hecho de otra pasta. Es inteligente, políticamente alerta, pensador sereno, realista. Tiene los dos pies en la tierra. Cuando algo le desagrada o le molesta, no se queja, sino que, como mucho, se queja un poco. Eso no es tan malo, porque aclara el ambiente. Quejarse es el movimiento intestinal del alma. No tenemos por qué convertirlo en una ofensa capital. Con este tipo de gente nos llevamos bien. Son como nosotros. También nos quejamos cuando algo sale mal o cometemos un error. Pero eso es todo, y uno vuelve al trabajo. Un consejo: trabajen rápido, con cuidado, con seriedad y sin demasiado alboroto. No consideren sus propios problemas pequeños o grandes como algo tan importante. Nadie se compadece de ustedes, porque todos estamos en el mismo barco. No luchen en una guerra con papeles. Dejen de lado todo lo que no nos ayude a ganar. En pocas palabras: ¡así como se comportaron en la paz como si fuera la paz, compórtense ahora en la guerra como si fuera la guerra!

Joseph Goebbels - héroes o héroes de cine.

7 de junio de 1942

Nada es más característico de la visión judeo-plutocrática del mundo, la vida y la historia que su tendencia a desviar gradual pero inevitablemente todos los valores en una dirección negativa. Recordamos suficientes ejemplos de la Era del Sistema Republicano en Alemania [1918-1933]. No parece necesario agregar más. El héroe era tonto y el cobarde, el hombre honorable. Uno prefería vivir tres vidas como esclavo que una como hombre libre. Un padre con muchos hijos era el blanco de las bromas, y el muchacho homosexual era el modelo de la masculinidad nórdica. Los grandes hombres de nuestra historia eran cretinos corruptos o chupa-sangres sin escrúpulos. La víctima era la culpable y no el asesino. Los grandes criminales eran vistos como maravillosos sujetos para el estudio psicoanalítico. En resumen, como escribió uno de los periodistas judíos más destacados en un periódico judío, el ideal heroico era el más estúpido de todos los ideales, y los muertos de la Guerra Mundial habían muerto en un campo de deshonra. Mirando hacia atrás, todo parece esquizofrénico. Era más que eso. Los que utilizaron su brillantez para difundir tales ideas entre el público no las creyeron.

Al contrario, sólo las utilizaron para socavar lenta pero de forma segura a su pueblo anfitrión y prepararlo para la gran convulsión espiritual que conocemos tan bien como bolchevismo. Su predecesora es la democracia. También ésta transforma todos los valores de una manera que al final conduce al caos. Hoy vemos que el mismo proceso se está produciendo con el enemigo. Es una prueba clara de que la dirección intelectual de la guerra es principalmente judía. No hace falta oír Radio Londres para detectar su naturaleza semítica. Esto ayuda a explicar la inexplicable costumbre del enemigo de convertir las derrotas y las retiradas en victorias y las batallas de aniquilación en catastróficas derrotas enemigas. Se prepararon insuficientemente o no se prepararon en absoluto para la guerra. Sufren una derrota tras otra. Ven la pérdida de posiciones económicas y estratégicas críticas como una causa de optimismo. Presentan la rapacidad de la plutocracia como un nuevo orden social. Queman iglesias y asesinan a cien mil sacerdotes, pero se dice que son santos luchadores por Dios. Ponen a 180 millones de personas en una prisión física y espiritual y las condenan al nivel de vida más bajo posible. A todo esto lo llaman paraíso en la tierra. Valoran a las personas de manera similar. Los soldados ingleses y estadounidenses pueden ser derrotados dondequiera que vayan, pero no obstante son muy superiores al enemigo, tanto en armamento como en moralidad.

Los generales cuya única habilidad es escapar del enemigo, a veces con sus tropas, otras veces sólo con sus familias, son héroes militares de la talla de Alejandro, César, Federico el Grande o Napoleón. Por otro lado, los verdaderos genios militares, que permanecen junto a sus tropas incluso en las situaciones más desesperadas y nunca piensan en rendirse, sino que resisten todas las flechas del destino, apenas merecen ser mencionados. El llamado general MacArthur, por ejemplo, es presentado como un verdadero héroe. En Alemania, alguien como el general Scherer ocupa dos o tres líneas en el informe del OKW. ¿Cuáles son las diferencias entre los dos? ¿Quién es el héroe, quién el cobarde? En el este, durante el invierno pasado, una unidad alemana quedó aislada y se mantuvo firme durante 107 días, sin apoyo externo. El enemigo atacó 128 veces. Respondieron con 10 contraataques y 43 fintas. Los oficiales de la unidad rodeada informaron con amor y admiración que su general permaneció con ellos y estuvo allí en todo momento para cualquier soldado. Estaba dispuesto a escuchar a cualquiera de sus soldados en cualquier momento. Durante el tiempo que la unidad estuvo rodeada, fue una fuente de fuerza espiritual para sus oficiales y soldados. El grupo rodeado no tuvo suministros durante tres días, después de los cuales fue abastecido por misiones extremadamente difíciles y peligrosas de la

Luftwaffe, lo que fue un ejemplo de heroísmo y devoción a sus camaradas. Durante la mayor parte del tiempo, sólo montones de ramas de árboles frutales proporcionaron su defensa. Fueron atacados desde las cuatro direcciones. Nuestros soldados no tenían tanques, mientras que los soviéticos atacaron repetidamente con tanques nuevos. No tenían cuarteles para mantenerse calientes en el bárbaro frío. La artillería enemiga redujo a escombros las casas restantes. Los soldados no podían cavar en el suelo helado. Ni siquiera había alambre de púas. “No pudimos evitar que el enemigo disparara contra los edificios donde manteníamos a nuestros heridos. Tuvimos que encontrar otro lugar para ponerlos. ¡Pero muchos de los heridos todavía permanecieron en las líneas del frente!” Eso es lo que dijo el general Scherer con su estilo sencillo y sin emociones. El informe del OKW del 6 de mayo anunciaba: “En la sección norte del Frente Oriental, las tropas alemanas llevaron a cabo un ataque brillante y planificado que restableció las conexiones con una zona importante previamente rodeada por el enemigo. La unidad bajo el mando del general Scherer había mantenido valientemente la posición desde el 21 de enero de 1942 a pesar de numerosos ataques de fuerzas enemigas superiores”.

El día en que fue relevada, la mitad de los soldados estaban heridos y la otra mitad estaban en acción. La prensa judía democrática no tomó nota de esto. Ahora consideremos el otro lado: el ataque japonés a Corregidor comenzó después de la evacuación de Bataan el 10 de abril y terminó 26 días después con la capitulación de las fuerzas estadounidenses el 6 de mayo. El 10 de abril, 60.000 hombres en Bataan se habían rendido. 3.500 escaparon a Corregidor. El general MacArthur, su comandante, había abandonado Bataan el 10 de marzo con su familia. Antes de partir, instó a sus tropas a mostrar valentía, coraje y resistencia. Su esposa dio a las esposas de los soldados el buen consejo de quedarse con sus hombres, pero siguió a su marido cuando se fue. Desde Australia, el general MacArthur se jactó de que entraría en Tokio como el vencedor. Los japoneses capturaron a 12.495 de sus soldados en Corregidor. El número de muertos fue de 640. Según los informes, quedaban suficientes suministros para continuar la batalla durante otros seis meses. No faltaron armas ni municiones. Corregidor es una de las fortalezas naturales más fuertes del mundo. Toda la isla tenía fuertes instalaciones defensivas, puerto de municiones, puestos de mando, etc. Los pasajes subterráneos que conectan las posiciones defensivas son tan anchos como una carretera de dos carriles. Se habían gastado 500 millones de dólares en tiempos de paz para construir la isla.

El público estadounidense hablaba de la isla como el Gibraltar americano. Los expertos estadounidenses la consideraban inexpugnable. La isla descartaba los tanques, por lo que el ataque utilizó artillería y ataques aéreos. Naturalmente, había clínicas a prueba de bombas, quirófanos, etc. Pero los soldados estadounidenses cayeron de todos modos en manos japonesas. ¿Por qué iban a ser más valientes que su general, que estaba a salvo en Australia y que estaba siendo presentado grotescamente ante el público estadounidense como el mayor héroe vivo de los EE.UU.? Los hechos se invirtieron. Una fuga cobarde fue transformada por una campaña publicitaria en una hazaña gloriosa. Para nosotros, eso es simplemente incomprensible. Por decirlo suavemente, un general como MacArthur recibiría la amable reprimenda de que se había olvidado de bajarse del tren en Hollywood. Pero la prensa estadounidense declaró que la defensa de Corregidor y Bataan era una de las hazañas más valientes de la historia estadounidense. El "Times" de Londres, que tiene una considerable experiencia en elogiar retiradas estratégicas, llegó a decir que Corregidor solo podía compararse con la batalla de las Termófilas. Una estación de radio de Boston calificó de milagro la resistencia de la fortaleza de la isla. Por si fuera poco, la prensa judía norteamericana ha alabado al cobarde general MacArthur como candidato adecuado a la presidencia de los Estados Unidos.

Varias ciudades norteamericanas ya están inaugurando monumentos en su honor. La gente lleva botones con su imagen y ha recibido el mayor honor que Inglaterra puede ofrecer: un puesto honorable en el famoso museo de cera de Madam Tussaud. La United Press informa de que se añadirá un cuerpo y un uniforme a su rostro. Esto nos lleva de nuevo a la esquizofrenia. Se podría decir que todo este grotesco disparate es comprensible, ya que en el país de los ciegos el tuerto es rey y que una tierra sin una historia de cultura debe tener ideas diferentes del heroísmo que una nación con dos mil gloriosos años de historia. Pero el asunto tiene su lado serio. Hay que preguntarse hasta qué punto los judíos pueden llegar a degradar y embrutecer a un pueblo. La respuesta a la pregunta muestra el peligro que corre la humanidad moderna si no resiste este proceso intelectual y espiritual de decadencia. Aquí hemos dado un solo ejemplo. La guerra espiritual de nuestra época nos ofrece cada día docenas de ejemplos más. Héroe o héroe

cinematográfico, ésa es la cuestión. Ninguna persona con un mínimo sentido de la historia puede dudar de a quién concederá la diosa de la historia los laureles al concluir la gran lucha de hoy. Tenemos una larga serie de nombres orgullosos y famosos en contraposición a las cifras artificialmente infladas del enemigo. Ellos sirven al líder militar más brillante de nuestra historia, y detrás de ellos marchan millones de soldados alemanes que han sido puestos a prueba mil veces en batalla y victoria, en tiempos difíciles y en privaciones. Vivirán en la historia de nuestra nación, y sus nombres serán faros para las generaciones futuras. La fama momentánea de los héroes del cine norteamericano se habrá derretido junto con la cera en el museo de cera de Madame Tussaud.

14 de junio de 1942

La guerra ha llegado a un punto en que el enemigo parece dispuesto a utilizar cualquier medio para cambiar la situación actual, desfavorable e incluso desesperada, y lograr al menos una conclusión aceptable. Pocas veces en la historia de las guerras humanas ha habido una lucha por la existencia entre pueblos tan desequilibrada como ésta. Las potencias del Eje pueden mirar atrás y ver una larga serie, casi ininterrumpida e incluso impresionante, de orgullosas victorias, mientras que el enemigo puede mirar atrás y ver una desgracia tras otra y una derrota tras otra. Los historiadores del futuro se preguntarán cómo fue posible que sus pueblos creyeran en un buen resultado y en una victoria venidera, a pesar de las eternas derrotas en el camino. La única explicación de su peculiar modo de pensar es que sus poderes de juicio han sido cegados por una propaganda inescrupulosa y mentirosa. Las posibilidades militares que le quedan a la coalición plutocrático-bolchevique parecen extraordinariamente limitadas en este momento. Los que están en Londres, Washington y Moscú tratan de cubrirse de nubes de misterio y responden a las preguntas inquisitivas de amplios sectores de su público con oscuras y amenazantes insinuaciones, pero cualquier observador informado sabe que no hay nada detrás de sus palabras.

Están atrapados en su propia trampa. La guerra que tan cuidadosamente prepararon está empezando a volverse contra ellos. Son capaces de hacer daño a su odiado enemigo, de atacar sus posesiones o los distritos obreros de sus ciudades y pueblos, pero eso ya no es capaz de alterar la situación de la guerra. Las cosas siguen sus propias leyes. Alguien distinto del señor Churchill tendrá que gobernar Inglaterra si Londres no quiere conseguir mediante el terror ciego y destructivo lo que no puede conseguir con una guerra justa y decente. Los periódicos británicos están escribiendo sobre los ataques con bombas con un cinismo sin igual. Estos debates nos dan una buena idea del carácter nacional inglés, así como un cuadro extraordinariamente educativo de lo que nos sucedería si cayéramos en manos de la clase dirigente plutocrática británica. Gracias a Dios, lo que vemos con brutal claridad no es un signo de fuerza, sino más bien de debilidad y rabia impotente. Quien insulta y amenaza siempre está equivocado. Nunca hemos creído necesario predecir un final oscuro e infernal para Inglaterra. Sabemos que sus errores históricos pueden conducir a catástrofes históricas. Tampoco hemos amenazado nunca con bombardeos aleatorios contra la población civil por razones de venganza o de odio oscuro. Nos defenderemos con los medios que el enemigo nos imponga. Con el señor Churchill es diferente.

Parece que está furioso por sus anteriores derrotas militares y, a pesar de todos los gritos, no es capaz de abrir un segundo frente en Europa para aliviar la presión sobre los soviéticos. Si hubiera la más mínima posibilidad de que eso sucediera, su naturaleza aventurera seguramente le haría aprovechar la oportunidad. Aparte de todo lo demás, carece de tonelaje de navegación. Sabe tan bien como nosotros que un intento de desembarco en cualquier parte de Europa proporcionaría rápidamente a Inglaterra un segundo Dunkerque, mucho peor. No puede arriesgarse a una derrota así sin provocar una crisis fatal para el Imperio. Dadas las crecientes exigencias de los bolcheviques, no tiene más remedio que lanzar oscuras amenazas y encontrar formas menos peligrosas de satisfacer a los soviéticos. Su solución es enviar a la Real Fuerza Aérea a atacar de noche a la población civil alemana. Nunca hemos dudado de que este tipo de guerra podría causarnos graves daños. La cuestión es si es capaz de cambiar significativamente la situación militar y si los resultados que promete el señor Churchill pueden lograrse en un grado significativo. No necesito decir que la población civil alemana está sufriendo dolorosamente bajo

el terror británico. Ellos saben que cuentan con la simpatía y el cálido apoyo de todo el pueblo alemán, que admira profundamente su valiente lucha. Pero Londres se equivoca si cree que puede quebrantar la moral alemana mediante el terror. Lo hemos dicho cientos de veces y lo diremos cien veces más: el pueblo alemán de hoy no tiene nada en común con el pueblo alemán de 1918. Nuestro desmoronamiento moral fue una excepción puntual, no la regla. Igual de absurda es la presunción británica de que se puede dañar gravemente nuestra producción de armamentos o alimentos mediante esos ataques aéreos terroristas. El daño causado no es suficiente para perjudicar nuestro esfuerzo bélico. Si los británicos supieran lo que destruyeron realmente durante sus ataques nocturnos, en lugar de lo que creen que han destruido, no darían tanta importancia a la guerra aérea. Sufren enormes pérdidas durante sus misiones nocturnas. Las pérdidas son mayores de las que pueden soportar, incluso si el señor Churchill falsea las cifras exagerando el número de aviones involucrados para reducir el porcentaje de aviones perdidos. Puede ganar algunos puntos políticos en casa haciendo esto, pero no puede engañarnos. El enemigo no es tan exigente cuando se trata de números.

En el gran ataque nocturno británico a Colonia, que tuvo lugar el 30 y 31 de mayo, murieron 305 personas. [La cifra de Goebbels no se alejaba demasiado de la realidad. El total real de muertos fue de algo menos de 500, aunque 5.000 personas resultaron heridas y más de 12.000 edificios resultaron dañados o destruidos. Goebbels no quiso revelar esas cifras.] Se trata de una cifra muy elevada y las familias afectadas sienten un profundo dolor por los bombardeos aleatorios de Gran Bretaña. Sin embargo, cuando los periódicos estadounidenses y, posteriormente, ingleses hablan de 20.000, se puede ver lo que el enemigo esperaba y lo lejos que estaban sus deseos de los hechos. Desde el comienzo de la guerra hasta el 1 de junio de 1942, murieron un total de 7.430 personas durante los bombardeos enemigos. No queremos, desde luego, restar importancia al dolor que causaron estas muertes. También murieron por la libertad del Reich. Los británicos se presentan como acusadores ante los dirigentes ingleses, que siempre se han caracterizado por su brutalidad cínica y que, sin duda, están haciendo honor a su reputación. Sin embargo, la verdadera magnitud de esta cifra se hace evidente cuando uno se da cuenta de que en los últimos dos años y medio de paz, 15.039 alemanes murieron en accidentes de tráfico. No tenemos intención de comparar de ninguna manera la importancia de las muertes, sólo de poner la jactancia británica en el contexto adecuado.

Los informes de todas las ciudades bombardeadas por los ingleses indican que la moral de los civiles se mantiene firme. No es fácil tomar a la ligera el dolor causado por los ataques terroristas -¡cómo podría hacerlo!-, pero uno se siente en primera línea de nuestra defensa civil. La gente sabe exactamente lo que el señor Churchill está tratando de hacer y no tiene ningún deseo de hacerle un favor siendo débil. La estrategia británica es demasiado transparente para tener éxito y, además, los ingleses han sido demasiado abiertos acerca de su objetivo. No se puede esperar quebrantar la moral de los civiles cuando se es lo suficientemente cínico como para anunciar que eso es lo que se está haciendo, en particular cuando la gente sabe exactamente cuáles serían las consecuencias de la debilidad. Normalmente, los ataques que Inglaterra lanza contra nosotros son respondidos con prontitud y de manera proporcionada. No nos gusta hacerlo, pero Churchill no nos deja otra opción. El Führer le advirtió claramente en su último discurso en el Reichstag, pero Churchill eligió el bombardeo aleatorio y recibirá el mismo castigo. Es un método de guerra desafortunado y doloroso para ambos bandos, pero quien lo inició es responsable. El terror sólo se puede vencer con terror.

La debilidad sólo lo alienta y lo fortalece. El terror y el contraterrorismo cuestan vidas, pero en cantidades mucho menores que las que se producirían si uno se rindiera. Sólo la fuerza vence a la fuerza. Por doloroso que sea para la gente que aprecia la cultura -y nos consideramos parte de este grupo que desaparece lentamente- ver daños en monumentos históricos y artísticos tan antiguos no sólo en Lübeck, Rostock y Colonia, sino también en Bath, York y Canterbury, no es culpa nuestra, sino del despiadado criminal que actualmente dirige el Imperio Británico. Sabemos perfectamente que no tiene sentido para apreciar esas cosas. Es uno de esos tipos plutocráticos endurecidos y groseros cuyas únicas ambiciones son el dinero, la buena vida y, lo mejor de todo, el alcohol. Es una desgracia para Inglaterra tenerlo como líder. No sólo el Imperio británico, sino toda la humanidad decente debe pagar un alto precio. Si no fuera por nosotros, el mundo de la cultura desaparecería. Por tanto, debemos defendernos de sus métodos de guerra. Puesto que estamos decididos a utilizar los mismos métodos brutales que él utiliza para aterrorizar a nuestra población civil. Su guerra aérea es, sobre todo, una guerra de nervios. Está tratando de

quebrantar la moral de la población civil en las zonas sometidas a los bombardeos. No le importa si le cuesta más a él que a nosotros. Está haciendo un intento que fracasará de la misma manera que sus otros intentos. Los sacrificios que debemos hacer algún día serán recompensados. No tenemos más remedio que aceptarlos y pagarlos con la misma moneda, en la medida en que nuestro esfuerzo bélico mundial lo permita. Las víctimas en Inglaterra pueden quejarse muy fácilmente al origen de sus problemas: el señor Churchill. Sería un honor para la prensa judía de Nueva York y Londres prestar atención a sus comentarios sanguinarios sobre la guerra aérea y la guerra de nervios. Tendrán que pagar por ello con el exterminio de su raza en Europa, y tal vez mucho más allá. No hay que tomarlos en serio, porque representan sus propios intereses, no los de Inglaterra o los de Estados Unidos. Estamos librando una guerra contra enemigos que amenazan nuestra propia existencia. Estamos luchando por todo lo que amamos. Las víctimas de la guerra algún día serán dignas de comparar con la magnitud de la victoria que lograremos. Eso ya no se puede cambiar. Nuestros enemigos están en posición de posponer nuestra victoria por un período de tiempo. Pero eso hará que el final sea aún más inevitable. También en esto es cierto el viejo proverbio: Lo que no nos destruye nos hace más fuertes.

Joseph Goebbels - la guerra del tonelaje.

21 de junio de 1942

En ningún otro lugar del mundo el enemigo se encuentra tan amenazado como en el mar. Ya no se oyen jactancias de Churchill y Roosevelt de que el peligro de los submarinos alemanes ha sido superado. Por el contrario, un elocuente silencio ha sustituido a esas declaraciones prematuras. De vez en cuando, lo rompe una voz preocupada que dice que la guerra marítima ha entrado en su fase más aguda y peligrosa y que se ha convertido en el tema cardinal del esfuerzo bélico anglo-estadounidense. Por primera vez desde septiembre de 1939, un importante periódico londinense ha escrito que Inglaterra podría perder la guerra si las cosas siguen como están ahora, y un gran grupo de periódicos estadounidenses parece haber coincidido en que Alemania está hundiendo más barcos de los que Estados Unidos e Inglaterra pueden construir, pero que se están hundiendo menos submarinos de los que los alemanes son capaces de construir. Esa es una descripción bastante sutil del peligro que ahora enfrentan las potencias anglosajonas y se puede entender las vehementes peticiones del lado del público enemigo para que finalmente se diga la verdad sobre el estado real de la guerra del tonelaje en lugar de conformarse con generalidades amplias o ingeniosas fantasías numéricas.

Predijimos tal desarrollo. Cuando el señor Churchill anunció hace 15 meses que los datos sobre el número y el tonelaje de los barcos hundidos ya no se publicarían por razones de seguridad, sabíamos lo que significaba. El argumento del Almirantazgo era demasiado transparente. ¿Qué pueden ocultar a nuestros submarinos, que generalmente saben exactamente lo que han hundido? Inglaterra sólo puede ocultarnos los barcos hundidos por minas o por actos de Dios. La publicación de las cifras, que conocemos, sólo aumentaría en gran medida la preocupación por parte del público británico-estadounidense. La guerra marítima ha entrado en una fase crítica para Inglaterra y los Estados Unidos. Los periódicos ingleses comentaron recientemente que el control de los mares no es una cuestión teórica, sino más bien una cuestión de lucha diaria, y que la flota de buques de guerra más poderosa es de poco valor cuando ya no cumple su propósito, es decir, mantener abiertas las vitales rutas marítimas y de transporte de Inglaterra. A diferencia de nosotros, Inglaterra depende de la libertad y la seguridad de los mares. Satisfacemos nuestras necesidades principalmente del propio continente europeo. Inglaterra necesita suministros esenciales de su Imperio y de países lejanos.

Si las rutas marítimas se rompen e Inglaterra no logra restablecerlas, la parálisis gradual de la madre patria británica está asegurada. El colapso del esfuerzo bélico inglés es sólo una cuestión de tiempo. No nos hacemos ilusiones al respecto. La guerra del tonelaje no es el único medio para poner en jaque mate a Inglaterra, pero es uno de los más importantes. Por eso se comprende que Churchill y Roosevelt hagan todo lo posible por ocultar la situación a la opinión pública, alegando razones de seguridad militar, y que trabajen con ahínco para encontrar los medios de combatir el peligro de los submarinos alemanes y reducir el tonelaje hundido a un nivel aceptable. Como esto es mucho más difícil de hacer en la práctica que en la propaganda, recurren en primer lugar a la propaganda. Sin duda, Churchill es mejor en este aspecto que Roosevelt: él marca el tono. No se admite nada que pueda negarse de forma plausible. La mayoría de las veces, sólo se dice algo cuando la tripulación de un barco hundido llega a un puerto neutral y testigos fiables informan del suceso. Hacen un gesto o dos. Cuando los casos se acumulan en un corto período de tiempo y desconciertan al público inglés o estadounidense hasta el punto de exigir una explicación, Churchill o Roosevelt hacen que uno de sus portavoces, que ya no es capaz de minimizar el peligro de los submarinos, hable del enorme programa de construcción naval en ambos lados del Atlántico que pronto sustituirá a los barcos hundidos.

Esperamos que, a medida que la situación se haga más crítica en las próximas semanas y meses, Churchill y Roosevelt utilicen nuevos trucos propagandísticos para confundir a los pueblos anglosajones y desviarlos del peligro que los amenaza. Seguramente intentarán engañarlos y ridiculizar nuestras cifras con sus propias estadísticas fantásticas. Conocemos esos métodos y estamos preparados para ellos. Los pueblos de los Estados enemigos exigirán cuentas. Sus gobiernos no están en condiciones de rendirles cuentas sin admitir un peligro mortal. ¿Qué alternativa les queda sino minimizar la situación, poner en duda la exactitud de nuestras cifras o tratar de desviar el debate hacia otro tema? El público mundial ve con demasiada claridad su responsabilidad en la guerra; no puede admitir errores en ningún ámbito. No tiene más opción que salvar las apariencias, para no correr el riesgo de ser expulsados del poder en vergüenza por sus propios pueblos. El 25 de febrero, el Daily Mail escribió que los ingleses que creen que la industria naviera estadounidense podría reemplazar las pérdidas británicas se engañan a sí mismos. Eso fue durante una fase de la guerra de submarinos que aún no era peligrosa para la vida del enemigo.

Desde entonces, la situación ha empeorado para Inglaterra y los EE. UU. El tonelaje hundido ha alcanzado un nivel que constituye un grave peligro para la navegación enemiga, mientras que las pérdidas de submarinos alemanes no se acercan ni de lejos a los niveles de los que se jactan los almirantazgos británico y estadounidense. Periódicos serios y corresponsales navales del lado enemigo lo reconocen. El Daily Sketch, por ejemplo, en un despacho del 30 de mayo desde Nueva York, informó de que los círculos estadounidenses en los que el deseo es padre de la idea afirman hundir uno de los tres submarinos que operan frente a la costa atlántica. Pero eso es sólo una ilusión. Deberían tener en cuenta el hecho de que cientos de barcos aliados han sido alcanzados por torpedos en el Atlántico occidental desde la entrada de los EE. UU. en la guerra. Eso es bastante claro y no necesita comentarios. La afirmación de Churchill de que el peligro de los submarinos está bajo control es bastante sorprendente. El enemigo intenta minimizar un peligro que es crítico para el esfuerzo bélico británico-estadounidense. Somos plenamente conscientes de las dificultades y posibilidades de la guerra submarina. Las valientes tripulaciones de nuestros submarinos tienen una tarea difícil. La patria se entera de sus éxitos tan a menudo que corren el riesgo de darlos por sentados.

Nada podría ser más equivocado. El enemigo sabe lo importante que es la batalla y hará todo lo posible para reducir la curva de pérdidas de submarinos, que aumenta rápidamente, hasta el punto de que al menos no sea crítica. Otros factores en la guerra submarina incluyen el clima y las estaciones. Sólo cuando se tiene en cuenta el número relativamente pequeño de jóvenes experimentados en batalla que llevan esta carga y la importancia decisiva para el enemigo de las rutas marítimas abiertas, se puede comprender la situación. Rara vez en el curso de la batalla entre naciones han jugado tan pocos hombres un papel tan decisivo. Cada submarino que sale de nuestros puertos para navegar contra el enemigo es una obra maestra de la construcción naval alemana, y su tripulación incluye lo mejor de nuestra juventud alemana que está luchando heroicamente por la libertad de nuestro pueblo. Esta arma alemana, famosa en todo el mundo, ha merecido la admiración, incluso del enemigo. Nuestros submarinos son la razón principal por la que Alemania no ha sido bloqueada en esta guerra, sino que ha impuesto un contrabloqueo al enemigo.

Nuestros submarinos pueden estar orgullosos de haber sumido al enemigo en el pánico y de que gran parte de nuestra certeza de victoria se basa en sus valientes esfuerzos. Sabemos exactamente qué son las contramedidas del enemigo y cuáles debemos tomar en serio y cuáles no. Uno puede entender la estrategia de guerra del enemigo sólo en el contexto de la situación general. Churchill y Roosevelt viven al día. Ya no pueden decir la verdad a su propio pueblo, a los neutrales o a nosotros. Son perseguidos por miles de perros y apenas pueden decir las cosas como son. También en la guerra del tonelaje están en una situación difícil. Ya no pueden contar a su propio pueblo los hechos deprimentes, ya que la guerra ha tomado un rumbo completamente diferente al que esperaban. Se ven obligados a salvar las apariencias, a encubrir sus pérdidas y a inventar victorias que en realidad no existen. Nos enfrentamos a pecadores empedernidos que sólo se rendirán cuando no tengan otra alternativa. Eso no será mañana ni pasado mañana. Hay que tratar con ellos hasta que estén en el suelo. La opinión pública en Inglaterra y en los Estados Unidos oscila entre un optimismo desenfrenado y un profundo pesimismo. De vez en cuando, los periódicos leales al gobierno preguntan por qué se extienden las ilusiones entre los pueblos anglosajones. Naturalmente, no pueden decir que sus propias mentiras y estafas han dado a sus

pueblos una imagen falsa y engañosa de la situación. Protestan contra las ilusiones del hombre de la calle sin dar una razón clara de por qué tales ilusiones son irrazonables. La charla se da en círculos y el fin de su aquelarre aún no está a la vista. No tenemos más remedio que aumentar nuestro esfuerzo bélico y seguir por el camino estrecho, tomando las fanfarronadas del enemigo como lo que son. Todo esfuerzo bélico tiene naturalmente sus límites. Depende de los hechos, no de los deseos. La guerra en sí tiene sus giros y vueltas, para los que hay que prepararse lo mejor posible. Quien mantiene una visión realista de la situación y no se desvía de su objetivo ni por los reveses ni por los éxitos, lo hace mejor. Nosotros sabemos exactamente dónde estamos y hacia dónde vamos. El enemigo no sabe nada de eso. Por eso, en las próximas semanas y meses se encontrará con las sorpresas más desagradables. La muerte navega por los mares con la mirada puesta en nuestros enemigos y recoge una terrible cosecha de sus barcos, hombres y material. Churchill y Roosevelt no pueden hacer nada al respecto con discursos y declaraciones, sólo con acciones. Pero eso es lo que no pueden hacer en las condiciones actuales.

Joseph Goebbels - la llamada alma rusa.

19 de julio de 1942

La dura y despiadada batalla por Sebastopol, así como las recientes y amplias operaciones ofensivas del ejército alemán, han reabierto un vivo debate, sobre todo en la prensa neutral. Al igual que el pasado invierno, se trata de la llamada alma rusa. Las fronteras espirituales y territoriales entre Asia y Europa siempre han interesado a los europeos occidentales. No se puede negar que la mezcla étnica que llamábamos Rusia antes de 1917 y la Unión Soviética después ha sido un enigma para nuestra parte del mundo. Eso no tiene nada que ver con el zarismo de entonces ni con el bolchevismo de hoy. Tiene que ver simplemente con el hecho de que los diversos pueblos reunidos en este monstruo de nación no son un pueblo [Volk] en el sentido que damos a la palabra. Las múltiples facetas del alma rusa, que nos parece tan compleja y contradictoria, en realidad no son más que el reflejo de los diversos pueblos que la forman. Sería un error evaluarla con los criterios de Europa occidental. Lo que llamamos Rusia siempre ha sido una masa colectiva. Sólo una pequeña parte de ella ha pasado a la historia. Antes era la clase alta zarista, hoy la camarilla gobernante judía-bolchevique.

Las amplias masas de campesinos y trabajadores eran sólo herramientas, no tenían participación en los acontecimientos históricos. Los pueblos de la Unión Soviética viven en un nivel de primitivismo brutal que difícilmente podemos imaginar. Una exposición llamada “El paraíso soviético” visitó recientemente Berlín y otras grandes ciudades, tratando de mostrar la naturaleza de la vida en la Unión Soviética a través de materiales originales. La gente normal e ingenua no puede creerlo. A menudo se veía a grupos de civiles discutiendo acaloradamente sobre el asunto, a los que luego algunos veteranos heridos del Frente Oriental tenían que decirles que la realidad en el llamado paraíso de los obreros y los campesinos era aún peor de lo que se les presentaba. Es significativo que la campaña contra la Unión Soviética no haya traído buenos recuerdos del comunismo. Ninguno de nuestros soldados ha visto evidencia alguna de una concordancia entre la teoría y la práctica del bolchevismo. Ninguno ha regresado del Este como comunista. El velo ha sido levantado. El bolchevismo ya no es un peligro para nosotros. Todavía parece asombroso que el ejército soviético haya ofrecido a nuestras tropas una resistencia que no había encontrado en campañas anteriores. Luchan con una determinación impasible, casi bestial, y a veces muestran un desprecio por la muerte que es más que notable.

Los participantes en la batalla de Sebastopol cuentan historias de la resistencia de las tropas soviéticas que necesitan explicación si no se quiere inquietar a una gran parte de la opinión pública. Los rusos, a lo largo de su historia, siempre han mostrado una manera particularmente obstinada y dura de defenderse, aunque nunca han sido especialmente dotados para la ofensiva. Su carácter nacional es de naturaleza defensiva. Son impasibles y animales. Están acostumbrados a una existencia dura y empobrecida, y por lo tanto no se aferran a la vida con tanta fuerza. La persona promedio vale menos que una bicicleta. Una tasa de natalidad rápida reemplaza rápidamente cualquier pérdida. Tienen un tipo de dureza primitiva que no se puede llamar valentía. Es completamente diferente. La valentía es una especie de coraje espiritual. La dureza con la que los bolcheviques defendieron sus búnkeres en Sebastopol era más un impulso bestial, y nada podría ser más erróneo que suponer que era el resultado de las opiniones o la educación bolcheviques. Los rusos siempre fueron así, y probablemente siempre lo seguirán siendo. También es más fácil desperdiciar una vida cuando no hay un futuro, que cuando, incluso en el momento del peligro, un paraíso lejano todavía parece llamarnos. No hace falta hablar del enorme peligro que representa para Alemania y toda Europa el levantamiento armado de millones de personas tan impasibles. Para los soldados atacantes, el motivo de los defensores no tiene

demasiada importancia. Los métodos que emplean los comisarios bolcheviques para llevar a sus tropas hasta el último escalón de resistencia no son tan importantes para el curso de la batalla. Sin embargo, es importante conocerlos para evitar falsas impresiones. El bolchevismo es un maestro en la explotación del alma nacional eslava. Sólo en Rusia fue posible este terrible experimento. Requería la torpeza primitiva y bestial de los pueblos que formaban la Unión Soviética, así como sus limitadas expectativas sociales y económicas. Sus métodos se aplicaron entonces con una coherencia que asombraba al observador. Nuestras primeras imágenes del bolchevismo no eran exageradas, sino subestimadas. La realidad las eclipsó. Ni siquiera mencionaremos los llamados logros sociales del sistema soviético, que, comparados con los nuestros, sólo pueden provocar risa o estupor. Pero no es una cuestión de gustos el asombro de que la propaganda bolchevique haya conseguido aislar del mundo a las masas de obreros y campesinos rusos y convencerlas, mediante estúpidas repeticiones, de que viven en un paraíso terrenal.

El juicio independiente exige la posibilidad de comparar, cosa que ellos no pueden hacer. Los obreros y campesinos de la Unión Soviética son como aquel hombre que estuvo preso en un oscuro calabozo durante veinticinco años y al que se puede convencer fácilmente de que una lámpara de queroseno es el sol. El comisario político tiene en un sistema semejante, una función absolutamente incomprensible para nosotros. Esgrime el látigo, tanto entre las masas como en el ejército. Tiene pleno poder sobre la vida y la muerte, y también su propia cabeza está en juego. Las masas impasibles están a su disposición. Se ven obligadas a elegir entre aceptarlo todo o enfrentarse, como mínimo, a la cárcel o, en el peor de los casos, a una muerte bestial. No queda nada parecido a una intelectualidad que pueda ofrecer resistencia. El sistema tiene los recursos para eliminarlo en sus primeras etapas. Todo el país está cubierto por un sistema de espionaje que utiliza a los niños para espiar a sus padres. ¿Qué otra opción tienen las masas impasibles y desesperanzadas sino obedecer con el fatalismo que yace dentro de su alma racial, entregarse a su destino? ¿Qué otra opción tiene un soldado en un búnker cuando el comisario está allí de pie con una pistola en la mano y la propaganda judía sistemática lo ha persuadido de que convertirse en prisionero significa no sólo la muerte, sino una tortura espantosa?

Eso realmente no tiene nada que ver con la valentía tal como la entendemos. Incluso este sistema, cuando se enfrenta a la prueba final, se doblegará ante la fuerza superior de la combatividad masculina. Los bolcheviques tenían una gran ventaja en sus posiciones defensivas, pero capitularon después de 25 días. Al final, su sistema carece de la libre voluntad personal que brota del espíritu de lucha individual. Supera la dificultad y el peligro no mediante el terror y las amenazas, sino mediante la valentía individual. Sin duda, el judaísmo internacional con su material humano organizado, impasible y maleable es un enemigo peligroso. Una vez que se agote, no quedará ninguna amenaza que podamos afrontar. Tendríamos que dudar de la calidad de nuestra raza, de la bondad de nuestros soldados y del poder combativo de nuestra visión del mundo y de nuestros principios si dudáramos siquiera un momento de que podemos vencer este peligro. Es parte del destino de la raza alemana el que en momentos críticos deba defenderse de la amenaza del Este. Es especialmente peligrosa hoy, atada como está a los despiadados objetivos infernales del intelectualismo judío.

Sin duda, fue una amenaza casi fatal no sólo para Alemania, sino para toda la cultura occidental, cuando el judaísmo transformó las capacidades físicas del Este en un ejército soviético monstruoso y armado, dirigido contra Alemania y toda Europa. El comisario rojo está defendiendo su mundo al mantener unido su ataque contra nosotros. Debemos destruir su sistema si queremos vivir libres de peligro en el futuro. Esta explicación va más allá del ámbito de las discusiones filisteas sobre la llamada alma rusa. Las antiguas medidas son inadecuadas para cosas de una escala espiritual y filosófica tan enorme. La gigantesca batalla en el frente oriental sacude a un mundo que debe caer si queremos tener algún tipo de futuro nacional. La brutalidad bestial con la que el enemigo está librando la guerra es una prueba de la enormidad del peligro al que nos enfrentamos. Todo está en juego. No se puede imaginar las consecuencias que tendría la implantación de este sistema en nuestro país. Impondría a Europa una dominación total por parte de la judería internacional. Nuestro pueblo se vería sometido a la brutalidad impasible de una raza primitiva y perdería sus aspectos más valiosos. Londres no podía sino acoger con agrado una cosa así. Tienen un adversario al que no pueden derrotar por sus propias fuerzas, como demuestra el desarrollo de la guerra. Por tanto, se comprende por qué los alemanes tenemos poca paciencia para las discusiones intelectuales sobre la llamada alma nacional rusa, que hay

que investigar a fondo para descubrir sus supuestos secretos. Aquí no hay misterios, sólo hechos. Estamos luchando contra una potencia mundial que amenaza nuestra vida nacional. La guerra es para nosotros una dura realidad, no una cuestión filosófica. Vemos sus horribles orígenes y nuestros soldados luchan por nuestros bienes más sagrados. No subestimamos a nuestro adversario. Sin embargo, como siempre, estamos convencidos de que también en este caso la raza superior triunfará sobre la inferior, independientemente de los medios infernales que emplee para escapar de su merecido destino. Sabemos bien que Europa estaría perdida si las potencias del Eje no la defendieran. Hemos dado a nuestra parte del mundo una nueva juventud. El ataque del Este contra su vida y su cultura fracasará porque opondremos a su poderío impasible una resistencia ofensiva que extrae su fuerza de la inteligencia de los dirigentes y de la vitalidad de las razas jóvenes de Europa. Como tantas otras veces, esta vez también los nómadas del Este se verán obligados a retroceder a sus estepas. Ése es el objetivo de nuestra batalla contra la Unión Soviética.

Joseph Goebbels - la crisis europea.

28 de febrero de 1943

Hay que entender la cuestión judía para entender el estado actual de la guerra. ¿De qué otra manera se podrían explicar los siguientes hechos: las potencias del Eje están luchando por sus vidas en una lucha mundial, enfrentándose por un lado al bolchevismo oriental, la expresión más flagrante y radical del socialismo internacional, y por el otro a la plutocracia occidental, la expresión más flagrante y radical del capitalismo internacional? El bolchevismo está tratando de ponerse un barniz de civilización occidental, mientras que la plutocracia se pone el sombrero jacobino según sea necesario y habla en una mezcolanza revolucionaria que intenta ocultar la distancia que aún la separa del bolchevismo. El Kremlin dice a Downing Street y a la Casa Blanca que la plutocracia que reina allí no es tan mala. En Londres y Washington, elegantes caballeros con levitas y cardenales con sus togas intentan con avidez blanquear al bolchevismo y a Stalin, haciéndolos aparecer como ángeles inocentes. No hay mayor piedad que la de los gobernantes soviéticos, ni mejor socialismo que el representado por Roosevelt, Churchill y Eden. ¡Explíqueme este fenómeno de la naturaleza, conde Örindor! [cita de Die Schuld de Amadeus Gottfried Müllner]

Se buscará en vano la respuesta a este enigma si no se considera el problema judío. Sin embargo, la respuesta es clara si se ve la clave de la historia mundial en la cuestión racial. Sólo hay una diferencia superficial entre los dos bandos enemigos: las personas que agitan en primer plano. Sin embargo, si se arroja una luz sobre el fondo, se descubre rápidamente la causa de toda la confusión espiritual e intelectual, el fermento de la descomposición de los Estados y los pueblos: el judaísmo internacional. La plutocracia y el bolchevismo surgen de las mismas raíces de un período de decadencia liberal-democrática. Pueden diferir en matices, pero en lo esencial son lo mismo. Lo que quieren puede diferir, pero lo que no quieren es lo mismo. No quieren orden entre los pueblos del mundo. Ambos dependen del desorden, la anarquía y el caos. Los buscan porque sólo pueden extraer su poder infernal para el mal y la destrucción de esas fuentes. El judaísmo tiene dos formas de obtener y mantener el poder sobre los pueblos unificados: el capitalismo internacional y el bolchevismo internacional. El uno es el hermano más radical del otro. Su ansia de poder es ilimitada. Siempre que no pueden alcanzar su objetivo por los medios habituales, tratan de introducir condiciones de desesperanza y desesperación en las que puedan sembrar su semilla.

En el proceso, hacen constante y ansiosamente todo lo que pueden para obstaculizar y eliminar las defensas naturales de los Estados y los pueblos, fortalezas que surgen de la fuerza étnica de una nación. Intentan desacreditar esa fuerza de antemano e impedir que entre en acción haciendo que el peligro parezca lo más pequeño e inofensivo posible hasta que sea demasiado tarde. Ese es el punto del proceso en el que nos encontramos ahora. El pasado noviembre, cuando empezó a ser evidente que el ejército alemán no estaba en condiciones de mantener las líneas que había alcanzado durante las operaciones del verano y principios del otoño, comenzó el juego diabólico. La pelota se lanzó de un lado a otro entre Moscú, por un lado, y Londres y Washington, por el otro. Los bolcheviques se vistieron para Europa occidental y los plutócratas los presentaron con esa ropa inicialmente confusa ante un mundo atónito. Los jefes del Kremlin reemplazarían sus elegantes ropas por su antiguo atuendo de ladrón una vez que terminaran. Hoy simplemente están practicando el mimetismo, el arte de la apariencia y el disfraz, un arte en el que los judíos son extraordinariamente buenos, ya que siempre han tenido que usarlo para mantener su precaria existencia. Uno puede imaginar el regocijo con el que los soviéticos leyeron artículos en periódicos neutrales e ingleses-americanos que presentaban al bolchevismo como la

encarnación de la inocencia burguesa. No se sabe si estos artículos están escritos con estupidez o con malicia, pero nadie discutirá el hecho de que representan un peligro nacional, incluso continental, para todos nosotros. Vivimos en el período más crítico de la historia de Occidente. Cualquier debilitamiento de la fuerza defensiva espiritual y militar de nuestro continente en su lucha contra el bolchevismo oriental trae consigo el peligro de una rápida decadencia de su voluntad de resistencia. El resultado inevitable sería sólo una cuestión de tiempo y del momento oportuno. Las cosas están tan avanzadas que el Kremlin ya no siente la necesidad de molestarse siquiera en defenderse públicamente contra las graves acusaciones que se levantan contra él en casi todos los Estados europeos. Cree que puede dejar que sus armas hablen. Ni siquiera lo hizo en la reunión de Casablanca, que demostró su completa indiferencia hacia las negociaciones anglo-americanas. Todos los intentos de Londres y Washington para conseguir que apruebe incluso la llamada Carta del Atlántico fracasaron. Como escribió recientemente un periodista estadounidense, Stalin se envuelve en un silencio oriental. Pero sus divisiones mecanizadas de robots hablan con suficiente claridad. Sus agresivas puntas de lanza no apuntan sólo contra el Reich y sus aliados, sino contra todo Occidente.

Eso ahora está claro. Mientras tanto, los judíos de la plutocracia occidental se esfuerzan por minimizar el peligro que les amenaza y hacerlo medianamente aceptable para el público europeo. Sostienen que en el curso de los dos últimos años, desde su alianza con las potencias anglosajonas, el bolchevismo se ha moderado y ha adquirido un rostro más burgués. Naturalmente, ocurre exactamente lo contrario: el bolchevismo no se ha vuelto más parecido a la plutocracia, sino que la plutocracia se ha vuelto más parecida al bolchevismo. La experiencia humana demuestra que cuando se unen dos temperamentos diferentes, y eso es lo que está sucediendo aquí, el más radical siempre gana. Esto también es cierto en lo que respecta a este concubinato político-militar. La actual piedad del Kremlin es sólo una apariencia, mientras que la simpatía de la Iglesia anglicana por el bolchevismo es genuina. Detrás de las frases piadosas de la dirección soviética, detectamos el rostro grotesco del ateísmo bolchevique. No ha sido liquidada, sino que sólo espera comenzar de nuevo su propia obra de liquidación, completando su obra de exterminio en los Estados europeos que comenzó con cientos de miles de sacerdotes en la Unión Soviética. Sólo entonces, tal vez, las iglesias cristianas comprenderán lo que significa realmente la enemistad combativa con la religión.

También sería totalmente ingenuo creer a los ingleses y a los estadounidenses cuando dicen que después de que sus armas hayan conquistado Europa protegerán nuestra parte del mundo de la bolchevización. Si el ejército alemán no puede hacerlo, ninguna otra potencia militar del mundo podría hacerlo, incluso si quisiera. Hoy, los principales periódicos ingleses y estadounidenses están diciendo que hay que dar a la Unión Soviética mano libre en Europa, y que tal vez sería mejor poner nuestro continente bajo el dominio del Kremlin. Eso se puede decir en una sola frase, pero contiene la trágica decadencia de toda la humanidad civilizada. Uno se estremece al pensar que podría convertirse en realidad, incluso que se pudiera hablar de ello, sin que toda la humanidad occidental se levantara como una sola para defenderse. En cambio, se quedan mirando hipnotizados, como el conejo ante la serpiente antes de ser devorado. La parálisis de la voluntad de Europa ha llegado a su máximo apogeo. Moscú, mientras tanto, está diciendo a los trabajadores de los Estados europeos que siempre tuvieron que trabajar de todos modos, y que no tendrán que hacer más que trabajar en un sistema soviético. Se requiere una santa inocencia para siquiera escuchar esta afirmación.

El terrorismo judío en la Unión Soviética está dirigido no sólo a los intelectuales, sino aún más a las clases trabajadoras y campesinas más numerosas. Millones de trabajadores han perecido miserablemente en los campos de trabajos forzados. Si la Unión Soviética prepara un destino así para su propio pueblo, ¿qué hará con los pueblos extranjeros? Reunirán batallones de esclavos para Siberia. La compasión y la preocupación que experimentarán allí se muestran en los terribles acontecimientos en los antiguos Estados bálticos durante su breve período soviético. Allí, también, exterminaron no sólo a los líderes políticos, militares y económicos, sino también a toda la intelectualidad. Ese es el objetivo del bolchevismo judío. Mientras no esté firmemente en el poder, quiere asegurarse de que no exista la menor posibilidad de un nuevo liderazgo bajo un liderazgo nacional. Tenemos aquí el intento más demoníaco de atacar a los Estados y pueblos europeos, y no hay más que una respuesta posible: la resistencia armada hasta que el enemigo mundial haya sido derrotado. Eso es todo lo que importa. El peligro sólo puede ser dominado por la fuerza nacional de los pueblos. Nos alegra que la conciencia de la amenaza esté aumentando

en los debates internacionales. En toda Europa, las voces se están haciendo más fuertes. En las zonas ocupadas por las tropas alemanas, la gente está tomando conciencia de que el ejército alemán es la única protección contra la apisonadora del este. En cierta zona de nuestra parte del mundo, se está haciendo evidente algo así como un sentido de solidaridad europea. En este proceso de reeducación de todo un continente, incluso los judíos pueden ser parte de esa fuerza que siempre quiere el mal, pero en cambio causa el bien. Como dijo una vez Clauswitz, los acontecimientos espirituales no siempre siguen el camino recto que uno espera. A veces uno cree que está totalmente confundido, toma un camino lateral y de repente se encuentra de nuevo en el camino principal y ve ante sí la meta brillante. La diablura infernal de amplio alcance sólo funciona mientras los afectados no la ven. Si se reconoce el peligro, la batalla está medio ganada. Uno no puede confundirse por aspectos externos, perdiendo así la perspectiva más amplia. Hay que escuchar a los propios instintos, que nos dicen que vamos por buen camino. La situación no es tan complicada como parece, sino que la complican quienes se aprovechan de la confusión, que quieren hacernos sentir inseguros, debilitar y paralizar nuestra voluntad de defendernos.

La mayor parte de Europa se encuentra hoy en un trance narcótico, pero si encuentra el valor de eliminar el veneno, de dejar de pensar y sentir como quiere el enemigo y, en cambio, se deja llevar por su sentido de autoconservación, todo estará ganado. En nuestra parte del mundo tenemos mucha más fuerza de la que creemos, sólo necesitamos utilizar una pequeña parte de ella. El peligro agudiza los sentidos. Tenemos la impresión de que ciertos círculos de nuestro continente están viviendo un despertar a veces lento, pero a veces repentino. No creemos que nuestra parte del mundo quiera rendirse, no está al final, sino al comienzo de su desarrollo. Nuestros soldados en el Este harán su parte, detendrán la tormenta de las estepas y, en última instancia, la romperán. Luchan en condiciones inimaginables. Pero ellos están librando una buena batalla. No luchan sólo por nuestra propia seguridad, sino también por el futuro de Europa. Muchos de los que hoy todavía no creen en eso, mañana se lo agradecerán de rodillas. Aquí también brilla siempre una verdad. A lo largo de su agitada historia, el judaísmo ha estado muchas veces al borde de la victoria, sólo para ser arrojado a la oscuridad de su existencia inferior en el último minuto. Sólo tenemos que permanecer alerta para prepararle el mismo destino también esta vez. La crisis material y espiritual de Europa se acerca a un clímax dramático. El que esté en la mejor forma obtendrá la victoria. Hoy más que nunca, esta frase es cierta para nosotros: ¡La preparación lo es todo!

2 de mayo de 1943

A menudo resulta difícil, si no imposible, ofrecer una visión general de los acontecimientos políticos o militares más importantes. Una situación no existe simplemente, sino que cambia constantemente. Ni los profanos ni los expertos en la materia pueden explicar con exactitud los factores que intervienen en ella. Un mando militar sabe por lo general lo que quiere y lo que puede hacer, pero hay una serie de factores que escapan a su control. Sólo puede suponer lo que quiere el enemigo y sólo puede adivinar de qué es capaz. Los círculos informados que intentan evaluar los factores materiales de una situación militar dada tienen que hacer la mayor parte de las veces estimaciones. La única certeza es la fuerza de voluntad que uno tiene y la voluntad de utilizarla. Eso es lo que importa cuando se quiere comprender correctamente la situación de guerra en un momento dado. Los grandes éxitos militares de nuestro mando se produjeron en los dos primeros tercios de esta guerra. Arrojaron a la sombra todas las esperanzas e ideas sobre la guerra que teníamos al principio.

Estábamos preocupados por Saarbrücken y el Rin. Nos enfrentábamos a la Línea Maginot y nuestros flancos en el norte y el sudeste estaban completamente expuestos. Ni en nuestros sueños más locos nos hubiéramos atrevido a imaginar que conquistaríamos ríos, regiones y ciudades que hoy consideramos nuestras posesiones obvias. Si comparamos nuestra situación de entonces con la de hoy, nadie se atreverá a decir que nuestra dirección militar no ha logrado todos los éxitos militares imaginables. Lo contrario es cierto para nuestro enemigo. Inglaterra, por ejemplo, comenzó esta guerra con una posición absolutamente segura basada en su imperio mundial. Ya no está en esa posición. Si Gran Bretaña tiene actualmente éxitos militares de mayor o menor importancia al borde de la guerra, sólo tienen una importancia limitada. En términos absolutos, Inglaterra sólo ha sufrido pérdidas. Tendrá que hacer un gran esfuerzo para recuperar al menos una parte de las enormes pérdidas de sus posesiones imperiales. Nuestros éxitos, por otro lado, son decisivos para el esfuerzo bélico, mientras que nuestros reveses ocasionales no lo son y sólo tienen una importancia limitada. No se puede pasar por alto esto al evaluar la situación general de la guerra.

Si la guerra terminara de repente hoy, tendríamos diez veces más cartas de triunfo en la mano de las que esperaba incluso el optimista más optimista al principio. Inglaterra sufriría muchas más pérdidas y derrotas de las que el más pesimista de sus partidarios hubiera podido temer al principio. Si los ingleses tienen el valor de creer en su victoria final después de éxitos tan modestos de importancia limitada, no absoluta, ¡cuánto más motivos tenemos nosotros para creerlo! La mayor parte de Europa está en nuestras manos. Tenemos la ventaja de contar con líneas interiores. Enormes fortificaciones en todas las fronteras amenazadas nos dan una libertad operativa en el Este que deja abiertas todas las posibles ofensivas. La guerra aérea británica se ve superada materialmente dos o tres veces por nuestra guerra submarina. Les estamos dando una respuesta que es parcialmente adecuada hoy, y la respuesta definitiva llegará algún día. Nuestra dirección militar tiene dificultades aquí y allá en la periferia. Eso tiene que ver con las grandes distancias desde su centro. El centro en sí no corre peligro. ¿Qué da a los ingleses el valor de esperar una derrota de las potencias del Eje? Somos casi invencibles, a menos que abandonemos la batalla sin razón. De eso no se puede hablar, lo cual está claro para cualquiera del lado enemigo. Tenemos una desventaja psicológica: los éxitos militares que nos liberan las espaldas son más antiguos que los éxitos periféricos del enemigo y, por lo tanto, se olvidan más fácilmente. Hay que mirar atrás, al comienzo de la guerra, para tener una imagen medianamente objetiva de su curso anterior. No se puede comparar nuestra posición más favorable en el otoño

de 1942 con nuestra posición más desfavorable en el invierno de 1943. En cambio, hay que comparar el comienzo de la guerra con su situación actual. Entonces se llegará a la conclusión convincente de que las potencias del Eje han tenido muchos más éxitos militares en los últimos tres años y medio de lo que se hubieran atrevido a imaginar en septiembre de 1939. Es cierto que Járkov cambió de manos dos veces el invierno pasado, por poner un ejemplo. Pero ¿quién pensó siquiera en Járkov al comienzo de la guerra? ¿No estábamos preocupados por nuestra integridad territorial básica, por provincias enteras en Occidente, tal vez pensando que podrían convertirse en teatros de guerra? Una larga serie de victorias nos hace malcriados y psicológicamente más susceptibles a ciertos reveses en la situación general de la guerra. Si uno quisiera tomarse la molestia de comparar lo que Inglaterra, los Estados Unidos y la Unión Soviética han perdido en esta guerra con lo que hemos perdido nosotros, llegaría a la sorprendente conclusión de que nuestras pérdidas son reveses aceptables en una serie de victorias cada vez mayores, mientras que el lado enemigo ha sido decisivamente golpeado en sus recursos territoriales y materiales más básicos.

Demuestra una miopía lamentable si nuestro enemigo trata de sacar provecho de esta situación. Sus círculos dirigentes, naturalmente, no lo creen de ninguna manera. Su manera grandilocuente de describir la situación general de la guerra y las conclusiones resultantes son una combinación inteligente de engaño y fanfarronería dirigida contra nosotros. Si intentan actuar de manera consecuente con su aparente certeza de éxito, nuestra confianza en la victoria demostrará lo contrario, incluso si de vez en cuando logran impresionar a algunos elementos apolíticos retrógrados. Los sanos instintos políticos de nuestro pueblo no se dejan engañar por tales métodos. Nosotros, los alemanes, sabemos perfectamente que, en el estado actual de la guerra, todo depende de nuestro equilibrio interior y que no podemos desviarnos de nuestro camino. Esto se aplica a los rumores constantes que difunde el enemigo de que hemos hecho intentos de paz aquí y allá a través de naciones neutrales, que ellos orgullosamente afirman que fueron rechazados con desprecio. En este caso, el deseo es padre del pensamiento. No podemos imaginar qué nos haría terminar prematuramente una guerra de tan decisiva importancia histórica, ya que estamos seguros de que se nos impondría de nuevo dentro de unos años, cuando ahora tenemos las mejores posibilidades posibles de victoria total.

El cuento de hadas de que el tiempo trabaja a favor del enemigo ya no se cree ni siquiera en el bando enemigo. El desgaste de la fuerza espiritual y física de un pueblo en el curso de una larga guerra afecta a amigos y enemigos en el mismo grado, e incluso en una medida mucho mayor para el enemigo que para nosotros, ya que tenemos los elementos más importantes de sus recursos militares en nuestras manos. Incluso los observadores militares serios del otro lado creen que es imposible que el continente europeo pueda ser invadido. Tenemos todas las cartas de triunfo imaginables en nuestras manos; Sólo hace falta armarse de paciencia y esperar el momento oportuno para jugarlas. Nunca antes de la toma del poder tuvimos tantas cartas de triunfo como hoy para lograr la victoria final. Lo logramos entonces porque los dirigentes del movimiento y sus miembros tenían la fuerza vital de voluntad que hoy llena a todo nuestro pueblo. Eso es lo principal. Los espíritus débiles suelen tender a interrumpir prematuramente un conflicto que se precipita hacia su momento crítico y decisivo, a la espera de un día mejor. Las razones que esgrimen a menudo parecen sabias, pero son la falsa sabiduría de quienes, como decía Clausewitz, sólo quieren escapar del peligro. Eso es cierto aquí. No podemos escapar del peligro. Está en medio del camino que lleva a la victoria. Cuanto más valientemente lo afrontemos, más seguro será que lo superaremos.

No tenemos por qué tener miedo. El golpe que nos asestó el invierno pasado no nos derrotó, sino que sólo nos hizo estar despiertos y alertas. ¿Qué podría suceder todavía que debamos temer? Tanto el frente como la patria presentan hoy un cuadro de total preparación para la guerra. El enemigo puede intentar por todos los medios confundirnos y convencernos de que veamos la guerra de una manera que sólo corresponde a sus ilusiones, pero sus esfuerzos fracasarán ante los sanos instintos políticos de nuestro pueblo. Sabemos exactamente dónde estamos, pero también adónde debemos ir todavía. Ninguna de estas cosas puede ser mantenida por los pueblos del lado enemigo. Es cierto que nos enfrentamos a nuevos cuellos de botella casi todos los días en este cuarto año de guerra. Como dice el poeta, un día nos falta el vino, al día siguiente la botella. Cada semana trae nuevas cargas y preocupaciones que a veces parecen sobrepasarnos. ¿Qué otra cosa se esperaba de la guerra? Devora la fuerza de los pueblos y las reservas naturales. Sin embargo, esto es cierto para ambos bandos en guerra. Aquí también se

trata de distinguir lo esencial de lo no esencial y lo que es decisivo para la guerra de lo que es un resultado de la guerra. Naturalmente, nadie puede creer que las cargas de la guerra disminuirán con el tiempo en un área u otra; sólo pueden aumentar. Pero también acelera los acontecimientos que de otro modo llevarían mucho tiempo. A diferencia de la Primera Guerra Mundial, nuestros éxitos militares hasta ahora en esta guerra nos han proporcionado posiciones que el enemigo simplemente no está en condiciones de recuperar, dada la situación actual. El enemigo lo sabe bien. Si dicen algo diferente es sólo por razones de agitación, tanto para darse valor y engañar al público neutral por un lado, como para confundirnos y quebrantar nuestro espíritu militar, que no pueden vencer militarmente. Debemos armarnos contra eso por todos los medios. Ningún argumento de la dirección militar del enemigo puede encontrar cabida en nuestro corazón, ya sea dirigido a nuestro humanitarismo, nuestro sentimentalismo o nuestros miedos. Ya es bastante sospechoso que el otro lado esté discutiendo abiertamente si se puede quebrantar nuestra moral mediante la agitación y cómo.

La guerra aérea angloamericana tiene como único objetivo este fin. El poderoso frente defensivo que mantenemos en toda Europa y que nos da libertad operativa en el Este no puede ser quebrantado desde fuera. El único modo de debilitarlo es desde dentro, y no hace falta decir que eso no puede suceder ni sucederá jamás. La prueba más elocuente de ello son los sacrificios de un pueblo valiente y experimentado en la guerra, que ha pasado por pruebas muy duras, pero que, como demuestran los acontecimientos, ha salido fortalecido y decidido. A mediados de la primavera de 1943, el pueblo alemán y sus aliados están dispuestos y decididos a resistir su gran prueba nacional con todos los recursos materiales y espirituales, y a salir victoriosos pase lo que pase, sin querer nunca dudar de sus fuerzas naturales ni dejarse confundir. Si se requieren nuevas decisiones importantes de los pueblos que emprenden la guerra, sin duda tenemos el mejor comienzo. Los alardes del enemigo no cambian eso. No valen ni el papel en el que están impresos. Para nuestra profunda satisfacción, las cartas desde el frente nos dicen que nuestros soldados comparten apasionadamente este pensamiento y esta actitud. Tienen una visión más profunda de nuestras posibilidades militares que la patria. Por su propia experiencia y conocimiento saben lo que podemos ganar si nos mantenemos firmes y lo que perderíamos si desconfiáramos de nuestras propias fuerzas. Sería una vergüenza para la patria si el frente tuviera que enseñarle la naturaleza, los métodos y los objetivos de la guerra. En cambio, debe ser un ejemplo de resistencia, tenacidad, sacrificio y fortaleza de corazón.

Si alguien nos pregunta “¿dónde estamos?”, solo podemos responder: estamos donde ni siquiera podíamos haber esperado hace tres años. Nuestros frentes abarcan todo un continente que confía en nuestra protección. Nuestra misión histórica es darle un nuevo orden. Tenemos todos los requisitos previos para hacerlo. El trampolín está en la mejor posición posible para nosotros. Un día tendremos que subirnos a él para saltar los obstáculos. Cuanto más valientemente crucemos la zona de incertidumbre, más segura será la certeza de la gran victoria.

Joseph Goebbels - la guerra y los judíos.

9 de mayo de 1943

Es asombrosa la ingenuidad, por no decir la ignorancia, con que ciertos círculos europeos ven la cuestión judía en el cuarto año de esta gigantesca lucha. No pueden o no quieren ver que esta guerra es una guerra de la raza judía y de sus pueblos sometidos contra la cultura y civilización occidentales. Todo lo que nosotros, alemanes y europeos, defensores del principio de un orden mundial moral, consideramos valioso, está en peligro. Los círculos antes mencionados son demasiado propensos a ver la cuestión judía como una cuestión humanitaria. Emiten sus juicios basándose en los sentimientos del momento, más que en el conocimiento y la comprensión que resultan de la razón clara y serena. Está claro que si durante esta guerra mostramos el más mínimo debilitamiento de nuestra determinación de resolver la cuestión judía, el resultado será el más grave peligro para nuestro pueblo, para el Reich y para toda Europa. Los judíos querían esta guerra. Ya se mire al bando plutocrático o al bolchevique, se ve a los judíos en primer plano como instigadores, agitadores y esclavistas.

Organizan la economía de guerra del enemigo y alientan planes para exterminar y destruir a las potencias del Eje. Inglaterra y los Estados Unidos reclutan entre ellos agitadores sanguinarios y vengativos y lunáticos políticos, y son la fuente de los comisarios del terror de la GPU. Son el mortero que mantiene unida a la coalición enemiga. En el Reich Nacional Socialista ven un poder que resiste su afán de dominación mundial tanto militar como intelectualmente. Eso explica su rabia y su profundo odio. No piensen que las diatribas del Antiguo Testamento de sus periódicos y radios son mera propaganda política. Lo llevarían a cabo al pie de la letra, si tuvieran la oportunidad. La seguridad de nuestro Estado requiere que tomemos todas las medidas que parezcan necesarias para proteger a la comunidad alemana de su amenaza. Esto nos lleva a tomar algunas decisiones difíciles, pero son inevitables si queremos hacer frente a la amenaza. Esta guerra es una guerra racial. Los judíos la empezaron y la dirigen. Su objetivo es destruir y exterminar a nuestro pueblo. Somos la única fuerza que se interpone entre el judaísmo y la dominación mundial. Si las potencias del Eje pierden la guerra en Europa, ninguna potencia del mundo podría salvar a Europa de la inundación judeo-bolchevique.

Puede parecer sorprendente que una minoría tan pequeña posea un poder tan grande y sea un peligro tan mortal. Pero es así. El judaísmo internacional utiliza ciertos métodos criminales para lograr la dominación mundial que no son evidentes para las naciones sin educación. Lo mismo ocurre en la vida privada. Los judíos no disfrutan del éxito económico porque sean más inteligentes que los gentiles, sino porque siguen un código moral diferente. Intentan ocultar sus métodos durante el mayor tiempo posible, hasta que es demasiado tarde para que la nación afectada se defienda. Entonces se necesita una revolución para desalojarlos. Sabemos lo difícil y cansado que es eso. Constantemente escuchamos noticias de que el antisemitismo está aumentando en las naciones enemigas. Los cargos que se hacen contra los judíos son los mismos que se hicieron aquí. El antisemitismo en los países enemigos no es el resultado de la propaganda antisemita, ya que los judíos luchan contra ella con vehemencia. En la Unión Soviética, se les aplica la pena de muerte. Los judíos hacen todo lo posible para oponerse al antisemitismo. La palabra judío, por ejemplo, apenas se encuentra en los periódicos ingleses y estadounidenses, por lo demás tan locuaces, por no hablar de la prensa bolchevique. Sin embargo, las actitudes anti-judías están creciendo entre el público enemigo. Se trata de una reacción completamente natural al peligro judío por parte de los pueblos afectados. A largo plazo, a los judíos no les sirve de nada pedir en el parlamento y en los periódicos leyes más duras contra el antisemitismo, o sacar a los más altos dignatarios seculares y espirituales, entre ellos

naturalmente el arzobispo de Canterbury, para que digan una palabra amable en favor de los pobres judíos inocentes perseguidos. Lo hicieron también en Alemania antes de 1933, pero la revolución Nacional Socialista tuvo lugar de todos modos. Ninguna de las palabras proféticas del Führer se ha cumplido tan inevitablemente como su predicción de que si los judíos consiguieran provocar una segunda guerra mundial, el resultado no sería la destrucción de la raza aria, sino la aniquilación de la raza judía. Este proceso es de enorme importancia y tendrá consecuencias imprevisibles que requerirán tiempo. Pero ya no se lo puede detener. Sólo hay que guiarlo en la dirección correcta. También hay que asegurarse de quitarle de las manos a los judíos el arma del engaño público, que están utilizando desesperadamente para salvar el pellejo. Ya se puede ver que ante la catástrofe que se avecina, los judíos se están encogiendo y están dejando a su mascota Goy en primer plano. No pasará mucho tiempo antes de que ya no quieran hacerlo más y se laven las manos en inocencia. Como es lógico, tenemos cierta experiencia en estos asuntos y estamos tomando medidas para asegurarnos de que no tengan éxito.

Los judíos tendrán que responder por sus innumerables crímenes contra la felicidad y la paz de la humanidad, y un día el mundo entero les dará el castigo que están sufriendo hoy en Alemania. Hablamos sin resentimiento. El momento es demasiado grave para urdir planes ingenuos de venganza. Este es un problema mundial de primer orden que puede ser resuelto por la generación actual y debe ser resuelto por ella. Las consideraciones sentimentales no tienen cabida aquí. Vemos al judaísmo como la encarnación de una decadencia mundial general. O superamos este peligro, o los pueblos del mundo se hundirán bajo él. Nadie debe decir que los vencedores son jactanciosos. En la actualidad, sólo somos vencedores en nuestra propia nación. Sin embargo, nuestra victoria en casa atrajo sobre nosotros el odio diabólico del judaísmo mundial, cuyos miembros avanzados se consideran los judíos que aún están con nosotros. Quieren ver derrotadas a las potencias del Eje, porque esa es la única manera de que recuperen sus antiguos privilegios. Para nosotros tiene sentido asegurar nuestra retaguardia para poder continuar la batalla que tenemos por delante con toda nuestra energía y entusiasmo. Cuando se trata con los judíos sólo hay dos opciones: rendirse ante ellos o luchar contra ellos. Hemos elegido la segunda. Si nuestro enemigo ataca sin piedad, nosotros también lo hacemos. El futuro demostrará quién tiene razón. Sin embargo, los acontecimientos hasta ahora parecen ser más a nuestro favor que al enemigo.

La oposición a los judíos, no la amistad con ellos, está creciendo en todo el mundo. Estamos convencidos de que al final de la guerra, los judíos se enfrentarán a una humanidad que comprende plenamente la cuestión judía. Recientemente, un importante periódico de Londres, que está totalmente bajo control judío, publicó un artículo en el que se preguntaba por el alarmante aumento del antisemitismo. Recibió muchas cartas en respuesta y tuvo que admitir que sólo un pequeño porcentaje se puso del lado judío. Las cartas pro-semitas, aunque el periódico no lo dijo, probablemente fueron escritas por los propios judíos. Las otras eran las que atacaban más duramente a los judíos y los lectores obligaron al periódico a publicar algunas de ellas. Incluían todos los insultos que uno podría esperar. Este antisemitismo no tiene una base racial y sus raíces no están del todo claras, pero se puede comprobar con cierta satisfacción que los instintos populares sanos están empezando a manifestarse incluso en las naciones enemigas. Las cosas no son muy diferentes en los Estados Unidos. Una de las cartas animaba al periódico a enviar periodistas a los tranvías y trenes. Allí escucharían numerosas opiniones sobre los judíos que merecían algo más que un despido irónico. Así es como suele empezar. Los judíos en Inglaterra están reaccionando de la forma habitual.

Primero parecen ofendidos y perseguidos injustamente. En las sinagogas, los rabinos animan a la gente a ser más cuidadosa en público y a evitar el comportamiento provocador. Después contratan a unos pocos líderes respetados, pero comprables, de la sociedad, los negocios o la vida religiosa para que expongan sus argumentos. Su trabajo bien pagado es condenar el antisemitismo como una desgracia cultural que es el resultado de la propaganda enemiga. Piden leyes más duras contra él. Los pobres judíos se quejan en público de todo lo que han hecho por el país, de lo maravillosos y patrióticos ciudadanos que siempre han sido y seguirán siendo, de los importantes cargos que ocupan, etc. El ciudadano inocente se convence, a través de un diluvio de palabras, de que debe haberse equivocado al ver siempre a los judíos detrás de todos los grandes crímenes políticos o económicos. Pronto encuentran a algún alto dirigente de la Iglesia dispuesto a condenar el antisemitismo como anticristiano. Al final, no son los judíos, sino sus enemigos, los responsables de todas las desgracias nacionales. Entonces el juego comienza

de nuevo. Hay que reconocer que se utilizan tácticas extraordinariamente inteligentes y que se necesita cierta inteligencia o instintos sólidos para ver detrás de la fachada judía. Pero también en este caso el cántaro lleva agua hasta que se rompe. El ataque del judaísmo internacional a la cultura y al orden moral del mundo se oculta hábilmente, pero no lo suficiente como para que no se pueda ver a través de él. Hay que seguirles los talones y no darles descanso cuando empiezan a cansarse. Son virtuosos en el arte de la transformación. Pueden aparecer en mil formas, pero siempre son los mismos. Si uno los descubre, alegan inocencia herida y envían a su guardia de compasión a implorar clemencia. Pero si uno les extiende incluso un dedo de compasión, le cortan la mano entera. Por lo tanto, hay que mantenerlos en el temor de Dios. Sabemos que nos odian desde lo más profundo de sus almas. Nos complace su odio. No hay nada que no nos harían si tuvieran el poder. Por lo tanto, no podemos darles ni el más mínimo poder. Más que eso, es nuestro deber informar al mundo de su naturaleza y su depravación. Debemos demostrar una y otra vez su papel enfermizo en el inicio y la continuación de esta guerra. Debemos atacarlos incesantemente, acusarlos sin piedad de los crímenes de los que son culpables, hasta que las naciones comiencen a despertar.

Eso puede llevar mucho tiempo, pero vale la pena. Estamos tratando con el enemigo más peligroso que jamás haya amenazado la vida, la libertad y la dignidad de la humanidad. No puede haber piedad. Sólo tenemos piedad de los incontables millones de nuestros propios pueblos y de los de otras naciones europeas que se entregarán al odio y a la voluntad destructiva de esta raza diabólica si nos volvemos débiles y abandonamos la batalla. Esos filisteos que hoy están tan ansiosos por proteger a los judíos serían sus primeras víctimas. Todos debemos mantenernos alerta. Debemos estar en guardia contra la insidiosa astucia del enemigo mundial internacional. En lo más profundo de su alma, comprende que esta guerra que tan frívolamente comenzó, esperando que fuera el último paso hacia la dominación mundial, se ha convertido en una guerra por su existencia racial. Busca desesperadamente detener la inevitable marcha de los acontecimientos. No le servirá de nada. Seguiremos insistiendo. Al final, la profecía del Führer sobre el judaísmo mundial en 1939, de la que se rieron entonces, se hará realidad. Los judíos en Alemania también se rieron cuando nos vieron por primera vez. Ya no se ríen. Eligieron hacer la guerra contra nosotros. Pero esa guerra se está volviendo contra ellos. Cuando planearon una guerra para destruir totalmente a la nación alemana, firmaron su propia sentencia de muerte. Aquí, también, la historia mundial será el tribunal mundial.

6 de junio de 1943

No se puede ignorar que el antibolchevismo y el antisemitismo relacionado con este, han aumentado significativamente en todas las naciones en guerra durante el curso de la misma, particularmente durante los últimos seis meses. Esto es el resultado de la duración de la guerra por un lado, pero también de nuestro trabajo educativo extraordinariamente intenso sobre los problemas fundamentales de esta lucha global que se extiende al mundo entero. Nunca como hoy los pueblos han estado tan abiertos a nuevas opiniones y conocimientos. La gran miseria que ha traído la guerra hace que se interesen por una explicación factual de los antecedentes y las interconexiones de este trágico acontecimiento mundial. Se buscan las causas y razones de la terrible catástrofe de los pueblos. Aunque las mismas frases superficiales provienen de las capitales de la alianza enemiga, el hombre de la calle busca a su manera una salida al dilema en el que se han metido los pueblos y los continentes. Este proceso avanza lentamente y es apenas perceptible, pero su avance a largo plazo no puede pasarse por alto. Basta comparar, por ejemplo, los periódicos ingleses y norteamericanos de 1941 con los de hoy para ver fácilmente que se ha producido una revolución en el pensamiento público que ha tenido como resultado lo contrario de lo que pretendían nuestros enemigos en esta guerra.

La humanidad debe ser un precio muy alto por este proceso de reeducación, pero tiene beneficios sustanciales. Nuestro enemigo se está retirando por todas partes ante nuestros ataques intelectuales y de cosmovisión. La concepción judeo-plutocrática-bolchevique no ha avanzado en la opinión pública mundial, pero sí lo han hecho nuestras concepciones. Una debe ceder cada vez más, la otra avanza. Por eso el antibolchevismo y el antisemitismo están cobrando importancia en todos los pueblos, incluso en los países enemigos, aunque no se hable de ellos públicamente. Los judíos corren el riesgo de perder la partida, por mucho que se esfuercen en salvar lo que aún se puede salvar. Empezaron jugando con fuego de forma temeraria, y ahora, poco a poco, los pueblos afectados, víctimas de sus deseos y anhelos insidiosos, los han descubierto y desenmascarado. Como es sabido, la raza judía supera a todas las demás en engaños y ocultamientos públicos y es experta en adaptarse a las condiciones imperantes. El judaísmo practica el engaño en todas partes donde es necesario y útil. La experiencia demuestra que este método también es sólo una manera de mantener a los pueblos en la oscuridad. Sería ingenuo creer que los judíos cambian de planes cuando cambian de color.

Tan flexibles y creativos como son al elegir tácticas, también son consistentes y decididos al trabajar para alcanzar sus objetivos políticos y económicos. Dado que su objetivo es la dominación mundial, sus métodos deben ser muy flexibles y no deben entrar en conflicto con las condiciones existentes en los países individuales. En los países conservadores, los judíos desempeñan el papel de defensores del Estado, así como en los países revolucionarios son el elemento subversivo. Sin embargo, ambas formas de ocultamiento son sólo una herramienta de su deseo racialmente determinado de conquistar el mundo. Tanto la plutocracia como el bolchevismo son expresiones características de la naturaleza judía. En resumen, lo que hay detrás de ellos es siempre lo mismo, por muy diferentes que puedan parecer externamente. Durante más de veinte años, la propaganda Nacional Socialista ha considerado como su principal tarea explicar los enormes peligros que se derivan, tanto para su propio pueblo como para otros. En esta batalla, es el principal oponente de la campaña judía por la dominación mundial. El judaísmo no ha dejado de probar medios para resistir o desviar los duros golpes que hemos asestado. Se puede entender esto, ya que no se trata sólo de una cuestión de dominación mundial, sino también de su existencia racial. No tiene dificultad en cambiar de táctica según sea necesario y dejar de lado sus métodos actuales de batalla y de argumentación cuando resultan

ineficaces o no conducen al éxito, para adoptar nuevas tácticas sin vacilar. Dada la famosa locuacidad judía, eso sólo funcionó por un corto periodo de tiempo. Tiran sus cartas sobre la mesa cada vez que creen que tienen suficientes triunfos y creen que ya han ganado la partida. Nosotros, sin embargo, les pisamos los talones, nunca los perdemos de vista y seguimos sus maniobras tácticas con la mirada de un experto que ha adquirido amplios conocimientos a través de la experiencia. Los judíos no pueden mantenernos en la oscuridad. Lo saben, lo que explica su odio infernal hacia nosotros. El ejemplo más reciente de esa práctica judía es el siguiente, durante meses hemos llevado a cabo una educación integral, tanto en casa como en el mundo, sobre la naturaleza del bolchevismo, el judaísmo y sus relaciones con la plutocracia internacional. No se puede negar que esta propaganda está teniendo un impacto gradual en los países enemigos, por no hablar de los Estados neutrales. Oímos voces de todo el mundo que revelan una creciente preocupación de los pueblos por la cuestión judía, así como por el bolchevismo y la plutocracia.

El gran complot judío está en peligro de perder su máscara. Los judíos saben muy bien que nada podría debilitar más su posición que una batalla cuerpo a cuerpo, por lo que están cambiando de táctica. La decisión fue, sin duda, elaborada por los judíos detrás de Roosevelt y aprovechada por los judíos detrás de Stalin. El resultado fue la repentina y aparente disolución de la Internacional Comunista. Se quitó una piedra del camino. Basta con echar un vistazo rápido a esta producción teatral bien ensayada entre los judíos de Moscú, Londres y Washington para saber de qué se trata. Los judíos de Moscú falsificaron descaradamente la fecha de la decisión de disolver el Comintern, situándola antes de la llegada de la carta de Roosevelt a Stalin. Los judíos de Londres y Washington simularon asombro y mostraron el entusiasmo público previamente acordado. El juego que jugaron fue tan descarado que casi resultó insultante. Los judíos no tienen muy buena opinión de la llamada opinión pública y la experiencia demuestra que no están del todo equivocados. En cualquier caso, trataron de persuadir al mundo entero de que este truco descarado eliminaba cualquier amenaza de convertir al mundo en bolchevique. Presentaron nuestra propaganda como un fantasma. Los poderes del Kremlin eran personas honorables que apartaban a una pequeña mosca del camino para que nada se interpusiera en el camino de la perfecta armonía entre los mundos bolchevique y plutocrático.

Como dijimos, siempre hay algunos idiotas judíos que, bajo la presión del aparente éxito, traicionan sus verdaderos objetivos con charlas poco útiles. Aquí también se jactaron abiertamente de haber derrotado a nuestra propaganda, cuyo efecto siempre habían negado anteriormente, demostrando así que había influido en el mundo y que el objetivo de la supuesta disolución del Comintern era reducir ese efecto. No hace falta decir que el Kremlin encontrará formas de promover la revolución bolchevique mundial sin la existencia oficial de la Comintern. Creemos que los partidos comunistas de varios países, particularmente de Inglaterra, son mucho más peligrosos, ya que se presentan como nacionales y pueden infectar la vida pública sin impedimentos, en lugar de ser vistos como la legión extranjera de Stalin. Ahora seguramente tratarán de infiltrarse en los movimientos obreros y sindicales, ya que el viejo argumento de que recibían sus órdenes desde fuera del país ya no se puede utilizar sin plantear dudas sobre las promesas hechas por sus aliados soviéticos. Se puede ver que esta maniobra del Kremlin judío fue cuidadosamente pensada y es la mejor prueba de las medidas engañosas de los judíos bolcheviques. El público mundial sin duda lo creería si no fuera por nosotros. Los judíos de los estados plutocráticos, que tan bien trabajan con los de Moscú, están tratando con ahínco de persuadir a la opinión pública norteamericana de que se ha eliminado la última barrera que separaba a la plutocracia de la comprensión intelectual y filosófica.

Y como la democracia siempre perderá ante el radicalismo, hay que suponer que Inglaterra y los Estados Unidos están en un callejón sin salida como resultado de la decisión de Moscú y que sus periódicos acogieron con tanto entusiasmo. No es difícil predecir las futuras tácticas del Kremlin. Sabemos cómo los comunistas del Reich siguieron las órdenes de Moscú antes de la toma del poder. Si se les prohibía en una provincia alemana, se retiraban al Socorro Rojo o a alguna otra organización preparada para tal eventualidad. Los gobiernos provinciales que no encontraron el coraje de erradicar el comunismo pronto estuvieron felices de permitir que volviera a existir su organización oficial, de modo que al menos la tenían bajo control y podían responsabilizar a sus dirigentes de políticas criminales, mientras que las organizaciones encubiertas estaban totalmente fuera de control y constituían un grave peligro público. Nosotros suponemos que esta situación se impondrá pronto en Inglaterra y en los Estados Unidos, y no dejaremos de recordar

periódicamente a los pueblos afectados este desarrollo extraordinariamente peligroso. Es una tontería que los judíos de Londres y Washington intenten persuadir a sus naciones de que la farsa de Moscú ha arruinado toda la estructura de la propaganda Nacional Socialista. No nos sorprende la decisión soviética, sino que más bien la vemos como una confirmación de nuestras viejas sospechas. No seremos nosotros los perjudicados, sino los pueblos que caigan víctimas de ella, que elijan su propio cuchillo para ser masacrados, como dice el viejo proverbio alemán. Todo este engaño es una prueba clásica de que el bando enemigo ha caído en la mayor crisis espiritual posible. Los signos son inequívocos. Si el bolchevismo se pone la piel de oveja, normalmente tiene planes inmediatos de convertirse en lobo. Así será aquí. Los judíos están jugando sus últimas cartas. Nuestro ataque es tan duro que deben luchar o inventar nuevos medios de distracción. La herida purulenta de la humanidad moderna ha sido vendada, pero naturalmente continúa supurando. Se abrirá paso hacia el interior del cuerpo, ya que el camino hacia el exterior está bloqueado. Inglaterra y los Estados Unidos tendrán una experiencia desagradable. Quien se alimenta de los judíos muere. Es una gran satisfacción para los pueblos del Eje ser los únicos con una visión del mundo firme en medio de este mundo espiritualmente inestable y destrozado.

En general, las ideas no son muy valoradas en la guerra. Sin embargo, son las fuerzas motrices de los desarrollos militares y políticos. La guerra no ha destruido nuestras opiniones, sino que las ha confirmado. Quien al principio no sabía por qué luchábamos y qué defendíamos, lo ha entendido perfectamente a medida que la guerra ha avanzado. Nadie conoce mejor que nosotros el dolor y la miseria que la guerra trae a nuestro pueblo. Si constantemente instamos a la gente a soportar sus tormentos, es porque sabemos que nos espera el verdadero infierno si nos derrumbamos. Nuestro pueblo no tiene otra alternativa que cumplir con su deber todos los días. Por difícil que sea, siempre es más fácil que lo que sucedería si fracasáramos. En el judaísmo y en los pueblos sometidos nos enfrentamos al enemigo más infernal de nuestra vida nacional y de nuestra raza. La batalla es a vida o muerte. Debemos ganarla, de lo contrario todo estaría perdido. Esta guerra se desarrolla paso a paso. El enemigo hace su movimiento, nosotros hacemos el nuestro. Se requiere el mayor esfuerzo posible. Debemos trabajar con nuestras últimas reservas de fuerza física y espiritual, con nervios templados e inteligencia. Aquel a quien le falte el aliento primero, ha perdido. Nunca lo olvidemos, ni aún en medio de las tormentas y dolores de la época, especialmente cuando nuestra fuerza moral es atacada con el objetivo de desgastarnos, porque esa es la única arma con la que podemos defendernos.

Joseph Goebbels - la óptica de la guerra.

24 de junio de 1943

La guerra también tiene su cara característica. Se la ve en muchos lugares de la patria y en todas partes en el frente. Ciertas señales inequívocas la indican claramente. Sin embargo, los visitantes extranjeros dicen que, en una visita rápida, es difícil darse cuenta de que el Reich está en guerra. En realidad, así es. Quien pasea hoy por las calles de una gran ciudad, y más aún de una mediana o pequeña, apenas tiene la impresión de que los alemanes llevamos tres años y medio luchando por nuestra vida. La gente parece estar en buena forma y bien alimentada. A primera vista, la ropa y los zapatos parecen pulcros, las calles están limpias y en orden, salvo en las ciudades bombardeadas, los cines, las salas de conciertos y los teatros están abarrotados. Aunque los grandes almacenes y las tiendas de lujo apenas venden nada que vaya más allá de los artículos de primera necesidad, intentan, con mucho trabajo y cuidadosas exposiciones, mantener la apariencia de una oferta normal de mercancías. En resumen, el rostro de la guerra en la patria no es tal que se pueda ver de inmediato lo que está en juego. En parte, guardamos las apariencias por el mero hecho de guardarlas, lo que probablemente sea aceptable; sin embargo, en parte es genuino, lo que es menos admirable.

En casa vivimos de una manera que en algunos aspectos no es nada apropiada para tiempos de guerra. No queremos ser quisquillosos aquí, promoviendo un estilo de vida de guerra que dependa enteramente de las apariencias externas. No queremos insistir en privaciones que no tienen importancia, pero que tendrán un profundo impacto en todo nuestro estilo de vida, así como en nuestros pensamientos y sentimientos. Sería, por ejemplo, un error cerrar los cines, las salas de conciertos y los teatros para demostrar que estamos en guerra y que debemos tomarnos todo en serio. No necesitamos demostrar lo seria que es la guerra. Eso vendrá solo. Pero no siempre tenemos que ceder ante ella. Si queremos mantener la vida cultural de millones de nuestros ciudadanos en nuestro país y, en parte, también en el frente, de una manera apropiada para la guerra, proporcionándoles algún alivio, alguna edificación, algún descanso en tiempos difíciles y de una manera que no tenga un impacto mensurable en los enormes esfuerzos que ponemos en el esfuerzo bélico, sería absurdo e imperdonable permitir que dogmas obstinados o apariencias externas destruyan la paz espiritual de millones de personas. Eso es de mayor valor que lo que ganaríamos con la abolición de esos placeres.

No debemos pensar que estamos abogando por un estilo de vida durante la guerra que siga principios doctrinarios. Entendemos demasiado bien el pensamiento y los sentimientos de nuestro pueblo como para no saber lo que quiere y lo que considera apropiado o inapropiado durante la guerra. Las cosas que exigen poco personal y gastos, pero que proporcionan alivio a millones de personas, tienen que mantenerse. Por ejemplo, la radio, el teatro y el cine proporcionan descanso y recuperación espiritual a todo el pueblo alemán, pero requieren que sólo unos pocos miles de personas sean liberadas de tareas importantes para el esfuerzo bélico, y dadas sus capacidades y preparación, probablemente no lo harían bien en todo caso. Por el bien de todo el pueblo, no se debe tocar estas instituciones, que también son importantes para el esfuerzo bélico. Incluso en condiciones de guerra total, son necesarias. El mejor criterio es preguntar qué recursos se requieren por un lado y para cuántas personas se hace más soportable la guerra por otro. Nadie debe sospechar de algún tipo de iconoclasia. El paisaje cultural alemán florece como nunca antes en las artes visuales, el teatro, la ópera, los conciertos, el cine, la prensa, la radio y la literatura. Esto es una prueba convincente de lo correcto de nuestro enfoque por un lado, y de las restricciones de nuestra vida civil por otro. Pero aquí el problema se vuelve más difícil. Todavía tenemos una variedad de instituciones que no sirven a nadie o a muy pocos,

pero que exigen recursos en personal y material que no guardan proporción con los resultados. Todos sabemos, por ejemplo, que por todas partes hay tiendas en las que no se puede comprar casi nada. Cuando uno entra en ellas, se siente como si hubiera desembarcado en una isla solitaria en medio de mares tempestuosos. Después de una larga búsqueda, uno encuentra a un nativo detrás de un mostrador que mira boquiabierto sin entender la ingenua pregunta de si se puede comprar esto o aquello, con aspecto de miembro de una tribu extranjera que sólo entiende suajili. Desde una perspectiva superficial, puede parecer útil y aconsejable mantener las apariencias manteniendo abiertas esas tiendas, pero en vista de las duras necesidades de la guerra, no sirven de nada. Por lo tanto, se cierran y se transfieren a los empleados a tareas más útiles. Todo el mundo sabe que hay bares y locales donde sólo los clientes habituales pueden conseguir algo de comer o beber. Por lo general, se pueden contar con los dedos de unas cuantas manos. Pero por cada diez clientes, hay un empleado. Los demás se enfadan. Se quedan fuera, no encuentran dónde sentarse y se enfadan. La imagen de la guerra exige que se acaben esas cosas. No tenemos nada en contra de un estilo de vida refinado, pero todo tiene su momento.

Hoy, en medio de la guerra, está fuera de lugar. No encaja. Por mucho que nos alegremos de que se acabe la guerra, hoy nos resulta ofensivo. ¡Fuera! Sabemos que esto molestará a unos cuantos miles de personas, pero les recordamos que hoy no se trata sólo de hechos, sino también de la cara psicológica de la guerra. Una comunidad combatiente debe obedecer ciertas reglas, o de lo contrario todo el espíritu sufre. Así como un oficial en el frente debe ser un modelo para sus hombres tanto de valentía como de camaradería, así también los más prósperos y socialmente elevados en la patria deben ser un ejemplo de diligencia y solidaridad para los menos afortunados. Esto no tiene nada que ver con el servilismo. No tenemos ningún deseo de hablar de hacer que todos sean iguales. Sin embargo, las leyes de la guerra exigen un cierto estilo de vida que todos deben aceptar si la comunidad no quiere correr el riesgo de verse seriamente perjudicada por la falta de solidaridad nacional. Hemos oído que en las pocas grandes ciudades que todavía tienen bares, no hay gran cosa. Apenas hay nada para beber. Un pianista toca un viejo piano. Los invitados están sentados en silencio, fingiendo que hay paz. ¿Por qué permitimos semejantes tonterías? Si ponemos al pianista al servicio de las tropas, el personal puede encontrar sin duda un empleo útil en alguna importante empresa de guerra, o tal vez en una cafetería o en el comedor de una fábrica.

Las tropas que regresan a casa de permiso se sentirán sin duda felices si pueden encontrar un lugar donde dormir en el establecimiento vacío mientras esperan su siguiente conexión en lugar de tener que esperar en una incómoda estación de tren. La gente se pregunta por qué el gobierno no ordena que eso ocurra. El gobierno no puede aprobar una ley para tratar todos los problemas o pequeñas molestias que afectan al esfuerzo bélico. Depende de la gente organizar su estilo de vida de una manera que tenga en cuenta la guerra. Debería ser una cuestión más de educación que de ley. Y uno difícilmente sabría dónde empezar y dónde terminar. Individualmente, son asuntos insignificantes, pero juntos afectan a lo que llamamos el rostro de la guerra. Uno comete un gran error si piensa que puede impresionar a los países extranjeros manteniendo tales cosas. Nada impresiona tanto a los amigos como a los enemigos hoy en día como un liderazgo de guerra total y radical, tanto en el frente como en casa. Si ganamos, el mundo entero será nuestro amigo, si perdemos, podremos contar a nuestros amigos con unos pocos dedos. Durante la guerra, queremos un pueblo que tenga una actitud seria y relajada ante la vida, incluso alegre, que se tome las cosas serias con seriedad y las más ligeras con ligereza. No debe cerrar los ojos ante las víctimas de la guerra, pero tampoco debe deprimirse.

Debe tener siempre presente que estamos luchando en esta guerra por una causa grande y noble. Todo lo que ayude en este sentido es bueno e importante para el esfuerzo bélico. Cuanto más pesadas sean las cargas de la guerra, más debemos aceptarlas con espíritu de solidaridad. Ahora es el momento de hacer efectiva la enseñanza y la formación Nacional Socialistas dentro y fuera de nosotros. Debemos comportarnos de manera diferente a como lo hicimos durante la Guerra Mundial. Durante aquella larga guerra, los pueblos se distanciaron cada vez más y más. Hoy debemos acercarnos cada vez más. Sólo así podremos superar las dificultades crecientes. Y hay que superarlas, o no alcanzaremos nuestro objetivo. Si nos comparamos con los demás pueblos en guerra, nadie podrá decir que exigimos demasiado al pueblo alemán. Hoy existen Estados neutrales en los que la gente vive peor que nosotros. Según testigos presenciales, la vida en el interior de la Unión Soviética es tan terrible que, en comparación, nosotros estamos casi en

el paraíso. No estamos en condiciones de quejarnos. Podría ser mucho peor y tenemos que resistir, ya que nuestra única opción es luchar o perder nuestra libertad y nuestras vidas. Tenemos motivos para agradecer al destino que nos dé tantas oportunidades de aliviarnos mutuamente las cargas de la guerra. Pero eso no es motivo para hacer demasiado bien algo bueno, para permitir que cierto grupo viva de una manera que no se diferencia en nada de cómo vivía en paz. Desgraciadamente, algunos de nosotros olvidamos con demasiada facilidad que la eliminación de la amenaza directa a nuestras fronteras no eliminó la amenaza mayor, y que hay mucho trabajo por hacer antes de que terminemos. Por eso tenemos que aprovechar cada oportunidad para repetirlo. Nuestros principios fundamentales de la guerra siguen siendo los mismos. No podemos cambiarlos cada semana simplemente para tener algo nuevo que decir. Más bien, consideramos que nuestro deber es repetirlos constantemente hasta que se conviertan en propiedad espiritual de todo nuestro pueblo.

Las preocupaciones diarias de la guerra nos distraen con demasiada facilidad de los fundamentos. Las polémicas a menudo confusas sobre los acontecimientos actuales a veces ocultan las líneas espirituales de esta lucha mundial y relegan los principios a un segundo plano. Eso hace aún más necesario desviar la atención de los agotadores asuntos cotidianos hacia los principios, que son la base de nuestra política de guerra. Incluso hoy, debemos intentar ver la guerra como la verán los historiadores posteriores. Sólo entonces podremos ver los acontecimientos del momento con la seguridad y la calma soberanas que merecen. Nuestra actitud hacia la guerra será inamovible e inquebrantable. Veremos la política y la dirección de la guerra de hoy como un fragmento de la historia futura, en la que nosotros mismos participamos directa o indirectamente. Sentiremos un papel activo y personal. Eso requiere una actitud interior y exterior ante la guerra que, sin duda, es elevada. No depende de los acontecimientos del momento, sino más bien de una visión de los grandes movimientos de nuestro tiempo, que se desarrollan nos guste o no. Como en cualquier otro aspecto de la vida humana, reconocer las conexiones es el requisito previo más importante para evaluar adecuadamente los hechos, así como los imponderables.

A veces es tan importante saber cómo percibe la gente las cosas como saber cómo son en realidad. La psicología de la dirección de la guerra desempeña un papel decisivo en la guerra de los pueblos de hoy. Es más importante hoy que en cualquier guerra del pasado. Como resultado, la apariencia óptica de nuestra vida civil no puede contrastar radicalmente con la guerra real, sino que más bien deben estar en armonía. Sólo entonces podemos sentirnos como un pueblo guerrero moderno. Nuestros oponentes se centran en el rostro exterior de la guerra en algunos aspectos, descuidando los hechos. Nosotros, en cambio, ponemos en primer plano los hechos más importantes, pero a veces descuidamos los aspectos puramente ópticos. Éste es un error que puede y debe ser corregido. Algunos miles de personas se quejarán, pero todo el pueblo nos lo agradecerá. Verá que no sólo hablamos de una guerra popular, sino que de hecho la libramos. Las naciones neutrales y enemigas verán así que estamos decididos a ganar la guerra, cueste lo que cueste. La guerra no se libra para mantener la paz, sino para conseguirla. Tiene que ser total. Las cosas a las que hoy renunciamos en tiempos de paz sirven al esfuerzo bélico. La guerra más total es la guerra más corta. Forma nuestra imagen, y nosotros formamos su imagen. La imagen y la realidad deben coincidir. Por eso queremos hacer la guerra con todas nuestras fuerzas. Debe ser el centro de nuestros esfuerzos y de nuestro trabajo diario, y debe llenar nuestros sueños por la noche. Nos impone una tarea dura, pero obedecemos por el bien de la futura y feliz paz.

Joseph Goebbels - la moral como factor decisivo en la guerra.

7 de agosto de 1943

Nos encontramos en medio de un período decisivo de la guerra. Con una cantidad sin precedentes de armas y de guerra psicológica, el enemigo intenta apoderarse de las posiciones que hemos conquistado durante la primera mitad de esta enorme lucha mundial y que son la base de nuestra futura victoria. Por eso se libran enormes batallas materiales en el Este, se renuevan los ataques despiadados de los ingleses y los norteamericanos en Sicilia y se lanzan brutales ataques aéreos contra el territorio alemán. El otro bando espera lograr avances decisivos en el frente y también quebrantar la moral del pueblo alemán, que, según él, no está en condiciones de soportar tales tensiones. Esta interpretación de la situación militar no es una mera teoría; el enemigo la reconoce abiertamente y sin vergüenza. Espera obligarnos a arrodillarnos mediante ataques masivos desde todas las direcciones y obtener la victoria final de una manera que evite operaciones militares prolongadas, difíciles y sangrientas. La guerra contra nuestros nervios tiene, naturalmente, un papel decisivo. El enemigo parece haberse dado cuenta de que la agitación no está teniendo éxito en este terreno, por lo que ha recurrido a la acción. Estas acciones son coherentes con la naturaleza de los plutócratas angloamericanos.

Durante la Primera Guerra Mundial, intentaron desmoralizar al pueblo alemán mediante una despiadada campaña de hambre contra mujeres y niños indefensos. Hoy intentan hacer lo mismo con el terror aéreo contra la patria alemana. No niego que los ataques aéreos enemigos nos han costado muchos bienes y sangre y han causado dificultades de todo tipo. El enemigo lo sabe tan bien como nosotros, ya que pasó por algo similar en el verano y el otoño de 1940, aunque la Luftwaffe alemana atacó entonces sólo objetivos militares e industriales, pero los ataques del enemigo hoy se dirigen casi exclusivamente contra la población civil y, por tanto, contra nuestra moral. Los ingleses ya casi no se molestan en negarlo. De hecho, afirman que acortará la guerra y ahorrará sangre británica. Esta manera simple y típicamente inglesa de pensar demuestra el cinismo brutal de los caballeros del otro lado del Canal. A nosotros nos corresponde responder de la misma manera. Como en este momento no podemos hacerlo mediante contraataques masivos, que sería el método más eficaz, debemos hacerlo mediante medidas defensivas. Hay dos aspectos: el militar y el civil. Se está haciendo todo lo posible militarmente y se intensificará. Nuestras defensas militares han aumentado significativamente y crecen día a día. El enemigo sufre enormes pérdidas durante sus ataques al Reich, que podría ser capaz de resistir materialmente, pero no desde el punto de vista del personal.

Esperamos que estas pérdidas no disminuyan, sino que aumenten a medida que mejoren nuestros medios de defensa. Eso puede suceder muy rápidamente. Lo que estamos viviendo en la guerra aérea es una prueba de nervios. Los ingleses resistieron una prueba de nervios en condiciones políticas y militares mucho menos favorables en 1940, nosotros debemos resistirlo en 1943. Del mismo modo que el gobierno inglés decidió entonces ganar la guerra aérea por medios radicales, incluyendo nuevas armas, nosotros hemos tomado una decisión similar. Naturalmente no podemos hablar de su naturaleza ni de la fecha presunta en que se introducirán, pero eso no cambia el hecho de que se están desarrollando lenta pero seguramente. En lo que respecta a la defensa civil contra el terrorismo aéreo enemigo, los métodos son preventivos o reparadores. Enviar a los niños, a los ancianos y a las mujeres que no trabajan fuera de Berlín porque esperamos que sea el objetivo del terrorismo aéreo enemigo es un ejemplo de medida preventiva. Eso no significa que Berlín sea atacado con seguridad, sólo que creemos que es prudente tomar precauciones. No estamos llevando a cabo una evacuación completa. Es una evacuación parcial planificada que se está llevando a cabo de manera ordenada y no es motivo

de alarma. Las áreas que reciben y cuidan a los ciudadanos que han sido evacuados están haciendo un trabajo importante y difícil. Pero ya hemos superado otras dificultades. Quienes reciben a los evacuados deben tener compasión por ellos, y viceversa. La prensa inglesa afirma que estas medidas y otras similares están provocando pánico en Alemania. Su público tendrá que pagar por su error. Nosotros cometimos un error similar en 1940, cuando el gobierno inglés envió a los niños al campo. Nuestras esperanzas resultaron en vano. Por eso no vemos ninguna razón para evitar hablar abiertamente sobre el asunto. Las cosas serían mucho peores si no hiciéramos nada. La guerra no se ganará con deseos ni ilusiones, sino sólo con hechos concretos. Nuestras medidas de defensa civil reflejan el ritmo de los métodos de terror aéreo del enemigo. Las anunciamos regularmente al público y es en interés de todos prestar atención. El gobierno está haciendo todo lo que puede. Estos métodos serían insuficientes si el público no hiciera su parte. Se puede hacer mucho manteniendo la calma, siendo valientes y pensando con claridad. Nunca debemos olvidar que estamos tratando con dificultades temporales y que los ataques del enemigo contra nosotros pasarán, tal como han pasado en los frentes del Este y del Sur. Cada uno debe permanecer en su puesto y cumplir con su deber.

Uno puede dedicarse a la defensa activa, el otro a la atención de las víctimas del terror aéreo enemigo. Cuanto más resueltamente se ponga la gente en el trabajo en la Patria, más seguro será el éxito. El peso principal de la guerra a veces recae aquí, otras veces allí, y cada uno debe demostrar su valía cuando le toca. Esto también es cierto para los soldados. En el frente, los períodos de relativa calma se alternan con otros de enorme, casi sobrehumano esfuerzo y peligro. En esos momentos, las tropas deben mantener la calma, luchar con valentía y defender tenazmente la posición que se les asignó. El enemigo no planea sus acciones para nuestra comodidad, sino para desgastarnos. Intenta por todos los medios atacar, incluso abrirse paso; eso sobre todo hay que detenerlo. El enemigo también cocina con agua. Los soviéticos atacan nuestro frente con gigantescas masas de hombres y material, con la esperanza de entrar en Ucrania. Lo necesitan, ya que de lo contrario no podrían satisfacer sus necesidades de alimentos. Los ingleses y los americanos asaltan nuestro frente en Sicilia y sufren graves pérdidas en sus ataques aéreos para quebrantar nuestra moral. Un corresponsal americano en Londres informó recientemente que el pueblo británico está cansado de la guerra y está pidiendo la victoria para ponerle fin.

Debemos impedir que Inglaterra obtenga una victoria así y ese es nuestro deber en todos los frentes, tanto en el extranjero como en el interior. Inglaterra nunca ha ganado una guerra mediante una auténtica victoria militar. O bien ha enviado a otros pueblos a luchar por ella o ha quebrado los nervios de sus enemigos incluso cuando no había perspectivas de éxito militar. Lo está intentando de nuevo con nosotros. Nuestra tarea es frustrar el intento. En una fase, la moral pública es un factor decisivo. Durante la Guerra de los Siete Años, hubo momentos en que sólo la fuerza de su rey salvó a Prusia. Nuestra crisis actual no es en modo alguno tan grave como la de Prusia. No tendríamos derecho a reivindicar la grandeza de nuestra época si no creyéramos que podemos superar las dificultades. Se recordará la superación de los peligros, no los peligros en sí. Nadie será perdonado por la posteridad por fallar en circunstancias particularmente difíciles. Olvidaremos las dificultades que tuvimos por todos lados cuanto más tiempo pase. Recordaremos sólo las formas en que las superamos. Consideramos obvio que el soldado en el frente mantiene la calma en situaciones críticas, y cuando llega la orden abandona su trinchera protectora para atacar la posición enemiga. Si no lo hace, lo llamamos cobarde. Sin embargo, cada ataque exige coraje, valentía, sangre fría y un corazón fuerte.

Necesitamos estas mismas virtudes en la patria con respecto a la moral, y si se da el caso, también físicamente. Nuestros enemigos son humanos. Se los puede vencer, incluso si aquí y allá parece difícil. Los periódicos de Londres informaron recientemente que nuestras tropas en Sicilia luchaban como el diablo, y que el atacante tuvo que pagar cada metro de terreno con ríos de sangre. Los hijos de Alemania permanecen en sus distantes puestos, y con su heroísmo inquebrantable demuestran no sólo su coraje físico, sino también su coraje moral. Si toda nuestra nación está llena de su espíritu, el enemigo nunca podrá derrotarnos. Ninguno de nosotros quiere minimizar la severidad de la guerra aérea contra la patria alemana. Es una prueba dura, pero debemos superarla. Los ataques del enemigo a nuestra moral fracasarán ante nuestra firme resolución, de la misma manera que la tormenta de sus armas fracasa ante la valentía de nuestro frente. Nos hemos convertido en ciudadanos del mundo y debemos comportarnos en consecuencia. Amigos y enemigos por igual nos miran cada día y preguntan: ¿Pasarán la

prueba? Nuestra respuesta no puede estar en duda. Los ingleses ya no se jactan de que su pueblo puede soportar más que nosotros. Se enfrentan a una nación que está decidida a defender su vida y su libertad por todos los medios y que terminará la gran batalla solo cuando obtenga la victoria. A largo plazo, esa determinación debe ser recompensada con la victoria. Habrá tiempos difíciles, pero en ellos, sobre todo, la nación tiene que demostrar su temple. Todos dan esa prueba. Nuestra moral de guerra es una cuestión del individuo, pero también de la comunidad. El enemigo la ataca hoy y todos debemos defenderla. Nuestra nación ha aprendido mucho del pasado. Por encima de todo, ha aprendido a no confiar nunca en un enemigo traicionero. Esta lección está muy arraigada en nosotros. Sin vacilar, sabemos que una nación de hombres valientes y mujeres sacrificadas, con una juventud obediente y devota, una nación que arriesga su propia existencia en la lucha por la libertad, la conseguirá.

Joseph Goebbels - las realidades de la guerra.

22 de agosto de 1943

Un juicio político maduro no sólo requiere entendimiento, sino también imaginación. Eso es lo que generalmente les falta a quienes más vociferan sus opiniones. Disfrutan haciendo cuentas de la guerra, que, si se examinan de cerca, rara vez se sostienen. Esto es especialmente cierto en los momentos críticos de esta lucha por la existencia. Como decía Clauswitz, existe una falsa sabiduría que sólo quiere escapar del peligro. En tiempos normales se puede hablar fácilmente de heroísmo, ya que no requiere cargas ni peligros. Sólo el peligro real revela el verdadero carácter de una persona. Los rasgos hasta ahora ocultos, ya sean buenos o malos, se revelan. Hay que demostrar si uno es un héroe o un cobarde con hechos, no con palabras. Es bien sabido que quienes más ruido hacen en los buenos tiempos, también lo hacen en los malos. En los buenos tiempos están llenos de ilusiones, en los malos tiempos de desesperanza y pesimismo. Sólo se les puede despreciar; no merecen nada más, ciertamente nada mejor. Afortunadamente, tales personas son una pequeña minoría entre nosotros y no tienen influencia. Muchas personas, por lo demás sensatas, cometen el error de juzgar el estado general de una guerra por las dificultades que afrontan personalmente.

Eso es todo lo que ven. Pasan por alto el hecho de que la mayoría de los problemas son resultado de la guerra y afectan al enemigo en la misma medida. Por supuesto, hay dificultades que sólo nos afectan a nosotros, pero en su mayoría se equilibran con problemas que sólo afectan al enemigo. En general, las cosas se equilibran entre sí y el factor decisivo es qué lado dedica más energía y confianza a lograr la superioridad sobre el otro. La fe desempeña un papel en todos los asuntos importantes, tanto para el individuo como para toda la nación. Desde el comienzo de la guerra, nuestro enemigo ha trabajado arduamente para intentar persuadirnos de cosas que no corresponden a los hechos, pero que sí explotan nuestras características nacionales. Los alemanes hemos tenido muchas desgracias a lo largo de nuestra historia y desconfiamos de una serie de éxitos. Cuando ocurre una desgracia ocasional, tendemos a una especie de autoacusación que sólo daña nuestra actividad y nuestra confianza en nosotros mismos. La dirección Nacional Socialista está libre de esta debilidad alemana. Nuestro ascenso de un pequeño partido al poder, es una prueba clara de que no se encuentra tal debilidad en nosotros. La determinación del gobierno alemán es clara en esta gran lucha por la existencia. El gobierno ve las cosas de manera realista y sensata, tal como son, pero depende menos de la comprensión que de la imaginación.

La historia pasada muestra que siempre es capaz de manejar la situación, y lo hará también en el futuro. Ninguna dificultad es insuperable si un gran pueblo desea dominarla. Nuestra evaluación de la guerra está influenciada por las grandes victorias del pasado. Han dado una impresión de cosas que a menudo es falsa. Muchos de nosotros creíamos que uno podría sobrevivir a una lucha mundial tan grande sin tener que dominar ninguna crisis. Pero eso sería antinatural, no natural. Al principio, tuvimos que dar por sentado que vendrían enormes problemas y considerar como una suerte que nos fuese tan bien en la primera mitad de la guerra. Y así fue. Al principio de la guerra, rompimos el dominio del enemigo sobre nosotros. Si se quiere hablar de nuestra debilidad, fue entonces. Estábamos comprimidos en nuestro limitado territorio y tuvimos que empezar por ganar espacio para respirar. Fue un milagro que lo consiguiéramos. Había motivos reales para tener miedo cuando nuestros enemigos nos atacaron. El mayor peligro desapareció con las victorias de los tres primeros años de la guerra. La exactitud de esta descripción se desprende del comportamiento de nuestros soldados. El corazón de todo alemán debe latir con orgullo cuando oye informes ingleses o estadounidenses de que nuestras tropas en el Este y el

Sur luchan como tigres y defienden terreno a más de mil kilómetros de nuestras fronteras. Esto es una prueba de que el soldado alemán actúa políticamente en lugar de charlar de política como algunos en su país. Él sabe lo que está pasando. Sabe que tiene la obligación de defender con todos los medios posibles el terreno conquistado por sus camaradas que han sacrificado sus vidas. Esa es la garantía de nuestro triunfo final. Cuando alguien pregunta con dudas cómo lograremos la victoria de esa manera, nuestra respuesta es que es mejor plantear esa pregunta al enemigo, porque nosotros tenemos las condiciones para la victoria en nuestras manos, ellos no. Está claro que el bando enemigo está observando con atención cómo reacciona el pueblo alemán a los acontecimientos recientes. La moral de las naciones en guerra es más importante en esta guerra que en cualquiera de sus predecesoras. Los periódicos ingleses y norteamericanos publican todos los días largos artículos sobre la situación interna del Reich, llenos de especulaciones y vagas esperanzas. Hay que ser muy estúpido para no ver que el terrorismo aéreo enemigo tiene como objetivo destruir nuestra moral y convertir al pueblo alemán en aliado de sus enemigos. Es vergonzoso que aquí y allá los ciudadanos se conviertan en un instrumento de la propaganda enemiga, aunque sea en su mayoría involuntario.

Hacen gran daño a nuestra causa al alentar al enemigo a continuar su terror ciego contra la patria alemana, o incluso a incrementarlo. Sabemos que esto ocurre sólo ocasionalmente, pero el enemigo lo generaliza y lo utiliza para apoyar nuevas acciones contra nuestra población civil. La mejor manera de servir a la patria es cumplir con el deber, creyendo leal e inquebrantablemente en nuestra gran causa y no permitir que nadie disminuya su confianza en la victoria final. En lo que respecta a esa gran causa, tiene bases sólidas. No estamos librando una guerra divorciada de la realidad, ni pretendemos llevar a nuestra nación de una ilusión a otra. Vemos la situación de manera realista, con sus problemas, pero también con sus oportunidades. La dirección alemana reconoce no sólo las oportunidades de hoy, sino también las del futuro cercano y más lejano. Si habláramos abiertamente de todo lo que estamos preparando o tenemos en reserva, los escépticos probablemente quedarían silenciados. Pero nuestro interés nacional nos impide hablar del futuro, o incluso de nuestros recursos actuales. Ya hay más charla de la que es útil. En momentos en que los acontecimientos se tornan críticos y una crisis sigue a otra, es más importante que nunca que toda la nación mire con seguridad al Führer, en cuyas manos está su destino.

El gobierno alemán siempre tiene una razón para su silencio. Nunca ha permanecido en silencio por incertidumbre. Se podría decir más de lo que el profano puede saber. Sin embargo, no sólo el pueblo alemán, sino también los líderes enemigos tienen sed de ese conocimiento. Hay buenas razones para que retengamos información que podría aliviar las preocupaciones de la gente. Tenemos que aceptar el hecho desafortunado de que el resultado es a veces dejar el campo libre para los rumores. Pero dados los hechos analizados aquí, esos propagadores de rumores pueden ver lo despreciables que son. Son cobardes y estúpidos al mismo tiempo. No podrían hacer mejor su trabajo si estuvieran a sueldo del enemigo. Tomen nota de su charla perezosa y abofeteen sus oídos en el momento apropiado. Su charla lleva al enemigo a creer que nuestra moral debe estar baja si tenemos que hablar de ello de esta manera. Eso es una tontería, pero por desgracia, en Londres, Washington y Moscú lo creen. No cambia la situación de la guerra, pero sí da al bando enemigo esperanzas e ilusiones que no nos hacen ningún bien, y eso es algo. Las fantasías del enemigo sobre nuestra situación interna son sencillamente escandalosas. Observemos la diferencia: cuando 600.000 mineros norteamericanos se declaran en huelga durante una semana, la prensa alemana publica un artículo de cinco líneas al respecto.

No creemos que la guerra se determine por esos acontecimientos. Pero cuando cinco criminales reciben aquí el justo castigo por escuchar emisoras de radio enemigas, la prensa enemiga concluye que se está produciendo una revolución. Pensamos que 600.000 mineros en huelga son una amenaza mayor para los Estados Unidos que cinco radioescuchas criminales para nosotros. ¿Dónde están las ilusiones y dónde las realidades? Comprender eso es crucial. Sólo quien es capaz de ver las cosas correctamente puede formarse una evaluación adecuada de la situación de la guerra, porque ve las cosas como son, no como el enemigo quiere que las vea. Es mejor mantener mil kilómetros de territorio enemigo que celebrar media docena de conferencias entre Churchill y Roosevelt. Una es un hecho, la otra una expresión de intenciones y de ilusiones. Lo que ocurra depende de nosotros. El resultado de una guerra no lo determina un bando, a menos que deponga las armas. Para nosotros, eso no sólo es imposible, sino que trabajamos día y noche para que no nos falten esas armas. Y nadie, gracias a Dios, duda de que el pueblo alemán

está dispuesto a portarlas. ¿Qué nos puede pasar si mantenemos el valor de nuestro corazón? El enemigo puede traer miseria a nuestras ciudades, pero eso también acabará. Las casas destruidas se pueden reconstruir, pero no los corazones destruidos. ¿Ha habido nunca una nación que se encontrara en una posición tan favorable después de cinco años de guerra como la nuestra? El frente está intacto. La patria es moral y materialmente capaz de resistir el terror de los bombardeos. Un río de material bélico fluye de nuestras fábricas. Se está preparando una nueva arma contra los ataques aéreos del enemigo. Incontables manos capacitadas trabajan en ello día y noche. Tenemos una dura prueba de paciencia ante nosotros, pero la recompensa llegará un día. El agricultor alemán está recogiendo una buena cosecha. Habrá suficiente para garantizar nuestro abastecimiento de alimentos. En este momento no estamos mostrando el nivel habitual de actividad en una variedad de escenarios militares, pero lo haremos en el futuro previsible. Tenemos más que suficientes desafíos, pero todos pueden ser superados. Debemos recordar nuestra gran y buena causa, a la que la diosa de la historia no puede negar la victoria final. Nuestra tarea es hacer todo lo que podamos cada día para demostrar coraje y valentía, una actitud firme y una profunda lealtad alemana. Esta es la realidad de la guerra.

Si cumplimos con nuestro deber, éste demostrará ser más fuerte al final que las ilusiones de nuestros enemigos. La guerra es una cuestión de fuerza y voluntad. Quien esté decidido a luchar con este espíritu tiene asegurada la victoria. Sólo tiene que seguir adelante. Debe avanzar a través de las espinas y los matorrales. Puede haber momentos en que no pueda ver la meta, pero eso no es prueba de que no esté allí. Mañana o pasado mañana puede dar el paso que lo lleve de nuevo a la claridad resplandeciente.

Joseph Goebbels - un ejemplo clásico.

19 de septiembre de 1943

El viernes siguiente al 25 de julio, el autor de estas líneas no publicó su artículo semanal de cabecera. Algunos incrédulos llegaron a creer que los acontecimientos que rodearon la caída del Duce y la instauración del régimen de Badoglio en Roma le dejaron sin aliento. La falsedad de esta creencia no necesita hoy ninguna prueba. Naturalmente, durante la semana en cuestión se habría podido hablar como en cualquier otra semana, y la situación era tal que habría habido más que decir de lo habitual sobre la guerra y los asuntos internacionales. Sin embargo, el respeto por nuestro interés nacional nos mantuvo en silencio. No queríamos decir lo que podíamos decir, ni podíamos decir lo que queríamos decir. No hace falta decir que la traición de la camarilla de Badoglio, que se hizo evidente por primera vez cuando fue depuesto Mussolini, fue reconocida inmediatamente por la cúpula militar alemana. No obstante, tuvo que poner buena cara a las cosas mientras se desarrollaban. Así como los traidores trabajaban en secreto, también lo hacíamos nosotros. Parafraseando a Maquiavelo, fue un momento en el que hacer el ridículo era una señal de gran sabiduría. Sólo así se podían resistir y frustrar los vergonzosos planes de los traidores en Roma. Fue un ejemplo clásico de la necesidad de guardar silencio durante la guerra.

No estábamos dispuestos a decir nada que entrara en conflicto con nuestros conocimientos y creencias, y que sabíamos que los hechos lo contradecirían en pocas semanas. Pero no podíamos hablar de la situación real sin revelar los planes e intenciones de la dirección militar alemana. Y en medio de uno de los momentos más dramáticos de la guerra, no queríamos abordar un tema secundario, lo que nos dejaba expuestos a la acusación de eludir el tema. No teníamos otra alternativa que permanecer en silencio. Estábamos firmemente convencidos de que los acontecimientos pronto revelarían la razón de nuestro silencio. Esto sucedió más rápida y dramáticamente de lo que hubiéramos podido esperar. La dirección militar alemana supuso después del encarcelamiento del Duce que el régimen de Badoglio tenía la intención de sacar a Italia de la guerra lo más rápidamente posible. Todas las protestas de la camarilla reaccionaria de traidores en Roma sobre su lealtad y fiabilidad no pudieron convencernos de lo contrario. No se reemplaza a un hombre fuerte por uno débil para hacer la guerra con más energía, como nos dijo la camarilla mentirosa de Badoglio. Las acciones de la camarilla en Roma demostraron que estaban cometiendo traición a gran escala. Su objetivo no era sólo engañarnos, sino también entregar a nuestros soldados en el sur al enemigo.

Esta traición debía ser el pago por un mejor acuerdo de armisticio. El régimen de Badoglio no quería abandonar la guerra de una manera honorable, sino a costa del socio del Eje al que Italia tanto le debe desde 1940. El rey hizo los llamamientos más pomposos para continuar la guerra y cumplir con las obligaciones de Italia, mientras que las acciones militares y políticas demostraron una traición del tipo más vergonzoso y degradante. Ahórrenos la necesidad de repasar la traición del régimen de Badoglio. Incluso pensar en ello nos enferma. Nunca ha habido un ejemplo mayor de traición en toda la historia. Pero fue una traición que salió mal, como dice el proverbio. Naturalmente, el liderazgo alemán sacó conclusiones frías y racionales al comienzo de los acontecimientos. El fracaso de la traición del régimen de Badoglio fue resultado de las contramedidas de la dirección alemana. Si hubiera tenido éxito, el Reich se habría enfrentado al mayor peligro de la guerra. Hablando desde el conocimiento directo, podemos decir que sólo la visión clara y la sabiduría del Führer son las responsables de superar el peligro. A pesar de todas las hipócritas garantías de un rey traidor y de sus cobardes mariscales, que incluso dieron su palabra de honor como soldados, se tomaron medidas para defender los intereses alemanes, a pesar de una deslealtad escandalosa. El público conoce la naturaleza escandalosa de estos

acontecimientos traicioneros. No sólo ocultaron sus medidas a su aliado leal, fiable y generoso, sino que siguieron haciéndolo incluso en medio de sus actividades. Nos hicieron exigencias militares que, si las hubiéramos cumplido, habrían llevado al peor desastre posible para nuestras tropas en Italia. Se puede entender por qué el Führer no pudo hablar al pueblo alemán en medio de estos acontecimientos impresionantes, a pesar de los deseos generalizados del público. La incertidumbre resultante tuvo que aceptarse a medida que los acontecimientos seguían desarrollándose. Supusimos que la camarilla traidora de Roma continuaría con sus actividades, mostrando más estupidez que falta de carácter. Ése era nuestro plan. Teníamos que hacernos los tontos para actuar con inteligencia. El pueblo alemán leyó con horror el relato de la deposición y encarcelamiento del Duce. Lo sabíamos de antemano, sin poder revelarlo al público. Si hay algo que reprocharle al fascismo, es que creía en la lealtad de un rey. Su trono fue rescatado en 1922 por la marcha sobre Roma, y como la mayoría de los reyes modernos, pagó las políticas enérgicas de su servidor más leal abandonándolo en la hora del peligro, corriendo hacia quienes se le oponían y lo odiaban.

Los reyes en general no se caracterizan por la gratitud. Guillermo I, cuya lealtad a Bismarck es una excepción, se ganó el título de "el Grande". El Duce fue lo suficientemente bueno en 1922 para proteger a la corrupta corte de Roma de la ejecución por los bolcheviques. Lo depusieron en 1943 porque pensaron ciegamente que podrían arreglárselas sin él. Los acontecimientos recientes han demostrado lo equivocados que estaban. La destitución violenta de un hombre fuerte conduce a la anarquía. La casa real italiana aprendió rápidamente el resultado de reemplazar a una personalidad de estatura histórica por un mariscal cobarde y traidor, que consideraba que romper su palabra de honor como soldado era el colmo de la sabiduría política. No podemos sino compadecer al pueblo italiano, que fue víctima de estos acontecimientos repugnantes. Así como una nación se beneficia de los hechos y logros de los gobiernos fuertes, también sufre los errores y fracasos de los gobiernos débiles, aficionados y desleales. Era inevitable que el pueblo italiano tuviera que sufrir al comienzo del capítulo más oscuro de su historia. Tienen que agradecer a los elementos cobardes de la sociedad romana, ávidos de paz.

Los trece puntos del tratado de capitulación les habrán dado un anticipo de lo que estaba por venir. La historia mundial es el tribunal mundial. Los ciudadanos de Italia pueden conocer por la prensa internacional lo que piensan amigos y enemigos sobre la traición del rey y su camarilla de generales. Incluso los ingleses y los americanos se quedan atónitos. Su lema en este momento es: “Ama la traición, odia al traidor”. No hay que preguntarse por el juicio de la historia sobre la casa real y su entorno. Eso ya está claro. Londres y Washington están asombrados por la reacción alemana ante la traición del régimen de Badoglio. Esperaban que las cosas resultaran de otra manera. Las tropas alemanas en el sur de Italia iban a ser aisladas y destruidas. No estaríamos preparados para hacer frente al desembarco anfibio de Churchill. El terror aéreo aumentaría. El pueblo alemán estaría tan deprimido que el 9 de noviembre sería posible, incluso probable, una repetición de la tragedia de 1918. Nada de eso ocurrió ni ocurrirá. Los ingleses y los americanos tienen un largo camino por recorrer para llegar a Roma, por no hablar de Berlín. El ejército alemán es el dueño de los acontecimientos en Italia. Y en cuanto a la moral alemana, nunca ha sido más fuerte que hoy. El ejemplo italiano no es alentador para nosotros, los alemanes, sino más bien una advertencia.

Lo vemos como un ejemplo clásico de lo que no se debe hacer. Aquí nadie quiere seguir los pasos de la camarilla de Badoglio. Por el contrario, las consecuencias de la traición de la casa real al gran líder de la nación y a sus poderosos amigos son una lección para todos los alemanes. Han abierto los ojos hasta a los más tontos de entre nosotros. Recientemente nos ha llegado un aluvión de cartas. En algunas, los escritores lamentan que tal o cual molestia de la guerra los haya puesto de mal humor. Ante lo que ha sucedido en Italia, lo lamentan. Un profesor universitario escribe que normalmente es un hombre pacífico, pero después de leer las demandas de capitulación al pueblo italiano, está firmemente decidido a castigar a cualquiera que, en su presencia, insinúe siquiera oponerse a la guerra o dude de la victoria. Todos en Alemania piensan de la misma manera. La amenaza no nos ha robado el coraje, sino que nos ha acercado más. Ninguna de las esperanzas angloamericanas se ha hecho realidad. Nos lanzaron una flecha envenenada, pero se desvaneció en la sabiduría de nuestro liderazgo y la firme moral de nuestro pueblo. Se ha evitado un peligro que al principio parecía mortal y se ha convertido una desgracia nacional en nuestro bien. ¿Cómo podemos dudar de la victoria final ante un giro tan maravilloso e improbable de los acontecimientos? La guerra trae tantas sorpresas que no se puede predecir su

curso. Hay que aferrarse a las virtudes con las que se dominan sus peligros y dificultades. El coraje, la firmeza y la confianza en un destino justo siempre acompañan al final a los valientes. Su lealtad es inquebrantable, están al lado de sus amigos y aliados. La camarilla traidora de Badoglio pecó vergonzosamente contra todas estas virtudes, y tiene su recompensa. Una banda de cobardes traidores abusó de sus altos cargos, olvidó su honor y siguió una falsa sabiduría que quiere escapar del peligro, pero cae víctima de él. Sus nombres están cubiertos de vergüenza y deshonra en el libro de la historia. Nos inclinamos con admiración ante esa gran personalidad, el Duce. No causó ni pudo impedir la desgracia que cayó sobre el pueblo italiano, pero ahora tiene aún más derecho a nuestra admiración. Toda la nación alemana lo admira. Encontró expresión espontánea cuando nos llegó la noticia de su rescate. Estamos felices de que nuestro pueblo piense de esta manera. El pueblo italiano tiene un sentimiento natural de gratitud y lealtad, y apoyará con mayor fanatismo a un hombre cuya obra está amenazada. Nadie sabe cuál será el futuro del pueblo italiano. Tal vez esté atravesando un proceso duro y doloroso que le traerá nueva vida. Italia tendrá que decidir por sí misma. Después de 1918 hicimos una elección clara: lucha, sacrificio, devoción y trabajo duro. Eso nos llevó hacia arriba. Cada nación es responsable de sí misma. Los alemanes hemos recorrido en las últimas semanas un estrecho sendero junto al abismo.

No todos vieron el abismo, pero todos seguimos al Führer, que incluso en su silencio nos mostró el camino. Más que nunca, sentimos la bendición de su gran personalidad que vela por la vida y el futuro de la nación. Darle nuestra plena confianza no es sólo nuestro deber nacional, sino también nuestro orgulloso derecho. Queremos ser duros y fuertes, luchar con valentía, trabajar incansablemente, creer y confiar inquebrantablemente, hasta que llegue la hora de la victoria. Todos podremos entonces decir que no hemos obtenido la victoria indignamente, sino que es el premio a la lucha, al trabajo y a la lealtad.

Joseph Goebbels - 30 artículos de guerra para el pueblo alemán.

26 de septiembre de 1943

Estos son los artículos de guerra para el pueblo alemán, que ahora está comprometido en la batalla más fatídica de su historia. Innumerables de los mejores alemanes han sacrificado sus vidas y espíritu, tanto en el frente como en casa, por la vida y la libertad de su nación. Millones de valientes soldados alemanes luchan por ellos en todos los frentes, y millones de hombres y mujeres trabajadores trabajan incansablemente por ellos en casa, en las fábricas, talleres, oficinas, laboratorios y en la agricultura. Estos artículos de guerra son un recordatorio para nuestro pueblo de aquellos que han caído. Son un testimonio de la voluntad de quienes luchan y trabajan para sacrificarse, y un duro reproche para los perezosos e indecisos.

Artículo 1

Todo es posible en esta guerra, excepto que capitulemos y nos inclinemos ante el poder del enemigo. Cualquiera que hable o piense de tal manera es un traidor cobarde y debe ser expulsado en desgracia y vergüenza de la comunidad alemana que lucha y trabaja.

Artículo 2

Estamos luchando por nuestras vidas. Si ganamos, podremos reparar el daño y el dolor que esta guerra ha causado en un tiempo relativamente corto aplicando toda nuestra fuerza. Si perdemos, significará el fin de nuestra nación y de nuestra historia.

Artículo 3

Esta guerra es una guerra defensiva. Nos la han impuesto nuestros enemigos, que quieren destruir la posibilidad de vida y crecimiento de nuestra nación. Si triunfan, nuestra generación actual habrá perdido todo lo que incontables generaciones alemanas han ganado durante milenios de lucha con trabajo duro y sacrificio. La historia de nuestra nación terminará en vergüenza y desgracia.

Artículo 4

Esta guerra trae consigo innumerables peligros y riesgos, como cualquier guerra. Cada uno debe recordar que cada peligro y riesgo puede superarse si una gran nación como Alemania, con un liderazgo capaz y decidido, utiliza todas sus fuerzas y todos los recursos para enfrentarlo.

Artículo 5

Sin duda ganaremos esta guerra si todos los alemanes piensan en la comunidad y actúan como lo hacen los mejores hijos de nuestro pueblo. Pero si todos ignoran a la comunidad, como lo hacen los perezosos, los cobardes y los vacilantes, la habríamos perdido hace mucho tiempo. La guerra se ganará o se perderá según la fuerza de nuestra comunidad.

Artículo 6

Todo alemán demuestra su sentido comunitario cumpliendo concienzudamente sus deberes para con la nación, así como sus obligaciones para con la comunidad. Incluso en tiempos de paz, cada uno depende de la ayuda y el apoyo de la comunidad y, por tanto, debe estar dispuesto a compartir sus cargas y deberes. ¡Cuánto más en tiempos de guerra!

Artículo 7

Cualquier consejo del enemigo es un ataque a nuestra moral de guerra. El enemigo quiere ganar tanto como nosotros. Todo lo que dice y hace tiene como objetivo desviarnos y engañarnos. Quien escucha al enemigo, por muy moralistas que sean las razones que dé, pone a su pueblo en el mayor peligro. La ignorancia puede no protegerlo del castigo que merece.

Artículo 8

El silencio es una orden importante de la dirección de la guerra. Pocos conocen los secretos de la guerra. Estos son armas en la lucha de nuestra nación por la existencia y no pueden ser revelados al enemigo. Sería injusto y destructivo para el bienestar general difundir rumores que obliguen al gobierno a hablar sobre asuntos importantes o incluso decisivos en la guerra. Esto solo puede ayudar al enemigo y dañar a nuestra nación.

Artículo 9

La dirección de la guerra está haciendo lo mejor que puede. A menudo no puede revelar las razones de sus acciones sin dar información valiosa al enemigo. Eso significa que incluso las personas de buena voluntad a menudo no entienden sus acciones. Por eso debe contar con la confianza del pueblo, confianza que se ha ganado con su valor, su inteligencia, su clarividencia y sus éxitos pasados. Los sabelotodo sólo pueden criticar porque el gobierno está condenado al silencio; si pudiera hablar, serían refutados al instante.

Artículo 10

Lo único que no podemos permitirnos perder en esta guerra es nuestra libertad, base de nuestra vida y de nuestro futuro. Todo lo demás puede ser reemplazado, aunque sólo sea con años de duro trabajo. Pero la pérdida de nuestra libertad significaría la pérdida de todos nuestros otros bienes materiales y culturales, tanto para la nación en su conjunto como para cada individuo. Si la guerra lo requiere, debemos estar dispuestos a utilizar todo lo que tenemos para defender esa libertad. Sin ella, ni la nación ni el individuo pueden vivir.

Artículo 11

Un viejo truco de la guerra es separar a un pueblo de su gobierno, dejándolo sin líder y, por lo tanto, indefenso. Este es el único truco con el que el enemigo podría derrotarnos. Cualquiera que caiga presa de la trampa del enemigo es un estúpido o un traidor. Pone en peligro la victoria por la que nuestros soldados arriesgan sus vidas y por la que han muerto nuestros héroes. Apuñala por la espalda al frente de combate. Ningún castigo es demasiado severo para él.

Artículo 12

Cuidado con aquellas personas aparentemente inteligentes que tratan de ganar vuestra confianza con palabras ingeniosas y luego la socavan con un torrente de frases y rumores. Escuchad atentamente lo que dicen y pronto veréis que son cobardes y no inteligentes. Puede que sepan más, pero no pueden hacerlo mejor. Si fueran esto último, en lugar de criticar, ocuparían un puesto importante en casa o en el frente, contribuyendo con sus acciones a acelerar nuestra victoria.

Artículo 13

Quien habla de la guerra y sus perspectivas debe hacerlo siempre como si el enemigo estuviera escuchando. En muchos casos, en realidad lo está haciendo. Cada palabra irreflexiva de nuestra parte le da nuevas esperanzas y valor, y por lo tanto prolonga la guerra. El enojo o la ira por tal o cual inconveniente de la guerra a veces tienen justificación, pero en vista de la gran batalla en la que nos encontramos, la mayoría de los problemas son de poca importancia.

Artículo 14

Estamos ayudando a quienes lo necesitan tanto como sea posible. Si la ayuda real es imposible durante la guerra, los afectados deben saber que llegará después de la victoria. La victoria es la condición previa para una reconstrucción nacional que repare todo el daño de la guerra. Cuanto más se sacrifica uno por la guerra, más fanáticamente cree en la victoria. Por eso hay que trabajar y luchar. Sólo eso da sentido a los sacrificios, incluso a los más duros.

Artículo 15

Por tanto, cada uno debe cumplir al pie de la letra todas las leyes y reglamentos relacionados con la guerra. Quien las viola por negligencia u olvido hace tanto daño como si lo hiciera intencionadamente. Cada uno debe tomar la guerra con la seriedad que merece.

Artículo 16

Todo se vuelve aburrido con el tiempo, incluso el impacto de la guerra. Por eso debemos cuidarnos constantemente de caer en la indiferencia en el cumplimiento de nuestros deberes de guerra. Nuestra conducta de hoy será admirada dentro de unas décadas por nuestros hijos y nietos. No experimentarán el dolor espiritual que nos ha traído esta larga guerra. Más bien, verán la guerra sólo como el mayor acontecimiento heroico de la historia de nuestra nación. No lo olvidéis en medio de los problemas cotidianos de la guerra.

Artículo 17

Todo llega a su fin, incluso la guerra. Debemos asegurarnos de que su fin sea feliz. La mejor manera de garantizarlo es manteniendo la calma y la firmeza. La nación que posea más de estas virtudes ganará.

Artículo 18

Nada es más estúpido que creer que los dirigentes están mejor que el pueblo. El individuo puede tener una pesada carga material que soportar, pero la carga más pesada es la de la responsabilidad, con sus preocupaciones interminables. Uno no debe ser injusto ni debe emitir juicios irrazonables sobre asuntos que no comprende.

Artículo 19

Nada es más despreciable que pensar que una parte de la nación hace la guerra y otra se limita a observar. Esta no es una guerra de gobiernos ni de ejércitos, es una guerra de pueblos. El que se queda al margen sólo demuestra que no comprende la situación. Es un parásito de la guerra que vive del dolor y de las contribuciones de los demás. Si pensaran como él, perderíamos la guerra. En interés de los ciudadanos honrados, hay que recordar a los perezosos sus deberes en la guerra. El esfuerzo bélico lo exige, al igual que la moral pública.

Artículo 20

Así como en la guerra hay medallas y condecoraciones para quienes cumplen con sus deberes con distinción, también deben haber advertencias y, si es necesario, castigos severos para quienes descuidan sus deberes en la guerra. Un deber de guerra no cumplido es mucho peor que

un deber descuidado en tiempos de paz. Cada alemán vive hoy bajo las leyes de la guerra. Éstas establecen castigos severos, incluso para conductas que no son tan graves en tiempos de paz. Son crímenes vergonzosos en la guerra, ya que ponen en peligro la victoria. Merecen los castigos más severos.

Artículo 21

El soldado muere en el frente cumpliendo con su deber. Tiene derecho a exigir que se condene a muerte a quienes en su país sabotean o perjudican el esfuerzo bélico. El frente tiene derecho a contar con el apoyo de una moral alta en su país. Quien con sus acciones en su país prive al frente de esta garantía merece un castigo severo. El soldado en el frente lo exige.

Artículo 22

Tanto en el frente como en el interior del país, la disciplina es la virtud más importante. Sólo con una determinación férrea podremos vencer los enormes problemas de la guerra. La debilidad de la disciplina debilita la moral y viola todas las leyes de la guerra. Cualquier debilitamiento de la unidad de nuestro pueblo en la guerra es un crimen contra la comunidad. La mayor posibilidad de victoria de nuestro pueblo reside en una determinación firme y una firme determinación.

Artículo 23

Nadie tiene derecho a quejarse de las limitaciones a su libertad personal causadas por la guerra. ¡Qué importancia tienen estas limitaciones, teniendo en cuenta que han muerto innumerables hombres, incluso mujeres y niños!

Artículo 24

La guerra exige nuestra total dedicación a ella y a sus deberes. Todo lo que aún queda de ella sólo puede considerarse como un regalo que hay que recuperar. Debemos tener siempre presente que tarde o temprano tendremos que renunciar a él. Estamos luchando en esta guerra no para mantener, sino para restaurar la paz. En la guerra, más que nunca, hay que utilizar lo que se defiende.

Artículo 25

Nada es demasiado valioso para sacrificarlo por la libertad. Todo lo que poseemos lo ganamos como pueblo libre. Sin nuestra libertad, ésta no tendría propósito, sentido ni perdurabilidad. Es mejor para una nación ser pobre pero libre que parecer próspera pero terminar una guerra como esclava. Un pueblo libre puede reconstruir todo lo que perdió al defender su libertad. Un pueblo esclavizado perderá lo que sobrevivió a la guerra y también la capacidad de recuperarlo.

Artículo 26

El deber del individuo durante la guerra se extiende al sacrificio de su vida por la vida de su nación. En vista de tan grande y final sacrificio, ¡seguramente se debe exigir que cada uno esté dispuesto a renunciar a sus bienes y propiedades si eso es necesario para la victoria y la seguridad de su nación! Sólo esa disposición al sacrificio transforma a un conjunto de individuos en un pueblo, y en un sentido más elevado, en una nación.

Artículo 27

El objetivo de nuestro gobierno y dirección militar es una nación alemana que pueda vivir libremente en todas las áreas importantes. Nuestra generación debe lograrlo mediante la lucha y el trabajo duro. No se puede posponer para más tarde. O lo hacemos, o nunca se hará.

Artículo 28

Nuestra generación no sólo tiene cargas particulares, sino también un honor particular. Si ganamos, y podemos y debemos ganar, seremos la generación más famosa en la historia de Alemania. Si perdemos, nuestros nombres serán maldecidos durante siglos por las generaciones que deberán soportar el terrible costo de nuestro fracaso.

Artículo 29

Hay personas que tienen poco interés en estos asuntos. Son materialistas que sólo piensan en la comodidad y el placer y que no tienen sentido de sus responsabilidades históricas. Sólo se les puede despreciar. Están dispuestos a renunciar al futuro de nuestra nación por los placeres del momento. Dondequiera que hablen, hay que tratarlos con firmeza. No entienden la razón, sólo el interés propio. Actúan según el principio: ¡Después de nosotros, el diluvio! Nuestra respuesta a esta gente sin principios es ésta: ¡Aunque tengamos que renunciar a nuestros sueños durante muchos años, al menos nuestros hijos y nietos tendrán cosas mejores!

Artículo 30

Recuerden en todo lo que hagan y dejen de hacer, en todo lo que digan y dejen de decir, que son alemanes. Crean leal e inquebrantablemente en el Führer y en la victoria. Recuerden siempre que son hijos del pueblo más valiente y trabajador de la tierra. Debemos sufrir mucho para alcanzar nuestra meta, pero la meta será alcanzada a pesar de todo si nos mantenemos fieles a todas nuestras virtudes y estamos dispuestos, si es necesario, a sacrificar todo en esta guerra para garantizar la libertad de la nación y su futuro.

Joseph Goebbels - un nuevo año.

2 de enero de 1944

El año 1943 fue un año de pruebas para nosotros. El Reich tenía la misión de defender el terreno económico y militar que nuestro ejército había conquistado en grandes ofensivas anteriores y que es la base de la victoria final venidera. Era de esperar que el enemigo hiciera todo lo posible por arrebatárnoslo. No lo consiguió. Es cierto que nos asestó golpes importantes, pero no fue capaz de provocar un cambio fundamental en la situación de la guerra. Basta recordar las ideas y los planes con los que comenzaron el año pasado para darse cuenta de que sólo pudieron lograr una pequeña parte de sus objetivos, una parte que de ninguna manera fue suficiente para cambiar la guerra a su favor. Esto se admitió abiertamente en Londres y Washington a finales de año. Los principales críticos militares de los periódicos angloamericanos compitieron en criticar a su dirección de guerra, cuyos resultados fueron diametralmente opuestos a sus predicciones y promesas. Así están las cosas en realidad. Podemos estar satisfechos con el curso de la guerra en 1943.

No nos ha traído lo que esperábamos, pero esto es aún más cierto para el enemigo. El bando enemigo subestimó gravemente la fuerza moral y militar del Reich de las maneras más fatídicas y graves. En parte, lo siguen haciendo hoy en día. En general, los alemanes sólo consideramos responsable a nuestro propio gobierno si hace promesas falsas, pero vale la pena recordar que el primer ministro británico calificó la campaña angloamericana en Italia como el comienzo de un ataque al punto débil de Europa y prometió al público que llegar al Paso del Brennero era sólo cuestión de semanas. Cuando las hojas cayeran en otoño, las operaciones anfibias finalmente habrían destruido la fuerza de la Wehrmacht en todos los teatros de acción europeos. Basta con echar un vistazo rápido al mapa para darse cuenta de que se trataba de profecías apresuradas que no valían el papel en el que estaban impresas. El bando enemigo también estaba engañado sobre los acontecimientos políticos de 1943. ¡Cuántas veces se predijo el colapso moral del Reich, y sin embargo aquí estamos! No se necesitan gafas de color de rosa para concluir que el pueblo alemán nunca ha estado tan decidido a luchar y ganar como lo está en este quinto año de guerra. Frente a nuestra determinación, el enemigo ha tenido que dar marcha atrás en sus exigencias de rendición incondicional.

Probablemente se ha dado cuenta de que eso sólo lo hace quedar en ridículo. ¿Qué dirían de ello los soldados ingleses y americanos? En el frente sur deben luchar a través de campos minados y conquistar montañas a costa de ríos de sangre, para perderlas al día siguiente. Sus grandes ofensivas ganan unos centímetros. No se puede derrotar así al ejército alemán. Hay un conocido chiste berlinés que describe exactamente la situación actual: "Quien se jacta, saca más provecho de la vida". Los ingleses y americanos han logrado convencer a cierta parte del mundo, mediante una propaganda astuta y fanfarrona, de que la victoria es una conclusión inevitable y que en realidad no es necesario seguir discutiendo. Cuanto más hablan en contra de ellos los hechos militares, con más crudeza y desvergüenza repiten sus afirmaciones en Londres y Washington. Por un lado, el bando enemigo intenta armarse de valor y, por otro, persuadir al público neutral de cosas que simplemente no son ciertas. Alardean de planes destructivos contra el Reich y el pueblo alemán como si ya estuvieran en Berlín, cuando en realidad están luchando en vano a gran distancia de Roma. Nunca haríamos una propaganda tan alejada de la verdad. Pero los ingleses y americanos lo hacen sin la menor vergüenza. Tienen la piel de hipopótamo de los pecadores empedernidos y la idea de una conciencia política les resulta completamente ajena. No tiene sentido discutir con ellos. Uno de los elementos favoritos de su agitación es hablar de los llamados criminales de guerra. Utilizan el método familiar de gritar "¡Alto, ladrón!". Churchill y

Roosevelt saben muy bien que son la verdadera causa de esta terrible guerra. La prepararon y la desencadenaron en el momento oportuno. La culpa de la sangre recae sobre ellos. Pero eso no les impide acusar a los atacados de ser los culpables, de prometernos el castigo que ellos mismos merecen. Por supuesto, todo es teórico: de hecho, se enfrentan al muro inexpugnable de nuestro continente. Están tratando de descubrir cómo abrir la puerta sin tener que luchar por ella. Están siguiendo métodos probados. Creen que lo que funcionó en 1918 tiene que volver a funcionar esta vez, y por lo tanto crean la ilusión de que tienen una superioridad material y una invencibilidad a las que no podemos oponernos. No podemos negar que el enemigo nos ha causado grandes dificultades y que seguirá causándonoslas en el futuro. Así es la guerra. Pero el enemigo no está en condiciones de arrancarnos de las manos las herramientas de la victoria. Eso es lo decisivo. Los de Núremberg llevan mucho tiempo diciendo que no hay que colgar a nadie antes de atraparlo. Sabemos que Churchill y Roosevelt querrían poner la soga alrededor del cuello de los dirigentes alemanes, no porque sean responsables de la guerra, sino porque están haciendo todo lo posible para resistir la guerra de aniquilación del enemigo contra el pueblo alemán.

Lo que es aún peor desde el punto de vista de Washington y Londres, lo están logrando. Si tuviéramos la estatura de Bettman-Hollweg [un político alemán de la Primera Guerra Mundial], sin duda obtendríamos buena prensa del enemigo. Si perdiéramos el control del Reich o de los territorios conquistados para que el enemigo pudiera propagar el malestar dentro de Alemania y la revolución en los territorios ocupados, sin duda ganaríamos la simpatía del enemigo. Pero nosotros hacemos la guerra desde un punto de vista práctico y mantenemos el orden en las zonas que hemos ocupado, lo que lleva a los ingleses y a los americanos a llamarnos criminales de guerra que merecen la horca. Y no sólo quieren colgar a los dirigentes alemanes, sino a todo el pueblo alemán. Seguramente nos colgarían a todos si tuvieran el poder. No nos conocen muy bien si piensan que eso nos hará sentir miedo. Hemos sido condenados a muerte tantas veces en el pasado por nuestros crímenes políticos que no habríamos sobrevivido si hubiéramos muerto todas las veces. Estamos en la posición de la policía que tiene que lidiar con una banda de gánsteres. Los gánsteres tienen razones profesionales para odiar a la policía. Es comprensible que deseen su muerte.

Después de todo, la policía protege al público y al Estado. Pero ¿teme la policía a los gánsteres? Al contrario. Los combaten y finalmente los llevan ante la justicia. El enemigo ha cometido todos los crímenes imaginables contra la humanidad, la cultura y la civilización. De hecho, son tan espiritualmente corruptos que se jactan de ello en público. Saquean a las naciones honestas y decentes para llenar los bolsillos de sus propios barones del dinero. Dejan que millones de personas pasen hambre y cientos de miles mueran de hambre para reducirlas a la inactividad política. Asesinan a enormes cantidades de mujeres y niños, con la esperanza de debilitar con su increíble barbarie la voluntad y destruir la confianza de sus maridos y padres. Bombardean y queman más de dos milenios de tesoros culturales de Europa. ¿Qué otros crímenes podrían cometer para ganarse el asco, el odio y el profundo desprecio del mundo entero? ¿Quién tiene derecho a hablar de crímenes de guerra y justicia histórica, el enemigo o nosotros? Sabemos que esto es doloroso para Churchill, Roosevelt y sus camaradas. Sus agitadores pagados responderán con aullidos de indignación. Pero eso no altera el hecho de que estamos diciendo la verdad, algo que el público mundial comprende.

¡La propaganda engañosa del enemigo es infantil! Tratan de sugerir que tienen fortalezas que no tienen. Se rodean de frases sociales y humanitarias huecas, pero detrás de ellas solo hay mentiras y engaños. Ellos tratan de mantener a sus propias naciones y a las extranjeras en la oscuridad, de mantenerlas indefensas, y luego saquearlas. Hace mucho que lo habrían logrado si la Alemania Nacional Socialista no hubiera emprendido la lucha contra ellos. Es por eso que nos odian con una rabia ardiente. Se parece al odio y la rabia que sienten los criminales por la policía, que revela su oscura obra incluso cuando están vestidos de esmoquin e intentan desempeñar el papel de caballeros. La policía no se deja engañar, y nosotros tampoco. Hemos visto a través del enemigo, y ellos lo saben. Nuestros oídos están sordos a sus mentiras. En su lucha contra la conspiración plutocrático-bolchevique, la joven Alemania Nacional Socialista se siente líder de todo el mundo civilizado. Dejaría de existir si nos rindiéramos ante el asalto del enemigo. Somos el instrumento de Dios hoy, cumpliendo una gran misión histórica. No se puede posponer. Debemos hacerlo, o la humanidad se derrumbará. Todos lo sabemos. Esta es una lucha entre la luz y la oscuridad, entre la verdad y la mentira, entre la verdadera humanidad y la barbarie

inhumana. Alemania lleva la bandera. Todos los pueblos oprimidos y torturados miran hacia nosotros con esperanza, porque esperan sólo de nosotros un nuevo orden y la salvación del mundo. Nuestro lenguaje no es capaz de expresar el alcance de nuestra responsabilidad. Esto es más que una guerra, es una batalla por el mundo. Una siniestra conspiración está atacando los fundamentos de la sociedad humana. Si la humanidad se salvará o si se derrumbará depende completamente de nosotros. El enemigo está utilizando todos los métodos bajos y cínicos posibles para desviarnos de nuestra misión, cansarnos, fatigar nuestras almas, sacudir nuestros corazones. Pero el año pasado demuestra una vez más que nunca lo lograrán. La bendición del destino está con nosotros. Esta es la convicción con la que cerramos el libro del año viejo y abrimos el del nuevo. Hay enigmas y más enigmas ante nosotros. Sabemos que podemos y debemos resolverlos todos. Será un año peligroso en el que el destino de la humanidad civilizada volverá a estar en juego. Y como sucedió tantas veces en el pasado, la salvación llegará cuando menos lo esperemos. Sólo tenemos que creer firmemente en ella y luchar por ella. La salvación reside en la lealtad a nosotros mismos y a nuestra tarea. A medida que cambia el año, millones de soldados alemanes levantan sus armas, millones de agricultores alemanes sus guadañas, millones de trabajadores alemanes sus martillos.

Detrás de ellos, millones de mujeres alemanas crían a sus hijos, tanto en súplica como en demanda. La generación actual de nuestro pueblo está defendiendo el Reich, como lo hicieron también incontables generaciones antes que ellos. Nos lo dieron de manos de nuestros padres débiles y desanimados. Queremos transmitirlo, fuertes y poderosos, a nuestros hijos. Por eso estamos luchando y ganando esta guerra. Cada nuevo año es una nueva prueba de ello.

Joseph Goebbels - la batalla de Berlín.

13 de febrero de 1944

La prensa inglesa ha llamado a la serie de ataques terroristas contra la capital del Reich, que se han prolongado durante tres meses con sólo algunas pausas ocasionales, la “batalla de Berlín”. No ha dejado ninguna duda de que la intención de la dirección de guerra británica es destruir la capital del Reich con estos ataques brutales y horribles, o como ellos mismos dicen, despoblarla, aplastar la moral de guerra de su población y así obtener en el frente interno alemán la victoria decisiva que nuestros soldados combatientes han negado a los angloamericanos hasta ahora en esta guerra en el frente, y que nuestros soldados continuarán negándoles en el futuro. No hay nadie en Berlín que no lo sepa, tampoco nadie que no esté firmemente decidido a resistir estas intenciones terroristas del enemigo con toda la fuerza de su alma y su corazón inquebrantable, haciendo así que el plan del enemigo se anule mediante un gran esfuerzo común de heroísmo. Cuando discutimos este tema hoy fuera de los círculos de la población de Berlín, es porque involucra mucho más que los intereses directos de la población de Berlín. Desde mediados de noviembre del año pasado, Berlín libra una batalla defensiva para todo el pueblo alemán. La capital del Reich representa la causa del Reich en un momento decisivo.

Hoy en día, todavía no está claro qué significa eso para la ciudad y su futuro. Es sabido que las metrópolis suelen ocupar un lugar poco envidiable en la mentalidad de la gente. Son la sede del gobierno y, por tanto, de la burocracia. Son la fuente de las normas, los reglamentos y las leyes fiscales, cosas que, por lo general, causan más dolor que alegría a los ciudadanos. La situación de la capital del Reich se hace más difícil por el hecho de que todavía es joven y ha cumplido su misión histórica en una fase tardía de su desarrollo y el temperamento de su población sólo puede ser comprendido y apreciado por alguien que lo haya aprendido a través de su estancia durante muchos años, alguien que, junto a sus innegables debilidades, haya aprendido también sus valores y virtudes superiores. Berlín es más un crisol de razas que una ciudad que creció de manera organizada. Además de los berlineses originales, de los que los propios berlineses dicen que están tan dispersos que casi son criaturas raras, reclutó a su población de todas las profesiones, clases y tribus del Reich. Pero Berlín tiene una enorme fuerza de atracción que siempre ata a las masas humanas que fluyen hacia ella desde todos los Gau del país, absorbiéndolas en la enorme estructura de esta ciudad de millones. Por eso no tiene patriotismo local, sino mucho más orgullo de ciudad.

Realmente no se sabe por qué se desarrolló la leyenda, y no sólo entre el enemigo sino también entre ciertos sectores de nuestro propio pueblo, de que Berlín es especialmente sensible a las amenazas externas debido a su población variopinta y desordenada. Las partes del Reich que ya habían sufrido los bombardeos terroristas enemigos estaban, por tanto, un poco preocupadas de que llegara el día en que la capital del Reich tuviera que soportar la gran prueba. Nosotros, los berlineses, seguros de nuestra fuerza y dureza, estábamos convencidos de que la prueba sólo podía venir de los hechos. La capital del Reich ha tenido más oportunidad de hacerlo en los últimos tres meses de lo que hubiera querido. Pocas ciudades del Reich han pasado por las mismas pruebas en esta guerra, y Berlín no tiene por qué sentirse avergonzada ante ninguna de ellas. Su población ha hecho frente al terror aéreo enemigo con una valentía que merece la mayor admiración. Nadie en el Reich lo discute, y también los extranjeros, siempre que hayan mantenido una perspectiva precisa y objetiva, están llenos de elogios y admiración. La capital del Reich ha superado su gran prueba de guerra. Naturalmente, sería inútil negar que el enemigo ha causado graves heridas con su terror brutal y horrible. Hasta ahora nos hemos abstenido de responder a sus jactanciosos relatos sobre la guerra aérea, cuyo cinismo difícilmente puede ser superado.

Habrá tiempo suficiente para eso cuando una vez más estemos en igualdad de condiciones. El júbilo en Londres será más modesto después de una respuesta alemana implacable, que una vez más permita un debate basado en los hechos. Hoy, la Luftwaffe alemana responde con contraataques cada vez más masivos, pero estos son sólo un anticipo de lo que está por venir. En cualquier caso, podemos estar seguros de que la capital alemana no ha sufrido los ataques enemigos. La capital británica tendrá la oportunidad de dar la misma prueba. En Berlín, como en todas las demás ciudades alemanas afectadas por el terror aéreo enemigo, hemos aprendido a simplificar nuestras vidas, volviendo a un estilo de guerra primitivo que nos ha privado de muchos de los placeres de la vida cotidiana. Ahora marchamos con un equipaje más ligero. Junto con las demás poblaciones de otros distritos alemanes afectados por el intenso terror aéreo enemigo, hemos aprendido a prescindir de algunas cosas que todavía se dan por sentadas en las partes del Reich que se han salvado. Sería una exageración decir que ha sido fácil para nosotros. A una ciudad le duele profundamente ver partes importantes de sus viviendas, sus monumentos artísticos y culturales, sus iglesias, teatros y museos reducidos a hollín y cenizas.

Sin embargo, esto es tolerable cuando la libertad de la nación y el mantenimiento de la esencia vital de un pueblo lo exigen. No tenemos intención de convertir esto en una cuestión de patetismo patriótico. No soportamos las duras exigencias que nos impone el destino de la nación con entusiasmo, sino con una resistencia tenaz que siempre nos da la fuerza para superar los golpes más duros, oponiéndonos a ellos con una fuerza espiritual que supera toda duda. Esto es decisivo. Una gran ciudad se gana su prestigio no sólo por sus viviendas, edificios y monumentos, sino sobre todo por su gente. A pesar de la opinión generalizada hasta ahora, Berlín es más que un desierto de asfalto o una colección de grandes edificios de apartamentos. Más de cuatro millones de personas trabajadoras y decentes viven en su densamente poblada zona. Puede que en todo el Reich se las conozca por su actitud serena e incluso escéptica ante los problemas de la vida, pero detrás de todo ello late un corazón grande y valiente, capaz de superar cualquier peligro. Los berlineses han dado pruebas más que suficientes de ello en las últimas y difíciles semanas, demostrando al pueblo alemán sin decirlo que su ciudad no es indigna de albergar entre sus muros a la dirección del Reich, proporcionando así la gran fuerza motriz de nuestra política nacional y de nuestra dirección en la guerra. El pueblo alemán entero ha seguido con gran interés y entusiasmo durante las últimas semanas la llamada Batalla de Berlín. Podemos asegurarle que la batalla acabará bien. La capital del Reich probablemente sufrirá nuevos golpes.

Habrá más heridas, cicatrices y lágrimas en su rostro. Sus ciudadanos se unirán aún más y aprenderán a enfrentarse a condiciones aún más primitivas. Pero Berlín no perecerá. El corazón de esta ciudad nunca ha latido tan fuerte como en las noches de intensos bombardeos, cuando, por así decirlo, los berlineses se enjugan la sangre de los ojos y se ponen a trabajar con amarga rebeldía. Hay milagros de trabajo, espléndida organización y una asombrosa capacidad de improvisación. La ciudad es una verdadera comunidad socialista y la solidaridad de todos ayuda a superar algunas dificultades que de otro modo podrían fácilmente resultar imposibles. Incluso en los momentos más críticos, nunca le he encomendado a esta ciudad, a su población, a su partido o a sus oficinas gubernamentales una tarea que no se haya resuelto con la velocidad del rayo. Los berlineses no se rinden ante las desgracias que les envía su enemigo lleno de odio, sino que reúnen todas sus fuerzas contra ellos y siempre los superan. La intención de la dirección de guerra angloamericana es, sin duda, proletarizar a grandes sectores del pueblo alemán mediante el terror aéreo, haciéndolos propicios para su propaganda mentirosa e hipócrita.

Es casi una ironía sangrienta que, al mismo tiempo que arroja cantidades inimaginables de bombas explosivas e incendiarias sobre los barrios residenciales densamente poblados de nuestras grandes ciudades, también hace llover grandes fajos de panfletos hipócritas. Al parecer, cree que nuestros hombres y mujeres que lo han perdido todo a través de este método de guerra cobarde y totalmente antimilitarista se sentarán a la luz de sus hogares en llamas y tal vez junto a los cadáveres de sus hijos inocentes a leer estos panfletos sin valor, dejando que la corrupta plutocracia británica les diga lo que deben pensar sobre la guerra. Así es como la dirigencia criminal inglesa imagina al pueblo alemán. Utilizaron tales métodos para subordinar a los pueblos coloniales y saquearlos para sus fines capitalistas. Ahora quieren evitar la gran batalla que temen más que cualquier otra cosa. Cuando nuestra población civil hace todo lo posible para resistir, está desempeñando un papel activo y directo en una guerra más amplia. Son atacados de manera no militar, pero se defienden militarmente. Su alta moral en esta batalla despiadada es un

factor decisivo de la guerra. De ella provienen todas las demás fuerzas y virtudes necesarias para dominar el desastre. Si tienen éxito, su fuerza y determinación aumentan. El hierro se endurece solo a golpes de martillo. Nuestro pueblo tiene una gran tarea que cumplir en esta generación. Debe reparar muchos pecados y fallas del pasado para crear una base futura indestructible para nuestra vida nacional. Nunca antes en nuestra historia la misión histórica del Reich alemán ha estado tan concentrada como en los años desde 1914 hasta hoy. Es la gran época que nos llama a todos. No hay freno, no hay excusa. Lo que hagamos o dejemos de hacer nunca se puede deshacer, ni para bien ni para mal. Somos responsables de la época histórica más decisiva de nuestro pueblo. La forma en que lo resolvamos determinará si nos ganaremos las bendiciones o las maldiciones futuras de nuestros hijos y nietos. Mientras el cielo de Berlín comienza a ensangrentarse en las noches de intensos ataques terroristas enemigos, todos pensamos con dolor y amargura en la enorme cantidad de dolor y pena que nuevamente desciende sobre miles de nuestros conciudadanos. Nada queda por hacer para ayudarlos a soportar la carga de la desgracia. Incluso durante el ataque, una gran organización comienza a moverse, y en pocas horas sus resultados son visibles en todas partes.

El trabajo duro y concienzudo se une al fanatismo apasionado y la rabia amarga para conseguir cada vez más logros. Pero, ¿qué podría lograr el liderazgo de la ciudad si no tuviera a toda la población detrás de ella, apoyando sus medidas con un comportamiento militar, dando impulso y fuerza al trabajo de restaurar nuestra vida herida? Así fue siempre y en todas partes cuando el enemigo cayó sobre nuestras ciudades con fuego y conflagración y la población tuvo que ayudarse a sí misma para defender su existencia. Berlín ahora se encuentra en medio de esas ciudades que están marcadas por el dolor y el desafío orgulloso. No quiere ser más que el resto. Sólo quiere mostrar que detrás de las grandes palabras que en el pasado no siempre la hicieron querida, también hay grandes hechos cuando es necesario. ¡Qué desprecio tendrían ciudades como Hamburgo, Essen o Colonia por la capital del Reich si nos pesaran en la balanza y nos encontraran faltos! Es motivo de reflexión para todos los demás, no sólo para esas ciudades. El escudo de la capital del Reich lleva hoy la corona de laurel de la gloria militar que nunca se marchitará. Allí donde en estas semanas caen muros y se derrumban edificios, un nuevo Berlín surgirá de las ruinas, y cada ladrillo dará testimonio del coraje heroico de una ciudad que se mantuvo firme, que nunca vaciló, a pesar de los golpes más duros.

Joseph Goebbels - ¿por qué las cosas son tan difíciles para nosotros?

9 de abril de 1944

Muchos de nosotros nos habremos preguntado con más frecuencia, durante los cinco años que dura esta guerra, por qué al pueblo alemán le resulta tan difícil construir su vida nacional y su futuro, por qué tiene que hacer tantos sacrificios y asumir tantas cargas, cosas de las que otros pueblos más felices se ahorran o incluso no saben absolutamente nada. Estas preguntas están más que justificadas. No sólo tenemos que luchar por nuestra existencia con todas nuestras fuerzas en esta guerra, sino que toda nuestra historia no es más que un camino de enormes dolores. Otros pueblos alcanzaron la condición de grandes potencias o de potencias mundiales con mucha más facilidad que nosotros y hoy disponen de recursos tan importantes que la duración de la guerra no parece tener ningún efecto material sobre ellos. Nosotros, por el contrario, tenemos que trabajar y esclavizarnos con el sudor de nuestra frente, y nuestros enemigos se oponen a lo poco que podemos llamar nuestro. ¿No nos trata el destino injustamente y no tenemos motivos para quejarnos? ¡De ninguna manera! Nuestro pueblo es el producto de sus características raciales, de su situación geopolítica y de su desarrollo histórico.

La única pregunta que se plantea es si el pueblo alemán ha logrado y logra todo lo que es posible lograr con los materiales y los ideales que posee, y si esto seguirá siendo así en el futuro. Es una pregunta que debemos responder nosotros mismos. No sólo nuestra difícil situación, sino también nuestro carácter nacional duro e inquebrantable son el resultado de estas condiciones. Así como la lucha vital del individuo forma su personalidad, lo mismo ocurre en la vida de los pueblos. No se puede negar que el pueblo alemán posee más fortalezas de carácter que cualquier otro. Pregúntenle a amigos o enemigos lo que quieran. Durante siglos, el Reich ha sido la levadura no sólo de Europa, sino también del mundo entero. Es posible imaginar la ausencia de tal o cual pueblo en la historia humana sin que ello suponga un gran cambio o impacto. Eso es imposible con el pueblo alemán. Hasta la Guerra de los Treinta Años y después, incluso durante siglos de impotencia y fragmentación, la historia alemana fue la historia europea. Nosotros dimos a la humanidad sus pioneros. Incluso en los círculos de nuestros enemigos, se nos llamaba la nación de los poetas, filósofos e inventores. Pero ¿cómo puede conciliarse eso con el hecho de que hemos tenido tan pocos éxitos en el campo de la política del poder?

La respuesta a esta pregunta es muy clara: es porque somos más valiosos que otros pueblos, no menos. Nuestro destino general y la ubicación geopolítica del Reich simplemente nos obligan a trabajar más duro para desarrollar nuestra vida nacional que nuestros pocos amigos y muchos enemigos. La superioridad natural resultante nos hace odiados y no amados. Debemos trabajar más duro que otros pueblos si queremos sobrevivir. Por eso tratan de impedirnos alcanzar la igualdad o se nos resisten, ya que saben que si tuviéramos las mismas oportunidades que ellos, pronto tendríamos la ventaja. Temen el ritmo imparable de nuestro crecimiento nacional, la intensidad de nuestra fuerza productiva, el genio de nuestro espíritu inventivo, el alto nivel de nuestra moral y disciplina nacional, todo lo cual es el resultado no sólo de nuestras características raciales y nuestra educación política, sino también de nuestras condiciones de vida estrechas. No importa cuán atrás en la historia miremos, nuestro pueblo siempre ha estado rodeado de peligros. Pero donde el peligro no es mortal, aumenta la fuerza. Tal es el caso del pueblo alemán. Ha crecido a través del peligro, alcanzando alturas de capacidad nacional que ningún otro pueblo puede siquiera alcanzar. Esta conclusión no surge de un sentimiento de arrogancia nacional. Se fortalece y afirma constantemente con los hechos de esta guerra. Nos aferramos a nuestro continente en este quinto año contra el asalto de cuatro potencias mundiales, por no hablar de muchos enemigos menores abiertos y ocultos, esencialmente solos,

dependiendo sólo de nosotros mismos. ¿Qué otro pueblo en la tierra podría hacer eso? Nuestros enemigos han subestimado repetidamente nuestras capacidades de resistencia porque simplemente son incapaces de imaginarlas, dados los estándares que prevalecen en ellos. Podemos vernos obligados a ceder territorio en el Este para mantener intactas nuestras líneas defensivas, pero no debemos olvidar que, en medio de estos reveses, ningún otro pueblo sería capaz de resistir. Los ingleses y los americanos admiran los éxitos militares soviéticos. ¡Cuánto más deben admirarnos a nosotros, que estamos llevando a cabo la guerra en el Este contra un pueblo que nos duplica en tamaño, provisto de una gran ayuda y con sólo la mitad de nuestra fuerza nacional! En Italia, la superioridad humana y material de dos potencias mundiales no puede alcanzar su objetivo contra una pequeña fracción de nuestro ejército. ¡Imagínense cómo sería la batalla si tuviéramos tal superioridad y nuestros enemigos estuvieran rodeados por todos lados como lo estamos hoy! La pregunta se responde por sí sola. Se puede entender por qué las alturas históricamente únicas de la moral y la capacidad bélicas del pueblo alemán siempre ponen nerviosos a nuestros enemigos. Temen darnos la iniciativa, lo que les acarrearía consecuencias imprevisibles.

Eso también explica sus aullidos de odio contra el Reich, que son sólo el resultado de su complejo de inferioridad. Si queremos tener una oportunidad de éxito, debemos ser más firmes que ellos, debemos luchar con más valentía, trabajar más duro y vivir con mayor disciplina. La exigencia despiadada de estas virtudes es también nuestra ventaja y nuestra fuerza sobre el enemigo. En toda guerra llega un momento en que la victoria depende de estas virtudes. En la hora decisiva, el pueblo las utilizará mejor que nunca. En otras palabras, nuestras penas y dificultades actuales no sólo son una carga para nosotros, sino también un entrenamiento. Es cierto que los ricos generalmente disfrutan de una vida más cómoda que los trabajadores esforzados, que se ganan el pan de cada día con el sudor de su frente. Sin embargo, cuando llega la hora crítica en que debe defenderse la vida misma, los trabajadores tienen la ventaja porque tienen la mayor experiencia en la lucha por la vida. La actitud espartana que nuestra expuesta y limitada situación nos ha impuesto durante siglos es la verdadera causa de nuestras virtudes nacionales, y también la razón del odio y la persecución de nuestros enemigos. Una es el resultado de la otra; están ligadas.

Esta guerra es una batalla entre mayor calidad y mayor número. El curso y, sobre todo, la duración de esta guerra dependen, en primer lugar, del fortalecimiento y la conservación de lo que nos separa de nuestros enemigos. En esto reside nuestra esperanza de victoria. Si hay un pueblo que no ha tenido motivos para sentirse inferior, es el nuestro en su situación actual. Incluso los reveses, si se aceptan y se soportan debidamente, sólo pueden reforzar nuestra convicción de superioridad. No hemos sido nosotros los causantes de esta guerra; nuestros enemigos nos la han impuesto. Desde el principio, han dejado claro que su objetivo era destruir nuestra sustancia vital y destruirnos como pueblo. El hecho de que nos hayan atacado con tanta superioridad numérica es una prueba más de que ninguno de ellos se atreve a enfrentarse a nosotros solo. El hecho de que nuestro pueblo haya resistido hasta ahora y lo seguirá haciendo en el futuro debe darnos a todos motivos de orgullo, de inquebrantable confianza nacional en nosotros mismos. Nunca debemos olvidar que ningún otro pueblo en el mundo es capaz o está en condiciones de soportar una prueba de su fuerza vital como nosotros, los alemanes de hoy.

Basta con imaginar lo que ocurriría si nos enfrentáramos solos a uno de nuestros enemigos, aunque, con excepción de Inglaterra, todos ellos nos superan en población y recursos, para saber cuán poco terreno de triunfo tienen nuestros enemigos y cuántos motivos tenemos para confiar en nosotros mismos. Ningún pueblo puede elegir las condiciones en las que vive y se mantiene, ni siquiera nosotros los alemanes. Se desarrollan a partir de muchas condiciones de las que al menos la generación actual no puede escapar. En lo que respecta a los aspectos materiales de la guerra, nuestras condiciones son cualquier cosa menos favorables en comparación con nuestros adversarios. Pero la superioridad resultante en carácter, moralidad e ideales compensa la superioridad material de nuestros enemigos, si los aprovechamos al máximo. Tenemos nuestro destino en nuestras manos. El pueblo alemán de hoy, en el sentido más estricto de la palabra, es el herrero de su propia felicidad, y no sólo de los que viven hoy, sino de las generaciones venideras. Es comprensible que a veces perdamos de vista la gran obligación que tenemos con el futuro en medio de la presión de la vida cotidiana y de los dolores y cargas cada vez mayores de la guerra. Esa obligación, sin embargo, existe. Éste o aquél puede preguntarse aquí o allá qué es lo que todavía tiene que perder. Su casa y sus bienes han sido

quemados. Su propia vida parece de poco valor en vista del dolor punzante de la pérdida de sus seres queridos. Esta pregunta, por amarga que pueda ser para los afectados, es egoísta. Incluso quien ha sufrido los golpes más duros y terribles en esta guerra todavía tiene algo que perder: el futuro de su pueblo. Esto no tiene absolutamente nada que ver con el patetismo nacional. No tenemos el menor deseo ni la menor capacidad para dedicarnos a la arrogante prédica nacionalista. Sólo vemos las cosas con claridad y realismo. Sea justa o injustamente, sea por culpa propia o por la de las generaciones anteriores, nuestra generación tiene una misión alemana que cumplir, una misión que parece casi inalcanzable. Debe dominar una época que exige que la vida se forme, pero no se disfrute. Una época así la soportarán mejor aquellos cuya naturaleza y temperamento sean más aptos para formar la vida que para disfrutarla. Pero ni lo uno ni lo otro pueden escapar de la época. Es nuestro absoluto amo y señor. Para algunos, la ausencia de los elementos espirituales e intelectuales que ennoblecen la vida y que esta guerra hace casi imposible, puede ser tan dura o incluso más dura que la pérdida de una libra de mantequilla o un trozo de jamón para otros.

Puede que a ninguno le resulte especialmente difícil la pérdida del otro, pero cada uno debe afrontar el imperativo categórico de los deberes y las tareas que la guerra y su pueblo le imponen. Esto no tiene nada que ver con el hecho de que podamos lamentar la pérdida de nuestras posesiones o de un ser querido, que difícilmente podemos olvidar. Todos respetamos el dolor que afecta al individuo, y cuanto más elevado es uno, más siente el dolor de millones. Si hubiera una manera de ahorrarle a nuestro pueblo su dolor, seríamos los primeros en alcanzarlo con ambas manos. No existe tal manera. Debemos atravesar este valle de dolor, porque sólo al final vislumbramos el gran premio. No podemos renunciar a él y no lo haremos. Coronará y justificará nuestro sacrificio. Todo lo que hemos soportado hasta ahora voluntaria y pacientemente recibirá su sentido. Si no lo logramos, todo habrá carecido de sentido. Nuestras vidas y las de nuestro pueblo caerían en una oscuridad de la que nunca amanecería un día brillante y hermoso. ¿Qué son, frente a eso, los gritos histéricos de odio y venganza del enemigo? Se apagarán en el momento en que termine la guerra y la diosa de la historia nos entregue los laureles. De los sonidos de esta guerra surgirá la fama heroica de nuestro pueblo combatiente, que confiando sólo en su propia fuerza a través de todos los reveses de la fortuna en esta guerra, se mantuvo en el puesto que la historia le había dado.

Entonces comprenderemos por qué nos resulta tan difícil: demostrar que podemos utilizar todas nuestras fuerzas, sin escatimar nada, que podemos crecer incluso más allá de nuestra imaginación, dando ejemplo a todos los demás pueblos. Y sobre todo, para que, frente al creciente escepticismo de este siglo, podamos demostrar que Occidente no está listo para la decadencia, sino que, por el contrario, se encuentra en un nuevo comienzo. La gran crisis cultural que cayó sobre la humanidad civilizada con la Primera Guerra Mundial debe ser superada. Eso es posible sólo con una abundancia de voluntad y determinación de vida que sólo se demuestra en las pruebas más duras del destino. Tal vez Europa se dé cuenta un día de lo cerca que estuvo del abismo. Esto le traerá la admiración por nuestras acciones que hoy se le niega. Así será, no de otra manera. Si en medio de las peores cargas de esta guerra se nos diera a elegir, nunca cambiaríamos nuestro lugar con ningún pueblo en circunstancias más felices. Nosotros elegimos a nuestro propio modo. ¿Cómo podría confundirnos el hecho de que nuestro pueblo deba luchar por su existencia? Ahora más que nunca le damos todo nuestro amor y todo nuestro poder y fuerza. En las tormentas que rugen a nuestro alrededor, estamos más orgullosos que nunca de ser alemanes.

16 de abril de 1944

Hoy en día, nadie disfruta de vivir y trabajar en una ciudad bombardeada con frecuencia. Casi no hace falta mencionar las tremendas cargas que el terrorismo aéreo enemigo impone a quienes lo padecen. Pierden sus hogares y sus posesiones, y a menudo sus seres queridos encuentran una muerte espantosa y miserable en sótanos y refugios durante tormentas de fuego. Lo poco que logran rescatar de las ruinas a menudo permanece afuera bajo la lluvia y la nieve durante días sin que nadie lo mueva. Y cuando uno cree haber encontrado un lugar a medio camino de seguridad, una semana después también puede caer en las llamas. Recuerdos familiares que simbolizan una vida entera están enterrados en las ruinas de casas y edificios. A menudo, la gente solo salva lo esencial, a veces ni siquiera eso. Todavía cansados y exhaustos por apagar los incendios, los que han sido bombardeados deben encontrar algún tipo de ropa, obtener los documentos necesarios y buscar algún tipo de refugio primitivo. Las oficinas del partido y de la ciudad hacen todo lo posible para facilitar el proceso, pero sigue siendo un trabajo miserable. Aquí y allá falla el transporte público.

Debe ir andando al trabajo si no encuentra un automovilista amigo que vaya en la misma dirección. Esa noche pueden volver a sonar las sirenas antiaéreas. Una vez más tiene que dirigirse al sótano o a un refugio. El trueno a su alrededor dura otra hora. Ha perdido el contacto con su familia por la tarde y está profundamente preocupado por ellos, una madre indefensa o el padre que mantiene a la familia. Una vez más el cielo está rojo sangre. Los camiones de bomberos pasan a toda velocidad, con las sirenas a todo volumen. Y una vez más tiene que ir a trabajar, a defender su amada ciudad natal y a salvar lo que pueda salvarse de los edificios que aún están en llamas. No queremos que las ciudades que hasta ahora se han librado del terror aéreo enemigo lo experimenten, pero bajo los bombardeos enemigos, que rara vez se ven con tanta intensidad y fuerza en tiempos normales, nacen virtudes: la virtud de la solidaridad, sobre todo. El terror aéreo enemigo es la universidad del espíritu comunitario. Revela lo que la gente es realmente. Uno puede vivir durante años al lado de un hombre del que cree que podría arrancar árboles con sus propias manos. Bajo la lluvia de bombas enemigas y botes de fósforo, resulta ser una criatura miserable interesada en nada más que en salvar su propia vida. Otro, que se dedicaba a sus asuntos tranquilamente y sin alboroto, de repente se revela como un verdadero héroe, casi deificado por sus vecinos, ya que incluso en medio del peligro más grave tiene una palabra amistosa de ánimo y aliento que obra milagros.

La gente generalmente muestra su talento solo en tiempos críticos. No podemos evitar amar a la ciudad de Berlín hoy más que nunca, incluso con sus graves heridas. Después de otra noche de bombardeos, es posible que el transporte público no funcione. Vemos una multitud de hombres y mujeres que recorren las amplias avenidas durante dos o tres horas para llegar a sus lugares de trabajo. Los hombres van sin afeitar y desaliñados. Las mujeres pueden llevar pantalones, un jersey sencillo, y llevar una pequeña maleta con lo esencial bajo el brazo. Una visión así nos hace apreciar esta valiente ciudad de millones de personas desde lo más profundo de nuestro corazón, y de una manera que antes no podíamos hacer. Entonces sabemos que nos sentimos más a gusto aquí que en cualquier otra ciudad del mundo. Nos sentimos parte de todas estas personas desconocidas. Tenemos que agradecerles que cumplan con su deber con lealtad y diligencia, fanatismo y fidelidad. Su comportamiento silencioso y sin emociones demuestra que no quieren que se les desgaste y, por lo tanto, no pueden ser desgastados. Lo mismo ocurre en todas las demás ciudades del Reich bombardeadas con frecuencia: Colonia, Essen, Hamburgo, Mannheim, Frankfurt y en todas partes donde el enemigo se entrega a orgías de terror aéreo. Las conocemos

a todas y nuestra alta opinión de ellas una vez más está justificada. Si el enemigo cree que ha paralizado la vida, se equivoca. Todos logran seguir viviendo en condiciones de guerra. Deben renunciar a muchas cosas que todavía se dan por sentadas en zonas que no están sujetas al terror aéreo enemigo. Eso no les importa. Sencillamente, no se los puede derrotar. Se podrían llenar bibliotecas con historias de la angustia que traen las noches de bombardeo. Pero la vida continúa. Al cabo de unos días, vuelven a funcionar el agua, el gas y la electricidad. El transporte público vuelve a funcionar, tal vez con alguna sacudida aquí o allá, pero eso se soporta con paciencia, incluso con humor lúgubre. Todos tienen algo que comer y un lugar donde dormir. Las chimeneas vuelven a humear sobre las ruinas y los curiosos sacan la nariz para ver qué pasa. En una palabra, la gente se está llevando bien de nuevo. No piensen que estamos mejorando las cosas de lo que son o convirtiendo esto en una especie de poesía. Las cosas son demasiado serias para eso. Sin embargo, admiramos profundamente el ritmo indestructible de la vida y la voluntad inquebrantable de vivir de nuestra población de las grandes ciudades. No son tan desarraigados como decían los libros bienintencionados pero puramente teóricos. Basta con mirar a los trabajadores del Ruhr, de Renania, de Hamburgo, de Berlín y de todas partes. Son un ejemplo de patriotismo y orgullo nacional.

Su sentido del deber, su coraje, su alegre rudeza que les ayuda a superar incluso lo peor, el duro trabajo que realizan en las fábricas de armamentos incluso cuando sus casas aún están en llamas. La fuerza vital de nuestro pueblo está anclada tan sólidamente aquí como lo está en los agricultores alemanes. ¿Cuándo se ha oído un rastro de derrotismo o pánico en las grandes ciudades? ¿Qué ciudad ha sido abandonada por su población y dónde los líderes tuvieron más problemas para hacer que los trabajadores regresaran a sus puestos de trabajo que para trasladar a los que no trabajaban? ¿Quién puede objetar cuando la gente de esas áreas habla de la guerra aérea cuando se reúnen después de un ataque? Cada uno tuvo su propio encuentro con el destino y cada uno quiere hablar de ello. Tiene todo el derecho a hacerlo. Tenemos una compañera de trabajo que ya ha sido bombardeada cinco veces y todos tocan madera si está cerca cuando suena la alerta de ataque aéreo. Ella es la excepción; el destino suele ser aleatorio. El que hoy se ha salvado de la guerra considera que es su deber dar cobijo en su pequeño apartamento a los que han sido bombardeados, pues sabe que mañana puede contar con el mismo favor de sus vecinos.

La gente no necesita que nadie le obligue a comportarse así, no lo considera algo extraño. Tiene que ser así, de lo contrario no podríamos sobrevivir. Hay que hacerlo. Después de los últimos y duros ataques a la capital del Reich, el último sin techo había encontrado alojamiento en una semana. Tardó tanto, sobre todo, porque la mayoría no quería abandonar su barrio de la ciudad. Nunca olvidaremos una típica conversación con una anciana trabajadora berlinesa de Wedding [un barrio de Berlín]. Había sido bombardeada y no tenía adónde ir. ¿Podríamos encontrarle un modesto apartamento en Wilmersdorf [otro barrio de Berlín]? No, quería quedarse en Wedding. ¿Y dónde en Wedding? Sólo en la calle Müller, donde había vivido toda su vida, preferiblemente en el edificio de al lado, aunque tuviera que estar en el sótano o el ático. Es un tipo de amor por la tierra natal, aunque el entorno no sea tan romántico como las bellezas del bosque, las bendiciones del campo, los lagos tranquilos o las montañas coronadas de nieve. Pero era tan querido para su corazón como cualquiera de ellos. La ciudad respira vida tanto como el pueblo. Basta con recorrer las calles cuando suena la alarma de apagón. Las últimas luces se desvanecen. Los vigías toman sus posiciones. Los vigilantes de los tejados toman sus puestos en los grandes edificios gubernamentales y fábricas.

La ciudad entera está febrilmente tensa, y encuentra su alivio en las primeras salvas atronadoras de fuego antiaéreo. El aparato finamente afinado comienza a funcionar. La ciudad está lista. Muchos corazones tiemblan cuando caen las bombas. No lo negamos. Pero el ritmo de vida de cientos de miles arrastra a los débiles y vacilantes. ¡Una pausa! Los valientes ya están en los tejados con cubos de agua para apagar los incendios. De vuelta a los sótanos y refugios. Nuevos ataques, nueva defensa, luego todo está despejado. Como si la dirigiera la mano de un mago, toda la ciudad se pone en movimiento y se enfrenta a las fuerzas enemigas. Solo se rinde cuando la fuerza humana ya no puede resistir a los elementos. ¡Aquí se acabó todo, pongámonos a trabajar en otro lugar! Nuestra población civil está cantando una silenciosa canción heroica que perdurará en el futuro lejano. Si nuestra generación no hiciera más que esto durante la guerra, sería inmortal. Nuestras ciudades en ruinas serán reconstruidas y las últimas cicatrices desaparecerán. Sólo entonces la fama de sus ciudadanos brillará con toda su fuerza. Sólo

entonces nuestro pueblo comprenderá la altura del coraje y la valentía que surgen de nuestras batallas con el destino. No tenemos motivos para discutir estos asuntos con el enemigo. No tienen capacidad de comprender. Están utilizando el terror aéreo únicamente para aterrorizar. No pueden comprender que nunca alcanzarán su objetivo. No ven que están uniendo a nuestro pueblo, no separándolo. Se necesitarán medidas drásticas para persuadirlos de que a largo plazo la guerra aérea no es material ni moralmente productiva. La discusión apenas está comenzando, pero no pasará mucho tiempo antes de que nos veamos obligados a dar al enemigo pruebas mucho más convincentes. El pueblo británico, sobre todo, se verá obligado a demostrar si en el quinto año de guerra posee la misma firmeza que el pueblo alemán. Lo peor de esta fase de la guerra ya ha quedado atrás. Inglaterra lo está afrontando. No nos hemos derrumbado. Los británicos aún deben soportar la prueba. Pase lo que pase, conocemos los horrores de la guerra moderna y también sabemos que se pueden superar. La vida continúa entre las ruinas y los escombros de nuestras ciudades bombardeadas.

No es tan rica y plena como antes, pero nos mantenemos firmes sobre nuestros pies y no tenemos el menor deseo de caer de rodillas. Mientras enterramos a nuestros muertos en la Madre Tierra, nuestros ojos ardientes se elevan para ver la visión del Reich venidero por el que soportamos estos pesados sacrificios. Debemos estar seguros de que no son en vano. Hemos visto a madres e hijos, a veces incluso a padres, llorar junto a una tumba con demasiada frecuencia como para olvidarlo. Los hombres, mujeres y niños que dieron sus vidas en la guerra aérea están en medio del ejército de los que han caído en todos los frentes. Murieron por la eternidad del Reich. Así como los camaradas luchan para cumplir con su legado, también es nuestro deber trabajar para hacer realidad el reclamo histórico de los que cayeron en casa. Un pueblo que hace tantos sacrificios para defender su vida y su honor nunca puede ser derrotado. Superará victoriosamente todos los obstáculos de la guerra y al final ganará el lugar que se merece, un lugar que ningún poder en la tierra podrá impedirle a largo plazo. Cuanto más esperemos la hora de la liberación, mayor será la victoria. La victoria es siempre el resultado de la voluntad de un pueblo de sacrificarse, de su afirmación de la vida y su fe en su futuro, de su falta de voluntad de distraerse, de la firmeza y lealtad con que se defiende. El dolor y la angustia que el enemigo provoca al individuo pueden parecer a veces casi insoportables. Aun así, sobreviviremos, porque no tenemos otra opción.

En vista de la alternativa, no puede haber debilidad ni rendición. La nación ha dejado clara su posición, y no puede ser sacudida ni siquiera por el terror de una guerra bárbara. Las ruinas de nuestras ciudades son un recordatorio para todos nosotros, incluso para aquellos que hasta ahora se han librado del terror aéreo del enemigo. El hecho de que la vida continúe incluso en medio de las ruinas de nuestros barrios urbanos destruidos demuestra la fuerza vital de nuestro pueblo, que está dispuesto a soportar lo peor para preservar su libertad. La libertad es nuestro tesoro más preciado. La serviremos con firmeza a través de las tormentas de la guerra, siguiéndola como la buena estrella que brilla a través de la noche oscura para mostrar el camino hacia el amanecer venidero.

Joseph Goebbels - unas palabras sobre el terrorismo aéreo enemigo.

27 de mayo de 1944

Ya nadie discute que el terrorismo aéreo enemigo tiene como único objetivo quebrantar la moral de la población civil alemana. El enemigo está librando la guerra contra los indefensos, sobre todo mujeres y niños, para obligar a los hombres de nuestro país a ceder. Esto lo prueban tanto los propios hechos como una gran cantidad de declaraciones periodísticas del lado enemigo. En cuanto a los hechos, basta con observar las zonas bombardeadas con frecuencia en el Reich o en los territorios ocupados para comprobar sin lugar a dudas que nuestra producción militar se ve afectada por quizás un uno por ciento del terrorismo aéreo enemigo. El otro 99 por ciento recae en el sector civil. Recientemente, los principales representantes de las iglesias francesa y belga, de los que difícilmente se puede sospechar que obedezcan las órdenes alemanas, se han dirigido a la opinión pública internacional para protestar enérgicamente contra los métodos bárbaros del terror aéreo enemigo. Está matando a ancianos, mujeres y niños, destruyendo monumentos culturales venerables y barrios civiles densamente poblados sin ningún propósito militar. No hace falta decir más.

Nuestros enemigos no ocultan sus intenciones. No hace falta buscar mucho tiempo en la prensa británica o estadounidense para encontrar pruebas contundentes. Ya en 1930, el experto inglés en aviación I. M. Spaight escribió en su libro Air Power and the Cities: “Destruir grandes ciudades y destruir la voluntad de hacer la guerra”. Nada ha cambiado desde entonces en la dirección de la guerra aérea británica. “Es imposible trazar una línea entre la población civil y la población combatiente”. Con esta cobarde excusa, el Daily Mail intenta justificar la cruda y sucia política militar del enemigo. Un alto oficial de la marina británica lo expresa mucho más claramente en la revista militar inglesa The Army Quarterly: “¿Existe algo así como un no combatiente? Un niño pequeño no es un miembro productivo de la sociedad, ni en la guerra ni en la paz. Nadie tiene realmente derecho a reclamar inmunidad para sí mismo cuando puede intentar, en nombre de la humanidad, hacer de Alemania un lugar más desolado que el Sahara”. El conocido periódico londinense News Chronicle no falta en el coro de odio. Añade: “Estamos a favor de exterminar a toda criatura viviente en Alemania: hombres, mujeres, niños, pájaros e insectos. No permitiremos que crezca ni una brizna de hierba”.

Esto da al famoso escritor británico H. G. Wells la oportunidad de exigir: “Traten a los alemanes como a una tribu nociva de nativos”. Los periodistas estadounidenses no son menos vehementes. Uno de sus principales miembros, Raymond Clapper, escribe con visible placer: “El terror y la brutalidad son los mejores aspectos de la guerra aérea”. Se podría decir aquí que no todos los líderes ingleses y estadounidenses piensan de esta manera. ¡Se equivocan! Incluso la Alta Iglesia anglicana escribe en su órgano oficial, la Iglesia de Inglaterra, el 28 de mayo de 1943: “Es una visión perversa del cristianismo argumentar que no se puede matar a civiles”. Incluso el arzobispo de York, Dr. Cyrill Garbett, bendijo los métodos bárbaros del terror aéreo angloamericano en su carta de obispo de junio de 1943: “Es sólo un pequeño mal bombardear a civiles alemanes”. Hasta ahora nos hemos abstenido de llevar al pueblo alemán las más depravadas de estas declaraciones, de las que presentamos aquí sólo una pequeña muestra. Son un claro llamamiento al asesinato de mujeres y niños. Temíamos que el pueblo alemán respondiera a tal cinismo tomando el asunto en sus propias manos y pagando con igual por igual con pilotos que se lanzan en paracaídas desde aviones destruidos. Sin embargo, las circunstancias hacen imposible continuar con esa reserva en el futuro. En las últimas semanas, los aviadores terroristas angloamericanos no sólo han continuado bombardeando aleatoriamente nuestras ciudades y población civil, sino que también han renunciado incluso al respeto exterior

por el derecho internacional al utilizar armas de aviación para asesinar a sangre fría. Ya no puede haber excusas, porque los aviones enemigos vuelan a baja altura sobre pueblos, campos y carreteras para disparar contra personas inocentes que se dedican a sus asuntos. Eso ya no tiene nada que ver con la guerra, es simplemente asesinato. No hay nada en el derecho internacional al que el enemigo pueda recurrir. Al utilizar estos métodos criminales, los pilotos angloamericanos se colocan al margen de todas las leyes de guerra reconocidas internacionalmente. El domingo pasado, por ejemplo, para citar sólo uno de los miles de casos, unos niños que estaban jugando en Sajonia fueron atacados a tiros, lo que produjo numerosas víctimas. Nadie se sorprenderá de que los afectados, conocidos en todo el mundo por comprender todos los aspectos de la guerra, estén llenos de rabia ante crímenes tan cínicos. Sólo con la ayuda de la fuerza armada fue posible rescatar a los pilotos enemigos, que de otro modo habrían sido golpeados hasta la muerte por la población local.

¿Quién tiene razón en esto: los que esperan que estos asesinos cobardes reciban un trato humano de sus víctimas, o los que esperan que las víctimas se defiendan según el principio de ojo por ojo, diente por diente? La pregunta no es difícil de responder. En cualquier caso, sería pedir demasiado de nosotros utilizar soldados alemanes para proteger a los asesinos de niños de la ira de los padres que recurren a la autodefensa después de haber perdido su posesión más valiosa debido al cinismo brutal del enemigo. Si los ingleses y los estadounidenses, como ellos mismos dicen, nos ven como tribus nocivas, no tenemos por qué estar contentos por eso. El pueblo alemán es conocido en todo el mundo por aceptar lo que exige la guerra. Sin embargo, demasiado es demasiado y en este caso las cosas han ido mucho más allá de lo que se puede soportar. No nos parece posible ni aceptable poner a la policía y a los soldados alemanes contra el pueblo alemán cuando los asesinos de niños reciben lo que se merecen. Los crímenes militares angloamericanos deben terminar en algún momento. Los pilotos no pueden defenderse diciendo que están cumpliendo órdenes. Ningún artículo de guerra permite a un soldado eludir el castigo por un crimen terrible culpando a sus superiores, ya que esto estaría en flagrante contradicción con cualquier moral humana y cualquier principio del derecho militar internacional. Nuestro siglo ha borrado en gran medida las fronteras entre la guerra y la criminalidad por parte del enemigo, pero sería exigir demasiado de nosotros esperar que seamos víctimas silenciosas de una barbarie tan desmedida.

Sacamos esta conclusión con seriedad. Nuestro pueblo es mucho más radical en este aspecto que su gobierno. Siempre hemos deseado que la guerra se lleve a cabo según principios caballerescos. El enemigo no parece querer eso. El mundo entero es testigo de ello. Si se sigue con esta conducta atroz, también será una prueba de que encontraremos los medios para defendernos de estos crímenes. Se lo debemos a nuestro pueblo, que defiende su vida con dignidad y valentía y que no merece en modo alguno convertirse en presa de los cazadores de personas enemigos.

Joseph Goebbels - los antecedentes de la invasión.

18 de junio de 1944

La invasión de las costas europeas por las potencias occidentales es el acontecimiento militar central del verano. Merece nuestra primera atención al considerar la situación general de la guerra. Sería un error intentar en este momento una evaluación de los objetivos del enemigo y las perspectivas políticas y militares que se derivan de ellos. Es demasiado pronto para eso. Las cosas siguen en movimiento. Ninguna de las partes tiene una ventaja clara, ni es de esperar que así sea en la situación actual. Estaba claro desde el principio que las potencias occidentales lanzarían un ataque más fuerte contra el Muro Atlántico que el que realizaron en Dieppe. Esta vez, tanto los atacantes como los defensores saben que es todo o nada. Londres y Washington no dejaron ninguna puerta trasera abierta esta vez. Hubo que recurrir a la violencia, pero el enemigo pudo decir de Dieppe no había sido más que un intento de incursión a lo largo de la costa del Canal. Eso no es posible esta vez. Nosotros y nuestros oponentes estamos comprometidos. El choque de armas en la costa atlántica francesa es también un choque de espíritus y de perspectivas. El hecho de que los ingleses y los americanos hayan tardado tanto en emprender la aventura es una señal de que ellos saben tan bien como nosotros lo que significa.

Y no sólo ellos y nosotros: lo saben todos los europeos y el mundo entero. Se ha demostrado suficientemente que Churchill y Roosevelt emprendieron la invasión sólo después de una presión incesante del Kremlin, una presión que rayaba en la extorsión. Stalin, como hemos dicho muchas veces, tiene el brazo muy largo. Los montones de cadáveres humanos que el enemigo ha amontonado en la costa del Canal sólo sirven al bolchevismo. Lo máximo a lo que los ingleses y los americanos pueden aspirar es a debilitar al ejército alemán hasta el punto de que no sea capaz de mantener su lucha contra la Unión Soviética. Pero si lo logran, habrán sangrado tanto que no serán capaces de defender a Europa contra la llegada del bolchevismo. Este es el contexto político en el que se desarrolla el drama militar de la invasión. Las cosas son exactamente lo contrario de lo que la plutocracia británico-estadounidense quería que fueran. Habían esperado ver al ejército alemán y al ejército rojo desangrarse mientras ellos observaban. El ataque angloamericano en Occidente ha transformado la situación. Nadie niega el hecho de que las bajas inglesas y estadounidenses en las batallas en la costa francesa han sido intolerablemente altas. Incluso el primer día de la invasión, fueron tan terriblemente altas que los corresponsales de guerra de Londres y Nueva York que estaban allí enviaron gritos de horror.

La prensa inglesa trató de restar importancia u ocultar los hechos, aparentemente a instancias del gobierno. El público estadounidense, sin embargo, protestó por la cobertura edulcorada que contrastaba claramente con la verdadera situación. El mundo está de acuerdo en que Inglaterra y los EE. UU. están sufriendo bajas que no pueden tolerar durante mucho tiempo sin poner en peligro su posición en el mundo. Stalin tiene todas las razones para observar lo que está sucediendo con satisfacción. Desde hace tiempo no es ningún secreto que la política insensata y miope de su primer ministro ha hecho que Inglaterra dependa del favor del bolchevismo. Antes tenía al menos algunas reservas militares que podían utilizarse para defender sus intereses vitales, pero éstas están siendo devoradas lenta pero seguramente por la batalla infernal a lo largo del Atlántico. No quedará mucho. Hay que preguntarse si Inglaterra puede sobrevivir a esta empresa, incluso si técnicamente resulta victoriosa, algo que no es del todo seguro. ¿Lo que pueda ganar guarda alguna relación razonable con los costos? La respuesta es un rotundo no. Es imposible dar al público una imagen clara y precisa de la situación militar en Occidente en la actualidad. El equilibrio político de poder, por otra parte, es claro. Incluso al comienzo de la invasión, el London Times preguntó si había alguna manera de justificar los sacrificios que

estaban haciendo Inglaterra y los EE.UU., especialmente en vista de sus grandes objetivos bélicos. La pregunta sigue sin respuesta. El pueblo británico parece estar discutiendo sobre ella con más intensidad que la prensa británica. El gran entusiasmo público que Inglaterra y los Estados Unidos esperaban que suscitara la invasión no se ha producido. Las campanas no sonaron durante una hora, ni hubo desfiles de confeti en Nueva York. Los ingleses ven largos trenes hospitalarios que llegan al interior. Hablan con más elocuencia que los titulares vacíos de los periódicos que los judíos responsables de este baño de sangre utilizan para excusarse. Mientras se acumulan montañas de soldados británicos y estadounidenses muertos a lo largo de la costa oeste de Europa, la prensa inglesa informa de que los beneficios se acumulan en la Bolsa de Londres. Los especuladores que gesticulan salvajemente saltan de emoción. Tienen toda la razón, ya que ha llegado la hora de los grandes negocios con las grandes batallas a lo largo del Muro Atlántico. Los precios de las acciones subieron y se obtuvieron beneficios de mil millones de marcos en un solo día. La pregunta del millón: dado que nada surge de la nada, ¿quién ganó esos mil millones y quién los perdió?

Suponemos que el pobre soldado inglés que lucha por su vida en el terrible baño de sangre en Occidente no hizo de repente su fortuna en la Bolsa. Regresará de la guerra tan pobre, si no mucho más pobre que al entrar en ella. Los únicos más ricos serán los hombres que están detrás de escena en los periódicos del odio judíos, aquellos que dirigen el programa de odio y aniquilación dirigido contra el pueblo alemán, los especuladores y mecenas, los evasores del servicio militar y los especuladores que hacen buenos negocios con el patriotismo y construyen sus torres capitalistas sobre montones de cadáveres de soldados. Su mecenas y especulador supremo es Winston Churchill. Él es el culpable. Él encarna la reacción plutocrática. Él tiene la plena responsabilidad por la enorme desgracia que esta guerra ha traído al mundo, y ahora se dirige hacia su propio pueblo a pasos agigantados. Las víctimas de la plutocracia mundial están marchando. Vienen del lejano Canadá, una nación que fácilmente podría sustentar a treinta o incluso cincuenta millones de personas adicionales si sus líderes sirvieran a su nación en lugar de a la plutocracia mundial. Son hijos del vasto continente americano, casi rebosante de riquezas, pero en el que normalmente un tercio de la población pasa hambre porque la plutocracia así lo quiere y porque pone los negocios por encima del bien de las masas trabajadoras.

Vienen de Inglaterra, cuya corrupta clase dirigente gobierna un imperio mundial en el que millones de personas mueren de hambre a pesar de tener recursos de sobra, porque los señores y los judíos del dinero hablan de civilización en los periódicos y las iglesias, pero por lo demás sólo sirven al Dios del dinero. No pueden permitir que una nación de un continente que está despertando construya una sociedad basada en principios nuevos, más nobles y morales. Así, los hijos de los granjeros de los Estados Unidos y Canadá y los hijos de los mineros de Gales mueren frente a las ametralladoras alemanas mientras los judíos de la Bolsa de Londres echan espuma por la boca para conseguir esas acciones en alza. Mientras tanto, como dijo recientemente el señor Roosevelt a la nación, se retiró a su dormitorio a escribir una oración para leerla por la radio. ¿Qué dice uno? Uno tiene que preguntarse si pertenece siquiera a un mundo en el que suceden cosas tan grotescas y horribles. Rezan hipócritas y satisfechas oraciones de victoria a un Dios de los negocios que han creado a su imagen y semejanza, y esperan que les ayude a esclavizar a una parte del mundo que intenta vivir modestamente con sus propios recursos. Esto no lo pueden tolerar por codicia y envidia.

La sangre debe correr a raudales, las madres y los niños ingleses, americanos y también alemanes deben llorar, la tierra debe abrirse para recibir a las víctimas inocentes de esta terrible tragedia. ¿Dónde está la salida de la confusión de sentimientos y hechos, y dónde está la solución a este enigma dentro de un enigma? Somos los únicos que tenemos la respuesta. Lo vimos venir. Sabemos que no puede ser de otra manera, que debemos abrirnos paso a través de este infierno hasta que la luz del día sea visible de repente al final. Sería un error fatal para el pueblo alemán creer que esta gigantesca batalla en el oeste de nuestro continente era una empresa fácil y segura que podría cambiar el equilibrio de la guerra mediante un milagro rápido. Estamos frente a dos potencias mundiales. Ninguno de los dos ha dejado de hacer los preparativos que esperan que nos superen y les traigan éxito. Nuestros soldados también están haciendo grandes sacrificios. Están mostrando una valentía y un heroísmo en estos días y semanas que tal vez no superen todo lo que ha sucedido antes en esta guerra, pero ciertamente lo igualan. Estamos en el punto más grave y serio de la guerra. Ignorar la amenaza a la vida de nuestra nación sería más que cínico. No debemos tener miedo, pero tampoco debemos

confiarnos demasiado. La guerra aún no ha terminado, ni hay ninguna señal de que terminará hoy o mañana. Debemos apretar los dientes y trabajar a través de sus espinas y matorrales. Esa es la única manera de ponerle fin. Los escenarios críticos de esta guerra no se encuentran en una sola dirección. Se moverán de aquí para allá, sin cambiar la naturaleza fundamental de la guerra. Estamos luchando por nuestras vidas tanto en el este como en el oeste. Nuestros soldados sobre todo deben saberlo. No vacilarán ni perderán el valor ni por un momento en medio de esta guerra técnica moderna. Tienen un deber hacia la patria que ha soportado el terrible sufrimiento de la guerra aérea mes tras mes. La patria nunca pensó en hacer nada que debilitara a nuestros soldados. La guerra se extiende desde el frente a la patria y viceversa, y nadie que viva en paz hoy puede estar seguro de que mañana no se enfrentará a una lluvia de bombas y obuses. Todos luchan por la causa común. Los soldados deben saber que la nación los observa mientras cumplen con su deber. Nunca es fácil arriesgar la propia vida, pero una nación que carece de suficientes hombres, y si es necesario mujeres y niños, que estén dispuestos a hacerlo está cerca del final de su historia. ¿Quién puede creer eso del pueblo alemán?

Nuestros soldados en Occidente luchan tan bien como lo hicieron sus padres en 1917 y 1918. No se acobardarán ni se rendirán. A diferencia de entonces, saben que hoy tienen una patria digna de su valentía. La patria levanta su mano sufriente como una bendición para sus hijos que la defienden con sus cuerpos. El camino hacia el Reich pasa por encima de sus cadáveres. La nación mira con calma los acontecimientos venideros. Sabe que su destino y su vida están en buenas manos.

Joseph Goebbels - la cuestión de la venganza.

23 de julio de 1944

El 16 de junio, cuando nuestros V-1 cruzaron por primera vez el Canal de la Mancha, la población inglesa se vio paralizada por el miedo. El ministro del Interior británico, Morrison, se vio obligado a hablar en la Cámara de los Comunes a la mañana siguiente sobre el uso de nuestra nueva arma de venganza. Lo hizo de una manera muy torturada, admitiendo abiertamente la gravedad de la situación para la capital británica, pero también tratando de reducir o incluso negar los graves efectos de nuestra arma de venganza. Al parecer, creía que podía engañarnos sobre la magnitud de los daños causados, lo que no era posible, ya que nuestros meses de pruebas nos dieron la oportunidad de comprender la nueva arma V-1 en cada detalle, en particular su precisión y potencia explosiva. Pero había otra razón crucial detrás del intento del ministro del Interior británico de hacer ridícula nuestra primera arma de venganza. No quería dar a los países extranjeros la oportunidad de conocer los efectos de la V-1, sobre todo porque los círculos gubernamentales ingleses esperaban desarrollar suficientes medidas defensivas. Estas esperanzas han resultado vanas.

Casi todos los días, la prensa londinense escribía sobre una nueva y eficaz medida defensiva, pero hasta ahora ninguna de ellas ha sido capaz de impedir que nuestros V-1 vuelen tranquilos y en gran número hacia Londres. Ahora el gobierno inglés ha abandonado sus intentos de engañar a su propio público y al mundo sobre la magnitud de los daños. De hecho, cada vez más están haciendo lo contrario, dramatizando las cosas de una manera emocional para despertar la compasión del mundo y hacerse las víctimas torturadas. Los ingleses están haciendo tantos esfuerzos por parecer buenos que uno tiene que suponer que no se dan cuenta de lo ridículo que parece. Basta recordar todos los elogios que se hicieron hace unos meses a los brutales y cínicos ataques de las fuerzas aéreas angloamericanas contra la población civil alemana. Cuando hablamos entonces de la naturaleza bárbara de semejante método de guerra, Londres respondió con una risa burlona. Creían que ya no era necesario llevar una máscara humanitaria. Uno tenía el poder, estaba descendiendo de la cima de la montaña y el Reich ya no era un sujeto, sino un mero objeto de la guerra. Se podía hacer con él lo que se quisiera. Más aún, de hecho: había que tratar a Alemania de una manera que antes sólo se utilizaba con las indefensas tribus negras.

Ya no se prestaba atención a la opinión pública mundial ni a la conciencia del mundo, a la que se había invocado tantas veces antes. Así era si miramos hacia el comienzo del año. Los enemigos occidentales ya ni siquiera se molestaban en mantener las apariencias. Llamaban abierta y cínicamente a sus bombas "superproducciones" y daban a sus "fortalezas volantes" nombres como "Asesinato, S.A." Los ingleses, en particular, han mostrado su verdadera naturaleza de la manera más clara, sin ocultar nada. Cuando dijimos modestamente que todavía podíamos decir algo al respecto, que estábamos preparando nuevas armas de venganza que un día caerían sobre Inglaterra, los londinenses se echaron a reír y nos hicieron preguntas ingeniosas sobre si esas nuevas armas las habían inventado propagandistas y no científicos e ingenieros. En aquel momento no creímos necesario convencer a los ingleses de la veracidad de nuestras declaraciones. Sabíamos que antes de lo que el público inglés desearía, los hechos hablarían más fuerte que las palabras. Y, sin duda, Inglaterra ha perdido las ganas de reír. Incluso su primer ministro, que suele ser tan aficionado a los chistes cínicos, no encontró nada divertido que decir sobre el V-1 en su último discurso ante la Cámara de los Comunes. Y uno tiene la impresión de que la prensa londinense no puede y no quiere trivializar las cosas tanto como aparentemente deseaba el ministro del Interior británico. Durante los primeros días, los periódicos ingleses llamaron a nuestro V-1 el «doodlebug» (escarabajo de los garabatos); ahora los llaman «bombas

robot». Esto demuestra por sí solo el cambio de opinión de ayer a hoy. Nadie puede decir que los ingleses hayan renunciado a sus llamamientos a la humanidad y a la conciencia del mundo a este respecto. Hicieron demasiado hincapié en ello durante sus importantes y exitosos ataques terroristas contra la población civil alemana. En aquel entonces advertimos de lo que está sucediendo hoy y dijimos que tomábamos nota cuidadosa de las voces más cínicas de la opinión pública británica sobre la guerra de bombardeos, ya que algún día podríamos hacer un buen uso de ellas. Ahora ese momento ha llegado. No es convincente para Londres insistir en que el V-1 alemán carece de la precisión y el valor militar que presumiblemente tuvieron los ataques nocturnos británicos contra el territorio nacional alemán el invierno pasado. Basta con observar las ciudades alemanas bombardeadas para demostrar fácilmente lo contrario. Si bien las bombas de la Real Fuerza Aérea tenían cierta precisión, los pilotos británicos no hicieron uso de ella cuando atacaron a la población civil alemana.

Eligieron sobre todo los centros culturales y las zonas residenciales densamente pobladas de nuestras ciudades para bombardearlas, destruyéndolas en gran parte, mientras la opinión pública británica, incluido su primer ministro y su arzobispo, aplaudía. Los periódicos ingleses que escriben que Inglaterra será recompensada por lo que hizo tienen razón. No hace falta ser un gran profeta para decirlo, ya que, en contra de nuestra modestia habitual, lo predijimos claramente decenas de veces. La última objeción inglesa al V-1 es que es vil e injusto, ya que no está dirigido por nadie de nuestro lado, sino que mata y hiere a gente del lado enemigo. Eso no es convincente. Casi lo mismo podría decirse de los bombardeos nocturnos británicos. El invierno pasado, el tiempo era tan malo que nuestros cazas nocturnos no pudieron despegar. Sin embargo, esas eran precisamente las noches que los británicos preferían para sus ataques contra la patria alemana. Cuando nos opusimos, Londres nos dijo fría y llanamente que el propósito de la guerra era emplear y perder la menor cantidad posible de hombres propios, y causar al enemigo el mayor daño posible. ¿No es nuestro V-1 la perfecta realización de este deseo británico?

¿Alguien duda de que si los ingleses tuvieran esta arma, la utilizarían plenamente y serían capaces de encontrar razones para afirmar que es justa y moral? En Londres, los periódicos claman por la venganza. Lo hacen sólo para que el mundo olvide que nuestros ataques con el V-1 ya son una venganza. Si los ingleses pudieran vengarse, no dudarían. Ellos y su aliado estadounidense tienen suficientes aviones a su disposición. Sin embargo, son necesarios para la cabeza de playa de la invasión. Si nos los quitaran de allí, sería una ventaja para nosotros que no debe subestimarse, lo que demuestra por sí mismo que, a pesar de las afirmaciones británicas, nuestro V-1 tiene claros objetivos y propósitos militares. Los ingleses no quieren admitirlo porque están apelando a la compasión del mundo. No queremos dar la bienvenida cínicamente al uso de nuestra primera arma de venganza, ni esperar con alegría los próximos. Nos habríamos sentido felices si se hubiera podido llevar a cabo la guerra, también la guerra aérea, de una manera humana y caballeresca. Pero fueron los ingleses quienes no lo quisieron. Nunca aceptaron propuestas que hubieran sido buenas para los ejércitos y los pueblos combatientes. Como es bien sabido, esta actitud del gabinete británico fue la responsable de la guerra en 1939. Pero Londres no escucha razones.

Uno se engaña a sí mismo y llega a conclusiones equivocadas. ¡Cuántas veces en los últimos meses el gobierno inglés ha utilizado su prensa cautiva para afirmar que no existían armas secretas alemanas o que, si las había, Londres sabía todo sobre ellas y estaba preparado para ellas! Si no existieran, ¿cómo podrían estar en uso? Y si Londres supiera todo acerca de ellos, ¿cómo es posible que nuestros V-1 estén volando sin ser molestados hacia Londres, que mujeres y niños estén siendo evacuados de la capital británica, que la mayor parte de la población de Londres duerma en estaciones de metro abarrotadas y que, como informan los periódicos ingleses, el pueblo británico sólo pueda hablar de armas de venganza alemanas, pero que el gobierno inglés no haya tomado ninguna medida defensiva? Aunque tenemos más motivos para estar satisfechos, no nos complace la desolación que nuestra venganza está causando en Londres. Vemos que es sólo como una medida defensiva la que está teniendo efecto. Incluso nos estremece pensar en lo que la capital británica tiene que esperar de nuestras futuras y más mortíferas armas de venganza. Nuestra venganza no ha terminado, sino que está comenzando. Expertos militares de todo el mundo opinan que nuestras armas de venganza son una revolución en la tecnología militar. ¿Qué dirán cuando se utilicen nuestras armas más nuevas e impresionantes? ¿Realmente Londres pensó que simplemente permitiríamos que el terror aéreo

angloamericano continuara sin objeciones? ¿Que no tomaríamos las medidas adecuadas? Puede ser que los científicos del enemigo estén por delante de los científicos alemanes en un área u otra de la tecnología militar, incluso si su trabajo se basa en investigaciones alemanas de las que lamentablemente vimos demasiado tarde la importancia militar. Sin embargo, uno subestimaría la minuciosidad alemana y el fanatismo científico alemán si supusiera que nuestros institutos y laboratorios se han rendido. Han hecho más de lo que al enemigo le gustaría. Sus últimos inventos están casi todos terminados. Algunos están en las etapas finales de prueba, pero la mayoría ya están en producción. No estamos entre los que ven la tecnología como el único factor decisivo en la guerra moderna, pero es importante. En el pasado, el enemigo estaba por delante de nosotros en tecnología, nosotros estábamos por delante en moral. La moral y la tecnología juntas conducen a la victoria. Podemos superarlo y lo superaremos en tecnología, pero él no puede ni podrá superarnos en moral. Esa es la ventaja decisiva sobre la que debemos construir. Aquí veremos quién tiene al final más resistencia.

Para nuestro enemigo, la guerra moderna tiene poco que ver con la humanidad. Han sido duros e intransigentes con nosotros; debemos enfrentarlos de la misma manera dura e intransigente. Ellos usarán todos los métodos de guerra que tengan contra nosotros, si tienen alguna perspectiva de éxito. Tenemos que hacer lo mismo para salvar el cuello. Nosotros estamos por delante en un área, ellos en otra. Depende de quién luche con el mayor fanatismo, quién tenga las mejores ideas, quién tenga la mejor moral en el campo de batalla. Ése ganará. No es importante dónde se libra la última batalla, sino que uno tenga suficientes regimientos y divisiones, y que luchen tan bien el último día de la guerra como lo hicieron el primero. La suerte de la guerra siempre cambiará. Quien quiera lograr grandes cosas también debe aceptar grandes riesgos y peligros. Eso es lo que prueba el carácter duro y varonil de un pueblo en guerra: la determinación de defender su vida y su libertad hasta el último aliento, sin mostrar jamás el más mínimo signo de debilidad. Los pueblos más fuertes ganarán esta guerra, y sólo ellos tendrán el derecho moral e histórico de formar un mundo nuevo, porque lo han ganado con su sangre y con la vida de sus mejores hijos. Las armas que utilizan son signos de su genio inventivo y de su voluntad inquebrantable de existencia nacional y libertad.

Esas armas no determinan el éxito por sí mismas. Lo más importante es la moral de un pueblo, su firme determinación de luchar y vencer, su fe absoluta en la justicia de su causa. Nosotros tenemos todo eso. El enemigo sólo tiene más números y mejor tecnología por un tiempo en algunos campos. Debemos alcanzarlo en esos campos y superarlo. No hablamos ni por un sentimiento de superioridad ni de debilidad. Tenemos absoluta confianza en nuestra causa, aunque hemos pasado por duras pruebas. Si Francia hubiera caído sin luchar en el verano de 1940, habríamos tenido que dudar de la duración de nuestra victoria. Hubiera sido demasiado fácil para nosotros y difícilmente habríamos podido sobrevivir a las duras pruebas posteriores. El destino sólo se puede dominar mediante una dura lucha. Cuando la guerra haya terminado, todos sabremos el precio que hemos pagado. Nadie estará dispuesto a poner en peligro lo que hemos ganado por descuido o falta de vigilancia. La victoria venidera será de todos nosotros, porque todos habremos luchado, trabajado y sufrido por ella. Por eso haremos que sus resultados sean también un asunto del pueblo, tanto sus beneficios como sus costos. Hoy todos deben mantenerse firmes, fanáticamente y sin transigir. La nación está llamada a eso. No le faltan ni medios ni posibilidades; sólo necesita utilizarlos. Si lo hace, podrá mirar con confianza soberana a las tormentas que se avecinan. Se asemejan a las tormentas de la naturaleza que estallan sobre las ciudades y el campo con fuerza elemental, pero de repente, como por mano divina, la oscuridad de los cielos se abre y el sol comienza a brillar de nuevo.

6 de agosto de 1944

El único aspecto positivo del 20 de julio fue que nos hizo prestar atención a todos. De repente, la nación se encontró ante un abismo y miró atentamente su terrible profundidad. Todos comprendieron lo que habría significado el intento de asesinato fallido contra el Führer y sus principales asesores militares. Toda la nación comprendió que su propia existencia podría haber terminado si los planes de la camarilla traidora del Putsch hubieran tenido éxito. Es fácil juzgar esta o aquella medida cuando un gobierno fuerte está en el poder. Eso no significa necesariamente que uno no apoye al gobierno. Una nación se da cuenta de lo que significa un gobierno así solo cuando por un momento se enfrenta a la posibilidad de perderlo. Solo entonces la nación ve el valor real de una autoridad que todos dan por sentada y a la que todos, sin excepción, dan el derecho de gobernar y decidir. ¿Qué harían estos quisquillosos si esa autoridad desapareciera de repente? En un momento como éste, una mano fuerte al mando es el requisito previo más importante para que las cosas sigan funcionando y, en última instancia, para obtener la victoria. Pocos éxitos son el resultado de la suerte o el accidente; Casi todas las victorias se deben ganar en una dura batalla contra el destino. Las cargas históricas que conllevan tales éxitos sólo pueden ser superadas por una personalidad de escala histórica.

Si esa personalidad falta, la lucha es inútil desde el principio. El pueblo alemán tomó decisiones importantes el 20 de julio y los días siguientes y la dirección no pudo vacilar ni dudó en llevarlas a cabo. Ninguna de esas decisiones nos debilitó; todas ellas estaban destinadas a aumentar y concentrar nuestro esfuerzo bélico. No hay prueba más elocuente del nivel de la moral de guerra alemana. Una nación que después de cinco años de una guerra así no piensa más que en trabajar más duro y luchar con más valentía que nunca y que responde a un ataque de esa magnitud contra la vida de su Führer, y por ende de su propia vida, con semejante ola de confianza y fe, está segura de la victoria. Sólo hace falta trabajar con determinación y lealtad, sin desanimarse ante los peligros y dificultades que se le presenten. Al final de la guerra se determinará el resultado. La victoria no se puede obtener con engaños ni estafas; las naciones deben ganarla honestamente, y cada acción o falta de acción es un paso hacia ella o hacia atrás. Si el 20 de julio tiene algún significado más importante, es éste: nos devolvió a cada uno de nosotros a la esencia de nuestra lucha por la existencia y nos recordó que hemos superado muchos obstáculos en el pasado, pero que hay cosas aún peores que no se pudieron superar. La guerra total que se debe realizar paso a paso tiene un lado moral y otro material.

Es cierto que los deberes y obligaciones de cada alemán hacia el esfuerzo bélico están establecidos más extensamente que antes en leyes, reglamentos y reglas. Sin embargo, sigue habiendo espacio para la iniciativa individual. Es más que una cuestión de poner en juego las reservas aún no totalmente utilizadas de la fuerza de combate y de trabajo alemana. La guerra es más que una cuestión militar, política y económica. También es una cuestión de moral y de visión del mundo, y debemos abordarlas junto con las cuestiones materiales. Cada uno de nosotros debe empezar por sí mismo, si quiere cambiar el curso de la guerra de la manera que cada uno de nosotros anhela. Muchos de nosotros nos hemos considerado demasiado a nosotros mismos, y como resultado no nos hemos vuelto más fuertes y firmes. Un individuo le pasó las cargas más duras de la guerra a otro, quien a su vez decidió que tampoco estaba a la altura de ellas, y que la guerra podría y debería ganarse sin él. Este punto de vista es tan despreciable como ominoso. No nos encontramos en un lecho de rosas, y debemos utilizar todas nuestras fuerzas si queremos que nuestras posibilidades de victoria no disminuyan. Ahora más que nunca, somos una comunidad combatiente a bordo del mismo barco que navega por mares tempestuosos. O nos

llevará a todos sanos y salvos al puerto seguro de una paz feliz, o nos hundiremos todos junto con él. Si vamos a tomar en serio la guerra total, como algo más que una frase vacía, cada uno debe sacar las conclusiones adecuadas tanto para su trabajo como para su estilo de vida personal. Hasta ahora nos jactamos de todo lo que nos quedó de la paz en este quinto año de guerra. Ahora debemos aprender a jactarnos de lo que hemos tirado por la borda. Un estilo de vida sencillo y espartano no tiene por qué ser insalubre. Cuanto más adaptemos nuestra vida a las realidades de la guerra, más beneficiaremos a nuestra causa, que todos queremos ver triunfar. No es un gran honor para nosotros que apenas se note la guerra en la vida pública, salvo en las zonas que sufren ataques aéreos. En el futuro, la guerra debe ser evidente en todas partes. Todo visitante extranjero debe encontrarse con la guerra en todas partes y ver que está en una nación que está luchando por su vida y su futuro y que está decidida a hacer todos los sacrificios necesarios.

Sólo los tontos piensan que esto disminuirá nuestro prestigio nacional. Más bien, nuestros amigos nos admirarán y nuestros enemigos nos temerán. Cuanto más nos dobleguemos a las exigencias de la guerra, más pronto se doblegará a nuestra voluntad. Un viejo proverbio dice que una nación debe pensar sólo en la guerra cuando hay paz. ¡Cuánto más cierto es esto durante la guerra! Nada tiene prioridad sobre el esfuerzo bélico. Cuanto más coherentemente comprendamos esto, más fácil será renunciar a los últimos vestigios de paz y servir únicamente al esfuerzo bélico. Hemos dicho muchas veces que no se trata de una cuestión de principios que queremos mantener para siempre. Somos los últimos en pedir que se primitivice la vida pública y privada. Sin embargo, cuando no hay otra alternativa, debemos tener el valor de arrojar por la borda todas las comodidades y conveniencias antiguas. Pronto veremos lo poco que las echamos de menos. Sabemos que hay incontables millones de personas en nuestra nación que están dispuestas a hacer cualquier sacrificio, siempre que no tengan que temer que su vecino no se una a ellos y los deje en ridículo. No tienen por qué preocuparse. La guerra total que estamos librando es, por una parte, una cuestión de que cada individuo haga lo que obviamente debe hacer, pero también es una cuestión de leyes y sanciones.

No podemos permitir que millones de mujeres alemanas trabajen diez o doce horas diarias mientras unos pocos miles no trabajan en absoluto, por ejemplo. Y es posible que no crean que pueden cumplir con su deber hacia la nación haciendo algún tipo de trabajo para su padre o su tío. Tomaremos las medidas necesarias contra tales elementos. No sólo pecan contra las necesidades materiales de la guerra, sino que también dañan nuestra moral. Nos alegramos de contar con el pleno apoyo de nuestra nación en estas medidas. Se puede decir con certeza que esto es lo que desea el pueblo. Ha dejado muy clara su decisión de dar todo su esfuerzo por la guerra y la victoria, y de hacer todos los sacrificios necesarios para lograr el éxito de la lucha por nuestra vida y nuestra libertad. Son pocos los que, por pereza, por falta de preparación y de deber hacia la comunidad, en parte también por comodidad, no están dispuestos a participar o lo hacen a medias. Hay que ayudarlos, no sólo por el bien de los incontables millones de personas que cumplen con su deber concienzudamente, sino también por su propio bien. Más personas mueren por pereza que por diligencia. Especialmente durante una guerra en la que una nación lucha por su existencia, todos tienen el deber de participar.

En el futuro, debemos ver a todo aquel que intente eludir sus deberes como un desertor, y a todo aquel que lo conozca y lo ayude como un cómplice de la deserción. Que no haya duda. A partir de ahora, las cosas serán distintas y soplará un aire nuevo y fresco. Para ello se requiere toda una serie de medidas que reorganicen nuestro gobierno y toda la vida pública. No se puede esperar que esto ocurra de la noche a la mañana y que las cosas de las que la gente lleva mucho tiempo quejándose desaparezcan mañana. Necesitamos algo de tiempo, pero eso no es malo. El ejército y la producción bélica sólo pueden absorber un número limitado de personas nuevas, por lo que el proceso debe ser rápido pero orgánico. Sabemos dónde están las dificultades y trabajaremos para eliminarlas. Los problemas que causan desaparecerán con ellas. Las medidas que afecten a la vida pública serán lo más flexibles posible y tendrán en cuenta la situación. No tenemos intención de eliminar las últimas formas de placer y relajación para la abrumadora mayoría de la nación que trabaja muy duro. Los pequeños placeres y comodidades se eliminarán sólo cuando sirvan a un objetivo mayor. Nuestras acciones estarán en equilibrio con sus resultados. Si, por ejemplo, puedo mantener la radio en funcionamiento con menos gente, lo haré. Proporciona placer a millones de personas. Pero la radio también debe tener en cuenta la situación de guerra y deshacerse de todo lo que no sea necesario. En resumen, todos debemos considerar la guerra

como nuestra primera prioridad, entregarnos en cuerpo y alma a ella y evitar todo intento de escapar de sus exigencias o escondernos de ella por un tiempo. Debemos demostrar que somos dignos de la gran época en que vivimos, de modo que ni siquiera en los momentos más graves tengamos que reprocharnos nada. De ese modo, dominaremos todos los problemas que la guerra nos plantea. Nunca debemos hacer demasiado poco y demasiado tarde. No pondremos excusas ni las aceptaremos. Nunca olvidaremos que nuestro comportamiento durante la guerra determinará no sólo nuestro futuro, sino también el de nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos. Nos imponen exigencias que debemos cumplir si no queremos perder el derecho a formar parte de la larga historia de las generaciones de nuestro pueblo. Queremos transmitir esa herencia a nuestra posteridad. El destino nos dio una señal el 20 de julio: estaban actuando fuerzas que querían el mal, pero produjeron el bien. No nos quedaremos de brazos cruzados. Obedeceremos la llamada del deber, dondequiera y cuando la oigamos, y sabremos que nuestras acciones traerán la victoria. No puede ser de otra manera. Esta es una guerra única, sin precedentes en su duración y dureza.

Hemos crecido a través de ella de tal manera que podemos superar las crecientes dificultades. Nunca hemos creído tan firmemente en la victoria como en esta hora. Nuestro camino es claro. Ninguno de nosotros duda en seguirlo. La libertad y la vida nos esperan al final. Puede haber crisis y dificultades en el camino. No las tememos. Si usamos nuestra fuerza, las superaremos. Nuestros enemigos se jactan demasiado pronto. Solo nos están mostrando lo que debemos hacer. No nos importa si hoy se regodean. El vencedor no será el que se apresure a coger la corona de laurel, sino el que cumpla con su deber con valentía y lealtad, que no se deje sacudir por la tormenta, que al final de la guerra siga de pie en el campo de batalla.

24 de septiembre de 1944

Si aún fuera necesario demostrar la exactitud de nuestras opiniones sobre el trasfondo político de todo el objetivo de guerra que persigue el bando enemigo, lo darían los últimos acontecimientos en varios países de los confines de nuestro continente. Inglaterra y los Estados Unidos dieron su bendición, y no se puede negar que los señores del Kremlin saben lo que quieren, y que nada ni nadie los desviará de la realización de sus planes e intenciones. Su programa político mundial es el mismo hoy que en octubre de 1917, cuando destruyeron el zarismo en la más sangrienta de todas las revoluciones de la historia: la bolchevización del mundo entero, empezando por allanar el camino a la anarquía en las naciones individuales, aboliendo toda autoridad legal, dando todo el poder a las calles. Esto recorre como un hilo rojo la historia del bolchevismo, aunque los métodos reales varíen. Ningún país de ningún continente puede sentirse seguro. El Kremlin puede trabajar a veces lentamente, pero lo hace con una tenacidad y una determinación asombrosas. Inglaterra y los Estados Unidos han utilizado esta guerra para ayudarlo. Las consecuencias de semejante comportamiento criminal se están haciendo evidentes. Nadie puede decir que ninguno de los pronósticos políticos que hemos hecho desde el principio sobre el desarrollo futuro de esta guerra haya resultado falso. Sembraron vientos y ahora están cosechando tempestades.

La anarquía roja avanza por Europa. Se detiene en ciertas fronteras, pero sólo por la fuerza del orden alemán. Todos los demás intentos de defenderse deben considerarse un fracaso. En otras palabras, si el Reich se derrumbara, Stalin se convertiría en el señor de Europa. Todo el mundo sabe lo que eso significaría. Desde luego, no queremos dramatizar la situación. La situación es demasiado obvia para exigirlo. Vemos las cosas como siempre las hemos visto, es decir, como son. Un rápido vistazo al mapa demuestra que el Reich es hoy el único bastión contra el bolchevismo. Los ingleses y los americanos tienen sus éxitos militares en Occidente sólo porque la mayor parte de nuestras fuerzas están en el Este, y los soviéticos son capaces de arrasar el flanco sudeste sólo porque debemos desplegar contingentes de tropas considerables contra las potencias occidentales. Nadie puede dejar de ver que el Kremlin está haciendo el mejor uso de esta situación. En los países que ha elegido como sus víctimas, utiliza las viejas prácticas bolcheviques, es decir, derroca a los gobiernos nacionales que son demasiado débiles en carácter para resistir en condiciones difíciles, desarma sus fuerzas militares, ocupa los puntos críticos del territorio en cuestión y luego deja que la anarquía se descontrole en las grandes ciudades.

A las reuniones de masas con resoluciones pro-bolcheviques siguen las manifestaciones callejeras. La etapa siguiente son las llamadas elecciones populares, que se celebran bajo las bayonetas del Ejército Rojo. Siempre proporcionan los resultados casi del 100% a favor del bolchevismo que el Kremlin desea. El resto del camino es casi inevitable. El proceso no carece de cierta monotonía. Uno podría pensar que sus huellas asustarían, pero es todo lo contrario. No parecen desvanecerse, sino que más bien se ponen a prueba de nuevo para determinar su situación especial. Pero el resultado es siempre el mismo. Nadie se atreverá a sugerir que hablamos aquí sólo por nuestro propio interés. El pueblo alemán ha hecho sacrificios durante los últimos cinco años porque reconoció un peligro para el mundo que le da derecho a hablar sobre este asunto. Hemos advertido a los pueblos de Europa en cada oportunidad, por desgracia, la mayoría de las veces en vano. Lo que nuestras habilidades persuasivas no lograron, ahora se demostrará en los casos pertinentes con el terror bolchevique. El Ejército Rojo no entra en ningún país sin un objetivo claro y un programa firme. A veces los Soviets parecen proceder por pasos o de manera incierta, pero eso es sólo por razones tácticas. A menos que haya una razón

apremiante, son reacios a atraer la atención de la opinión pública mundial, y la mayoría de las veces lo logran. Uno se pregunta si es tan estúpido como parece, o si sólo parece estúpido. Al final, eso no importa. Lo que importa es que los resultados del bolchevismo son los mismos y, cualquiera que sea su forma de alcanzarlos, parecen permanentes una vez alcanzados. Sólo se pueden cambiar con armas. Pero, ¿dónde se consiguen en cantidad suficiente en los países afectados? Estamos en el sexto año de la guerra. Los pueblos que no tienen ideales por los que valga la pena luchar, están cansados y agotados. El que tiene la fuerza para permanecer en su puesto, tiene una victoria casi segura. Pero el que pierde su fuerza o ya no quiere utilizarla, el que abandona su puesto, firma con ello su propia sentencia de muerte. ¡Cuántas veces hemos llevado esta lección fundamental de la guerra al amplio público europeo y cuán pocas veces hemos encontrado un público! Lo que ocurrió el año pasado en Italia debería haber bastado; en realidad fue más que suficiente. ¿Cómo se puede suponer que alguien quiera repetir ese experimento peligroso, abrigando la falsa esperanza de que resultará mejor para él que para el pueblo italiano?

Los periódicos y revistas inglesas y norteamericanas están llenos de artículos sobre la terrible miseria y desgracia que impera en esa parte de Italia ocupada por el enemigo, que parecen descripciones del infierno. ¿Puede alguno de los países que han abandonado nuestra causa común en las últimas semanas esperar que le vaya mejor? Los informes de Rumania y Bulgaria hablan el mismo idioma. Sería una ignorancia histórica creer que la debilidad política y la falta de carácter se verían recompensadas. Nuestros enemigos no son tan generosos como lo fuimos nosotros con el pueblo francés en Compiégne en el verano de 1940. Son serios en su campaña de odio y venganza contra nosotros. No son sólo gritos de guerra. Quieren nuestras vidas y exterminarían a nuestro pueblo y a nuestra nación de raíz si nos rindiéramos a su poder. Están de acuerdo en esto, aunque sus opiniones individuales difieran en este o aquel punto menor. Debemos defender nuestra existencia en esta guerra. No podíamos evitar esta lucha por nuestra existencia nacional; nos fue impuesta, y cualquier cesión al bando enemigo conduciría a la debilidad, y cualquier debilidad conduciría al colapso. El pueblo alemán lo sabe.

Por más que las crecientes cargas y sacrificios de la guerra nos duelan y nos atormenten, no nos privan de una clara visión política de la naturaleza y la necesidad de esta fatídica batalla, visión de la que, por desgracia, carecíamos en el año 1918. Nuestros enemigos albergan ilusiones engañosas si creen que un día volveremos a debilitarnos y a enarbolar la bandera blanca. Nadie en Alemania piensa siquiera en eso. Cuanto más dura la guerra, más claro se nos hace a todos lo que está en juego. ¡Cómo podría ser de otra manera! Nuestros enemigos no nos han dejado ninguna duda sobre nuestro destino si nos inclinamos ante ellos. Pero también sabemos que el coraje inquebrantable y la determinación inquebrantable en la guerra siempre conducen al éxito, incluso si a veces parece que la superioridad material del bando contrario ya no puede ser superada. Nuestros enemigos tienen claro que sus verdaderas dificultades comenzarán sólo cuando hayan llegado a las fronteras del Reich. Hasta entonces, alguno de nosotros podía creer que las cosas no estaban tan mal en realidad. Ya nadie habla así. Todos conocemos la gravedad de la situación a la que nos enfrentamos hoy, y eso supone un aumento de fuerza y de potencial bélico que sencillamente no se puede medir.

¿Quién de nosotros quiere olvidar que llevamos más de cinco años luchando contra casi todo el mundo y que, a pesar de sus más decididos esfuerzos, no han conseguido de ninguna manera obligarnos a rendirnos ni reducir temporalmente nuestra capacidad de resistencia? Por pesadas que sean las cargas que soporta nuestro pueblo, todo el mundo sabe que ningún otro pueblo sería capaz de soportarlas y llevarlas en las mismas condiciones. Sólo por eso hemos ganado en esta guerra un papel de liderazgo que nadie podrá disputarnos una vez que la guerra haya terminado. El verano de este año, durante el cual nuestros enemigos prometieron el derrocamiento del Reich, ha terminado. Su ataque conjunto contra nuestros frentes nos ha traído toda una serie de retiradas militares y pérdidas, pero se puede mirar a lo lejos y no ver el más mínimo indicio de un colapso alemán. Y el bando contrario ciertamente nos ha lanzado todo lo que estaba a su alcance. No se puede suponer que se hayan ahorrado algo. A pesar de todas las dificultades que hemos tenido que soportar en las últimas semanas y meses, está claro que las capacidades de resistencia alemanas no han sido quebradas ni disminuidas de ninguna manera. Hemos demostrado ser valientes, y aunque nuestros enemigos quisieran que nuestras fuerzas disminuyeran, parece que están aumentando de nuevo. El esfuerzo militar total de nuestro pueblo ha encontrado y sigue encontrando formas de transformar la fuerza nacional en un auténtico potencial bélico, y ya ha producido resultados asombrosos. De este modo estamos creando

reservas operativas que tendrán una importancia decisiva para las decisiones futuras, tanto en el sector militar como en el económico. No pasará mucho tiempo antes de que dejemos de vivir al día en ambos sectores y volvamos a estar en condiciones de actuar según un plan amplio. Somos de la opinión de que siempre tendremos éxito y debemos tener éxito en dominar todas las dificultades que surjan a medida que se desarrolle la guerra, por insuperables que a veces parezcan. Quien lucha por su vida siempre encuentra una salida al peligro. Y, por cierto, no hay que creer que el bando enemigo está libre de problemas. Ellos también han estado luchando en parte durante más de cinco años y saben tan bien como nosotros lo que eso significa. Como alemán, uno sólo puede hablar con orgullo de la alta moral de guerra que nuestro pueblo ha demostrado en estas semanas y meses de crisis.

No hay quien lo elogie y merece la mayor admiración del mundo entero, incluso de nuestros enemigos, que no han conseguido en ningún lado quebrantarlo ni destruirlo. El Reich tampoco puede ser derrotado desde este lado. Alemania lucha en estas condiciones extraordinarias por el lugar que le corresponde y que le ha sido negado durante tanto tiempo. Nuestro pueblo no defrauda las expectativas que su dirección tiene puestas en su firmeza. El error que cometimos en noviembre de 1918, y que pagamos tan caro, en última instancia con esta guerra, no se repetirá jamás. El sano instinto político de nuestro pueblo, su trabajo duro, su afán de lucha, y sobre todo su moral de guerra endurecida en el espíritu del Nacional Socialismo, lo garantizan. Su dirección sólo quiere ser digna de las virtudes de su pueblo. Sin miedo ni vacilación, conduce la lucha titánica por la vida y el futuro del Reich, utilizando todos los medios de resistencia y ataque que están a su disposición. Siente que está obligado a cumplir una misión histórica superior, que debe cumplirse para que nuestra parte del mundo, y después todo el mundo civilizado, no se hunda en el caos. Lucharemos contra esa posibilidad mientras tengamos aliento en nuestro cuerpo.

De ese modo nos oponemos a un ambiente decadente y podrido que aquí y allá se enfrenta resignadamente a la tormenta del desastre amenazante, dejando que las cosas sigan su curso. Nosotros, los alemanes, no pensamos en comportarnos de esa manera y, por lo tanto, somos el pueblo que salvará al mundo, si no hoy, mañana. Nuestros propios enemigos nos han enseñado lo que debemos hacer en la fase decisiva de esta guerra. Si nos sugieren que depongamos las armas y nos rindamos cobardemente, respondemos con un desprecio gélido. Los conocemos demasiado bien para ignorar sus planes. Nunca nos arrojarán al suelo, nunca nos quitarán la espada de la mano. Nunca renunciaremos a nuestro derecho a vivir en libertad y dignidad como nosotros mismos deseamos. Pase lo que pase, nos mantendremos firmes a través de todas las tormentas, trabajando y luchando, llenos de confianza fiel en la gran misión histórica que nos ha encomendado el Führer. Cuanto más amenazada está, más profundamente nos sentimos obligados a ella. A pesar de todo, estamos en el camino correcto. El futuro lo demostrará. Porque por encima de esta guerra se encuentra una ley superior a la que debemos obedecer. Es nuestra compañera en estos tiempos oscuros. ¡Qué grito histérico lanzan nuestros enemigos! Jamás podrán quebrantar nuestra fe y nuestra confianza. El pueblo alemán se mantiene hoy como un soldado en primera línea. Sabe que el peligro está cerca. Por eso desenvaina sus armas, dispuesto a utilizarlas en cualquier momento cuando llegue la hora de la mayor prueba.

17 de diciembre de 1944

No somos los alemanes los únicos que estamos en el sexto año de guerra. Podemos suponer que los problemas que nos ha causado la larga duración de la guerra también afectan a las demás naciones combatientes. Naturalmente, cada nación beligerante está ansiosa por ocultarlo a los ojos del enemigo y presentar una fachada que no refleja con precisión la situación real. La guerra está teniendo los mismos efectos en todas las naciones participantes, pero uno puede ver esos efectos más rápido y más claramente en su propio país que en el enemigo. Como siempre decimos, el otro lado no es mejor que nosotros. El pueblo alemán ama la verdad, de hecho es fanático de ella. Por eso le resulta difícil entender que en la guerra todos deben jugar con las mismas reglas para tener una oportunidad de éxito. Recientemente, la dirección militar de los EE. UU. admitió la pérdida de un barco de transporte de tropas de 20.000 toneladas hace dos años. Eso no sería posible con nosotros. El pueblo alemán no aceptaría tal silencio por parte de su dirección. Quiere saber exactamente cómo están las cosas, olvidando a veces que lo que se le dice a él también se le dice al enemigo.

Se puede discutir sobre cuál de las dos opciones es la más acertada a largo plazo, pero es evidente que nuestro enemigo sabe permanecer en silencio mejor que nosotros y que, en consecuencia, tendemos a pensar que su situación es mejor de lo que es en realidad. Por ello, de vez en cuando debemos considerar el panorama general de la guerra, sin olvidar que es probable que el mayor secretismo del enemigo nos oculte cosas. El hecho de que el enemigo nos oculte sus calamidades no significa que no existan. Existen de todos modos e influyen en el estado general de la guerra, aunque no lo sepamos. La magnitud de las pérdidas totales soviéticas, que se pueden estimar en unos 15 millones, sin duda tiene consecuencias para el potencial militar bolchevique. Si el Ejército Rojo sigue atacando, no significa que las reservas soviéticas sean inagotables, sino que el Kremlin está utilizando todo lo que tiene para derrotarnos lo antes posible con la esperanza de poder llevar a cabo su plan de exterminio del pueblo alemán con lo que le queda de fuerza armada. Esto también es cierto, en cierta medida, en el caso del enemigo occidental. Los recursos de la dirección militar se reducen cada vez más debido a la larga duración de esta gigantesca guerra, y es probable que al final el último regimiento decida la última batalla.

El hecho de que todavía estemos firmes sobre nuestras piernas y no mostremos el menor signo de colapso es prueba suficiente de que nuestros enemigos no pueden hacer lo que quieren, que padecen problemas internos y que lanzan amenazas tan terribles sólo para que no nos demos cuenta. Es bien sabido que en el momento en que, durante la Primera Guerra Mundial, la dirección alemana consideró que la situación era desesperada y preparó al Reich para la capitulación, la dirección militar británica dijo claramente a su gobierno que las pérdidas de Inglaterra en el frente occidental eran tan grandes que era necesario buscar un acuerdo con Alemania para poner fin a la guerra. Si la dirección del Reich hubiera sabido eso, sin duda habría tomado una decisión diferente de la que tomó ciegamente. Las razones de su incertidumbre y debilidad habrían sido insignificantes unos meses después, por no hablar de hoy. Al final, no se puede hacer frente a una crisis nacional de esta magnitud reduciendo las raciones de grasa y pan, por importante que pareciera resolver la crisis en su momento. La dirección alemana no sabía que una gran parte del ejército francés se amotinó en 1917 y que un solo golpe enérgico alemán habría sido suficiente para abrirse paso y tal vez forzar una decisión en nuestro beneficio. Francia se salvó entonces con el silencio. ¿Quién puede estar seguro de que Inglaterra, por ejemplo, no esté haciendo lo mismo hoy? El gobierno de Rusia ya ha admitido que en el curso de

esta guerra han ocurrido varias cosas de las que no nos dimos cuenta en su momento. Por lo tanto, se puede llegar a la conclusión de que durante una guerra se aprende poco acerca de las dificultades reales del enemigo y que se puede suponer que en un momento dado están ocurriendo cosas, incluso si no se discuten públicamente. Debemos comportarnos en consecuencia. Estamos en medio de una guerra, una guerra en la que estamos defendiendo nuestra propia existencia. Todo lo que hagamos debe tener eso en cuenta. Es irrelevante si eso coincide o no con el fanatismo por el objetivismo de algunas mentes confusas. La guerra es un asunto mortalmente serio, no sólo en este momento, sino también en términos de sus consecuencias futuras. Nuestro enemigo nos está atacando con todos sus recursos y tenemos que utilizar todos nuestros recursos en la defensa. Las dificultades que puedan causarnos son de importancia secundaria en comparación con lo que está en juego. La guerra es igualmente dura para todas las naciones y pueblos participantes. No podemos posponer sus cargas para otro día, aunque a veces caigan sobre nosotros con una fuerza devastadora. El corredor de maratón no puede dejar de correr en el kilómetro 35 porque teme que sus pulmones le fallen y decir que terminará la carrera al día siguiente.

Debe seguir corriendo aunque teme que su corazón le falle o, de lo contrario, darse por vencido. El tiempo para hacer historia es breve y el que no aprovecha la oportunidad fracasa. Las cargas de un tiempo como éste pueden parecer insoportables, pero son ellas las que deciden qué nación está llamada a la victoria y cuál está condenada a la derrota. Nunca debemos pensar que nuestros enemigos están mejor que nosotros. En primer lugar, no podemos saberlo con certeza y, en segundo lugar, hay una serie de indicios que apuntan exactamente a lo contrario. Las pérdidas soviéticas, por ejemplo, son enormemente mayores que las nuestras, pero siguen atacando. Inglaterra ha tenido que sacrificar la riqueza que ha ganado a lo largo de los siglos y no da señales de rendirse ahora. No tenemos otra opción que continuar la guerra, por amarga que sea, si no queremos correr el riesgo de haber hecho en vano todos nuestros sacrificios anteriores. Y no se puede decir que los que están arriba estén bien, ya que asumen todas las cargas del pueblo. Sus hijos caen en el frente como los demás hijos de nuestro pueblo, y el liderazgo tiene una responsabilidad que destrozaría a hombres más débiles. No es cierto que las cargas de la guerra estén distribuidas de manera desigual.

La vida de todo nuestro pueblo está en peligro y debemos defenderla con todas nuestras fuerzas nacionales. Esta no es una guerra del ejército ni una guerra del partido, sino una santa guerra del pueblo. Estamos viviendo la mayor crisis de la humanidad occidental. La crisis ha sido provocada por el mundo occidental, democrático y plutocrático y la sigue llevando a cabo hoy en día a pesar de que ellos mismos son los principales afectados por los alarmantes acontecimientos. Nadie puede decir que el Führer no hizo todo lo posible por encontrar una salida pacífica, porque sabía desde el principio las terribles consecuencias que tendría la guerra. El bando occidental obstaculizó sus esfuerzos y hoy está pagando un alto precio por su obstinación. Inglaterra ya se queja de la pérdida de toda la riqueza que acumuló durante la era victoriana y quién sabe en qué situación devastadora se encontrará cuando termine esta gigantesca lucha. Pero ¿de qué nos sirve este conocimiento y estas predicciones cuando la dirección enemiga se aferra obstinadamente a su decisión de continuar la guerra a cualquier precio, con el objetivo de destruir a Alemania y exterminar al pueblo alemán? Por eso debemos luchar con todas nuestras fuerzas, aunque toda Europa tenga que sufrir mucho por ello. No es culpa nuestra, sino de los británicos, que están descontrolados. Su único objetivo bélico es un deseo enfermizo de venganza contra Alemania.

Nunca vivirán para ver cumplidos sus deseos patológicos, pero sí verán destruido su imperio y al pueblo británico caer de las orgullosas alturas de su antiguo poder y prestigio. Alemania es y seguirá siendo el centro de todos los conflictos del mundo, y su importancia y su alcance se harán evidentes de repente y drásticamente cuando termine esta guerra. Todo depende de nuestra capacidad de seguir adelante y no hacerles el favor a nuestros enemigos de detenernos antes de que hayamos terminado. Especialmente desde el verano pasado, vemos la guerra desde una luz completamente diferente. Hasta entonces la veíamos sólo desde la perspectiva militar, pero nos hemos acostumbrado cada vez más a verla como una crisis mundial que hoy se ve principalmente desde el aspecto militar. La guerra ha puesto en tela de juicio cada parte de nuestra vida y cada aspecto de las relaciones internacionales que existían antes de que comenzara la guerra. Esta guerra no dejará a nadie en las mismas condiciones internas o externas en que entró en ella. Se puede lamentar, pero no hay nada que hacer al respecto. No

sólo los edificios de nuestras ciudades, las catedrales y los monumentos culturales de Europa están cayendo en ruinas, sino también un mundo entero. Algunos aman ese mundo, otros lo consideran condenado. El mundo del egoísmo burgués y del super-individualismo ha demostrado ser estéril e incapaz de organizar de manera eficaz y fructífera la vida de un pueblo. Con su pasajera fraseología burguesa también falla el arte de decir poco o nada con muchas palabras y de ocultar los verdaderos problemas de los pueblos mediante una serie de estúpidas conferencias. Desde 1933, la nación alemana ha intentado construir un mundo nuevo y mejor por vías pacíficas. Sus enemigos del mundo plutocrático burgués no lo querían, y no vacilaron en la hora decisiva de pedir ayuda al bolchevismo mundial en su intento de estrangular la fundación de la nueva comunidad de nuestro pueblo. Sólo hay que plantearse dos preguntas. ¿Dónde estarían hoy los pueblos de Europa si hubieran imitado el esfuerzo alemán para resolver los problemas del siglo XX? ¿Y cuál es su situación hoy, después de haber librado una guerra sangrienta contra Alemania y qué crímenes contra la humanidad han cometido? Las naciones enemigas de Europa, bajo un liderazgo diabólico, de hecho han transformado el cielo en infierno.

Sin embargo, todavía no se ha perdido nada que no pueda recuperarse. Los líderes plutocráticos apenas pueden creer que será posible engañar a los pueblos sobre la magnitud de su sacrificio como lo hicieron después de la Primera Guerra Mundial. Lamentablemente, Alemania no ha sido capaz de llevar a cabo un intercambio pacífico de ideas y bienes. Hoy se enfrenta a la necesidad histórica de una guerra defensiva. La decisión de nuestros enemigos de atacarnos con las armas sacó a la luz la crisis latente que siguió a la Primera Guerra Mundial, y ahora no sólo hay que enfrentarla, sino dominarla. El pueblo alemán tiene su propia misión histórica que cumplir. Que las demás naciones quieran admitirlo o no, no cambia el hecho de que nosotros, los alemanes, somos hoy los pioneros de una nueva civilización de las naciones, y también de una humanidad mejor y más noble. Para nosotros, esta guerra dará como resultado un Estado popular de la más pura naturaleza, que incluirá todos los niveles y clases, un hogar para los fuertes y los débiles, un objeto de orgullo para todo el mundo. Resurgirá como el ave fénix de las cenizas con las que esta guerra ha cubierto a Europa. No podemos evitar sonreír ante los sueños ingleses de enseñar al pueblo alemán después de la guerra. El primer intento les dejaría claro que no tenían nada que dar, pero sí todo que recibir. El nuevo y mejor orden tiene su núcleo en el Reich, y el pueblo alemán es su portador y guardián.

Nuestras ciudades en llamas son antorchas que iluminan el camino hacia la meta. Esta guerra es para nosotros mucho más que un drama militar de tragedia demoledora. Es una crisis de la humanidad, y la única nación que la dominará es la que está segura de su causa, la que sabe exactamente lo que quiere, pero también quiere exactamente lo que sabe. La guerra se presenta, pues, como un juicio de Dios y mira más allá de todo hacia una Providencia histórica superior que ha llamado a Alemania a sufrir mucho para llegar a ser mucho, a soportar mucho para aprender mucho y, sobre todo, a desear mucho para poder hacer grandes cosas.

Joseph Goebbels - los creadores de las desgracias del mundo.

21 de enero de 1945

No se podría entender esta guerra si no se tuviera siempre presente el hecho de que el judaísmo internacional está detrás de todas las fuerzas antinaturales que nuestros enemigos unidos utilizan para intentar engañar al mundo y mantener a la humanidad en la oscuridad. Es, por así decirlo, la argamasa que mantiene firmemente unida a la coalición enemiga, a pesar de sus diferencias de clase, ideología e intereses. El capitalismo y el bolchevismo tienen las mismas raíces judías, dos ramas del mismo árbol que al final dan el mismo fruto. El judaísmo internacional utiliza ambos a su manera para reprimir a las naciones y mantenerlas a su servicio. Es evidente lo profunda que es su influencia en la opinión pública de todos los países enemigos y de muchas naciones neutrales, aunque tal vez nunca se mencione en los periódicos, discursos y emisiones de radio. En la Unión Soviética existe una ley que castiga el antisemitismo -o, en palabras sencillas, la educación pública sobre la cuestión judía- con la muerte. El experto en estas cuestiones no se sorprende en absoluto de que un importante portavoz del Kremlin dijera durante el Año Nuevo que la Unión Soviética no descansaría hasta que esta ley fuera válida en todo el mundo. En otras palabras, el enemigo dice claramente que su objetivo en esta guerra es poner bajo protección legal la dominación total del judaísmo sobre las naciones de la tierra, y amenazar incluso con la pena de muerte cualquier discusión sobre este asunto.

No es muy diferente en las naciones plutocráticas. Allí la lucha contra la usurpación descarada de la raza judía no se castiga con el verdugo, sino con la muerte mediante el boicot económico y social y el terror intelectual. Esto tiene al final el mismo efecto. Stalin, Churchill y Roosevelt fueron hechos por el judaísmo. Disfrutan de su pleno apoyo y lo recompensan con su plena protección. Se presentan en sus discursos como hombres honestos y de valor civil, pero nunca se oye ni una palabra contra los judíos, a pesar de que hay un odio creciente entre su pueblo como resultado de esta guerra, un odio que está plenamente justificado. El judaísmo es un tema tabú en los países enemigos. Se encuentra fuera de todo límite legal y, por lo tanto, se convierte en el tirano de sus pueblos anfitriones. Mientras los soldados enemigos luchan, sangran y mueren en el frente, los judíos ganan dinero con su sacrificio en las bolsas de valores y en los mercados negros. Si un hombre valiente se atreve a dar un paso adelante y acusar a los judíos de sus crímenes, será objeto de burlas y escupitajos por parte de la prensa, expulsado de su trabajo o empobrecido de alguna otra manera, y será llevado al desprecio público. Al parecer, ni siquiera eso es suficiente para los judíos. Quieren llevar las condiciones soviéticas a todo el mundo, otorgando a los judíos un poder absoluto y la libertad de persecución. Aquel que se oponga o incluso debata el asunto recibirá una bala en la nuca o un hacha en el cuello.

No hay peor tiranía que ésta. Este es el epítome de la desgracia pública y secreta que los judíos infligen a las naciones que merecen la libertad. Todo eso quedó atrás hace mucho tiempo. Sin embargo, todavía nos amenaza en la distancia. Es cierto que hemos quebrado por completo el poder de los judíos en el Reich, pero ellos no se han rendido. No han descansado hasta haber movilizado a todo el mundo contra nosotros. Como ya no pueden conquistar Alemania desde dentro, quieren intentarlo desde fuera. Cada soldado ruso, inglés y americano es un mercenario de esta conspiración mundial de una raza parásita. En el estado actual de la guerra, ¿quién puede creer todavía que lucha y muere en el frente por los intereses nacionales de sus países? Las naciones quieren una paz decente, pero los judíos están en contra. Saben que el fin de la guerra significaría el amanecer de la conciencia de la humanidad sobre el papel malsano que desempeñó el judaísmo internacional en la preparación y ejecución de esta guerra. Temen ser desenmascarados, lo que de hecho se ha vuelto inevitable y debe llegar inevitablemente, como el

día sigue a la noche. Eso explica sus furiosos estallidos de odio contra nosotros, que son solo el resultado de su miedo y sus sentimientos de inferioridad. Son demasiado ansiosos, y eso los hace desconfiados. El judaísmo internacional no conseguirá sacar partido de esta guerra. La situación ya ha avanzado demasiado. Llegará la hora en que todos los pueblos de la Tierra se despierten y los judíos sean las víctimas. También en este caso las cosas sólo pueden ir hasta cierto punto. Es un método antiguo y muy utilizado por el judaísmo internacional desacreditar la educación y el conocimiento por su naturaleza y sus impulsos corruptores, apoyándose así en las debilidades de aquellas personas que fácilmente confunden causa y efecto. Los judíos también son maestros en la manipulación de la opinión pública, a la que dominan a través de su red de agencias de noticias y empresas de prensa que se extienden por todo el mundo. La lastimosa ilusión de una prensa libre es uno de los métodos que utilizan para embrutecer a los públicos de los países enemigos. Si la prensa enemiga es tan libre como pretende serlo, que adopte una posición abierta, a favor o en contra, sobre la cuestión judía. No lo hará porque no puede. A los judíos les encanta burlarse y criticar a todo, excepto a ellos mismos, aunque todo el mundo sabe que son ellos los que más necesitan la crítica pública.

Aquí termina la llamada libertad de prensa en los países enemigos. Los periódicos, los parlamentos, los estadistas y los líderes de las iglesias deben permanecer en silencio. Los crímenes y los vicios, la inmundicia y la corrupción se cubren con el manto del amor. Los judíos tienen el control total de la opinión pública en los países enemigos, y quien lo tiene es también dueño de toda la vida pública. Sólo las naciones que tienen que aceptar tal condición son dignas de compasión. Los judíos los engañan haciéndoles creer que la nación alemana es atrasada. Nuestro supuesto atraso es en realidad una prueba de nuestro progreso. Hemos reconocido a los judíos como un peligro nacional e internacional, y de este conocimiento hemos sacado conclusiones convincentes. Este conocimiento alemán se convertirá en el conocimiento del mundo al final de esta guerra. Creemos que es nuestro deber primordial hacer todo lo que esté a nuestro alcance para que así sea. La humanidad se hundiría en la oscuridad eterna, caería en un estado aburrido y primitivo, si los judíos ganaran esta guerra. Son la encarnación de esa fuerza destructora que en estos años terribles ha guiado a la dirección de la guerra enemiga en una lucha contra todo lo que consideramos noble, hermoso y digno de conservar. Sólo por esa razón los judíos nos odian.

Desprecian nuestra cultura y nuestro saber, que perciben como algo que se eleva por encima de su visión nómada del mundo. Temen nuestros estándares económicos y sociales, que no dejan lugar a sus impulsos parasitarios. Son enemigos de nuestro orden interno, que ha excluido sus tendencias anarquistas. Alemania es la primera nación del mundo que está completamente libre de judíos. Esa es la causa principal de su equilibrio político y económico. Como su expulsión del cuerpo nacional alemán les ha hecho imposible alterar este equilibrio desde dentro, dirigen a las naciones a las que han engañado a la batalla contra nosotros desde fuera. Les parece bien, de hecho forma parte de su plan, que Europa pierda con ello una gran parte de sus valores culturales. Los judíos no participaron en su creación. No los entienden. Un profundo instinto racial les dice que, como estas alturas de la actividad creativa humana están para siempre fuera de su alcance, deben atacarlas hoy con odio. No está lejano el día en que las naciones de Europa, sí, incluso las del mundo entero, gritarán: ¡Los judíos son culpables de todas nuestras desgracias! ¡Hay que pedirles cuentas, y pronto y a fondo!

El judaísmo internacional está listo con su coartada. Al igual que durante el gran ajuste de cuentas en Alemania, intentarán parecer inocentes y dirán que se necesita un chivo expiatorio, y ellos lo son. Pero eso ya no los ayudará, al igual que no los ayudó durante la revolución Nacional Socialista. La prueba de su culpa histórica, en los detalles grandes y pequeños, es tan clara que ya no se puede negar ni siquiera con las mentiras y la hipocresía más astutas. ¿Quién es el que empuja a los rusos, los ingleses y los estadounidenses a la batalla y sacrifica enormes cantidades de vidas humanas en una lucha desesperada contra el pueblo alemán? ¡Los judíos! Sus periódicos y emisiones de radio difunden canciones de guerra mientras las naciones que han engañado son llevadas a la matanza. ¿Quién es el que inventa nuevos planes de odio y destrucción contra nosotros todos los días, convirtiendo esta guerra en un caso terrible de automutilación y autodestrucción de la vida europea y su economía, educación y cultura? ¡Los judíos! ¿Quién ideó el matrimonio antinatural entre Inglaterra y los EE. UU. por un lado y el bolchevismo por el otro, construyéndolo y asegurando celosamente su continuidad? ¿Quién encubre las situaciones políticas más perversas con una hipocresía cínica, por temor a que un

nuevo camino pueda llevar a las naciones a comprender las verdaderas causas de esta terrible catástrofe humana? ¡Los judíos, sólo los judíos! Se llaman Morgenthau y Lehmann y están detrás de Roosevelt como un supuesto grupo de expertos. Se llaman Mechett y Sasoon y sirven como monederos y dadores de órdenes de Churchill. Se llaman Kaganovitsch y Ehrenburg y son los líderes y portavoces intelectuales de Stalin. Dondequiera que mires, ves judíos. Marchan como comisarios políticos detrás del ejército rojo y organizan asesinatos y terror en las zonas conquistadas por los soviéticos. Se sientan tras las líneas en París y Bruselas, Roma y Atenas, y forjan sus riendas con la piel de las naciones desdichadas que han caído bajo su poder. Esa es la verdad. Ya no se puede negar, sobre todo porque en su alegría ebria por el poder y la victoria, los judíos han olvidado su reserva, normalmente tan cuidadosamente mantenida, y ahora están en el punto de mira de la opinión pública. Ya no se preocupan, aparentemente creen que ya no es necesario, que ha llegado su hora.

Y este es su error, que siempre cometen cuando se creen cerca de su gran objetivo de dominación mundial. A lo largo de la historia de las naciones, siempre que se desarrolló esta trágica situación, una buena providencia se encargó de que los propios judíos se convirtieran en los sepultureros de sus propias esperanzas. No destruyeron a los pueblos sanos, sino que, más bien, el aguijón de sus efectos parasitarios trajo a primer plano la comprensión del peligro inminente y condujo a los mayores sacrificios para superarlo. En cierto punto, se convierten en ese poder que siempre quiere el mal pero crea el bien. Así será también esta vez. El hecho de que la nación alemana fuera la primera en la tierra en reconocer este peligro y expulsarlo de su organismo es una prueba de sus instintos sanos. Por lo tanto, se convirtió en el líder de una lucha mundial cuyos resultados determinarán el destino y el futuro del judaísmo internacional. Vemos con total calma las salvajes diatribas del Antiguo Testamento de odio y venganza de los judíos en todo el mundo contra nosotros. Son solo una prueba de que estamos en el camino correcto.

No pueden inquietarnos. Los contemplamos con soberano desprecio y recordamos que estos estallidos de odio y venganza eran acontecimientos cotidianos para nosotros en Alemania hasta ese día fatídico para el judaísmo internacional, el 30 de enero de 1933, cuando comenzó la revolución mundial contra los judíos que amenazaba no sólo a Alemania, sino a todas las demás naciones. No cesará hasta que haya alcanzado su objetivo. La verdad no puede detenerse con mentiras ni con la fuerza. Se abrirá paso. Los judíos encontrarán su Cannas al final de esta guerra. No será Europa la que pierda, sino ellos. Puede que hoy se rían de esta profecía, pero se han reído tantas veces en el pasado, y casi con la misma frecuencia dejaron de reír tarde o temprano. No sólo sabemos exactamente lo que queremos, sino también sabemos exactamente lo que no queremos. Las naciones engañadas de la Tierra pueden carecer todavía del conocimiento que necesitan, pero se lo proporcionaremos. ¿Cómo podrán detener eso los judíos a largo plazo? Creen que su poder se basa en cimientos seguros, pero se sostiene sobre pies de barro. Un golpe fuerte y se derrumbará, enterrando en sus ruinas a los creadores de las desgracias del mundo.

Joseph Goebbels - un pueblo a la defensiva.

11 de febrero de 1945

La gran ofensiva soviética de invierno, que comenzó en la cabeza de puente de Baranow y se extendió en un tiempo inusualmente corto desde el Gobierno General [Polonia ocupada] hasta el Wartegau y los otros Gaue (demarcaciones territoriales) alemanes del este, ha cambiado radicalmente la situación militar. En el pasado, el Reich se defendía lejos de sus fronteras, pero ahora el enemigo ocupa territorio alemán que es muy importante para nosotros, tanto militar como agrícolamente. Ya no podemos utilizar espacios abiertos como arma. Ahora luchamos casi exclusivamente por y en territorio alemán. Cada pueblo y cada hectárea, cada ciudad y cada fábrica que nos vemos obligados a ceder significa una reducción directa de nuestro potencial bélico, sin tener en cuenta el hecho de que cederlos es una amarga pérdida para innumerables alemanes, tal vez incluso les cueste la vida. No tiene sentido hablar de esto o ignorarlo, sin tener en cuenta el hecho de que no mejora la situación, sino que la empeora. Es bueno que todos sepamos exactamente dónde estamos para que cada uno de nosotros sepa lo que tiene que hacer. Las largas filas de los que huyen del este se extienden hacia el oeste a través de nuestras ciudades y pueblos. Incluso el observador más distraído no puede pasarlas por alto.

Es difícil describir su miseria y privaciones. Sin embargo, las personas que integran estas columnas errantes son afortunadas en comparación con quienes tuvieron que quedarse en casa y cayeron en manos de los bolcheviques. Los ignorantes sabelotodo de todo el mundo están recibiendo una respuesta clara a su cínica pregunta de si los soviéticos son realmente tan malos como siempre hemos dicho, o si quizás esas historias no eran más que el producto enormemente exagerado de la propaganda de guerra. Naturalmente, siempre hay gente que aprende sólo de la experiencia, no de la educación. Nunca nos hemos hecho ilusiones creyendo que se les podría persuadir con palabras o advertencias. Hicimos que nuestro propio pueblo fuera fuerte frente al peligro mortal que lo amenaza a él y a todo el continente desde el Este. Uno sólo puede arrancarse los pelos cuando un político destacado de la plutocracia estadounidense dice que Estados Unidos acogería con agrado un giro a la izquierda en Alemania y en toda Europa, siempre que no terminara en el bolchevismo. Mirando a nuestro continente, no hace falta ser un observador especialmente agudo para ver que la ola roja radical está subiendo lentamente, pero con una consistencia asombrosa, y que si no la detenemos y la restringimos, devorará a toda Europa. Nuestras columnas errantes saben lo que eso significa.

El horror se refleja en los ojos de hombres, mujeres y niños. Cuando un campesino abandona su casa, su granja, sus tierras y su ganado, y camina cientos de kilómetros con lo que sólo puede llevar consigo, pensando “cualquier cosa para escapar de esa terrible prisión”, es porque el infierno ha quedado atrás. Tenemos informes y fotografías de las atrocidades cometidas contra hombres, mujeres y, sobre todo, niños por la bestial soldateska bolchevique. Son demasiado terribles para publicarlas. El mundo culto debería gritar de rabia y horror, si no por la miseria que nos amenaza, al menos por la miseria que les amenaza a ellos. Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis están corriendo por el este y el sudeste de nuestro continente. Sólo las almas ingenuas pueden creer que se detendrán sin motivo, ahorrando así a estos pueblos y a sus líderes la difícil tarea de defenderse del oscuro peligro que los acecha. Es cierto que seremos la primera víctima, pero es una preocupación de todo el mundo civilizado, cuya existencia misma está amenazada si caemos. Había un campo de prisioneros de guerra para aviadores ingleses en una zona de la Alta Silesia que los soviéticos capturaron. En el momento de la crisis, tuvieron que elegir entre pasarse al bando de sus aliados bolcheviques o retirarse ordenadamente con sus guardias. Empezaron a marchar sin pensárselo dos veces, y no hacia el este, sino hacia el oeste,

apoyando a sus cansados camaradas, llenos únicamente del ardiente deseo de no caer en manos de las bestias bolcheviques con forma humana. Un campamento con oficiales polacos capturados no pudo ser evacuado a tiempo y fue capturado por los soviéticos. Todos recibieron disparos en la nuca por parte de sus aliados del este. ¿Cómo nos tratarían a nosotros, sus enemigos, si así tratan a sus aliados? Y qué sediento de sangre es todo esto frente a la burla de los Soviets de Lublin, que aparentemente encarnan la voluntad popular polaca, pero en realidad son sólo una colección de desertores, egoístas y otras dudosas criaturas estalinistas que sólo tienen la tarea de arrojar arena a los ojos de la opinión pública mundial, ocultando la tragedia popular que está ocurriendo en el antiguo territorio polaco exactamente como habíamos predicho. Uno casi podría cansarse de ser profeta, ya que el mundo burgués simplemente no lo quiere ver. No les inmuta en absoluto la terrible miseria que el bolchevismo acarrea sobre los pueblos desdichados que caen bajo su poder, y esperan hasta que los alcanza, cuando la defensa suele ser imposible. ¿Qué ocurriría, o habría ocurrido ya, en Europa si el pueblo alemán se hubiera enfrentado al bolchevismo con la misma debilidad y falta de carácter que los búlgaros, los rumanos o los finlandeses?

No se puede imaginar la miseria que ello supondría para nosotros y para todo el continente. Y nadie debe imaginar que semejante paso pueda revertirse. Es una cuestión de vida o muerte. La actual tormenta que viene del Este contra la Fortaleza Europa se dirige naturalmente contra toda nuestra parte del planeta. Se diferencia de las hordas mongoles y hunas del pasado sólo en que utiliza las herramientas de la artimaña política y las mentiras diplomáticas para hacer que su terrible campaña destructora contra la cultura occidental parezca inofensiva durante el mayor tiempo posible. Ése, sin embargo, es su peligro. Si revelara sus objetivos completos desde el principio, hasta el cerebro más estúpido se resistiría. El camino sigue su curso paso a paso, con alguna pausa ocasional para respirar, dando a la gente ingenua y débil la vana esperanza de que tal vez no sea tan malo, hasta que se creen hechos inalterables que ya no se puedan cambiar. Quien tiene ojos para ver puede confirmarlo sin mucho esfuerzo. ¿Puede uno creer que los dirigentes alemanes permitirían que tan enorme dolor, miseria y sufrimiento afligiesen a su pueblo, de donde ellos mismos vinieron y a quien dedican todo su corazón, si hubiera una manera de escapar del peligro inminente?

Ellos saben que nuestro sufrimiento actual es sólo una pálida sombra de lo que tendríamos que soportar del destino sombrío que nos caería encima, si renunciáramos a esta batalla antes de la victoria o nos resignáramos a esperar la generosidad o la cooperación de un enemigo amargado y vengativo. Conocemos el dolor y la miseria que millones de personas en Alemania padecen hoy. Sólo podemos admirar la estoica ecuanimidad con la que nuestro pueblo los soporta, pero debe hacerlo si no quiere perderlo todo. Habrá un fin a este vasto y desgarrador conflicto mundial. En sus casi dos mil años de historia, el Reich y Europa se enfrentaron varias veces a peligros similares. En cada ocasión, Occidente se vio llevado al borde de la desesperación. En cada ocasión hubo batallas desesperadas y sangrientas, después de las cuales, según cuentan las leyendas, los muertos continuaron luchando en los cielos y, al final, el Reich alemán, como potencia predominante en el continente, abrió el camino a la victoria. Tales conflictos no se pueden comparar con guerras ordinarias; no se pueden medir con los estándares normales. La rabia en lo más profundo de los pueblos involucrados es una batalla de vida o muerte, y la crisis general conduce al clímax final y más mortífero.

Hacemos bien en dejar esto en claro constantemente. Es ahí donde encontramos la fuerza para resistir a cualquier precio. Ningún cambio de sentimientos, por justificado que parezca dada la situación, puede disminuir nuestra firmeza inquebrantable, el fundamento de nuestra continua existencia marcial. Por amargo que sea renunciar a ciudades y provincias y al tesoro y la sangre de nuestro pueblo, debe soportarse con valentía y firmeza. En Alemania hay muy pocos a quienes la guerra no ha tocado con su dura mano. No les reprochamos eso, pero sí exigimos que vean la miseria y el sufrimiento de millones de personas menos afortunadas y que miren más allá de sus cómodas posesiones y de su vida hacia un deber superior hacia la comunidad combatiente de nuestro pueblo. En esta fase de la guerra, que exige todo de nosotros, no tenemos derecho a ventajas ni a comodidades personales. La guerra es un gran igualador, también en este aspecto. No tiene en cuenta el nacimiento, la clase social, ni las posesiones; nosotros tampoco podemos. En el frente, el hijo de un millonario lucha junto al hijo de un obrero, y en las caravanas que vienen del Este, la mujer del terrateniente está al lado de la mujer del pequeño campesino, y ambos, en común la miseria, sostienen a su hijo recién nacido cerca del pecho para protegerlo del frío y de

las heladas. Somos un pueblo que se defiende. Trabajamos y luchamos, caminamos y nos esforzamos, sufrimos y aceptamos, haciéndolo todo con una dignidad tranquila que al final se ganará la más profunda admiración del mundo entero. Europa debería estar feliz de tener todavía un pueblo así. Es su salvación hoy y, por lo tanto, será su orgullo mañana. No dudamos ni un momento de que acabaremos con el peligro para el mundo en el Este; cómo y cuándo dependerá de nuevas y lentas contramedidas militares. La estepa se detendrá en el momento de mayor peligro, cuando todo esté claro. Hasta entonces, mantengamos la cabeza fría. No podemos mostrar debilidad, no podemos vacilar ni un segundo. Debemos permanecer firmes, aunque sangremos por mil heridas y hematomas. Más tarde, serán nuestras insignias de honor. La nación llevará para siempre el rostro del guerrero. Los pueblos que se mantuvieron al margen durante la gran batalla de Europa contra el destino la mirarán con rostros pálidos y silenciosos. Ya sabemos quién se habrá ganado la mayor fama y admiración del mundo.

Nunca tendremos que avergonzarnos ante nadie. Hemos probado todo el dolor de la guerra y, por lo tanto, seremos los vencedores. Lo creemos hoy más que nunca. Ningún poder en la tierra puede quebrantar nuestra fe. Está profundamente arraigada en nuestra fuerza, en nuestra convicción de la justicia por la que luchamos y en nuestra confianza en el orden moral del mundo. Se puede amenazarlo, pero no derrotarlo. La miseria común no nos hace débiles, sino fuertes. Terminaremos esta guerra como un pueblo de héroes. La lección de la historia es que pueblos como ellos inician nuevas eras. Estamos decididos. En el eterno toma y daca de la guerra, nos mantenemos en nuestros puestos, defendiéndonos contra cada peligro que enfrentamos con amarga determinación, y sabemos que al final lograremos nuestro gran objetivo. Cuanto más difícil sea para nosotros, más fanáticamente luchamos y trabajamos. Ha llegado el momento de tener corazones fuertes. La guerra sacude a individuos y pueblos, y quien intente escapar será pisoteado. Al no tener otra opción, estamos listos. La guerra nos encontrará listos en todo momento. No nos doblegaremos ante ella, ella tendrá que doblegarse ante nosotros. Esa es nuestra elección, que es y seguirá siendo inalterable.

Joseph Goebbels - nuestra oportunidad.

18 de febrero de 1945

Una guerra está perdida sólo cuando un pueblo y sus dirigentes deciden que la guerra, y ellos mismos, están perdidos. Hasta entonces tienen una oportunidad de victoria en cualquier momento, incluso cuando la situación militar o política del momento parezca hablar en contra. El resultado de una guerra está determinado sólo por la batalla final. Todas las batallas anteriores no son más que preludios, y todo depende de la conducta moral, la voluntad política y la fuerza vital de un pueblo en guerra y de sus dirigentes para que las victorias pasadas sigan siendo una ganancia duradera o las derrotas sigan siendo un destino duradero. Mientras la guerra continúe, nada es irremediable. Sólo cuando las bocas de los cañones se callan y suena la trompeta final llega el momento en que se hace el balance de ambas partes, de manera definitiva e inmutable. Todo está abierto hasta entonces. Hay innumerables ejemplos de situaciones militares que parecían conducir inevitablemente al colapso de una de las partes en guerra, en un momento determinado se transformaron, cambiando para bien. Esta guerra, también, no está exenta de cambios dramáticos de este tipo. Tales acontecimientos no ocurren de manera natural; La suerte de una guerra sólo puede cambiarse mediante esfuerzos sobrehumanos de los dirigentes y del pueblo.

Si tienen éxito, el resultado es un enorme aumento de fuerza para el bando que se presume ya derrotado y una enorme pérdida de fuerza para el bando que se presume vencedor. Éste es el misterio de la guerra, que ofrece una oportunidad a cualquier pueblo en cualquier situación. A veces alguien puede decir que esta guerra está ya demasiado avanzada y ha durado demasiado tiempo para ofrecernos una oportunidad tan importante. Lo cierto es todo lo contrario. Cuanto más se acerca el fin de la guerra, más confianza tienen en su resultado. La duración de la guerra afecta a ambos bandos en pugna, y cuanto más convencido esté el presunto vencedor de su triunfo final, más aplastante será un cambio en la situación de guerra. Por tanto, es más susceptible a los reveses, que le afectan especialmente porque son totalmente inesperados. Por tanto, no es importante si hemos ganado o perdido algo en particular en esta guerra; es mucho más importante cómo reaccionamos ante los desafortunados acontecimientos de la guerra y qué efectos tienen sobre nuestro potencial bélico moral y material. Si una guerra siempre terminara como parecía probable o amenazante en diversas frases, entonces nosotros, los ingleses y los estadounidenses, o los soviéticos habríamos ganado. Eso no sucedió. Los acontecimientos militares son fluidos y seguirán siendo así hasta que uno de los bandos en pugna deponga las armas. Sólo nosotros debemos decidir si seremos nosotros o nuestro enemigo.

El bando en el que se lucha no es en sí decisivo. En un momento dado estábamos en la costa atlántica, fuera de Moscú y Leningrado, y en el Volga, pero el enemigo no capituló. Hoy están en el Rin y el Oder; ¿por qué deberíamos hacer ahora lo que ellos no hicieron? A menudo oímos que nuestros enemigos de entonces podían movilizar mayores recursos materiales, lo que les permitía esperar un cambio completo en la situación militar general. Esto no es exacto. Es cierto que el bando enemigo tiene hoy un potencial militar más amplio que el nuestro, pero sólo en un sentido material, no en un sentido moral. El mundo del lado del enemigo es una mezcla caótica de odio, sed primitiva de venganza, traición mutua y/o avaricia capitalista-bolchevique de robo y beneficio. No tienen ideales y, por lo tanto, fracasarán y deben fracasar. Dondequiera que las condiciones los obliguen a intentar realizar sus huecas promesas de agitación, el resultado es hambre, miseria y anarquía política y económica. Son completamente estériles y están condenados a la impotencia política. Eso será evidente en todas partes, mañana si no hoy. Los pueblos traicionados están empezando a darse cuenta de ello; el contraste entre las promesas agitadoras del enemigo y la fría realidad es tan craso y evidente que hasta el más tonto e ingenuo puede verlo. Ni siquiera se lo puede ocultar para siempre a los pueblos del bando enemigo. Ellos no

tienen ningún objetivo de guerra por el que valga la pena luchar y morir. Nosotros tenemos uno. Nos lo han impuesto nuestros enemigos: la defensa de nuestro derecho a existir, un derecho que ellos amenazan. Un pueblo que ya no está preparado ni es capaz de dar seguridades para escapar a los ataques insolentes de sus enemigos, se ha rendido y está perdido. No tiene derecho a seguir existiendo y, por lo tanto, será visto y tratado por las potencias victoriosas como un botín indefenso. Aprendimos lo que eso significa en 1918 y 1919. Nuestros enemigos están de acuerdo en que las viles y brutales indignidades que nos infligieron entonces como resultado de nuestra credulidad y debilidad fueron demasiado suaves, y que esta vez, si ganan, deben aumentarlas de manera diabólica. No cabe duda de que cumplirían estas amenazas si pudieran, si depusiéramos las armas y nos entregáramos a su poder. Debemos, pues, reconocer que incluso la peor guerra es mejor y más soportable que una paz impuesta por nuestros enemigos. ¡Un canalla sin honor es aquel que tiende la mano! Nuestros enemigos no pueden infligirnos una paz semejante si no les ayudamos.

Lo saben muy bien, de lo contrario no intentarían constantemente convencernos de que nos volvamos débiles y capitulemos. Un pueblo que está decidido a defender su vida por todos los medios, incluso los más audaces y osados, simplemente no puede ser derrotado. La guerra puede continuar durante mucho tiempo, al menos hasta que nuestros enemigos se den cuenta de que no pueden alcanzar su propio objetivo sin poner al mismo tiempo en peligro su propia existencia. Esta es una verdadera oportunidad para nuestra victoria, al margen de todos los demás medios reales y alcanzables que están a nuestra disposición incluso en la actual situación de guerra. Los pueblos enemigos han sido desangrados hasta un punto que la mayoría de nosotros no podemos imaginar. Ellos admiten que no podrán soportar esto a largo plazo. Se podría responder que lo mismo es cierto para nosotros. Sí, pero con esta diferencia: como se desprende claramente de las amenazas de nuestros enemigos, no tendríamos nada más que perder si nos rendimos. La guerra para nosotros, por tanto, es más ilimitada y radical. Si se toman en serio sus proclamas, cada alemán podrá elegir la forma en que será liquidado o su existencia intelectual, espiritual y física será aniquilada. Puede elegir entre una bala en la nuca, la deportación a Siberia, el hambre, el trabajo esclavo o la peste.

No hay castigo lleno de odio que no hayan considerado para nosotros. Casi se podría creer que quisieran devolvernos la vida varias veces después de matarnos para aplicarnos otra de sus amenazantes torturas. Así es como imaginan el final de la guerra. ¿Hay un alemán con honor, una alemana que ame a sus hijos, un niño o una niña alemanes que tengan toda la vida por delante que puedan dar otra respuesta que una afirmación ardiente e inquebrantable, de enfrentarse al peligro? Los organismos de agitación de nuestros enemigos no deberían intentar con nosotros eslóganes perezosos. Incluso lo que afirman que es suave para engañarnos simplemente no es discutible. Escupimos sobre ello. Preferimos soportar incluso lo peor, antes que siquiera considerar tales pensamientos. Estamos decididos a resistir a cualquier precio sus ideas desvergonzadas y maliciosas. El enemigo no puede engañarse a sí mismo. Recurriremos a las medidas más desesperadas antes que ofrecer nuestra mano de una manera que vendería la vida del pueblo alemán, de sus hijos y de los hijos de sus hijos, para siempre. Alemania no es la India y nuestro continente no es una parte salvaje e inexplorada de la tierra en la que los explotadores del mundo pueden hacer lo que quieran.

¿Qué creen nuestros enemigos que somos? ¿Creen que nuestras desgracias nos han enervado y debilitado tanto que hemos olvidado el honor y estamos dispuestos a vender nuestra tierra para la eternidad por una olla de sopa? En este punto más que en otro, nos sentimos los representantes de la voluntad nacional de nuestro pueblo. ¿Qué hemos hecho en esta guerra para merecer una evaluación tan vil y cobarde por parte de nuestros enemigos? Tres imperios mundiales están tratando de arrojarnos al suelo. A pesar de su gran superioridad, aún no lo han logrado, y no lo lograrán. En lugar de sentirse superiores, deberían avergonzarse de que, incluso con una ventaja de diez a uno en esta guerra, no hayan logrado acabar con nosotros. ¡Qué habría sido de los ingleses, los estadounidenses o los soviéticos si hubiéramos tenido tal ventaja! Los perseguiríamos hasta los confines de la tierra. ¿Ha habido jamás un pueblo con tanta superioridad moral, dispuesto a soportar con estoica ecuanimidad cualquier dolor de la guerra, que tuviera motivos para desesperar? ¿No es mucho más justo confiar en una Providencia superior que recompensa con un veredicto justo a quienes luchan con valentía? Federico II se enfrentó con sus cuatro millones de prusianos a cuarenta millones de enemigos, pero no pudieron derrotarlo ni siquiera en las situaciones más desesperadas. Por eso se le llama “el Grande”.

Hacer posible lo que parece imposible es una cuestión de genio político y militar. Si cada guerra resultara como lo espera el pensamiento cotidiano, la historia no tendría sorpresas, pero tampoco grandes transformaciones. Sería entonces una serie de conflictos insignificantes y estúpidos cuyo resultado podría predecirse fácilmente, más un asunto estadístico que de grandes hombres. Lo que ocurre es lo contrario. ¿Por qué la historia registra como máximo una docena de genios históricos sobresalientes cuyos nombres brillantes perduraron a lo largo de los siglos y milenios? Porque ellos realizaron hazañas titánicas que a veces parecían desesperadas a sus contemporáneos, pero que la posteridad admirará para siempre. Aquí tenemos más que suficientes posibilidades de victoria. Nos encontramos en la mejor compañía imaginable, mientras luchamos con férrea determinación por la vida y el futuro de nuestro pueblo, a pesar de los duros y dolorosos reveses y amenazas, dispuestos a pagar cualquier precio hasta la victoria total. Si flaqueáramos, nos uniríamos a las filas de Badolgio y Mannerheim, que hundieron a sus pueblos en la más profunda miseria, siempre con la creencia errónea de que la cobardía y la falta de carácter son los mejores consejeros en medio de las tormentas de la historia. Nosotros, sin embargo, nos mantenemos erguidos, mirando hacia el futuro, porque sabemos que los puentes detrás de nosotros que podrían brindar una vergonzosa oportunidad de retroceder están quemados, y ante nosotros no solo está un futuro alemán más hermoso y más libre, sino también la mayor gloria eterna que el destino haya dado jamás a los hombres y a los pueblos.

La firmeza es, sin duda, una cuestión de idealismo político, pero también es el factor más valioso en la guerra. Debe estar en nuestra carne y sangre. Jamás debemos plantearnos la posibilidad de que podamos poner fin a esta batalla de los pueblos con una rendición cobarde. Incluso el más leve susurro de eso sería una desviación de la política clara e inflexible de nuestra dirección de guerra, con la que nos mantenemos firmes o caemos. Sólo hay una manera de salvarnos, y es mediante la valentía en todo momento. Eso al final no sólo dará como resultado coronas de laurel, sino también la victoria. El que en el campo enemigo crea que nos ha aturdido con sus golpes se engaña a sí mismo y no sabe quiénes somos. Nosotros nos limpiamos la sangre de los ojos y miramos directamente y sin miedo al enemigo. Sus frases seductoras sólo encuentran oídos sordos en nosotros. Nuestra salvación está en las armas. Las forjamos y las manejamos para la batalla final que decidirá todo. Esa es nuestra gran oportunidad hoy. Depende enteramente de nosotros si mañana será nuestra gran victoria.

Joseph Goebbels - el año 2.000.

25 de febrero de 1945

Según fuentes norteamericanas, los tres jefes de guerra enemigos han aceptado en la Conferencia de Yalta la propuesta de Roosevelt de un programa de ocupación que destruirá y exterminará al pueblo alemán hasta el año 2000. Hay que reconocer que la propuesta es un tanto grandiosa, pues recuerda a los rascacielos de Nueva York que se elevan hasta el cielo y cuyos pisos superiores se balancean con el viento. ¿Cómo será el mundo en el año 2000? Stalin, Churchill y Roosevelt lo han determinado, al menos en lo que respecta al pueblo alemán. Sin embargo, cabe dudar de que ellos y nosotros actuemos de la manera prevista. Nadie puede predecir el futuro lejano, pero hay algunos hechos y posibilidades que están claros para los próximos cincuenta años. Por ejemplo, ninguno de los tres estadistas enemigos que desarrollaron este brillante plan seguirá vivo, Inglaterra tendrá como máximo 20 millones de habitantes, los hijos de nuestros hijos habrán tenido hijos y los acontecimientos de esta guerra habrán quedado en el mito. También se puede predecir con un alto grado de certeza que Europa será un continente unido en el año 2000. Se volará de Berlín a París para desayunar en quince minutos, nuestras armas más modernas serán consideradas antigüedades, y mucho más. Sin embargo, Alemania seguirá estando bajo ocupación militar según los planes de la Conferencia de Yalta y los ingleses y los americanos estarán entrenando a su pueblo en la democracia.

¡Qué vacíos deben estar los cerebros de estos tres charlatanes, al menos en el caso de dos de ellos! El tercero, Stalin, persigue objetivos mucho más ambiciosos que sus dos camaradas. Ciertamente no planea anunciarlos públicamente, pero él y sus 200 millones de esclavos lucharán con fiereza y tenacidad por ellos. Él ve el mundo de una manera diferente a la de esos cerebros plutocráticos. Él ve un futuro en el que el mundo entero está sometido a la dictadura de la Internacional de Moscú, es decir, del Kremlin. Su sueño puede parecer fantástico y absurdo, pero si nosotros los alemanes no lo detenemos, sin duda se convertirá en realidad. Eso ocurrirá de la siguiente manera: si el pueblo alemán depone las armas, los soviéticos, según el acuerdo entre Roosevelt, Churchill y Stalin, ocuparán toda Europa del Este y del Sudeste junto con la mayor parte del Reich. Una cortina de hierro caerá sobre ese enorme territorio controlado por la Unión Soviética, tras la cual se masacrarán naciones. La prensa judía de Londres y Nueva York probablemente seguirá aplaudiendo. Todo lo que quedará es materia prima humana, una masa estúpida y fermentada de millones de animales de trabajo proletarizados desesperados que sólo sabrán lo que el Kremlin quiere que sepan sobre el resto del mundo. Sin liderazgo, caerán indefensos en manos de la sangrienta dictadura soviética.

El resto de Europa caería en una confusión política y social caótica que prepararía el camino para la bolchevización que vendría después. La vida y la existencia en esas naciones se convertirían en un infierno, que era, después de todo, el objetivo del ejercicio. Aparte de los problemas internos de naturaleza económica, social y política, Inglaterra sufriría una disminución demográfica que la dejaría aún menos capaz de defender sus intereses en Europa y el resto del mundo de lo que es hoy. En 1948, la campaña de reelección de Roosevelt fracasaría, tal como la de Wilson después de la Primera Guerra Mundial, y un aislacionista republicano se convertiría en presidente de los Estados Unidos. Su primer acto oficial probablemente sería retirar las tropas estadounidenses del caldero de brujas europeo. Sin duda, toda la población de los Estados Unidos lo aprobaría. Como no habría otra potencia militar en el continente, en el mejor de los casos, 60 divisiones británicas se enfrentarían a 600 divisiones soviéticas. El bolchevismo ciertamente no habría permanecido inactivo durante ese período. Un gobierno laborista, tal vez incluso un radical medio bolchevique, estaría en el poder en Inglaterra. Bajo la presión de la

opinión pública, agitada por la prensa judía y de un pueblo cansado de la guerra, pronto anunciaría su falta de interés por Europa. Con qué rapidez pueden suceder estas cosas, lo demuestra el ejemplo de Polonia de hoy. La llamada Tercera Guerra Mundial probablemente sería breve y nuestro continente estaría a los pies de los robots mecanizados de las estepas. Sería una situación desafortunada para el bolchevismo. Sin duda saltaría a Inglaterra y incendiaría la tierra de la democracia clásica. El telón de acero caería una vez más sobre esta enorme tragedia de naciones. En los próximos cinco años, cientos de millones de esclavos construirían tanques, aviones de combate y bombarderos; luego comenzaría el asalto general contra los Estados Unidos. El hemisferio occidental, al que nunca hemos amenazado a pesar de las acusaciones mentirosas, estaría entonces en el peligro más grave. Un día, los estadounidenses maldecirán el día en que un presidente norteamericano, olvidado hace mucho tiempo, publicó un comunicado en una conferencia en Yalta, que se habrá hundido en la leyenda. Las democracias no están en condiciones de enfrentarse al sistema bolchevique, ya que emplean métodos completamente diferentes. Son tan impotentes contra él como lo eran los partidos burgueses en Alemania frente a los comunistas antes de que nosotros tomáramos el poder.

A diferencia de los Estados Unidos, el sistema soviético no tiene por qué preocuparse por la opinión pública ni por el nivel de vida de su población. Por lo tanto, no tiene por qué temer la competencia económica norteamericana, por no hablar de su competencia militar. Incluso si la guerra terminara como imaginan Roosevelt y Churchill, los países plutocráticos estarían indefensos ante la competencia de la Unión Soviética en el mercado mundial, a menos que decidieran reducir drásticamente los salarios y el nivel de vida. Pero si lo hicieran, no podrían resistir la agitación bolchevique. Sea como fuere, Stalin siempre sería el ganador y Roosevelt y Churchill los perdedores. La política de guerra angloamericana ha llegado a un callejón sin salida. Han convocado a los espíritus y ya no pueden librarse de ellos. Nuestras predicciones, empezando por Polonia, están empezando a ser confirmadas por una notable serie de acontecimientos actuales. Cuando los ingleses y los norteamericanos hacen planes para el año 2000, no podemos evitar sonreír. Serán felices si sobreviven hasta 1950. Ningún inglés pensante deja de darse cuenta hoy de esto. El primer ministro británico llevaba un abrigo de piel ruso en la Conferencia de Yalta. Esto despertó comentarios desafortunados en el público inglés. Cuando las agencias de noticias de Londres informaron más tarde de que se trataba de un abrigo de piel canadiense, nadie les creyó.

La gente vio en el asunto un símbolo de la subordinación de Inglaterra a la voluntad del Kremlin. ¡Qué pasó con los días en que Inglaterra tenía una voz importante, incluso decisiva, en los asuntos mundiales! Un influyente senador norteamericano comentó recientemente: «¡Inglaterra es sólo un pequeño apéndice de Europa!» Sus camaradas ya la tratan de esa manera. ¿Se merece algo mejor? En un momento dramático de la historia europea, declaró la guerra al Reich, desatando una conflagración mundial que no sólo se salió de control, sino que amenaza con dejar a la propia Inglaterra en ruinas. Una pequeña extensión de Alemania en territorios puramente alemanes hacia el este fue motivo suficiente para ver una amenaza al equilibrio de poder europeo. En la guerra resultante, Inglaterra se vio en la necesidad de deshacerse de su política de equilibrio de poder, que se había mantenido durante doscientos años. Ahora ha entrado en Europa una potencia mundial que comienza en Vladivostok, al este, y no descansará en Occidente hasta que haya incorporado a Gran Bretaña a su dictadura. Es más que ingenuo que el primer ministro británico planifique el estatus político y social del Reich en el año 2000. En los próximos años y décadas, Inglaterra probablemente tendrá otras preocupaciones.

Tendrá que luchar desesperadamente para mantener una pequeña porción de su antiguo poder en el mundo. Recibió los primeros golpes en la Primera Guerra Mundial, y ahora, durante la Segunda Guerra Mundial, se enfrenta al golpe de gracia final. Uno puede imaginar que las cosas resultarán de otra manera, pero ahora es demasiado tarde. El Führer hizo numerosas propuestas a Londres, la última de ellas cuatro semanas antes de que comenzara la guerra. Propuso que la política exterior alemana y británica trabajaran juntas, que el Reich respetaría el poder marítimo de Inglaterra como Inglaterra respetaría el poder terrestre del Reich y que existiría paridad en el aire. Ambas potencias se unirían para garantizar la paz mundial, y el Imperio británico sería un componente decisivo de esa paz. Alemania incluso estaría dispuesta a defender ese imperio con medios militares si fuera necesario. En tales condiciones, el bolchevismo se habría visto confinado en sus lugares de origen, aislado del resto del mundo. Ahora el bolchevismo está en el río Oder. Todo depende de la firmeza de los soldados alemanes. ¿Será empujado el bolchevismo

hacia el Este o su furia inundará Europa occidental? Esa es la situación de la guerra. El Comunicado de Yalta no cambia las cosas en lo más mínimo. Las cosas dependen únicamente de esta crisis de la cultura humana. La resolveremos nosotros o no se resolverá en absoluto. Esas son las alternativas. Los alemanes no somos los únicos que decimos esto. Cualquier persona pensante sabe que hoy, como tantas otras veces en el pasado, el pueblo alemán tiene una misión europea. No podemos perder el coraje, aunque la misión traiga consigo un enorme dolor y sufrimiento. Los necios sabelotodo han llevado al mundo más de una vez al borde del abismo. En el último momento, la visión de la terrible miseria alarmó a la humanidad lo suficiente como para que diera un paso atrás decisivo en el momento crítico. Así será también esta vez. Hemos perdido mucho en esta guerra. Lo único que nos queda son nuestras fuerzas militares y nuestros ideales. No podemos renunciar a ellos. Son la base de nuestra existencia y del cumplimiento de nuestras obligaciones históricas. Es duro y terrible, pero también honorable. Se nos encomendó nuestro deber porque sólo nosotros tenemos el carácter y la firmeza necesarios.

Cualquier otro pueblo se habría derrumbado. Sin embargo, nosotros, como Atlas, llevamos el peso del mundo sobre nuestros hombros y no dudamos. Alemania no será ocupada por sus enemigos en el año 2000. La nación alemana será el líder intelectual de la humanidad civilizada. Nos estamos ganando ese derecho en esta guerra. Esta lucha mundial con nuestros enemigos vivirá sólo como una pesadilla en la memoria de la gente. Nuestros hijos y sus hijos erigirán monumentos a sus padres y madres por el dolor que sufrieron, por la estoica firmeza con la que soportaron todo, por la valentía que demostraron, por el heroísmo con el que lucharon, por la lealtad con la que se adhirieron a su Führer y a sus ideales en tiempos difíciles. Nuestras esperanzas se harán realidad en su mundo y nuestros ideales serán realidad. Nunca debemos olvidarlo cuando veamos las tormentas de esta era salvaje reflejadas en los ojos de nuestros hijos. Actuemos de modo que nos merezcamos sus bendiciones eternas, no sus maldiciones.

Joseph Goebbels - ¡mirad con confianza al timonel!

4 de marzo de 1945

Es natural que, después de cinco años y medio de guerra, el mundo entero se vea invadido por un cansancio generalizado. La larga duración de esta lucha que abarca pueblos y continentes exige sacrificios de la fuerza y los nervios de las personas. Esto en sí no es un signo de mala moral y de mala conducta. A diferencia de 1918, por ejemplo, aquí en Alemania nadie exige que el gobierno concluya la paz a cualquier precio. Al contrario, todos esperan que la paz venidera corresponda a los sacrificios que el pueblo alemán ha hecho en esta guerra. Es nuestro deber hacia nosotros mismos, hacia nuestros muertos, hacia nuestros hijos y nietos que esta titánica batalla por nuestra vida nacional no pierda su significado más profundo, sino que conduzca, por el contrario, a los orgullosos resultados que todos esperamos. Sin embargo, amar la paz y esperarla no es ninguna vergüenza. Aparte de unos pocos personajes depravados en países enemigos que ganan dinero con la guerra, la gente en todo el mundo piensa y siente exactamente como nosotros en este asunto.

¿Por qué deberíamos avergonzarnos de admitirlo? Lo único importante es cómo se llega a la paz y cuál será su naturaleza. En este punto las opiniones difieren. Lo que los líderes de guerra enemigos han preparado en su conferencia de Yalta es algo que ni siquiera podemos discutir. Probablemente nadie del bando enemigo espera que prestemos atención a las decisiones de Yalta o que siquiera les demos una respuesta digna. Por ejemplo, ¿cómo habría reaccionado Inglaterra durante el período de nuestras grandes victorias si hubiéramos hecho exigencias tan presuntuosas? El público británico habría reaccionado con una tormenta de ira e indignación, y cualquier primer ministro inglés que respondiera con algo que no fuera desprecio habría sido depuesto en cuestión de horas. ¿Por qué debería sorprenderse alguien en Londres que Alemania responda de la misma manera a la decisión de Yalta? Sin duda, nuestra conducta durante todo el curso de la guerra ha demostrado nuestra firmeza y lealtad a nuestra causa, insuperables para cualquier otro pueblo de la Tierra. Incluso creemos que tenemos buenas razones para la orgullosa convicción de que muchos otros pueblos se habrían derrumbado bajo las cargas que hemos llevado en esta guerra, y que siempre hemos dominado, aunque a veces con uñas y dientes. ¡Cuántas veces ha proclamado el bando enemigo que nos derrumbaríamos hoy o mañana, y cuántas veces sus precipitadas profecías se han demostrado falsas a medida que se desarrollaba la guerra!

Esa es una prueba del hecho de que el enemigo piensa que somos más débiles y más susceptibles de lo que en realidad somos. El pueblo alemán de hoy es de una calidad diferente a la que el mundo conoció en el pasado, y así seguirá siendo hasta el final de la guerra y hasta nuestra victoria. Nos lo debemos a nosotros mismos, ya que hay más en juego en esta guerra de lo que algunos de nosotros intuimos o queremos creer. De lo contrario, ¿por qué el bando enemigo se enfureció contra nosotros durante seis años, sufriendo las pérdidas más sangrientas? Su objetivo es destruir completamente el Reich y aniquilar biológicamente al pueblo alemán. Cualquiera puede imaginarse fácilmente lo que eso significa para nosotros y para las generaciones alemanas que nos seguirán. La seriedad con la que el lado enemigo toma este plan diabólico se ve claramente en sus repetidas y solemnes declaraciones. Si de vez en cuando hicieran una insinuación de concesión en un momento psicológicamente favorable de la guerra para ellos, sería sólo por razones tácticas y con la intención de engañarnos. Pero ni siquiera eso hacen. Lo quieren todo. No nos queda más que responderles con la misma coherencia y con un fanatismo aún mayor. Nadie puede decir cómo y cuándo terminará esta guerra. Sin embargo, cada alemán debe estar seguro de que sólo puede terminar y terminará con una victoria y con

nuestra plena autoafirmación. Es evidente que la cuestión que más se debate entre nuestro pueblo hoy es cómo en la actual crítica fase, pueden surgir nuevas posibilidades de cambiar la suerte de la guerra. Pero es igualmente evidente que la opinión pública sólo puede recibir una respuesta imperfecta a esta pregunta. No sólo nos interesa a nosotros, sino también al enemigo. La preocupación de que la reciente ofensiva soviética haya reducido nuestra capacidad militar y agrícola de tal manera que sólo podamos continuar la guerra por un período limitado es infundada. Lo mismo dijeron al comienzo de la ofensiva aérea enemiga contra nuestras industrias de guerra y sistema de transporte. La energía alemana, la inventiva alemana y el espíritu emprendedor alemán desmintieron las mentiras de nuestros enemigos. Lo mismo será cierto esta vez. Por cierto, no hemos renunciado a las zonas que perdimos debido a la ofensiva soviética de Baranov. Las recuperaremos. Los preparativos para ello están en plena marcha, pero naturalmente requerirán algún tiempo antes de que se completen. Repetimos lo que hemos dicho muchas veces antes: cuando uno quiere ganar una guerra, lo principal es mantenerse en pie incluso en situaciones críticas y contraatacar cuando se presente la oportunidad.

Eso requiere una confianza absoluta en sí mismo. No la podemos perder, porque es la base de nuestra lucha continua y de nuestra propia existencia cuando esta guerra haya terminado. Nuestra confianza en nosotros mismos se basa en nuestras victorias pasadas, pero tampoco se ve refutada por nuestras derrotas. Hoy en día, es una falta de visión que el mundo neutral piense que el bolchevismo tiene más éxito que el Nacional Socialismo. La Unión Soviética tiene más del doble de habitantes que nosotros. Posee un potencial agrícola y armamentístico mucho mayor, que ha estado totalmente libre de ataques aéreos. El Ejército Rojo cuenta con la ayuda de un gran número de divisiones angloamericanas en nuestros flancos occidental y meridional. Si nuestra situación fuera tan favorable, hace tiempo que habríamos acabado con los soviéticos. Para ellos es fácil avanzar. Pero ¿qué tiene eso que ver con nuestra confianza en nosotros mismos? Los acontecimientos más recientes de la guerra lo confirman, no lo refutan. Y la incursión soviética en territorio alemán los coloca en una situación enormemente precaria que nos abre oportunidades favorables si las aprovechamos adecuadamente. Éstas serán decisivas para el desarrollo de la guerra futura.

El requisito previo es que no perdamos la confianza en nosotros mismos. Debemos estar alerta en todo momento. Dada la superioridad material del enemigo, no podemos evitar una estrategia de improvisación y debemos hacer de la necesidad virtud. Pero también en esto encontramos cada vez más fuerzas dentro del país. Es difícil derrotar a un pueblo de casi cien millones si sigue decidido a no dejarse vencer en ninguna circunstancia. Todo depende de esta determinación. Es necesaria tanto para la dirección como para todo el pueblo. Debemos ser absolutos en nuestra actitud ante el desgaste. Dada la voluntad destructiva de nuestro enemigo, que no es necesario demostrar, ya que la ha revelado con demasiada frecuencia, no tenemos otra opción. El cansancio que puede afectarnos de vez en cuando debe ser superado por todos mediante la autodisciplina. Se parece al cansancio del corredor de maratón cuando tiene que recorrer sus últimos cinco kilómetros. Nunca llegará a la meta en las mismas condiciones en que estaba cuando comenzó. Y eso no es importante. Es mucho más importante que durante los últimos minutos deje de lado todo letargo físico y espiritual con un esfuerzo sobrehumano, porque estos son los peores enemigos del éxito.

Esta guerra no es sólo una cuestión de la corona de laurel para nuestro pueblo, sino de toda su existencia. Perderíamos si fracasamos, y quien salve su vida personal en una catástrofe así seguramente estará peor que si hubiera sacrificado su vida para impedirla. La prensa enemiga deja claro a diario cuánto espera y especula sobre que depongamos las armas. Siempre se dice a sí mismo que la guerra será fácil a partir de ahora porque se la haremos fácil. Esa es la prueba de por qué debemos hacer lo contrario. Alemania ganará esta guerra si no pierde su confianza. Si nuestros enemigos no logran derrotarnos y someter al pueblo alemán a su voluntad destructiva, todo lo que nos sea favorable seguirá su ejemplo. Esa es la condición previa absoluta no sólo para nuestro éxito y nuestro futuro, sino también para el éxito y el futuro de todo nuestro continente y de todos los demás pueblos. ¡Qué terrible sería el mundo si perdiera el Reich como creador del orden! Probablemente se convertiría en un infierno en pocos años. La guerra no terminaría, sino que las potencias rivales de la coalición enemiga la continuarían utilizando a nuestros padres e hijos como soldados, convirtiendo nuestra tierra natal en un campo de batalla. El Reich se hundiría en una situación similar a la que se produjo al final de la Guerra de los Treinta Años, con la diferencia de que nosotros tendríamos que hacer el mismo sacrificio, pero no por

nuestros propios fines, sino sólo por los de nuestros enemigos. Hay cosas peores que las que ahora estamos padeciendo, y vendrían automáticamente si perdiéramos el valor en un momento de descuido y abandonáramos nuestra causa. En la guerra se puede hacer casi todo, pero bajo ninguna circunstancia se pueden deponer las armas. Mientras se las tenga en las manos, se es dueño de las propias decisiones. Incluso si se ha perdido temporalmente el control de los acontecimientos, existe la posibilidad de recuperarlo. Así como un soldado que arroja su arma carece de honor, lo mismo le ocurre a un pueblo. Un arma da a ambos la posibilidad de cambiar el curso de los acontecimientos, incluso en situaciones aparentemente desesperadas. Sin armas están indefensos y no tienen más remedio que levantar las manos cuando el enemigo se acerca. Un soldado no siempre conoce las consecuencias de eso, pero nuestro pueblo sí. Debe saberlo porque el enemigo ha dejado de dudar. Casi deberíamos estarle agradecidos por ello, ya que nos protege de la debilidad.

Cada uno de nosotros tiene claro que no tenemos otra opción que luchar y sobrevivir. Hoy tenemos todos los recursos y las posibilidades necesarias. Es cierto que no tenemos todos los recursos que teníamos antes, pero eso significa que tenemos que utilizar todas nuestras fuerzas y no dejar de hacer nada que pueda llevar a un cambio en la suerte de la guerra. Por difícil que sea, debemos tener éxito. Nosotros, los alemanes, nunca hemos tenido una historia fácil. Nuestro pueblo no vive bajo las estrellas favorables de otros pueblos. Sin embargo, no los envidiamos. Las dificultades de nuestra existencia nacional han formado nuestro carácter nacional que ahora debe demostrar su valía en medio de mil peligros y cargas. Esta prueba trae enormes sufrimientos a nuestro pueblo, pero en sus etapas finales no puede faltarnos la actitud moral correspondiente; de hecho, debemos mostrarla. El mundo entero está cansado de la guerra. Estamos en las últimas etapas de su gran batalla entre los pueblos. Depende de quién pierda el aliento primero y abandone la batalla. El mundo tiene más respeto y admiración por nuestra resistencia de lo que puede expresar en público. Nos debemos a nosotros mismos y a ellos, aunque sólo lo merezcan parcialmente, estar preparados para la hora decisiva en que nuevas oportunidades puedan cambiar las cosas a nuestro favor. No decimos esto para responder a preocupaciones serias con frases baratas.

Los tiempos son demasiado serios para eso. Estamos orgullosos de que desde el comienzo de la guerra hemos hablado sólo en interés nacional, sin ninguna ambición personal, sólo obedientes a los hechos. Seguiremos haciéndolo. Ningún poder en la tierra, ninguna miseria, ninguna desgracia nos hará doblegarnos por temor a lo que la gente piense. No diremos cosas que proporcionen un alivio temporal a los dolores de esta guerra, sino que haremos sólo propuestas que conduzcan a la recuperación duradera del mundo. Nuestro pueblo lo comprenderá; otros pueblos tendrán que aprender a comprenderlo. Los desarrollos de la guerra están dando pasos gigantescos hacia la gran decisión venidera. Las condiciones de 1918 no se repetirán, ni las cosas terminarán así. Nuestro pueblo no quedará indefenso. Nosotros, los alemanes, somos demasiado maduros políticamente para eso y hemos sufrido demasiado en esta guerra. Debemos luchar por el significado de este sacrificio. No será en vano, debemos emplear nuestras últimas fuerzas para impedirlo. El salvaje tifón de este inmenso drama de los pueblos se desata sobre la humanidad. Su fuerza parece inquebrantable, pero por todas partes hay señales de que está menguando. Por eso nuestro lema es éste: ¡Ánimo, mantente firme, no saltes por la borda por muy embravecido que esté el mar, porque eso es una muerte segura, sino mira con confianza al timonel y con fuerzas unidas hacia la meta!

Joseph Goebbels - ¡así es como derrotaremos a los soviéticos!

11 de marzo de 1945

Por la tarde, el Ministro del Reich, Dr. Goebbels, habló en la ciudad de Görlitz, frente a miles de soldados, hombres de la Volkssturm, Juventudes Hitlerianas, mujeres y trabajadores de armamento. Junto a los trabajadores de armamento se veían numerosas mujeres que valientemente se quedan en sus puestos, que son decisivos para el esfuerzo bélico, pero también a las desafortunadas madres que sufrieron la rabia y los horrores de la soldetska bolchevique, y que aún tienen ante sus ojos la visión de sus hijos torturados hasta la muerte. Cuando el Dr. Goebbels mencionó estos indescriptibles actos bestiales soviéticos, se refirió a la gloriosa historia de esta orgullosa provincia, en particular a la de Görlitz, que estuvo involucrada por primera vez en el baño de sangre mongol hace más de 700 años, y luego resistió con éxito el ataque de los husitas hace 500 años. No es la primera vez que la patria de Silesia ha tenido que superar las estepas de Asia central, y los descendientes de aquellas valientes generaciones están tan decididos como sus antepasados a dar lo mejor de sí mismos para derrotar este peligro mortal. Nuestros padres no lo tuvieron más fácil que nosotros hoy.

No seríamos hoy, no existiríamos, si ellos no hubieran cumplido con su deber entonces como nosotros debemos hacerlo hoy. Así como honramos a estos padres y abuelos cuya conducta viril garantizó la libertad y la vida de las generaciones alemanas que vinieron después, también nuestros hijos y nietos estarán agradecidos de que hagamos lo mismo por ellos hoy. El Dr. Goebbels llamó a los oficiales y soldados presentes como testigos de que los soviéticos ignoran todas las reglas de la guerra de la manera más despreciable. El resultado es que se encuentran con un espíritu de resistencia que se vuelve cada día más decidido y duro. El grito de que se elimine el odiado yugo que envuelve el alma de nuestro torturado pueblo es un recordatorio constante y da a nuestras divisiones de combate y unidades del Volkssturm una fuerza hasta entonces desconocida. El shock que nos sobrecogió al principio ya no nos aterroriza, y en lugar del pánico que el odiado enemigo espera sembrar entre nosotros, hoy sólo se encuentra con el deseo unánime de cientos de miles de soldados en el frente oriental: “Derrotad a los bolcheviques dondequiera que los encontréis”.

Si en medio de una determinación tan férrea aparece de vez en cuando un escéptico cobarde que pregunta qué se puede hacer frente a las pesadas cargas del presente, la respuesta del Dr. Goebbels, breve y concisa, es: “Si no queremos vender nuestras vidas y las vidas de nuestro pueblo, ahora y para siempre, al precio más bajo, todos debemos permanecer en nuestros puestos y luchar fanáticamente, ya sea en el este o en el oeste, o en el frente interno”. El enemigo no ha dejado ninguna duda de lo que hará con nuestras mujeres, nuestros hijos, incluso con los hijos de nuestros hijos, si fracasamos en esta hora decisiva de una batalla continental entre pueblos, si perdemos el coraje y hacemos lo peor que cualquier pueblo puede hacer en una batalla, es decir, deponer las armas y renunciar a nuestra causa. Al último escéptico de nuestra tierra y, sobre todo, al enemigo que cree estar en la cima de la victoria: “Nunca llegará la hora en que capitulemos y nunca en la historia hay un ejemplo de un pueblo que se haya perdido si no se ha dado por perdido”. El Dr. Goebbels concluyó la reunión de masas, caracterizada por apasionadas expresiones de acuerdo, con un llamamiento a todos los alemanes, a los soldados del este, oeste y sur, a los hombres del Volkssturm, a la juventud y a la población trabajadora de su país: “¡Quedaos donde debéis, cavad nuestra tierra natal de una manera genuinamente varonil! No os debilitéis ni dejéis que vuestro corazón tema. El enemigo puede ser derrotado y lo hemos derrotado con bastante frecuencia. Debemos superar la superioridad material del enemigo con la superioridad de nuestros corazones y nuestra firmeza. Tenemos menos material de guerra;

debemos actuar con valentía, inteligencia e independencia dondequiera que nos encontremos con él. No podemos ceder un centímetro de suelo alemán sin provocar la más grave pérdida de sangre. Debemos luchar contra él en los campos, en los bosques, en las ciudades, en cada calle y en cada casa, hasta que los océanos de sangre que ha vertido en esta batalla le hagan incapaz de continuar. Entonces llegará la hora de nuestro triunfo. La historia nos concederá la victoria que todos hemos ganado. Los fragmentos que aparecen más arriba son una pequeña parte de lo que dijo Goebbels. Otras partes de su discurso sobreviven en imágenes de noticieros. Allí dice: “Cuando nuestros soldados ataquen aquí o allá en el Frente Oriental, no pedirán perdón ni lo darán. Las unidades que han iniciado pequeñas ofensivas se unirán en las próximas semanas y meses a una gran ofensiva. Entraremos en esta ofensiva como si estuviéramos entrando en un servicio religioso. Y cuando tomen sus armas y suban a sus tanques, tendrán ante sus ojos a sus hijos asesinados y mujeres violadas, y se elevará un grito de venganza ante el cual nuestros enemigos palidecerán. Como el Führer superó las crisis del pasado, también superará esta crisis. Está firmemente convencido de ello. Anteayer me dijo que estaba seguro de que podríamos superar esta crisis y comenzar nuevas ofensivas, haremos retroceder y derrotaremos al enemigo y que llegará el día en que izaremos nuestras banderas en señal de victoria. Cree en esto con tanta firmeza como ha creído en cualquier otra cosa en su vida”.

Joseph Goebbels - la historia como profesora.

1 de abril de 1945

En algunos casos, se dice que esta guerra no tiene paralelo en la historia y que, por lo tanto, no es convincente recurrir a ejemplos históricos. Se dice que la situación político-militar de la Segunda Guerra Púnica o de la Guerra de los Siete Años difiere mucho de la actual. Ambas luchas históricamente decisivas se desarrollaron en situaciones y condiciones diferentes, sobre todo porque la guerra técnica moderna hace obsoletas todas las concepciones anteriores de las batallas dramáticas entre pueblos. Estas objeciones no son válidas, como tampoco lo es el argumento de que no se puede detener un tanque angloamericano o soviético sólo con determinación. Hasta donde sabemos, nadie ha dicho eso, sólo, como mucho, que la valentía es la base de la prueba militar de nuestro pueblo y que cada uno de nosotros es capaz de encontrar una manera de sobrevivir, incluso si los recursos y las posibilidades para hacerlo varían con el tiempo. En resumen, todo depende de si un pueblo cuya vida está amenazada cede ante el peligro o si utiliza todas sus fuerzas para resistir y, por lo tanto, supera incluso los desafíos y las pruebas de valor más severos.

Los ejemplos históricos no se utilizan para fortalecer nuestra moral de combate porque corresponden en cada detalle a la fatídica guerra actual de nuestro pueblo contra un mundo de enemigos. Sería más que una tontería decir eso. Sabemos que las tres guerras púnicas se libraron para establecer la ciudad-estado romana como el centro del gobierno mundial, y que Prusia tuvo que luchar tres veces contra coaliciones enemigas cambiantes para ganar Silesia y obtener el liderazgo del entonces totalmente derrotado Reich alemán. Está claro que las batallas de Roßbach y Leuthen tienen muy poco en común con las batallas actuales en el Rin o el Oder, y que las batallas modernas de material se desarrollan en condiciones completamente diferentes y se libran con métodos completamente diferentes a las tres guerras púnicas o las tres guerras de Silesia, y que en este sentido los ejemplos históricos tienen una fuerza persuasiva relativamente limitada. Sin embargo, otros ejemplos históricos proporcionan lecciones para hoy. Tanto pueblo, como líderes, podemos y debemos aprender de ellos tanto en los buenos como en los malos tiempos. Nos dan pautas de conducta a partir de acontecimientos del pasado lejano que, sin duda, son distintos en cuanto a la situación, pero muy similares en cuanto a las formas en que un pueblo y sus dirigentes deben responder.

En cualquier caso, siempre podemos ver que la lectura de las cartas y escritos de Federico el Grande o la historia de Mommsen sobre la Segunda Guerra Púnica nos dan más fuerza en las fases críticas de esta guerra que la lectura de las mentiras diarias de la prensa anglosajona. Los primeros documentos tratan de acontecimientos históricos que pueden verse en su contexto completo. Han demostrado su veracidad a lo largo de dos siglos o dos milenios, mientras que los segundos son tan longevos como las moscas de mayo. La guerra que tenemos que sobrevivir hoy no se limita a los acontecimientos actuales. Sería más que terrible si así fuera. Tiene una dimensión histórica, como la tienen todas las grandes y decisivas batallas entre pueblos. Eso es muy difícil de ver en el rostro cubierto de sangre y lágrimas de este tiempo salvaje y dramático, pero eso no es prueba de que no exista. De esta guerra surgirá un mundo nuevo, ya sea para bien o para mal. Si la guerra termina con la victoria de nuestros enemigos, los alemanes estaremos condenados a ser esclavos y mulas de carga del mundo entero. No hace falta preguntar a nuestro pueblo si está dispuesto a aceptar ese papel. La única cuestión hoy es qué medios y oportunidades nos quedan para impedirlo. Siempre tenemos más que suficientes si mantenemos la cabeza fría y nos mantenemos en pie, independientemente de la situación. Las oportunidades cambian a diario, a veces cada hora. Durante los 18 años de la Segunda Guerra

Púnica, Roma sufrió tantas derrotas que más de una vez estuvo al borde del abismo. Los cobardes entre sus ciudadanos a menudo tuvieron la oportunidad de hablar de capitular ante Cartago. Lo decisivo fue que esas voces no encontraron audiencia en el Senado romano ni entre el pueblo romano. Sus hombres maldecían y se quejaban después de terribles derrotas y sus mujeres lloraban por los héroes caídos, pero luego volvían al campo de batalla o al trabajo. No hace falta decirnos que no había tanques en aquel entonces. Eso lo sabemos. Aníbal, sin embargo, cruzó los Alpes con elefantes, contrariamente a todos los pensamientos y expectativas. Su repentina aparición en el norte de Italia desató tanto miedo y terror como la aparición inesperada de los tanques soviéticos o angloamericanos. El acontecimiento es fundamentalmente el mismo y, por tanto, opinamos que la reacción también debe ser la misma si queremos sobrevivir. Durante los dos últimos años, tanto los países enemigos como los neutrales nos han dicho a menudo que estábamos acabados, incluso nos han aconsejado urgentemente que capituláramos incondicionalmente lo antes posible. Pero, con la misma frecuencia, ¿no hemos superado los enormes peligros a los que nos enfrentábamos?

Si uno lee los periódicos contemporáneos de los años oscuros de la Tercera Guerra de Silesia, no encontrará voces que hablen en favor de Federico. Fue el único que no se rindió, y eso fue más importante para el resultado de la Guerra de los Siete Años y su victoria que el hecho de que sus enemigos creyeran que había perdido. No debemos pensar que somos tan estúpidos como para no darnos cuenta de las diferencias entre la guerra moderna y la guerra del siglo XVIII. Sin embargo, rechazamos de plano el argumento de que la técnica y la guerra motorizada han cambiado fundamentalmente la guerra misma, de que las guerras anteriores se determinaban por la firmeza de los líderes militares y de los pueblos en guerra (lo cual difícilmente se puede negar dados los resultados que podemos ver), pero que las guerras en nuestro siglo se deciden exclusivamente por los recursos y el material. Esta es la opinión barata pero de ningún modo exacta de los idiotas cobardes. Probablemente dijeron cosas similares sobre los elefantes de Aníbal durante la Segunda Guerra Púnica, y durante la Tercera Guerra de Silesia intentaron demostrar que Prusia, desangrada y con unos cuatro millones de habitantes, apenas podía hacer frente a cuarenta millones de enemigos.

Sin embargo, no fueron ellos los que determinaron el resultado, sino hombres de corazón fuerte. Encontraron una refutación tan aplastante que sus nombres fueron completamente olvidados, gracias a Dios (y para su propia buena suerte), mientras que personalidades valientes y fuertes no solo demostraron tener razón, sino que pudieron salvar su causa y, con ello, a sus pueblos. ¡Cuántas veces, durante nuestra lucha por el poder, se ha demostrado que nuestra causa era completamente desesperada por razones matemáticas, sin que nos desanimáramos en lo más mínimo! De nuevo escuchamos este argumento, que entonces se esgrimía, como mucho, con prohibiciones de reuniones, no con batallas de tanques. Sin embargo, el miembro de las SA y de las SS tenía que lanzarse contra fuerzas diez o veinte veces superiores, a veces incluso cien veces superiores. Si moría, era lo mismo que cuando un soldado alemán cae hoy en una batalla de tanques. La magnitud de las batallas que uno se ve obligado a librar por la vida de su pueblo es menos decisiva que la voluntad de sacrificio que demuestra. Una causa es desesperada sólo cuando quienes luchan por ella la consideran desesperada y actúan en consecuencia. La historia demuestra una y otra vez que una crisis histórica sólo se puede superar con el mayor riesgo y la mayor pérdida de sangre.

Roma perdió 70.000 hombres en la batalla de Cannas, casi la totalidad de sus fuerzas armadas. Tenía todos los motivos para desesperar, pues el camino hacia la Ciudad Eterna estaba abierto para Aníbal. A la jefatura romana apenas le quedaban tropas. Sin embargo, Roma no se desesperó, y su terquedad fue el requisito fundamental para el posterior Imperio Romano. Creemos firmemente que, a largo plazo, la heroica lucha actual de nuestro pueblo dará como resultado el establecimiento de el Reich más orgulloso que la historia haya visto jamás. Pero eso depende sólo de nosotros. Cada gran hazaña individual de hoy, ya sea en batallas, ya sea en sufrimiento y resistencia, es una piedra sobre la que construir. Llegará el día en que nada de lo que hoy debamos soportar habrá sido en vano. Admitimos abiertamente que cuando miramos a nuestro alrededor en medio de esta era sombría y malvada, nos sentimos mejor con los grandes héroes de la historia humana que con los redituables periodistas de Londres, Washington y Moscú, que ajustan sus banderas al viento y están dispuestos en cualquier momento a despreciar hoy lo que ayer adoraban. Sin embargo, nunca son capaces de dar apoyo o consuelo en momentos críticos. Ninguno de ellos, ni un Alejandro, ni un Fabio, ni un Escipión. ni un César,

ni uno de nuestros grandes Káiseres alemanes ni uno de nuestros grandes reyes prusianos, actuarían hoy en nuestra situación de manera diferente a como lo hacemos nosotros. Nadie renunciaría a su valiente determinación ante la furia destructora del enemigo ni, como dice Clausewitz, sacrificaría la historia universal por una página de un periódico mentiroso. Así es como nos sentimos, así es como pensamos y así es como siempre actuaremos. Si la llamada opinión pública de los estados enemigos nos recomienda lo contrario, lo hace, como todos sabemos, no en nuestro interés, sino en el suyo. Quieren un triunfo barato sobre nosotros mediante una elocuencia hipócrita, a la que renunciarían con brutal cinismo en el momento en que triunfaran, y nosotros seríamos los perdedores. ¿Qué queda de aquellos pueblos que se apartaron de nosotros y se pasaron al enemigo? Cantarían himnos de alabanza si pudieran cambiar su actual situación desesperada por las condiciones tolerables de antes de la capitulación. Pero ya es demasiado tarde para eso. Eligen la falsa sabiduría. En lugar de seguir el mandato del deber y el honor nacionales, ahora tienen que pagar, y tendrán que pagar aún más en el futuro. La historia no tiene piedad de los pueblos serviles. Ella les muestra su más terrible dureza y los castiga por su falta de valentía y coraje de corazón, cuerpo y alma, hasta la tercera y cuarta generación.

Cualquiera que en la actualidad pierda su visión global de las cosas y ya no sea capaz de distinguir lo esencial de lo no esencial, debe recordar esto. La historia es una maestra estricta. Rara vez repite sus consejos y sólo rara vez da una segunda oportunidad a aquellos pueblos y líderes que intentan ignorar sus leyes. Por lo tanto, debemos inclinarnos ante sus duros consejos, por mucho dolor amargo que nos causen diariamente. No tenemos otra opción, a menos que renunciemos a cualquier esperanza de vida nacional y nos entreguemos a la merced del enemigo. Ni el pueblo alemán ni su liderazgo están dispuestos a hacer eso. Hemos aprendido mucho en esta guerra, pero no cómo inclinarnos y adorar a un enemigo que está muy por debajo desde una perspectiva moral y humana. Preferimos luchar valientemente para defender nuestros derechos, por difícil que sea, manteniéndonos firmes y confiando en ellos. Ya hemos perdido tanto en esta guerra que casi todo lo que nos queda es nuestro honor, nuestras vidas y nuestra libertad. Pero esto es también lo más importante y la condición para la continuidad de nuestra existencia nacional. ¿De qué nos sirven las ciudades intactas si los habitantes de ellas llevan las cadenas de la esclavitud? ¿Con qué rapidez las reconstruiríamos con un esplendor sin precedentes si mantenemos nuestra libertad y la esencia de nuestra vida nacional?

El Reich alemán necesitó más de dos siglos para regenerarse después de la perdida Guerra de los Treinta Años. Prusia, completamente devastada después de ganar la Guerra de los Siete Años, necesitó sólo unos años para despertar a una nueva vida, reconstruir sus ciudades y pueblos y ganarse el respeto de las demás grandes potencias europeas a pesar de su limitado territorio. Hoy tenemos la opción de hacer una cosa o la otra. Esa elección no puede ser difícil. Cada uno debe decidir por sí mismo, pero también debemos decidir en nuestra totalidad como pueblo. Nuestros valientes padres nos están observando. Tienen derecho a exigirnos que no tengamos por qué avergonzarnos ante ellos. Hicieron el mismo sacrificio por el Reich que nosotros debemos hacer hoy. Esperan de nosotros que mostremos la misma calma y valentía de corazón que ellos mostraron.

8 de abril de 1945

Bajo la furia de las ofensivas enemigas que han estado presionando nuestros frentes al oeste, este y sur durante meses, así como el bombardeo casi incesante de nuestras ciudades y provincias alemanas, algunos corazones están empezando a temblar. Pocas veces en la historia un pueblo valiente que lucha por su vida se ha enfrentado a pruebas tan terribles como las que ha enfrentado el pueblo alemán en esta guerra. La miseria que resulta para todos nosotros, la cadena interminable de dolores, temores y torturas espirituales no necesita ser descrita en detalle. Los conocemos muy bien y somos demasiado orgullosos para apelar a la compasión del mundo. Estamos soportando un destino pesado porque estamos luchando por una buena causa y estamos llamados a soportar valientemente la batalla para alcanzar la grandeza. Esta fe es el fundamento seguro que nos queda en medio de este infierno de autodestrucción bajo el cual gime y llora toda la humanidad. Es por eso que nos aferramos tan fuertemente a ella, porque si la perdiéramos, también nosotros estaríamos perdidos. Puede ser un consuelo para los corazones experimentados saber que este dolor terminará, como terminan todos los dolores de la tierra. La cuestión es cómo llegará ese final.

Un desenlace feliz para nosotros depende total y exclusivamente de nosotros mismos. Debemos ganárnoslo. Tal como lo hemos hecho una y otra vez de manera tan admirable en las primeras etapas de esta terrible guerra, nuestro objetivo debe ser no carecer de esas virtudes probadas de la guerra en la fase final de esta gigantesca batalla entre pueblos. La hora más oscura es la anterior al amanecer. Las estrellas que prestaron su suave luz ya se han puesto, y la oscuridad más profunda precede al amanecer. Nadie debe temer que se olvide de llegar. El oscuro velo de la noche caerá de repente y el sol saldrá en el cielo rojo sangre. Como sucede en la naturaleza, sucede también en la vida de los pueblos y de las naciones, especialmente durante la guerra, que es el fenómeno natural más terrible. ¡Tened confianza y esperad a que llegue esa hora! Pero no basta con creer. Hay que trabajar y luchar, cada uno en su puesto y con todas sus fuerzas. Es comprensible que muchos de nosotros, ante los reveses que hemos sufrido en los dos últimos años, pensemos en cómo ha sucedido todo, en si esto o aquello se hubiera podido evitar, pero no debemos permitir que tales pensamientos nos dominen. Debemos afrontar el destino con valentía y no debemos perder nunca la fe en que estamos obligados a luchar por una causa grande y justa, y en que la victoria será nuestra si perseveramos. Sería un error buscar un chivo expiatorio en este momento.

Nuestros enemigos son los responsables. No les gusta nuestro Estado, nuestro sistema social moderno y nuestras nuevas formas de comunidad porque ven en ellas un peligro para su sistema reaccionario de explotación mundial. Estos enemigos, por tanto, merecen nuestro odio y nuestras acusaciones. La batalla que tenemos que librar sólo puede ganarse con plena unidad y determinación nacionales. Esa es la consigna del momento. La crisis mundial general que vivimos está asumiendo formas cada vez más terribles, y no sólo para nosotros, sino también para el resto de Europa y, por supuesto, para los Estados enemigos. Como tienen que admitir incluso los periódicos ingleses y norteamericanos, más de la mitad de nuestro continente está muriendo de hambre. De ello se derivan consecuencias políticas de largo alcance, que parecen propensas a sumir al bando enemigo en una confusión cada vez mayor. Si quieren ganar deben hacerlo rápidamente. Eso explica sus repetidos llamamientos a que depongamos las armas y abandonemos la batalla. Pero para nosotros, eso es sólo una razón más para ignorar esos cínicos llamamientos, para que la crisis latente que enfrentan, y que les parece tan peligrosa, llegue a su punto álgido. Es ingenuo creer que pueden continuar la guerra tanto tiempo como quieran, dada

su superioridad material. Como nosotros, han exprimido al máximo su potencial bélico y lo han agotado. Semejante prueba de fuerza sólo puede durar cierto tiempo. Depende de quién pierda el valor y se rinda primero. Perderá la guerra y sufrirá todas las consecuencias fatídicas. No es una excusa barata para consolar a los débiles de espíritu. Basta con leer la prensa de nuestro enemigo durante unos días para hacerse una idea de la confusión que reina en su bando. No hay un solo problema mundial en el que estén de acuerdo. El único punto en el que están de acuerdo es en que hay que destruir el Reich alemán y aniquilar al pueblo alemán. Pero incluso en este asunto tienen planes fundamentalmente diferentes y cada uno espera arrebatarle al otro el mayor botín posible. Nadie querrá decir que es necesario realizar estos planes diabólicos para hacer feliz a la humanidad. Las tonterías más locas se han convertido en sus objetivos de guerra y, si tuvieran vía libre, no sólo nuestro pueblo, sino el mundo entero se vería sumido en la miseria más terrible. Eso explica los límites naturales que debemos ver y, por lo tanto, nuestro llamamiento a continuar con firmeza la lucha por nuestra libertad.

La humanidad se encuentra en medio de una crisis dura y trágica, pero eso no la destruirá, así como nuestro pueblo no será derrotado porque tenga que enfrentarse a un destino duro y a un peligro mortal. Esta crisis sigue sus propias leyes, que se irán acelerando a medida que avance la guerra. Si continúan o incluso se intensifican, algún día vencerán a nuestros enemigos, siempre que no logren vencerlos durante un corto período de tiempo dividiendo el botín del Reich alemán. Por lo tanto, hay que evitarlo a toda costa, utilizando todas nuestras fuerzas nacionales. Ese es el centro de nuestros esfuerzos de guerra hasta la hora decisiva final. Así es como siempre se han dominado las crisis históricas. Considerar el estado actual de la guerra exclusivamente desde el punto de vista militar sería mostrar una falta total de juicio histórico. Ese es un factor importante, pero no el único. También hay elementos nacionales, políticos, sociales y económicos que tienen una importancia cada vez mayor y que un día asumirán la misma importancia. Debemos estar atentos a ellos también, lo que merecen más que nunca. La principal virtud militar alemana es la firmeza, y eso se aplica tanto a la patria trabajadora y sufriente como al frente de combate.

Sabemos que estamos repitiendo algo que se ha dicho a menudo. Pero una verdad no es menos válida porque se exprese a diario. También nos damos cuenta de que la dureza de nuestra lucha y de nuestra dirección militar en medio de una crisis creciente despierta resistencias, una especie de letargo en los caracteres blandos y débiles, cansancio y apatía en los especialmente afectados por la guerra, dudas y desesperanza en los corazones incrédulos, desgastados por la dureza de la época. No queremos tomar ninguna medida contra ellos mientras cumplan con su deber y traten de sustituir su falta de coraje al menos con un cierto grado de comportamiento exterior. Siempre habrá débiles que no pueden esperar a que se tome una decisión y que, por miedo, quisieran suicidarse. Los fanáticos fuertes y valientes deben enfrentarse a ellos. Deben devolverlos al camino correcto y, según la situación y las oportunidades, llamarlos al orden con una palabra educativa, firme o de mando. Todos llevamos una multitud de dolores, pero nadie puede abusar de ellos para provocar una miseria aún mayor sobre todo nuestro pueblo. Esto se aplica a cada individuo, incluso en las circunstancias más trágicas. Debemos afrontar esta incertidumbre con dureza y sin sentimentalismos. La mayoría de las veces, no son los que más han sufrido en la guerra los que reclaman el derecho a quejarse en voz alta.

Cumplen en silencio su deber, pensando en sus seres queridos muertos que se sacrificaron por la patria y que no deben haber muerto en vano. La mayoría de los que hablan son los que menos motivos tienen para hacerlo y, sobre todo, merecen una reprimenda firme. La mayoría de las veces, no saben lo que están haciendo y lo que sucedería si la gente los escuchara. Son como un hombre que se está ahogando y agarra a su salvador con tanta fuerza que ambos corren el riesgo de hundirse. El que ha conservado la cabeza puede utilizar cualquier medio para salvarse a sí mismo y a la persona que está rescatando. Nosotros, que defendemos la idea eterna del Reich, tenemos una tarea similar hoy. Hemos hecho un juramento al Führer y a nuestra causa. Debemos dar ejemplo a los débiles y a los vacilantes, brindándoles apoyo material y, más importante aún, espiritual, si es necesario con palabras duras y firmes que los hagan volver a su trabajo diario, sin cometer el error de aceptar su debilidad y, por tanto, acrecentarla. Los tiempos difíciles necesitan gente dura. Nuestra época es la más dura que los mortales han tenido que afrontar jamás. Hemos sufrido un revés tras otro, pero eso no es motivo para resignarse y dejar que las cosas sigan su curso. Ellos no se rendirán si nosotros no nos rendimos. Nos enfrentamos a enemigos sedientos de sangre y deseosos de venganza que quieren hacer realidad sus diabólicas amenazas si les damos la oportunidad. Nadie puede engañarse a sí mismo al respecto. Unos quieren tratar al

pueblo alemán mediante ejecuciones y deportaciones a Siberia, los otros quieren diezmarnos y exterminarnos mediante el terror y el hambre. Sería una tontería creer que no será tan malo. Sería aún peor que eso, si les diéramos una oportunidad. Por eso consideramos que es nuestro deber nacional advertir contra el peligro y repetirlo aunque resulte aburrido con el tiempo, para que nuestro pueblo sea consciente de la amenaza que ahora más que nunca se nos presenta. Cuando finalmente nos quiten de encima el peso de esta guerra, nos dedicaremos a las nuevas tareas de la paz. Pero mientras reposen sobre nuestros hombros, todos tenemos un solo mandato: resistir al enemigo con silenciosa determinación, resistir a cualquier precio, no vacilar ni debilitarnos, y sostener la bandera de nuestra fe con más firmeza cuanto más amenazada esté, cuanto más destrozada ondee esa santa bandera en medio de las tormentas. Sólo eso es digno de nuestro pueblo y de su dirección en la fase actual de la guerra. Y el mundo espera eso de nosotros, aunque pueda decir lo contrario mil veces. Hemos afrontado demasiadas crisis en nuestras vidas como para no saber cómo comienzan, cómo se desarrollan, pero también cómo terminan. Siempre depende de corazones fuertes.

Cuando los cielos se oscurecen, cuando relámpago tras relámpago brillan desde las nubes amenazantes, ese es el momento de dejar de lado el miedo y enfrentar los elementos de una manera orgullosa y varonil, manteniéndonos erguidos hasta que aparezcan las primeras motas azules en el horizonte, anunciando el sol reinante que lentamente se abre paso entre las nubes. Aquellos que tiemblan durante la tormenta la negarán cuando el sol brille sobre ellos. ¿Por qué? Porque se avergüenzan de su miedo que les arrancó la máscara de la cara y reveló su despreciable humanidad. Nosotros, en cambio, no tendremos nada que explicar ni que lamentar. Hemos demostrado en el peligro que nuestra lealtad a la patria y al Führer era auténtica. Cumplimos lo que prometimos. Ni la buena ni la mala fortuna nos cambiaron; seguimos siendo lo que siempre fuimos y lo que seguiremos siendo hasta que la muerte nos llame: luchadores por el eterno Reich de los alemanes, que ha resistido las tormentas de dos milenios y que se ha endurecido tanto en esta guerra que podrá resistir las tormentas de dos milenios más. En los buenos tiempos, estuvimos a su lado con fiestas y canciones. En los tiempos difíciles, nuestras manos y nuestros corazones, y si es necesario, nuestras vidas, le pertenecen.

Joseph Goebbels - arriesgar nuestras propias vidas.

15 de abril de 1945

Me dirijo a todos los alemanes del Reich, independientemente de su clase, ocupación o edad, en uno de los momentos más dramáticos de la historia de nuestro pueblo. Diré lo que la hora exige de nosotros, lo que debemos hacer por nuestra propia salvación y por la existencia de nuestro pueblo. Conozco mejor que la mayoría de nosotros las enormes dificultades que se interponen en el camino de la continuación exitosa de nuestra valiente resistencia contra un enemigo sediento de sangre y venganza en el Este y el Oeste. Sé que la nación está al borde del agotamiento y las posibilidades de resistencia han disminuido significativamente como resultado de las pérdidas territoriales más recientes en el Este, el Sudeste y el Oeste. Sin embargo, también soy uno de los pocos de nosotros que conoce las extraordinarias presiones que enfrenta el bando enemigo y puede demostrar con mil testigos que debe ganar rápidamente si quiere ganar. Tengo pruebas en mis manos de que la coalición enemiga sufre tensiones internas y se mantiene unida solo por los éxitos militares y por la esperanza de una victoria final inminente. En esta etapa de la guerra, ganar tiempo es ganarlo todo. Sólo podemos ganar tiempo si nos mantenemos firmes y continuamos resistiendo, sin importar las condiciones y sin tener en cuenta que esta resistencia nos cuesta sacrificio tras sacrificio y nos pone a prueba hasta un nivel que parece casi insoportable.

Creo que la historia tiene un sentido. Las desgracias que nos han golpeado no pueden destruir esta fe. Estoy seguro de que el Führer encontrará una salida al dilema y que sólo entonces se renovará el sentido aparentemente perdido de esta guerra. Las pruebas que tenemos que soportar hoy son enormes y someten al pueblo alemán a pruebas que sólo rara vez ha enfrentado en su historia. Sin embargo, debemos mantenernos firmes, o de lo contrario todo estará perdido. Esta guerra se decidirá un segundo antes de la medianoche. Si deponemos las armas antes de eso, las cosas sólo pueden volverse en nuestra contra. Cada uno de nosotros sabe lo que eso significaría. Nuestro enemigo nos lo ha dicho él mismo muchas veces y con la suficiente franqueza para que nadie pueda albergar la menor duda. Si alguno de nosotros de vez en cuando olvida esto en medio de los acontecimientos de la guerra y se entrega a sí mismo y a la nación al desastre común, hay que enseñarle a mejorar mediante un recordatorio amistoso o una advertencia firme. No es momento de perdonar la debilidad o la pusilanimidad. Nuestra atención se centra exclusivamente en nuestro pueblo, que se encuentra en medio de una grave crisis vital. Sólo nosotros podemos resolver esta crisis. Si tenemos éxito, ganaremos todo; si caemos, perderemos todo. Todo el mundo sabe lo que debe hacer.

Nuestros enemigos en el Este y el Oeste tienen el mismo pérfido plan para destruir al pueblo alemán. Por lo tanto, es completamente inútil poner nuestras esperanzas en uno u otro lado de la coalición. De una u otra manera, la vida de nuestro pueblo bajo su tiranía sería un infierno en la tierra. No tenemos la opción de intentarlo de una u otra manera. Semejante intento no podría deshacerse y llevaría a la extinción total de nuestra esencia nacional. ¿Quién querría siquiera pensar en vivir en tales condiciones? Por esta sola razón estamos obligados ante nosotros mismos y ante nuestro pueblo a hacer todo lo posible para impedirlo, a agotar todos los medios y todas las posibilidades disponibles. El que no lo haga es un traidor cobarde. Peca de la peor manera contra el más sagrado deber hacia la patria. Si fuera por él, Alemania dejaría de existir. Las generaciones que vendrán después de nosotros derramarían lágrimas de vergüenza por nuestro vergonzoso fracaso en esta hora del destino de nuestra nación. La miseria que causaríamos sería mil veces más insoportable que la miseria que hoy soportamos para evitarlo. Durante toda la guerra he escrito abiertamente a nuestro pueblo cada semana. No tengo por qué

avergonzarme de nada de lo que he escrito. Si alguna vez cometí un error, fue por debilidad humana. Hoy, sin embargo, no se trata de quién tiene razón y quién no. La hora exige de nosotros unidad, firmeza y constancia, de cada uno de nosotros. A quien flaquea en su deber hacia el pueblo hay que pedirle cuentas con firmeza, pues sólo así se puede mantener la disciplina en estos días críticos. Debemos preservar la existencia amenazada de nuestro pueblo. Hay que olvidar otras consideraciones. Debemos estar dispuestos a arriesgar nuestra propia vida y, si es necesario, sacrificarla. Sólo nuestra tenaz resistencia puede detener al enemigo. No hay otro camino. Será suficiente si la utilizamos al máximo en todas partes. Hay ciudades detrás de las líneas alemanas que han resistido el asalto del enemigo durante dos meses y han obligado al enemigo a hacer sacrificio tras sacrificio con sangre. Deben ser el modelo y el ejemplo. Si cada ciudad alemana actúa de esa manera, el enemigo no podrá avanzar. En esta batalla por nuestra libertad, observamos las acciones heroicas de individuos que respiran el espíritu de la antigüedad. Cada alemán puede imitarlos. Sólo así se puede detener al enemigo, obligarlo a sangrar en innumerables batallas pequeñas, a reducir su insolente arrogancia.

La resistencia nacional no es sólo una cuestión del ejército, sino de todo el pueblo. Nadie puede quedarse al margen. Hay que aprender a improvisar, a hacer de la necesidad virtud. Unos cuantos hombres y mujeres valientes pueden obrar milagros. No hay que esperar siempre la ayuda de arriba, sino mirar a nuestro alrededor y ver qué se puede hacer hasta que llegue la ayuda de arriba. No somos tontos. El enemigo se basa en nuestro miedo y en él basa sus arriesgadas operaciones. Si nos enfrentamos a él con valentía, tendrá que responder, traer refuerzos o retener fuerzas de sus posiciones avanzadas. Esto lo debilita a largo plazo, ahuyentando el miedo a sus tanques. Después de todo, no tiene reservas inagotables. También está limitado por su personal y su material. Utiliza sus fuerzas de forma tan temeraria sólo porque cree que no encontrará oposición. Ésa es nuestra oportunidad. Quien le ayude, aunque sea indirectamente, es un traidor a nuestro pueblo. Recibirá el castigo que merece. Pero no basta con resistir pasivamente al enemigo; hay que defenderse activamente. Eso va desde mostrarle un desprecio gélido hasta utilizar las armas contra él. A quien piensa que tiene que defender su casa y su hogar, hay que decirle que si todos se comportaran de esa manera, la nación perdería su libertad y, con la pérdida de esa libertad nacional, su casa y su hogar, y su propia vida, no valdrían nada.

La libertad del pueblo puede exigirnos cualquier sacrificio. Es cobarde y despreciable exigir a otro o a una ciudad vecina sacrificios pesados que uno mismo no está dispuesto a hacer. Ha habido casos aislados en los que individuos sin carácter no se enfrentaron al enemigo con la frialdad y el desprecio que se merece. Estos casos vergonzosos los hacen culpables y sentirán vergüenza hasta su muerte inminente. ¡Qué despreciable debilidad demuestra enfrentarse al enemigo incluso con indiferencia, aquel que ha convertido nuestras ciudades y pueblos en montones de escombros sólo para torturar a nuestra población civil! ¿Qué más podría hacer para merecer nuestro odio y nuestro desprecio? Los periódicos ingleses y norteamericanos hacen de estos acontecimientos aislados la regla general, sacando la conclusión de que el pueblo alemán no tiene carácter nacional. Si, por el contrario, una ciudad ofrece una resistencia heroica y cae sólo después de una batalla honorable, y cuando no hay otros métodos de resistencia activa disponibles, la población sólo muestra odio al marchar, entonces el enemigo está lleno de admiración temerosa. Las criaturas cobardes que creen que pueden calmar la sed de venganza del enemigo rindiéndose sólo se ganan su desprecio.

La catástrofe no roba el carácter a las personas. Aquellos que no se enfrentan al enemigo con la actitud interior y exterior requerida deberían tenerlo en cuenta. Son una vergüenza para nuestro pueblo. Gracias a Dios, son sólo una pequeña minoría. Pero no se les puede tolerar. Dañan nuestro buen nombre en el mundo, que no toma nota de los logros de nuestro frente de combate y de nuestra patria, sino que intenta sacar de unos pocos ejemplos de sumisión cobarde una amplia evidencia de nuestra moral de guerra en decadencia. Por eso es necesario tomar medidas duras y estrictas en este asunto, independientemente de que le den oportunidad al enemigo de sacar conclusiones falsas. No tenemos por qué avergonzarnos. Los logros del pueblo alemán en esta guerra ya forman parte de la historia. Ninguna sucia mano del enemigo podrá robar la corona de la victoria que ya lleva nuestro pueblo. No permitiremos que miembros de este pueblo que hayan olvidado su deber añadan maleza a esta gloriosa corona. El heroísmo de la guerra nos obliga a todos. En este momento crítico debemos mostrar una conducta digna de la desgracia que nos ha golpeado. Debemos soportarla con calma. Sólo así mereceremos el respeto del

mundo sin perder el respeto por nosotros mismos. Esta guerra es la destructora del bienestar burgués. No sólo sometemos a sus presiones los aspectos externos, sino también los internos de este bienestar. Cuando una nación ha perdido tanto en una guerra como la nación alemana en esta, debe cuidarse asiduamente de no perder también su honor en medio de la confusión general, porque sin ello, lo perdería todo. La pérdida de confianza en el honor nacional terminaría en la nada. Cualquier intento futuro de salvación sería en vano. Mi llamamiento se dirige a todos los que consideran el honor de su pueblo por encima de sus propias vidas. Deben estar en guardia, asegurando que la nación no sufra daños internos. Deben cumplir con su deber, sin tener en cuenta a sí mismos ni a sus bienes. El silencio es un pecado cuando uno debe hablar. Debemos superar el letargo y el cansancio y desafiar la pasividad. El enemigo puede ser detenido si todos trabajamos juntos. Esto no sólo sucederá con las armas, sino también con la actitud. Si se encuentra con una población pasiva, puede seguir adelante. Si se encuentra con una población que se resiste, debe detenerse. Si esa se convierte en nuestra política militar general, se ganará mucho y no se perderá nada.

Cada líder del ejército y del partido aquí debe dar un buen ejemplo. Retirarse ante el enemigo es fácil y, si se repite, puede conducir a un debilitamiento general de la resistencia nacional. ¿Y adónde podemos ir si continuamos retirándonos? Tendremos que luchar al final. Es mejor cumplir con nuestro deber cerca de nuestra casa y nuestro hogar, cerca de nuestros lugares de trabajo, donde la exigencia simple pero dura es luchar, vencer o morir. Así es como debemos ver las cosas si queremos sobrevivir. Nadie está exento de este imperativo categórico. ¡Y qué vida es antes del sacrificio por la patria! El pueblo quiere ver ejemplos que pueda seguir. Quiere ejemplos de coraje y de desprecio por la muerte para poder ser valiente. Estamos en medio de una crisis en la que un hombre puede demostrar su valía sólo con hechos. Todo lo demás es secundario. La guerra determina el valor no sólo de los pueblos, sino también de los individuos. Cada uno debe demostrar de nuevo su valía, cada uno debe demostrar de nuevo su firmeza interior y exterior frente a las dificultades. De lo contrario, perderá su honor y su buen nombre. Esto es cierto para todo nuestro pueblo. El hombre auténtico se muestra sólo ante la muerte. Todo lo demás se desmorona y sólo lo que es duradero, lo que es genuino, lo que no puede ser destruido por la destrucción externa de esta guerra, sobrevivirá a ella. Puede ser como una personalidad viva, o como el recuerdo de un hombre que no trató de evitar su muerte, sino que, por el contrario, adquirió un nuevo resplandor, nunca antes visto.

Este es el fundamento de nuestro trabajo por nosotros mismos y por nuestro pueblo. Cada uno de nosotros, sin emoción, debe jurar morir antes que aceptar el yugo de la esclavitud. Es mejor arriesgarlo todo que rendirse y mil veces mejor luchar hasta el último aliento que capitular en desgracia. Sólo así se puede salvar la nación. Estamos en la fase final de la guerra. Según los estándares humanos, no puede continuar mucho más. Ahora es la hora decisiva. ¿Seremos sus víctimas o sus amos? Hemos dominado todas sus cargas durante casi seis años. Ahora estamos en su última y más dura fase, tal vez en su centro. ¡Sigamos adelante con orgullo y carácter! Podemos dominarla sólo si no dejamos ninguna posibilidad sin aprovechar. El factor decisivo en la guerra es siempre el riesgo de la propia vida.

Joseph Goebbels - resistencia a cualquier precio.

22 de abril de 1945

La guerra ha llegado a un punto en el que sólo el esfuerzo de la nación y de cada individuo puede salvarnos. La defensa de nuestra libertad ya no depende del ejército que lucha en el frente. Cada civil, cada hombre, cada mujer, cada niño y cada niña debe luchar con un fanatismo sin igual. El enemigo espera que, una vez que sus tanques hayan abierto la brecha, no encontrarán resistencia. Cree que estaremos tan desconcertados por su superioridad material que dejaremos que las cosas sigan su curso, sin preocuparnos por cómo resulten. Debemos demostrar que las esperanzas del enemigo son erróneas. Ningún pueblo ni ninguna ciudad pueden ceder ante el enemigo. El enemigo es fuerte, pero no lo suficiente como para mantener todo el territorio del Reich sin nuestra ayuda. Si nos convence de que capitulemos, lo tendrá fácil con nosotros. El enemigo ha asolado nuestras ciudades y provincias mediante los peores y más terribles bombardeos de terror. Mientras estemos decididos a resistir a toda costa, no seremos derrotados, y para nosotros no ser derrotados significa ser victoriosos. Esta guerra de naciones exige grandes sacrificios. Sin embargo, esos sacrificios no se pueden comparar con los que nos veríamos obligados a hacer si perdiéramos.

El enemigo, naturalmente, quiere hacer que su batalla contra el Reich sea lo más fácil y segura posible, y espera minar nuestra moral mediante una agitación seductora. Eso es veneno para las almas débiles. Quien cae en la trampa demuestra que no ha aprendido nada de la guerra. Cree que es posible tomar el camino fácil, cuando sólo el camino difícil conduce a la libertad. Son las mismas almas dudosas que no tienen sentido del honor nacional y no les importa vivir bajo los garrotes de los banqueros judíos angloamericanos, aceptando caridad de sus manos. En otras palabras, son la escoria de nuestra nación, que sin embargo dan al enemigo una idea completamente falsa de este pueblo. Se ve cómo los periódicos ingleses y norteamericanos se divierten con ellos, se burlan de ellos y los desprecian, comparándolos con un pueblo valiente que lucha por su vida. Ese pueblo, que ha demostrado heroísmo y más heroísmo, no tiene más que un deseo al leer estos relatos: matarlos. No merecen otra cosa. Ni siquiera se puede decir que no saben lo que hacen. Tienen que saberlo, porque se lo han dicho bastantes veces, incluso el enemigo, si no quieren creernos. En medio de mil batallas, cargas y derrotas, nuestro pueblo se mantiene inquebrantable.

Nuestro corazón se enorgullece cuando oímos de boca del enemigo el fanatismo salvaje con que se topa, cómo padres, madres y hasta niños se reúnen para resistir a los invasores, cómo muchachos y muchachas lanzan granadas de mano y minas o disparan desde las ventanas de los sótanos sin tener en cuenta el peligro. Obligan al enemigo a respetarlos. Atan sus fuerzas. Le obligan a comprometer sus reservas para defender una ciudad rebelde o un pueblo que arde de fanatismo nacional, con lo que frenan su avance hasta que se pueda construir una nueva línea defensiva unos kilómetros más allá. Es una inversión absurda de los hechos decir que luchan desesperadamente. Los ataques del enemigo son más arriesgados que los métodos que utilizamos para resistir. Tienen una base sólida, que pronto dejará sentir su impacto en el curso de la guerra. Una nación que defendió su libertad con todos sus recursos nunca ha sido derrotada. Sin embargo, a menudo, aquellos que se rinden por desesperación han sido derrotados. Todo nuestro esfuerzo bélico requiere cambios revolucionarios. Las viejas reglas de la guerra están obsoletas y no tienen ninguna utilidad en nuestra situación actual. Esta es la era de las guerras entre naciones. Cuando pueblos enteros están amenazados, pueblos enteros deben defenderse. El enemigo no quiere arrebatarnos una provincia o hacernos retroceder a fronteras estratégicas más favorables; quiere cortar nuestras arterias destruyendo nuestras minas y fábricas,

destruyendo nuestra esencia nacional. Si tiene éxito, Alemania se convertirá en un cementerio. Nuestro pueblo morirá de hambre y perecerá, aparte de los millones de personas que serán deportadas a Siberia como mano de obra esclava. En una situación así, cualquier medio está justificado. Estamos en un estado de emergencia nacional; ¡no es momento de preguntar qué se hace normalmente! ¿Acaso el enemigo se preocupa por eso? ¿Dónde está el derecho internacional para las decenas de miles de mujeres alemanas torturadas y violadas en el Este, o las decenas de miles de niños alemanes que han sido asesinados de manera cobarde y terrible, o los muchos que han caído víctimas del terror bárbaro de los bombardeos enemigos? Todas las ideas normales de guerra han sido descartadas hace mucho tiempo por el enemigo. Sólo nosotros, los alemanes de buen carácter, todavía las mantenemos con la idea equivocada de que con ello podríamos hacer entrar en razón al enemigo. Los hechos demuestran lo contrario. Nuestros enemigos son incluso lo suficientemente insolentes como para llamarnos bárbaros y criminales de guerra porque aquí y allá oponemos una resistencia mínima con los medios de que disponemos.

Hace poco, unos aviadores terroristas británicos que habían sido derribados después de realizar su labor destructiva fueron atacados en Berlín por hombres y mujeres que, tras haber destruido sus hogares, intentaban rescatar sus pertenencias y desenterrar los cadáveres de sus padres e hijos. Su reacción fue comprensible, pero los guardias alemanes los protegieron con sus armas. ¿Qué le sucedería a un piloto alemán capturado si lo llevaran a través de un Moscú en llamas? Hacer la pregunta es responderla. El comportamiento caballeresco no logrará mucho en esta guerra. El soñador alemán debe despertar si no quiere perder su libertad y su vida. ¿Cuánto tiempo esperará para hacer lo que es necesario? ¿Esperará hasta que aparezcan carteles bolcheviques que ordenen a todos los que tengan entre catorce y cincuenta años que se presenten en un lugar determinado con ropa y comida para dos semanas para ser transportados a Siberia? ¿O hasta que las fuerzas de ocupación angloamericanas arruinen a nuestro pueblo por hambre y fiebre tifoidea? ¿Es una exageración? ¡En absoluto! Se ha convertido en una cruda realidad en los territorios ocupados en el Este y el Oeste. Sólo unas pocas almas románticas no lo ven. Han construido un mundo de ilusiones y no quieren creer en los hechos duros y sacar las conclusiones necesarias.

Deben cambiar su forma de pensar, y lo más rápido posible. Alguien dijo una vez que no sabía a qué personas se podía golpear hasta la muerte, pero sí sabía que había que golpear al pueblo alemán hasta matarlo. ¿Qué golpe será necesario para que esta gente despierte de sus ilusiones, para que abandone sus fantasías y sus errores, por su propio bien, aunque no por el de los demás? ¿Qué hará que estos obstruccionistas y derrotistas se defiendan? El enemigo está dispuesto a acabar con todos nosotros. Los periódicos de Londres informaron recientemente de que los oficiales angloamericanos miraban con desprecio a los propietarios de las casas donde estaban alojados. Compraban diccionarios alemán-inglés para negociar. Sólo los sirvientes domésticos se negaban a comportarse de manera tan indigna. ¿Qué se puede decir de estas criaturas? Golpearlos parece la única solución posible. Gracias a Dios, se trata de hechos aislados. ¿Qué puede pensar un alemán de personas a las que se les ha destruido su propiedad y a las que se les ha dicho que serán torturadas a la manera de la Edad Media, que aún quieren tener una conversación agradable con sus conquistadores? ¿Por qué mencionamos estos ejemplos? Para proteger a las personas sanas de la infección.

Si sucumbieran, todo habría terminado. No tendríamos salvación, ni futuro. Debemos ayudarnos a nosotros mismos si queremos recibir ayuda. Es más que ingenuo esperar que el enemigo nos ayude. Todavía tenemos suficientes medios y oportunidades para defendernos y llevar la guerra a un final exitoso si los usamos. Este es el centro de nuestros esfuerzos. Cada uno debe comenzar por sí mismo, desterrando toda debilidad y letargo. Debe mantenerse firme y dar ejemplo a los demás, debe estar en guardia cuando oiga el derrotismo. Debe ser un hombre y actuar, trabajar y luchar hasta que hayamos superado la crisis más grave de esta guerra. No sabemos cuánto tiempo llevará eso, solo que es necesario si queremos vivir. Esto es cierto para cada alemán, ya sea en el frente o en casa. Nadie puede dejarlo en manos de los demás. Todos estamos en el mismo barco que avanza a través de la tormenta. Nadie puede sentarse en un rincón refunfuñando y quejándose, haciendo solo comentarios críticos al timonel y a los demás pasajeros. ¿Quién puede reprocharle a los demás que a aquel que aparentemente no muestra ningún respeto por los demás se le arroje por la borda para aliviar la tensión de los demás, tanto física como mentalmente, porque se han cansado de que un quejoso profesional esté poniendo

en peligro sus esfuerzos por salvarse? Así son las cosas. Ya no podemos prestar atención al cansancio, la debilidad y la delicadeza. Lo que queremos y cuáles son las intenciones de nuestro diabólico enemigo se ha dicho muchas veces y con suficiente claridad durante la guerra. No es necesario repetirlo. Todo el mundo lo sabe. Los acontecimientos lo han confirmado, no lo han desmentido. No hay esperanza de que los débiles tengan razón en su cobarde excusa de que las cosas sólo serán la mitad de malas de lo que tememos. Si la agitación del enemigo nos engaña y nos hace rendirnos, las cosas serán mucho peores de lo que previmos. Debemos sacar las conclusiones adecuadas, con frialdad, calma, sin quejarnos, pero también con determinación. Izar la bandera blanca significa abandonar la guerra y perder vergonzosamente la vida. No hay razón para hacerlo. Por el contrario, eso sólo ayudaría a nuestro enemigo a obtener una victoria barata y, al menos por un tiempo, encubrir la creciente crisis en su coalición. Los resultados son fáciles de ver. Nos afectarían sólo a nosotros y, tarde o temprano, resultarían en la destrucción completa de nuestra nación. Nadie está dispuesto a aceptar ese destino. Por lo tanto, debemos seguir luchando, resistiendo a toda costa, incluso en las condiciones más duras y sombrías. Luchamos durante años casi sin riesgo. Eso no era particularmente loable. El riesgo estaba completamente del lado del enemigo. Ellos superaron el peligro.

¿Quién piensa que nosotros no podemos hacer lo mismo? Debería comprar una soga y hacer lo que cree que le va a pasar a toda nuestra nación. Aún vivimos y respiramos, y nos quedan montañas de resistencia a las que podemos recurrir. Nunca hemos creído tan apasionadamente en Alemania como hoy, cuando el Reich tiene ante sí una crisis de una gravedad sin precedentes. Uno no puede juzgar las posibilidades de recuperación de una persona enferma por sus delirios febriles. En lugar de eso, hay que utilizar todos los medios posibles para bajar la fiebre y despertar las defensas naturales del cuerpo, para dar al paciente valor para que no pierda la voluntad de vivir. Hay que reforzar sus defensas para que puedan superar los momentos críticos. Cualquier otra conducta es tonta y peligrosa. Un muchacho de catorce años agazapado con su bazuca detrás de un muro en ruinas en una calle quemada vale más para la nación que diez intelectuales que intentan demostrar que nuestras posibilidades ahora son nulas. El muchacho que lucha actúa instintivamente de la manera correcta, los intelectuales actúan de manera falsa e ilógica porque se rinden ya que las cosas no parecen estar en equilibrio. Que las cosas se equilibren o no depende solo de nosotros. El balance final de la guerra dependerá de todos los esfuerzos de las naciones involucradas. El pueblo alemán todavía puede hacer una contribución sin precedentes. De ese modo ganará la victoria. En 1918 nos rendimos en el último minuto. Eso no sucederá en 1945.

Todos debemos ocuparnos de eso. Esa es la base de nuestra victoria final. Puede parecer improbable hoy, pero no deja de ser así: la victoria final será nuestra. Llegará con lágrimas y sangre, pero justificará todos los sacrificios que hemos hecho.


KAPITULIEREN?
NEIN



Europa Nación